

JĀTAKAS

HISTORIAS SOBRE LOS

RENACIMIENTOS DEL BUDDHA GOTAMA.

Traducido del *Pāli* Por Varias Manos
Bajo la Edición de
Profesor E. B. Cowell.



VOL. I.

Traducido Por
Robert Chalmers, B.A.,
De Oriel College, Oxford.

[1895]



Enero de 2006, por John Bruno Hare. Este texto es de
dominio público en los EE. UU. porque se publicó
antes de 1923.

Traducido al Español
por
D. Huamán, Ph.D.

Este Volumen está Dedicado
al
PROFESOR T. W. RHYS DAVIDS,
LL.D., PH.D.,

Por
Su Amigo y Alumno
El Traductor

*Publicado Originalmente en
Commemoración del Aniversario
No. 2,500
del Buddha-Sāsana*

PRÓLOGO

ORIGINAL

Fue un incidente casi aislado en la historia literaria griega¹, cuando Pitágoras afirmara recordar sus vidas pasadas. Herleides Ponticus relaciona que él profesaba haber nacido alguna vez como Æthalides, el hijo de Hermes, y entonces haber obtenido como bendición de su padre ζῶντα καὶ τελευτώντα μνήμην ἔχειν τῶν συμβαινόντων². En consecuencia, recordaba la guerra de Troja, donde, como Euforbus, fue herido por Menelao y, como Pitágoras, todavía podía reconocer el escudo que Menelao colgado en el templo de Apolo en Bránquidas; y de manera similar recordaba su nacimiento posterior como Hermotimus, y luego como Pyrrhus, un pescador de Delos. No obstante, en la India este recuerdo de vidas pasadas es un rasgo muy común en las historias de los santos y héroes de la tradición sagrada; y es mencionado especialmente por Manu³ como el efecto de una vida abnegada y piadosa. La doctrina de la metempsicosis, desde el período védico posterior, ha desempeñado un papel tan importante en la historia del carácter nacional y de las ideas religiosas que no debemos sorprendernos al encontrar que la literatura budista, desde los primeros tiempos (aunque ofrezca una teoría propia para explicar la transmigración de los seres), siempre haya incluido las eras del pasado como auténtico trasfondo de la vida de un fundador histórico como lo fue Gotama. Las leyendas *Jātakas* ocurren incluso en los *Piṭakas* canónicos; así, el *Sukha-vihāri Jātaka* y el *Tittira Jātaka*, que son respectivamente el 10º y el 37º en este volumen, se encuentran en el *Culla Vagga*, vii. 1 y vi. 6, y de manera similar, el *Khandhavatta Jātaka*, que se dará en el próximo volumen, se encuentra en *Culla Vagga* v. 6; y existen varios otros ejemplos. Así también uno de los libros menores del *Sutta Piṭaka* (el *Cariyā Piṭaka*) consta de 35 *Jātakas* narrados en verso; y por lo menos diez de estos se pueden identificar

-
1. Compare el relato de Aristeas de Proconnesus en Hdt. IV. 14, 15
 2. Diógenes Laert. viii. 1.
 3. iv. 148.

en los volúmenes de nuestra colección actual ya publicados; y probablemente varios de los otros serán rastreados cuando todo esté impreso. Generalmente se acepta que el *Sutta* y el *Vinaya Piṭakas* son al menos más antiguos que el Concilio de Vesāli (¿380 a. C.?); y así las leyendas *Jātakas* siempre deben haber sido reconocidas en la literatura budista.

Esta conclusión se ve confirmada por el hecho de que las escenas de los *Jātaka* se encuentran esculpidas en las tallas de las barandillas alrededor de los santuarios de reliquias de Sanchi y Amaravati y especialmente en los de Bharhut, donde los títulos de varios *Jātakas* están claramente inscritos sobre algunas de las tallas. Estos bajorrelieves prueban que las leyendas de los renacimientos eran ampliamente conocidas en el siglo III a.C. y luego fueron considerados como parte de la historia sagrada de la religión. Fah-hian, cuando visitó Ceilán (400 d. C.), vio en Abhayagiri "representaciones de las 500 formas corporales que asumió el *Bodhisatta* durante sus sucesivos nacimientos"¹, y menciona particularmente sus renacimientos como *Sou-to-nou*, un brillante destello de luz, el Rey de los elefantes y un antílope². Estas leyendas también se introdujeron continuamente en los discursos religiosos³ que pronunciaban los diversos maestros en el curso de sus peregrinaciones, ya sea para magnificar la gloria del *Buddha* o para ilustrar las doctrinas y los preceptos budistas mediante ejemplos apropiados, de la misma manera que los predicadores medievales en Europa solían animar sus sermones introduciendo fábulas y cuentos populares para despertar la decaída atención de sus oyentes⁴.

Es bastante incierto cuándo se agruparon estas diversas historias de los renacimientos en una forma sistemática como la que encontramos en nuestra colección actual de los *Jātakas*. Al principio, probablemente se transmitieron oralmente, pero su creciente popularidad aseguraría que su núcleo, en cualquier caso, se comprometiese dentro de no mucho de una forma más permanente. De hecho, hay un paralelo singular a esto en la 'Gesta Romanorum', que fue compilada por un autor incierto en el siglo XIV y contiene cerca de 200 fábulas e historias contadas para ilustrar diversas virtudes y vicios, muchas de ellas terminando con una religiosa solicitud.

1. traducción de Beal. pags. 157.

2. Hiouen-thsang se refiere dos veces a los *Jātakas*, Julien, i. 137, 197.

3. Véase el artículo del Prof. M. M. Künté, Journ. R. A. S. Ceilán, viii. 123.

4. En la curiosa descripción del bosque budista en el Harsha-carita, viii., Bāṇa menciona búhos "que repetían los *Jātakas* del *Bodhisatta*, habiendo obtenido iluminación al escucharlos continuamente recitados".

Algunas de las historias de los renacimientos son evidentemente budistas y dependen enteramente de alguna costumbre o idea peculiar sobre el budismo; pero muchas son piezas del folclore que han flotado por el mundo durante siglos como los vástagos abandonados de la literatura y pueden ser apropiados en todas partes por cualquier pretendiente casual. Las mismas historias pueden así, en el curso de su largo devenir, llegar a ser reconocidas bajo aspectos muy diferentes, como cuando son utilizadas por Boccaccio o Poggio simplemente como cuentos alegres, o por algún bardo galés para embellecer las glorias legendarias del Rey Arturo, o por algún *samaṇa* budista o fraile medieval para añadir puntos de vista a su discurso. Chaucer, sin saberlo, pone una historia de los *Jātakas* en boca de su Pardonere cuando cuenta su historia sobre 'los tres ryotoures'; y otro aparece en Heródoto como la explicación popular del repentino ascenso de las Alcmaeonidæ a través del matrimonio de Megacles con la hija de Clístenes y el rechazo de su rival Hippocleides.

La colección *Pāḷi*, titulada como 'Los *Jātakas*', cuyo primer volumen se presenta ahora al lector en formato inglés, contiene 550 *Jātakas* o historias de renacimientos, que están ordenadas en 22 *nipātas* o libros. Esta división se basa aproximadamente en el número de versos (*gāthās*) que se citan en cada historia; así el primer libro contiene 150 cuentos, cada uno de los cuales cita sólo un verso, el segundo 100, cada uno de los cuales cita 2 versos, el tercero y cuarto 50 cada uno, que citan respectivamente 3 y 4 versos, y así hasta el vigésimo primero con 5 cuentos, cada uno de los cuales cita 80 versos, y el vigésimo segundo con 10 cuentos, cada uno de los cuales cita un número aún mayor. Cada historia comienza con un prefacio llamado *paccuppannavatthu* o 'historia del presente', que relata las circunstancias particulares de la vida del *Buddha* que lo condujeron a contar la historia del renacimiento y así revelar algún evento en la larga serie de sus existencias anteriores como *bodhisatta* o un ser destinado a alcanzar el estado de *Buddha*. Al final siempre se da un breve resumen, donde el *Buddha* identifica a los diferentes actores en las historias de sus renacimientos presentes en el momento de su discurso, siendo una condición esencial del libro que el *Buddha* posea el mismo poder que afirmaba Pitágoras, pero con un alcance mucho más amplio, ya que podía recordar todos los acontecimientos pasados en las existencias anteriores de cada ser, así como en la suya propia. Cada historia también está ilustrada por uno o más *gāthās* que son pronunciados por el *Buddha* cuando aún era un *Bodhisatta* y, por lo tanto, desempeña su papel en la narración; pero a veces los versos se ponen en su boca como *Buddha*, cuando se les designa como *abhisambuddha-gāthā*.

Algunas de estas estrofas se encuentran en el libro canónico llamado *Dhammapada*; y muchas de las historias de los *Jātakas* se dan en el antiguo Comentario de ese libro, pero con diversos detalles, y algunas veces asociadas con versos que no se dan en nuestro presente texto sobre los *Jātakas*. Esto podría aparentar la implicancia de que no haya necesariamente una conexión estricta entre una historia en particular y los versos que pueden citarse como su moraleja; pero en la mayoría de los casos, una estrofa apropiada, por supuesto, pronto afirmaría un derecho prescriptivo a cualquier narración que pareciera ilustrar especialmente. El lenguaje de los *gāthās* es mucho más arcaico que el de los cuentos; y ciertamente pareciera más probable suponer que son el núcleo más antiguo de la obra y que, por lo tanto, en su forma original, los *Jātakas*, como el *Cariyā-piṭaka*, constaba únicamente de estos versos. Es muy cierto que generalmente son ininteligibles sin la historia, pero tal es el caso continuamente con las frases proverbiales; el comentario tradicional pasa de boca en boca en forma variable junto con el adagio, como en el conocido ου φροντιζ 'Ιπποκλειδη o nuestra propia 'Elección de Hobson', hasta que algún autor lo plasme en forma cristalizada¹. Ocasionalmente la misma historia de renacimiento se repite en otros lugares en una forma algo variada y con diferentes versos adjuntos; y a veces encontramos la frase *iti vitthāretabbam*², que pareciera implicar que el narrador debe ampliar los detalles a su discreción.

La tradición nativa en Ceilán es que el Libro de los *Jātakas* original constaba solo de *gāthās*, y que un comentario sobre estos, que contenía las historias que pretendían ilustrar, se escribió en tiempos muy antiguos en cingalés. Esto fue traducido al *Pāli* alrededor del año 430 d. C. por Buddhaghosa, quien tradujo muchos de los primeros comentarios cingaleses al *Pāli*; y después de esto se perdió el original cingalés. La exactitud de esta tradición ha sido discutida por el Profesor Rhys Davids en la Introducción al primer volumen de sus 'Historias de Renacimientos Budistas'³; y podemos adoptar con seguridad su conclusión, que si el comentario en prosa no fue compuesto por Buddhaghosa, fue compuesto no mucho después; y como en todo caso no era más que una redacción de materiales

-
1. Tenemos una ilustración interesante del carácter proverbial de algunas de las historias *Jātaka* en los Aforismos Sāṅkhya, iv. 11, "el que no tiene esperanza es feliz como Piṅgalā", que encuentra su explicación en Jāt. 330. También se menciona en el Mahābh. xiii. 6520.
 2. Como p. Fausböll, iii. pags. 495. Cfr. *Divyavad.* pags. 377, 1.
 3. Véanse también varios artículos en el octavo volumen del *Journal of The Ceylon Branch of the R. A. Society*.

transmitidos desde épocas muy tempranas en la comunidad budista, no es una cuestión de mucha importancia excepto para la historia literaria *Pāli*. Los *gāthās* son indudablemente antiguos, y necesariamente implican la existencia previa de sus historias subyacentes, aunque quizás no en las palabras exactas en las que ahora las poseamos.

Los *Jātakas* están precedidos en el texto *Pāli* por una larga Introducción, el *Nidāna-kathā*, que da la historia previa del *Buddha* antes de su último renacimiento, y también durante su última existencia hasta que alcanzó el estado de *Buddha*¹. Esto ha sido traducido por el profesor Rhys Davids, pero como no tiene conexión directa con el resto del trabajo, lo hemos omitido en nuestra traducción, que comienza con la primera Historia de Renacimientos.

Hemos traducido las introducciones cuasi históricas que siempre preceden a las diferentes historias de cada renacimiento, ya que son una parte esencial del plan original de la obra, ya que vinculan cada historia con algún incidente especial en la vida del *Buddha*, que la tradición venera como la ocasión en que se supone evoca la escena olvidada de una lejana existencia pasada a sus contemporáneos. Pero es una pregunta interesante para futuras investigaciones hasta qué punto contienen datos históricos. A primera vista parecen armonizar con el marco de los *Piṭakas*; pero confieso que no tengo confianza en su credibilidad histórica, me parecen más bien la laboriosa invención de una época posterior, como la historia legendaria de los primeros siglos de la antigua Roma. Pero esta cuestión se resolverá más fácilmente cuando hayamos hecho más progresos en la traducción.

Los propios *Jātakas* son, por supuesto, interesantes como especímenes de la literatura budista; pero su principal interés para nosotros consiste en su relación con el folclore y la luz que a menudo arrojan sobre esas historias populares que ilustran tan vívidamente las ideas y supersticiones de los primeros tiempos de la civilización. A este respecto, poseen un valor especial, ya que, aunque gran parte de su contenido es peculiar al budismo, contienen implícitamente una colección inigualable de folclore. También están llenos de interés porque dan una imagen vívida de la vida social y las costumbres de la antigua India. Libros como *'Rambles'* del teniente coronel Sleeman o *'Bihār Peasant Life'* del Sr. Grierson los ilustran en todo momento. De hecho, forman un panorama siempre cambiante de la vida del pueblo tal como Fah-hian y Hiouen-thsang lo vieron en los viejos tiempos antes de la época de la conquista musulmana, cuando las instituciones hindúes y el

1. Esta última parte corresponde en parte al conocido *Lalita-vistara* de los Budistas del Norte.

gobierno nativo prevalecían en todas las provincias del país. Como todas las colecciones de cuentos populares antiguos, están llenos de violencia y artificios, y revelan una baja opinión de la mujer; pero no faltan arrebatos de sentimientos más nobles, para aliviar los colores más oscuros.

El profesor Rhys Davids comenzó por primera vez una traducción de los *Jātaka* en 1880, pero otros compromisos lo obligaron a interrumpirla después de que apareciera un volumen que contuviese el *Nidānakathā* y 40 historias. La presente traducción ha sido realizada por un grupo de amigos que esperan, siendo cada uno responsable de una determinada parte, completar el todo en un tiempo razonable. De hecho, somos un gremio de traductores de los *Jātaka*, *çreshṭhi pūrvā vayaṃ çreṇiḥ*; pero, aunque hemos adoptado algunos principios comunes de traducción y aspiramos a cierta homogeneidad general en nuestros términos técnicos y en la transliteración, hemos acordado dejar individualmente a cada traductor, dentro de ciertos límites, con las manos libres sobre su propio trabajo. El Editor solo ejerce una superintendencia general, en consulta con los dos traductores residentes, el Sr. Francis y el Sr. Neil.

El Sr. R. Chalmers del Oriel College, Oxford, ha traducido en el presente volumen el primer volumen de la edición del texto *Pāṭi* del Prof. Fausböll (cinco volúmenes los cuales ya han aparecido). El segundo volumen será traducido por el Sr. W. H. D. Rouse, ex miembro del Christ's College, Cambridge, quien también será responsable del cuarto; el tercero será traducido por el Sr. H.T. Francis, Subbibliotecario de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge, y ex miembro del Gonville and Caius College, y el Sr. R.A. Neil, miembro y tutor asistente del Pembroke College, quienes esperan también emprender el quinto¹.

E. B. COWELL.

1. Se dará un índice completo al final del último volumen.

PRÓLOGO

DE LA TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL

La principal motivación de esta traducción al español sobre las vidas pasadas del *Buddha* representa, en la tradición del *Dhamma* seguida por el autor, una un poco diferente de aquella que suele caracterizar a cualquier simpatizante del *Buddha* Gotama.

No se trata de satisfacer una inquietud literaria o una curiosidad intelectual sobre un personaje tan trascendental como lo fue nuestro Iluminado *Buddha*, aunque sea válido e irreprochable. La motivación esencial de un discípulo de las verdaderas enseñanzas del *Buddha* consiste en la práctica continua de lo que él demostró era absolutamente necesario e imperativo: practicar *sīla*, *samādhi* y sobre todo *paññā*, es decir, la práctica de los preceptos morales, la concentración (disponible, en su mayoría, en muchas tradiciones) y de la práctica del desarrollo de la sabiduría a través de la purificación mental, es decir, a través de la práctica de la meditación *vipassana* o también *satipatṭhāna*, cuya auténtica versión habría sido perdida en la mayoría de tradiciones budistas y la cual representa la quinta esencia de lo que descubre un ser plenamente iluminado.

El autor ha tratado de compartir con otros simpatizantes del *Dhamma*, tal como es enseñado en la tradición birmana de S. N. Goenka, discípulo de la cadena de maestros constituida cronológicamente por Sayagyi U Ba Khin, Saya Thetgyi y Ledi Sayādaw, la evocación de las grandes cualidades del *Arahat* principal de este *sāsana*. Estas cualidades pueden apreciarse en magnitudes inconmensurables cuando se lee la serie de vicisitudes *samsáricas* por las que tuvo que pasar para que finalmente haya podido desarrollar los *pāramīs* necesarios y consumado la iluminación total en virtud de beneficiar a toda un era de seres humanos y marcar un punto de inflexión en su devenir *kármico* por este muy insatisfactorio ciclo de renacimientos, por este remolino de inrrastreable comienzo como representa ser el *saṃsāra*.

Por lo tanto y en resumen, los practicantes del *Dhamma* que deseen evocar recurrentemente aquello que su propia experiencia le muestra como beneficios directos y concretos de la purificación mental desarrollada mediante la meditación *vipassana*, podrán encontrar en estos textos, como en toda manifestación sobre la vida del *Buddha* Gotama, las invaluable cualidades no sólo del iluminado sino también del *Dhamma* y del *Saṅgha*, esa especie de auténtico *pūjā* que se manifiesta cuando la práctica es complementada con la literatura sobre el *Dhamma*, realidad fáctica que permite al meditador desarrollar más fe y determinación en su trabajo personal de purificación mental. Lo maravilloso de esto es que se dé por medio del trabajo realizado mediante intelectuales occidentales sobre budismo del siglo XIX, quienes jamás, aparentemente, probaron los sabores profundos provenientes de la práctica de la meditación *vipassana*.

Aquellos que disfruten del gusto por la lectura sobre el *Dhamma*, se percatarán que para aludir al *Buddha* en el presente texto usualmente los traductores al inglés utilizan el término *Maestro*, ello se ha conservado por el momento en la presente versión; similarmente ocurre con el término occidental designado para el *Dhamma*, al cual se refiere aquí como *Las Enseñanzas* y el *Saṅgha* al cual se refiere con la palabra *Hermandad*. Similarmente ocurre con el uso común, en la presente tradición, de la palabra *monje* o *monja* o sus equivalentes en *Pāḷi*, *bhikkhu* o *bhikkhunī*, respectivamente, los cuales son referidos aquí como *hermanos* o *hermanas*.

La versión original comienza a partir de cierto punto de los *Jātakas* a omitir ciertas repeticiones que se dan recurrentemente en cada historia, como en la introducción, la conclusión y al término de cada una de ellas. Por el momento se ha mantenido este estilo, pero posteriormente, a medida que se lleven a cabo más ediciones, se presentará este libro sin ninguna omisión y de forma extensiva, con el objeto de facilitar la

lectura, evitar las interrupciones o esfuerzos intelectuales innecesarios en virtud de una lectura más cómoda.

Para terminar, se señalará sólo un pequeño detalle sobre la tipografía: se ha utilizado la fuente cursiva para referir a todo término técnico proveniente del idioma *Pāḷi* vinculado directamente con las enseñanzas, el cual requeriría mayor atención o investigación por parte de cualquier interesado, el objeto es facilitar su distinción de cualquier alusión *Pāḷi* referida simplemente a nombres propios de ciudades o individuos. Se incluye el uso cursivo a toda fuente bibliográfica del Tipiṭaka u otro texto budista. Se apreciará que inclusive el término *Buddha* se encuentra reiteradamente en cursiva así como *Dhamma*, ya que estos corresponden a una designación bastante amplia de cualidades, como *Bhagavā*, *Arahant*, *Sugato*, etc. en el caso del *Buddha*, y en el caso de *Dhamma* a cualidades como *Ehi-passiko*, *Akāliko*, *Sandiṭṭhiko*, etc., las cuales serán más que oportunos evocar cada vez que se refieran a estos, ya que una de estas cualidades naturalmente brotan de las propias historias, o de la introducción que las motivó a ser narradas o de la conclusión y los beneficios que ellas produjeron.

Qué este trabajo y estos méritos de compartir el *Dhamma* con un mundo colmado de oscuridad cumplan sus objetivos, qué más seres desarrollen sabiduría, concentración y moralidad, qué gocen de sus beneficios y que así se disipe la ignorancia en nuestros hermanos. Qué todos los seres consumen la liberación.

Daniel Huamán.
PhD en Ingeniería Civil y autor de la presente traducción (*).
Lima, 16 de Marzo del 2022.

(*) Esta traducción ha sido asistida mediante herramientas informáticas de traducción que han resultado de gran ayuda para la edición de la versión preliminar de estos textos.

CONTENIDO

Prólogo Original		vii
Prólogo de la Traducción al Español	xiii	
Contenido		vii
Libro I. — Ekanipāta'.		1
No. 1 Apaṇṇaka-Jātaka.	1	
No. 2 Vaṇṇupatha-Jātaka.	9	
No. 3 Serivāṇija-Jātaka.	12	
No. 4 Cullaka-Setṭhi-Jātaka.	14	
No. 5 Taṇḍulanāli-jātaka.	21	
No. 6 Devadhamma-jātaka.	23	
No. 7 Kaṭṭhahāri-Jātaka.	27	
No. 8 Gāmani-Jātaka.	29	
No. 9 Makhādeva-Jātaka.	30	
No. 10 Sukhavihāri-Jātaka.	32	
No. 11. Lakkhaṇa-Jātaka.	34	
No. 12 Nigrodhamiga-jātaka.	36	
No. 13. Kaṇḍina-Jātaka.	42	
No. 14 Vātamiga-Jātaka.	44	
No. 15. Kharādiya-Jātaka.	46	
No. 16 Tipallattha-Miga-Jātaka.	47	
No. 17 Māluta-Jātaka.	50	
No. 18 Matakabhatta-Jātaka.	51	
No. 19 Āyācitabhatta-Jātaka.	53	
No. 20 Naḷapāna-jātaka	54	
No. 21 Kuruṅga-Jātaka	57	
No. 22. Kukkura-Jātaka.	58	
No. 23 Bhojājānīya-Jātaka.	61	
No. 24 Ājañña-Jātaka.	63	
No. 25 Titttha-Jātaka.	64	
No. 26 Mahilāmukha-Jātaka.	67	
No. 27 Abhiṇha-Jātaka.	69	
No. 28 Nandivīsāla-Jātaka.	71	
No. 29 Kaṇha-Jātaka.	73	
No. 30 MUṆIKA-JĀTAKA.	75	

No. 31 Kulāvaka-Jātaka.	76
No. 32 Nacca-Jātaka.	83
No. 33 Sammodamāna-Jātaka.	85
No. 34 Maccha-Jātaka.	87
No. 35 Vaṭṭaka-Jātaka.	88
No. 36 Sakuṇa-Jātaka.	91
No. 37 Tittira-Jātaka.	92
No. 38 Baka-Jātaka.	95
No. 39 Nanda-Jātaka.	98
No. 40 Khadiraṅgāra-Jātaka	100
No. 41 Losaka-Jātaka.	105
No. 42 Kapota-Jātaka.	112
No. 43 Veḷuka-Jātaka.	114
No. 44 Makasa-Jātaka.	116
No. 45. Rohiṇī-Jātaka.	117
No. 46. Ārāmadūsaka-Jātaka.	118
No. 47. Vāruṇi-Jātaka.	120
No. 48. Vedabbha-Jātaka.	121
No 49. Nakkhatta-Jātaka.	124
No. 50 Dummedha-Jātaka.	126
No. 51 Mahāsīlava-Jātaka.	128
No. 52 Cūḷa-Janaka-Jātaka.	133
No. 53 Puṇṇapāti-Jātaka.	134
No. 54. Phala-Jātaka.	135
No. 55. Pañcāvudha-Jātaka.	137
No. 56. Kañcanakkhandha-Jātaka. [276]	140
No. 57. Vānarinda-Jātaka.	142
No. 58. Tayodhamma-Jātaka.	144
No. 59 Bherivāda-Jātaka.	146
No. 60 Saṃkhadhamana-Jātaka.	147
No. 61 Asātamanta-Jātaka.	147
No. 62 Aṇḍabhūta-Jātaka.	151
No. 63. Takka-Jātaka.	155
No. 64. Durājāna-Jātaka.	158
No. 65. Anabhirati-Jātaka.	160
No. 66. Mudulakkhaṇa-Jātaka.	161
No. 67 Ucchaṅga-Jātaka.	164
No. 68. Sāketa-Jātaka.	166

No 69. Visavanta-Jātaka.	167
No. 70. Kuddāla-Jātaka.	168
No. 71. Varaṇa-Jātaka.	172
No. 72. Silavanāga-Jātaka.	174
No. 73. Saccamkira-Jātaka.	177
No. 74. Rukkhadhamma-Jātaka.	181
No. 75. Maccha-Jātaka.	183
No. 76. Asamkiya-Jātaka.	185
No. 77. Mahāsupina-Jātaka.	187
No. 78. Illisa-Jātaka.	195
No. 79. Kharassara-Jātaka.	202
No. 80. Bhīmasena-Jātaka.	203
No. 81. Surāpāna-Jātaka.	206
No. 82. Mittavinda-Jātaka.	209
No. 83. Kālakaṇṇi-Jātaka. [364]	209
No. 84. Atthassadvāra-Jātaka. [366]	211
No. 85. Kimpakka-Jātaka.	212
No. 86. Silavīmaṁsana-Jātaka.	213
No. 87. Maṁgala-Jātaka.	215
No. 88. Sārambha-Jātaka.	217
No. 89. Kuhaka-Jātaka.	218
No. 90. Akataññu-Jātaka.	220
No. 91. Litta-Jātaka.	221
No. 92. [381] Mahāsāra-Jātaka.	222
No. 93. Vissāsabhojana-Jātaka.	227
No. 94. Lomahaṁsa-Jātaka.	229
No. 95. Mahāsudassana-Jātaka.	230
No. 96. Telapatta-Jātaka.	232
No. 97. Nāmasiddhi-Jātaka.	237
No. 98. Kūṭavāṇija-Jātaka.	239
No. 99. Parosahassa-Jātaka.	240
No. 100. Asātarūpa-Jātaka.	242
No. 101. Parosata-Jātaka.	243
No. 102. Paṇṇika-Jātaka.	244
No. 103. Veri-Jātaka.	245
No. 104. Mittavinda-Jātaka.	246
No. 105. Dubbalakaṭṭha-Jātaka.	246
No. 106. Udañcani-Jātaka.	248

No. 107. Sālittaka-Jātaka.	249
No. 108. Bāhiya-Jātaka.	251
No. 109. Kuṇḍakapūva-Jātaka.	252
No. 110. Sabbasamhāraka-Pañha.	254
No. 111. Gadrabha-Pañha.	254
No. 112. Amarādevī-Pañha.	254
No. 113. Sigāla-Jātaka.	255
No. 114. Mitacinti-Jātaka.	256
No. 115. Anusāsika-Jātaka.	257
No. 116. Dubbaca-Jātaka.	259
No. 117. Tittira-Jātaka.	260
No. 118. Vaṭṭaka-Jātaka.	261
No. 119. Akālarāvi-Jātaka.	263
No. 120. [437] Bandhanamokkha-Jātaka.	264
No. 121. [441] Kusanāḷi-Jātaka.	267
No. 122. [444] Dummedha-Jātaka.	269
No. 123. Naṅgalīsa-Jātaka.	271
No. 124. Amba-Jātaka.	273
No. 125. Kaṭāhaka-Jātaka.	275
No. 126. Asilakkhaṇa-Jātaka.	277
No. 127. Kalaṇḍuka-Jātaka.	280
No. 128. [460] Biḷāra-Jātaka.	281
No. 129. Aggika-Jātaka.	283
No. 130. Kosiya-Jātaka ¹ .	284
No. 131. Asampadana-Jātaka.	286
No. 132. Pañcagaru-Jātaka.	288
No. 133. Ghatāsana-Jātaka.	290
No. 134. [473] Jhānasodhana-Jātaka.	291
No. 135. [474] Candābha-Jātaka.	292
No. 136. Suvaṇṇaḥamsa-Jātaka.	292
No. 137. Babbu-Jātaka.	294
No. 138. Godha-Jātaka.	297
No. 139. Ubhatobhaṭṭha-Jātaka.	298
No. 140. Kāka-Jātaka.	300
No. 141. Godha-Jātaka.	302
No. 142. Sigāla-Jātaka.	304
No. 143. Virocana-Jātaka.	305
No. 144. Naṅguṭṭha-Jātaka.	307

No. 145. Rādha-Jātaka.	309
No. 146. [497] Kāka-Jātaka.	310
No. 147. Puppharatta-Jātaka.	312
No. 148. [501] Sigāla-Jātaka.	314
No. 149. Ekapaṇṇa-Jātaka.	316
No. 150. Sañjīva-Jātaka.	319



Venerado sea el Bienaventurado, el Arahāt, el Perfecto Buddha.

LIBRO I. – ĒKANIPĀTA¹.

[95.] Este² discurso sobre la Verdad fue pronunciado por el Bienaventurado, mientras moraba en el Gran Monasterio Jetavana, cerca de Sāvattthi. Pero, se preguntarán, ¿quiénes fueron los que inspiraron esta historia?

Bien; fueron los quinientos amigos del Tesorero, los discípulos de los sectarios³.

Ya que, un día, Anātha-piṇḍika⁴, el Tesorero, tomó a sus amigos, a quinientos discípulos de otras escuelas, y se dirigió con ellos a Jetavana, a donde también hizo traer una gran cantidad de guirnaldas, perfumes y ungüentos, junto con aceites, miel, melaza, telas y mantos. Después del debido saludo al Bienaventurado, le hizo una ofrenda de guirnaldas y similares, y entregó a la Orden de Monjes aceite medicinal y demás artículos junto con los mantos; y, hecho esto, se sentó a un lado evitando las seis faltas al sentarse. Del mismo modo, aquellos discípulos de otras escuelas saludaron al *Buddha* y tomaron

-
1. El texto canónico del libro *Jātaka*, que consta exclusivamente de *gāthās* o estrofas, se divide en ‘libros’ o *nipātas*, según el número de *gāthās*. El presente volumen contiene las 150 historias que ilustran y conforman el comentario de ellas, un solo *gāthā* en cada caso, y componen el primer libro. Los libros posteriores contienen un número creciente de *gāthās* y un número decreciente de historias: por ejemplo, el segundo libro contiene 100 historias de 2 *gāthās*, el tercer libro 50 historias de 3 *gāthās*, y así sucesivamente. El número total de libros o *nipātas* es 22, 21 de los cuales forman el texto de los cinco volúmenes publicados del texto Pāli. Los *nipātas* se subdividen en *vaggas*, o conjuntos de unas 10 historias, designados por regla general según su primera historia. No se ha considerado deseable entorpecer la traducción con estas subdivisiones.
 2. La Historia Introductoria usualmente comienza citando, como lema, las primeras palabras del *gāthā* subsiguiente.
 3. Literalmente ‘sectarios’; pero generalmente traducido como ‘herejes’, un término que ha llegado a tener una connotación demasiado teológica para ser aplicable a los filósofos. Los seis rivales con los que Gotama tuvo que competir principalmente fueron: Pūraṇa Kassapa, Makkhali Gosāla, Ajita Kesa-kambalī, Pakudha Kaccāyana, Sañjaya Belaṭṭhi-putta y Nigaṇṭha Nāta-putta (ver, por ejemplo, *Sāmaññaphala Sutta* en el *Dīgha Nikāya*, vol. 1, pág. 47).
 4. Éste es un sobrenombre, que significa literalmente ‘alimentador de los pobres’. Su nombre ordinario era Sudatta. Véase el relato en el *Vinaya* (*Cullavagga*, vi. 4, 9) de cómo compró al Príncipe Jeta el bosque de este último por tanto oro como para pavimentar el terreno con él, y cómo construyó allí el Gran Monasterio para el *Buddha*.

sus asientos cerca del lugar de Anātha-piṇḍika, contemplando el semblante del Maestro, glorioso como la Luna Llena, con su excelente presencia dotada de los signos y las marcas de la Budeidad, abarcado con su luz hasta una braza de longitud, sobre la rica gloria que demarca un *Buddha*, una gloria que se irradiaba como si fueran un collar de guirnaldas, ensartadas una sobre otra.

Luego, aunque en tonos atronadores como el rugido de un joven león en el Valle Rojo o como una nube de tormenta en la estación de lluvias, cayendo como si fuera el Ganges de los Cielos¹. [96] y pareciendo tejer una coronilla de joyas, y sin embargo, con una voz de perfección óctuple, cuyo encanto embelese al oído, el Bienaventurado les predicó la Verdad en un discurso lleno de dulzura y con un brillo de variada belleza.

Ellos, después de escuchar el discurso del Maestro, se levantaron con sus corazones convertidos y con el debido saludo al Señor del Conocimiento, rompieron a pedazos las otras doctrinas en las que se habían refugiado y se dirigieron al *Buddha* como su refugio. De allí en adelante sin cesar se hizo costumbre visitar a Anātha-piṇḍika, llevando en sus manos perfumes y guirnaldas y cosas por el estilo, para escuchar la Verdad en el Monasterio; y abundaban en caridad, guardaban los preceptos y observaban el día de ayuno semanal.

Ahora bien, el Bienaventurado regresó nuevamente de Sāvatti a Rājagaha. Tan pronto como el *Buddha* se marchó, ellos rompieron a pedazos su nueva fe y, al regresar a las otras doctrinas como su refugio, volvieron a su estado original.

Después de una estancia de unos siete u ocho meses, el Bienaventurado regresó a Jetavana. Una vez más Anātha-piṇḍika llegó con aquellos amigos suyos adonde el Maestro, hizo su saludo y sus ofrendas de perfumes y cosas por el estilo, y se sentó a un lado. Y los amigos también saludaron al Bienaventurado y tomaron asiento de la misma manera. Entonces Anātha-piṇḍika le contó al Bienaventurado cómo, cuando el *Buddha* partió en su peregrinaje de ofrendas, sus amigos abandonaron nuevamente su refugio por las viejas doctrinas y regresaron a su estado original.

Abriendo el loto de su boca, como si fuera un cofre de joyas, perfumado con esencias divinas y lleno de diversos perfumes en virtud de haber hablado correctamente a lo largo de miríadas de eones, el Bienaventurado emitió su dulce voz, mientras preguntaba: "¿Es cierto el informe de que vosotros, discípulos, habéis abandonado los Tres Refugios² por el refugio de otras doctrinas?"

Y cuando ellos, incapaces de ocultar el hecho, hubieron confesado, diciendo: "Es verdad, Bienaventurado", entonces el Maestro les dijo: "Discípulos, no traspasen los límites del infierno³ abajo y en el cielo más alto hacia arriba, no en todos los mundos infinitos que se extienden a la derecha y a la izquierda, hay alguien igual, y mucho menos, superior, a un *Buddha* dotado con las excelencias que brotan de la obediencia de los Preceptos y de otras conductas virtuosas.

Luego les declaró las excelencias de las Tres Gemas tal como se revelan en los textos sagrados, las siguientes entre el número: "De todas las criaturas, discípulos, ya sean sin pies, &c., el *Buddha* es el principal"; "Cualesquiera que sean las riquezas que haya en este o en otros mundos, &c."; y "Verdaderamente el jefe de los fieles &c." De ahí prosiguió diciendo: "Ningún discípulo, hombre o mujer, que busque refugio en las Tres Gemas, que esté dotado de las excelencias sin igual, renacerá jamás en el infierno y en estados similares; sino que, liberado de todo renacimiento en estados de aflicción, renacerán en el Reino de los *Devas* y allí recibirán gran gloria. Por lo tanto, al abandonar tal refugio por el que ofrecen otras doctrinas, han caído en la perdición".

1. es decir, la Vía Láctea.

2. es decir, el *Buddha*, la Verdad que predicó y la Orden que fundó. Más adelante a esta tríada se la menciona como las 'Tres Gemas'.

3. **Estrictamente** hablando, el budismo no conoce infiernos, solo purgatorios, los cuales, aunque son lugares de tormento, son temporales y educativos.

(Y aquí deben citarse los siguientes textos sagrados para aclarar que nadie que, para encontrar la liberación y el bien supremo, y que haya buscado refugio en las Tres Gemas, renacerá en los estados de aflicción: –

[97] Aquellos que tengan como refugio al *Buddha* encontrado,
No transmigrarán de aquí hacia los estados de aflicción;
Inmediatamente, cuando abandonen su forma humana,
Una forma de *Deva* estos fieles asumirán¹.

Aquellos que tengan como refugio a la Doctrina encontrada
&c., &c.

Aquellos que tengan como refugio a la Orden encontrada
&c., &c.

Son múltiples los refugios que buscan los hombres,
– La cumbre de la montaña, la soledad del bosque,

(y así sucesivamente hasta)

Cuando haya buscado y hallado este refugio,
Toda la liberación de todo dolor será suya.)²

Pero el Maestro no terminó su enseñanza en este punto; porque continuó: "Discípulos, la meditación de la evocación al *Buddha*, la meditación de la evocación a la Verdad, la meditación de la evocación a la Orden, esto es lo que proporciona una Entrada y una Fruición al Primer, Segundo, Tercer y Cuarto Sendero de la Bienaventuranza"³. Y cuando les hubo predicado la Verdad de estas y otras maneras, dijo: "Al abandonar un refugio como éste, habéis caído en la perdición".

(Y aquí el ofrecimiento de los varios Senderos para aquellos que meditan en la evocación al *Buddha* y demás, debe ser aclarado por las escrituras como las siguientes: "Hay una cosa, Hermanos, que, si se practica y desarrolla, conduce al aborrecimiento absoluto de las vanidades del mundo, a la cesación de la pasión, al final de la existencia, a la paz, a la introspección, a la iluminación, al *Nibbāna*. ¿Qué es esto único? – La meditación de la evocación al *Buddha*.")

Cuando hubo exhortado así a los discípulos, el Bienaventurado dijo: "Así también en tiempos pasados, discípulos, los hombres que saltaban hacia la fatua conclusión de que lo que no era refugio era un verdadero refugio, cayeron presa de los duendes en un desierto embrujado por demonios y fueron completamente destruidos; mientras que los hombres que se adhirieron a la verdad absoluta e indiscutible, prosperaron en el mismo desierto". Y cuando hubo dicho esto, permaneció en silencio.

Entonces, levantándose de su asiento y saludando al Bienaventurado, el laico Anātha-piṇḍika prorrumpió en alabanzas, y con las manos juntas levantadas en reverencia hacia su frente, habló así: "Es claro para nosotros, Señor, que en la actualidad, estos discípulos fueron inducidos por el error al abandonar el refugio supremo. Pero la destrucción pasada de aquellos obstinados en el desierto perseguido por demonios, y la prosperidad de los hombres que se adhirieron a la verdad, están ocultos para nosotros y solo son conocidas por su persona. [98] Quiera el Bienaventurado, como si hiciera salir a la Luna en el cielo Llena, aclararnos esto".

-
1. La palabra *deva*, que he retenido en su forma *Pāli*, significa un 'ángel', en lugar de un 'dios', en el credo impío de los budistas. Véase aquí Rhys Davids en su '*Buddhist Suttas*', página 162.
 2. *Dhammapada*, v. 188-192.
 3. Véase la nota 2 en la pág. 8

Entonces dijo el Bienaventurado: "Fue únicamente para barrer las dificultades de este mundo que por medio del desarrollo de las Diez Perfecciones¹ a través de miríadas de cones consumé la omnisciencia. Prestad oídos y escuchen, tan de cerca como si estuvieran llenando un tubo de oro con tuétanos de león".

Habiendo despertado así la atención del Tesorero, dejó en claro lo que el renacimiento les había ocultado, como si estuviera liberando a la luna llena de la neblina en el cielo, al lugar de nacimiento de las nieves.

Érase una vez en la ciudad de Benares, en el país Kāsi, que había un Rey llamado Brahmadatta. En aquellos días, el *Bodhisatta* nació en una familia de comerciantes, y al crecer, a su debido tiempo, solía viajar para comerciar con quinientas carrozas, viajando primero de este a oeste y luego de oeste a este. Había también en Benares otro joven mercader, uno necio, falto de recursos.

Ahora bien, en el momento de nuestra historia, el *Bodhisatta* había cargado quinientas carrozas con costosas mercancías de Benares y los había preparado para partir. Y también lo había hecho el joven y necio comerciante. El *Bodhisatta* pensó: "Si este necio y joven comerciante me hace compañía todo el tiempo, y las mil carrozas viajan juntas, será demasiado para el camino; será difícil conseguir para los hombres madera, agua, etc., o hierba para los bueyes. O él o yo debemos partir primero. Así que envió llamar al otro comerciante y puso su vista ante él, diciendo: "Nosotros dos no podemos viajar juntos; ¿prefiere ir primero o último?" el otro pensó: "Habrán muchas ventajas si voy primero. Tendré un camino que aún no esté cortado; mis bueyes tendrán el brote de la hierba; mis hombres tendrán el brote de las hierbas para el curry; el agua no será perturbada y, por último, fijaré mi propio precio para el trueque de mis bienes". En consecuencia, respondió: "Iré primero, mi querido señor". [99]

El *Bodhisatta*, por otro lado, vio muchas ventajas en ir último, porque se dijo a sí mismo lo siguiente: "Aquellos que vayan primero allanarán el camino donde sea abrupto, mientras que yo viajaré por el camino que ellos ya hayan recorrido; sus bueyes habrán pastado en la hierba áspera y vieja, mientras que los míos pastarán en el dulce crecimiento joven que brotará en su lugar; mis hombres encontrarán un nuevo crecimiento de hierbas dulces para el curry donde las viejas hayan sido recogidas; donde no haya agua, la primera caravana tendrá que cavar para abastecerse, y beberemos en los pozos que ellos hayan cavado. Regatear precios es un trabajo mortal, mientras que yo, como el siguiente comerciante, cambiaré mis mercancías a los precios que ya se hayan fijado." En consecuencia, al ver todas estas ventajas, le dijo al otro: "Entonces vaya usted primero, mi querido señor".

1. es decir, generosidad, virtud, renunciación, sabiduría, energía, paciencia, verdad, resolución, bondad amorosa y ecuanimidad. (Véase *Cariyā Piṭaka*, págs. 45-7 del texto *Pāli* editado por el Dr. Morris para el *Pāli Text Society*); ver también *Jātaka* No. 35 & c.

"Muy bien, lo haré", dijo el necio comerciante. Y enganchó sus carrozas y partió. Yendo adelante, dejó atrás las viviendas de los hombres y llegó a las afueras del desierto. (Ahora bien, los desiertos pueden ser de las cinco clases siguientes: desiertos de ladrones, desiertos de bestias salvajes, desiertos de sequías, desiertos de demonios y desiertos de hambre. El primero es cuando el camino es acosado por ladrones; el segundo es cuando el camino es asediado por leones y otras bestias salvajes, el tercero es cuando no hay limpieza o agua que conseguir, el cuarto es cuando el camino está asediado por demonios, y el quinto es cuando no se encuentran raíces ni otro alimento, y en esta quintuple categoría, el desierto en cuestión era tanto uno de sequías como de demonios). En consecuencia, este joven comerciante tomó grandes cántaros de agua en sus carrozas y, llenándolos de agua, partió para cruzar las sesenta leguas de desierto que se extendían ante él. Ahora bien, cuando había llegado a la mitad del desierto, el duende que los rondaba se dijo a sí mismo: "Haré que estos hombres tiren sus reservas de agua y los devoraré a todos cuando estén débiles". Entonces él [100] enmarcó con su poder mágico un encantador carruaje tirado por toros jóvenes de un blanco puro. Con un séquito de unos diez o doce duendes que portaban arcos y carcajes, espadas y escudos, cabalgó para recibirlos como un poderoso señor sobre ese carruaje, de lotos azules y nenúfares blancos enroscados alrededor de su cabeza, con el cabello húmedo y la ropa mojada y con las ruedas del carruaje embarradas. También sus asistentes, delante y detrás de él, iban con el pelo y la ropa mojados, con guirnaldas de lotos azules y nenúfares blancos en sus cuentas, y con ramos de lotos blancos en las manos, mascando los tallos comestibles, y chorreando agua y lodo en sus carrozas. Ahora bien, los jefes de las caravanas tienen la siguiente costumbre: siempre que les sopla el viento en los dientes, van adelante en su carruaje con sus asistentes alrededor de ellos, para escapar del polvo; pero cuando el viento sopla detrás de ellos, cabalgan de la misma manera en la retaguardia de la columna. Y, como en esta ocasión el viento soplaba en contra de ellos, el joven comerciante cabalgaba al frente. Cuando el duende se dio cuenta de que el mercader se acercaba, apartó su carruaje de la vía y lo saludó amablemente, preguntándole adónde iba. El líder de la caravana también hizo que su carruaje se apartara de la vía para dejar pasar las carrozas, mientras que él se quedaba en el camino y así se dirigió al duende: "Venimos de Benares, señor. Pero observo que tenéis lotos y nenúfares en vuestras cabezas y en vuestras manos, y que vuestro pueblo está mascando los tallos comestibles, y que estáis todos embarrados y empapados. ¿Es que llegasteis a estanques cubiertos de lotos y nenúfares?

Entonces el duende exclamó: "¿Qué dijo? Vaya, desde donde aparece la raya verde oscuro en el bosque, y de allí en adelante no hay nada más que agua por todo el bosque. Siempre está lloviendo por allí; los lagos están llenos; y por todas partes hay lagos cubiertos de lotos y nenúfares". Entonces, cuando pasó la fila de carrozas [101], preguntó hacia dónde se

dirigían. "A tal o cual lugar", fue la respuesta. "¿Qué mercancías tienen en esas carrozas y en éstas?" "Tal y tal". "¿Y qué podrían tener en esta última carroza que parece moverse como si estuviera muy cargada?" "Oh, es agua lo que hay en ella". "Hicisteis bien en llevar agua consigo desde el otro lado. Pero no hay necesidad de ello ahora, ya que el agua es abundante más adelante. Romped, pues, las tinajas y tirad el agua, para que podáis viajar con más facilidad." Y añadió: "Ahora prosigan su camino, que ya nos hemos detenido demasiado tiempo". Luego avanzó un poco más, hasta que se perdió de vista, al iniciar su camino de regreso a la ciudad duende donde habitaba.

Tal era la locura de ese necio mercader que hizo lo que le sugirió el duende, e hizo romper sus tinajas y tirar el agua por la borda, sin ahorrar ni siquiera lo que cabría en la palma de la mano de un hombre. Luego ordenó que las carrozas continuaran. No encontraron ni una gota de agua más adelante, y la sed agotó a los hombres. Durante todo el día, hasta que se puso el sol, continuaron la marcha; pero al atardecer desataron sus carretas e hicieron un campamento, atando los bueyes a las ruedas. Los bueyes no tenían agua que beber, ni los hombres para cocer el arroz; y la banda cansada se hundió en el suelo para dormir. Pero tan pronto como cayó la noche, los duendes salieron de su ciudad y mataron a todos y a cada uno de esos hombres y bueyes; y cuando hubieron devorado su carne, dejando sólo los huesos desnudos, los duendes se marcharon. Así fue como el necio y joven comerciante fue la única causa de la destrucción de toda esa banda, cuyos esqueletos estaban esparcidos en todas las direcciones imaginables, mientras que las quinientas carrozas quedaron allí con sus cargas intactas.

Ahora bien, el *Bodhisatta* permitió que pasaran unas seis semanas antes de partir y después de que el joven y necio comerciante comenzara su viaje. Luego salió de la ciudad con sus quinientas carrozas, y en su momento llegó a las afueras del desierto. Aquí hizo llenar sus cántaros y colocarlos en una amplia reserva de agua; y a golpe de tambor hizo que sus hombres se reunieran en el campamento [102], y se dirigió a ellos de la siguiente manera: "Que no se use ni un puñado de agua sin mi autorización. Hay árboles venenosos en este desierto; que ningún hombre entre vosotros coma ninguna hoja, flor o fruto que no haya comido antes, sin antes consultarme". Con esta exhortación a sus hombres, se adentró en el desierto con sus 500 carrozas. Cuando llegó a la mitad del desierto, el duende hizo su aparición en el camino del *Bodhisatta* como en el caso anterior. Pero, tan pronto como se dio cuenta del duende, el *Bodhisatta* vio a través de él; porque pensó: "No hay agua aquí, en este 'Desierto sin agua'. Esta persona con sus ojos rojos y porte agresivo, no proyecta sombra, muy probablemente haya inducido al necio y joven comerciante que me precedió, para tirar toda su agua,

y luego, esperando a que se acabara, se comieran al mercader con toda su gente. Pero él no conoce mi astucia y mi ingenio." Luego le gritó al duende: "¡Váyase! Somos hombres de negocios, y no tiramos el agua que tenemos, antes de ver de dónde se pueda conseguir más. Pero, cuando veamos más, podemos confiar en tirar esta agua y aligeraremos nuestras carrozas".

El duende cabalgó un poco más hasta que se perdió de vista, y luego regresó a su hogar en la ciudad de los demonios. Pero cuando el duende se hubo ido, los hombres del *Bodhisatta* le dijeron: "Señor, escuchamos de esos hombres que allá está apareciendo la franja verde oscuro del bosque, donde decían que siempre llueve. Tenían flores de loto en la cabeza, y nenúfares en sus manos y estaban comiendo tallos, mientras sus ropas y cabellos se encontraban mojados, y el agua chorreaba de ellos. Tiremos nuestra agua y avancemos un poco más rápido con carrozas aligeradas". Al escuchar estas palabras, el *Bodhisatta* ordenó un alto y reunió a todos los hombres. "Díganme", dijo él; "¿Alguno de ustedes escuchó antes de hoy que hubiese un lago o un estanque en este desierto?" "No, señor", fue la respuesta, "por eso se le conoce como 'el desierto sin agua'".

"Algunas personas nos acaban de decir que está lloviendo más adelante, en el cinturón del bosque; ahora, ¿hasta dónde llega el viento de la lluvia?" [103] "Una legua, señor". "¿Y este viento de lluvia ha alcanzado a algún hombre aquí?" "No señor." "¿A qué distancia se pueden ver la cresta de una nube de tormenta?" A una legua, señor. "¿Y ha visto algún hombre aquí la parte superior de una sola nube de tormenta?" "No señor." "¿A qué distancia se pueden ver un relámpago?" "Cuatro o cinco leguas, señor". "¿Y algún hombre aquí ha visto un relámpago?" "No señor." "¿A qué distancia puede un hombre oír el repique de un trueno?" -A dos o tres leguas, señor. - ¿Y ha oído algún hombre aquí el repique de un trueno? - No, señor. - Estos no son hombres, sino duendes. Regresarán con la esperanza de devorarnos cuando estemos débiles y desmayados después de tirar nuestra agua por recomendación suya. Como el joven comerciante que nos precedió no era un hombre de recursos, lo más probable es que haya sido engañado para que tiren el agua y sean devorados cuando se produjo el agotamiento. Podemos esperar encontrar sus quinientos carrozas paradas tal como fueron cargadas en su partida; vamos a encontrarlas hoy. Avancen con toda la rapidez posible, sin tirar una gota de agua".

Instando a sus hombres a seguir adelante con estas palabras, siguió su camino hasta que se encontró con las 500 carrozas paradas tal como habían sido cargadas y los esqueletos de los hombres y bueyes tirados en todas las direcciones. Tenía sus carrozas sin yugo y colocadas en círculo para formar un campamento fuerte; vio que sus hombres y bueyes habían cenado temprano, y que los bueyes estaban hechos para echarse en el medio con los hombres alrededor de ellos; y él mismo con los principales hombres de su banda estuvo de guardia, espada en mano, durante las tres viglias de la noche, esperando que amaneciera. Sobre el amanecer, cuando hubo

alimentado a sus bueyes y hecho todo lo necesario, descartó sus propias carrozas débiles por otras más fuertes, y sus propios bienes comunes por los más costosos de los bienes abandonados. Luego se dirigió a su destino, donde trocó sus acciones por mercancías de dos o tres veces su valor, y regresó a su propia ciudad sin perder a un solo hombre de toda su compañía.

[104] Terminada esta historia, el Maestro dijo: "Así fue, laico, que en tiempos pasados los fatuos llegaron a una destrucción total, mientras que los que se adhirieron a la verdad, escapando de las manos de los demonios, alcanzaron su meta en seguridad y volvieron a casa otra vez". Y cuando hubo vinculado así las dos historias, él, como *Buddha*, pronunció la siguiente estrofa para los propósitos de esta lección sobre la Verdad:

Entonces algunos declararon la única, la verdad sin par;
Pero de manera contraria hablaron los falsos lógicos.
Que el que sea sabio tome una lección al respecto,
Y asir con firmeza la única, la incomparable verdad.

[105] Así enseñó el Bienaventurado esta lección respecto a la Verdad. Y continuó diciendo: "Lo que se llama caminar por la verdad, no solo otorga las tres dotaciones felices, los seis cielos de los reinos de los sentidos y las dotaciones del Reino superior *Brahmā*, sino que finalmente es el benefactor del estado de *Arahat* [106]; mientras que lo que se llama andar en la mentira implica renacer en los cuatro estados de castigo o en las castas más bajas de la humanidad". Además, el Maestro pasó a exponer de dieciséis maneras las Cuatro Nobles Verdades¹, al final de las cuales todos esos quinientos discípulos se establecieron en el Fruto del Primer Sendero².

Habiendo dado su lección y su enseñanza, y habiendo contado las dos historias y establecido la conexión que las unía, el Maestro concluyó identificando los Renacimientos de la siguiente manera: "Devadatta era el joven y necio comerciante de aquellos días; sus seguidores eran los seguidores de ese mercader; los seguidores del *Buddha* eran los seguidores del sabio mercader, quien era yo mismo".

-
1. Estas cuatro cardinales verdades del budismo son las siguientes: (i) la existencia individual es sufrimiento; (ii) el deseo provoca la continuación de la existencia individual; (iii) con la desaparición del deseo también desaparecería la existencia individual; y (iv) el deseo es erradicado siguiendo el Noble Óctuple Sendero señalado por el *Buddha*. (Véase aquí la Conferencia Hibbert de Rhys Davids de 1881.)
 2. El sendero normal hacia el ideal budista después de la conversión se divide en cuatro etapas sucesivas, llamadas *cattāro maggā* o 'cuatro senderos'. El primero de ellos es el recorrido por el *sotāpanna* (alguien 'que ha entrado en la corriente' que fluye hacia el océano del *Nibbāna*), quien está seguro de alcanzar finalmente su meta, pero primero tiene que pasar por siete existencias más, ninguna de las cuales puede ser producida en un estado de aflicción; el segundo sendero es el recorrido por el *sakadāgāmi*, el discípulo cuyas imperfecciones han sido tan erradicadas que solo tiene que 'retornar' a una forma humana una vez más antes de alcanzar el *Nibbāna*; el tercer sendero es el de *anagāmi*, el discípulo que 'no retornará' a la tierra, sino que alcanzará la meta desde un reino *Brahmā*; mientras que el cuarto y último es el estado de *Arahat*, que es el *Nibbāna*. Cada una de estas cuatro etapas se subdivide en dos subetapas, la inferior llamada 'el sendero' y la superior llamada 'el fruto'. (Ver *Mahā-parinibbāna Sutta* y el comentario al respecto del Sumaṅgala Vāṣinī.)

[Nota. Ver *Journal of the Ceylon Branch of the Royal Asiatic Society* 1847, donde Gogerly ha dado una traducción de este *Jātaka*, así como también del 2º, 3º, 4º, 6º y 38º, con una breve introducción al libro *Jātaka*. Véase también la página 108 del *Manual sobre Budismo* [*Manual on Buddhism*] de Hardy, y Gogerly en el *Ceylon Friend* de Agosto de 1838. Este *Jātaka* se cita en el *Milinda-pañha*, p. 289 de la traducción de Rhys Davids en el vol. 35 de los *Libros Sagrados de Oriente* [*Sacred Books of the East*]. Hay un *Apaṇṇaka-Sutta* en el *Majjhima-Nikāya* (Nº 60), pero no parece estar conectado con este *Jātaka*, con el *Apaṇṇaka-Jātaka*.]

"*Incansable, profundamente cavarón*". Este discurso fue pronunciado por el Bienaventurado mientras moraba en Sāvātthi.

¿Sobre quién, preguntarán?

Sobre un Hermano que renunció a la perseverancia.

La tradición dice que, mientras el *Buddha* moraba en Sāvātthi, llegó a Jetavana un descendiente de una familia de Sāvātthi, quien, al escuchar un discurso del Maestro, se dio cuenta de que los deseos engendraban sufrimiento, y fue admitido en la primera etapa de la Orden. Después de cinco años de preparación para la admisión plena a la Orden¹, cuando hubo aprendido dos resúmenes y se había entrenado en los métodos de la sabiduría, obtuvo del Maestro un objeto de meditación que se le recomendó. Retirándose a un bosque, pasó allí la estación de lluvias; pero a pesar de todo su esfuerzo durante los tres meses, no pudo desarrollar un atisbo o destello de sabiduría. Entonces vino el pensamiento: "El Maestro dijo que había cuatro tipos de hombres, y yo debo pertenecer al más bajo de todos; en este nacimiento, me parece, no hay Sendero ni Fruición para mí. ¿Qué bien haré con vivir en el bosque? Regresaré con el Maestro y viviré mi vida contemplando las glorias de la presencia del *Buddha* y escuchando sus dulces enseñanzas". Y de vuelta a Jetavana regresó.

Ahora sus amigos e íntimos dijeron: "Señor, fue usted quien obtuvo del Maestro un objeto de meditación y partió para vivir la vida solitaria de un sabio. Sin embargo, aquí está de vuelta, disfrutando de la camaradería. ¿Puede ser que haya consumado la corona de la vocación de la Orden y que nunca conocerá más el renacimiento?" "Señores, como no consumé ni el Sendero ni la Fruición, me sentí condenado a la futilidad, y así dejé de perseverar y regresé". "Hizo mal, señor, al mostrar un corazón pusilánime cuando ya se había dedicado a la doctrina del intrépido Maestro. [107] Venga, déjenos traerle la atención del *Buddha*". Y lo llevaron con ellos al Maestro.

¹ Los términos *pabbajjā* y *upasampadā*, que denotan las dos etapas de iniciación de un Hermano en la Orden Budista, y son comparables con los grados sucesivos de Licenciado y Maestro en una Facultad, sugieren las sucesivas ordenaciones de Diácono y Sacerdote. Pero, como es engañoso usar fraseología cristiana al hablar de la filosofía budista, estos términos convenientes se han evitado en la traducción. Como se verá en el *Vinaya* (*Mahāvagga* I. 49-51), quince años era la edad normal para *pabbajjā* y veinte para *upasampadā*, siendo el intervalo de cinco años lo mencionado en el texto.

Cuando el Maestro se dio cuenta de su llegada, dijo: "Monjes, ustedes traen consigo a este monje en contra de su voluntad. ¿Qué ha hecho?"

"Señor, después de dedicarse a una doctrina tan absolutamente verdadera, este monje ha dejado de perseverar en la vida solitaria de un sabio, y ha regresado".

Entonces el Maestro le dijo: "¿Es cierto lo que dicen, que usted, monje, ha dejado de perseverar?" "Es verdad, Bienaventurado". "Pero ¿cómo es que, después de dedicarse a tal doctrina, sea usted, monje, el que se muestre no como un hombre de poco deseo, contento, solitario y decidido, sino como un hombre falto de perseverancia? ¿No fue usted quien eran tan animoso en tiempos pasados? ¿No fue por usted solo, gracias a su perseverancia, que en un desierto arenoso los hombres y los bueyes pertenecientes a una caravana de quinientas carrozas tomaron agua y fue aclamado? ¿Es que ahora se rinde?" Estas palabras bastaron para animar a ese Hermano.

Al oír esta charla, los Monjes preguntaron al Bienaventurado, diciendo: "Señor, la pusilanimidad actual de este Hermano es clara para nosotros; pero oculto es el conocimiento sobre cómo, por la perseverancia de este solo hombre, los hombres y los bueyes dispusieron de agua en un desierto arenoso y fue aclamado. Esto solo lo sabe su reverencia que es omnisciente; por favor, cuéntenos al respecto".

"Escuchad, pues, hermanos", dijo el Bienaventurado; y, habiendo despertado su atención, dejó en claro lo que el renacimiento les había ocultado.

Érase una vez, cuando Brahmadatta era Rey en Benares en Kāsi, que el *Bodhisatta* nació en la familia de un comerciante. Cuando creció, solía viajar comerciando con 500 carretas. En una ocasión llegó a un páramo arenoso de sesenta leguas de ancho, cuya arena era tan fina que, al agarrarla, se resbalaba entre los dedos de un puño apretado. Tan pronto como salió el Sol, se ponía tan caliente como un lecho de unas brasas de carbón y nadie podía caminar sobre él. En consecuencia, quienes lo atravesaban solían llevar leña, agua, aceite, arroz, etc. en sus carrozas, y solo viajaban durante noche. Al amanecer, solían colocar sus carrozas en círculo para formar un campamento, con un toldo extendido sobre su cabeza, y después de una comida temprana solían sentarse a la sombra durante todo el día. Cuando se ponía el sol, cenaban; y, tan pronto como el suelo se enfriaba, solían unir sus carrozas y avanzaban. Viajar por este desierto era como viajar por el mar; un 'piloto del desierto', como se le llamaba, tenía que llevarlos por el conocimiento de las estrellas [108]. Y así era como nuestro mercader viajaba entonces por aquel desierto.

Cuando tuvo sólo unas siete millas más por delante, pensó: "Esta noche nos verá salir de este desierto arenoso". Así que, después de haber cenado, mandó que se tiraran la leña y el agua, y unciendo sus carrozas, se puso en camino. En la carroza delantera se sentaba el piloto sobre un asiento mirando hacia las estrellas en el cielo y dirigiendo el curso de ese modo. Pero llevaba tanto tiempo sin dormir que se cansó y se durmió, por lo que no se dio cuenta de que los bueyes habían virado y vuelto sobre sus pasos. Toda la noche los bueyes siguieron su camino, pero al amanecer el piloto se despertó y, al observar la disposición de las estrellas sobre su cabeza, gritó: "¡Den la vuelta a las carrozas! ¡Den la vuelta a las carrozas!" Y mientras

daban la vuelta a las carrozas y las formaban en línea, amaneció. "Pues aquí es donde acampamos ayer", gritó la gente de la caravana. "Toda nuestra madera y agua se ha ido, y estamos perdidos". Diciendo esto, desataron sus carrozas e hicieron un campamento y extendieron el toldo por encima; luego cada hombre se arrojó desesperado debajo de su propia carroza. El *Bodhisatta* pensó: "Si me rindo, cada uno perecerá. Así que vagó de un lado a otro mientras aún era temprano y fresco, hasta que llegó a un matorral de hierba *kusa*. "Esta hierba", pensó, "sólo puede haber crecido aquí gracias a la presencia de agua por debajo de ella". Así que ordenó que trajeran una pala y que cavaran un agujero en ese lugar. Cavaron sesenta codos más abajo, hasta que a esa profundidad la pala golpeó una roca, y todos se desanimaron. Pero el *Bodhisatta*, sintiéndose seguro que debía haber agua debajo de esa roca, descendió al agujero y se paró sobre la roca, inclinándose, puso su oído sobre ella y escuchó. Al oír el sonido del agua que fluía por debajo, salió y le dijo a un mozo: "Muchacho, si ceden, todos pereceremos. Así que ánimo y continúe. Métase en el hoyo con este mazo de hierro y golpee la roca".

Obedeciendo la orden de su amo, [109] el muchacho, decidido donde todos los demás habían perdido el ánimo, descendió y golpeó la roca. La roca que había retenido el arroyo, se partió en dos y cayó dentro. El agua subió por el agujero hasta que llegaba a la altura de una palmera; y todos bebieron y se bañaron. Luego cortaron sus ejes y yugos de repuesto y otras herramientas sobrantes, cocieron su arroz y lo comieron, y alimentaron a sus bueyes. Y tan pronto como se puso el sol, izaron una bandera junto al pozo y viajaron hacia su destino. Allí trocaron sus bienes por el doble y el cuádruple de su valor. Con las ganancias regresaron a sus propias casas, donde vivieron hasta el término de sus vidas y al final fallecieron para vivir a partir de entonces de acuerdo con sus méritos. El *Bodhisatta* también, después de una vida dedicada a la caridad y otras buenas acciones, falleció igualmente para vivir de acuerdo con sus méritos.

Cuando el *Buddha* Supremo hubo pronunciado este discurso, él mismo, el Omnisciente, pronunció esta estrofa:

Incansable, profundamente cavaron en ese camino arenoso
Hasta que, en el camino trillado, encontraron agua.
Así que dejen que el sabio, con fuerte perseverancia,
No desfallezca ni se canse, hasta que su corazón encuentre Paz.

[110] Terminado este discurso, predicó las Cuatro Nobles Verdades, al final de las cuales el Hermano pusilánime se estableció en el Fruto más elevado de todos, que es el Estado de *Arahant*.

Habiendo contado estas dos historias, el Maestro estableció la conexión que las unía a ambas e identificó los Renacimiento diciendo: - "Este Hermano pusilánime de hoy era en aquellos días el mozo que, perseverando, rompió la roca y facilitó agua a toda la gente; los seguidores del *Buddha* eran el resto de la gente de la caravana; y yo mismo era su líder".

"Si en esta fe". Esta lección también la enseñó el Bienaventurado mientras estaba en Sāvatthi, también sobre un Hermano que dejó de perseverar.

Pues cuando el hombre fue traído por los Hermanos exactamente como en el caso anterior, el Maestro dijo: "Si usted, Hermano, que después de dedicarse a esta gloriosa doctrina que da Sendero y la Fruición [111], renuncia a la perseverancia, sufrirá largamente, como el vendedor ambulante de Seri que perdió un cuenco de oro que valía cien mil piezas".

Los Hermanos le pidieron al Bienaventurado que les explicara esto. El Bienaventurado aclaró algo que les estaba oculto por el renacimiento.

Érase una vez en el reino de Seri, hace cinco eones, que el *Bodhisatta* comerciaba con ollas y sartenes, y era llamado 'el *Serivan*'. En compañía de otro comerciante de los mismos productos, un tipo codicioso que también era conocido como 'el *Serivan*', cruzó el río Telavāha y entró a la ciudad de Andhapura.

Repartiendo las calles entre los dos, uno se puso a vender sus mercancías por las calles de su distrito, y el otro hizo lo mismo en el suyo.

Ahora en esa ciudad había una familia decaída. Una vez habían sido ricos comerciantes, pero para el tiempo de nuestra historia habían perdido a todos sus hijos y hermanos y todas sus riquezas. Las únicas sobrevivientes fueron una niña y su abuela, y se ganaban la vida trabajando por contrato. Sin embargo, tenían en su casa un cuenco de oro en el que antaño comía un gran mercader, el cabeza de familia; pero lo habían tirado entre las ollas y sartenes, y como hacía mucho tiempo que no se usaba, estaba cubierto de suciedad, de modo que las dos mujeres no sabían que era de oro. A la puerta de su casa llegó el codicioso vendedor ambulante en su ronda, gritando: "¡Vendo tinajas! ¡Vendo tinajas!" Y la doncella, cuando supo que estaba allí, le dijo a su abuela: "Ay, cómprame una baratija, abuela".

"Somos muy pobres, querida, ¿qué podemos ofrecer a cambio de ello?" "Ya que aquí hay un cuenco que no es bueno para nosotras, cambiémoslo por ello".

La anciana hizo traer al vendedor ambulante y lo sentó, y le dio el cuenco, diciendo: "Tome esto, señor, y tenga la bondad de darle a su hermana una u otra cosa a cambio".

El vendedor ambulante tomó el cuenco en su mano, le dio la vuelta y, sospechando que era oro, rascó una línea en la parte posterior con una aguja, por lo que supo con certeza que era oro real. Entonces, pensando que obtendría la olla sin dar nada a cambio por él a las mujeres,

exclamó: "¿Cuál es el valor de esto, por favor? ¡Porque no vale ni medio centavo!" [112] Entonces arrojó el cuenco al suelo, se levantó de su asiento y salió de la casa. Ahora, como se había acordado entre los dos vendedores ambulantes que uno podría probar las calles en las que el otro ya hubiese estado, el *Bodhisatta* entró en esa misma calle y apareció en la puerta de la casa, gritando: "¡Ollas en venta!" Una vez más la doncella hizo el mismo pedido a su abuela; y la anciana respondió: "Querida, el primer vendedor tiró nuestro cuenco al suelo y salió disparado de la casa. ¿Qué nos queda para ofrecer ahora?"

"Oh, pero aquel vendedor ambulante era un hombre de lenguaje rudo, querida abuela; mientras que este parece ser un hombre agradable y habla con amabilidad. Es muy probable que lo tome". "Llámalo entonces". Así que el vendedor entró a la casa, le dieron asiento y le pusieron el cuenco en las manos. Al ver que el cuenco era de oro, dijo: "Madre, este cuenco vale cien mil piezas; no tengo ese valor conmigo".

"Señor, el primer vendedor ambulante que vino aquí dijo que no valía ni medio cuarto, así que lo arrojó al suelo y se fue. Debe haber sido la eficacia de su propia bondad lo que convirtió al cuenco en oro. Tómelo; denos una cosa u otra a cambio, y siga su camino. En ese momento, el *Bodhisatta* tenía 500 piezas de dinero y un capital que valía mucho más. Todo esto les dio, diciendo: "Déjenme quedarme con mi balanza, mi bolsa y ocho piezas de dinero". Y con su consentimiento, tomó estos con él, y partió a toda velocidad hacia la orilla del río donde le dio sus ocho monedas al barquero y saltó al bote. Posteriormente, ese vendedor ambulante codicioso regresó a la casa y les pidió que trajeran su cuenco, diciendo que les daría algo por ello. Pero la anciana salió disparada hacia él con estas palabras: "Usted se dio cuenta de que nuestro cuenco de oro valía cien mil piezas y dijo que no valía ni medio centavo. No obstante vino un vendedor ambulante gallardo (su maestro, supongo), quien nos dio mil piezas por él y se llevó el cuenco".

Entonces exclamó: "Me ha robado un cuenco de oro que valía cien mil piezas; me ha causado una pérdida terrible". Y le sobrevino una tristeza intensa, de modo que perdió el dominio de sí mismo y quedó como alguien sufriendo de angustia. [113] Su dinero y sus bienes los arrojó a la puerta de la casa; se quitó la ropa superior e inferior; y, armado con el haz de sus escamas a modo de garrote, siguió al *Bodhisatta* hasta la orilla del río. Al encontrar que este último ya estaba cruzando, le gritó al barquero que retrocediera, pero el *Bodhisatta* le dijo que no lo hiciera. Mientras el otro permanecía allí mirando y viendo al *Bodhisatta* que se alejaba, un intenso dolor se apoderó de él, Su corazón se calentó; la sangre brotó de sus labios; y su corazón se partió como el lodo en el fondo de un tanque, que el sol

había secado. Por el odio que había contraído contra el *Bodhisatta*, pereció allí mismo. (Ésa fue la primera vez que Devadatta concibió un rencor contra el *Bodhisatta*). El *Bodhisatta*, después de una vida dedicada a la caridad y otras buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Cuando el *Buddha* Supremo terminó esta lección, él mismo, el Omnisapiente, pronunció esta estrofa:

Si en esta fe resulta negligentes y fracasan
En consumir la meta a la que conducen sus enseñanzas,
— Entonces, como el vendedor ambulante llamado 'el *Serivan*,'
Por mucho tiempo se arrepentirán del premio que vuestra locura haya perdido.

Después de haber pronunciado así su discurso de tal manera que los condujera al Estado de *Arahat*, el Maestro expuso las Cuatro Nobles Verdades, al término de las cuales el Hermano pusilánime se estableció en el Fruto más elevado de todos, que es el Estado de *Arahat*.

Y, después de contar las dos historias, el Maestro hizo la conexión que las vinculaba e identificó los Renacimiento diciendo en conclusión: "En aquellos días, Devadatta era el necio vendedor ambulante; y yo mismo era el vendedor ambulante sabio y bueno".

[114] "*Con el comienzo más humilde*". Esta historia fue contada por el Maestro en relación a un Venerable llamado Pequeño Caminante, mientras estaba en el Bosque Mango² de Jīvaka cerca de Rājagaha. Y aquí debe darse un relato sobre el renacimiento del Pequeño Caminante. La tradición nos dice que la hija de la familia de un rico comerciante en Rājagaha en realidad se rebajó a la intimidad con un esclavo. Alarmada de que se supiera su mala conducta, le dijo al esclavo: "No podemos seguir viviendo aquí; porque si mi madre y mi padre se enteran de este nuestro pecado, nos despedazarán miembro por miembro. Vayámonos y vivamos lejos de aquí". Así que, con sus pertenencias en la mano, salieron sigilosamente por la puerta apenas abierta y huyeron, sin importarles adónde, para encontrar un refugio fuera del alcance de su familia. Entonces se marcharon y vivieron juntos en cierto lugar, con el resultado de que ella concibiera finalmente un hijo. Y cuando casi había llegado el momento del parto, le dijo a su esposo: "Si paso por el trabajo de parto lejos de mis parientes y amigos, será un problema para ambos. Así que vayámonos a casa".

-
1. El escolio aquí da el nombre del sinvergüenza como '*Serivā*', sin reconocer que la palabra *gāthā* '*Serivāyaṃ*' representa el '*sandhi*' de *Serivo* (no *Serivā*) con *ayaṃ*, tal como en la p. 168 del vol. I. El texto *dukkhāyaṃ* representa *dukkho ayaṃ*.
 2. Jīvaka, un destacado seguidor laico del *Buddha*, fue médico del Rey Magadha Seniya Bimbisāra. Ver, para su historia, el relato en el *Vinaya* (*Mahāvagga* VIII. 1).

Primero él accedió a partir ese día, pero luego lo aplazó hasta la mañana siguiente; y así dejó pasar los días, hasta que ella pensó: "Este tonto es tan consciente de su gran ofensa que no se atreve a ir. Los padres son los mejores amigos; así que, ya sea que él vaya conmigo o se quede, debo partir". Entonces, cuando él salió de la casa, ella puso todos sus asuntos domésticos en orden y marchó hacia la casa de sus padres, diciéndole a su vecino de al lado adónde iba. Volviendo a casa, y no encontrando a su mujer, pero sabiendo por los vecinos que ella se había ido a su anterior casa, corrió tras ella y la encontró en el camino; entonces y allí fue asaltada por las demandas del parto.

"¿Qué es esto, querida?" dijo él.

"He dado a luz a un hijo, mi esposo", dijo ella.

En consecuencia, como ya había sucedido lo que era la única razón para el viaje, ambos acordaron que no era bueno continuar entonces, por lo que regresaron nuevamente a casa. Y como su hijo había nacido en el camino, lo llamaron 'el Caminante'.

[115] No mucho después, volvió a quedar embarazada y todo volvió a ocurrir como antes. Y como este segundo hijo también nació por cierto en el camino, lo llamaron también 'el Caminante', distinguiendo al mayor como 'el Gran Caminante' y al menor como 'el Pequeño Caminante': Luego, con ambos hijos, volvieron de nuevo a su propia casa.

Ahora bien, mientras vivían allí, su niño el Caminante escuchó a otros niños hablar de sus tíos, abuelos y abuelas; así que le preguntó a su madre si él no tenía parientes como los otros niños. "Oh, sí, querido", dijo su madre; "pero ellos no viven aquí. Tu abuelo es un rico comerciante de la ciudad de Rājagaha, y tienes muchos parientes allí". "¿Por qué no vamos allá, madre?" Ella le dijo al niño la razón por la que se mantenían alejados; pero, como los niños seguían hablando de sus parientes, ella le dijo a su marido: "Los niños siempre me están molestando. ¿Mis padres nos van a comer con la vista? Vamos, mostrémosles a los niños la familia de su abuelo". "Bueno, no me importa llevarlos allá; pero realmente no podría enfrentar a tus padres". —Está bien, siempre y cuando, de una forma u otra, los niños vengan a ver a la familia de su abuelo, no hay problema — dijo ella.

Así que los dos tomaron a sus hijos y, al llegar a su debido tiempo a Rājagaha, se alojaron en una casa de descanso pública junto a la puerta de la ciudad. Entonces, tomando consigo a los dos niños, la mujer hizo saber a sus padres sobre su llegada. Este último, al escuchar el mensaje, devolvió esta respuesta: "Es cierto, es extraño estar sin hijos a menos que uno haya renunciado al mundo en busca del estado de *Arahant*. Aun así, es tan grande la culpa de esta pareja hacia nosotros que es posible que no se mantengan firmes a nuestra vista. Aquí hay una suma de dinero para ellos: que tomen esto y se retiren a vivir donde quieran. No obstante, los niños pueden permanecer aquí". Entonces la hija del mercader tomó el dinero que le enviaron y mandó a los niños por medio de los mensajeros. Así que los niños crecieron en la casa de su abuelo, siendo el Pequeño Caminante de tierna edad, el Gran Caminante frecuentaba con su abuelo al *Buddha* para escucharlo predicar la Verdad. Y al escuchar constantemente la Verdad de los propios labios del Maestro, el corazón del muchacho anheló renunciar al mundo en virtud de una vida como Hermano.

"Con su permiso", le dijo a su abuelo, "me gustaría unirme a la Hermandad". "¿Qué escucho?" gritó el anciano. "Vaya, me daría más alegría verte unirse a la Orden que ver a todo el mundo hacerlo, Hazte Hermano, si te sientes capaz de hacerlo". Y lo llevó con el Maestro.

"Bueno, comerciante", dijo el Maestro, "¿ha traído a su muchacho consigo?" Sí señor; éste es mi nieto, que quiere entrar a vuestra Hermandad." [116] Entonces el Maestro mandó traer a un Venerable, y le dijo que admitiese al muchacho a la Orden; y el Venerable le impartió la Fórmula de la Transitoriedad del Cuerpo¹ y admitió al muchacho como novicio. Cuando este último hubo aprendido de memoria

1. El budismo enseña la impermanencia de las cosas, y la principal línea de pensamiento para desarrollarse en esta doctrina es la meditación sobre el cuerpo y sus 32 impurezas (ver *Sutta Nipāta* I. 11, y el 12° *Jātaka* más adelante). En la actualidad, cada novicio de Ceilán, cuando está vestido con el ropaje amarillo de la Orden, repite los versos que enumeran las 32 impurezas.

muchas palabras del *Buddha*, y tuvo la edad suficiente, fue admitido plenamente como Hermano. Ahora bien, éste se entregó a sí mismo a un pensamiento ferviente hasta que consumó el estado de *Arahant*; y mientras pasaba sus días disfrutando de la Sabiduría y los Senderos, pensó si no podría impartir una felicidad similar al Pequeño Caminante. Así que fue a ver a su abuelo, el mercader, y le dijo: "Gran mercader, con su consentimiento, admitiré al Pequeño Caminante en la Orden". "Le ruego que lo haga, Venerable señor", fue la respuesta.

Entonces el Venerable admitió al muchacho, al Pequeño Caminante, y lo estableció en los Diez Preceptos. No obstante, el Pequeño Caminante resultó ser algo torpe: con cuatro meses de estudio no podía aprender de memoria esta única estrofa: —

¡Atención! como un loto fragante al amanecer
del día, en toda su plenitud, con riqueza virgen de olores,
Contemplad la gloria brillante del *Buddha*,
¡Como brilla el sol sobre el cielo abovedado!

Ya que, se nos dice, que durante la dispensación del *Buddha* Kassapa, este Pequeño Caminante, habiendo alcanzado él mismo el conocimiento como Hermano, se rio y burló de otro Hermano torpe en aprender un pasaje de memoria. Su desdén confundió tanto a su compañero, que este último no pudo aprender ni recitar el pasaje. Ahora bien, como consecuencia, al unirse a la Hermandad, él mismo demostró ser un torpe en lo mismo. Cada nueva línea que aprendía borraba la última de su memoria; y transcurrieron cuatro meses mientras luchó con esta única estrofa. Su hermano mayor le dijo: "Pequeño Caminante, no es capaz de recibir esta doctrina. En cuatro meses completos no ha podido aprender una sola estrofa. ¿Cómo puede entonces esperar coronar su vocación en el éxito supremo? Deje el monasterio". Pero, aunque así fuera expulsado por su hermano, el Pequeño Caminante estaba tan apegado al credo del *Buddha* que no quiso convertirse en un laico.

Ahora bien, en ese momento, el Gran Caminante era mayordomo de la Orden. Jīvaka Komārabhacca, cuando fue a su bosque de mangos con un gran regalo de perfumes y flores para el Maestro, presentó su ofrenda y escuchó un discurso; luego, levantándose de su asiento e inclinándose ante el *Buddha*, se acercó al Gran Caminante y preguntó: "¿Cuántos hermanos hay con el Maestro, reverendo señor?" "Solo 500, señor". "¿Traería a los 500 Hermanos, con el *Buddha* a la cabeza, para que coman en mi casa el día de mañana?" "Discípulo laico, uno de ellos llamado el Pequeño Caminante es torpe y no progresa en la Fe", dijo el Venerable; Acepto la invitación para todos menos para él.

[117] Al escuchar esto, el Pequeño Caminante pensó: "Al aceptar la invitación para todos estos Hermanos, el Venerable accede cuidadosamente en excluirme. Esto prueba que el afecto de mi hermano por mí ha muerto. ¿Qué tengo que ver yo con este trato? Me haré laico y viviré en el ejercicio de la generosidad y otras buenas acciones de carácter laical". Y a la mañana temprano se marchó, decididamente para convertirse otra vez en laico.

Ahora bien, al amanecer, mientras contemplaba el mundo, el Maestro se dio cuenta de esto; y saliendo inclusive antes que el Pequeño Caminante, paseó de un lado a otro por el porche del camino del Pequeño Caminante. Cuando éste salió de la casa, observó al Maestro y con un saludo se acercó a él. ¿Adónde va a esta hora, Pequeño Caminante? preguntó el Maestro.

"Mi hermano me ha expulsado de la Orden, señor, y me marchó".

"Pequeño Caminante, ya que fue bajo mi mando que adoptó los votos, ¿por qué no acudió a mí cuando lo expulsó su hermano? Venga, ¿qué tiene que ver con la vida de un laico? Dejará esa idea conmigo". Dicho esto, tomó al Pequeño Caminante y lo sentó en la puerta de su propio aposento perfumado. Luego, dándole una tela perfectamente limpia que había creado sobrenaturalmente, el Maestro dijo: "Mire hacia el este, y mientras agarre esta tela, repita estas palabras: 'Eliminación de la impureza, eliminación de la impureza'". Luego, en el momento designado por el Maestro, atendido por la Hermandad, se dirigió a la casa de Jīvaka y se sentó en el asiento dispuesto para él.

Ahora bien, el Pequeño Caminante, con la mirada fija en el Sol, estaba sentado Agarrando la tela y repitiendo las palabras: "Eliminación de la impureza, eliminación de la impureza". Y a medida que seguía manipulando el trozo de tela, se ensució. Luego pensó: "Justo hace instantes, este trozo de tela estaba bastante limpio; pero mi persona ha destruido su estado original y lo ha ensuciado. ¡Efectivamente, todas las cosas compuestas son impermanentes! E incluso mientras percibía la Muerte y la Decadencia, consumó la Iluminación del estado de *Arahat*. Sabiendo que la mente del Pequeño Caminante había consumado la Iluminación, el Maestro envió una aparición suya y con la apariencia de sí mismo apareció ante él, como si estuviera sentado frente a él y diciendo: "No se fije, Pequeño Caminante, en este simple trozo de tela que se ha ensuciado y manchado de impurezas; dentro de su mente hay impurezas como la lujuria y otras cosas perjudiciales. Erradíquelas." Y con esta aparición pronunció las siguientes estrofas: —

La impureza de la lujuria consiste, no en la suciedad;
Denominamos Lujuria a la verdadera Impureza.
Hermanos, el que se lo erradique del pecho,
Vivirá la enseñanza de los Purificados.

[118] La impureza de la ira consiste, no en la suciedad;
Denominamos Ira a la verdadera Impureza.
Hermanos, el que se lo erradique del pecho,
Vivirá la enseñanza de los Purificados.

La Ilusión es la impureza, no la suciedad;
Denominamos Ilusión a la verdadera impureza.
Hermanos, el que se lo erradique del pecho,
Vivirá las enseñanzas de los Purificados.

Al final de estas estrofas, el Pequeño Caminante consumó el estado de *Arahat* con las cuatro ramas del conocimiento¹, por lo que inmediatamente llegó a desarrollar el conocimiento de todos los textos sagrados. Cuenta la tradición que en épocas pasadas, cuando era Rey y hacía una solemne procesión por su ciudad, se secaba el sudor de la frente con un paño inmaculado que traía puesto; y la tela se manchaba. Pensó: "Es este cuerpo mío el que ha destruido la pureza y la blancura originales de la tela, y la ha ensuciado. En verdad, todas las cosas compuestas son transitorias". Así captó la idea de la impermanencia; y por lo tanto sucedió que fue la eliminación de la impureza lo que obró como su salvación.

Mientras tanto, Jīvaka Komārabhacca ofreció el Agua de la Donación²; pero el Maestro puso su mano sobre el cuenco, diciendo, "¿No hay Hermanos en el monasterio, Jīvaka?"

El Gran Caminante dijo: "No hay Hermanos allí, venerable Señor". "Oh, sí, los hay, Jīvaka", dijo el Maestro. "¿Eh?" dijo Jīvaka a un sirviente; "vaya y mire si hay o no Hermanos en el monasterio".

En ese momento, el Pequeño Caminante, consciente que su hermano estaba declarando que no había Hermanos en el monasterio, decidió mostrarle que sí los había, y así llenó todo el Bosque de Mangos con nada más que Hermanos. Algunos estaban haciendo ropajes, otros tiñendo, mientras que otros repetían los textos sagrados: — a cada uno de los mil Hermanos los hizo diferentes. Al encontrar esta hueste de Hermanos en el monasterio, el hombre regresó y dijo que todo el Bosque De Mangos estaba lleno de Hermanos.

Pero en cuanto al venerable en el monasterio —

El Pequeño Caminante, mil veces automultiplicado,
Se sentó, hasta que se le solicitó, en ese agradable bosque.

-
1. Estas cuatro ramas eran (i) la comprensión del sentido de los libros sagrados, (ii) la comprensión de su verdad ética, (iii) la capacidad de justificar una interpretación gramaticalmente, lógicamente, etc., y (iv) el poder de exposición pública.
 2. Cuando se hacía una ofrenda, el donante echaba agua sobre la mano del donatario. El ofrecimiento que aquí hizo Jīvaka fue la comida otorgada a la Hermandad, como explica el *Milinda-pañha* (p. 118) en su versión de esta historia.

"Ahora regrese", dijo el Maestro al hombre, "y diga 'El Maestro manda llamar a aquel cuyo nombre sea el Pequeño Caminante'.

Pero cuando el hombre fue y entregó su mensaje, mil bocas respondieron: "¡Soy el Pequeño Caminante! ¡Soy el Pequeño Caminante!"

Volvió el hombre con el informe: "Todos dicen que son 'el Pequeño Caminante', venerable señor".

"Bueno, ahora vuelva", dijo el Maestro, "y tome de la mano al primero de ellos que diga ser el Pequeño Caminante, [119] y los demás desaparecerán". El hombre hizo lo que se le ordenó, y de inmediato los mil Hermanos desaparecieron de la vista. El Venerable entonces volvió con el hombre.

Cuando terminó la comida, el Maestro dijo: "Jīvaka, tome el cuenco del Pequeño Caminante; él le dará las gracias". Jīvaka así lo hizo. Luego, como un joven león que ruga desafiante, el Venerable recorrió la totalidad de los textos sagrados en su discurso de agradecimiento. Por último, el Maestro se levantó de su asiento y atendido por la Orden regresó al monasterio, y allí, después de la asignación de tareas por parte de la Hermandad, se levantó de su asiento y, de pie en la puerta de su recámara perfumada, entregó un discurso de *Buddha* a la Hermandad. Terminando con el ofrecimiento de un objeto de meditación, y despidiendo a la Hermandad, se retiró a su recámara perfumada y se recostó para descansar como un león sobre su lado derecho.

Por la tarde, los Hermanos vestidos de azafrán se reunieron desde todos lados en el Salón de la Verdad y cantaron alabanzas al Maestro, como si estuvieran extendiendo una cortina de tela azafrán a su alrededor mientras estaban sentados.

"Hermanos", se dijo, "el Gran Caminante no reconoció la inclinación del Pequeño Caminante, y lo expulsó del monasterio como alguien torpe que ni siquiera podía aprender una sola estrofa en cuatro meses enteros. Pero el *Buddha* que todo lo sabe, por su supremacía en la Verdad le otorgó el estado de *Arahant* con todo su conocimiento sobrenatural, incluso mientras una sola comida estaba en progreso. Y por ese conocimiento captó la totalidad de los textos sagrados. ¡Oh, cuán grande es el poder de un *Buddha*!"

Ahora bien, el Bienaventurado, conociendo muy bien la conversación que estaba ocurriendo en el Salón de la Verdad, pensó que sería apropiado acudir allí. Entonces, levantándose de su lecho de *Buddha*, se vistió con sus dos ropajes interiores anaranjados, se ciñó como un relámpago, se vistió con su ropaje naranja, el amplio ropaje de un *Buddha*, y salió hacia el Salón de la Verdad con la gracia infinita de un *Buddha*, moviéndose con el andar real de un elefante en la plenitud de su vigor. Ascendiendo al glorioso trono del *Buddha* colocado en medio de la sala resplandeciente, se sentó en medio del trono emitiendo aquellos rayos de seis colores que caracterizan a un *Buddha*, como el sol recién salido, cuando desde los picos del Montañas Yugandhara ilumina las profundidades del océano. Inmediatamente, el Omnisapiente entró en el Salón, la Hermandad interrumpió su conversación y se quedó en silencio. Mirando alrededor a la congregación con gentil bondad, el Maestro pensó: "¡Esta compañía es perfecta! ¡Ningún hombre es culpable de mover la mano o el pie de manera inapropiada; no se oye ni un sonido, ni una tos o un estornudo! En su reverencia y asombro por la majestad y la gloria del *Buddha*, ningún hombre se atrevería a hablar antes que yo, incluso si me sentara aquí en silencio durante el resto de mi vida. Pero es mi parte comenzar; y abriré la conversación." Luego, en su dulce tono divino, se dirigió a los Hermanos y dijo: [120] "¿Cuál es, por favor, el tema de este cónclave? ¿Y cuál fue la conversación que se interrumpió?"

"Señor", dijeron ellos, "no era un tema inútil, sino sus propias alabanzas que estábamos comentando aquí en el cónclave".

Y cuando le hubieron dicho palabra por palabra lo que habían estado diciendo, el Maestro dijo: "Hermanos, a través de mí, el Pequeño Caminante acaba de ascender a grandes cosas en la Fe; en tiempos pasados fueron grandes las cosas en el camino de la riqueza hizo crecer, pero igualmente a través de mí".

Los Hermanos le pidieron al Maestro que explicara esto; y el Bienaventurado aclaró con estas palabras algo que las sucesivas existencias les habían ocultado:

Érase una vez cuando Brahmadatta reinaba Benares, en Kāsi, que el *Bodhisatta* nació en la familia del Tesorero, y al crecer, se hizo Tesorero, siendo llamado el Pequeño Tesorero. Era un hombre sabio e inteligente, con buen ojo para las señales y los presagios. Un día, cuando se dirigía a servir al Rey, se encontró con un ratón muerto tirado en el camino; y, tomando nota de la posición de las estrellas en ese momento, dijo: "Cualquier joven decente y con ingenio solo tendrá que recoger este ratón, y podrá comenzar un negocio y mantener una esposa".

Sus palabras fueron escuchadas por un joven de buena familia pero de escasas circunstancias, quien se dijo: "Éste es un hombre que siempre tiene una razón para lo que diga". Y en consecuencia recogió al ratón, que vendió por un centavo en una taberna para su gato.

Con el centavo consiguió melaza y tomó agua para beber en un cántaro. Acercándose a los recolectores de flores que regresaban del bosque, les dio a cada uno una pequeña cantidad de melaza y les sirvió agua con un cucharón. Cada uno de ellos le dio un puñado de flores, con el producto de lo cual, al día siguiente, volvió de nuevo a la florería provisto de más melaza y un cántaro de agua. Ese día los floricultores, antes de irse, le dieron plantas con flores con la mitad de las flores que les quedaban; y así en poco tiempo obtuvo ocho denarios.

Más tarde, un día lluvioso y ventoso, el viento sopló una cantidad de troncos podridos, ramas y hojas a gusto del Rey, y el jardinero no vio cómo quitarlas. [121] Entonces llegó el joven con una oferta para quitar el lote, si la madera y las hojas podrían ser suyas. El jardinero cerró la oferta en el acto. Luego, este hábil alumno del Pequeño Tesorero se dirigió al patio de recreo de los niños y en muy poco tiempo los remuneró con melaza para que recogieran todos los palos y hojas del lugar y acumularlos en un montículo a la entrada del patio de recreo. En ese momento el alfarero del Rey estaba buscando combustible para los cántaros del palacio, y viniendo sobre este montículo, tomó el lote de sus manos. La venta de la madera aportó dieciséis centavos a este discípulo del Pequeño Tesorero, así como cinco cuencos y otras vasijas. Teniendo ahora veinticuatro centavos en total, se le ocurrió un plan. Fue a las inmediaciones de la puerta de la ciudad con un cántaro lleno de agua y suministró agua para beber a 500 segadores. Dijeron ellos: "Nos has hecho una buena acción, amigo. ¿Qué podemos hacer por ti?" "Oh, os diré cuando requiera de vuestra ayuda", dijo; y mientras andaba, entabló intimidad con un comerciante terrestre y un comerciante marítimo. El primero le dijo: "Mañana vendrá al pueblo un tratante de caballos, con 500 caballos para vender". Al oír esta noticia, dijo a los segadores: "Quiero que cada uno de ustedes me dé hoy un manojo de hierba y no vendan su propia hierba hasta que se venda la mía". "Ciertamente", dijeron ellos, y entregaron los 500 manojos de hierba en su casa. Al no poder conseguir pasto para sus caballos en otro lugar, el comerciante compró el pasto de nuestro amigo por

mil piezas. Solo unos días después, su amigo comerciante marítimo le trajo la noticia de la llegada de un gran barco al puerto; y otro plan lo asaltó. Alquiló por ocho peniques un carruaje bien equipado que se alquilaba por horas y se dirigió con gran estilo al puerto. Habiendo comprado el barco a crédito y depositado su anillo de sello como garantía, hizo construir un pabellón muy cerca y dijo a su gente mientras se sentaba adentro: "Cuando se haga entrar a los mercaderes, que tres porteros sucesivos los hagan pasar ante mi presencia". [122] Al enterarse de que un barco había llegado al puerto, cerca de cien comerciantes bajaron a comprar el cargamento; solo para que él les diga que no podían comprar nada ya que un gran comerciante ya había hecho un pago a cuenta. Así que todos se fueron con el joven; y los lacayos los anunciaron debidamente por medio de tres porteros sucesivos, tal como se había arreglado de antemano. Cada hombre de los cien por separado le dio mil piezas para comprar una parte del barco y luego mil más cada uno para comprarlo por completo. Así fue que con 200,000 piezas este discípulo del Pequeño Tesorero regresó a Benares.

Impulsado por el deseo de mostrar su gratitud, fue con cien mil piezas a visitar al Pequeño Tesorero. "¿Cómo obtuviste toda esta riqueza?" preguntó el tesorero. "En cuatro cortos meses, simplemente siguiendo su consejo", respondió el joven; y le contó toda la historia, empezando con el ratón muerto. El Gran Señor y Pequeño Tesorero, al escuchar todo esto pensó, "Debo asegurarme de que un joven de estas partes no caiga en manos de nadie más". Así que lo casó con su propia hija mayor y colocó todas las propiedades de la familia en el joven. Y a la muerte del Tesorero, el joven pasó a ser el Tesorero en esa ciudad. Y el *Bodhisatta* falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

[123] Cuando su lección terminó, el *Buddha* Supremo, el Omnisapiente mismo, repitió esta estrofa:

Con el comienzo más humilde y un capital insignificante
El hombre astuto y capaz se elevará a la riqueza,
Inclusive, tal como su aliento pudiese alimentar una pequeña llama.

También el Bienaventurado dijo: "Es a través de mí, Hermanos, que el Pequeño Caminante se ha elevado ahora a grandes cosas en la Fe, como en tiempos pasados a grandes cosas en el camino de la riqueza". Terminada así su lección, el Maestro hizo la conexión entre las dos historias que había contado e identificó los Renacimientos con estas palabras finales: " el Pequeño Caminante era en aquellos días discípulo del Pequeño Tesorero, y yo mismo era el Gran Señor y Pequeño Tesorero".

[Nota. La 'Historia Introductoria' ocurre en el Capítulo vi. de las *Parábolas de Buddhaghosha* del Capitán T. Rogers, pero la 'Historia del Pasado' dada allí es bastante diferente. Ver 'Mujeres Líderes de la Reforma Budista' [*Women Leaders of the Buddhist Reformation*] de la Sra. Bode en J. R. A. S. 1893, p. 556. Ver también *Dhammapada*, p. 181, y compárese con el capítulo xxxv. del *Divyāvadāna*, editado por Cowell y Neil, 1886. Todo el *Jātaka*, en forma abreviada, forma la historia de 'El Mercader del Ratón' [*The Mouse Merchant*] en las páginas 33, 34 del primer volumen de la traducción de Tawney de *Kathā Sarit Sāgara*. Véase también *Kalilah and Dimnah*, Capítulo XVIII. (Knatchbull, página 358).]

"¿Pregunta cuánto vale un bocado de arroz?" - Esto fue dicho por el Maestro, mientras estaba en Jetavana, sobre el Venerable Udāyi, llamado el Torpe.

En esa ocasión el Venerable Dabba, el Mallian, era clérigo de la Hermandad¹. Cuando en la madrugada el Venerable Dabba se encontraba asignando los talonarios para el arroz, a veces se trataba de arroz selecto y a veces de una calidad inferior que recaía en la asignación para el Venerable Udāyi. En los días en que recibía la calidad inferior, solía hacer una conmoción en la sala de registro, exigiendo: "¿Es Dabba el único que sabe repartir talonarios? ¿No sabemos?" Otro día que estuvo haciendo un alboroto, le entregaron la canasta de talonarios, diciendo: "¡Tome! ¡Entregue usted mismo los talonarios hoy!" A partir de entonces, fue Udāyi quien entregó los talonarios a la Hermandad. Pero, en su distribución, no podía distinguir lo mejor del arroz de lo inferior; ni sabía a qué antigüedad² le correspondía el mejor arroz y a cuál el inferior. Así también, cuando estuvo haciendo la lista, no tenía idea de la antigüedad de los Hermanos en ella. En consecuencia, cuando los Hermanos ocuparon sus lugares, hizo una marca en el suelo o en la pared para mostrar que un destacamento estaba aquí y otro allá. Al día siguiente había menos Hermanos de un grado y más de otro en el guardarropa; donde había menos, la marca estaba demasiado baja; donde el número era mayor, estaba demasiado alta. Pero Udāyi, bastante ignorante de los destacamentos, entregaba los talonarios simplemente de acuerdo con sus marcas antiguas.

Por lo tanto, los Hermanos dijeron: "Amigo Udāyi, la marca es demasiado alta o demasiado baja; el mejor arroz es para los de tal o cual antigüedad, y el de calidad inferior para tales o cuales otros". Pero él los devolvió con el argumento: "Si esta marca está donde está, ¿por qué está parado aquí? ¿Por qué debo confiar en usted? Es en mi marca en quien confío".

Entonces, los muchachos y novicios [124] lo empujaron fuera del guardarropa, gritando: "Amigo y torpe Udāyi, cuando entrega los talonarios, los Hermanos se quedan sin lo que deberían recibir; no es apto para entregarlos; retírese de aquí". Acto seguido, se levantó un gran alboroto en el guardarropa.

Al escuchar el ruido, el Maestro le preguntó al Venerable Ānanda, diciendo: "Ānanda, hay un gran alboroto en el guardarropa. ¿A qué se debe el ruido?"

El Venerable le explicó todo al *Buddha*. "Ānanda", dijo él, "esta no es la única vez en que Udāyi, por su torpeza, ha sustraído a otros de sus ganancias; también hizo lo mismo en tiempos pasados".

El Venerable le pidió una explicación al Bienaventurado, y el Bienaventurado aclaró lo que les había estado oculto por el renacimiento.

Érase una vez que Brahmadatta reinaba en Benarés, en Kāsi. En aquellos días nuestro *Bodhisatta* era su tasador. Solía valorar caballos, elefantes y cosas por el estilo; además de joyas, oro y similares; y solía pagar a los dueños de los bienes el precio adecuado, según lo fijaba.

1. Véase *Vinaya*, vol. III pags. 158.

2. Comparar *Vinaya*, vol. II. pags. 167, y comentario al respecto (*Sāmantā-pāsādikā*) para el derecho de los mayores, según la lista, a ser atendidos primero. El ecónomo debía llamar a la lista.

Pero el Rey era codicioso y su codicia le sugirió este pensamiento: "Este tasador, con su estilo de tasar, pronto agotará todas las riquezas de mi casa; debo conseguir otro tasador". Al abrir su ventana y mirar hacia su patio, vio caminar a través de él la espalda estúpida y codiciosa en la que percibió a un posible candidato para el puesto. Así que el Rey mandó llamar al hombre y le preguntó si podía hacer el trabajo. "Oh, sí", dijo el hombre; y así, para salvaguardar el tesoro real, este hombre torpe fue nombrado tasador. Después de esto, el necio, al valorar elefantes y caballos y cosas por el estilo, solía fijar un precio dictado por su propia fantasía, descuidando su verdadero valor; pero como era tasador, el precio era el que decía y no otro.

En esa ocasión llegó del país del norte¹ un comerciante con 500 caballos. El Rey envió a buscar a su nuevo tasador y le pidió que tasara los caballos. Y el precio que fijó por los 500 caballos enteros fue sólo una medida de arroz, que mandó pagar al comerciante, ordenando que los caballos fueran llevados al establo [125]. El tratante de caballos fue adonde el viejo tasador, a quien le contó lo sucedido y le preguntó qué debía hacerse. "Hágale una trampa", dijo el ex tasador, "y explíquele este punto: 'Sabiendo como sabemos que nuestros caballos valen una sola medida de arroz, tenemos curiosidad por saber de usted mismo cuáles es el valor exacto de una medida de arroz, ¿podría decir su valor en presencia del Rey? Si dice que puede, entonces llévenlo ante el Rey, y yo también estaré allí'".

Siguiendo de buena gana el consejo del *Bodhisatta*, el tratante de caballos timó al hombre y le hizo la pregunta. El otro, habiendo expresado su habilidad para valorar una medida de arroz, fue llevado rápidamente al palacio, donde también fueron el *Bodhisatta* y muchos otros ministros. Con la debida reverencia, el tratante de caballos dijo: "Señor, no discuto que el precio de los 500 caballos sea una sola medida de arroz; pero le pediría a su majestad que interroge a su tasador sobre el valor de esa medida de arroz". Ignorante de lo que había pasado, el Rey le dijo al compañero: "Tasador, ¿cuánto valen 500 caballos?" "Una medida de arroz, señor", fue la respuesta. "Muy bien, amigo; si 500 caballos entonces valen una medida de arroz, ¿cuánto vale esa medida de arroz?" "Vale todo Benarés y sus alrededores", fue la respuesta del torpe.

(Así nos enteramos de que, habiendo valorado primero los caballos en una medida de arroz para complacer al Rey, fue inducido por el tratante de caballos para estimar esa medida de arroz como el valor de todo Benarés y sus suburbios. Y eso aunque ¡Las murallas de Benares tenían doce leguas a la redonda, mientras que la ciudad y los suburbios conjuntamente poseían

1. En R. A. S. J. de Ceilán, 1884, pág. 127, se argumenta a partir del uso indefinido de *uttarā-patha* en todos los países al norte de Benares que la fecha de la escritura debe ser anterior al siglo III a. C., cuando se solían enviar embajadas budistas a Mysore y North Canara y cuando el *Dakṣhiṇāpatha* era familiar.

trescientas leguas a la redonda! ¡Sin embargo, el torpe había puesto como precio de toda esta vasta ciudad y sus suburbios una sola medida de arroz!)

[126] Entonces los ministros aplaudieron y se rieron alegremente. "Solíamos pensar", dijeron con desdén, "que la tierra y el reino no tenían precio; ¡pero ahora sabemos que el reino de Benarés, junto con su Rey, solo valen una medida de arroz! ¡Qué talento tiene el tasador! ¡Cómo ha conservado su puesto tanto tiempo? Pero, en verdad, que el tasador se adapta admirablemente a nuestro Rey".

Entonces el *Bodhisatta* repitió esta estrofa¹:

¿No pregunten cuánto vale un puño de arroz?
— Ya que es todo Benarés, tanto por dentro como por fuera.
Sin embargo, por extraño que parezca, quinientos caballos también
¡Valen precisamente este mismo puño de arroz!

Expuesto así a la vergüenza, el Rey envió al torpe tasador a marcharse y le devolvió el cargo al *Bodhisatta*. Y cuando su vida terminó, el *Bodhisatta* falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Su lección terminó y se contaron las dos historias, el Maestro hizo la conexión que unía a ambas e identificó los Renacimiento diciendo conclusivamente: "Udāyi el Necio era el torpe y burdo tasador de aquellos días, y yo mismo el sabio tasador".

"Esos son los únicos llamados 'divinos'." — Esta historia fue contada por el Bienaventurado mientras estaba en Jetavana, acerca de un acaudalado Hermano.

La tradición nos dice que, a la muerte de su esposa, un escudero de Sāvatti se unió a la Hermandad. Cuando se unió, hizo construir para él una recámara para vivir, una habitación para el fuego y un depósito; y no hasta que hubo abastecido su almacén con *ghee*, arroz y similares, finalmente se unió a la orden. Incluso después de convertirse en hermano, solía enviar a buscar a sus sirvientes y hacer que le cocinaran lo que le gustaba comer. Iba ricamente provisto de los requisitos²,— teniendo una muda entera de ropa para la noche y otra para el día; y moraba apartado en las afueras del monasterio.

-
1. El texto de esta estrofa no aparece en el texto en pali de Fausböll, pero está dado por Léon Feer en la página 520 del *Journal Asiatique* de 1876 y está incluido en las 'Correcciones y adiciones' de Fausböll. Que la estrofa originalmente formaba parte de la recensión cingalesa se muestra por la cita de las palabras iniciales como el 'eslogan' al comienzo del *Jātaka*. Véase también Dickson en *Ceylon J. R. A. S.* 1884, pág. 185.
 2. I.e. una palangana, tres paños, un cinto, una navaja, una aguja y un colador.

Un día, cuando hubo sacado sus ropas y prendas de cama y las había tendido a secar en su recámara, un número de Hermanos del país, que estaban en una peregrinación de monasterio en monasterio¹, llegaron en su camino a su celda y encontraron todas estas pertenencias.

"¿De quién son estas cosas?" ellos preguntaron. "Es mía, señores", respondió. "¿Qué señor?" ellos exclamaron; "Esta ropa superior y también ésta; esta ropa interior y también ésta; y esa ropa de cama también, ¿son todas tuyas?" "Sí, de nadie más que mías". "Señor", dijeron ellos, "el Bienaventurado sólo ha autorizado la tenencia de tres ropajes; y sin embargo, aunque el *Buddha*, a cuya doctrina se ha dedicado, es así de simple en sus necesidades, ciertamente ha acumulado todo este stock de requisitos. Venga debemos llevarlo ante el Señor de la Sabiduría". Y, diciendo esto, se dirigieron con él adonde el Maestro.

Dándose cuenta de su presencia, el Maestro dijo: [127] "¿Por qué, Hermanos, habéis traído a este Hermano contra su voluntad?" "Señor, este hermano es rico y tiene bastantes requisitos". "¿Es verdad, hermano, como dicen, que es tan rico?" "Sí, Bienaventurado". "Pero, hermano, ¿por qué ha amasado estas pertenencias? ¿No ensalzo las virtudes de pocas querencias, contentamiento, etc., de la soledad y determinación resuelta?"

Enfadado por las palabras del Maestro, exclamó: "¡Entonces me comportaré así!" Y, despojándose de su ropa exterior, se puso en medio de ellos vestido solo con una faja.

Entonces, como apoyo moral a él, el Maestro le dijo: "¿No era usted, hermano, aquel que en los días de antaño anhelaba la vergüenza que teme al pecado, y aun siendo un demonio de agua vivió durante doce años anhelando esta vergüenza moral? ¿Cómo es entonces que, después de jurar seguir la importante doctrina del *Buddha*, se ha despojado de sus ropajes exteriores y se presenta así, sin vergüenza?"

A la palabra del Maestro, su sentido de vergüenza fue restaurado; vistió de nuevo sus ropajes y, saludando al Maestro, se sentó a un lado.

Habiendo pedido los Hermanos al Bienaventurado que les explicara el asunto que había mencionado, el Bienaventurado aclaró lo que les había estado oculto por el renacimiento.

Érase una vez que Brahmadatta reinaba Benarés, en Kāsi. El *Bodhisatta*, habiendo nacido en aquellos días como hijo del Rey y de la Reina, fue debidamente llamado el Príncipe Mahimsāsa. Para cuando pudo correr, nació un segundo hijo del Rey, y el nombre que le dieron a este niño fue Príncipe Luna; pero cuando pudo correr, la madre del *Bodhisatta* murió. Entonces el Rey tomó a otra reina, quien resultó ser su alegría y su dicha; y su amor fue coronado con el nacimiento de otro Príncipe, a quien llamaron Príncipe Sol. En su alegría por el nacimiento del niño, el Rey prometió concederle cualquier favor que pidiera en nombre del niño. Pero la reina atesoró la promesa para ser cumplida a su debido tiempo, en el futuro. Más tarde, cuando su hijo hubo crecido, ella le dijo al Rey: "Señor, cuando nació mi hijo, me concedió una bendición para solicitárselo en virtud de él. Que así sea ahora, Rey".

1. Considero que este es el significado de *senāsana-cārikā*, en contraposición a la *cārikā* ordinaria en la que el destino era incierto y en la que se recibían ofrendas de los laicos.

"No", dijo el Rey; "Dos hijos ya tengo, radiantes como llamas de fuego; no puedo dar el reino a su hijo". Pero cuando vio que, sin desanimarse por esta negativa, la reina seguía acosándolo una y otra vez, para la concesión de su petición, [128] el Rey, temiendo que la mujer tramara el mal contra sus hijos, mandó llamarlos y dijo: "Queridos hijos, cuando nació el Príncipe Sol, le concedí una bendición, y ahora su madre quiere el reino para él. No deseo dárselo, pero las mujeres son malvadas por naturaleza, y ella estará tramando el mal contra vosotros, mejor es retirarse al bosque, para volver después de mi muerte a gobernar la ciudad que pertenece por derecho a nuestra casa". Diciendo esto, con lágrimas y lamentos, el Rey besó a sus dos hijos en la cabeza y los envió al bosque.

Cuando los Príncipes salieron del palacio después de despedirse de su padre, ¿quién debería verlos sino el mismo Príncipe Sol, que estaba jugando en el patio? Y tan pronto como supo lo que sucedía, tomó la decisión de ir con sus hermanos. Así que él también se marchó con ellos.

Los tres llegaron a la región de los Himalayas; y aquí el *Bodhisatta*, que se había desviado del camino y estaba sentado al pie de un árbol, le dijo al Príncipe Sol: "Corre hacia el estanque de allá, querido Sol; beba y báñese allí; y luego tráiganos un poco de agua en una hoja de loto".

(Ahora bien, ese estanque había sido entregado a cierto espíritu del agua por Vessavaṇa¹, quien le dijo: "Con la excepción de aquellos que saben lo que es verdaderamente divino, todos los que bajen a este estanque serán suyos y podrá devorarlos. Sobre los que no entren en estas aguas, no se os concede ningún poder." Y desde entonces, el duende del agua solía preguntar a todos los que bajaban al estanque qué era verdaderamente divino, devorando a todos los que no supiesen la respuesta).

Ahora bien, fue en este estanque donde el Príncipe Sol se hundió, sin sospechar nada, con el resultado de que fuera agarrado por el duende del agua, quien le dijo: "¿Sabe lo que es verdaderamente divino?" "Oh, sí", dijo él; "el Sol y la Luna". "No lo sabe", dijo el monstruo, y arrastrando al Príncipe a las profundidades del agua, lo aprisionó allí en su propia guarida. Al descubrir que su hermano se había demorado demasiado tiempo, el *Bodhisatta* envió al Príncipe Luna. Él también fue agarrado por el duende del agua y le preguntó si sabía lo que era verdaderamente divino. "Oh, sí, lo sé", dijo él; "lo son las cuatro direcciones del cielo". "No lo sabe", dijo el duende del agua mientras arrastraba a esta segunda víctima a la misma prisión.

Al darse cuenta de que este segundo hermano también se demoraba demasiado, el *Bodhisatta* pensó que seguro les había ocurrido algo. Así que los siguió siguiendo sus pasos hasta el agua. [129] Al darse cuenta de

1. Éste es otro nombre para Kuvera, el Hindū Plutus, medio hermano de Rāvaṇa, el Rey demonio de Ceilán en el Rāmāyaṇa. Tal como aparece en el *Jātaka* No. 74, Vessavaṇa gobernó tanto a los duendes de los árboles como a los duendes del agua, ocupando su cargo desde *Sakka*.

inmediato que el estanque debía pertenecer al dominio de un ogro del agua, se ciñó la espada, tomó el arco en la mano y esperó. Ahora, cuando el demonio descubrió que el *Bodhisatta* no tenía intención de entrar al agua, asumió la forma de un guardabosques, y se dirigió al *Bodhisatta* de esta manera: "Está cansado de su viaje, compañero; ¿por qué no entra y toma un baño y bebe un poco de agua, y se adorna con flores de loto? Seguirá viajando cómodamente después". Al reconocerlo inmediatamente como demonio, el *Bodhisatta* dijo: "Eres tú quien se ha apoderado de mis hermanos". "Sí, así fue", fue la respuesta. "¿Por qué?" Porque todos los que bajen a este estanque me pertenecen. —¿Qué, todos? —No, los que sepan lo que sea verdaderamente divino, no; todos, excepto estos, son míos. —¿Y quieres conocer lo divino? —Lo quiero. —Si es así, le diré lo que es verdaderamente divino. — Hágalo y lo escucharé.

"Me gustaría comenzar", dijo el *Bodhisatta*, "pero estoy sucio por mi viaje". Luego, el espíritu del agua bañó al *Bodhisatta* y le dio comida para comer y agua para beber, lo adornó de flores, lo roció con esencias y dispuso un lecho para él en medio de un magnífico pabellón. Sentándose en este lecho y haciendo que el ogro del agua se sentara a sus pies, el *Bodhisatta* dijo: "Escuchad entonces y oirá lo que es verdaderamente divino ". Y repitió esta estrofa: —

Aquellos únicos llamados 'divinos' que rehúyen del pecado,
Son los devotos de alma blanca y los apacibles del Bien.

[132] Y cuando el demonio escuchó esto, se complació y dijo al *Bodhisatta*: "Hombre de sabiduría, estoy complacido con su persona, así que le entrego a uno de sus hermanos. ¿Cuál debo traer?" "Al más joven." "Hombre de sabiduría, aunque sabe muy bien qué es lo verdaderamente divino, no actúa según su conocimiento". "¿Cómo es eso?" "¿Por qué, prefiere al más joven que al mayor, sin tener en cuenta su antigüedad?". "Demonio, no solo sé sino que practico lo divino. Fue a causa de este niño que buscamos refugio en el bosque; fue por él que su madre le pidió el reino a nuestro padre, y nuestro padre, negándose a cumplir su demanda, consintió en nuestra huida a un refugio en el bosque. Con nosotros vino este muchacho, y nunca pensó en volver atrás. Ni un alma me creería si le dijera que habría sido devorado por un demonio en el bosque; y es el miedo al odio lo que me impulsa a reclamarlo de vuestras manos.

"¡Excelente! ¡Excelente! ¡Oh, hombre de sabiduría!", exclamó el demonio con aprobación; "no solo sabe sino que practica lo divino". [133] Y en señal de su placer y aprobación, trajo a los dos hermanos y se los entregó al *Bodhisatta*.

Entonces dijo este último al ogro del agua: "Amigo, es a consecuencia de sus propias malas acciones en tiempos pasados que ahora ha nacido como un demonio que subsiste de la carne y la sangre de otras criaturas vivientes; y en este nacimiento presente también continúa obrando con el mal.

Esta mala conducta le impedirá para siempre escapar del renacimiento en el infierno y de los demás estados perversos. Por lo tanto, de ahora en adelante renuncie al mal y viva virtuosamente".

Habiendo obrado la conversión del demonio, el *Bodhisatta* siguió morando en ese lugar bajo su protección, hasta que un día leyó en las estrellas que su padre había muerto. Luego, llevándose consigo al ogro del agua, regresó a Benares y tomó posesión del reino, convirtiendo al Príncipe Luna en su virrey y al Príncipe Sol en su generalísimo. Hizo un hogar para el ogro del agua en un lugar agradable y tomó medidas para asegurarse de que se le proporcionaran las guirnaldas, las flores y los alimentos más selectos. Él mismo gobernó con justicia hasta que falleció para vivir conforme a sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro predicó las Verdades, al término de las cuales aquel Hermano obtuvo el Fruto del Primer Sendero. Y el *Buddha* que todo lo sabía, después de haber contado las dos historias, hizo la conexión que unía a ambas e identificó los Renacimiento diciendo: "El Hermano acomodado era el demonio del agua de aquellos días; Ānanda era el Príncipe Sol", Sāriputta El Príncipe Luna, y yo mismo el hermano mayor, el Príncipe Mahimsāsa".

[Nota. Ver *Dhammapada* de Fausböll, p. 302, y *Los Diez Jātakas Ten Jātakas*, pág. 88.]

"Yo su hijo soy". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana sobre la historia de Vāsabha-Khattiyā, que se encuentra en el Duodécimo Libro del *Bhaddasāla-Jātaka*¹. La tradición nos cuenta que ella era la hija de Mahānāma Sakka y una esclava llamada Nāgamuṇḍā, y que después se convirtió en la consorte del Rey de Kosala. Concibió un hijo del Rey; pero el Rey, al enterarse de su origen servil, la degradó de su rango y también degradó a su hijo Viḍūḍabha. Madre e hijo nunca salían del palacio.

Al enterarse de esto, el Maestro al amanecer llegó al palacio acompañado por quinientos Hermanos [134] y, sentándose en el asiento preparado para él, dijo: "Señor, ¿dónde está Vāsabha-Khattiyā?"

Entonces el Rey le contó lo que había sucedido.

Señor, ¿de quién es hija de Vāsabha-Khattiyā?" "La hija de Mahānāma, señor". "Cuando ella se fue, ¿a quién vino como esposa?" "A mí, señor". "Señor, ella es la hija de un Rey; con un Rey está casada; y para un

1. No. 465.

Rey dio a luz a un hijo. ¿Por qué ese hijo no tiene autoridad sobre el reino que posee el dominio de su padre? En días pasados, un monarca que había tenido un hijo por casualidad¹ con una recolectora de mariquitas le otorgó a ese hijo su soberanía".

El Rey le pidió al Bienaventurado que explicara ello. El Bienaventurado aclaró lo que había estado oculto por el renacimiento.

Una vez en Benares, Brahmadatta el Rey, habiendo partido en gran estado para su placer, se encontraba deambulando en busca de frutas y flores cuando se encontró con una mujer que cantaba alegremente mientras recogía palos en el bosque. Enamorándose a primera vista, el Rey intimó con ella, y el *Bodhisatta* fue concebido allí mismo. Sintiéndose tan pesada por dentro como si estuviera agobiada por el rayo de Indra, la mujer supo que se convertiría en madre y así se lo dijo al Rey. Él le dio un anillo con el sello real de su dedo y la despidió con estas palabras: — "Si es una niña, gaste este anillo en su crianza; pero si es un niño, tráigame el anillo y al niño".

Cuando llegó el momento para la mujer, dio a luz al *Bodhisatta*. Y cuando éste pudo correr y estaba jugando en el patio de recreo, se oyó un grito: "¡Ningún padre me ha pegado!" Al escuchar esto, el *Bodhisatta* corrió hacia su madre y le preguntó quién era su padre.

Eres el hijo del Rey de Benares, muchacho. "¿Qué prueba de esto hay, madre?" "Hijo mío, el Rey al dejarme me dio este anillo con su sello real y dijo: 'Si es una niña, gaste este anillo en su crianza; pero si es un niño, tráigame el anillo y al niño'", entonces ¿no va a llevarme con mi padre, madre?"

[135] Al ver que el muchacho estaba decidido, lo llevó a la puerta del palacio y ordenó que anunciaran su llegada al Rey. Al ser llamada, ella entró e inclinándose ante su majestad, dijo: "Éste es su hijo, señor".

El Rey sabía muy bien que ello era verdad, pero la vergüenza ante toda su corte le hizo responder: "Él no es hijo mío". "Pero aquí está su anillo con su sello real, señor; lo reconocerá". "Tampoco es ese mi anillo y mi sello". Entonces dijo la mujer: "Señor, ahora no tengo testigos para probar mis palabras, excepto apelar a la verdad. Por lo tanto, si su majestad es el padre de mi hijo, ruego que él se suspenda en el aire; pero si no, que caiga a tierra y muera". Diciendo esto, agarró al *Bodhisatta* por el pie y lo arrojó por los aires.

1. La palabra *muhuttikāya* significa, literalmente, "momentáneo", o tal vez podría traducirse "con quien se asoció por poco tiempo". El profesor Kūnte (*Ceylon RAS Journal*, 1884, p. 128) ve en la palabra una referencia a la forma de matrimonio *Muhūrta* (*mohotura*), que "se obtiene entre los *Mahrathas* distintos de los *Brahmanas*", y que se compara con la forma familiar de *Gāndharva*, es decir, unión (legal) por consentimiento mutuo, en el impulso del momento, sin ninguna formalidad previa.

Sentado con las piernas cruzadas en el aire, el *Bodhisatta* en tonos dulces repitió esta estrofa a su padre, declarando la verdad: —

Su hijo soy yo, gran monarca; ¡Ayúdeme, señor!
El Rey cuida de otros, pero mucho más de su propio hijo.

Al escuchar desde el aire al *Bodhisatta* enseñarle así la verdad, el Rey extendió sus manos y clamó: "¡Venga a mí, muchacho! ¡Nadie, nadie más que yo lo criará y cuidará!" Mil manos se extendieron para recibir al *Bodhisatta*; [136] pero fue a los brazos del Rey y de ningún otro que descendió, sentándose en el regazo del Rey. El Rey lo nombró virrey y nombró a su madre reina consorte. A la muerte del Rey, su padre, ascendió al trono con el título de Rey *Kaṭṭhavāhana*, el portador de leña, y después de gobernar su reino con rectitud, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Terminada su lección al Rey de Kosala, y contadas sus dos historias, el Maestro hizo la conexión entre ambas e identificó los Renacimientos diciendo: — "Mahāmāyā era la madre de aquellos días, el Rey *Suddhodana* era el padre, y Yo mismo, el Rey *Kaṭṭhavāhana*".

[Nota. Cf. *Dhammapada*, pág. 218, *Jātaka* No. 465, y *Parábolas de Buddhaghosha* [*Buddhaghosha's Parables*] de Rogers, p. 146. Véase también un emprendimiento, en *Ceylon R.A.S. Journal*, 1884, para rastrear este *Jātaka* hasta la historia de *Dushyanta* y *Çakuntalā* en el *Mahābhārata* y al *Drama del Anillo Perdido* de *Kālidāsa*.]

"*El deseo de su corazón*". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de un Hermano que dejó de perseverar. Para este *Jātaka*, tanto la Historia Introductoria como la Historia del Pasado se darán en el décimo primer Libro en relación con el *Samvara-Jātaka*¹; los incidentes son los mismos tanto para ese *Jātaka* como para aquel, pero los versos son diferentes.

Permaneciendo firme a los consejos del *Bodhisatta*, el Príncipe *Gāmani*, encontrándose a sí mismo, aunque siendo más joven que sus cien hermanos, rodeado por esos cien hermanos como séquito y sentado

1. No. 462.

bajo el dosel blanco de la realeza, contempló su gloria y pensó: "Toda esta gloria se la debo a mi maestro". Y, en su alegría, prorrumpió en esta sentida declaración: —

Los deseos de su corazón cosechan aquellos que no se apresuran;
Sepa, Gāmani, la excelencia madura es suya.

[137] Siete u ocho días después de que él se convirtiera en Rey, todos sus hermanos se fueron a sus propias casas. El Rey Gāmani, después de gobernar su reino con rectitud, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos. El *Bodhisatta* también falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Su lección terminó, el Maestro predicó las Verdades, al final de las cuales el Hermano pusilánime ganó el estado de *Arahat*. Habiendo contado las dos historias, el Maestro mostró la conexión que las unía a ambas e identificó el Renacimiento.

"¡Atención, Miren estas canas!". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana sobre la Gran Renunciación, que ya ha sido relatada en el *Nidāna-Kathā*².

En esta ocasión los Hermanos se sentaron para alabar la Renunciación del Señor de la Sabiduría. Al entrar en el Salón de la Verdad y sentarse en el asiento de *Buddha*, el Maestro se dirigió así a los Hermanos: "¿Cuál es su conversación, Hermanos, mientras están sentados aquí en el cónclave?"

"No es otra cosa, señor, que la alabanza hacia vuestra propia Renunciación". "Hermanos", replicó el Maestro, "no sólo en estos últimos días el *Tathāgata*³ hizo una Renunciación; en días pasados también renunció al mundo de manera similar".

Los Hermanos le pidieron al Bienaventurado una explicación de esto. El Bienaventurado aclaró lo que les había estado oculto por el renacimiento.

-
1. En cuanto a la alternativa de la glosa ("*phalāsā ti āsāphalam*", es decir, "el deseo del fruto' significa 'el fruto del deseo") el profesor Kūnte (Ceilán RASJ 1884) dice: "la inversión requiere un conocimiento de la gramática metafísica como no se cultivó en la India antes del siglo VI dC ... La glosa se escribió sobre el renacimiento *brahmánico* y *jainista*".
 2. Ver pág. 61 y ss. del vol. I. del texto de Fausböll para este relato de cómo el Príncipe Siddhattha, el futuro *Buddha*, renunció al mundo por la Verdad.
 3. El significado de este título del *Buddha* que se repite con frecuencia está lejos de ser claro, y la oscuridad se profundiza en la elaborada glosa de Buddhaghosa en las páginas 59-68 del *Sumaṅgala-vilāsini*, donde se dan ocho interpretaciones diferentes. Quizá la palabra pueda significar 'Aquel que ha recorrido el camino que recorrieron los Buddhas anteriores'; pero hay mucho que decir sobre la opinión expuesta en la p. 82 del vol. XIII. de los Libros Sagrados de Oriente, que el significado es 'El que ha llegado allí', es decir, a la emancipación.

Érase una vez en Mithilā, en el reino de Videha, que había un Rey llamado Makhādeva, quien era justo y gobernaba con rectitud. Durante períodos sucesivos de ochenta y cuatro mil años, se había divertido como Príncipe, gobernado como virrey y reinado como Rey, respectivamente. Todos estos largos años había vivido, cuando un día le dijo a su barbero: — "Avíseme, amigo barbero, cuando vea canas en mi cabeza". Así que un día, años y años después, [138] el barbero encontró entre los cabellos negros como el de un cuervo en el Rey, una sola cana, y así se lo dijo al Rey. "Sáquemelo, amigo mío", dijo el Rey; "y póngalo en mi palma". En consecuencia, el barbero arrancó el cabello con sus tenazas de oro y lo puso en la mano del Rey. El Rey tenía en ese momento todavía ochenta y cuatro mil años más de vida; pero, sin embargo, a la vista de aquella cana se llenó de profunda emoción. Le pareció ver al Rey de la Muerte de pie ante él, o estar rodeado de hojas en llamas. "¡Necio Makhādeva!" gritó; "Las canas le han llegado antes de que haya podido deshacerse de las depravaciones". Y mientras pensaba y reflexionaba en la apariencia de sus cabellos grises, se encendió en llamas por dentro; el sudor rodó por su cuerpo; mientras que su ropa le oprimió y le pareció intolerable. "Hoy mismo", pensó, "renunciaré al mundo en virtud de una vida de Monje".

A su barbero le dio la concesión de una aldea, que rindió cien mil piezas de dinero. Envío a buscar a su hijo mayor y le dijo: "Hijo mío, me han llegado las canas y envejezco. Me he saciado de alegrías humanas, y quisiera degustar de las alegrías divinas; es hora de mi renunciación, ella ha llegado. Tome la soberanía sobre sí mismo; en cuanto a mí, tomaré mi morada en el placentero Bosque de Mangos de Makhādeva, y allí seguiré el sendero del asceta".

Como él estaba así empeñado en llevar la vida de Monje, sus ministros se acercaron y le dijeron: "¿Cuál es la razón, señor, por la que adopta la vida de Hermano?"

Tomando las canas en su mano, el Rey repitió esta estrofa a sus ministros: —

He aquí que han aparecido esta cana que en mi cabeza
Son los propios mensajeros de la Muerte que llegan a robar
Mi vida. Es hora de que me aparte de las cosas mundanas,
Y en el camino del ermitaño buscó la paz de la salvación.

[139] Y después de estas palabras, renunció a su soberanía ese mismo día y se convirtió en un recluso.

Morando en ese mismo Bosque de Mangos de Makhādeva, él, allí, durante ochenta y cuatro mil años fomentó los Cuatro Estados Perfectos dentro de sí mismo, y, muriendo con una visión plena e intacta, renació en el Reino *Brahmā*. Al expirar allí, se convirtió nuevamente en Rey de Mithila, bajo el nombre de Nimi, y después de unir a su familia dispersa, una vez más se convirtió en ermitaño en ese mismo

Bosque de Mango, obteniendo los Cuatro Estados Perfectos y expirando de allí una vez más al Reino *Brahmā*.

Después de repetir su declaración de que él también había renunciado al mundo en días pasados, el Maestro al final de su lección predicó las Cuatro Nobles Verdades. Algunos entraron en el Primer Sendero, algunos en el Segundo y otros en el Tercero. Habiendo contado las dos historias, el Maestro mostró la conexión entre ambas e identificó los Renacimiento, diciendo: — "En aquellos días Ānanda era el barbero, Rāhula el hijo, y yo mismo el Rey Makhādeva".

[Nota. Ver *Majjhima-Nikāya*, Sutta No. 83 el cual se titula *Makhādeva Sutta*. Según Léon Feer (J. As. 1876, p. 516) el Bigandet MS. llama a esto el *Devadūta-Jātaka*. Bigandet en su *Vida o Leyenda de Gaudama* (p. 408) da una versión de este *Jātaka*, en la que el Rey se llama Minggadewa, y en la que los hechos del Rey Nemi (= Nimi arriba) se dan con gran detalle. Véase *Mahavansi* de Upham, vol. I. pags. 14, y el 'Nemy' *Jātaka* al que él se refiere como el 544^o *Jātaka*. Véase también *Cariyā-Piṭaka*, pág. 76 y placa XLVIII. (2) de la *Stūpa* de Bharhut, donde está tallado el nombre *Magha-deva*, una ortografía que se conserva en los manuscritos birmanos modernos del *Majjhima Sutta* de donde se compiló manifiestamente este *Jātaka*.]

[140] "*El hombre que no tiene nada que resguardar*". — Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en el Bosque de Mangos de Anupiya, cerca de la ciudad de Anupiya, sobre el Venerable Bhaddiya (el Feliz), que se unió a la Hermandad en compañía de los seis jóvenes nobles con los que andaba Upāli¹. De estos, los Venerables Bhaddiya, Kimbila, Bhagu y Upāli alcanzaron el estado de *Arahat*; el Venerable Ānanda entró en el Primer Sendero; el Venerable Anuruddha obtuvo la visión que todo lo ve; y Devadatta obtuvo el poder de la auto abstracción extática. La historia de los seis jóvenes nobles, hasta los acontecimientos de Anūpiya, se relatará en el *Khaṇḍahāla-jātaka*².

El Venerable Bhaddiya, que solía protegerse a sí mismo en los días de su realeza como si fuera su propia deidad tutelar, recordó el estado de miedo en el que vivía en aquellos tiempos, cuando era custodiado por numerosos guardias y cuando solía revolcarse incluso sobre su lecho real, dentro de sus aposentos privados en lo alto del palacio; y comparó esto con la ausencia de miedo en la que, ahora como un *Arahat*, deambulaba de aquí para allá, en bosques y lugares desiertos. Y al pensarlo prorrumpió en esta sentida declaración: "¡Oh, qué felicidad! ¡Oh, qué felicidad!"

1. Cf. *Vinaya* de Oldenberg, vol. en las págs. 180-4 (traducido en la pág. 232 del Vol. XX de los Libros Sagrados de Oriente), para un relato sobre la conversión de los seis Príncipes Sākya y el barbero Upāli.
2. No. 534 en la lista de Westergaard; aún no editado por Fausböll.

Esto lo informaron los Hermanos al Bienaventurado, diciendo: "El venerable Bhaddiya está declarando la bienaventuranza que ha consumado".

"Hermanos", dijo el Bienaventurado, "ésta no es la primera vez que la vida de Bhaddiya ha sido feliz; su vida no fue menos feliz en días pasados".

Los Hermanos le pidieron al Bienaventurado que explicara esto. El Bienaventurado aclaró lo que les había estado oculto por el renacimiento.

Érase una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, que el *Bodhisatta* renació como un rico *brahmán* del norte. Al darse cuenta de la maldad de la lujuria y las bendiciones que fluían de renunciar al mundo, abjuró de la lujuria y, al retirarse a los Himalayas, se convirtió en ermitaño y desarrolló las ocho Dotaciones. Sus seguidores crecieron considerablemente, ascendiendo a quinientos ascetas. Una vez, cuando comenzaron las lluvias, abandonó los Himalayas y, viajando en una peregrinación de ofrendas con sus asistentes ascetas a través de pueblos y ciudades, llegó finalmente a Benares, donde tomó su morada en el placer real como pensionado de la generosidad del Rey. Después de vivir ahí durante los cuatro meses de lluvia, fueron adonde el Rey para despedirse. Pero el Rey le dijo: "Ya es anciano, Venerable señor. ¿Por qué debería volver a los Himalayas? Envíe a sus discípulos de regreso [141] y quédese aquí mismo".

El *Bodhisatta* confió sus quinientos ascetas al cuidado de su discípulo más antiguo, diciendo: "Vayan con él a los Himalayas; me quedaré aquí".

Ahora bien, ese discípulo mayor había sido una vez Rey, y había renunciado a un poderoso reino para convertirse en hermano; mediante la debida ejecución de los ritos pertenecientes al pensamiento concentrado, había dominado las ocho Dotaciones. Mientras moraba con los ascetas en los Himalayas, un día le sobrevino el anhelo de ver al maestro, y les dijo a sus compañeros: "Habiten contentos aquí; regresaré tan pronto como haya presentado mis respetos al maestro". Así que se dirigió adonde el maestro, le presentó sus respetos y lo saludó cordialmente. Luego se recostó al lado de su amo sobre un tapete que extendió allí.

En ese momento apareció el Rey, que había llegado por el placer de ver al asceta; y con un saludo se sentó a un lado. Aunque estaba consciente de la presencia del Rey, el discípulo mayor se abstuvo de levantarse, y permaneció allí, clamando con apasionado fervor: "¡Oh, qué felicidad! ¡Oh, qué felicidad!"

Disgustado por el asceta, que aunque lo había visto, no se había levantado, el Rey le dijo al *Bodhisatta*: "Venerable señor, este asceta debe haberse saciado de comer, ya que continúa recostado allí muy feliz, exclamándolo con mucha seriedad."

"Señor", dijo el *Bodhisatta*, "en la antigüedad, este asceta era Rey como usted. Él está pensando cómo en los viejos tiempos, cuando era un laico y

vivía en pompa real con muchos hombres de armas para protegerlo, nunca conoció una felicidad tan grande como la que ahora disfruta. Es la felicidad de la vida de Monje, y la felicidad que trae la Sabiduría, lo que lo conmueve a exclamar esta sincera declaración." Y el *Bodhisatta* repitió esta estrofa para instruir al Rey en la Verdad:

El hombre que no resguarda, ni es resguardado, señor,
Habita feliz, libre de la esclavitud de la lujuria.

[142] Apaciguado por la lección que le había sido enseñada, el Rey hizo su saludo y regresó a su palacio. El discípulo también se despidió de su maestro y regresó a los Himalayas. Pero el *Bodhisatta* continuó habitando allí, y, muriendo con Plena e íntegra Sabiduría, renació en el Reino *Brahmā*.

Terminada su lección y contadas las dos historias, el Maestro mostró la conexión entre ambas e identificó los Renacimiento diciendo: "El Venerable Bhaddiya era el discípulo de aquellos días, y yo mismo el maestro de la congregación de ascetas".

[Nota. Para la Historia introductoria, compare *Cullavagga*, VII. 1. 5 —.]

"*El hombre recto*". Esta historia la contó el Maestro en el bosquecillo de bambú cerca de Rājagaha acerca de Devadatta. La historia de Devadatta¹ será relatada, hasta la fecha del empleo de Abhimāra, en el *Khaṇḍahāla-jātaka*²; hasta la fecha de su destitución del cargo de Tesorero, en el *Cullahaṃsa-jātaka*³; y, hasta la fecha en que fue tragado por la tierra, en el Libro Decimosexto en el *Samudda-vāṇija-jātaka*⁴.

Porque, en la ocasión en cuestión, Devadatta, al no obtener los Cinco Puntos por los que había presionado, había efectuado un cisma en la Hermandad y se había marchado con quinientos Hermanos a morar en Gayā-sīsa. Ahora, estos hermanos llegaron a un conocimiento más maduro; y el Maestro,

-
1. Véase *Cullavagga*, VII. 1--et seqq. Los "Cinco Puntos" de Devadatta se dan allí (VII. 3. 14) de la siguiente manera: - "Los Hermanos vivirán toda su vida en el bosque, subsistirán únicamente con las ofrendas recolectadas al aire libre, se vestirán únicamente con harapos recogidos de montículos de polvo, habitarán bajo los árboles y nunca bajo un techo, nunca comerán pescado ni carne". Estos cinco puntos eran todos más rígidos en su ascetismo que la regla de *Buddha*, y fueron formulados por Devadatta para superar a su primo y maestro.
 2. Cf. pags. 32, nota 2.
 3. No. 533.
 4. No. 466.

sabiendo esto, llamó a los dos discípulos principales¹ y dijo: "Sāriputta, sus quinientos discípulos que fueron pervertidos por las enseñanzas de Devadatta y se fueron con él, ahora han llegado a un conocimiento más maduro. Vaya allí con un número de Hermanos, predíqueles la Verdad, ilumine a esos ascetas respecto a los Senderos y la Fruición, y tráigalos consigo".

Ellos fueron hasta el lugar, predicaron la Verdad, los iluminaron respecto a los Senderos y los Frutos, y al día siguiente [143], al amanecer, regresaron de nuevo con dichos Hermanos al Bosque de Bambú. Y mientras Sāriputta estaba parado allí, después de saludar al Bienaventurado a su regreso, los Hermanos le hablaron así en alabanza al Venerable Sāriputta: "Señor, muy brillante fue la gloria de nuestro hermano mayor, el Capitán de la Verdad, cuando regresó con un séquito de quinientos Hermanos; mientras que Devadatta perdía a todos sus seguidores".

"Este no es el único momento, Hermanos, cuando la gloria ha sido atributo de Sāriputta después de su regreso con sus seguidores; ya que también la gloria fue suya en días pasados. Así también, este no es el único momento en que Devadatta ha perdido a sus seguidores; él también lo perdió en días pasados".

Los Hermanos le solicitaron al Bienaventurado que les explicara esto. El Bienaventurado aclaró lo que había estado oculto por el renacimiento.

Érase una vez en la ciudad de Rājagaha, en el reino de Magadha, donde gobernaba cierto Rey de Magadha, en cuyos días el *Bodhisatta* cobró vida como un ciervo. Al crecer, vivió en el bosque como líder de una manada de mil ciervos. Tenía dos jóvenes llamados Suertudo y Oscuro. Cuando envejeció, entregó el cargo a sus dos hijos, poniendo quinientos ciervos bajo el cuidado de cada uno de ellos. Entonces estos dos jóvenes ciervos estuvieron a cargo de la manada.

Hacia la época de la cosecha en Magadha, cuando las cosechas crecían abundantemente en los campos, era peligroso para los ciervos en los bosques circundantes. Ansiosos por matar a las criaturas que devoraban sus cosechas, los campesinos cavaban trampas, fijaban estacas, colocaban trampas de piedra y plantaban otras emboscada; de modo que morían muchos ciervos.

En consecuencia, cuando el *Bodhisatta* señaló que era tiempo de cosecha, envió a buscar a sus dos hijos y les dijo: "Hijos Míos, ahora es el momento en que las cosechas se acumulan en los campos, y muchos ciervos mueren en esta estación". Nosotros, que somos viejos, haremos turno para permanecer en un lugar, pero ustedes se retirarán cada uno con su rebaño a las extensiones montañosas en el bosque y regresarán sólo cuando las cosechas hayan sido transportadas". "Muy bien", dijeron sus dos hijos, y partieron con sus rebaños, tal como su padre se los ordenó.

Ahora bien, los hombres que viven a lo largo de la ruta saben muy bien las horas en que los venados suben a los montes y de allí regresan. Y [144] al acecho, en escondites aquí y allá, a lo largo de la ruta, disparan y matan a muchos de ellos. El torpe Oscuro, ignorante del momento correcto para

1. Los dos discípulos principales, de los cuales solo se menciona uno en el texto, fueron Sāriputta (apodado 'el Capitán de la fe') y Moggallāna, dos amigos *brahmanes*, originalmente seguidores de un asceta errante, cuya conversión al budismo se relata en el *Mahavagga*, I. 23---. A diferencia de este *Jātaka*, el relato *Vinaya* (*Cullavagga*, VII. 4) sobre la reconversión de los reincidentes le asigna una parte del crédito a Moggallāna.

viajar y las veces para detenerse, mantuvo a sus ciervos en marcha tanto por la mañana como por la tarde, tanto al amanecer como al atardecer, acercándose a los confines de las aldeas. Así, los campesinos, en emboscadas o al aire libre, destruyeron gran parte de su rebaño. Habiendo obrado así con su crasa locura Oscuro produjo la destrucción de muchos de ellos, llegando con muy pocos sobrevivientes al bosque.

Suertudo, por otro lado, siendo sabio, astuto y lleno de recursos, nunca se acercó a los confines de un pueblo. No viajó de día, ni siquiera de madrugada o al anochecer. Sólo en la oscuridad de la noche se desplazaba; y el resultado fue que llegó al bosque sin perder una sola cabeza de sus ciervos.

Cuatro meses se quedaron en el bosque, sin salir de las colinas hasta que se llevaron las cosechas. En el camino de regreso a casa, Oscuro, al repetir su locura anterior, perdió al resto de su rebaño y regresó solo y sin compañía; mientras que Suertudo no perdió a un solo ciervo de su rebaño, sino que recuperó la totalidad de los quinientos ciervos, cuando apareció ante sus padres. Cuando vio regresar a sus dos hijos, el *Bodhisatta* enmarcó esta estrofa en concierto con la manada de ciervos: —

El hombre recto y bondadoso se baña en su recompensa.
 Marca a Suertudo conduciendo de regreso a su tropa de parientes,
 Mientras que aquí viene Oscuro despojado de toda su manada.

[145] Tal fue la bienvenida del *Bodhisatta* a su hijo; y después de vivir hasta una buena vejez, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Al final de su lección, cuando el Maestro repitió que la gloria de Sāriputta y la pérdida de Devadatta habían tenido un paralelo en días pasados, mostró la conexión que unía las dos historias e identificó los Renacimiento, diciendo: "Devadatta era Oscuro en aquellos días; sus seguidores eran los seguidores de Oscuro; Sāriputta era Suertudo en aquellos días, y sus seguidores eran los seguidores del *Buddha*; la madre de Rāhula era la madre de esos días; y yo mismo era el padre".

[Nota. Véase *Dhammapada*, pág. 146, para el verso anterior y para un paralelo a la Historia introductoria de este *Jātaka*.]

"*Quédese solo con el Ciervo Banyan*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de la madre de un Venerable llamado Príncipe Kassapa. Sabemos que la hija de un rico comerciante de Rājagaha estaba profundamente arraigada en la bondad y despreciaba todas las cosas temporales; había llegado a su existencia final, y dentro de su pecho, como una lámpara en un cántaro, brillaba su esperanza segura de consumir el estado de *Arahant*. Tan pronto como alcanzó el conocimiento de sí misma, no disfrutó de la vida mundana sino que anheló renunciar al mundo. Con este objetivo, dijo a su madre y a su padre: "Mis queridos padres, mi corazón no disfruta de la vida mundana; de buena gana abrazaría la doctrina salvadora del *Buddha*. Permítanme tomar los votos".

"¿Qué dices, querida? La nuestra es una familia muy rica, y tú eres nuestra única hija. No puedes tomar los votos".

Habiendo fracasado en obtener el consentimiento de sus padres, aunque se los solicitara una y otra vez, pensó: "Que así sea, entonces, cuando me case con otra familia, obtendré el consentimiento de mi esposo y tomaré los votos". Y cuando, siendo mayor, entró a otra familia, demostró ser una esposa devota y vivió una vida de bondad y virtud¹ en su nuevo hogar. Ahora bien, sucedió que ella quedó embarazada, aunque no fuera consciente de ello.

Se proclamó una fiesta en esa ciudad, [146] y todos la celebraron, estando la ciudad engalanada como una ciudad de los dioses. Pero ella, incluso en el apogeo de la fiesta, ni se ungió ni se puso ningún adorno, y anduvo con su atuendo cotidiano. Entonces su marido le dijo: "Mi querida esposa, todo el mundo está celebrando, pero tú no presumes de tu esplendor".

"Mi señor y maestro", respondió ella, "el cuerpo está lleno de treinta y dos componentes. ¿Por qué debería estar adornado? Esta estructura corporal no es de un molde angelical o arcangélico; no está hecha de oro, joyas, o sándalo amarillo; no nace del vientre de las flores de loto, blancas, rojas o azules; no está lleno de ningún bálsamo inmortal. No, es engendrado por la corrupción, y nacido de padres mortales; las cualidades que lo marcan son el desgaste y el deterioro, la decadencia y la destrucción de lo meramente transitorio; está destinado a engrosar un cementerio, y está dedicado a la lujuria; es la fuente de dolor y la ocasión del lamento; es la morada de todas las enfermedades, y el depósito de la producción del *karma*. Inmundo por dentro, siempre está excretando. Sí, como todo el mundo puede ver, su final es la muerte, para terminar en un osario, el cual será su morada. – hábitat de gusanos² [147]. ¿Qué debo lograr, esposo mío, embelleciendo este cuerpo? ¿No sería su adorno como adornar el exterior de un taburete cerrado?"

"Mi querida esposa", respondió el joven comerciante, "si considera que ese cuerpo es tan pecaminoso, ¿por qué no se convierte en Hermana?"

"Si soy aceptada, esposo mío, tomaré los votos este mismo día". "Muy bien", dijo él, "haré que la admitan en la Orden". Y después de haber mostrado abundante generosidad y hospitalidad a la Orden, la escoltó con un gran número de seguidoras al convento e hizo que admitieran como una Hermana, pero de los seguidores de Devadatta. Grande fue su alegría por el cumplimiento de su deseo de ser Hermana.

A medida que se acercaba su hora, las Hermanas, al notar el cambio en su persona, la hinchazón en sus manos y pies y su aumento de tamaño, dijeron: "Señora, parece que va a ser madre, ¿qué significa esto?"

"No sé qué decir al respecto, señoras; solo sé que he llevado una vida virtuosa".

Entonces las Hermanas la llevaron ante Devadatta, diciendo: "Señor, esta joven dama, que fue admitida como Hermana con el consentimiento reacio de su esposo, ahora ha demostrado estar embarazada; pero si esto data de antes de su admisión a la Orden o no, no podemos decirlo. ¿Qué vamos a hacer ahora?"

Al no ser un *Buddha* y no tener generosidad, amor o piedad, Devadatta pensó de la siguiente manera: "Sería un reporte perjudicial que se difunda que una de mis hermanas esté embarazada y que apruebo tal ofensa. Mi curso es claro; – Debo expulsar a esta mujer de la Orden". Sin indagar nada en lo absoluto, adelantándose como si fuera a apartar una masa de piedra, dijo: "¡Fuera, y expulsen a esta mujer!"

Al recibir esta respuesta, se levantaron y con un saludo reverente se retiraron a su propio convento. Pero la joven les dijo a esas Hermanas: "Señoras, el Venerable Devadatta no es el *Buddha*. Mis votos no

1. O, quizás, "era hermoso".

2. Aquí se omite una larga serie de estrofas repulsivas en cuanto a la anatomía del cuerpo.

fueron adoptados bajo la tutela de Devadatta, sino bajo la del *Buddha*, el Primero del mundo. No me sustraigan la vocación que con tanto esfuerzo me ha costado obtener; sino llévenme ante el Maestro, a Jetavana". Así que partieron con ella hacia Jetavana, y viajando más de cuarenta y cinco leguas desde Rājagaha, llegaron a su destino a su debido tiempo, donde con reverente saludo al Maestro, colocaron el asunto ante él.

El Maestro pensó: "Aunque la niña fue concebida cuando aún era laica, les dará a los herejes la oportunidad de decir que el asceta Gotama [148] ha ordenado a una Hermana expulsada por Devadatta. Por lo tanto, para reducir tal conversación, este caso debe ser oído en presencia del Rey y su corte". De modo que al día siguiente envió a buscar a Pasenadi, al Rey de Kosala, al mayor y al menor Anātha-piṇḍika, a la dama Visākhā, la gran discípula laica, y a otros personajes reconocidos; y por la noche, cuando las cuatro clases de fieles estaban todas congregadas, hermanos, hermanas y discípulos laicos, tanto hombres como mujeres, le dijo al Venerable Upāli: "Vaya y aclare este asunto de la joven hermana en presencia de mis cuatro clases de discípulos".

"Así se hará, Venerable Señor", dijo el Venerable, y se dirigió a la asamblea y allí, sentándose en su lugar, llamó a Visākhā, la discípula laica, a la vista del Rey, y planteó la conducta de la solicitud en sus manos, diciendo: "Primero averigüe el día exacto del mes preciso en el que esta joven se unió a la Orden, Visākhā; y luego calcule si concibió antes o después de esa fecha". En consecuencia, la dama hizo poner una cortina como pantalla, detrás de la cual se retiró con la joven. *Spectatis manibus, pedibus, umbilico, ipso ventre puellæ*, la señora encontró, comparando los días y los meses, que la concepción había tenido lugar antes de que la niña se convirtiera en Hermana. Esto se lo informó al Venerable, quien proclamó a la Hermana inocente ante toda la asamblea. Y ella, ya comprobada su inocencia, saludó con reverencia a la Orden y al Maestro, y con las Hermanas volvió a su propio convento.

Cuando llegó su momento, dio a luz a un fuerte hijo en espíritu, por quien había orado ante los pies del *Buddha* Padumuttara hace mucho tiempo. Un día, cuando el Rey pasaba por el convento, escuchó el llanto de un niño y preguntó a sus cortesanos qué significaba ello. Ellos, conociendo los hechos, dijeron a Su Majestad que el grito provenía del niño que había dado a luz una joven Hermana. "Señores", dijo el Rey, "el cuidado de los niños es un estorbo para las Hermanas en sus vidas religiosas; encarguémonos de él". Así que el niño fue entregado por orden del Rey a las damas de su familia, y educado como un Príncipe. Cuando llegó el día de su bautizo, se le llamó Kassapa, pero se le conoció como el Príncipe Kassapa porque fue educado como un Príncipe.

A la edad de siete años fue admitido como novicio con el Maestro, y como Hermano pleno cuando tuvo la edad suficiente. Con el paso del tiempo, se hizo famoso entre los expositores de la Verdad. Entonces el Maestro le dio precedencia, diciendo: "Hermanos, el primero en elocuencia entre mis discípulos es el Príncipe Kassapa". Posteriormente, por la virtud del *Vammika Sutta*¹, consumó el estado de *Arahat*. Así también su madre, la Hermana, creció hasta tener una visión clara y también consumó el Fruto Supremo. El Venerable Príncipe Kassapa brilló en la fe del *Buddha* [149] incluso como la Luna llena en medio del cielo. Ahora, un día por la tarde, cuando el *Tathāgatā*, al regresar de su ronda de ofrendas, se había dirigido a los Hermanos, entró a su recámara perfumada. Al final de su discurso, los Hermanos pasaron el día en sus cuartos nocturnos o en sus cuartos diurnos hasta que llegó la noche, cuando se reunieron en el salón de la Verdad y hablaron de la siguiente manera: "Hermanos, Devadatta, debido a que no era un *Buddha* y debido a que no poseía generosidad, amor o piedad, estuvo cerca de ser la ruina del Venerable Príncipe Kassapa y su Venerable madre. Pero el *Buddha* Todo Iluminado, siendo el Señor de la Verdad y siendo perfecto en generosidad, amor y piedad, ha probado su salvación". Y mientras estaban allí sentados recitando alabanzas al *Buddha*, él entró a la sala con toda la gracia de un *Buddha* y preguntó, mientras tomaba su asiento, sobre lo que estaban hablando mientras estaban sentados juntos.

— De vuestras propias virtudes, señor — dijeron ellos, y le contaron todo.

1. El *Sutta* 23 del *Majjhima Nikaya*.

"Esta no es la primera vez, hermanos", dijo él, "que el *Tathāgata* ha demostrado ser la salvación y el refugio de estos dos: él también fue lo mismo para ellos en el pasado".

Luego, cuando los Hermanos le pidieron que les dé una explicación al respecto, les reveló lo que el renacimiento les había ocultado.

Érase una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, que el *Bodhisatta* renació como un ciervo. En este nacimiento era de color dorado; sus ojos eran como joyas redondas; el brillo de sus cuernos era como de plata; su boca era roja como un manojo de tela escarlata; sus cuatro pezuñas estaban como lacadas; su cola era como la del *yak*; y era tan grande como un potro joven. Asistido por quinientos ciervos, moraba en el bosque bajo el nombre de Rey Ciervo Banyan. Y junto a él vivía otro ciervo también con una manada de quinientos ciervos, que se llamaba Ciervo Rama, y tenía un tono tan dorado como el del *Bodhisatta*.

En aquellos días, el Rey de Benarés era un apasionado de la caza y siempre tenía carne en cada comida. Todos los días reunía a todos sus súbditos, tanto del campo como de la ciudad, en detrimento de sus negocios, y salía a cazar. Su pueblo pensó: "Este nuestro rey detiene todo nuestro trabajo. ¡Supongamos que fuéramos [150] a sembrar comida y proporcionar agua para los ciervos en virtud de su propio placer, y, habiendo acorralado un número de ciervos, los encerráramos y entregáramos al rey!" Entonces sembraron hierba en el llano para que comieran los ciervos y les proporcionaron agua para beber, y abrieron la puerta de par en par. Luego llamaron a la gente del pueblo y se adentraron en el bosque, armados con palos y todo tipo de armas para encontrar a los ciervos. Rodearon alrededor de una legua de bosque para atraparlos dentro de su círculo, y al hacerlo rodearon la guarida de los ciervos Banyan y Rama. Tan pronto como percibieron a los venados, procedieron a golpear los árboles, arbustos y el suelo con sus palos hasta expulsar a las manadas de sus guaridas; entonces hicieron sonar sus espadas y lanzas y arcos con tan gran estrépito que ahuyentaron a todos los ciervos al llano, y cerraron la puerta. Entonces fueron con el Rey y le dijeron: "Señor, usted puso fin a nuestro trabajo yendo siempre a cazar; así que hemos atrapado suficientes ciervos del bosque en su llano para satisfacerse. De ahora en adelante aliméntense de ellos".

Acto seguido, el Rey se dirigió al llano y, al mirar por encima de la manada, vio entre ellos dos ciervos dorados, a quienes concedió inmunidad. A veces iba por su propia cuenta y disparaba a un ciervo para llevárselo a casa; a veces su cocinero iba y le disparaba a otro. A primera vista del arco, los ciervos salían corriendo y temblaban por sus vidas, pero después de recibir dos o tres heridas se cansaban, se desmayaban y eran asesinados. La manada de ciervos le contó esto al *Bodhisatta*, quien envió a buscar a Rama y dijo: "Amigo, los ciervos están siendo destruidos en gran número; y,

aunque no pueden escapar de la muerte, al menos que no sean heridos innecesariamente. Que vaya ciervo vaya al bloque¹ por turnos, un día uno de mi manada, y otro día, otro de la tuya, — cada ciervo sobre el que caiga la suerte que vaya al lugar de ejecución y recueste su cabeza en el bloque. De esta manera los ciervos no serán heridos innecesariamente". El otro asintió; y en adelante cada ciervo al que le tocaba el turno, iba [151] y se echaba con el cuello listo sobre el tajo. El cocinero llegaba y se llevaba sólo a la víctima que le esperaba.

Ahora bien, un día la suerte cayó sobre una cierva preñada de la manada de Rama, y ella fue a Rama y le dijo: "Señor, estoy preñada. Cuando haya dado a luz a mi pequeño, seremos dos para tomar nuestro turno. Ordenad que pasen por encima de mi turno. "No, no puedo hacer su turno, el de otro", dijo él; "debe asumir las consecuencias de su propia fortuna. ¡Váyase!" Al no encontrar su favor en él, la cierva se dirigió al *Bodhisatta* y le contó su historia. Y él respondió: "Muy bien, retírese y yo veré que la omitan". Y así él mismo fue al lugar de la ejecución y recostó la cabeza sobre el bloque. Gritó el cocinero al verlo: "¿Por qué está aquí el Rey de los ciervos a quien se le concedió inmunidad! ¿Qué significa esto?" Y salió corriendo a decírselo al Rey. En el momento en que se enteró, el Rey montó en su carroza y llegó con un gran séquito. "Amigo mío, Rey de los ciervos", dijo al contemplar al *Bodhisatta*, "¿no le concedí su vida? ¿Por qué está recostado aquí?"

"Señor, vino a mí una cierva preñada, que me rogaba que la dejara vivir en vez de otro turno; y como no podía pasar la suerte de uno a otro, yo, dando mi vida por ella y asumiendo condenarme a mí mismo, me he puesto aquí. No piense que hay algo detrás de esto, su majestad".

"Mi señor, Rey dorado de los ciervos", dijo el Rey, "nunca vi yo, ni siquiera entre los hombres, a alguien tan abundante en generosidad, amor y piedad como su ser. Por eso estoy complacido con usted. ¡Levántese! Perdono las vidas tanto de usted como la de ella".

"Aunque dos se salven, ¿qué harán los demás, oh, Rey de los hombres?" "También perdono sus vidas, mi señor". "Señor, solo el ciervo en su llano habrá obtenido inmunidad; ¿qué harán todos los demás?" "También les perdono la vida, mi señor". "Señor, los ciervos estarán así a salvo; pero ¿qué harán el resto de las criaturas de cuatro patas?" [152]. "También perdono sus vidas, mi señor". "Señor, las criaturas de cuatro patas estarán así a salvo, pero ¿qué harán las bandadas de pájaros?" "Ellos también serán perdonados, mi señor". "Señor, las aves estarán así a salvo; pero ¿qué harán los peces, que viven en el agua?" "También perdono sus vidas, mi señor".

Después de interceder así ante el Rey por la vida de todas las criaturas, el

1. Para *dhammagāṇḍikā* ver Jāt. II. 124; tercero 41.

Gran Ser se levantó, estableció al Rey en los Cinco Preceptos, diciendo: "Camine con rectitud, gran Rey. Camine con rectitud y justicia hacia los padres, hijos, ciudadanos y gente del campo, para que cuando este cuerpo terrenal se disuelva, pueda entrar en el dicha celestial". Así, con la gracia y el encanto que distingue a un *Buddha*, enseñó la Verdad al Rey. Permaneció unos días en el llano por solicitud del Rey, y luego con su rebaño volvió al bosque.

Y esa cierva dio a luz un hermoso cervatillo parecido al capullo de la flor de loto, que solía jugar con el ciervo Rama. Al ver esto, su madre le dijo: "Hijo mío, no andes con él, sólo anda con la manada de ciervos de Banyan". Y a modo de exhortación, repitió esta estrofa:

Manténgase sólo con el ciervo Banyan, y evite
La manada de ciervos de Rama; mejor bienvenida y de lejos
Es la muerte, hijo mío, en compañía de Banyan,
Que incluso el término más amplio de la vida con Rama.

En adelante, el ciervo, ahora en el goce de la inmunidad, solía comer las cosechas de los hombres, y los hombres, recordando la inmunidad que les había sido concedida, no se atrevían a golpear al ciervo ni ahuyentarlo. Así que se reunieron en el patio del Rey y expusieron el asunto ante el Rey. Él dijo: "Cuando el ciervo Banyan ganó mi favor, [153] le prometí una bendición. Renunciaré a mi reino antes que a mi promesa. ¡Fuera! Ningún hombre en mi reino puede dañar al ciervo".

Pero cuando esto llegó a los oídos del ciervo Banyan, reunió a su manada y dijo: "De ahora en adelante no comeréis las cosechas de otros". Y habiéndolos prohibido, envió un mensaje a los hombres, diciendo: "Desde este día en adelante, ningún labrador cercará su campo, sino que simplemente lo señalará con hojas atadas alrededor". Y así, escuchamos, comenzó un plan de atar hojas para indicar los campos; y nunca se supo que un ciervo invadiera un campo así demarcado. Porque así habían sido instruidos por el *Bodhisatta*.

Así exhortó el *Bodhisatta* a los ciervos de su manada, y así actuó durante toda su vida, y al final de una larga vida falleció con ellos para vivir de acuerdo con sus méritos. El Rey también se atuvo a las enseñanzas del *Bodhisatta*, y después de una vida dedicada a buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Al final de esta lección, cuando el Maestro hubo repetido que, como ahora, también en los días pasados él había sido la salvación de la pareja, predicó las Cuatro Nobles Verdades. Luego mostró la conexión entre las dos historias que había contado, e identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta

era el ciervo Rāma de aquellos días, y sus seguidores eran su manada de ciervo; la monja era la cierva y el Príncipe Kassapa era su descendencia; Ānanda era el Rey; y yo mismo era el Ciervo y Rey Banyan ".

[Nota. Este *Jātaka* se menciona en *Milindapañha* (página 289 de la traducción de Rhys Davids) y figura en las láminas del XXV. (1) al XLIII. (2) de la *Stūpa de Bharhut* de Cunningham, con varias palabras ilegibles en el texto transcrito: JBH Véase también *Huen Thsang* de Julien, ii. 361. Para la estrofa y la Historia introductoria ver *Dhammapada*, pp. 327-330.]

"*Maldito sea el dardo del amor.*" — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de la tentación causada a los Hermanos por sus esposas durante sus vidas mundanas. Esto se relatará en el *Indriya-Jātaka* del Octavo Libro. Dijo el Bienaventurado a un Hermano: "Hermano, fue por esta misma mujer que en días pasados encontró su muerte y fue asado sobre brasas ardientes". Los Hermanos le pidieron al Bienaventurado que explicara esto. El Bienaventurado aclaró lo que les había estado oculto por el renacimiento.

[154] (De ahora en adelante omitiremos las palabras relativas a la solicitud de explicación de los Hermanos y la aclaración de lo que había estado oculto por el renacimiento; y solo diremos "contó esta historia del pasado". Cuando solo se diga esto, todo lo demás debe ser provisto y repetido por lo de arriba: la petición, el símil de liberar a la Luna de las nubes, y el aclarar lo que había estado oculto por el renacimiento.)

Érase una vez en el reino de Magadha, que un Rey reinaba sobre Rājagaha, y cuando las cosechas crecían, los ciervos estaban expuestos a grandes peligros, de modo que se retiraban al bosque. Ahora bien, cierto ciervo montés del bosque, habiéndose encariñado con una cierva que venía de cerca de un pueblo, se sintió conmovido por su amor hacia ella al acompañarla cuando el ciervo regresaba a su casa en el bosque. Dijo ella: "Usted, señor, no es más que un simple ciervo del bosque, y la vecindad de las aldeas está plagada de peligros y riesgos. Así que no baje con nosotros". Pero él, por su gran amor hacia ella, no se quedó, sino que fue con ella.

Cuando supieron que era el momento de que los ciervos descendieran de las colinas, la gente de Magadha se colocó en una emboscada junto al camino; y un cazador estuvo al acecho junto al camino por el que viajaban los dos. Al oler a un hombre, la joven cierva sospechó que un cazador estaba al acecho y dejó que el ciervo pasara primero, siguiéndolo a cierta distancia. Con una sola flecha, el cazador derribó al ciervo, y la cierva, al verlo herido, se alejó como el viento. Entonces salió aquel cazador de su escondite y despellejó al ciervo y encendiendo un fuego coció la dulce carne sobre las brasas. Habiendo comido y bebido, se llevó a casa el resto del cadáver sangrante en su asta para agasajar a sus hijos.

Ahora bien, en esas arcillas el *Bodhisatta* era un *deva* que moraba en ese mismo bosque, y observó lo que había sucedido. "No fue el padre ni la madre, sino sólo la pasión lo que destruyó a este necio ciervo [155]. El amanecer de la pasión es la dicha, pero su final es la tristeza y el sufrimiento, la dolorosa pérdida de las manos y la miseria de las cinco formas de ataduras y perjuicios. Causar la muerte de otro es considerado infamia en este mundo; infame también es la tierra que posee el dominio y el control de una mujer; e infames son los hombres que se entregan al dominio de las mujeres". Y así, mientras los otros *devas* del bosque aplaudían y ofrecían perfumes y flores y similares en reverencia, el *Bodhisatta* entretejió las tres infamias en una sola estrofa, e hizo resonar el bosque con sus dulces tonos mientras enseñaba la verdad en las siguientes líneas:

¡Maldito sea el dardo de amor que produce dolor en los hombres!
 ¡Maldita sea la tierra donde las mujeres gobiernan supremamente!
 ¡Y maldito sea el necio que se incline ante el dominio de la mujer!

Así, en una sola estrofa, fueron plasmadas las tres infamias compuestas por el *Bodhisatta*, y los bosques resonaron mientras enseñaba la Verdad con toda la maestría y la gracia de un *Buddha* [156].

Terminada su lección, el Maestro predicó las Cuatro Nobles Verdades, al término de las cuales el Hermano enfermo de amor quedó establecido en el Fruto del Primer Sendero. Habiendo contado las dos historias, el Maestro mostró la conexión que las unía e identificó los Renacimientos.

(De ahora en adelante, omitiremos las palabras 'Habiendo contado las dos historias', y simplemente diremos 'mostró la conexión...'; las palabras omitidas se agregarán como antes).

"En aquellos días", dijo el Maestro, "el hermano enfermo de amor era el ciervo de la montaña; su esposa mundana era la joven cierva, y yo mismo era el *Deva* que predicaba la Verdad mostrando el pecado de la pasión".

[Nota. Ver página 330 del *Pañca-Tantra* de Benfey.]

"No hay nada peor". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre el Venerable Tissa, llamado el Menor de Ofrecimientos Directos. La tradición dice que, mientras el Maestro moraba en el Bosque de Bambú cerca de Rājagaha, el vástago de una casa rica, el Príncipe Tissa de nombre, llegó un día al Bosque de Bambú y allí escuchó un discurso del Maestro, deseó unirse a la fraternidad, pero, al ser rechazado porque sus padres no le dieron su consentimiento, obtuvo su consentimiento siguiendo el ejemplo de Raṭṭha-pāla¹, negándose a comer durante siete días, y finalmente hizo los votos con el Maestro.

Aproximadamente quince días después de admitirse a este joven, el Maestro se dirigió desde el Bosque de Bambú a Jetavana, donde el joven noble asumió las Trece Obligaciones² y pasó su tiempo haciendo su ronda de ofrendas de casa en casa, sin omitir ninguna. Bajo el nombre de Venerable Tissa, el Menor de Ofrecimientos Directos, se convirtió en una luz tan brillante y luminosa en el budismo como la Luna sobre la bóveda del cielo.

Habiéndose proclamado un festival en ese momento en Rājagaha, la madre y el padre del Venerable colocaron en un cofre de plata las baratijas que solía usar como laico, y les conmovió el corazón, lamentando así: "En otros festivales, nuestro hijo solía usar esta o aquella alhaja mientras celebraba el festival; y él, nuestro único hijo, ha sido llevado por el sabio Gotama a la ciudad de Sāvattī. ¿Dónde está sentado o reside nuestro hijo ahora? Ahora bien, una esclava que vino a la casa, notó que la señora de la casa lloraba y le preguntó por qué lloraba; y la señora se lo contó todo.

—¿Qué, señora, le gustaba de su hijo? "Tal y tal cosa", respondió la señora. "Bueno, si me da autoridad en esta casa, traeré a su hijo de vuelta". "Muy bien", dijo la señora en asentimiento, y le dio a la muchacha sus gastos y la despachó con un gran número de seguidores, diciendo: "Vaya y logre traer a mi hijo de vuelta".

Así que la joven cabalgó en un palanquín hasta Sāvattī, donde fijó su residencia en la calle que el Venerable solía frecuentar para pedir ofrendas. [157] Rodeándose de sirvientes propios, y sin permitir nunca que el Venerable viera a la gente de su padre, vio el momento en que el Venerable salía a la calle y le dio una ofrenda de víveres y bebidas. Y cuando ella lo hubo atado con las ataduras del deseo por el placer, finalmente logró que se sentara en su casa, hasta que supo que sus ofrecimientos de alimentos como ofrendas lo habían puesto bajo su poder. Luego fingió estar enferma y se acostó en una recámara interior.

En el debido curso de su ronda de ofrendas y en el momento apropiado, el Venerable llegó a la puerta de su casa; y sus sirvientes tomaron el cuenco del Venerable y lo hicieron sentarse en la vivienda.

Cuando se hubo sentado, dijo: "¿Dónde está la hermana laica?" "Está enferma, señor; se alegrará de verlo".

Atado como estaba por las ataduras del deseo del placer, rompió su voto y obligación, y fue adonde yacía la mujer.

1. Véase *Raṭṭhapāla-sutta* en el *Majjhima-Nikāya* (núm. 83), traducido en el *Ceylon R. A. S. Journal*, 1847. Véase también *Vinaya*, vol. III páginas 13 y 148.

2. Estas son prácticas ascéticas meritorias para sofocar las pasiones, de las cuales la tercera es un compromiso de no comer ningún alimento excepto de las ofrendas recibidas directamente de los donantes en el cuenco de ofrendas de Monje. Por lo tanto, el "boleto de comida" (*Jātaka* No. 5) era inadmisibles.

Entonces ella le dijo la razón de su llegada, y lo obligó de tal manera que, debido a que él estaba acosado por las ataduras del deseo del placer, ella lo hizo abandonar la Hermandad; cuando estuvo bajo su poder, ella lo puso en el palanquín y regresó con muchos seguidores a Rājagaha nuevamente.

Todo esto se difundió por el rumor. Sentados en el Salón de la Verdad, los Hermanos discutieron el asunto, diciendo: "Señores, se informa que una esclava ha enredado en las ataduras del deseo por el placer y se ha llevado al Venerable Tissa, al Menor de Ofrendas Directas." Al entrar al Salón, el Maestro se sentó en su asiento enjoyado y dijo: "¿Cuál es, hermanos, el tema de vuestra discusión en este cónclave?" Le contaron el incidente.

"Hermanos", dijo él, "ésta no es la primera vez que, debido a la esclavitud del deseo por el placer, él ha caído bajo su poder; en días pasados también cayó en su poder de la misma manera". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, tenía un jardinero llamado Sañjaya. Ahora bien, llegó al llano del Rey un antílope de viento, que huyó al ver a Sañjaya, pero este último lo dejó ir sin aterrorizar a la tímida criatura. Después de varias visitas, el antílope solía deambular por los llanos. Ahora bien, el jardinero tenía la costumbre de recoger flores y frutos y llevárselos cada día al Rey. Le dijo el Rey un día: "¿Ha notado algo extraño en el llano, amigo jardinero?" "Solo, señor, un antílope de viento ha llegado y paseado por los terrenos". "¿Podría atraparlo, usted cree?" "Oh, sí; si tuviera un poco de miel, lo llevaría directamente al palacio de su majestad".

El Rey mandó a que el hombre dispusiera de suficiente miel y éste se dirigió con ella al llano, donde primero untó con miel la hierba en los lugares frecuentados por los antílopes, [158] y luego se escondió. Cuando el antílope llegó y probó la hierba endulzada, quedó tan atrapado por la lujuria del gusto que no iba a ningún otro lugar sino solo a ese llano. Marcando el éxito de su trampa, el jardinero comenzó a mostrarse gradualmente. La apariencia del hombre hizo que el antílope tomara vuelo durante el primer o segundo día, pero al familiarizarse con su vista, cobró confianza y gradualmente llegó a comer hierba de la mano del hombre. Él, notando que se había ganado la confianza de la criatura, primero sembró el camino tan espeso como una alfombra con ramas rotas; luego, atando una calabaza llena de miel en su hombro y colocando un manojo de hierba en su cintura, dejó caer briznas de la hierba melosa frente al antílope hasta que finalmente consiguió meterlo dentro del palacio. Tan pronto como el antílope estuvo dentro, cerraron la puerta. A la vista de los hombres, el antílope, temeroso y temblando por su vida, corría de aquí para allá por el salón; y el Rey descendiendo de su recámara superior, y viendo a la criatura temblando, dijo: "Tan tímido es el antílope del viento que durante toda una semana no volverá a visitar un lugar donde haya sido visto un hombre; y si ha sido asustado una vez en cualquier lugar, nunca volverá allí de nuevo".

durante toda su vida. Atrapado por la lujuria del placer, esta criatura salvaje de la jungla ha llegado a un lugar como éste. Verdaderamente, amigos míos, no hay nada más vil en el mundo que esta lujuria por el placer". Y puso su enseñanza en esta estrofa: —

No hay nada peor, dicen los hombres, que el gusto por la trampa,
Al corriente o con los amigos. ¡Atención!
el gusto fue tal que hasta Sañjaya pudo conducir
Al antílope salvaje que atrapó en la jungla.

Y con estas palabras dejó que el antílope volviera a su bosque.

[159] Cuando el Maestro terminó su lección, y hubo repetido lo que había dicho acerca de cómo ese Hermano había caído en el poder de esa mujer en los días pasados así como en el tiempo presente, mostró la conexión e identificó los Renacimientos, diciendo, "En aquellos días esta esclava era Sañjaya, el Menor de Ofrecimientos Directos, era el antílope del viento, y yo mismo era el Rey de Benares".

"*Para cuando un ciervo.*" — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de un Hermano rebelde. La tradición dice que este Hermano era rebelde y no escuchaba la amonestación. En consecuencia, el Maestro le preguntó, diciendo: "¿Es verdad, como dicen, que usted es ingobernable y no hace caso a la amonestación?"

"Es verdad, Bienaventurado", fue la respuesta.

"Así también en días pasados", dijo el Maestro, "era rebelde y no escuchaba la advertencia de los sabios y buenos, con el resultado de que fuera atrapado en una trampa y encontrara su muerte". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata estaba en Benares, el *Bodhisatta* nació como un ciervo y habitaba en el bosque a la cabeza de una manada de ciervos. Su hermana le trajo a su hijo, diciendo: "Hermano, éste es su sobrino; enséñele las artimañas de los ciervos". Y así puso a su hijo bajo el cuidado del *Bodhisatta*. Este último dijo a su sobrino: "Venga a tal hora y le daré una lección". Pero el sobrino no apareció a la hora señalada. Y, como en ese día, así en siete días omitió su lección y no aprendió las artimañas de los ciervos; y finalmente, mientras vagaba, fue atrapado en una trampa. Su madre vino y le dijo al *Bodhisatta*: "Hermano, ¿no le enseñó a su sobrino las artimañas de los ciervos?"

"No os preocupéis por ese necio ya que no podrá ser enseñado", dijo el *Bodhisatta*; [160] "su hijo no supo aprender las artimañas de los ciervos". Y diciendo esto, habiendo perdido todo deseo de aconsejar al necio ciervo aun ante el peligro de su muerte, repitió esta estrofa:

Cuando un ciervo tenga el doble de cuatro pezuñas para correr
 Y cornamenta ramificada armada con innumerables candiles,
 Y cuando se haya salvado mediante siete trucos,
 Entonces le enseñaré, Kharādiyā, no antes.

No obstante, el cazador mató al obstinado ciervo que estaba atrapado en la trampa y se fue con su carne.

Cuando el Maestro hubo terminado esta lección en apoyo de lo que había dicho sobre la rebeldía del Hermano en días pasados así como en el presente, mostró la conexión e identificó los Renacimientos, diciendo: "En aquellos días, este Hermano rebelde era el ciervo y mi sobrino, *Uppala-vañṇā*¹ era la hermana, y yo mismo el ciervo que dio la amonestación".

[Nota. En el *gāthā* no he traducido el *kālāhi* sin sentido del texto de Fausböll, ni la fácil variante *kālehi*, que se sustituye en la glosa, sino *kalāhi*, la lectura más difícil que aparece en algunos manuscritos cingaleses, y que Fausböll lee en la historia análoga No. 16. Esta lectura también la da Dickson en *JRAS Ceylon*, 1884, p. 188, del *Jātaka Pela Sanne*. Si se lee *kālehi*, la traducción se convierte en: "No trato de enseñar a alguien que se haya ausentado siete veces". En *JRAS. Ceylon*, 1884, pág. 125, Künste dice: "Tengo pocas dudas de que *kalāhi* es la forma original del canto popular, y que *kālehi* es un error, y que sobre este error el gramático compilador haya construido su pequeña y cándida historia sobre el ciervo que no acudió a sus enseñanzas."]

"En las tres posturas". Esta historia fue contada por el Maestro mientras moraba en el Monasterio Badarika de Kosambī, sobre el Venerable Rāhula cuyo corazón estaba establecido en observar las reglas de la Hermandad.

Una vez, cuando el Maestro moraba en el Templo de Aggālava cerca de la ciudad de Āḷavi, muchas discípulas laicas y Hermanas solían acudir en masa para escuchar la predicación de la Verdad. La predicación era de día, pero a medida que transcurría el tiempo, las mujeres dejaron de asistir, y

1. Véase la interesante Vida de esta *therī* en 'Mujeres Líderes de la Reforma Budista'[*Women Leaders of the Buddhist Reformation*] de la Sra. Bode (JRAS 1893, pp. 540-552), donde se explica que *Uppala-vañṇā* "llevaba ese nombre porque tenía una piel como el color del corazón del loto azul oscuro".

solo acudían los hermanos y los discípulos varones. Más adelante, una predicación tuvo lugar por la tarde; y al final los Hermanos Mayores se retiraron cada uno a su propia recámara. Pero los más jóvenes con los discípulos laicos se acostaron a descansar en la sala de servicio. Cuando se quedaron dormidos, fuerte fue el ronquido, resoplido y crujir de dientes mientras yacían. [161] Después de un breve sueño, algunos se levantaron e informaron al Bienaventurado de la impropiedad que habían presenciado. Entonces él dijo: "Si un Hermano duerme en compañía de Novicios, es una ofensa *Pācittiya* (que requiere confesión y absolución)". Y después de pronunciar este precepto, partió hacia Kosambī.

Acto seguido, los Hermanos le dijeron al Venerable Rāhula: "Señor, el Bienaventurado ha establecido este precepto, así que ahora, por favor, encuentre un alojamiento propio". Ahora bien, antes de esto, los Hermanos, por respeto al padre y por el anhelo del hijo de observar las reglas de la Hermandad, habían acogido al joven como si el lugar fuese suyo; facilitándole una cama, y un paño para hacer una almohada. No obstante, el día de nuestra historia ni siquiera le dieron una habitación, de tanto miedo que tenían de transgredir los preceptos. El excelente Rāhula no acudió ni al *Buddha* como su padre, ni a Sāriputta, Capitán de la Fe, como su preceptor, ni al Gran Moggallāna como su maestro, ni al Venerable Ānanda como su tío; sino que tomó el baño del *Buddha* y se estableció allí como si fuera una mansión celestial. Ahora bien, una puerta de la habitación del baño del *Buddha* estaba siempre bien cerrada: el piso nivelado era de tierra perfumada; flores y guirnaldas adornaban las paredes; y toda la noche ardía allí una lámpara. Pero no fue este esplendor lo que impulsó a Rāhula a establecer su residencia ahí. No, fue simplemente porque los Hermanos le habían dicho que buscara alojamiento por sí mismo, y porque reverenciaba la instrucción y anhelaba observar las reglas de la Orden. De hecho, de vez en cuando los Hermanos, para ponerlo a prueba, cuando lo veían venir desde bastante lejos, solían arrojar una escoba de mano o un poco de polvo barrido, y luego preguntaban quién lo había arrojado, después de que Rāhula llegara. "Bueno, Rāhula vino por ahí", sería el comentario, pero el futuro Venerable nunca dijo que no sabía nada al respecto. Por el contrario, solía retirar la litera y humildemente pedía perdón al Hermano, y no se iba hasta que estuviera seguro de que hubiese sido perdonado; así de diligente era al observar las reglas. Y fue únicamente esta diligencia lo que le hizo fijar su morada en tales recintos.

Ahora bien, aunque el día aún no había amanecido, el Maestro se detuvo en la puerta de su baño y tosía 'Ejem'. 'Ejem', respondió el Venerable Rāhula. "¿Quién está ahí?" dijo el *Buddha*. "Soy yo, Rāhula", fue la respuesta; y salió el joven y se inclinó profundamente. "¿Por qué ha estado durmiendo aquí, Rāhula?" "Porque no tenía adónde ir. Hasta ahora, señor, los Hermanos han sido muy amables conmigo; pero tal es su temor actual por la transgresión a un precepto [162] que ya no me dan refugio. En consecuencia, establecí mi morada aquí, porque pensé que era un lugar donde no debía entrar en contacto con nadie más".

Entonces el Maestro pensó: "Si tratan incluso a Rāhula así, ¿qué no harán con otros jóvenes a los que se admitan en la Orden?" Y su corazón se conmovió dentro de él por la Verdad. Entonces, a una hora temprana hizo que los Hermanos se reunieran e interrogó al Capitán de la Fe de esta manera: "Supongo que en este caso, Sāriputta, ¿sabe dónde se encuentra ahora alojado Rāhula? "

"No, señor, no lo sé".

"Sāriputta, Rāhula estaba viviendo este día en un baño. Sāriputta, si tratan a Rāhula así, ¿cuál no será vuestro trato hacia otros jóvenes que se admitan en la Orden? Tal trato no retendrá a los que se unan a nosotros. En el futuro, mantengan a sus novicios en sus propios aposentos durante uno o dos días, y solo al tercer día déjelos alojarse fuera, teniendo cuidado de familiarizarse con vuestro alojamiento". Con este lineamiento, el Maestro estableció el precepto.

Reunidos en el Salón de la Verdad, los Hermanos hablaron sobre la bondad de Rāhula. "Miren, señores, cuán diligente era Rāhula al observar las reglas. Cuando se le dijo que buscara su propio alojamiento, no dijo: 'Soy el hijo del *Buddha*; ¿qué tienen que ver ustedes con las habitaciones? ¡Retírense!' No; no expulsó a un solo hermano, sino que se acuarteló en los recintos".

Mientras hablaban así, el Maestro llegó al Salón y se sentó en su trono de estado, diciendo: "¿Cuál es el tema de vuestra conversación, hermanos?" "Señor", fue la respuesta, "estábamos hablando de la diligencia de Rāhula por cumplir las reglas, nada más".

Entonces dijo el Maestro: "Esta diligencia que Rāhula ha mostrado no solo se ha producido ahora, sino también en el pasado, cuando nació como un animal". Y diciendo esto, contó la siguiente historia del pasado.

Érase una vez cierto Rey de Magadha que reinaba en Rājagaha; y en aquellos días el *Bodhisatta*, habiendo nacido como un ciervo, vivía en el bosque a la cabeza de una manada de ciervos. Ahora su hermana le trajo a su hijo, diciendo: "Hermano, enséñele a su sobrino las astucias de los ciervos". "Por supuesto", dijo el *Bodhisatta*; "Retírese ahora, muchacho, y vuelva a tal o cual hora para que lo instruya. Puntualmente a la hora que su tío mencionó, el joven ciervo estuvo allí y recibió instrucción en las artimañas de los ciervos.

Un día, mientras recorría el bosque, quedó atrapado en una trampa y profirió el grito lastimero de un cautivo. Lejos huyó la manada y se le contó a la madre sobre la captura de su hijo. Se acercó a su hermano y le preguntó si le habían enseñado a su sobrino las artimañas de los ciervos. "No tema; [163] su hijo no ha cometido errores", dijo el *Bodhisatta*. "Ha aprendido a fondo las artimañas de los ciervos, y volverá de inmediato para su gran regocijo". Y diciendo esto, repitió esta estrofa:

En las tres posturas: boca arriba o de costado.
Su hijo es versado; está entrenado para usar sus ocho pezuñas¹,
Y excepto a medianoche, nunca sacia su sed;
Mientras yace recostado en la tierra, parece sin vida,
Y solo con su fosa nasal respira.
Estos seis son los trucos² que mi sobrino conoce para engañar a sus enemigos.

[164] Así consoló el *Bodhisatta* a su hermana mostrándole cuán completamente había dominado su hijo las artimañas del ciervo. Mientras tanto, el joven ciervo, al ser atrapado en la trampa, no luchó, sino que se tumbó de lado³, con las piernas estiradas, tensas y rígidas. Pateó el suelo alrededor de sus cascos para esparcir la hierba y la tierra; relajó su naturaleza; dejó caer su cabeza; sacó la lengua; esclavizó todo su cuerpo; se hinchó a sí mismo atrayendo el viento; alzó los ojos; respiró solo con la fosa nasal inferior, conteniendo la respiración con la superior; y se hizo generalmente tan rígido y tieso como para parecer un cadáver. Incluso las tragas azules pululaban a su alrededor; y aquí y allá se posaron los cuervos.

-
1. El comentarista explica que el ciervo tiene dos pezuñas en cada pie, refiriéndose a la pezuña hendida del ciervo.
 2. I.e. los tres mencionados en la línea 1 y los tres mencionados en las líneas 2, 3 y 5, respectivamente.
 3. Véase más adelante pág. 62, l. 10.

El cazador se acercó y golpeó al ciervo en el vientre con la mano, comentando: "Debe haber sido capturado temprano esta mañana; ya se está poniéndose malo". Diciendo esto, el hombre soltó el ciervo de sus ataduras, diciéndose: "Lo descuartizaré aquí mismo donde está y me llevaré la carne a casa". Pero cuando el hombre ingenuamente se puso a trabajar para recoger ramas y hojas (para hacer un fuego), el joven ciervo se puso de pie, se sacudió, estiró el cuello y, como una pequeña nube que corre empujada por un fuerte viento, se apresuró rápidamente de regreso con su madre.

Después de repetir lo que había dicho en cuanto a que Rāhula no había mostrado menos diligencia en el pasado por guardar las reglas que en el presente, el Maestro hizo la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Rāhula era el ciervo joven de aquellos días, Uppala-vaṇṇā su madre, y yo el su tío, el ciervo".

[Nota. Según Feer (J. As. 1876, p. 516) a este *Jātaka* también se le llama *Sikhākāmā* en el Bigandet MS. La esencia de la Historia introductoria aparece en el *Vinaya*, Vol. IV. página 16.]

"En la luz o en la oscuridad". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de dos Hermanos que se habían unido a la Hermandad en su vejez. La tradición dice [165] que vivían en una morada en el bosque en el país de Kosala, y que uno se llamaba el Venerable Oscuro y el otro el Venerable Luminoso. Ahora bien, un día el Venerable Luminoso le dijo a Venerable Oscuro: "Señor, ¿en qué momento aparece lo que se llama el frío?" "Aparece en la mitad oscura del mes". Y un día Venerable Oscuro le dijo a Venerable Luminoso: "Señor, ¿en qué momento aparece eso que se llama el frío?" "Aparece en la mitad clara del mes".

Como los dos juntos no pudieron resolver la cuestión, fueron adonde el Maestro y con el debido saludo preguntaron, diciendo: "Señor, ¿en qué momento aparece lo que se llama el frío?"

Después de que el Maestro hubo escuchado lo que tenían que decir, dijo: "Hermanos, en días pasados también les respondí esta misma pregunta; pero sus existencias anteriores se han vuelto confusas en sus mentes". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

-
1. El término compuesto *bhavasāṃkhepagatattā* aparece aquí y en el siguiente *Jātaka*, y también en el vol. I. pags. 463 y vol. ii. pags. 137. El significado de la palabra parece ser que, por el renacimiento, los acontecimientos de existencias anteriores se han mezclado conjuntamente de modo que no queda ningún recuerdo distintivo. Un *Buddha* tiene el poder de recordar la totalidad de sus existencias pasadas.

Érase una vez, al pie de cierta montaña, que vivían juntos en una misma cueva dos amigos, un león y un tigre. El *Bodhisatta* también vivía al pie de la misma colina, como un ermitaño.

Ahora bien, un día surgió una disputa entre los dos amigos sobre el frío. El tigre dijo que hacía frío en la mitad oscura del mes, mientras que el león sostenía que hacía frío en la mitad clara. Como los dos juntos no pudieron resolver la cuestión, se la plantearon al *Bodhisatta*. Él repitió esta estrofa

En la mitad clara u oscura, cuando sopla el viento
Hace frío. Porque el frío es causado por el viento.
Y, por lo tanto, decido que ambos tienen razón.

Así hizo el *Bodhisatta* la paz entre esos amigos.

[166] Cuando el Maestro terminó su lección en apoyo a lo que había dicho sobre haber respondido a la misma pregunta en días pasados, predicó las Cuatro Nobles Verdades, al final de las cuales ambos Venerables consumaron el Fruto del Primer Sendero. El Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos, diciendo: "el Venerable Oscuro era el tigre de aquellos días, el Venerable Luminoso el león, y yo mismo el asceta que respondió a la pregunta".

"Si la gente supiera." — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de las Fiestas para los Muertos. Ya que en aquella ocasión la gente se encontraba matando cabras, ovejas y otros animales, y ofreciéndolos como lo que se llama una Fiesta de los Muertos, por el bien de sus parientes difuntos. Al encontrarlos así ocupados, los Hermanos le preguntaron al Maestro, diciendo: "Justo ahora, señor, la gente está quitando la vida a muchas criaturas vivientes y ofreciéndolas como lo que se llama una Fiesta de los Muertos. ¿Puede ser, señor, que haya algo de bueno en esto?"

"No, hermanos", respondió el Maestro; "ni siquiera cuando se tome la vida con el objeto de proveer una Fiesta para los Muertos, surge algún bien de ello. En días pasados los sabios, predicando la Verdad desde el aire, y mostrando las malas consecuencias de la práctica, hicieron que todo el continente renunciara a ella. Pero ahora, cuando sus existencias pasadas se han vuelto confusas en sus mentes, la práctica ha resurgido de nuevo". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, un *brahmán*, Versado en los Tres Vedas y mundialmente famoso como maestro, con la intención de ofrecer una Fiesta para los Muertos, hizo traer una cabra y le dijo a su

discípulos: "Hijos míos, lleven esta cabra al río y báñenla; luego cuelguen una guirnalda alrededor de su cuello, denle una olla de granos para comer, cepíllenla un poco y tráiganla de vuelta".

"Muy bien", dijeron, y bajaron al río y llevaron a la cabra, donde bañaron y acicalaron a la criatura y la pusieron en la orilla. La cabra, tomando consciencia de las acciones de sus vidas pasadas, se alegró al pensar que en ese mismo día sería liberado de toda su miseria, y se rio en voz alta como el estallido de una olla. Entonces, ante el pensamiento de que el *brahmán*, al matarlo, cargaría con la miseria que había soportado, la cabra sintió una gran compasión por el *brahmán* y lloró en voz alta. "Amigo chivo", dijeron los jóvenes *brahmanes* [167], "su voz ha sido fuerte tanto en la risa como en el llanto; ¿qué le hizo reír y qué le hizo llorar?"

"Hágame esa pregunta frente a su maestro".

Así que con la cabra fue ante su amo y contaron el asunto. Después de escuchar su historia, el maestro le preguntó a la cabra por qué se reía y por qué lloraba. Acto seguido, el animal, recordando sus acciones pasadas mediante su poder para recordar sus existencias anteriores, habló así al *brahmán*: — "En tiempos pasados, *brahmán*, yo, como usted, era un *brahmán* versado en los textos místicos de los *Vedas*, y Yo, para ofrecer una Fiesta de los Muertos, maté una cabra como mi ofrenda. Durante todo un periodo de tiempo por haber matado a esa única cabra, me han cortado la cabeza quinientas veces menos una. Este es mi quingentésimo y último nacimiento; y me reí en voz alta cuando pensé que este mismo día sería liberado de mi miseria, pero en cambio lloré al pensar cómo, mientras yo, por haber matado a una cabra había sido condenado a perder la cabeza quinientas veces, iba a estar libre de mi miseria, pero usted, como castigo por haberme matado, estaría condenado a perder la cabeza, como yo, quinientas veces. Así que fue por compasión a usted que lloré". "No tema, cabra", dijo el *brahmán*; "No la mataré." "¿Qué es esto que dice, *brahmán*?" dijo la cabra. "Ya sea que me mate o no, no puedo escapar de la muerte hoy". "No tema, cabra; yo iré con usted para protegerlo". "Débil es su protección, *brahmán*, y fuerte es la fuerza de mi maldad".

Dejando la cabra en libertad, el *brahmán* dijo a sus discípulos: "No permitamos que nadie mate a esta cabra"; y, acompañado de los jóvenes, siguió de cerca al animal. En el momento en que la cabra fue liberada, extendió su cuello para comer las hojas de un arbusto que crecía cerca de la cima de una roca. Y en ese mismo instante un rayo golpeó la roca, desgarrando una masa que golpeó a la cabra en su cuello extendido y le arrancó la cabeza. Y la gente se agolpó alrededor.

[168] En aquellos días, el *Bodhisatta* había nacido como el *Deva* de un Árbol en ese mismo lugar. Gracias a sus poderes sobrenaturales, entonces se sentó con las piernas cruzadas en el aire mientras toda la multitud miraba, pensando:

'Si tan sólo estas criaturas conocieran el fruto de la maldad, tal vez desistieran de matar', con su dulce voz les enseñó la Verdad en esta estrofa: —

Si la gente supiera que la pena sería
Nacimiento al dolor, los seres vivos cesarían
De acabar con la vida. El infierno es la perdición del asesino.

Así predicó el Gran Ser la Verdad, asustando a sus oyentes con el miedo hacia el infierno; y la gente, al oírlo, estuvo tan aterrorizada por el miedo al infierno que dejaron de quitar la vida. Y el *Bodhisatta* después de establecer a la multitud en los Preceptos predicándoles la Verdad, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos. La gente también permaneció firme en las enseñanzas del *Bodhisatta* y dedicó sus vidas a la caridad y otras buenas acciones, de modo que al final de sus vidas colmaron la Ciudad de los *Devas*.

Su lección terminó y el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "En aquellos días yo era el *Deva* del Árbol".

[169] "*Pensad en la vida del más allá*". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana sobre la ofrenda de un sacrificio como voto a los dioses. La tradición dice que en aquellos días, cuando la gente se iba en un viaje de negocios, solía matar criaturas vivientes y ofrecerlas como sacrificio a los dioses, y emprender su camino, después de hacer este voto: "Si volvemos sanos y salvos con una ganancia, le daremos otro sacrificio". Y cuando regresaban sanos y salvos con una ganancia, la idea de que todo esto se debía a los dioses los hacía matar a una serie de criaturas vivientes y ofrecerlas como sacrificio para obtener la liberación de su voto.

Cuando los Hermanos se dieron cuenta de esto, le preguntaron al Bienaventurado, diciendo: "¿Puede haber algo de bueno en esto, señor?"

El Bienaventurado contó esta historia del pasado.

Érase una vez en el país de Kāsi, que el escudero de cierto pequeño pueblo prometió un sacrificio al *Deva* de un árbol baniano que estaba en la entrada del pueblo. Luego, cuando regresó, mató a un número

criaturas y se subió al árbol para liberarse de su voto. Pero el *Deva* del Árbol, de pie en la horquilla de su árbol, repitió esta estrofa: —

Pensad en la vida del más allá cuando busque la
'Liberación'; pues esta liberación es estricta de servidumbre.
No es así cómo se liberan los sabios y la gente de bien;
Por ello, la liberación del necio, son los extremos de la servidumbre.

A partir de entonces, los hombres se abstuvieron de acabar con las vidas y, caminando con rectitud, colmaron la ciudad de los *Devas*.

Cuando su lección terminó, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos, diciendo: "Yo era el *Deva* del Árbol de aquellos días".

[Nota. Feer menciona un segundo título, *Pāṇavadha-Jātaka* (J. As. 1876, p. 516).]

[170] "*Encontré las huellas*". Esta historia fue contada por el Maestro mientras viajaba en una peregrinación de ofrendas a través de Kosala; cuando hubo llegado a la aldea de Naḷaka-pāna (Bebida de caña) residió en Ketaka-vana cerca del Estanque de Naḷaka-pāna, alrededor de las cañas de azúcar. En aquellos días, los Hermanos, después de bañarse en el lago de Naḷaka-pāna, hacían que los novicios consiguieran cañas para los estuches de agujas¹, pero al encontrarlas huecas por todas partes, fueron con el Maestro y dijeron: " Señor, conseguimos bastones de caña para hacer estuches de agujas; y de arriba a abajo están completamente huecos. Ahora bien, ¿cómo puede ser eso posible?"

"Hermanos", dijo el Maestro, "ésa fue mi ordenanza en tiempos pasados". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

En tiempos pasados, se nos dice, había un espeso bosque en este lugar. Y aquí en el lago habitaba un ogro acuático que solía devorar a todos los que bajaban al agua. En aquellos días el *Bodhisatta* había cobrado vida como Rey de los monos, y era tan grande como el cervatillo de un ciervo rojo; vivía en ese bosque al frente de una tropa de no menos de ochenta mil monos

1. En el *Vinaya*, (Cullav. v. 11), se afirma que el *Buddha* permitió "el uso de un estuche de agujas hecho de bambú".

a quien protegió de todo perjuicio. Así aconsejó a sus súbditos: "Amigos míos, en este bosque hay árboles que son venenosos y lagos que están habitados por ogros. Tengan la bondad de preguntarme primero antes de comer cualquier fruta que no hayan comido antes, o beber de cualquier agua de donde no hayan bebido antes". "Así será", dijeron ellos dispuestamente.

Un día llegaron a un lugar que nunca antes habían visitado. Mientras buscaban agua para beber después de su día de deambular por el lugar, llegaron a este lago. Pero ellos no bebieron de esa agua; por el contrario, se sentaron a esperar la llegada del *Bodhisatta*.

Cuando llegó, dijo: "Bueno, amigos míos, ¿por qué no beben?"

"Esperábamos a que llegara".

"Muy bien, amigos míos", dijo el *Bodhisatta*. Luego dio una vuelta por el lago y examinó las huellas alrededor, con el resultado de descubrir que todas las pisadas conducían al agua y ninguna volvía de regreso. "Sin duda", pensó, "ésta es la guarida de un ogro". Así que les dijo a sus seguidores: "Tienen toda la razón, amigos míos, al no beber de esta agua; porque el lago está embrujado por un ogro".

Cuando el ogro acuático se dio cuenta de que no estaban dispuestos a entrar a sus dominios, [171] asumió la forma de un monstruo horrible con un vientre azul, la cara blanca y las manos y los pies de un rojo brillante; de esta forma salió del agua y dijo: "¿Por qué están sentados aquí? Bajen al lago y beban". Pero el *Bodhisatta* le dijo: "¿No es usted el ogro de esta agua?" "Sí, lo soy", fue la respuesta. "¿Toma como presa suya a todos los que descienden a estas aguas?" "Así lo hago; desde los pájaros más pequeños hasta los grandes, nunca dejo escapar nada que baje hasta mis aguas. También me los comeré a todos". "Pero no dejaremos que nos comas". "Solo beban del agua". "Sí, beberemos del agua y, sin embargo, no caeremos bajo su poder". "¿Cómo proponen beber el agua, entonces?" "Ah, cree que tendremos que bajar al agua para beber; cuando en realidad nosotros no entraremos al agua en lo absoluto, ya que nosotros, los ochenta mil monos, tomaremos un bastón cada uno y beberemos con él el agua de su lago tan fácilmente como nos resulte a través del tallo hueco de un loto, y así no podrá comernos". Y repitió la segunda mitad de la siguiente estrofa (la primera mitad fue añadida por el Maestro cuando, como *Buddha*, recordó el incidente):

Encontré las huellas todas hacia abajo, y ninguna hacia arriba.
Con cañas beberemos; no me quitará la vida.

Diciendo esto, el *Bodhisatta* hizo que le trajeran un bastón. Luego, recordando las Diez Perfecciones desarrolladas por él, las recitó en una solemne aseveración¹ y sopló el bastón. [172] Inmediatamente la caña se

55:1 Literalmente "hizo un acto de declaración de la verdad". Si esto se hace con intención, inmediatamente se produce un milagro. Cf. No. 35 & c.

convirtió en una completamente hueca, sin dejar un solo nudo en toda su longitud. De esta manera hizo traer otra y otra y las hizo huecas a todas. (Pero si esto fuera así, nunca podría haber terminado; así que, en consecuencia, la frase anterior no debe entenderse en el sentido literal.) A continuación, el *Bodhisatta* hizo el recorrido por el lago y ordenó, diciendo: que las cañas que crezcan ahí se vuelvan todas huecas ". Ahora bien, gracias a las grandes virtudes de la bondad salvadora de los *Bodhisattas*, sus mandatos siempre se cumplen. Y a partir de entonces, cada caña que creció alrededor de ese lago se volvió hueca por completo.

(En ese *Kappa*, o Era, había cuatro milagros que perduraban a lo largo de toda la Era. ¿Cuáles eran los cuatro milagros? Bueno, ellos eran—primero, la señal de la liebre en la Luna¹, que durará a lo largo de toda la Era; en segundo lugar, el lugar donde se apagó el fuego como se indica en el *Vaṭṭaka Jātaka*², que no será tocado por el fuego durante toda la Era; en tercer lugar, en el sitio de la casa de Ghaṭikāra³ nunca lloverá mientras dure esta Era; y, por último, las cañas que crecen alrededor de este lago estarán enteramente huecas durante toda la Era. Tales son los cuatro milagros de la Era, tal como se les llama).

Después de hacer esta declaración, el *Bodhisatta* se sentó con un bastón en sus manos. Los otros ochenta mil monos también se sentaron alrededor del lago, cada uno con un bastón en la mano. Y en el mismo momento en que el *Bodhisatta* succionó el agua a través de su bastón, todos bebieron también de la misma manera, mientras estaban sentados en la orilla. Esta fue la forma en que bebieron, y ninguno de ellos pudo ser atrapado por el ogro del agua; así que éste se retiró furioso a su propia guarida. El *Bodhisatta* también, con sus seguidores, volvió al bosque.

Cuando el Maestro terminó su lección y repitió lo que había dicho en cuanto a que el vacío de las cañas era el resultado de una ordenanza suya del pasado, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era el ogro del agua de aquellos días; mis discípulos eran los ochenta mil monos; y yo era el Rey-mono, así de fértil en recursos".

56:1 Ver *Jātaka* No. 316, y *Kathā-Sarit-Sāgara* de Tawney, Vol. II. pag. 66, donde se hace referencia a varios pasajes relacionados con este símbolo, y el *Pañca-Tantra* de Benfey, i. 349. Ver también *Cariyā-Piṭaka*, p. 82.

56:2 No. 35.

56:3 Véase el (inédito) *Ghaṭikāra Sutta* (No. 81 del Majjhima Nikāya), *Dhammapada*, p. 349, y *Milinda-pañha*, pág. 222.

[173] "*El antílope lo sabe bien*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú cerca de Devadatta. Una vez, cuando los Hermanos estaban reunidos en el Salón de la Verdad, se sentaron para hablar en reproche hacia Devadatta, diciendo: "Señores, con el fin de destruir al *Buddha*, Devadatta contrató arqueros, arrojó una roca y soltó al elefante Dhana-pālaka; por todos los medios trata de matar al Señor de la Sabiduría". Entrando y sentándose en el asiento preparado para él, el Maestro preguntó, diciendo: "Señores, ¿cuál es el tema que están discutiendo aquí en el cónclave?" "Señor", fue la respuesta, "estábamos discutiendo sobre la maldad de Devadatta, diciendo que él siempre está a punto de matarlo". Dijo el Maestro: "No es sólo en estos días, hermanos, que Devadatta busca matarme; también anduvo con la misma intención en días pasados, pero no pudo hacerlo". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Érase una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, que el *Bodhisatta* cobró vida como un antílope que solía vivir de frutas en sus lugares predilectos en el bosque.

En un período él subsistió con el fruto de un árbol *sepaṇṇi*. Y había un cazador en la aldea, cuyo método consistía en construir una plataforma en los árboles al pie de la cual encontraba las huellas de los ciervos, y vigilaba desde lo alto por si venían a comer los frutos de los árboles. Cuando llegaban los ciervos, los derribaba con una jabalina y vendía la carne para ganarse la vida. Este cazador un día siguió las huellas del *Bodhisatta* al pie del árbol e hizo una plataforma en las ramas. Habiendo desayunado temprano, se fue con su jabalina al bosque y se sentó sobre su plataforma. El *Bodhisatta* también salió temprano para comer el fruto de ese árbol; pero no tenía demasiada prisa por acercarse. "Porque", pensó, "a veces estos cazadores construyen plataformas en las ramas. ¿Puede ser que esta construcción haya ocurrido aquí?" Y se detuvo a cierta distancia para hacer un reconocimiento. Al ver que el *Bodhisatta* no se acercaba, el cazador, todavía sentado en lo alto de su plataforma, [174] arrojó fruta frente al antílope. Este último se dijo a sí mismo: "Aquí está la fruta que viene a mi encuentro; me pregunto si hay un cazador allá arriba". Así que miró e inspeccionó, hasta que vio al cazador en el árbol; pero, fingiendo no haber visto al hombre, gritó: "Mi digno árbol, hasta ahora ha tenido la costumbre

57:1 Véase *Vinaya, Cullavagga*, VII. 3, para detalles del intento de Devadatta de matar a Gotama. En el *Vinaya*, el elefante se llama Nālāgiri.

de dejar caer su fruto directamente al suelo como una enredadera colgante; pero hoy ha dejado de actuar como un árbol. Y por tanto, como ha dejado de comportarte como corresponde a un árbol, también yo debo cambiar, y buscar comida bajo otro árbol". Y diciendo esto, repitió esta estrofa:

El antílope conoce bien el fruto que se deja caer.
no me gusta; algún otro árbol buscaré¹.

Entonces el cazador desde su plataforma arrojó su jabalina al *Bodhisatta*, gritando, "¡Vete! Te he perdido esta vez". Dándose la vuelta, el *Bodhisatta* se detuvo y dijo: "Puede que no me haya perdido, buen hombre; pero puede estar seguro de que no ha perdido la recompensa por su conducta, es decir, los ocho infiernos Grandes y los dieciséis Menores y las cinco formas de ataduras y torturas". Con estas palabras, el antílope se puso en su camino; y el cazador también bajó y se marchó.

Cuando el Maestro terminó este discurso y repitió lo que había dicho acerca de que Devadatta también estuvo a punto de matarlo en épocas pasadas, mostró la conexión e identificó los Renacimientos, diciendo: "Devadatta era el cazador de las plataformas de aquellos días, y Yo mismo el antílope".

[175] "*Los perros que crecen en el palacio real*". — Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, en relación al comportamiento que beneficia a los parientes, como se relatará en el Libro Duodécimo del *Bhaddasāla-jātaka*². Fue para recalcar esa lección que contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el resultado de un acto pasado del *Bodhisatta* fue que cobró vida como un perro y habitó en un gran cementerio a la cabeza de varios cientos de perros.

Ahora bien, un día, el Rey partió para su placer en su carroza de lujo tirado por caballos blancos como la leche, y después de divertirse todo el día en los jardines, regresó a la ciudad después de la puesta del sol. El arnés

1. Véase *Dhammapada*, págs. 147, 331.

2. No. 465.

de la carroza fue dejada en el patio, todavía enganchado a la carroza. En la noche llovió y el arnés se mojó. Además, los perros del Rey bajaron de las recámaras superiores y royeron el cuero y las correas. Al día siguiente dieron aviso al Rey, diciendo: "Señor, los perros se han metido por la boca de la cloaca y han roído el cuero y las correas del carruaje de vuestra majestad". Enfurecido con los perros, el Rey dijo: "Mate a todos los perros que vea". Entonces comenzó una gran matanza de perros; y las criaturas, al darse cuenta de que estaban siendo asesinadas cada vez que se las veía, se dirigieron al cementerio del *Bodhisatta*. "¿Cuál es el significado", preguntó él, "de que se reúnan tal número de perros?" Dijeron: "El Rey está tan furioso por el informe de que el cuero y las correas de su carruaje han sido roídos dentro del recinto real por unos perros, que ha ordenado que se mate a todos los perros. Los perros están siendo destruidos al por mayor, y ha surgido un gran peligro".

El *Bodhisatta* pensó: "Ningún perro externo puede entrar en un lugar tan vigilado; deben ser los perros de pura sangre, dentro del palacio, quienes lo han hecho. En la actualidad, nada les sucede a los verdaderos culpables, mientras que los inocentes están siendo condenados a muerte. ¿Qué pasaría si se descubriera a los culpables ante el Rey y así se salvara las vidas de mis parientes y amigos? Consoló a sus parientes diciendo: "No temáis, yo os salvaré. [176] Sólo esperad aquí hasta que vea al Rey".

Entonces, guiado por los pensamientos de amor, y recordando las Diez Perfecciones, se abrió camino solo y desatendido hacia la ciudad, ordenando así: "Que ninguna mano se levante para arrojarme un palo o una piedra". En consecuencia, cuando hizo su aparición, ningún hombre se enojó al verlo.

Mientras tanto, el Rey, después de ordenar la destrucción de los perros, se había sentado en la sala de justicia. Y directamente hacia él corrió el *Bodhisatta*, saltando bajo el trono del Rey. Los sirvientes del Rey trataron de sacarlo; pero su majestad los detuvo. Cobrándose un poco de ánimo, el *Bodhisatta* salió debajo del trono e inclinándose ante el Rey, dijo: "¿Es usted quien está haciendo destruir a los perros?" "Sí, soy yo". "¿Cuál es su ofensa, Rey de los hombres?" "Han estado royendo las correas y el cuero que cubre mi carroza". "¿Conoce a los perros que realmente cometieron la falta?" "No, yo no." "Pero, majestad, si no conoce con certeza a los verdaderos culpables, no es correcto ordenar la destrucción de todos los perros que se vean". "Fue porque los perros habían roído el cuero de mi carruaje que ordené que los mataran a todos". "¿Su gente mata a todos los perros sin excepción, o existen algunos perros que se puedan salvar?" "Algunos se salvarán, los perros de pura raza de mi propio palacio". "Señor, hace un momento decíais que habíais ordenado la matanza universal de todos los perros dondequiera que se encontrasen, porque los perros habían roído el cuero de vuestro carruaje; mientras que ahora decís que los perros de pura sangre de vuestro propio palacio escapan de la muerte. Por lo tanto, está siguiendo

los cuatro Cursos Malignos de la parcialidad, el disgusto, la ignorancia y el miedo. Tales cursos son incorrectos, y no pertenecen a los de un Rey. Ya que los Reyes al juzgar los casos deben ser tan imparciales como la viga de una balanza. Pero en este caso, dado que los perros reales quedan impunes, mientras que los perros pobres son asesinados, no se está dando la condenación imparcial de todos los perros por igual, sino solo la matanza de los perros pobres". Además, el Gran Ser, levantando su dulce voz, dijo: "Señor, no es justicia lo que estáis haciendo", y enseñó la Verdad al Rey con esta estrofa: – [177]

Los perros que en el palacio real crecen,
Los perros bien criados, muy fuertes y hermosos en forma,
No estos, sino solo nosotros, estamos condenados a morir.
Aquí no hay una sentencia imparcial dictada
hacia todos por igual; es la masacre de los pobres.

Después de escuchar las palabras del *Bodhisatta*, el Rey dijo: "¿Sabe en su sabiduría quién fue realmente el que mordió el cuero de mi carruaje?" "Sí, señor." "¿Quién fue?" "Sus perros de pura raza que viven en su propio palacio". ¿Cómo puede demostrar que fueron ellos los que mordieron el cuero? "Se lo demostraré". "Hágalo, sabio". "Entonces mande traer sus perros, y traiga un poco de suero de leche y hierba *kusa*". El Rey así lo hizo.

Entonces dijo el Gran Ser: "Que esta hierba se machaque en el suero de leche y que los perros la beban".

Así lo hizo el Rey, con el resultado de que cada uno de los perros mientras bebiera, vomitase. ¡Y todos revolvieron los pedazos de cuero! "¿Por qué es como el juicio de un *Buddha* perfecto en sí mismo?", exclamó el Rey lleno de alegría, y rindió reverencia al *Bodhisatta* ofreciéndole el paraguas real. Pero el *Bodhisatta* enseñó la Verdad en las diez estrofas sobre la rectitud en el *Te-sakuṇa Jātaka*¹, comenzando con las palabras: –

Camine con rectitud, gran Rey de principesca raza.

Luego, habiendo establecido al Rey en los Cinco Preceptos, y habiendo exhortado a su majestad a ser firme, el *Bodhisatta* le devolvió al Rey el paraguas blanco de la realeza.

Al final de las palabras del Gran Ser, [178] el Rey ordenó que las vidas de todas las criaturas estuvieran a salvo de cualquier castigo. Ordenó que todos los perros, desde el *Bodhisatta* hacia abajo, tuvieran un suministro constante de comida como la que él mismo comiese; y, respetando las enseñanzas del *Bodhisatta*, dedicó su vida a la caridad y otras buenas acciones, de modo que cuando murió renació en el Cielo *Deva*. La 'Enseñanza del Perro' duró diez mil años. El *Bodhisatta* también vivió hasta una edad avanzada y luego falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

1. No. 521.

Cuando el Maestro terminó esta lección dijo: "No sólo ahora, hermanos, el *Buddha* hace lo que beneficia a su familia; en tiempos pasados también hizo lo mismo", mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo, "Ānanda era el Rey de aquellos días, los seguidores del *Buddha* eran los demás, y yo mismo era el perro de la historia".

"*Aunque postrado.*" — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de un Hermano que dejó de perseverar. Fue entonces cuando el Maestro se dirigió al Hermano y le dijo: "Hermano, en el pasado los sabios y buenos perseveraron incluso en medio de entornos hostiles, y, aun cuando fueron heridos, todavía no se dieron por vencidos". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, el Bodhisatta cobró vida en el cuerpo de un caballo *Sindh*, de pura sangre, y fue nombrado corcel del Rey, rodeado de toda pompa y esplendor. Se alimentaba de un exquisito arroz de tres años, que siempre se le servía en un plato de oro que valía cien mil piezas de dinero; y la tierra de su pesebre estaba perfumada con los cuatro olores. Alrededor de su puesto colgaban cortinas carmesíes, mientras que en lo alto del lugar había un dosel tachonado de estrellas doradas. En las paredes se adornaban coronas y guirnaldas de fragantes flores; y siempre ardía allí una lámpara alimentada con aceite perfumado.

Ahora bien, todos los Reyes en los alrededores codiciaban el reino de Benares. Una vez siete Reyes decidieron rodear Benares, y enviaron una misiva al Rey, diciendo: "O nos entrega su reino o es mejor que atenga a una guerra". Reuniendo a sus ministros, el Rey de Benares les expuso el asunto y les preguntó qué debía hacer. Ellos dijeron: "En primera instancia, no debéis salir a pelear personalmente, señor. [179] Despache a tal o cual caballero primero a pelear con ellos; y luego, si éste fracasa, decidiremos qué hacer."

Entonces el Rey mandó llamar a ese caballero y le dijo: "¿Puede luchar contra los siete Reyes, mi querido caballero?" Él dijo: "Deme solo a su noble corcel, y entonces podré luchar no solo contra estos siete Reyes, sino contra todos los Reyes de la India". "Mi querido caballero, tome mi corcel o cualquier otro caballo que le plazca, y pelee". — "Muy bien, mi soberano señor" — dijo el caballero —; y con un arco descendió de las recámaras superiores del palacio. Luego hizo sacar al noble corcel y lo enfundó con su cota de malla, armándose también *cap-à-pie* [es decir, de pie a cabeza], y

ciñendo su espada. Montado en su noble corcel salió por la puerta de la ciudad, y como una carga de relámpago destruyó el primer campamento, tomando vivo al Rey y devolviéndolo prisionero a la custodia de los soldados. Volviendo al campo, derribó al segundo y al tercer campamento, y así sucesivamente hasta que capturó vivos a cinco Reyes. Cuando acababa de derribar al sexto campamento y hubo capturado al sexto Rey, su corcel recibió una herida, que chorreaba sangre y causaba al noble animal un agudo dolor. El caballero, viendo que el caballo estaba herido, lo hizo tender en la puerta del Rey, le soltó la cota de malla y se dispuso a armar otro caballo. Mientras el *Bodhisatta* yacía completamente sobre su costado, abrió los ojos y comprendió lo que estaba haciendo el caballero. "Mi jinete", pensó para sí mismo, "está armando

otro caballo. Ese otro caballo nunca podrá derribar el séptimo campamento y capturar al séptimo Rey; perderá todo lo que he logrado. Este caballero sin igual será asesinado; y el Rey también caerá en manos del enemigo. Yo solo, y ningún otro caballo, puede derribar ese séptimo campamento y capturar al séptimo Rey". Entonces, mientras yacía allí, llamó al caballero y dijo: "Señor caballero, no existe otro caballo sino yo mismo quien podría derrotar al séptimo campamento y capturar al séptimo Rey. No arruinaré lo que ya he hecho; sólo permítame ponerme de pie y vestirme de nuevo con mi armadura". Y diciendo esto, repitió esta estrofa: — [180]

Aunque postrado ahora, y atravesado por dardos, yazco,
Sin embargo, todavía ningún caballo podrá igualar al presente caballo de batalla.
Así que no arregle a ningún otro corcel sino a mí, ¡oh, auriga!

El caballero hizo que el *Bodhisatta* se pusiera de pie, le vendó la herida y lo volvió a armar a prueba de ataques. Montado sobre el corcel, derribó al séptimo campamento y trajo vivo al séptimo Rey, a quien entregó a la custodia de los soldados. Condujeron también al *Bodhisatta* hasta la puerta del Rey, y el Rey salió para verlo. Entonces dijo el Gran Ser al Rey: "Gran Rey, no mate a estos siete Reyes; átelos bajo un juramento y déjelos ir. Que el caballero disfrute de todo el honor que nos corresponde a ambos, porque no es correcto que un guerrero que se haya presentado con siete Reyes cautivos deba ser abatido. Y en cuanto a su majestad, sea caritativo, guarde los preceptos y gobierne su reino con rectitud y justicia. Cuando el *Bodhisatta* hubo exhortado así al Rey, le quitaron la malla; pero cuando se lo estaban quitando, poco a poco, falleció.

El Rey hizo quemar el cuerpo con todo respeto, y le otorgó gran honor al caballero, y envió a los siete Reyes a sus hogares de regreso después de exigir a cada uno un juramento de nunca más hacer la guerra contra él. Y gobernó su reino en rectitud y justicia, falleciendo cuando su vida se acabó para renacer de acuerdo con sus méritos.

Entonces el Maestro dijo: "Así, hermanos, en los días pasados los sabios y buenos perseveraron incluso en medio de entornos hostiles, y, aun cuando fueron heridos tan gravemente, aun así no se rindieron. Mientras que ustedes, que se encuentra dedicado a una doctrina tan salvadora, — ¿Cómo es posible que deje de perseverar? Después de lo cual, predicó las Cuatro Nobles Verdades, al final de las cuales el Hermano pusilánime consumó el estado de *Arahat*. Su lección terminó, el Maestro [181] mostró la conexión e identificó los Renacimiento diciendo: "Ānanda era el Rey de aquellos días, Sāriputta el caballero, y yo mismo el caballo *Sindh* de pura sangre".

"No importa cuándo ni dónde". El Maestro contó esta historia mientras estaba en Jetavana sobre otro Hermano que dejó de perseverar. Pero, en este caso, se dirigió a ese Hermano y dijo: "Hermanos, en el pasado, los sabios y los buenos hombres perseveraron inclusive cuando se encontraban heridos". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, hubo siete Reyes que rodeaban la ciudad, tal como en la historia anterior.

Entonces, un guerrero que luchaba desde una carroza ató dos caballos *Sindh* (un par de hermanos) y, saliendo de la ciudad, derribó seis campamentos y capturó a seis Reyes. Justo en este momento el caballo mayor fue herido. Siguió conduciendo el coche hasta que llegó a la puerta del Rey, donde sacó al hermano mayor de la carroza y, después de desatar la cota de malla del caballo mientras yacía sobre un lado, se puso a trabajar para armar otro caballo. Al darse cuenta de la intención del guerrero, el *Bodhisatta* tuvo los mismos pensamientos que pasaron por su cabeza como en la historia anterior, y llamando al auriga, repitió esta estrofa, mientras yacía de un lado:

No importa cuándo o dónde, en las buenas o en las malas,
Las peleas del purasangre deben continuar; un corcel no se rinde.

El auriga hizo poner al *Bodhisatta* de pie y lo enjaczó. Entonces desbarató el séptimo campamento y tomó prisionero al séptimo Rey, a quien llevó [182] a la puerta del Rey, y allí liberó al noble caballo. Mientras yacía sobre un costado, el *Bodhisatta* le dio al Rey los mismos consejos que en la historia anterior y luego expiró. El Rey hizo quemar el cuerpo con todo respeto,

prodigó honores al cochero y después de gobernar su reino con justicia, falleció para vivir en lo sucesivo de acuerdo con sus acciones.

Su lección terminó, el Maestro predicó las Verdades (al final de las cuales ese Hermano consumió el estado de *Arahat*); e identificó los Renacimientos diciendo: "El Venerable Ānanda era el Rey, y el *Buddha* Perfecto era el caballo de aquellos días".

"*Cambie de lugar*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre un ex orfebre, que se había convertido en Hermano y era co-residente del Capitán de la Fe (*Sāriputta*).

Ahora bien, sólo un *Buddha* posee el conocimiento de los corazones y puede leer los pensamientos de los hombres correctamente; y por lo tanto, por falta de este poder, el Capitán de la Fe tuvo muy poco conocimiento del corazón y de los pensamientos de su co-residente, como para prescribir la impureza como un objeto de meditación. Esto no fue bueno para ese hermano. La razón por la que no le sirvió de nada fue que, según la tradición, había nacido invariablemente, a lo largo de quinientos nacimientos sucesivos, como orfebre; y, en consecuencia, el efecto acumulativo de ver oro absolutamente puro durante tanto tiempo había hecho inútil al objeto de la impureza. Pasó cuatro meses sin poder obtener ni el primer atisbo de la idea. Al verse incapaz de conferir el estado de *Arahant* a su co-residente, el Capitán de la Fe pensó: "Éste debe ser alguien a quien nadie más que un *Buddha* puede instruir; lo llevaré con el *Buddha*". Así que de madrugada llegó con el Hermano ante el Maestro.

"¿Qué puede ser, *Sāriputta*", dijo el Maestro, "que lo ha traído aquí con este Hermano?" "Señor, le di un objeto de meditación al Hermano, y después de cuatro meses no ha alcanzado ni siquiera el primer atisbo de la idea; así que se lo traje, pensando que aquí había alguien a quien nadie más que un *Buddha* podría instruir." "¿Qué meditación, *Sāriputta*, le prescribió?" "La meditación sobre la impureza, Bienaventurado". "*Sāriputta*, no es lo suyo estar en posesión del conocimiento de los corazones y leer los pensamientos de los hombres correctamente. Retírese ahora, y por la noche regrese a buscar a su co-residente".

Después de despedir así al Venerable, el Maestro hizo que ese Hermano se vistiera con una agradable prenda interior y un ropaje, lo mantuvo constantemente a su lado cuando fue a la ciudad a buscar ofrendas, y se encargó de que recibiera alimentos selectos de todo tipo. Volviendo una vez más al Monasterio, rodeado de Hermanos, el Maestro se retiró de día [183] a su recámara perfumada, y al anochecer, paseando por el Monasterio con aquel Hermano a su lado, hizo aparecer un estanque y en él había un gran grupo de flores de loto de los cuales creció una gran flor de loto. "Siéntese aquí, hermano", dijo, "y contemple esta flor". Y, dejando así sentado al Hermano, se retiró a su aposento perfumado.

Ese Hermano miró y miró dicha flor. El Bienaventurado hizo que la flor se marchitase. Mientras el Hermano la observaba, la flor en su descomposición se desvaneció; los pétalos

se desprendieron, comenzando por el borde, hasta que en poco tiempo todo desapareció; luego los estambres se cayeron y sólo quedó el pericarpio. Mientras observó, ese hermano pensó: "Incluso hace instantes, esta flor de loto era hermosa y bella; sin embargo, su color ha desaparecido y solo queda el pericarpio en pie. La descomposición ha llegado a este hermoso loto; ¿qué no podrá ocurrirle a mi cuerpo? ¡Transitorias son todas las cosas compuestas! Y con este pensamiento consumió la sabiduría.

Sabiendo que la mente del Hermano se había elevado a la sabiduría, el Maestro, sentado como estaba en su recámara perfumada, emitió una semblanza radiante de sí mismo y pronunció esta estrofa:

Erradique el amor propio, como con la mano se arranca
El nenúfar de otoño. Ponga su corazón
Sobre nada más que él, en el Sendero Perfecto hacia la Paz,
Y en aquella Extinción enseñada por el *Buddha*.

Al final de esta estrofa, ese Hermano consumió el estado de *Arahant*. Ante el pensamiento de que nunca volvería a nacer, que nunca más se preocuparía por la existencia de ninguna forma en el más allá, prorrumpió en una sentida declaración que comenzó con estas estrofas

El que haya vivido su vida, y cuyo pensamiento esté maduro;
El que se haya depurado y esté libre de toda impureza,
aquel cuya vida sea pura, porta su último cuerpo;
Cuyos súbditos sentidos están en posesión de un señor soberano; –
Él, al igual que la Luna gana al curso final
De las fauces de Rāhu¹, ha logrado la liberación suprema.

La inmundicia que me envolvía, que forjó
La oscuridad absoluta de la ilusión, he disipado;
– Al igual que el Sol radiante, camuflado de mil rayos,
Ilumina el cielo con un torrente de luz.

Después de esto y de renovadas expresiones de alegría, se acercó al Bienaventurado y lo saludó. También fue el Venerable Sāriputta, y después de saludar debidamente al Maestro, se fue con su co-residente.

Cuando la noticia al respecto se difundió entre los Hermanos, [184] se reunieron en el Salón de la Verdad y allí se sentaron a alabar las virtudes del Señor de la Sabiduría, y dijeron: "Señores, por no conocer los corazones y pensamientos de los hombres, el Venerable Sāriputta ignoraba la disposición de su co-residente. Pero el Maestro conociéndolo, y en un solo día, le otorgó el estado de *Arahat* junto con una erudición perfecta. ¡Oh, cuán grandes son los maravillosos poderes de un *Buddha*!

Entrando y tomando el asiento preparado para él, el Maestro preguntó, diciendo: "¿Cuál es el tema de su discurso, hermanos, aquí en el cónclave?"

"Nada más, Bienaventurado, que esto: que sólo su persona posee el conocimiento del corazón y la lectura los pensamientos, correctamente, del co-residente del Capitán de la Fe".

"No es de extrañar, hermanos, que yo, como *Buddha*, sepa ahora la disposición de ese hermano. Incluso en el pasado la conocí similarmente y también apropiadamente". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, Brahmadatta reinaba Benarés. En aquellos días el *Bodhisatta* solía ser el director del Rey en los asuntos temporales y espirituales.

1. Rāhu era una especie de titán, *Asura*, a quien se le consideraba la causa de los eclipses al tragarse temporalmente al Sol y la Luna.

En ese momento, la gente había lavado otro caballo, una bestia lamentable, en el lugar de baño del cargador estatal del Rey. Y cuando el caballero se encontraba a punto de llevar al encargado del estado a las mismas aguas, el animal estuvo tan ofendido que se resistió entrar. Así que el caballero fue ante el Rey y dijo: "Por favor, Su Majestad, su encargado de estado no quiere bañarse".

Entonces el Rey envió al *Bodhisatta*, diciendo: "Vaya, sabio, y averigüe por qué el animal no entra al agua".

"Muy bien, señor", dijo el *Bodhisatta*, y se dirigió a la orilla del agua. Ahí examinó al caballo; y al ver que no le dolía nada, trató de adivinar cuál podría ser la razón. Finalmente llegó a la conclusión de que algún otro caballo debía haber sido lavado en ese lugar, y que el corcel se había ofendido tanto que se resistía a entrar al agua. Así que preguntó a los caballeros qué animal se había lavado primero en el agua. — Otro caballo, mi señor, un animal ordinario. "Ah, ha sido su amor propio el motivo por el cual ha sido tan profundamente ofendido y por lo que no quiere meterse al agua", el *Bodhisatta* se dijo a sí mismo: "lo que hay que hacer es lavarlo en otra parte". Así que le dijo al mozo: "Un hombre se cansaría, amigo mío, inclusive de la comida más delicada, si la tiene siempre disponible. Y así es con este caballo. Ha sido lavado aquí innumerables veces. Llévelo a otras aguas [185], y báñelo y riéguelo allí ". Y diciendo esto, repitió esta estrofa:

Cambie el lugar, y deje que el cargador beba
Ahora aquí, después allá, con constante cambio de escenario.
Al final, inclusive el arroz con leche puede empalagar a cualquier hombre.

Después de escuchar sus palabras, llevaron el caballo a otra parte, y allí le dieron agua y lo bañaron apropiadamente. Y mientras lavaban al animal después de darle agua, el *Bodhisatta* volvió adonde el Rey. "Bueno", dijo el Rey; "¿Ha bebido y se ha bañado mi caballo, amigo mío?", "Lo ha hecho, señor". "¿Por qué no lo hacía desde el principio?" "Por la siguiente razón", dijo el *Bodhisatta*, y le contó al Rey toda la historia. "Qué tipo tan inteligente es usted", dijo el Rey; "Puede leer la mente incluso de un animal como éste". Y le dio gran honor al *Bodhisatta*, y cuando su vida terminó, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos. El *Bodhisatta* también falleció para vivir igualmente de acuerdo con sus méritos.

Cuando el Maestro terminó su lección y repitió lo que había dicho en cuanto a su conocimiento, tanto en el pasado como en el presente, de la disposición de ese Hermano, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano era el caballo de estado de aquellos días; Ananda era el Rey y yo mismo el sabio ministro ".

"Escuchando primero". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú, acerca de Devadatta, quien, habiéndose asegurado la adhesión del Príncipe Ajāta-sattu a su séquito, había obtenido tanto ganancias como honor. El Príncipe Ajāta-sattu hizo construir un Monasterio para Devadatta en Gayā-sīsa, y cada día le traía [186] quinientos cuencos de arroz perfumado de tres años aromatizado con todos los aromas más selectos. Toda esta ganancia y honor trajo a Devadatta un gran número de seguidores, con quienes Devadatta vivió, sin salir nunca de su Monasterio.

En ese momento vivían en Rājagaha dos amigos, de los cuales uno había tomado los votos con el Maestro, mientras que el otro los había tomado con Devadatta. Estos continuaron viéndose, ya sea casualmente o visitando los Monasterios. Ahora bien, un día, el discípulo de Devadatta le dijo al otro: "Señor, ¿por qué va todos los días a pedir ofrenda mientras chorreando de sudor? Devadatta se sienta tranquilamente en Gayā-sīsa y se alimenta de la mejor comida, sazónada con todos los sabores más selectos. No existe comida como la suya. ¿Por qué engendrar tanta miseria para usted? ¿Por qué no sería bueno para usted venir a primera hora de la mañana al Monasterio de Gayā-sīsa y después beber nuestras gachas de arroz con condimentos, probando nuestros dieciocho tipos de víveres sólidos y disfrutando de nuestra excelente comida suave y sazónada con todos los aromas más selectos?

Siendo presionado una y otra vez para que aceptara la invitación, el otro comenzó a acceder, y desde entonces comenzó a ir a Gayā-sīsa y allí comía y comía, sin olvidar, sin embargo, regresar al Bosque de Bambú a la hora apropiada. Sin embargo, no pudo mantenerlo siempre en secreto; y al poco tiempo se supo que solía ir a Gayā-sīsa y allí se complacía con la comida provista para Devadatta. En consecuencia, sus amigos le preguntaron, diciendo: "¿Es cierto, como dicen, que se complace con la comida provista para Devadatta?" "¿Quién dijo eso?" "fulano de tal lo viene diciendo". "Es cierto, señores, que voy a Gayā-sīsa y como allí. Pero no es Devadatta quien me da la comida; otros hacen eso". "Señor, Devadatta es el enemigo de los *Buddhas*; en su maldad, ha asegurado la adhesión de Ajāta-sattu y por medio de injusticias ha obtenido ganancias y honores para sí mismo. Sin embargo, usted, que ha tomado los votos de acuerdo con esta fe que conduce a la salvación, come la comida que Devadatta, quien la obtiene por medio de la injusticia. Venga, déjenos llevarlo ante el Maestro". Y, llevándose consigo al Hermano, se dirigieron a la Sala de la Verdad.

Cuando el Maestro se dio cuenta de su presencia, dijo: "Hermanos, ¿traen a este Hermano aquí en contra de su voluntad?" "Sí, señor; este hermano, después de tomar los votos bajo de usted, come la comida que Devadatta obtenida mediante la injusticia". "¿Es cierto, como dicen, que come la comida que Devadatta obtenida mediante la injusticia?" "No fue Devadatta, señor, quien me lo dio, sino otros". "No levante objeciones aquí, hermano", dijo el Maestro. "Devadatta es un hombre de mala conducta y malos principios. Oh, ¿cómo puede usted, que ha tomado los votos aquí, comer la comida de Devadatta, mientras se adhiere a mi doctrina? En realidad, siempre ha sido propenso a dejarse llevar y seguir, a su vez, todo lo que se encontraba". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* se convirtió en su ministro. En aquellos días el Rey tenía un elefante estatal [187], llamado Rostro de Damisela, que era virtuoso y bueno, y nunca lastimaba a nadie.

Ahora bien, un día unos ladrones se acercaron al establo del elefante por la noche y se sentaron a discutir sus planes con estas palabras: — "Esta es la manera de hacer un túnel a una casa; esta es la manera de atravesar las paredes; antes de llevarse el botín, el túnel o brecha en los muros debe hacerse tan claro y abierto como un camino o un vado. Al levantar las mercancías, no debe ceñirse al asesinato, porque así no habrá quien pueda resistir. Un ladrón debe deshacerse de toda bondad y virtud, y ser completamente despiadado, ser un hombre de crueldad y violencia". Después de instruirse unos a otros con estos consejos, los ladrones se dieron a la fuga. También llegaron al día siguiente, y muchos otros días más, y conversaron juntos, hasta que el elefante llegó a la conclusión de que venían expresamente a instruirlo, y que debía volverse despiadado, cruel y violento. Y así se convirtió en verdad. Tan pronto como apareció su *mahout* en la madrugada, el elefante tomó al hombre con su trompa y lo estrelló contra el suelo hasta matarlo. Y de la misma manera trató al segundo, y al tercero, y a cada persona que se le acercaba.

Le dieron la noticia al Rey de que Rostro de Damisela se había vuelto loco y estaba matando a todos los que veía. Entonces el Rey envió al *Bodhisatta*, diciendo: "Vaya, sabio, y descubra lo qué lo haya pervertido".

El *Bodhisatta* fue y pronto se convenció de que el elefante no mostraba signos de dolencias corporales. Mientras reflexionaba sobre las posibles causas del cambio, llegó a la conclusión de que el elefante debía haber oído hablar a personas cerca de él, y se imaginó que le estaban dando una lección, y que eso era lo que había pervertido al animal. En consecuencia, preguntó a los cuidadores de elefantes si alguna persona había estado hablando recientemente cerca del establo por la noche. "Sí, mi señor", fue la respuesta; "Algunos ladrones vienen y hablan". Entonces el *Bodhisatta* fue y se lo dijo al Rey, diciendo: "No hay nada malo, señor, con el cuerpo del elefante; se ha pervertido al escuchar hablar a unos ladrones". "Bueno, ¿qué se debe hacer ahora?" "Ordene a los buenos hombres, sabios y *brahmanes*, que se sienten en ese puesto y hablen sobre la bondad". "Hágalo, amigo mío", dijo el Rey. Entonces el *Bodhisatta* puso a hombres buenos, sabios y *brahmanes* en el establo [188], y les pidió que hablaran sobre bondad. Y ellos, sentándose junto al elefante, hablaron así: "Ni maltratéis ni matéis. Los buenos deben ser sufridos, amorosos y misericordiosos". Al oír esto, el elefante pensó que debían ser una lección para él, y resolvió ser bueno a partir de ese momento. Y se volvió bueno.

"Bueno, amigo mío", dijo el Rey al *Bodhisatta*; "¿Ahora el elefante está bien?" "Sí, su majestad", dijo el *Bodhisatta*; "gracias a los sabios y

a los hombres buenos, el elefante que estaba tan pervertido ha vuelto a ser él mismo." Y diciendo esto, repitió esta estrofa:

Al escuchar primero la malvada charla de los ladrones
Rostro de Damisela se dedicó a herir y matar;
Al escuchar, más tarde, las palabras elevadas de los sabios
El noble elefante se volvió bueno una vez más.

Dijo el Rey: "¡Él puede leer la mente incluso de un animal!" Y confirió gran honor al *Bodhisatta*. Después de vivir hasta una buena vejez, él, con el *Bodhisatta*, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Dijo el Maestro: "En el pasado, también, seguía a todos lo que se encontraba, hermano; al oír hablar a los ladrones, seguía lo que ellos decían; y al oír hablar a los sabios y buenos, seguía lo que ellos decían". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos, diciendo: "El Hermano traidor era el Rostro de Damisela de aquellos días, Ānanda el Rey, y yo mismo el ministro".

"No puede comer ningún bocado ". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un discípulo laico y un Venerable. [189]

La tradición dice que había en Sāvatti dos amigos, de los cuales uno se unió a la Hermandad pero solía ir todos los días a la casa del otro, donde su amigo solía darle una ofrenda de alimentos y él mismo preparaba la comida, y luego lo acompañaba de regreso al Monasterio, donde se sentaba a hablar todo el día hasta que se ponía el sol, que era cuando regresaba a la ciudad. Y su amigo, el Hermano solía escoltarlo en su camino de regreso a casa, llegando hasta las puertas de la ciudad antes de regresar.

La intimidad de estos dos se hizo conocida entre los Hermanos, que estaban sentados un día en el Salón de la Verdad, hablando de la intimidad que existía entre este par, cuando el Maestro, entrando en el Salón, preguntó cuál era el tema de su charla; los hermanos se lo contaron.

"No sólo ahora, hermanos, estos dos tienen intimidad el uno con el otro", dijo el Maestro; "También fueron muy amigos en días pasados". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* se convirtió en su ministro. En aquellos días había un perro que solía ir al establo del elefante de estado y comer los trozos de arroz que caían donde se alimentaba el elefante. Hechizado por el lugar en virtud de la comida,

el perro se hizo muy amigo del elefante, y al final nunca comía excepto con él. Y ninguno podría seguir sin el otro. El perro solía divertirse balanceándose hacia adelante y hacia atrás sobre la trompa del elefante. Ahora bien, un día, un aldeano compró el perro del *mahout* y se lo llevó a casa. A partir de entonces, el elefante, echando de menos al perro, se negó a comer, beber o bañarse; y el Rey fue informado de ello. Su majestad envió al *Bodhisatta* a averiguar por qué el elefante se comportaba así. Dirigiéndose a la casa de los elefantes, el *Bodhisatta*, al ver lo triste que estaba el elefante, se dijo a sí mismo: "No tiene ninguna dolencia corporal; debe haber formado una profunda amistad y está afligido por la pérdida de su amigo". Entonces preguntó si el elefante se había hecho amigo de alguien.

"Sí, mi señor", fue la respuesta; "Hay una amistad muy cálida entre él y un perro". "¿Dónde está ese perro ahora?" "Un hombre se lo quitó". "¿Por casualidad sabe dónde vive ese hombre?" "No, mi señor". El *Bodhisatta* fue al Rey y le dijo: "No le pasa nada al elefante, señor; pero era muy amigo de un perro, [190] y es la falta de su amigo lo que le ha hecho negarse a comer, me imagino". Y diciendo esto, repitió esta estrofa:

No puede comer ni un bocado, ni arroz ni hierba;
Y en la ducha ya no siente placer.
Creo que el perro se había vuelto muy familiar a él,
Que ese elefante y ese perro se convirtieron en los mejores amigos.

"Bien", dijo el Rey al oír esto; "¿Qué se debe hacer ahora, sabio?" "Que se haga una proclamación a golpe de tambor, majestad, en el sentido de que se informe que un hombre se ha llevado a un perro al que le gustaba al elefante de estado, y que el hombre en cuya casa se encuentre dicho perro, deberá pagar tal o cual pena". El Rey actuó siguiendo este consejo; y el hombre, cuando se enteró, soltó rápidamente al perro. El perro salió corriendo de inmediato y se dirigió hacia el elefante. El elefante tomó al perro en su trompa y lo puso sobre su cabeza, lloró y se emocionó, poniendo de nuevo al perro en el suelo, vio que el perro comía primero y luego él tomaba su propia comida.

"Incluso las mentes de los animales le son conocidas", dijo el Rey, y colmó de honores al *Bodhisatta*.

Así terminó el Maestro su lección para mostrar que los dos eran íntimos en días pasados así como en la actualidad. Hecho esto, desplegó las Cuatro Nobles Verdades. (Este despliegue de las Cuatro Nobles Verdades forma parte de todos los demás *Jātakas*; pero solo lo mencionaremos donde se mencione expresamente que fue bendecido para dar fruto). Luego mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "El laico-discípulo era el perro de aquellos días, el Venerable era el elefante, y yo mismo el sabio ministro". [191]

"*Hablen sólo palabras de bondad*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre las amargas palabras pronunciadas por los Seis¹. Porque, en aquellos días, los Seis, cuando no estaban de acuerdo con los respetables Hermanos, solían jactarse, insultarlos y burlarse de ellos, cargarlos con los diez géneros de insultos. Esto lo informaron los Hermanos al Bienaventurado, quien envió a buscar a los Seis y preguntó si esta acusación era cierta. Al admitir su verdad, los reprendió, diciendo: "Hermanos, las palabras duras irritan incluso a los animales: en el pasado, un animal hizo perder mil piezas de dinero a un hombre que utilizó lenguaje áspero con él". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Érase una vez en Takkasilā, en la tierra de Gandhāra, que reinaba allí un Rey, y el *Bodhisatta* cobró vida como un toro. Cuando era un ternero bastante pequeño, sus dueños se lo obsequiaron a un *brahmán* que había llegado; se sabía que se regalaban bueyes a hombres santos como aquellos. El *brahmán* lo llamó Nandi-Visāla (Gran-Alegría), y lo trató como a su propio hijo, alimentando a la joven criatura con arroz y gachas de arroz. Cuando el *Bodhisatta* creció, pensó así: "Este *brahmán* me ha criado con grandes dolores, y toda la India no podría mostrar a un toro que pueda hacer todo lo que yo puedo hacer. ¿Qué tal si tuviera que pagarle al *brahmán* el costo de mi crianza haciendo pruebas sobre mi fuerza?" En consecuencia, un día le dijo al *brahmán*: "Vaya, *brahmán*, con algún mercader rico en rebaños, y apuéstale mil piezas a que su toro puede tirar de cien carretas cargadas".

El *brahmán* se dirigió a un comerciante y discutió con él sobre qué bueyes en la ciudad eran los más fuertes. — "Oh, fulano de tal, o fulano de tal" — dijo el mercader —. "Pero", agregó, "no hay bueyes en el pueblo que puedan compararse con los míos en fuerza real". Dijo el *brahmán*: "Tengo un toro que puede tirar cien carrozas cargadas. ¿Dónde se puede encontrar un toro así?" el comerciante se rio. "Lo tengo en casa", dijo el *brahmán*. "Que sea una apuesta". "Ciertamente", dijo el *brahmán*, y apostó [192] mil piezas. Luego cargó cien carrozas con arena, grava y piedras, y las ató juntas, una tras otra, con cuerdas desde el eje que iba delante hasta la barra de arrastre de su sucesor. Hecho esto, bañó a Nandi-Visāla, le dio de comer una medida de arroz perfumado, le colgó una guirnalda alrededor del cuello y ató todos los arneses con solo la carroza principal. El *brahmán* en

1. Los 'Seis' eran unos notorios Hermanos que siempre se mencionan como desafiadores de las reglas de la Orden.

persona se sentó en el poste y agitó su aguijón en el aire, gritando: "¡Ahora bien, granuja! ¡Adelante, granuja!"

"Yo no soy el granuja al que él llama así", pensó el *Bodhisatta*; y así plantó sus cuatro patas como unos postes, y no se movió ni una pulgada.

Inmediatamente, el comerciante hizo que el *brahmán* pagara las mil piezas. Sin dinero, el *brahmán* desató a su toro de la carroza y se fue a casa, donde se acostó en su cama en un agónico dolor. Cuando Nandi-Visāla entró y encontró al *brahmán* preso de tal dolor, se acercó a él y le preguntó si el *brahmán* estaba durmiendo la siesta. "¿Cómo podría estar tomando una siesta, cuando he perdido mil piezas?" "Brahmán, durante todo el tiempo que he vivido en su casa, ¿alguna vez rompí una olla, o me apretujé contra alguien, o hice desorden?" "Nunca, hijo mío". "Entonces, ¿por qué me llamaste granuja? Eres tú quien tiene la culpa, no yo. Vaya y apueste dos mil piezas esta vez. Solo recuerde no llamarme un mal granuja otra vez". Cuando escuchó esto, el *brahmán* fue adonde el mercader y apostó dos mil piezas. Igual que antes, ató las cien carrozas una a la otra y ató a Nandi-Visāla, muy elegante y finamente a la carroza que iba a la cabeza. Si se pregunta cómo lo enjaezó, bueno, lo hizo de esta manera: primero, sujetó el yugo cruzado al poste; luego metió el toro por un lado y sujetó la otra carroza sujetando un trozo de madera liso del yugo transversal al eje, de modo que el yugo quedara tenso y no pudiera torcerse hacia ninguna dirección. Así, un solo toro podría tirar de una carroza hecho para ser tirado por dos. Entonces, ahora sentado en el poste, el *brahmán* acarició la espalda de Nandi-Visāla y lo llamó con este estilo: "¡Ahora bien, mi buen compañero! ¡Tire esto, mi buen compañero!" Con un solo tirón, el *Bodhisatta* tiró toda la cuerda de las cien carrozas [193] hasta que la última quedó donde había comenzado la primera. El comerciante, rico en rebaños, pagó al *brahmán* las dos mil piezas que había perdido. Otras personas también dieron grandes sumas de dinero al *Bodhisatta*, y todo pasó a manos del *brahmán*. Así ganó mucho gracias al *Bodhisatta*.

Estableciendo así, a modo de reproche a los Seis, la regla de que las palabras duras no agradan a nadie, el Maestro, como *Buddha*, pronunció esta estrofa:

Hablen solo palabras de bondad, nunca palabras
Cruels. Ya que al haber sido hablado justamente, él llevó
Una carga pesada, y le trajo riqueza al otro, con amor.

El Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Ānanda era el *brahmán* de aquellos días, y yo mismo, Nandi-Visāla".

[Nota. La esencia de esta historia se encuentra en el *Vinaya*, vol. IV. página 5.]

"Con cargas pesadas". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre el Milagro Gemelo, que, junto con el Descenso del Cielo, se relatará en el Libro Decimotercero del *Sarabhamiga-Jātaka*¹.

Después de haber realizado el Milagro Gemelo y haber hecho su estadía en el Cielo, el *Buddha* Omnisciente descendió a la ciudad de Sāṃkassa el día del Gran Festival *Pavāraṇā*², y de allí se trasladó con un gran número de seguidores a Jetavana.

Reuniéndose en el Salón de la Verdad, los Hermanos se sentaron alabando las virtudes del Maestro, diciendo: "Señores, el *Buddha* es incomparable; nadie puede llevar el yugo llevado por el *Buddha*. Los Seis maestros, aunque protestaron con tanta frecuencia que ellos, y sólo ellos hacían milagros, ni un solo milagro obraron. ¡Oh, cuán incomparable es el Maestro!

Entrando a la Sala y preguntando sobre el tema que discutían los Hermanos en el cónclave [194], se le informó al Maestro que el tema de ellos no era otro que sus propias virtudes. "Hermanos", dijo el Maestro, "¿quién llevará ahora el yugo cargado por mí? Incluso en días pasados, cuando llegué a la vida como un animal, no tenía par". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* cobró vida como un toro. Y siendo aún un becerro, sus dueños, que se habían alojado con una anciana, se lo entregaron a ella en pago por sus cuentas. Ella lo crió como a su propio hijo, alimentándolo con arroz y gachas de arroz y con otras alegrías. El nombre por el que se hizo conocido fue "El Negro de la Abuela". Al crecer, solía pasearse con el resto del ganado del pueblo, y era tan negro como el azabache. Los pilluelos del pueblo solían agarrarle los cuernos, las orejas, las papadas y dar un paseo; o se aferraban a su cola para jugar con él y se montaban en su espalda.

Un día El Negro pensó: "Mi madre es muy pobre; me ha criado con dolor, como si fuera su propio hijo. ¿Qué pasaría si ganase algo de dinero para aliviar su difícil suerte?". A partir de entonces siempre estuvo buscando trabajo. Ahora bien, un día, un joven comerciante al frente de una caravana llegó con quinientas carrozas a un vado cuyo fondo era tan accidentado que sus bueyes no podían transportar las carrozas. E incluso, cuando sacó las quinientas yuntas de los bueyes y las unió para formar un equipo, no pudieron cruzar el río con una sola carroza. Cerca por ese vado el *Bodhisatta*

1. No. 483.

2. El festival al final de la temporada de lluvias (*Mahāvagga* IV. 1).

andaba con el resto del ganado del pueblo, y el joven mercader, siendo un conocedor de ganados, echó un vistazo a la manada para ver si entre ellos había un toro de pura raza que pudiera tirar de los carrozas a través del río. Cuando sus ojos se posaron en el *Bodhisatta*, estuvo seguro de que éste lo haría; y, para averiguar quién era el dueño del *Bodhisatta*, les dijo a los pastores: "¿Quién es el dueño de este animal? Si pudiera ponerle el yugo y cruzar mis carrozas, pagaría por sus servicios". Ellos dijeron: "Tómenlo y pónganle un arnés, entonces; ya que no tiene amo por aquí".

Pero cuando el joven comerciante deslizó una cuerda [195] por la nariz del *Bodhisatta* y trató de sacarlo, el toro no se movió. Porque, se nos dice, el *Bodhisatta* no iría hasta que su paga fuera fijada. Comprendiendo su significado, el comerciante dijo: "Maestro, si hace cruzar estas quinientas carrozas, le pagaré dos monedas por carroza, es decir, mil monedas en total".

Entonces ya no se requirió ninguna fuerza para que el *Bodhisatta* fuera. Fue al lugar, y los hombres lo amarraron a las carrozas. El primero lo arrastró con un solo tirón y lo hizo aterrizar alto y en seco; y de la misma manera trató con toda la hilera de carrozas.

El joven comerciante ató alrededor del cuello del *Bodhisatta* un fardo que contenía quinientas monedas, o a razón de una sola moneda por carroza. Pensó el *Bodhisatta*: "¡Este tipo no nos está pagando según el contrato! ¡No dejaré que siga adelante!" Así que se paró en el camino de la primera carroza y bloqueó el camino. Y por mucho que lo intentaron, no pudieron sacarlo del camino. "Supongo que sabe que le he pagado menos", pensó el comerciante; y envolvió mil monedas en un fardo, que ató alrededor del cuello del *Bodhisatta*, diciendo: "Aquí está tu paga por cruzar las carrozas". Y el *Bodhisatta* se fue con las mil monedas de dinero las cuales sería para su "madre".

"¿Qué es eso alrededor del cuello de El Negro de la Abuela?" gritaron los niños del pueblo, corriendo hacia él. Pero el *Bodhisatta* los atacó desde lejos y los hizo huir corriendo, de modo que llegó adonde su "madre" sin problemas. No más que lo que parecía fatigado, con los ojos inyectados en sangre, de arrastrar todos esos quinientos carrozas por el río. La mujer piadosa, al encontrar mil piezas de dinero alrededor de su cuello, gritó: "¿De dónde sacaste esto, hijo mío?" Al enterarse por los pastores lo que había sucedido, exclamó: "¿Tengo algún deseo de vivir de tus ganancias, hijo mío? ¿Por qué pasaste por toda esta fatiga?" Diciendo esto, lavó al *Bodhisatta* con agua tibia y lo frotó con aceite; ella le dio de beber y le obsequió las debidas vituallas. Y cuando su vida terminó, ella falleció, con el *Bodhisatta*, para vivir de acuerdo con sus méritos.

Cuando terminó esta lección para mostrar que el *Buddha* no tuvo igual en el pasado de entonces, mostró la conexión al pronunciar, como *Buddha*, esta estrofa:

[196] Con cargas pesadas que llevar, con malos caminos,
 Amarraron 'al Negro'; quien pronto llevó la carga.

Después de su lección para mostrar que solo El Negro pudo llevar la carga, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Uppala-Vaṇṇā era la anciana de aquellos días, y yo mismo El Negro de la Abuela".

"Entonces, no envidies al pobre Muṇika". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de un Hermano que fue seducido por una joven y rechoncha mujer, tal como se relata en el Libro Decimotercero del *Culla-Nārada-Kassapa-Jātaka*¹.

Entonces el Maestro le preguntó al Hermano en cuestión, diciendo: "¿Es verdad, Hermano, como dicen, que eres blanco de la pasión?" "Es cierto, señor", fue la respuesta. "Hermano", dijo el Maestro, "ella ha sido su perdición; incluso en el pasado, llegó a su fin y se convirtió en el placer de una compañía el día de su boda". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares, el *Bodhisatta* cobró vida como un buey, llamado el Gran Rojo, dentro de la propiedad de un hacendado en cierta aldea. Y tenía un hermano menor que era conocido como Pequeño Rojo. Se contaba sólo con estos dos hermanos para hacer todo el trabajo de tiro de la familia. Además, el hacendado tenía una hija única, a quien un hidalgo del pueblo pidió su mano en matrimonio para su hijo. Los padres de la joven, con miras a proporcionar comida exquisita [197] para los invitados a la boda, comenzaron a engordar a un cerdo llamado Muṇika.

Al observar esto, Pequeño Rojo dijo a su hermano: "Todas las cargas que hay que sacar para esta casa las llevamos tú y yo, hermano mío; pero todo lo que nos dan por nuestro esfuerzo es hierba y paja miserable para comer. Sin embargo, aquí, ¡El cerdo está siendo alimentado con arroz! ¿Cuál puede ser la razón por la que es tratado con tal comida?

1. No. 477.

Su hermano dijo: "Mi querido Pequeño Rojo, no lo envidie, porque el cerdo come la comida de la muerte.

No es más que para proporcionar un condimento que la familia está alimentando a este cerdo, es para los invitados de la boda de su hija. Espere un momento y en poco de tiempo los invitados comenzarán a llegar. Entonces verá a ese cerdo sacado de su recinto por las piernas, será asesinado y entrará en un proceso de conversión en curry". Y diciendo esto, repitió esta estrofa: —

Entonces no envidie al pobre Muṇika; es la muerte lo que
Él come. Contento masque su frugal paja,
La prenda y garantía de duración de los días.

Poco después llegaron los invitados; y Muṇika fue matado y cocinado en todo tipo de platos. El *Bodhisatta* dijo a Pequeño Rojo, "¿Vio a Muṇika, querido hermano?" "hermano, he visto, el resultado del festín de Muṇika. Mejor cien, si no mil veces, que esa comida es la nuestra, aunque no sea más que hierba, paja y forraje; porque nuestra comida no nos hará daño, y es una promesa de que nuestras vidas no serán truncadas".

Cuando hubo terminado su lección en el sentido de que el Hermano en días pasados había sido llevado a su perdición por esa joven y se había convertido en un placer para una reunión [198], predicó las Verdades, al final de las cuales el hermano de la pasión consumó el Primer Sendero de la Salvación. También el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "El Hermano apasionado era el cerdo Muṇika de aquellos días, la joven es la misma en ambos casos, Ānanda era Pequeño Rojo, y yo mismo el Gran Rojo".

[Nota. Véase a continuación el *Pañca-Tantra* de Benfey, página 228, donde se rastrean las migraciones de esta popular historia. Ver también *Jātakas* Nos. 286 y 477.]

"*Dejad a todos los polluelos del bosque.*" — Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un hermano que bebía agua sin colarla¹.

La tradición dice que dos Hermanos jóvenes que eran amigos fueron de Sāvatti al campo y se instalaron en un lugar agradable. Después de permanecer aquí todo el tiempo que quisieron, partieron y se dirigieron hacia Jetavana para ver al *Buddha* Perfecto.

1, En cuanto a las reglas para filtrar el agua, véase *Vinaya Cullavagga* v. 13.

Uno de ellos llevaba un filtro; el otro no tenía ninguno; así que ambos usaron el mismo filtro antes de beber. Un día los dos se pelearon. El dueño del filtro no se lo prestó a su compañero, sino que filtraba y bebía su agua a solas.

Como al otro no se le permitió el filtro, y como no soportaba la sed, bebió agua sin filtrar. A su debido tiempo ambos llegaron a Jetavana y con un respetuoso saludo al Maestro tomaron asientos. Después de unas amistosas palabras de saludo, preguntó de dónde habían venido.

"Señor", dijeron ellos, "hemos estado viviendo en una aldea en el país de Kosala, de donde hemos venido para verlo". "¿Confío en que hayan llegado tan buenos amigos tal como empezaron su viaje?" El hermano sin filtro dijo: "Señor, él se peleó conmigo en el camino y no me prestó su filtro". El otro dijo: "Señor, él no filtraba su agua, sino que, a sabiendas, la bebía con todos los seres vivos que ésta contuviese". "¿Es cierto este reporte, hermano, de que a sabiendas bebió agua con todos los seres vivos que ésta contuviese?" "Sí, señor, bebí agua sin filtrar", fue la respuesta. "Hermano, los sabios y buenos del pasado, cuando volaban en fuga a lo largo de las profundidades en los días de su soberanía sobre la Ciudad de los *Devas*, pensaban con desdén sobre matar criaturas vivientes para asegurarse el poder. Más bien, esto se volvió su vehículo de retroceso, sacrificando gran gloria para salvar las vidas de los jóvenes de los *Garuḥas*". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

[199] Una vez, un Rey de Magadha reinaba Rājagaha en alabanza a Magadha. Y así como el que ahora es *Sakka* cobró vida en su nacimiento anterior en la aldea de Macala, en la tierra de Magadha, así fue como en la misma aldea el *Bodhisatta* cobró vida en aquellos días como un joven noble. Cuando llegó el día de su bautizo, se le llamó 'Príncipe Magha', pero cuando creció, fue conocido como 'Magha, el joven *brahmán*'. Sus padres tomaron para él una esposa de una familia del mismo rango que la suya; y él, con una familia de hijos e hijas creciendo a su alrededor, se destaba en generosidad y guardaba los Cinco Preceptos.

En ese pueblo había solo treinta familias, y un día los hombres se encontraron parados en medio del pueblo tratando sus asuntos. El *Bodhisatta* había quitado el polvo de donde estaba parado, y estaba allí cómodamente, cuando apareció otro y también se paró allí. Luego, el *Bodhisatta* se hizo de otro lugar para estar de pie cómodamente, solo para que se lo quitaran como el primero. Una y otra vez, el *Bodhisatta* comenzó de nuevo hasta que hubo hecho lugares cómodos para todos los hombres presentes. En otra ocasión levantó un pabellón, que luego derribó, haciendo un salón con bancos y disponiendo dentro de un cántaro de agua. En otra ocasión, estos treinta hombres fueron conducidos por el *Bodhisatta* para el desarrollo de

1. Los *Garuḥas* eran criaturas aladas de orden sobrenatural, los enemigos empedernidos de los *Nāgas*, cuyo dominio era el agua. Cf. (por ejemplo) *Jātaka* No. 154.

conocimientos sobre sí mismos; los estableció en los Cinco Preceptos, y desde entonces comenzó a andar con ellos haciendo buenas acciones. Y ellos también, haciendo buenas acciones, siempre en compañía del *Bodhisatta*, comenzaron a levantarse temprano y salir, con navajas, hachas y garrotes en sus manos. Con sus garrotes quitaban todas las piedras que estaban en los cuatro caminos y otros senderos del pueblo; los árboles que chocaban contra los ejes de las carrozas, los cortaban; los lugares ásperos los allanaban; construían calzadas, cavaban tanques de agua y construyeron un salón; desarrollaron generosidad y guardaron los Preceptos. De esta manera, los aldeanos generalmente acataban las enseñanzas del *Bodhisatta* y guardaban los Preceptos.

El jefe de la aldea pensó: "Cuando estos hombres solían emborracharse y cometer asesinatos y demás, solía ganar mucho dinero con ello, no solo con el precio de sus bebidas, sino también con las multas y cuotas que pagaban". Pero ahora, aquí está este joven *brahmán* Magha empeñado en hacer que guarden los Preceptos; está poniendo fin a los asesinatos y otros delitos". [200] Y en su ira gritó: "¡Haré que rompan los Cinco Preceptos!" Y se dirigió al Rey, diciendo: "Señor, hay una banda de ladrones que andan saqueando aldeas y cometiendo otras fechorías". Cuando el Rey escuchó esto, ordenó al jefe que fuera y trajera a los hombres ante él. Y el hombre fue y arrastró como prisioneros ante el Rey a cada uno de esos treinta hombres, presentándolos como los sinvergüenzas. Sin investigar sus acciones, el Rey ordenó de inmediato que el elefante los pisoteara hasta matarlos. Inmediatamente los hicieron acostarse en el patio del Rey y mandaron traer al elefante. El *Bodhisatta* los exhortó, diciendo: "Tengan en cuenta los Preceptos; amen al calumniador, al Rey y al elefante como a ustedes mismos". Y así lo hicieron.

Luego trajeron al elefante para pisotearlos hasta matarlos. Sin embargo, por más que lo guiaran, no se acercó a ellos, sino que huyó dando grandes trompeteos. Trajeron un elefante tras otro elefante; pero todos huían como el primero. Pensando que los hombres debían tener alguna droga en sus cuerpos, el Rey ordenó que los registraran. Se hizo una búsqueda en consecuencia, pero no se encontró nada; y así se lo dijeron al Rey. "Entonces deben estar murmurando algún hechizo", dijo el Rey; "pregúntales si tienen algún hechizo que murmuren".

Al hacerles la pregunta, el *Bodhisatta* dijo que tenían un hechizo. Y esto dijo la gente del Rey a su majestad. Así que el Rey los hizo llamar a todos ante su presencia y dijo: "Dígame su hechizo".

El *Bodhisatta* respondió: "Señor, no tenemos otro hechizo que éste: y es que ningún hombre entre los treinta de nosotros destruyen vidas, ni toman lo que no les haya sido dado, ni se comportan incorrectamente, ni mienten; nosotros no bebemos bebidas fuertes; nosotros abundamos en misericordia, mostramos generosidad, allanamos los caminos, cavamos estanques y

construimos un salón público; éste es nuestro hechizo, nuestra salvaguarda y nuestra fuerza".

Complacido con ellos, el Rey les dio a ellos todas las riquezas de la casa del calumniador y a éste lo hizo su esclavo; y les dio un elefante y al pueblo para arrancar.

A partir de entonces, haciendo buenas acciones al contenido de sus corazones, enviaron por un carpintero y le hicieron construir un gran salón en el encuentro de los cuatro caminos; no obstante, [201] como habían perdido todo deseo por las mujeres, no permitieron que ninguna mujer participara en la buena acción.

Ahora bien, en aquellos días había cuatro mujeres en la casa del *Bodhisatta*, cuyos nombres eran Bondad, Reflexiva, Alegría y Alta Cuna. De estos, Bondad, viéndose a solas con el carpintero, le dio una *propina*, diciendo: "Hermano, procure vincularme como la principal persona en relación con este salón".

"Muy bien", dijo él. Y antes de hacer cualquier otro trabajo en el edificio, hizo secar un poco de madera del pináculo, que modeló y perforó y convirtió en un pináculo terminado. Esto lo envolvió en un paño y lo dejó a un lado. Cuando el salón estuvo terminado y llegó el momento de poner el pináculo, exclamó: "Ay, mis maestros, hay una cosa que no hemos hecho". "¿Qué es?" "Es qué, deberíamos tener un pináculo". "Muy bien, que se consiga uno". Pero no puede estar hecho de madera verde; deberíamos tener un pináculo que haya sido cortado hace algún tiempo, modelado, taladrado y bien instalado". "Bueno, ¿qué se debe hacer ahora?" Vaya, mire a su alrededor para ver si alguien tiene algo en su casa como un pináculo ya hecho para la venta. Cuando ellos miraron a su alrededor en consecuencia, encontraron uno en la casa de Bondad, pero no pudieron comprárselo por ningún dinero. "Si me hace copartícipe de la buena acción", dijo ella, "se los daré gratis".

"No", fue la respuesta, "no permitimos que las mujeres participen de este buen trabajo".

Entonces les dijo el carpintero: "Mis maestros, ¿qué es lo que decís? Salvo el Reino *Brahmā*, no hay ningún lugar del que las mujeres estén excluidas. Tomen el pináculo y nuestro trabajo estará completo".

Consintiendo, tomaron el pináculo y completaron su salón. Instalaron bancas y plantaron una hilera de palmeras en el exterior. Reflexiva también hizo que se dispusiera de un llano en este lugar, y no se podía nombrar un árbol floreciente o fructífero que no creciera allí. Alegría también hizo que se cavara un estanque de agua en el mismo lugar, cubierto con las cinco clases de lotos, hermosos de contemplar. No obstante, Alta Cuna no hizo nada en absoluto.

El *Bodhisatta* cumplió con estos siete mandatos: amar a la madre, amar al padre, honrar a los mayores, decir la verdad, [202] evitar el lenguaje rudo, evitar la calumnia y evitar la mezquindad: -

Quien sostenga a sus padres, honre la edad,
sea amable, de lenguaje amistoso, no calumniador,
Implacable, veraz, señor, no esclavo de la ira,
– A Él, entre los Treinta y Tres¹, lo saludaré como Bienhechor.

Tal fue el estado digno de elogio al que llegó, y al final de su vida falleció para renacer en el Reino de los Treinta y tres como *Sakka*, Rey de los *Devas*; y allí también renacieron sus amigos.

En aquellos días había unos *Asuras* que habitaban el Reino de los Treinta y Tres. *Sakka*, Rey de los *devas*, dijo: "¿De qué nos sirve un reino que otros compartan?" Así que hizo que los *Asuras* bebieran el licor de los *Devas*, y cuando estuvieron borrachos, los hizo arrojar a los pies de las laderas del Monte Sineru. Cayeron directamente al 'Reino *Asura*', tal como se le llama, una región en el nivel más bajo del Monte Sineru, igual en extensión al Reino de los Treinta y tres. Ahí crece un árbol, parecido al Árbol de Coral de los *Devas*, que posee un eón de vida y se llama Flor de Trompetas de Varios Colores. Las flores de este árbol les mostraron de inmediato que ése no era el Reino de los *Devas*, porque allí florecía el Árbol de Coral. Así que gritaron: "El viejo *Sakka* nos ha embriagado y nos ha arrojado al gran abismo, apoderándose de nuestra ciudad celestial". "Vengan", gritaron, "recuperemos de él nuestro propio reino por la fuerza de las armas". Y treparon por los lados de Sineru, como hormigas por un pilar.

Al escuchar la alarma dada de que los *Asuras* estaban despiertos, *Sakka* salió hacia las grandes profundidades para darles batalla, pero al ser vencido en la pelea, se dio la vuelta y huyó a lo largo de cresta tras cresta desde las profundidades del sur en su 'Carroza de la Victoria', el cual era ciento cincuenta leguas de largo.

Ahora bien, mientras su carroza aceleraba a lo largo de las profundidades, llegó al Bosque de los Árboles de Seda y Algodón. A lo largo del camino de la carroza, estos árboles poderosos fueron cortados como muchas palmeras, y cayeron en lo profundo. Y mientras los jóvenes *Garuḷas* se precipitaban a través de las profundidades, sus gritos fueron fuertes. Dijo *Sakka* a *Mātali*, su auriga: "Mātali, amigo mío, ¿qué tipo de ruido es ése? [203] Qué desgarrador suena". "Señor, es el grito unido de los jóvenes *Garuḷas* en la agonía de su miedo, mientras su bosque es arrasado por la embestida de su carroza". Dijo el Gran Ser: "Que no se turben por mí, amigo

1. Uno de los *devalokas*, o reinos angelicales, de la cosmogonía budista, era el *Tāvātimsa-bhavanam*, o 'Reino de los Treinta y tres', llamado así porque sus habitantes estaban compuestos a treinta y tres *Devas* encabezados por *Sakka*, el *Indra* de la fe prebudista. Cada sistema-estelar, puede agregarse aquí, poseía un *Sakka* propio, como se indica más adelante.

Mātali. Por el bien del imperio, no actuemos de una manera que pueda destruir alguna vida. Más bien, y por su bien, daré mi vida como sacrificio a los *Asuras*. Dé la vuelta al coche." Y diciendo esto, repitió esta estrofa

Que todos los pájaros de nido del bosque, Mātali,
Escapen de nuestra carroza que todo lo devora.
Ofrezco, un sacrificio voluntario,
De mi vida a los *Asuras*; estos pobres pájaros
No serán arrancados de sus nidos por mí.

A la orden, Mātali, el auriga, dio la vuelta a la carroza y se dirigió al Reino de los *Devas* por otra ruta. Pero en el momento en que los *Asuras* lo vieron comenzar a dar la vuelta a su carrozas, gritaron que los *Sakkas* de otros mundos seguramente se estaban acercando; "deben ser sus refuerzos los que hacen retroceder su carroza". Temblando por sus vidas, todos huyeron y nunca se detuvieron hasta que llegaron al Reino *Asura*. Y *Sakka*, entrando en el cielo, se paró en medio de su ciudad, rodeado por una hueste angélica propia y de los ángeles *Brahmā*. Y en ese momento, a través de la tierra hendida, se levantó el 'Palacio de la Victoria', de unas mil leguas de altura, llamado así porque se levantó a la hora de la victoria. Luego, para evitar que los *Asuras* regresaran, *Sakka* hizo colocar guardias en cinco lugares, sobre los cuales se estableció:

[204] ¡Ambas ciudades se mantendrán inexpugnables!
En guardia quíntuple, observen a los *Nāgas*, *Garuḥas*,
¡*Kumbhaṇḍas*, *Demonios* y a los Cuatro Grandes Reyes!

Pero cuando *Sakka* disfrutaba como Rey de los *Devas* de la gloria del cielo, protegido con seguridad por sus centinelas en estos cinco puestos, Bondad murió y renació como una sierva de *Sakka* una vez más. Y el efecto de su ofrecimiento del pináculo fue que se elevó para ella una mansión, llamada 'Bondad', tachonada de joyas celestiales, de quinientas leguas de altura, donde, bajo un dosel blanco celestial de estado real, permanecía sentado *Sakka*, Rey de los *Devas*, gobernando sobre hombres y *Devas*.

Reflexiva también murió y nació una vez más como doncella de *Sakka*; y el efecto de su acción con respecto al llano fue tal que surgió un llano llamado 'Bosque de Enredaderas Reflexivas'. Alegría también murió y renació una vez más como una de las doncellas de *Sakka*; y el fruto de su estanque fue que surgió un estanque llamado 'Alegría' debido a ella. No obstante Alta Cuna, [205] sin haber realizado ningún acto de mérito, renació como una grulla, en una gruta en el bosque.

"No hay señales de Alta Cuna", se dijo *Sakka* a sí mismo; "Me pregunto dónde habrá renacido". Y mientras consideraba el asunto, descubrió su paradero. Así que le hizo una visita, y llevándola de regreso al cielo le mostró la encantadora ciudad de los *Devas*, el Salón de la Bondad, el Bosque de Enredaderas Reflexivas y el Estanque llamado Alegría. "Estas tres", dijo *Sakka*, "han renacido como mis doncellas a causa de las buenas acciones

que hicieron; pero en tu caso, sin haber hecho ninguna buena acción, habéis renacido como una creación bruta. De ahora en adelante guarda los Preceptos." Y habiéndola exhortado y confirmado así en los Cinco Preceptos, él la tomó de regreso y la dejó ir libre. Y desde entonces ella guardó los Preceptos.

Poco tiempo después, con curiosidad por saber si realmente podía guardar los Preceptos, *Sakka* fue y se recostó frente a ella en forma de pez. Pensando que el pez estaba muerto, la grulla lo agarró por la cabeza. El pez meneó la cola. "Bueno, creo que está vivo", dijo la grulla, y soltó al pez. "Muy bien, muy bien", dijo *Sakka*; "serás capaz de guardar los Preceptos". Y diciendo esto se fue.

Al morir como una grulla, Alta Cuna renació en la familia de un alfarero en Benarés. Preguntándose adónde había ido y finalmente descubriendo su paradero, *Sakka*, disfrazado de anciano, llenó una carroza con pepinos de oro macizo y se sentó en medio del pueblo, gritando: "¡Compren mis pepinos! ¡Compren mis pepinos!" La gente se acercó a él y preguntó por ellos. "Sólo los vendo a aquellos que guardan los Preceptos", dijo él, "¿los guardas usted?" "No sabemos a qué se refieres con sus 'Preceptos'; véndanos los pepinos". "No, no quiero dinero por mis pepinos. Los doy, pero sólo a los que guarden los Preceptos". "¿Quién es este payaso?" decía la gente mientras se alejaban. Al enterarse de esto, Alta Cuna pensó que los pepinos debían haber sido traídos para ella y, en consecuencia, fue y pidió algunos. —¿Guarda los Preceptos, señorita? dijo él. "Sí, los guardo", fue la respuesta. "Fue solo para ti que traje esto aquí", dijo él, y dejó los pepinos, la carroza y todo en la puerta de ella, y se marchó.

Continuando toda su vida guardando los Preceptos, Alta Cuna después de su muerte renació como la hija del Rey *Asura* Vepacittiya, y por su bondad fue recompensada con el regalo de una gran belleza. Cuando creció, su padre reunió a los *Asuras* para darle a su hija la elección de un marido. [206] Y *Sakka*, que había buscado y encontrado su paradero, tomó la forma de un *Asura* y descendió, diciéndose a sí mismo: "Si Alta Cuna elige a un esposo realmente de acuerdo a su corazón, seré él".

Alta Cuna fue vestida y conducida al lugar de la reunión, donde se le pidió que eligiera un esposo según su corazón. Mirando a su alrededor y observando a *Sakka*, su amor por él en una existencia pasada la motivó a elegirlo como su esposo al instante. *Sakka* la llevó a la ciudad de los *devas* y la convirtió en la jefa de veinticinco millones de bailarinas. Y cuando terminó su vida, falleció para vivir conforme a sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro reprendió al Hermano con estas palabras: "Así, Hermanos, los sabios y buenos del pasado cuando eran gobernantes de los *Devas*, se abstuvieron, incluso con el sacrificio de sus propias vidas, de ser culpables de ninguna matanza. ¿Y usted, que se ha consagrado a tan salvador credo, puede beber agua pura con todos los seres vivientes que ésta contuviese? Luego mostró la conexión e identificó los Renacimientos, diciendo: "Ānanda era entonces Mātali el auriga, y yo *Sakka*".

[Nota. Compárese con el *Comentario Dhammapada*, págs. 184 y siguientes; y *Culla-vagga* v. 13 en vol. ii. del *Vinaya* de Oldenberg (traducido en la página 100 del volumen XX de los *Libros Sagrados de Oriente* [*Sacred Books of the East*]) para los incidentes de la Historia Introductoria. Para el incidente de *Sakka* y los *Asuras* en la Historia del Pasado, ver *Jātaka-mālā*, No. 11 (J.R.A.S. 1893, página 315).]

"Una nota agradable". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre un Hermano con muchas pertenencias. El incidente es exactamente el mismo que en el *Devadhamma-Jātaka*¹.

"¿Es cierto este reporte, hermano", dijo el Maestro, "que usted tiene muchas pertenencias?" "Sí señor." "¿Por qué ha llegado a poseer tantas pertenencias?" Sin escuchar más allá de este punto, el Hermano se despojó de todas sus vestiduras y se quedó completamente desnudo ante el Maestro, gritando: "¡Andaré así!" "¡Oh, diablos!" exclamaron todos. El hombre se escapó y volvió al estado inferior de un laico. Reuniéndose en el Salón de la Verdad, los Hermanos hablaron de su incorrección al comportarse de semejante manera ante el Maestro. Entró el Maestro y preguntó cuál era el tema de discusión en el cónclave. "Señor", fue la respuesta, "estábamos discutiendo la incorrección de ese Hermano, y diciendo que en su presencia y justo ante las cuatro clases de sus seguidores² había perdido hasta ahora todo sentido de vergüenza como para mostrarse así, completamente desnudo, como el bebé de un pueblo, y que, encontrándose odiado por todos, recayó al estado inferior y perdió la fe".

El Maestro dijo: "Hermanos, ésta no es la única pérdida que le ha causado su desvergüenza; porque en el pasado perdió la joya de una esposa así como ahora ha perdido la joya de la fe". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

[207] Una vez, en el primer ciclo de la historia del mundo, los cuadrúpedos eligieron a un León como su Rey, los peces al pez monstruo Ānanda, y las aves al Ānade Real Dorado³. Ahora bien, el Rey Dorado

1. No. 6.

2. es decir, hermanos, hermanas, hermanos y hermanas laicos.

3. Cf. No. 270.

Pato Real tenía una hermosa hija pequeña, y su padre real le concedió cualquier favor que pudiera pedir. El favor que pedía era que se le permitiera elegir marido por sí misma; y el Rey en cumplimiento de su promesa reunió a todas las aves en el país de los Himalayas. Vinieron toda clase de aves, cisnes, pavos reales y todas las demás aves; y se congregaron en una gran meseta desnuda rocosa. Entonces el Rey envió a buscar a su hija y le ordenó que fuera y eligiera un esposo según su corazón. Mientras pasaba revista a la multitud de pájaros, sus ojos se posaron en el pavo real de un cuello reluciente como si fueran joyas y con una cola de variados tonos; y ella lo escogió, diciendo: Que sea éste mi marido. Entonces la asamblea de pájaros se acercó al pavo real y dijo: "Amigo pavo real, esta princesa, al elegir a su esposo entre todos estos pájaros, ha fijado su elección en su ser".

Llevado por una alegría extrema, el pavo real exclamó: "Hasta este día nunca han visto lo activo que soy"; y desafiando toda decencia, extendió sus alas y comenzó a bailar; y al bailar así se expuso embarazosamente.

Lleno de vergüenza, el Rey Dorado Pato Real dijo: "Este tipo no tiene modestia en su corazón ni decencia en su comportamiento exterior; ciertamente no daré mi hija a alguien tan desvergonzado". Y allí, en medio de toda aquella asamblea de pájaros, repitió esta estrofa:

Una nota agradable es la suya, una hermosa espalda,
Un cuello de color como el lapislázuli;
Una braza de longitud alcanza sus plumas extendidas.
Asimismo, su baile lo condena, hijo mío.

Justo frente a toda la reunión, el Rey Royal Pato real le dio a su hija un joven ánade real, sobrino suyo.

Cubierto de vergüenza por la pérdida de la Princesa Ánade Real, [208] el pavo real se levantó del lugar y huyó. Y el Rey Dorado Pato Real también volvió a su hogar.

"Así, hermanos", dijo el Maestro, "esta no es la única vez que el quebrantamiento de su modestia le ha causado pérdidas; así como ahora le ha hecho perder la joya de la fe, así en el pasado le hizo perder la joya de una esposa". Cuando terminó esta lección, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "El Hermano con muchas pertenencias era el pavo real de aquellos días, y yo mismo el Pato Royal".

[Nota. Ver placa XXVII. (11) de la *Stūpa* de Bharhut (donde figura un fragmento de una talla de esta historia), *Pañca-Tantra I* de Benfey, p. 280, y *Sagewiss Studien* de Hahn., pág. 69. Cf. también Heródoto, VI. 129.]

"*Mientras reine la concordia*". Esta historia la contó el Maestro mientras moraba en el Bosque de Banyan, cerca de Kapilavatthu, sobre una disputa por el casco de un portero, como se relatará en el *Kuṇāla-Jātaka*¹.

En esta ocasión, sin embargo, el Maestro habló así a sus parientes: — "Mis señores, la lucha entre parientes es indecorosa. Sí, en tiempos pasados, los animales, que habían derrotado a sus enemigos cuando vivían en concordia, llegaron a la destrucción total fue cuando pelearon entre ellos". Y a petición de sus parientes reales, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata era Rey de Benarés, el *Bodhisatta* renació como codorniz y vivió en el bosque a la cabeza de muchos miles de codornices. En aquellos días llegó a aquel lugar un cazador en búsqueda de codornices; y solía imitar el canto de una codorniz hasta que veía que los pájaros se congregaban, que era cuando arrojaba una red sobre ellos, para luego azotar los lados de la red para juntarlos, a fin de amontonarlos a todos en un grupo. Luego los metía en su canasta y, al volver a casa, vendía sus presas para ganarse la vida.

Ahora bien, un día, el *Bodhisatta* dijo a las codornices: "Este cazador está causando estragos entre nuestros parientes. Tengo un plan mediante el cual no podrá atraparnos. De ahora en adelante, en el momento en que arroje la red sobre ustedes, que cada uno ponga su cabeza a través de un agujero de la malla y luego todos vosotros juntos debéis volar con la red al lugar que queráis, y allí dejarla caer sobre un espino; hecho esto, todos escaparemos de nuestras mallas". "Muy bien", dijeron todos en un unánime acuerdo.

A la mañana siguiente, cuando la red fue arrojada sobre ellos, hicieron tal como el *Bodhisatta* se los había indicado: levantaron la red, [209] y la dejaron caer sobre un espino, escapando por debajo de él. Mientras el cazador aún estaba desenredando su red, llegó la tarde; y se fue con las manos vacías. En las mañanas y en los días siguientes, las codornices utilizaron el mismo truco. De modo que se convirtió en algo normal para el cazador dedicarse hasta la puesta del sol a desenredar su red, y luego regresar a casa con las manos vacías. En consecuencia, su esposa se enojó y dijo: "Día tras día regresas con las manos vacías; supongo que tendrás un segundo hogar que mantener".

1. No. 536.

"No, querida", dijo el cazador; "No tengo un segundo hogar que mantener. El hecho es que ahora esas codornices han podido trabajar juntas. En el momento en que mi red cae sobre ellas, vuelan con ella y se escapan, dejándola en un espino. Aun así, ellas no vivirán siempre en unidad. No te molestes; tan pronto como comiencen a discutir entre ellas, me llevaré todo el lote, y eso te hará sonreír". Y diciendo esto, repitió esta estrofa a su mujer:

Mientras reinen la concordia, los pájaros se llevarán la red.
Cuando surjan las disputas, caerán presas de mí.

No mucho después de esto, una de las codornices, al posarse en su zona de alimentación, pisó por accidente la cabeza de otra. "¿Quién ha pisado mi cabeza?" gritó enojada esta última. "Lo hice, pero no fue mi intención. No se enoje", dijo la primera codorniz. Pero a pesar de esta respuesta, la otra permaneció tan enojada como antes. Al continuar respondiéndose una a la otra, comenzaron a lanzarse burlas, diciendo: "Supongo que eres tú y solo tú quien levanta la red". Mientras discutían así unas con otras, el *Bodhisatta* pensó: "No puede haber seguridad con seres que sean belicosos. Llegará el momento en que ya no levantarán juntas la red, y por lo tanto encontrarán una gran destrucción. El cazador aprovechará su oportunidad. No puedo quedarme aquí por más tiempo. Entonces él, con sus seguidores, se fue a otro lugar.

Efectivamente, el cazador [210] volvió unos días más tarde y, primero reuniéndolos, imitando el canto de una codorniz, arrojó su red sobre ellas. Entonces dijo una codorniz: "Dicen que cuando estabas trabajando, levantando la red, se te cayó el pelo de la cabeza. Ahora es tu turno; elévate". La otra respondió: "Cuando estabas levantando la red, dicen que mudaste tus dos alas. Ahora es tu turno; elévate".

Pero mientras cada uno invitaba a la otra a levantar la red, el propio cazador levantó la red sobre ellas y las metió a todas en su cesta y se las llevó a casa, de modo que el rostro de su esposa se llenó de sonrisas.

"Por lo tanto, señores", dijo el Maestro, "una pelea entre parientes es indecorosa; las peleas solo conducen a la destrucción". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos, diciendo: "Devadatta era la codorniz tonta de aquellos días, y yo mismo la codorniz sabia y buena".

[Nota. Ver para las migraciones de esta historia *Pañca-Tantra*¹. 304 de Benfey, y Fausböll en R.A.S. *Journal*, 1870. Véase también *Julien's Avadānas*, vol. 1. página 155.]

"No es el frío." — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de la seducción de un monje por su una exesposa de la vida mundana antes de que se ordenara en la Hermandad. el Maestro dijo en esta ocasión: "¿Es cierto, lo que he oído, hermano, que está apasionado?"

"Sí, Bienaventurado".

"¿Por quién?"

"Por mi exesposa, señor, es dulce al tacto; ¡no puedo renunciar a ella! "Entonces dijo el Maestro: "Hermano, esta mujer le hace daño. Fue a través de ella que en tiempos pasados también llegó a su fin, cuando fue salvado por mí". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares, el *Bodhisatta* se convirtió en el sacerdote de su familia.

En aquellos días, unos pescadores habían echado la red al río. Y un gran pez grande venía jugando amorosamente con su esposa. Ella, olfateando la red mientras nadaba delante de él, la rodeó y escapó. Pero su enamorado esposo, cegado por la pasión, navegó directo hacia las mallas de la red. Tan pronto como los pescadores lo sintieron en su red, izaron y sacaron el pescado; no lo mataron de inmediato, sino que lo arrojaron vivo sobre la arena. [211] "Lo cocinaremos a la brasa para la cena", dijeron ellos; y en consecuencia se pusieron a trabajar para encender un fuego y tallar un asador para cocinarlo. El pez se lamentó, diciéndose a sí mismo: "No es la tortura de las brasas ni la angustia de la separación ni ningún otro dolor lo que me aflige, sino sólo el angustioso pensamiento de que mi esposa sea infeliz al creer que me he ido con otra." Y repitió esta estrofa: —

No es el frío, el calor o la red hiriente;

No es más que el miedo que mi querida esposa pueda pensar
Que el amor de otra se ha llevado lejos a su cónyuge.

En ese momento el sacerdote llegó a la orilla del río con sus esclavos asistentes para bañarse. Ahora bien, él entendía el lenguaje de todos los animales. Por lo tanto, cuando escuchó el lamento del pez, pensó: "Este pez se está lamentando por la pasión. Si muere en este enfermizo estado mental, no podrá escapar del renacimiento en el infierno. Lo salvaré". Así que fue con los pescadores y les dijo: "Mis queridos hombres, ¿no nos dan un pescado todos los días para nuestro curry?" "¿Qué dice usted, señor?" dijeron los pescadores; "Por favor, llévase cualquier pez que le guste". "No necesitamos nada más que éste; solo denos éste". Es suyo, señor.

Tomando al pez con sus dos manos, el *Bodhisatta* se sentó en la orilla y le dijo al pez: "Amigo pez, si no lo hubiera visto hoy, se habría encontrado con la muerte. Deje de ser esclavo en el futuro de la pasión". Y con esta exhortación, arrojó el pez al agua y entró a la ciudad.

[212] Terminó su lección, el Maestro predicó las Verdades, al término de las cuales el Hermano apasionado consumó el Primer Sendero. Además, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "La exesposa era el pez hembra de aquellos días, el Hermano apasionado era el pez macho, y yo mismo el sacerdote de la familia".

[Nota. Comparar *Jātakas* No. 216 y 297.]

No. 35

VAṬṬAKA-JĀTAKA

"*Con alas que no vuelan*". Esta historia fue contada por el Maestro, durante una peregrinación de ofrendas a través de Magadha, sobre el apagado de un incendio en una jungla. Una vez el Maestro, mientras estaba en una peregrinación de ofrendas a través de Magadha, fue en su ronda matutina por ofrendas a cierta aldea en dicho país; a su regreso, después de la comida, volvió a salir seguido por la compañía de los Hermanos. En ese momento se desató un gran incendio. Había un gran número de Hermanos tanto delante del Maestro como detrás de él. Se encendió el fuego, extendiéndose por todas partes, hasta que todo fue una cortina de humo y llamas. Entonces, algunos Hermanos no convertidos se apoderaron del temor a la muerte. "Hagamos un contrafuego", gritaron; "entonces el gran fuego no barrerá el suelo que hayamos quemado". Y, con esta vista, se pusieron a encender fuego con sus yescas.

Pero otros dijeron: "¿Qué es esto que hacéis, hermanos? Sois como los que no ven la Luna en medio del cielo, o el orbe del Sol saliendo con miradas de rayos desde el este, o el mar en cuyas orillas descansan, o el monte Sineru elevándose ante sus propios ojos, cuando, mientras viajan en compañía de aquel que es incomparable entre *devas* y hombres por igual, no piensan en el *Buddha* Totalmente Iluminado, sino que claman: 'Hagamos un contrafuego!' ¡No conocen el poder de un *Buddha*! Vengan, vayamos con el Maestro". Luego, reuniéndose por delante y por detrás por igual, los Hermanos en un solo cuerpo rodearon al Señor de la Sabiduría. En cierto lugar el Maestro se detuvo, con esta poderosa congregación de Hermanos rodeándolo. Estaban rodeados por las llamas, como rugiendo para devorarlos. Pero cuando se acercaron al lugar donde el *Buddha* se había puesto de pie, las flamas no se acercaron más de dieciséis esloras, sino que se apagaron allí mismo, como una antorcha sumergida en el agua. No tuvieron poder para extenderse sobre un espacio de treinta y dos unidades de longitud de diámetro.

Los Hermanos prorrumpieron en alabanzas al Maestro, diciendo: "¡Oh! ¡Cuán grandes son las virtudes de un *Buddha*! Porque incluso este fuego, aunque carente de sentido, no pudo pasar por encima del lugar donde estaba un *Buddha*, sino que se apagó como una antorcha en el agua. ¡Oh, qué maravillosos son los poderes de un *Buddha*!

[213] Al escuchar sus palabras, el Maestro dijo: "No es mi poder actual, Hermanos, lo que ha hecho que este fuego se apague al llegar a esta zona del terreno. Es el poder de un 'Acto de Declaración de Verdad' hecho por mi persona en el pasado. Es por ello que en este lugar no arderá ningún fuego durante todo este eón, siendo el milagro uno que perdurará durante todo un eón".¹

Luego, el Venerable Ānanda dobló un ropaje en cuatro y la extendió para que el Maestro se sentara. El Maestro tomó asiento. Inclinandose ante el *Buddha* mientras estaba sentado allí con las piernas cruzadas, los Hermanos también se sentaron a su alrededor. Entonces le preguntaron, diciendo: "Sólo el presente nos es conocido, señor; el pasado nos es oculto. Háganoslo saber". Y, a petición de ellos, el *Buddha* contó esta historia del pasado.

Una vez, en este mismo lugar en Magadha, el *Bodhisatta* volvió a la vida como una codorniz. Rompiendo su curso para salir de la cáscara del huevo en el que nació, se convirtió en una joven codorniz, del tamaño de una pelota grande². Sus padres lo mantuvieron acostado en el nido, mientras lo alimentaban con la comida que le traían en sus picos. Él mismo, no poseía la fuerza ni siquiera para extender sus alas y volar por el aire, ni para levantar los pies y caminar sobre la tierra. Año tras año, ese lugar siempre era devastado por un incendio en la jungla; y fue justo en este momento cuando las llamas barrieron el lugar con un poderoso rugido. Las bandadas de pájaros, que salieron disparados de sus diversos nidos, fueron poseídos por el miedo a la muerte y se alejaron chillando. El padre y la madre del *Bodhisatta* estaban tan asustados como los demás y se fueron volando, abandonando al *Bodhisatta*. Acostado en el nido, el *Bodhisatta* estiró el cuello y, al ver las llamas que se extendían hacia él, pensó: "Si tuviera el poder de desplegar mis alas y volar, volaría de aquí hacia un lugar seguro; o, si pudiera mover mis piernas y caminar, podría escapar a pie a otro lugar. Además, mis padres, poseídos por el temor a la muerte, huyeron para salvarse, dejándome aquí completamente solo en el mundo. Estoy sin protección ni ayuda. ¿Qué, pues, debo hacer hoy?"

Entonces le vino este pensamiento: — "En este mundo existe aquello denominado la Eficacia de la Bondad, y aquello denominado la Eficacia de la Verdad. Hay quienes, por haber desarrollado las Perfecciones en épocas pasadas, han alcanzado bajo el árbol Bo la Total Iluminación; quienes, habiendo logrado la Liberación mediante la bondad, la tranquilidad y la sabiduría, poseen también el discernimiento del conocimiento de tal Liberación; [214] son quienes están llenos de verdad, compasión, misericordia y paciencia; cuyo amor abarca a todas las criaturas por igual; a quienes los hombres llaman *Buddhas* omniscientes. Hay una eficacia en los atributos que han consumado. Y yo también conozco esta verdad; yo

1. Ver arriba, página 56.

2. Véase Morris, *Journal P. T. S.* 1884, pág. 90.

sostengo y creo en un solo principio de la naturaleza. Por lo tanto, me corresponde evocar a los *Buddhas* del pasado, y a la Eficacia que han desarrollado, y aferrarme a la verdadera creencia de que existe en mí algo basado en el principio de la Naturaleza; y por un Acto de Declaración de Verdad hacer retroceder a estas llamas, para salvación tanto mía como de las demás aves."

Por eso se ha dicho: —

Hay gracia salvadora en la Bondad en este mundo;
Hay Verdad, Compasión, Pureza de Vida.
De ese modo, obraré un Acto Inigualable de Declaración de Verdad.

Evocando al poder de la Fe, y reflexionando
En aquellos que triunfaron en el pasado,
Fuerte en la verdad, forjé un Acto de Declaración de Verdad.

En consecuencia, el *Bodhisatta*, recordando la eficacia de los *Buddhas* que habían desaparecido hace mucho tiempo, realizó un Acto de Declaración de Verdad en nombre de la verdadera fe que había en él, repitiendo esta estrofa: —

Con alas que no vuelan, pies que aún no caminan,
¡Abandonado por mis padres, aquí yazgo!
Por eso conjuro, temible Señor del Fuego,
Primeval *Jātaveda*, ¡retroceda! ¡atrás!

Incluso mientras realizaba su Acto de Declaración de Verdad, *Jātaveda* retrocedió un espacio de dieciséis longitudes; y al volver las llamas, éstas no se fueron al bosque devorando todo a su paso. No; se apagaron allí mismo, como una antorcha sumergida en el agua. Por eso se ha dicho: —

[215] Realicé mi Acto de Declaración de Verdad, y con ello
La sábana de fuego ardiente dejó dieciséis unidades de longitud
Indemne, como la llamas que se encuentran con al agua y se apagan.

Y como ese lugar no fue devastado por el fuego durante todo un eón, al milagro se llama 'el milagro del eón'. Cuando su vida terminó, el *Bodhisatta*, que había realizado este Acto de Declaración de Verdad, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

"Así, Hermanos", dijo el Maestro, "no es mi poder presente sino la eficacia de un Acto de Declaración de Verdad realizado por mí cuando era una joven codorniz en el pasado, lo que ha hecho que las llamas cesen sobre esta zona de la selva". Su lección terminó, predicó las Verdades, al final de las cuales algunos consumaron el Primero, algunos el Segundo, algunos el Tercer Sendero, mientras que otros se convirtieron en *Arahats*. Además, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Mis padres actuales fueron los padres codornices de aquellos días, y yo mismo el Rey de las codornices".

[Nota. La historia y los versos aparecen en el *Cariyā-Piṭaka*, p. 98. Véase la referencia a esta historia en el *Jātaka* No. 20, supra.

Para el título arcaico de *Jātaveda* aquí dado al Fuego, compare *Jātaka*, No. 75, como un uso similar del nombre arcaico *Pajjunna*.]

"Vosotros, *habitantes del aire*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano cuya celda fue incendiada.

La tradición dice que un Hermano, habiendo recibido un objeto de meditación del Maestro, fue de Jetavana a la tierra de Kosala y allí se quedó en una vivienda en un bosque, cerca de un pueblo fronterizo. Ahora bien, durante el primer mes de su residencia allí, su celda fue incendiada. Esto lo informó a los aldeanos, diciendo: "Mi celda ha sido quemada; vivo en la incomodidad". Ellos dijeron: "La tierra está sufriendo de sequías en este momento; nos ocuparemos de ello cuando hayamos regado los campos". Cuando terminó el riego, dijeron que primero debían sembrar; cuando terminaron de sembrar, que tenían que poner las cercas; cuando se levantaron las vallas; que tenían primero que desherbar, segar y trillar; hasta que, entre un trabajo y otro que no dejaban de mencionar, pasaron tres meses enteros.

Después de pasados tres meses al aire libre con incomodidad, ese Hermano había desarrollado su objeto de meditación, pero no pudo avanzar más. Así que, después del festival *Pavāraṇā* que pone fin a la estación de lluvias, volvió nuevamente adonde el Maestro y, con el debido saludo, se sentó a un lado. Después de amables palabras de saludo, el Maestro dijo: "Bueno, hermano, ¿ha vivido feliz durante la temporada de lluvias? ¿Terminó con éxito su objeto de meditación?" El Hermano le contó todo lo sucedido, y agregó: "Como no tuve alojamiento a mi medida, mi objeto de meditación no terminó con éxito".

Entonces dijo el Maestro: "En tiempos pasados, hermano, incluso los animales sabían lo que les convenía y lo que no. ¿Cómo es que usted aún no lo sabe?" Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

[216] Érase una vez, cuando Brahmādatta reinaba en Benares, que el *Bodhisatta* nació como un pájaro y vivía alrededor de un árbol gigante de troncos ramificados, a la cabeza de una bandada de pájaros. Ahora bien, un día, mientras las ramas de este árbol se frotaban unas contra otras, empezó a caer el polvo, seguido pronto por el humo. Cuando el *Bodhisatta* se dio cuenta de esto, pensó: "Si estas dos ramas continúan frotándose una contra otra de esta manera, producirán fuego; y el fuego vendrá y se apoderará de las hojas viejas, y así llegará a establecerse el fuego también en este árbol. No podemos seguir viviendo aquí; lo correcto será irnos a toda prisa a otra parte". Y repitió esta estrofa a la compañía de pájaros: —

Vosotros habitantes del aire, que en estas ramas
Han buscado refugio, marcan las semillas del fuego
¡Este árbol terrenal se está reproduciendo! Busquen seguridad
¡Vuelen! ¡Nuestra confiable fortaleza alberga la muerte!

Los pájaros más sabios que siguieron los consejos del *Bodhisatta*, de inmediato se elevaron en el aire y se fueron a otra parte en su compañía. Pero los insensatos dijeron:

"Siempre es así con él; siempre está viendo cocodrilos en una gota de agua". Así que ellos, sin prestar atención a las palabras del *Bodhisatta*, se quedaron donde estaban. En muy poco tiempo, tal como lo había previsto el *Bodhisatta*, las llamas realmente estallaron y el árbol se incendió. Cuando se levantó el humo y las llamas, los pájaros, cegados por el humo, no pudieron escapar; uno por uno, cayeron en las llamas y fueron destruidos.

"Así, hermano", dijo el Maestro, "en tiempos pasados, incluso los animales que moraban en la copa de los árboles, sabían lo que les convenía y lo que no. ¿Cómo es que aún no saben esto?" [217] Terminó su lección, predicó las Verdades, al término de las cuales aquel Hermano obtuvo el Fruto del Primer Sendero. Además, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Los discípulos del *Buddha* eran entonces los pájaros que escuchaban al *Bodhisatta*, y yo mismo era el pájaro sabio y bueno".

"*Para aquellos que honran la edad*". Esta historia la contó el Maestro mientras se dirigía a Sāvatti, sobre la forma en que el Venerable Sāriputta no pudo pasar la noche en ningún alojamiento.

Ya que, cuando Anātha-piṇḍika hubo construido su monasterio, y envió un mensaje de que estaba terminado, el Maestro dejó Rājagaha y llegó a Vesālī, y emprendió de nuevo su viaje después de detenerse en este último lugar según su comodidad. Fue entonces cuando los discípulos de los Seis se adelantaron y, antes de que se pudiera tomar alojamiento para los Mayores, acapararon todos los alojamientos disponibles, que repartieron entre sus superiores, sus maestros y entre ellos mismos. Cuando los Venerables llegaron más tarde, no pudieron encontrar alojamiento para pasar la noche. Incluso los discípulos de Sāriputta, a pesar de toda su búsqueda, no pudieron encontrar alojamiento para el Venerable. Como no tenía alojamiento, el Venerable pasó la noche al pie de un árbol cerca de los aposentos del Maestro, caminando de un lado a otro o sentado al pie del árbol.

Al amanecer, el Maestro tosió al salir. El Venerable también tosió. "¿Quién está ahí?" preguntó el Maestro. "Soy yo, Sāriputta, señor". "¿Qué estás haciendo aquí a esta hora, Sāriputta?" Entonces el Venerable contó su historia, al final de la cual el Maestro pensó: "Incluso ahora, mientras todavía estoy vivo, los Hermanos carecen de cortesía y subordinación; ¿qué no harán cuando yo esté muerto y me haya ido?" Y el pensamiento lo llenó de ansiedad por la Verdad. Tan pronto como llegó el día, hizo reunir a la congregación de Hermanos y les preguntó, diciendo: "¿Es verdad, Hermanos, según he oído, que los seguidores de los Seis se adelantaron y mantuvieron a algunos Venerables de la Orden sin alojamiento para pasar la noche?" "Así es, Bienaventurado", fue la respuesta. Acto seguido, con un reproche a los adherentes de los Seis y como una lección para todos, se dirigió a los Hermanos y dijo: "Díganme Hermanos, ¿quién merece el mejor alojamiento, la mejor agua y el mejor arroz?"

Algunos respondieron: "El que fue un noble antes de convertirse en Hermano". Otros dijeron: "El que originalmente fue un *brahmán*, o un hombre de medios". Otros dijeron por separado: "El hombre versado en las Reglas de la Orden; el hombre que puede exponer la Ley; los hombres que hayan conseguido la primera, segunda, tercera o cuarta etapa del éxtasis místico". Mientras que otros dijeron: "El hombre en el Primero, Segundo o Tercer Sendero de la Salvación, o un *Arahat*; alguien que conozca las Tres Grandes Verdades; alguien que tenga los Seis Conocimientos Superiores".

Después de que los Hermanos hubieron declarado quiénes consideraban individualmente más dignos de precedencia en materia de alojamiento y similares, el Maestro dijo: [218] "En la religión que enseño, el estándar por el cual la precedencia en materia de alojamiento y similares consiste en estar asentado, no en el nacimiento noble, o haber sido un *brahmán*, o haber sido rico antes de ingresar a la Orden; el estándar no es la familiaridad con las Reglas de la Orden, con los *Suttas*, o con los Libros Metafísicos¹; ni es ya sea el logro de cualquiera de las cuatro etapas del éxtasis místico, o de haber caminado en cualquiera de los Cuatro Senderos de la Salvación. Son los mayores quienes deben disfrutar del mejor alojamiento, la mejor agua y el mejor arroz. Este es el verdadero estándar, y por lo tanto el hermano mayor debe gozar de estas cosas. Sin embargo, hermanos, aquí está Sāriputta, quien es mi Discípulo Principal, quien ha puesto en marcha la Rueda de la Verdad Menor, y que merece tener un alojamiento junto a mí. ¡Y Sāriputta ha pasado esta noche sin alojamiento al pie de un árbol! Si le faltan el respeto y pecan de subordinación inclusive ahora, ¿Cómo será vuestro comportamiento con el paso del tiempo?

Y para una instrucción adicional dijo: "En tiempos pasados, hermanos, incluso los animales llegaron a la conclusión de que no era apropiado que ellos vivieran sin respeto y subordinación los unos a los otros, o sin un orden de vida común; incluso estos animales decidieron averiguar cuál de ellos era el mayor, y luego mostrarle todas las formas de reverencia. Así que investigaron el asunto, y habiendo descubierto cuál de ellos era el mayor, le mostraron todas las formas de reverencia, por lo que al morir en esa vida ellos aseguraron su renacimiento en el cielo". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Érase una vez, junto a un gran árbol baniano, en las laderas de los Himalayas, que vivían tres amigos: una perdiz, un mono y un elefante. Una vez llegaron a faltarse el respeto y a la subordinación mutua, y no tenían un orden en su vida común. Y les vino el pensamiento de que no les convendría vivir de esta manera, y que deberían averiguar cuál de ellos era el mayor y honrarlo.

Mientras se dedicaron a pensar cuál era el mayor, un día se les ocurrió una idea. Dijeron la perdiz y el mono al elefante mientras los tres se sentaban juntos al pie de un árbol baniano: "Amigo elefante, ¿qué tamaño tenía este baniano cuando recuerda haberlo visto por primera vez?" El elefante dijo: "Cuando yo era un bebé, este baniano era un mero arbusto, sobre el que solía caminar; y cuando me paraba a horcajadas sobre él, sus ramas más altas solían llegar hasta mi vientre. He conocido al árbol desde que fue un mero arbusto".

1. es decir, las tres divisiones, o 'tres cestas', de las escrituras budistas,

A continuación, los otros dos le hicieron la misma pregunta al mono; y él respondió: "Amigos míos, cuando era joven, [219] solo tenía que estirar el cuello mientras me sentaba en el suelo, y podía comer los brotes más altos de este baniano. Así que he conocido este baniano desde que fue muy pequeño".

Entonces a la perdiz le hicieron la misma pregunta los otros dos; y él dijo: "Amigos, en la antigüedad había un gran árbol baniano en tal y tal lugar; comí sus semillas y las vacié aquí; ese fue el origen de este árbol. Por lo tanto, tengo conocimiento de este árbol desde antes de que naciera, y soy mayor que ustedes dos".

Entonces el mono y el elefante dijeron a la sabia perdiz: "Amigo, eres el mayor entre nosotros. De ahora en adelante tendrás de nosotros actos de honor y veneración, señales de reverencia y respeto, palabras y acciones de reverencia, saludo y toda la veneración debida"; y seguiremos sus consejos. Usted, por su parte, de ahora en adelante tendrá el favor de impartir el consejo que necesitamos".

Desde entonces la perdiz les aconsejó y los estableció en los Preceptos, que también él mismo se comprometió a guardar. Estando así establecidos en los Preceptos, y haciéndose respetuosos y subordinados entre sí, con el debido ordenamiento de su vida común, estos tres se aseguraron de renacer en el cielo al final de esta vida.

"Los objetivos de estos tres", continuó el Maestro, "llegaron a ser conocidos como la 'Santidad de la perdiz', y si estos tres animales, Hermanos, vivieron juntos con respeto y subordinación, ¿cómo pueden ustedes, que han abrazado Una Fe cuyas Reglas están tan bien enseñadas, vivir juntos sin el debido respeto y subordinación? En adelante ordeno, Hermanos, que a la antigüedad se le preste respeto en palabra y acción, saludo y todo el debido servicio; derecho al mejor alojamiento, la mejor agua y el mejor arroz; y nunca más permitan que un Venerable mayor sea privado de un alojamiento por uno menor.

Fue al final de esta lección que el Maestro, como *Buddha*, repitió esta estrofa: —

Porque los que honran la edad, en Verdad son versados;
Alabanza ahora, y bienaventuranza en el más allá, es su recompensa.

[220] Cuando el Maestro hubo terminado de hablar de la virtud de reverenciar la edad, hizo la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Moggallāna era el elefante de aquellos días, Sāriputta el mono, y yo mismo la sabia perdiz".

[Nota. Ver esta historia en el *Vinaya*, vol. II. página 161 (traducido en la página 193 del Vol. XX. de los *Libros Sagrados de Oriente* [*Sacred Books of the East*]) y en los *Avadānas* de Julien, Vol. II. página 17. Se hace referencia a este *Jātaka* por su nombre en el *Sumaṅgala-Vilāsini* de Buddhaghosa, página 178; pero su cita, aunque pretende ser del *Tittira-Jātaka*, es del pasaje anterior del *Vinaya*. El Prof. Cowell ha rastreado su historia en *Y Cymmrodor*, Octubre de 1882.]

"*La astucia no es productiva*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano que era sastre.

La tradición dice que en Jetavana vivía un Hermano que era sumamente hábil en todas las operaciones que debían realizarse con un ropaje, como cortarlo, unirlo, arreglarlo y coserlo. Debido a esta habilidad, solía confeccionar ropajes y por ello obtuvo el nombre de 'El sastre de ropajes'. Se preguntará ¿qué hacía él? Bueno, ejercía su oficio en base a pedazos viejos de tela y confeccionaba con ello un bonito y suave ropaje, que, después de teñir, realzaba el color con un lavado que contenía harina para hacer un vendaje, y lo frotaba con una concha, hasta que se hacía bastante elegante y atractivo. Entonces dejaba su trabajo a un lado.

Siendo ignorantes en la confección de ropajes, los hermanos llegaban a él con ropaje nuevos, diciendo: "No sabemos cómo componer ropajes; ¿nos las haces?".

"Señores", respondía, "un ropaje lleva mucho tiempo confeccionarlo, pero tengo uno que está recién terminado. Pueden tomarlo, si me dejan estas telas a cambio". Y, diciendo esto, sacaba la suya y se lo entregó. Y ellos, notando sólo su fino color, y sin saber de qué estaba hecho, pensaron que era bueno y fuerte, así que entregaron su tela nueva a 'El Fabricante de Ropajes' y se fueron con el ropaje que él les había ofrecido a cambio de las telas. Cuando se ensució y se lavó con agua caliente, revelando sus verdaderas características, y los parches gastados se hacían visibles aquí y allá. Entonces los dueños se arrepintieron de su trato. En todas partes, ese hermano se hizo conocido por engañar de esta manera a todos los que acudían a él.

Ahora bien, había un fabricante de ropajes en una aldea que solía engañar a todos, tal como lo hacía el hermano en Jetavana. [221] Los amigos de este hombre entre los Hermanos le dijeron: "Señor, dicen que en Jetavana hay un fabricante de ropajes que engaña a todos tal como lo hace usted". Entonces lo asaltó el pensamiento: "¡Vamos, déjenme engañar a ese hombre de la ciudad!" Así que hizo de trapos un ropaje muy fino, que tiñó de un hermoso color naranja. Se puso esto y se fue a Jetavana. En el momento en que el otro lo vio, lo codició y le dijo a su dueño: "Señor, ¿usted hizo ese ropaje?" "Sí, yo lo hice, señor", fue la respuesta. "Déjame cambiarle ese ropaje, señor; obtendrá otro en su lugar". "Pero, señor, a nosotros, los hermanos del pueblo, nos resulta difícil conseguir los requisitos; si le doy esto, ¿qué tendré para vestirme?" "Señor, tengo una tela nueva en mi alojamiento; tómela y hágase un ropaje". "Reverendo señor, aquí yo he cosido mi propio ropaje; pero, si habla así, ¿qué puedo hacer? Tómelo". Y habiendo engañado al otro cambiándole el ropaje de harapos por unas telas nuevas, se marchó.

Después de ponerse entonces el ropaje estropeado, el hombre de Jetavana lo lavó poco después con agua tibia, y fue entonces que se dio cuenta de que estaba hecho de harapos; así que se avergonzó. Toda la Hermandad escuchó la noticia de que el hombre de Jetavana había sido engañado por el sastre de ropajes de una aldea.

Ahora bien, un día los Hermanos estaban sentados en el Salón de la Verdad, discutiendo las noticias, cuando el Maestro entró y preguntó de qué estaban discutiendo; y le contaron todo.

Entonces el Maestro dijo: "Hermanos, ésta no es la única ocasión que se utilizan estos trucos engañosos en el fabricante de ropajes de Jetavana; en tiempos pasados también hizo exactamente lo mismo, y, justamente como ha sido engañado ahora por el ruano de la aldea, así lo fue él, también en tiempos pasados". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez el *Bodhisatta* cobró vida en cierto refugio del bosque como el *deva* de un árbol que estaba cerca de cierto estanque de lotos. En aquellos días, el agua solía caer todos los veranos muy bajamente en cierto estanque, el cual no era muy grande y estaba abundantemente abastecido de peces. Al ver estos peces, cierta grulla se dijo a sí misma: "Debo encontrar una manera de engatusar y comerme a estos peces". Así que fue y se sentó en profundo pensamiento junto al agua.

Ahora bien, cuando los peces lo vieron, dijeron: "¿En qué está pensando, mi señor, mientras está sentado allí?" "Estoy pensando en ustedes", fue la respuesta. "¿Y qué está pensando su señoría sobre nosotros?" "El agua en este estanque está baja, la comida escasea y el calor es intenso; me preguntaba, mientras estaba sentado aquí, qué diablos harán ustedes, los peces". "¿Y qué vamos a hacer, mi señor?" "Bien, si siguen mi consejo, [222] los tomaré uno por uno con mi pico, y los llevaré a todos a un hermoso estanque grande cubierto con las cinco variedades de lotos, y allí los depositaré." "Mi señor", dijeron ellos, "ninguna grulla se preocupó jamás por los peces desde el comienzo del mundo. Su deseo es comernos uno por uno." "No; No los comeré mientras confíen en mí", dijo la grulla. "Si no creen en mi palabra de que existe tal estanque, envíe a uno de los suyos para que vaya conmigo y lo vea por sí mismo". Creyendo en la grulla, el pez le presentó un gran pez grande (ciego de un ojo, por cierto), que pensaron que sería un rival para la grulla ya fuera a flote o en tierra, y dijeron: "Aquí está el que lo acompañará".

La grulla sacó el pez y lo puso en el estanque, y después de mostrarle toda la extensión, lo trajo de nuevo y lo metió junto con los otros peces en su antiguo estanque. Y les habló sobre los encantos del estanque nuevo.

Después de escuchar este reporte, se entusiasmaron por ir hasta ahí y le dijeron a la grulla: "Muy bien, mi señor; por favor, llévenos al otro lado".

En primer lugar, la grulla cogió de nuevo a ese gran pez tuerto y lo llevó hasta el borde del estanque para que pudiera ver el agua, pero en realidad se posó en un árbol *Varaṇa* que crecía en la orilla. Arrojando al pez en una horquilla del árbol, lo picoteó hasta matarlo, después de lo cual lo limpió y dejó que los huesos cayeran al pie del árbol. Luego volvió y dijo: "Lo he dejado en el estanque, ¿quién es el siguiente?" Y así tomó los pescados uno por uno, y se los comió a todos, hasta que por fin cuando volvió, no pudo

encontrar a ninguno restante. No obstante, todavía quedaba un cangrejo en el estanque; entonces la grulla, que quería comérselo también, dijo: "Señor cangrejo, he sacado a todos esos peces y los he llevado a un hermoso estanque grande cubierto totalmente de lotos. Venga, yo también lo llevaré". "¿Cómo me va a llevar?" dijo el cangrejo. "Pues, en mi pico, sin duda", dijo la grulla. "Ah, pero podría dejarme caer", el cangrejo dijo; "No iré contigo". "No se asuste; lo mantendré bien agarrado todo el camino". Entonces el cangrejo pensó: "Él no ha puesto a los peces en el estanque. No obstante, si realmente me pusiera a mí, eso sería fundamental. Si no lo hace, — bueno, le cortaré la cabeza y lo mataré." Así es que le habló a la grulla de la siguiente manera: "Tú nunca podrías sujetarme lo suficientemente fuerte, amiga grulla; mientras que

nosotros, los cangrejos, tenemos un agarre asombrosamente fuerte. [223] Si pudiera agarrarlo por el cuello con mis garras, podría sostenerte fuertemente y entonces podría ir contigo".

Sin sospechar que el cangrejo quería engañarlo, la grulla asintió. Con sus garras, el cangrejo agarró el cuello de la grulla como si fueran las tenazas de un herrero, y dijo: "Ahora puede volar". La grulla lo tomó y le mostró primero el estanque, y luego se dirigió hacia el árbol.

"El estanque está por allá, tío", dijo el cangrejo; "pero me está llevado a otro lado". "¡Soy su muy querido tío!" dijo la grulla; "¡Y tú eres mi sobrino! ¡Supongo que me creíste tu esclavo para levantarte y llevarte! Con solo mirar ese montón de huesos al pie de ese árbol, aprecia bien cómo me he comido a todos esos peces, así que te comeré a ti también". El cangrejo dijo: "Fue por tu propia locura que esos peces fueron comidos por ti; pero no te daré la oportunidad de comerme. No; lo que haré es matarte. Ya que tú, eres tonto, no viste que te estaba engañando. Si morimos, moriremos los dos juntos; te cortaré la cabeza". Y diciendo esto, agarró el cuello de la grulla con sus garras, como si fueran unas tenazas. Con la boca bien abierta y las lágrimas brotando de sus ojos, la grulla, temblando por su vida, dijo: "¡Señor, en verdad no lo comeré! ¡Perdóneme la vida!"

"Bueno, entonces, bájame al estanque y méteme ahí", dijo el cangrejo. Entonces la grulla se dio la vuelta y bajó tal como se le indicó al estanque, y colocó al cangrejo en el barro, a la orilla del agua. Pero el cangrejo, antes de entrar al agua, cortó la cabeza de la grulla tan hábilmente como si estuviera cortando un tallo de loto con un cuchillo.

El *deva* que habitaba en el árbol, al señalar este increíble asunto, hizo que todo el bosque resonara en aplausos repitiendo esta estrofa en dulces tonos:

La astucia no beneficia a tu muy astuta gente.
¡Recordad lo que la grulla astuta obtuvo del cangrejo!

[224] "Hermanos", dijo el Maestro, "esta no es la primera vez que este hombre ha sido engañado por el fabricante de ropajes del país; en el pasado fue engañado de la misma manera". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos, diciendo: "El fabricante de ropajes de Jetavana era la grulla de aquellos días, el fabricante de ropajes de la aldea era el cangrejo, y yo mismo el *Deva* del Árbol". "

[Nota. Ver *Pañca-Tantra* de Benfey (I. 175), *Kathā-Sarit-Sāgara* de Tawney (II. 31) y *Birth Stories* de Rhys Davids (página 321), para conocer las migraciones de esta popular historia.]



"*Creo que es oro*". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre un discípulo co-residente de Sāriputta.

La tradición dice que este Hermano era sumiso, dócil y celoso en su servicio con el Mayor. Ahora bien, en una ocasión, el Venerable partió con el permiso del Maestro en una peregrinación de ofrendas, y llegó al sur de Magadha. Cuando llegó allí, ese Hermano se puso muy orgulloso y no hacía lo que el Venerable le indicaba. Además, si le decían: "Señor, haga esto", se peleaba con el Venerable. El Venerable no pudo distinguir qué lo poseía.

Después de peregrinar por aquellos lugares, volvió de nuevo a Jetavana. En el momento en que regresó al monasterio Jetavana, el Hermano volvió a ser tal como siempre había sido.

El Venerable le dijo esto al *Buddha*, diciendo: "Señor, un co-residente mío está en un lugar como un esclavo comprado por cien piezas, y en otro se pone tan orgulloso que pelea por hacer cualquier cosa que se le pida".

El Maestro dijo: "Esta no es la primera vez, Sāriputta, que ha mostrado esta disposición; en el pasado también, si iba a un lugar, era como un esclavo comprado por cien piezas, mientras que si iba a otro lugar, se volvía pendenciero y contencioso". Y, diciendo esto, a petición del Venerable, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* volvió a la vida como un escudero. Otro escudero, amigo suyo, era anciano, pero tenía [225] una mujer joven que le había dado un hijo y un heredero. El anciano se dijo a sí mismo: "Tan pronto como muera, esta chica, siendo tan joven como es, se casará Dios sabe con quién, y gastará todo mi dinero en lugar de entregárselo a mi hijo. ¿No sería mi mejor opción enterrar mi dinero de forma segura en un terreno?"

Entonces, en compañía de un esclavo doméstico suyo llamado Nanda, fue al bosque y enterró sus riquezas en cierto lugar, diciéndole al esclavo:

"Mi buen Nanda, revela este tesoro a mi hijo después de que me haya ido, y no permita que se venda la madera".

Después de dar esta orden a su esclavo, el anciano murió. A su debido tiempo, el hijo creció y su madre le dijo: "Hijo mío, tu padre, en compañía de Nanda, enterró su dinero. Recupéralo y cuida la propiedad de la familia". Así que un día le dijo a Nanda: "Tío, ¿hay algún tesoro que haya enterrado mi padre?" "Sí, mi señor." "¿Dónde está enterrado?" "En el bosque, mi señor". "Bueno, entonces, vayamos allí". Tomó una pala y una canasta, y yendo a la escena, le dijo a Nanda: "Bueno, Tío, ¿dónde está el dinero?" Pero cuando Nanda se acercó al tesoro y se paró justo sobre él, estuvo tan codicioso por el dinero que insultó a su amo, diciendo: "¡Tú, sirviente, hijo de una esclava! ¿Cómo vas a disponer aquí del dinero?"

El joven caballero, fingiendo no haber escuchado esta insolencia, simplemente dijo: "Vámonos entonces", y se llevó al esclavo a casa con él. A los dos o tres días volvió al lugar; pero de nuevo Nanda lo insultó, como antes. Sin ninguna réplica insultante, el joven caballero volvió y le dio vueltas al asunto. Él pensó: "Al comienzo, este esclavo siempre tiene la intención de revelar dónde está el dinero; pero tan pronto como llega allí, comienza a insultarme. La razón de esto no la distingo, pero podría averiguarlo, si le preguntara al viejo amigo de mi padre, al escudero, al respecto. Así que fue adonde el *Bodhisatta* y exponiéndole todo el asunto, le preguntó a su amigo cuál era la verdadera razón de tal comportamiento.

El *Bodhisatta* dijo: "El lugar en el que Nanda se encuentra al momento de insultarlo, amigo mío, es el lugar donde está enterrado el dinero de tu padre. Por lo tanto, tan pronto como empiece de nuevo a insultarlo, dígame: '¿Con quién estás hablando? ¿Eres un esclavo? Sustráigalo de su actitud altiva, toma la pala, excava, retire su valioso tesoro y haga que el esclavo se lo lleve a casa'. Y diciendo esto, repitió esta estrofa: — [226]

Creo que el oro y las joyas yacen enterradas
Donde Nanda, el esclavo de baja cuna, grita fuertemente!

Después de despedirse respetuosamente del *Bodhisatta*, el joven caballero se fue a su casa y, tomando a Nanda, fue al lugar donde estaba enterrado el dinero. Siguiendo fielmente el consejo que había recibido, se llevó el dinero y cuidó la propiedad familiar. Permaneció firme en los consejos del *Bodhisatta*, y después de una vida dedicada a la caridad y otras buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Entonces el Maestro dijo: "En el pasado también este hombre tenía una disposición similar". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos, diciendo, el co-residente de Sāriputta era el Nanda de aquellos días, y yo el sabio y buen escudero".

"Prefiero lanzarme de cabeza ". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de Anātha-piṇḍika.

Como Anātha-piṇḍika había prodigado cincuenta y cuatro *crores* en la Fe del *Buddha* solo en el Monasterio, y como no valoraba nada más que las Tres Gemas, solía ir todos los días mientras el Maestro residiese en Jetavana con el objeto de asistirlo en los Grandes Servicios, — una vez al amanecer, una vez después del desayuno y una vez durante la noche. También había servicios intermedios; pero nunca iba con las manos vacías, por temor de que los novicios y los muchachos mirasen para ver lo que había traído consigo y no encontraran nada. Cuando iba temprano en la mañana [227], solía hacer que se llevaran gachas de arroz; después del desayuno, *ghee*, mantequilla, miel, melaza y similares; y por la noche, traía perfumes, guirnaldas y telas. Tanto gastaba día tras día, que sus gastos no conocían límites. Además, muchos comerciantes le pidieron prestado dinero sobre sus bonos, por la cantidad de dieciocho *crores*; y el gran comerciante nunca pedía la devolución del dinero. Además, otros dieciocho *crores* de la propiedad familiar, que estaban enterrados a orillas de un río, fueron arrastrados al mar, cuando la orilla fue arrastrada por una tormenta; y rodaron hacia abajo las vasijas de bronce, con cierres y sellos intactos, hasta el fondo del océano. En su casa, también, siempre había arroz listo para 500 Hermanos, de modo que la casa del mercader era para la Hermandad como un estanque excavado donde se unían cuatro caminos, sí, como madre y padre era él para ellos. Por lo tanto, incluso el *Buddha* Todo Iluminado solía ir a su casa, y también los Ochenta Grandes Venerables; y el número de otros Hermanos que entraban y salían era inconmensurable.

Ahora bien, su casa poseía siete pisos de altura y siete portales; y sobre la cuarta puerta habitaba una divinidad que era hereje. Cuando el *Buddha* Todo Iluminado entraba a la casa, ella no podía permanecer en su morada en lo alto, sino que bajaba con sus hijos a la planta baja; y ella tenía que hacer lo mismo cada vez que los Ochenta Grandes Venerables o los otros Venerables entrasen y saliesen. Entonces la divinidad pensó, "Mientras el asceta Gotama y sus discípulos sigan viniendo a esta casa no podré tener paz aquí; no puedo estar bajando eternamente a la planta baja de la casa". Así que un día, cuando el gerente del negocio se había retirado a descansar, ella apareció ante él en forma visible.

"¿Quién está ahí?" dijo él.

"Soy yo", fue la respuesta; "la divinidad que vive sobre la cuarta puerta". "¿Qué la trae por aquí?" "No ve lo que hace el mercader. Indiferente a su propio futuro, recurre a sus recursos sólo para enriquecer al asceta Gotama. No se dedica a ningún tráfico; no emprende ningún negocio, disponga que el asceta Gotama con sus discípulos no entren más a esta casa".

Luego dijo: "Hada tonta si el mercader gasta su dinero, lo gasta en la Fe del *Buddha*, que conduce a la Salvación. Incluso si me agarrasen del cabello y me vendieran como esclavo, lo haría". No diga nada más. ¡Fuera de aquí!

Otro día, fue adonde el hijo mayor del comerciante y le dio el mismo consejo. No obstante, él se burló de ella de la misma manera. A pesar de esto, no se atrevió a hablar sobre el asunto con el propio comerciante.

Ahora bien, a fuerza de munificencia sin fin [228] y de no hacer negocios, los ingresos del comerciante disminuyeron y su hacienda creció cada vez menos; de modo que se hundió poco a poco en la pobreza, y su mesa, su vestido, su cama y su comida ya no fueron lo que habían sido. Sin embargo, a pesar de sus

circunstancias cambiantes, continuó entreteniéndolos a la Hermandad, aunque ya no podía darles un festín. Entonces, un día, cuando hizo su reverencia y se sentó, el Maestro le dijo: "Amo de casa, ¿se dan regalos en su casa?" "Sí, señor", dijo él; "pero sólo queda un poco de papilla de cáscara agria, que sobró de ayer. "No se angustie, padre de familia, al pensar que solo pueda ofrecer algo desagradable. Si el corazón es bueno, la comida que se dé a los *Buddhas*, *Pacceka Buddhas*¹ y sus discípulos, no puede dejar de ser también buena. ¿Y por qué? — Por la grandeza de su fruto, pues quien pueda hacer agradable su corazón, no podrá hacer un ofrecimiento inaceptable, tal como lo testimonia el siguiente pasaje:

Si es que el corazón tiene fe, ningún presente será pequeño
para los *Buddhas* o para sus verdaderos discípulos.
Se dice que ningún servicio podrá considerarse pequeño
Si se rinde a los *Buddhas*, señores de gran renombre.
Fíjese bien qué fruto premió a aquel pobre presente
De sopas, de cáscaras agrias y sin sal".²

Además, dijo adicionalmente lo siguiente: "Amo de casa, al dar este presente desagradable, se lo está dando a aquellos que han entrado en el Noble Óctuple Sendero. Muy diferente de mi caso, que cuando durante la época de Velāma agité a toda la India ofreciendo siete tipos de cosas y en mi generosidad las derramé como si hubiera convertido los cinco grandes ríos en una poderosa corriente, no encontré a ninguno que se hubiese refugiado en los Tres Refugios o que hay guardado los Cinco Preceptos; porque son raros los que son dignos de ofrendas. Por lo tanto, no deje que su corazón se turbe por el pensamiento de que su regalo sea desagradable". Y diciendo esto, repitió el *Velāmaka Sutta*.³

Ahora bien, aquella hada que no se había atrevido a hablarle al mercader en los días de su magnificencia pensó que, ahora él era pobre, le haría caso, y así, entrando en su recámara en plena noche, se le apareció en forma visible, suspendida en el aire. "¿Quién está ahí?" dijo el comerciante, cuando se dio cuenta de su presencia. "Soy el hada, gran mercader, que mora sobre la cuarta puerta". "¿Qué lo trae por aquí?" "Darle un consejo". "Proceda, entonces." "Gran comerciante, ¿no piensa en su propio futuro o en sus propios hijos? Ha gastado grandes sumas en la Fe del asceta Gotama; ha sido llevado a la pobreza por el asceta Gotama. ¡Pero incluso en su pobreza no se sacude del asceta Gotama! ¡Los ascetas entran y salen de su casa este mismo día y de la misma manera! Lo que haya obtenido de usted no se podrá recuperar. Eso puede ser afirmado con certeza. Pero de ahora en adelante no vaya usted mismo adonde el asceta Gotama y no permita que sus discípulos pongan un pie dentro de su casa. Ni siquiera vuelva a mirar al asceta Gotama, sino atienda a su comercio y su tráfico con el objeto de restaurar el patrimonio familiar".

Entonces él le dijo: "¿Era este el consejo que me quería dar?"

"Sí, así es."

El mercader dijo: "¡El poderoso Señor de la Sabiduría me ha hecho a prueba de cien, mil, sí, cien mil hadas como tú! ¡Mi fe es tan fuerte y firme como el Monte *Sineru*! Mi sustancia se ha gastado en la Fe que conduce a la Salvación. Malvadas son sus palabras; el suyo es un golpe dirigido contra la Fe de los *Buddhas*, bruja malvada e insolente. No puedo vivir bajo el mismo techo que usted; ¡váyase de inmediato de mi casa y busque refugio en otra parte!" Al oír estas palabras de aquel hombre convertido y discípulo electo, no pudo quedarse, sino que, reparando en su morada, se llevó a sus niños de la mano y salió. Pero aunque

-
1. Todos los *Buddhas* han alcanzado la iluminación completa; pero un *Pacceka Buddha* guarda su conocimiento para sí mismo y, a diferencia de un '*Buddha* Perfecto', no predica la verdad salvadora a sus semejantes.
 2. Las dos primeras líneas son del *Vimāna-vatthu*, página 44.
 3. Se hace referencia a este Sutta en la página 234 del *Sumaṅgala-Vilāsinī*, pero por lo demás aún es desconocido para los eruditos europeos.

se fuera, pensó, si no podía encontrar alojamiento en otro lugar, apaciguar al mercader y volver a vivir en su casa; y con este ánimo se dirigió a la deidad tutelar de la ciudad y con el debido saludo se paró ante él. Cuando se le preguntó qué la había llevado allí, ella dijo: "Mi señor, le he estado hablando imprudentemente a Anātha-piṇḍika, y él, en su ira, me ha echado de mi hogar. Lléveme con él y arregle las cosas entre nosotros, de modo que me deje habitar de nuevo allí". "Pero, ¿qué fue lo que le dijo al mercader?" "Le dije que en el futuro no apoyase al *Buddha* y a la Orden, y que no permitiera que el asceta Gotama volviera a poner un pie en su casa. Esto es lo que dije, mi señor". "Malvadas fueron sus palabras; fue un golpe dirigido a la Fe. No puedo llevarlo conmigo ante el comerciante". Al encontrarse sin el apoyo de él, ella fue adonde los Cuatro Grandes Regentes del mundo. Y siendo rechazada por ellos de la misma manera, fue adonde *Sakka*, Rey de los *Devas*, y le contó su historia, suplicándole aún más fervientemente, lo siguiente: "*Deva*, al no encontrar refugio, deambulo sin hogar, llevando a mis hijos de la mano. Concédame su majestad algún lugar donde habitar.

Y él también le dijo: "Ha obrado mal; fue un golpe dirigido a la Fe del Conquistador. No puedo hablar con el mercader en su nombre. Pero puedo decirle una mediante [230] la cual el mercader puede ser conducido a que la perdone". Por favor, dígamelo, *Deva*. "Hay hombres han obtenido en préstamo dieciocho *crores* en bonos del mercader. Tome la apariencia de su agente y, sin decirle a nadie, vaya a sus casas con los bonos, en compañía de algunos duendes jóvenes. Párese en medio de sus casas con el bono en una mano y un recibo en la otra, y aterrorícelos con su poder de duende, diciendo: "Aquí está su reconocimiento de la deuda. Nuestro mercader no hizo nada al respecto mientras era rico; pero ahora es pobre, y deben pagar el dinero que deben". Con tu poder de duende, obtenga esos dieciocho *crores* de oro y llene los tesoros vacíos del mercader. El mercader poseía otro tesoro enterrado en las orillas del río Aciravatī, pero cuando la orilla fue arrastrada, el tesoro fue arrastrado hasta el mar. Recupérela también por su poder sobrenatural y guárdelo en sus tesorerías. Además, hay otra suma de dieciocho *crores* sin dueño en tal o cual lugar. Llévelo también y vierta el dinero en sus tesorerías vacías. Cuando haya expiado por la recuperación de estos cincuenta y cuatro *crores*, pídale al mercader que la perdone". "Muy bien, *Deva*", dijo ella. Y ella se puso a trabajar obedientemente, e hizo todo lo que se le había ordenado. Cuando recuperó todo el dinero, entró en la recámara del mercader a plena noche y apareció ante él en forma visible suspendida en el aire.

El mercader le preguntó quién estaba allí y ella respondió: "Soy yo, gran mercader, la divinidad ciega y tonta que vivía sobre su cuarta puerta. En la grandeza de mi infatuada locura, no conocía las virtudes de un *Buddha*, y así llegué a decir lo que le dije hace algunos días. ¡Perdone mi culpa! A instancias de *Sakka*, Rey de los *Devas*, he realizado mi expiación recuperando los dieciocho *crores* que le debían, los dieciocho *crores* que habían sido arrastrados al mar, y otros dieciocho *crores* que yacían sin dueño en tal o cual lugar, lo que hace un total de cincuenta y cuatro *crores*, que he vertido en sus recintos vacíos del tesoro. La suma que gastó en el Monasterio Jetavana ahora se ha recuperado. Mientras no tenga donde vivir, estoy en la miseria. No tenga en cuenta lo que hice en mi ignorante locura, gran comerciante, sino perdóneme".

Anātha-piṇḍika, al escuchar lo que ella dijo, pensó: "Ella es un hada, y dice que ha expiado su culpa, y confiesa su falta. El Maestro considerará esto y le hará conocer sus virtudes. La llevaré ante el *Buddha* Totalmente Iluminado". Entonces él le dijo: "Mi buena hada, si quiere que la perdone, pídamelo ante la presencia del maestro". "Muy bien", dijo ella, "lo haré. Lléveme con usted ante el Maestro". "Ciertamente", dijo él. Y temprano en la mañana, cuando la noche estaba acabando, la llevó consigo adonde el Maestro, y le contó al Bienaventurado todo lo que había hecho.

Al oír esto, el Maestro dijo: "Ve, amo de casa, cómo el hombre pecador considera excelente el pecado [231] antes de que madure en su fruto. Pero cuando ha madurado, entonces ve que el pecado es pecado. Asimismo, el hombre bueno aprecia su bondad como pecado antes de que madure

en su fruto; pero cuando madura, él llega a ver que en realidad es bueno." Y diciendo esto, repitió estas dos estrofas del *Dhammapada*: —

El pecador piensa que su acto pecaminoso es bueno,
Mientras el pecado no haya madurado en dar fruto.
Pero cuando su pecado al fin crece hasta la madurez,
El pecador seguramente verá que "fue pecado lo que cometi".

El hombre bueno piensa que su bondad no es más que pecado,
Mientras su bondad no haya madurado en dar fruto.
Pero cuando su bondad al fin crezca hasta la madurez,
El buen hombre seguramente verá "fue bueno lo que hice".

Al final de estas estrofas, esa hada se estableció en el Fruto del Primer Sendero. Ella cayó ante los pies del Maestro marcados por la Rueda, clamando: "Manchada como estaba con la pasión, depravada por el pecado, engañada por el engaño y cegada por la ignorancia, hablé mal porque no conocía sus virtudes. ¡Perdóneme!" Entonces recibió el perdón del Maestro y del gran comerciante.

En ese momento, Anātha-piṇḍika cantó sus propias alabanzas en presencia del Maestro, diciendo: "Señor, aunque esta hada hizo todo lo posible para evitar que yo brindara apoyo al *Buddha* y sus seguidores, no pudo tener éxito; y aunque trató de detenerme e impedir que diera presentes, aun así los di! ¿No fue esto bondad de mi parte?

Dijo el Maestro: "Usted, amo de casa, es un hombre convertido y un discípulo elegido; su fe es firme y su visión está purificada. No es de extrañar entonces que no se detuviera en su bondad por esta hada impotente. Lo que fue realmente una maravilla fue que un sabio y bueno del pasado, cuando un *Buddha* no hubo aparecido, y cuando el conocimiento no había madurado hasta su pleno fruto, tuvo que hacer presentes desde el fondo de su corazón de flor de loto, aunque *Māra*, señor del Reino de las Lujurias, apareciera en medio del cielo, gritando: 'Si da presentes, será asado en ese infierno,' — mostrando con ello un hoyo de ochenta codos de profundidad, lleno de brasas al rojo vivo". Y diciendo esto, a pedido de Anātha-piṇḍika, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* cobró vida en la familia del Señor Gran Tesorero de Benares, y se crio en el regazo de todo lujo como un Príncipe real. Cuando llegó a la edad de la discreción, con apenas dieciséis años, se había hecho perfecto en todos los logros. A la muerte de su padre, ocupó el cargo de Gran Señor Tesorero y construyó seis ofrendas, una en cada una de las cuatro puertas de la ciudad, una en el centro de la ciudad y otra en la puerta de su propia mansión. Era muy generoso [232], y guardaba los preceptos y observaba los deberes del día de ayuno.

Ahora bien, un día, a la hora del desayuno, cuando se estaba sirviendo una delicada comida de exquisito sabor y variedad para el *Bodhisatta*, un *Pacceka Buddha* se levantó de un trance de siete días de éxtasis místico, se dio cuenta de que era hora de hacer su ronda de ofrendas y que sería bueno visitar al Tesorero de Benarés esa mañana. Así que se limpió los dientes con un palillo dental hecho de vid de betel, se lavó la boca con agua del lago Anotatta, se puso el ropaje interior mientras estaba de pie en la meseta de Manosilā, se abrochó el cinto, se puso el ropaje exterior; y, equipado con un

1. Los versos son los Nos. 119 y 120 en el *Dhammapada*.

cuenco que creó para este propósito, atravesó el aire y llegó a la puerta de la mansión justo cuando el *Bodhisatta* estaba tomando el desayuno.

Tan pronto como el *Bodhisatta* se dio cuenta de su presencia, se levantó de inmediato de su asiento y miró al asistente, indicando que se requería un servicio. "¿Qué debo hacer, mi señor?" "Traiga el cuenco de su reverencia", dijo el *Bodhisatta*.

En ese mismo instante, el Malvado *Māra* se levantó en un estado de gran excitación, diciendo: "Han pasado siete días desde que el *Pacceka Buddha* recibió comida; si no recibe nada hoy, perecerá. Lo destruiré y evitaré que el Tesorero también haga un acto de generosidad". Y en ese mismo instante fue y dentro de la mansión hizo aparecer un pozo de brasas al rojo vivo, de ochenta codos de profundidad, lleno de carbón de acacia, todo ardiendo en llamas como el gran infierno *Avici*. Cuando hubo creado este pozo, *Māra* mismo tomó su posición en el aire.

Cuando el hombre que iba a buscar el cuenco se dio cuenta de esto, se asustó y retrocedió. "¿Qué le hace retroceder, amigo mío?" preguntó el *Bodhisatta*. "Mi señor", fue la respuesta, "hay un gran hoyo de brasas al rojo vivo ardiendo y quemando en el medio de la casa". Y cuando un hombre tras otro llegó al lugar, todos entraron en pánico y huyeron tan rápido como sus piernas se lo permitiesen.

El *Bodhisatta* pensó, "*Māra*, el Cautivador, debe haberse esforzado hoy para evitar que yo dé ofrendas. Sin embargo, todavía tengo que aprender que en el futuro seré sacudido por cien, o por mil *Māras*. Veremos este día de quién es la fuerza más fuerte, de quién es el poder más poderoso, el mío o el de *Māra*". Entonces, tomando en su mano el cuenco que estaba preparado, salió de la casa y, de pie al borde del pozo de fuego, miró hacia los cielos. Al ver a *Māra*, dijo: "¿Quién eres?" "Soy *Māra*", fue la respuesta.

"¿Creó este pozo de brasas al rojo vivo?" "Sí, lo hice." [233] "¿Por qué?" "Para evitar que dé ofrenda y para destruir la vida de este *Pacceka Buddha*". "No permitiré que me detenga de dar ofrendas o que destruya la vida del *Pacceka Buddha*. Voy a ver hoy si es mayor su fuerza o la mía". Y todavía de pie al borde de ese pozo de fuego, exclamó: "Venerable *Pacceka Buddha*, aunque esté dispuesto a caer de cabeza en este pozo de brasas al rojo vivo, no retrocederé. Solo concédame recibir la comida que voy a traerle." Y diciendo esto, repitió esta estrofa:

Prefiero lanzarme de cabeza a todo correr y
Completamente sobre este golfo del infierno, que rebajarme a la vergüenza!
¡Concédame, señor, de mis manos tomar esta ofrenda!

Con estas palabras, el *Bodhisatta*, agarrando el plato de comida, caminó con impertérrita resolución hasta la superficie del pozo de fuego. Pero

mientras lo hacía, se elevó a la superficie a través de los ochenta codos de profundidad del pozo una flor de loto grande e incomparable, ¡que recibió los pies del *Bodhisatta*! ¡Y de él salió una medida de polen que cayó sobre la cabeza del Gran Ser, de modo que todo su cuerpo quedó como rociado de pies a cabeza con polvos de oro! De pie justo en el corazón del loto, vertió la delicada comida en el cuenco del *Pacceka Buddha*.

Y cuando este último hubo tomado la comida y dado las gracias, arrojó su cuenco a los cielos, y justo a la vista de toda la gente, él mismo se elevó por el aire de la misma manera, y se marchó de nuevo a los Himalayas, pareciendo pisar una pista formada de nubes de formas fantásticas.

Y *Māra*, también, derrotado y abatido, se marchó de regreso a su propia morada.

No obstante, el *Bodhisatta*, todavía de pie en el loto, predicó [234] la Verdad a la gente, ensalzando las ofrendas y los preceptos; después de lo cual, rodeado por la multitud que lo escoltaba, se dirigió una vez más a su propia mansión. Y durante toda su vida mostró generosidad e hizo otras buenas acciones, hasta que al final falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Entonces el Maestro dijo: "No fue una maravilla, laico, que usted, con su discernimiento sobre la verdad, no fuera vencido ahora por el hada; la verdadera maravilla fue lo que los sabios y buenos hicieron en el pasado". Su lección terminó, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "El *Pacceka Buddha* de aquellos días falleció, para no volver a nacer nunca. Yo mismo era el Tesorero de Benares quien, del loto, puso ofrenda en el cuenco del *Buddha Pacceka*".

[Nota. Ver Giles, '*Historias Extrañas de un Estudio Chino*' [*Strange Stories from a Chinese Studio*], I. 396.]



"*El hombre testarudo*". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana sobre el Venerable Losaka Tissa.

'¿Quién' preguntarán, 'era este Venerable Losaka Tissa?' Bien; su padre era un pescador en Kosala, y él fue la ruina de su familia; y, cuando fue Hermano, nunca se le obsequiaba nada. Terminada su existencia anterior, había sido concebido por la esposa de cierto pescador en un pueblo de pescadores de mil familias en Kosala. Y el día que fue concebido todas esas mil familias, red en mano, fueron a pescar a un río y a un lago pero no lograron pescar ni un solo pez; y la misma mala fortuna los persiguió desde ese día en

adelante. Además, antes de su nacimiento, el pueblo había sido destruido siete veces por el fuego y visitado siete veces por la venganza de un Rey. Así fue que con el paso del tiempo el pueblo cayó en una situación terrible. Reflexionando que tal no había sido su suerte en épocas anteriores, y que ahora se dirigían a la ruina y al tormento, concluyeron que debía haber algún engendrador de desgracias entre ellos, y resolvieron dividirse en dos bandos. Esto hicieron; y entonces hubo dos bandos de quinientas familias cada una. A partir de entonces, la ruina persiguió a la banda que incluía a los padres del futuro Losaka, mientras que las otras quinientas familias prosperaron a buen ritmo. Así que los primeros resolvieron seguir reduciendo a la mitad su número, y así lo hicieron, hasta que esta única familia se separó de todas las demás. Entonces supieron que el engendrador de la desgracia estaba en esa familia, y a golpes los expulsaron del pueblo. [235] A duras penas pudo su madre ganarse la vida; pero cuando llegó su hora, ella dio a luz a su hijo en cierto lugar. (Aquel que nace en su última existencia no puede ser asesinado. Porque como una lámpara dentro de un frasco, incluso dentro de su pecho arde con seguridad la llama de su destino de convertirse en un *Arahat*). La madre cuidó del niño hasta que pudo correr. y cuando él pudo correr, ella le puso un recipiente cerámico en sus manos y, pidiéndole que fuera a una casa a mendigar, lo abandonó. En adelante, el niño solitario comenzó a mendigar su comida por allí y allá, durmiendo donde pudiese. Andaba sucio y descuidado, y se ganaba la vida a la manera de un duende comedor de barro'. Cuando tenía siete años, se levantaba y comía como un cuervo, trozo a trozo, todo el arroz que encontraba fuera de la puerta de una casa donde tiraban los enjuagues de las ollas del arroz.

Sāriputta, el Capitán de la Fe, yendo a Sāvatti en su ronda de ofrendas, notó al niño y, preguntándose de qué pueblo provenía la desventurada criatura, se llenó de amor por él y lo llamó: "Venga aquí". El niño se acercó, se inclinó ante el Venerable y se paró frente a él. Entonces Sāriputta dijo: "¿A qué pueblo perteneces y dónde están tus padres?"

"Estoy en la indigencia, señor", dijo el niño; "Porque mis padres dijeron que estaban cansados de mí, así que me abandonaron y se marcharon".

"¿Te gustaría convertirte en un monje?" "Ciertamente me gustaría, señor; pero ¿quién recibiría a un pobre desgraciado como yo en la Orden?" "Yo lo haría." "Entonces, por favor, permítame convertirme en un hermano".

El Venerable dio de comer al niño y lo llevó al monasterio, lo lavó con sus propias manos y lo admitió primero como novicio y después, cuando tuvo la edad suficiente, lo ordenó completamente como hermano. En su vejez fue conocido como El Venerable Losaka Tissa, el que siempre tenía mala suerte², y se le daba poco. La historia cuenta que, sin importar lo generosa que fuera la ofrenda, nunca tenía suficiente para comer, sino solo lo suficiente para mantenerse con vida. Un solo cucharón de arroz parecía llenar su cuenco de ofrenda hasta el borde, de modo que los donantes siempre pensaban que su cuenco estaba lleno y le otorgaban el resto de su arroz al siguiente. Cuando se ponía arroz en su cuenco, se dice que el arroz en el plato del donante solía desaparecer. Y así con todo tipo de alimentos. Incluso cuando, con el paso del tiempo, había desarrollado el Discernimiento y así obtenido el Fruto más alto que es el Estado de *Arahant*, inclusive así obtenía muy poco para comer.

Con el paso del tiempo, cuando los materiales que determinaban su existencia individual³ se desgastaron, llegó el día de su muerte y el capitán de la Fe, mientras meditaba, tuvo conocimiento de

-
1. Según la autoridad de *Subhūti*, se dice que *paṃsu-pisācakā* forman la cuarta clase de *Petas* (*pretas*) o 'fantasmas' (que fueron maldecidos a la vez con fauces cavernosas y bocas no más grandes que el ojo de una aguja, de modo que su voracidad nunca fue satisfecha ni siquiera en su estado coprofágico habitual). Pero ni el Manual de budismo de Hardy (pág. 58) ni el Milinda (pág. 294) mencionan *paṃsu-pisācakā* como una de las cuatro clases de *Petas*.
 2. Se lee *nippaṇṇo* en lugar de *nippaṇṇo*. Véase Ceylon R. A. S. Journal, 1884, pág. 158; y compare *apuṇṇo* con 106:3 Así como el protoplasma es 'la base física de la vida', así *āyu-saṃkhārā* son su base moral según las ideas budistas. Este *Lebensstoff* es el objetivo del budismo desarraigarlo, para que no haya renacimiento.
 3. Así como el protoplasma es 'la base física de la vida', así *āyu-saṃkhārā* son su base moral según las ideas budistas. Este *Lebensstoff* es el objetivo del budismo desarraigarlo, para que no haya renacimiento.

ello, y pensó, 'Losaka Tissa fallecerá hoy; y hoy, de cualquier manera, me ocuparé de que tenga suficiente para comer. Así que tomó al Venerable y fue a Sāvatti por ofrendas. Pero, debido a que Losaka estaba con él, fue en vano que Sāriputta extendiera su mano para pedir ofrendas en la populosa Sāvatti; ni siquiera se le concedió una reverencia. Así que le pidió al Venerable que regresara y se sentara en la sala de estar del Monasterio, y mandó recolectar alimentos que envió con un mensaje [236] de que se los daría a Losaka. Aquellos a quienes se les dio la comida se la comieron y siguieron su camino, olvidándose por completo de Losaka. Entonces, cuando Sāriputta se levantó y entró al monasterio, Losaka se acercó a él y lo saludó. Sāriputta se detuvo y, dándose la vuelta, dijo: "Bueno, ¿conseguí comida, hermano?"

"Sin duda, lo conseguiré a tiempo", dijo el Venerable. Sāriputta estaba muy preocupado y miró qué hora era. No obstante, había pasado el mediodía¹. "Quédese aquí, hermano", dijo Sāriputta; "y no se mueva"; e hizo que Losaka Tissa se sentara en la sala de estar, y partió hacia el palacio del Rey de Kosala. El Rey ordenó que se tomara su cuenco, y diciendo que como era más de mediodía y por lo tanto no era hora de comer arroz, ordenó que se llenara su cuenco con las cuatro clases de alimentos dulces². Con esto regresó y se paró frente a él, cuenco en mano, ordenando al sabio comer. No obstante, el Venerable se sintió avergonzado, debido a la reverencia que tenía hacia Sāriputta, y no quiso comer. "Vamos, hermano Tissa", dijo Sāriputta, "debo quedarme con el cuenco; siéntese y coma. Si el cuenco dejara mi mano, todo lo que hay en él se desvanecería".

Así que el Venerable Losaka Tissa comió los dulces, mientras que el Excelso Capitán de la Fe permaneció de pie, frente a él, sosteniendo el cuenco; y gracias a los méritos y eficacia de este último no se desvaneció la comida. Así que por fin el Venerable Losaka Tissa comió todo lo que quiso y quedó satisfecho, y ese mismo día falleció de una existencia que cesó para siempre.

El *Buddha* Todo Iluminado se quedó a un lado y vio el cuerpo quemado; y construyeron un santuario con las cenizas recogidas.

Sentados en el cónclave del Salón de la Verdad, los Hermanos dijeron: "Hermanos, Losaka tuvo mala suerte y recibía poco. ¿Cómo es que a pesar de su mala suerte y su necesidad consumió la gloria del estado de *Arahat*?"

Al entrar al Salón, el Maestro preguntó de qué estaban hablando; y le dijeron. "Hermanos", dijo, "las propias acciones de este Hermano fueron la causa tanto de que recibiera muy poco como de que se convirtiera en un *Arahat*. En días pasados había impedido que otros recibieran, y es por eso que él mismo recibía muy poco. Pero fue por su meditación sobre el dolor, la transitoriedad y la ausencia de un principio permanente en las cosas, que consumió el estado de *Arahat*". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, durante la época del *Buddha* Kassapa, había un Hermano que vivía la vida de pueblo y era mantenido por un hacendado del campo. Fue regular en su conducta como Hermano³, virtuoso en su vida, y rebosante de sabiduría. También había un Venerable, un *Arahat*, que vivía con sus compañeros en condiciones de igualdad, y en el momento de la historia hizo una primera visita al pueblo donde vivía el escudero que

-
1. es decir, no se pudo comer más arroz ese día. Si una sombra del ancho de un dedo es proyectada por un palo vertical, un Hermano estricto no comerá arroz ni alimentos similares.
 2. Miel, *ghee*, mantequilla y azúcar.
 3. *Pakatatto* es explicado por Rhys Davids y Oldenberg en la nota a la página 340 del vol. I de los Libros Sagrados de Oriente en el sentido de que un Hermano "que no se ha hecho pasible de ningún procedimiento disciplinario, no ha cometido ninguna irregularidad".

apoyaba este hermano. Tan complacido quedó el escudero [23,7] con el porte mismo del Venerable que, tomando su cuenco, lo llevó a su casa y con toda muestra de respeto lo invitó a comer. Luego escuchó un breve discurso del Venerable, y al final dijo, con mucha reverencia: "Señor, le ruego que no viaje más allá de nuestro cercano monasterio; por la noche vendré y lo visitaré allí". Entonces el Venerable se dirigió al monasterio, saludando al Hermano residente a su entrada; y, primero pidiendo cortésmente permiso, se sentó a su lado. El Hermano lo recibió con toda amabilidad y preguntó si le habían dado algún alimento como ofrenda.

"Oh, sí", respondió el Venerable. "¿Dónde fue, dígame por favor?" "Pues, en su pueblo cercano, en la casa del hacendado". Y diciendo esto, el Venerable pidió que le mostraran su celda y se le preparó una. Luego, dejando a un lado su cuenco y su ropaje, y sentándose, quedó absorto en la dichosa de la Sabiduría y disfrutó de la dicha de los Frutos de los Senderos.

Por la tarde llegó el escudero, con criados que llevaban flores, perfumes, lámparas y aceite. Saludando al Hermano residente, preguntó si había aparecido un invitado, un Venerable. Cuando le dijeron que sí, el escudero preguntó dónde estaba y entonces supo qué celda le habían dado. Entonces el escudero se acercó al Venerable y, primero inclinándose cortésmente, se sentó al lado del Venerable y escuchó un discurso. En el fresco de la tarde, el escudero hizo sus ofrendas al Tope y en el árbol Bo, encendió su lámpara y partió con una invitación, tanto para el Venerable como para el Hermano, para que fueran a su casa al día siguiente para comer.

"Estoy perdiendo mi control sobre el escudero", pensó el Hermano. "Si este Venerable se queda aquí, no contaré para nada de él". Así que se puso descontento y se puso a maquinarse cómo hacer para que el Venerable no se establezca allí permanentemente. En consecuencia, cuando el Venerable llegó a presentar sus respetos temprano en la mañana, el Hermano no abrió los labios. El *Arahat* leyó los pensamientos del otro y se dijo a sí mismo: "Este Hermano no sabe que nunca estaré en su luz, ni con la familia que lo apoya, ni con su Hermandad". Y volviendo a su celda, quedó absorto en la dicha de la Sabiduría y en la dicha de los Frutos.

Al día siguiente, el Hermano residente, después de haber golpeado primero con cautela el gong¹ y después de haber golpeado el gong con el dorso de la uña, se fue solo a la casa del hacendado. Tomando de él su cuenco de ofrenda, el escudero le ordenó que se sentara y le preguntó dónde estaba el Venerable.

"No tengo noticias de su amigo", dijo el Hermano. "Aunque llamé al gong y toqué a su puerta, no pude despertarlo. Sólo puedo presumir que

1. Para *gaṇḍi* que significa 'un gong', cf. Jat. IV. 306; pero ver nota p. 213 del vol. XX. de SBE. Es dudoso lo que puede significar *kapiṭṭhena*. ¿Puede la lectura verdadera ser (*punadivase*) *nakhapiṭṭhena*, es decir, 'con la parte de atrás de su uña'? El objetivo del Hermano residente fue "despertar" al huésped sin perturbar su sueño.

su comida exquisita [238] de ayer no le ha sentado bien y que, en consecuencia, todavía está en cama. Posiblemente, tales hechos puedan darle una idea al respecto".

(Mientras tanto, el *Arahat*, que había esperado hasta que llegara el momento de ir en búsqueda de ofrendas, se había lavado, vestido y levantado con el cuenco y el ropaje y por el aire se había marchado a otro lugar).

El escudero le dio de comer al Hermano arroz y leche, con *ghee*, azúcar y miel. Luego hizo fregar su cuenco con polvo de *chunam* perfumado y lo llenó de nuevo, diciendo: "Señor, el Venerable debe estar fatigado por su viaje; llévele esto". Sin vacilar, el Hermano tomó la comida y siguió su camino, pensando: "Si nuestro amigo prueba esto una vez, ni agarrándolo del cuello y ni echándolo a patadas nos libramos de él. No obstante, ¿cómo puedo deshacerme de él? Si se lo doy a un ser humano, se sabrá. Si lo tiro al agua, el *ghee* flotará por encima. Y en cuanto a tirarlo al suelo, eso solo traerá que todos los cuervos del distrito acudan al lugar". En su perplejidad, sus ojos se posaron en un campo que había sido quemado y, raspando las brasas, arrojó el contenido de su cuenco en el agujero, llenó las brasas en la parte superior y se fue a casa. Al no encontrar al Venerable allí, pensó que el *Arahat* había entendido sus celos y se había marchado. "¡Ay de mí!", exclamó, "ya que mi avaricia me ha hecho pecar".

Y desde entonces le sobrevino una gran aflicción y se volvió como un fantasma viviente. Al morir poco después, renació en el infierno y allí fue atormentado durante cientos de miles de años. Debido a su pecado en maduración, en quinientos nacimientos sucesivos fue un ogro y nunca tuvo suficiente para comer, excepto un día en que disfrutó de un exceso de despojos. Luego, durante quinientas existencias más fue un perro, y ahí también, sólo un solo día se llenó al comer: fue de un vómito de arroz; en ninguna otra ocasión tuvo suficiente para comer. Incluso cuando dejó de ser un perro, únicamente nació en una familia de mendigos en un pueblo de Kāsi. Desde la hora de su nacimiento, esa familia se volvió aún más pobre, y él nunca consiguió ni la mitad de las gachas de agua que requería. Y fue llamado Mitta-vindaka [239].

Incapaces finalmente de soportar los dolores del hambre¹ que ahora los acosaban, su padre y su madre lo golpearon y lo ahuyentaron, gritando: "¡Vete, eres una maldición!"

En el curso de su errancia, el pequeño paria llegó a Benares, donde en aquellos días el *Bodhisatta* era un maestro de fama mundial con quinientos jóvenes *brahmanes* a quienes enseñaba. En aquellos tiempos, la gente de Benares solía dar día a día alimentos comunes a los muchachos pobres y les enseñaban gratis la doctrina, y así este Mitta-vindaka también se convirtió en un caritativo erudito bajo el *Bodhisatta*. Pero era feroz e intratable, siempre peleando con sus compañeros e indiferente a los reproches de su

1. Lectura *chātakadukkham* para *jātakadukkham* de Fausböll.

amo; y así los honorarios del *Bodhisatta* cayeron. Y como discutía tanto, y no toleraba la reprensión, el joven terminó por huir y llegó a un pueblo fronterizo donde se consiguió un medio para ganarse la vida y se casó con una mujer miserablemente pobre con la que tuvo dos hijos. Más tarde, los aldeanos le pagaron para que les enseñara cuál era la doctrina verdadera y cuál la falsa, y le dieron una choza para vivir a la entrada de su aldea. Pero, todo debido a la llegada de Mitta-vindaka a vivir entre ellos, la venganza del Rey cayó siete veces sobre aquellos aldeanos, y siete veces sus casas fueron quemadas hasta los cimientos; siete veces también se secó su depósito de agua.

Entonces consideraron el asunto y acordaron que no era así con ellos antes de la llegada de Mitta-vindaka, sino desde que él llegó todo había ido de mal en peor. Así que a golpes lo expulsaron de su aldea; y partió con su familia, y llegó a un bosque encantado. Y allí los demonios mataron y se comieron a su mujer y a sus hijos. Huyendo de allí, llegó después de muchas andanzas a un pueblo en una costa llamada Gambhīra, llegando un día en que un barco se hacía a la mar; y se ofreció a sí mismo para el servicio a bordo. Durante una semana, el barco siguió su camino, pero al séptimo día se detuvo por completo en medio del océano, como si hubiese chocado contra una roca. Luego echaron suertes, para librarlos de su perdición; y siete veces la suerte cayó sobre Mitta-vindaka. Así que le dieron una balsa de bambúes y, agarrándolo, lo arrojaron por la borda. E inmediatamente el barco se abrió camino de nuevo [240].

Mitta-vindaka se subió a su bote de bambúes y flotó sobre las olas. Gracias a haber obedecido los preceptos en tiempos del *Buddha* Kassapa, encontró en medio del océano a cuatro hijas de los dioses morando en un palacio de cristal, con las que habitó felizmente durante siete días. Ahora bien, los fantasmas del palacio disfrutaban de la felicidad solo durante siete días a la vez; y fue así, que cuando llegó el séptimo día y tuvieron que partir a su castigo, lo dejaron con el mensaje de que las esperara a su regreso. Pero tan pronto como partieron, Mitta-vindaka se embarcó de nuevo en su balsa y llegó adonde ocho hijas de los dioses moraban en un palacio de plata. Dejándolas a su vez a ellas, llegó a donde moraban dieciséis hijas de los dioses en un palacio de joyas, y luego adonde moraban treinta y dos en un palacio de oro. Sin prestar atención a sus palabras, emprendía de nuevo su navegación y llegó finalmente a una ciudad de ogros, asentada entre islas. Y por allí andaba una *ogresa* con forma de cabra. Sin saber que era una *ogresa*, Mitta-vindaka pensó en hacer una comida con la cabra y agarró a la criatura por la pierna. Inmediatamente, en virtud de su naturaleza demoníaca, ella lo arrojó hacia arriba y lejos sobre el océano, y como regordete cayó en un monte de espinas en las laderas del foso seco de Benares, y de allí rodó hacia la tierra.

Ahora bien, sucedió que en ese momento unos ladrones solían frecuentar ese foso y ahí mataban las cabras del Rey; y los cabreros se habían esforzado

mucho por atrapar a los bribones.

Mitta-vindaka se levantó y vio a las cabras. Pensó: "Bueno, fue una cabra en una isla en el océano la que, siendo agarrada por una pata, me arrojó aquí sobre los mares. Tal vez, si hago lo mismo con una de estas cabras, pueda ser arrojado de vuelta de nuevo adonde las hijas de los dioses moran en sus palacios del océano". Entonces, sin pensarlo, agarró a una de las cabras por la pata. Al momento la cabra comenzó a berrear, y los cabreros vinieron corriendo de todos lados. Lo agarraron de inmediato, gritando: "Éste es el ladrón que ha vivido tanto tiempo de las cabras del Rey". Y ellos, lo golpearon y agarraron para llevárselo encadenado adonde el Rey.

Justo en ese momento el *Bodhisatta*, con sus quinientos jóvenes *brahmanes* a su alrededor, salía de la ciudad para bañarse. Al ver y reconocer a Mitta-vindaka, dijo a los cabreros: "Bueno, este es un discípulo mío, mis buenos hombres, ¿por qué lo han apresado?" "Maestro", dijeron, "a este ladrón lo atrapamos en el acto de apoderarse de una cabra agarrándola por una pata, y por eso lo tenemos apresado". "Bueno", [241] dijo el *Bodhisatta*, "supongamos que nos lo entregas para que viva con nosotros como nuestro esclavo". — Muy bien, señor — respondieron los hombres, y dejando ir a su prisionero, siguieron su camino. Entonces el *Bodhisatta* le preguntó a Mitta-vindaka dónde había estado todo ese tiempo; y Mitta-vindaka le contó todo lo que había pasado.

"Es por no escuchar a aquellos que le deseaban lo mejor", dijo el *Bodhisatta*, "que ha sufrido todas estas desgracias". Y recitó esta estrofa:

El testarudo que, cuando es exhortado,
No hace caso a los amigos que amablemente le dan consejos,
Llegará hasta cierto perjuicio, — tal como Mittaka,
Cuando por la pierna agarró a una cabra que pastaba.

Y en esos tiempos, tanto el Maestro como Mitta-vindaka fallecieron, y su suerte posterior se manifestó de acuerdo a sus acciones.

Entonces el Maestro dijo: "Este Losaka fue en sí mismo la causa tanto de que obtuviera poco como de que obtuviera el estado de *Arahant*". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "El Venerable Losaka Tissa era el Mitta-vindaka de aquellos días, y yo el Maestro de fama mundial".¹

1. Comparar Nos. 82, 104, 369, 439, *Petavatthu* No. 43, *Avadāna-Śataka* No. 50, J. As. 1878 e *Ind. Antiq.* X. 293. Un obispo de Colombo ha hecho un dudoso intento de rastrear las andanzas de Mittavinda, como el germen de parte de las andanzas de Ulises en el Ceylon RAS Journal, 1884.



"*El hombre testarudo*". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de cierto Hermano codicioso. Su codicia se relatará en el Libro Noveno en el *Kāka-Jātaka*¹.

Pero en esta ocasión los Hermanos le dijeron al Maestro, diciendo: "Señor, este Hermano es codicioso".

El Maestro dijo: "¿Es cierto [242] lo que dicen, hermano, que eres codicioso?" "Sí, señor", fue la respuesta.

"Así también en los días pasados, hermano, fue codicioso, y a causa de su codicia perdió la vida; también hizo que los sabios y buenos perdieran su hogar". Y diciendo esto contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* nació como una paloma. Ahora bien, la gente de Benarés de aquellos días, como un acto de bondad, solía colgar canastas de paja en diversos lugares para el refugio y comodidad de los pájaros; y el cocinero del Señor y Gran Tesorero de Benarés colgaba una de estas cestas en su cocina. En esta canasta el *Bodhisatta* tomó su morada, saliendo al amanecer en busca de comida y regresando a casa por la noche; y así vivió su vida.

Pero un día, un cuervo, volando sobre la cocina, sintió el delicioso sabor del pescado fresco, salado y de la carne de allí, y se llenó de deseo de probarlo. Dando vueltas sobre cómo hacer su voluntad, se agachó y al anochecer vio al *Bodhisatta* llegar a casa y entrar a la cocina. "¡Ah!" pensó él, "Podré conseguirlo a través de la paloma".

Así que regresó al día siguiente al amanecer y, cuando el *Bodhisatta* salió en busca de comida, comenzó a seguirlo de un lugar a otro como su sombra. Entonces el *Bodhisatta* dijo: "¿Por qué me sigue, amigo?"

"Mi señor", respondió el cuervo, "su comportamiento ha ganado mi admiración; y de ahora en adelante es mi deseo seguirlo". "Pero su tipo de comida y la mía, amigo, no son lo mismo", dijo el *Bodhisatta*; le resultará difícil si se apega a mí. "Mi señor", dijo el cuervo, "cuando esté buscando su comida, yo también me alimentaré a su lado". "Que así sea, entonces", dijo el *Bodhisatta*; "sólo que usted debe comportarse seriamente". Y con esta amonestación al cuervo, el *Bodhisatta* recorrió picoteando semillas de hierba; mientras que el otro se dedicaba a revolver boñigas y sacar los insectos bajo él hasta que se llenaba.

1. Esto es un descuido del compilador. No hay *Kāka-jātaka* en el libro 9, aunque sí en el 6 (No. 395), donde se afirma que 'la historia introductoria ya se ha relatado'. Véanse los No. 274 y 375.

Luego, de regreso, se acercó al *Bodhisatta* y comentó: "Mi señor, le dedica demasiado tiempo a comer; el exceso debe evitarse".

Y cuando el *Bodhisatta* se hubo alimentado y llegó de nuevo a casa por la noche, el cuervo voló con él a la cocina [243].

"Vaya, nuestro pájaro ha traído otro pájaro a casa con él;" exclamó el cocinero, y colgó una segunda canasta para el cuervo. Y desde ese momento en adelante, los dos pájaros habitaron juntos en la cocina.

Ahora bien, un día el Señor y Elevado Tesorero tenía una reserva de pescado que el cocinero colgó en la cocina. Lleno de codicioso deseo ante la vista, el cuervo decidió quedarse en casa al día siguiente y disfrutar de esta excelente comida.

Así que estuvo toda la noche gimiendo; y al día siguiente, cuando el *Bodhisatta* partió en busca de comida y gritó: "Venga, amigo cuervo", el cuervo respondió: "Vaya sin mí, mi señor, porque tengo dolor en el estómago". "Amigo", respondió el *Bodhisatta*, "nunca antes había oído que los cuervos tuvieran dolores de estómago. Es cierto que los cuervos se desmayan en cada una de las tres vigiliass nocturnas; pero si comen la mecha de una lámpara, su hambre se aplaca por un momento durante la noche.¹ Debe estar anhelando el pescado de la cocina aquí. Venga ahora, la comida del hombre no le sentará bien. No ceda así, más bien venga y busque su comida conmigo". "De hecho, no puedo, mi señor", dijo el cuervo. "Bueno, su propia conducta se lo demostrará", dijo el *Bodhisatta*. "Solo que no caiga preso de la codicia, sino manténgase firme". Y con esta exhortación, se fue volando para encontrar su alimento diario.

El cocinero tomó varias clases de pescado y los preparó a unos de una manera, a otros de otra. Luego, levantando un poco las tapas de sus cacerolas para dejar salir el vapor, puso un colador encima de una y salió por la puerta, donde se secó el sudor de la frente. Justo en ese momento salió la cabeza de cuervo de la canasta. Una mirada le dijo que el cocinero no estaba, y "Ahora o nunca", pensó, "es mi momento. La única pregunta es si elijo carne picada o un gran trozo". Argumentando que tomaba mucho tiempo hacer una comida completa de carne picada, resolvió tomar un gran trozo de pescado y sentarse para comérselo en su canasta. Así que salió volando y se posó en el colador. "Clac" sonó el colador.

"¿Qué puede ser eso?" dijo el cocinero, corriendo al oír el ruido. Al ver al cuervo, gritó: "Oh, ahí está este cuervo sinvergüenza que quiere comerse la cena de mi amo. ¡Tengo que trabajar para mi amo, no para ese sinvergüenza! ¿Qué es él para mí, me gustaría saber?" Entonces, cerrando primero la puerta, atrapó al cuervo y le arrancó todas las plumas [244] de su cuerpo. Luego, machacó jengibre con sal y comino, y lo mezcló con leche de mantequilla agria, y finalmente empapó al cuervo en el pepinillo y lo arrojó

113:1 Cf. vol. II, pags. 262.

de nuevo a su cesta. Y allí yació gimiendo el cuervo, vencido por la agonía de su dolor.

Al anoecer, el *Bodhisatta* regresó y vio la lamentable situación del cuervo. "¡Ah! cuervo codicioso", exclamó, "no quisiste prestar atención a mis palabras, y ahora su propia codicia le ha causado tremenda aflicción". Diciendo esto, repitió esta estrofa:

El testarudo que, cuando es exhortado,
No hace caso a los amigos que amablemente le dan consejos,
Sin duda perecerá, como el cuervo codicioso,
Quien río para burlarse de las palabras de advertencia de la paloma.

Luego, exclamando "Yo tampoco puedo vivir más aquí", el *Bodhisatta* se fue volando. Pero el cuervo murió allí mismo, y el cocinero lo arrojó, cesta y todo, sobre el montón de la basura.

Entonces dijo el Maestro: "Fue codicioso, hermano, en tiempos pasados, tal como lo es ahora; y sólo por su codicia los sabios y buenos de aquellos días tuvieron que abandonar sus hogares". Terminada esta lección, el Maestro predicó las Cuatro Nobles Verdades, al término de las cuales aquel Hermano consumó el Fruto del Segundo Sendero. Entonces el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos de la siguiente manera: — "El Hermano codicioso era el cuervo de aquellos tiempos, y yo la paloma".



"*El hombre testarudo*". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de cierto Hermano testarudo. Porque el Bienaventurado le preguntó si era cierto el reporte de que era testarudo, y el Hermano admitió que sí. "Hermano", dijo el Maestro, "esta no es la primera vez que ha sido testarudo: fue así de testarudo en el pasado. También, [245] y como resultado de su testaruda negativa a seguir el consejo de los sabios y los buenos, llegó a su fin por la mordedura de una serpiente". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares, el *Bodhisatta* nació en una familia rica en el Reino de Kāsi. Habiendo llegado a los años de discreción, vio cómo de la pasión brotaba el dolor y cómo la verdadera dicha provenía del abandono de la pasión. Así que se despojó de sus deseos, y partiendo hacia los Himalayas se convirtió en un ermitaño, obteniendo por el cumplimiento de las meditaciones místicas ordenadas las cinco órdenes

del conocimiento superior y los ocho logros. Y como vivió su vida en el éxtasis de la sabiduría, después de tiempo llegó a tener un gran número de seguidores compuesto de quinientos ermitaños, de quienes fue maestro.

Ahora bien, un día, una joven víbora venenosa, vagando como lo hacen las víboras, llegó a la choza de uno de los ermitaños; y un Hermano se encariñó tanto con la criatura como si fuera su propio hijo, alojándola en un tronco de bambú y mostrándole bondad. Y por estar alojada en una caña de bambú, a la víbora se le conoció con el nombre de "Bambú". Además, como el ermitaño quería tanto a la víbora como si fuera su propio hijo, lo llamaron "el Padre de Bambú".

Al enterarse de que uno de los Hermanos tenía una víbora, el *Bodhisatta* envió a buscar a ese Hermano y preguntó si el reporte era cierto. Cuando se le dijo que era cierto, el *Bodhisatta* dijo: "Nunca será posible confiar en una víbora; no la conserve más".

"Pero", instó el Hermano, "mi víbora me es tan querida como un discípulo a un maestro; no podría vivir sin ella". "Pues bien", respondió el *Bodhisatta*, "sepa que esta misma serpiente le hará perder la vida". Pero sin hacer caso de la advertencia del amo, ese hermano aún conservó la mascota de la que no podía soportar separarse. Sólo muy pocos días después salieron todos los hermanos a recoger frutas, y llegando a un lugar donde todo género crecía en abundancia, se quedaron allí dos o tres días. Con ellos se fue el "Padre de Bambú", dejando atrás a su víbora en su prisión de bambú. Dos o tres días después, cuando volvió, pensó en darle de comer a la criatura, y abriendo la caña, extendió la mano, diciendo: "Venga, hijo mío, debe tener hambre". No obstante, enojada por su largo ayuno, la víbora mordió su mano extendida, matándolo en el acto para finalmente escapar hacia el bosque.

Viéndolo muerto, los Hermanos vinieron y se lo dijeron al *Bodhisatta* [246], quien ordenó quemar el cuerpo.

Luego, sentado en medio de ellos, exhortó a los Hermanos repitiendo esta estrofa: —

El testarudo que, cuando es exhortado,
No hace caso a los amigos que amablemente le dan consejos, -
Como el 'padre de bambú', será reducido a la nada.

Así exhortó el *Bodhisatta* a sus seguidores; y desarrolló dentro de sí mismo los cuatro Estados Nobles, y a su muerte renació en el Reino *Brahmā*.

Entonces el Maestro dijo: "Hermano, esta no es la primera vez que se ha mostrado testarudo; no fue menos testarudo en tiempos pasados, y por eso encontró su muerte con la mordedura de una víbora". Habiendo terminado su lección, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "En aquellos días, este Hermano obstinado era el 'Padre de Bambú', mis discípulos eran el grupo de discípulos, y yo mismo su maestro".



"*Amigos faltos de sentido común*". Esta historia la contó el Maestro durante una peregrinación de ofrendas en Magadha, acerca de unos necios aldeanos en cierta aldea. La tradición dice que, después de viajar de Sāvātthi al reino de Magadha, el Maestro estaba dando una vuelta por dicho reino hasta que llegó a cierta aldea que estaba atestada de tontos. En este caserío, estos tontos se reunieron un día y debatieron entre ellos, diciendo: "Amigos, cuando estamos trabajando en la selva, los mosquitos nos devoran, y eso estorba nuestro trabajo. Vayamos, armándonos de arcos y armas, vayamos a la guerra con los mosquitos y matémoslos a tiros o descuarticémoslos a todos". Así que se fueron a la jungla, y gritando: "Disparen a los mosquitos", se dispararon y golpearon los unos a los otros, hasta que quedaron en un estado lamentable y regresaron solo para caer en el suelo, en el pueblo o en su entrada.

Rodeado por la Orden de los Hermanos, el Maestro vino en busca de ofrendas a ese pueblo. La minoría sensata entre los habitantes, apenas vieron al Bienaventurado, erigieron un pabellón a la entrada de su aldea y, después de otorgar grandes ofrendas a la [247] Hermandad con el *Buddha* a la cabeza, se inclinaron ante el Maestro y se sentaron. Al observar a los heridos tirados en el suelo de un lado a otro, el Maestro preguntó a dichos hermanos laicos, diciendo: "Hay muchos hombres inválidos por aquí, ¿qué les ha pasado?" "Señor", fue la respuesta, "fueron a una guerra contra los mosquitos, pero sólo se dispararon los unos a los otros y quedaron incapacitados". Dijo el Maestro: "Esta no es la primera vez que estas personas insensatas se disparan entre sí, en lugar de a los mosquitos que querían matar. En el pasado también trataron de matar mosquitos y se dispararon mutuamente". Y diciendo esto, a petición de esos aldeanos, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares, el *Bodhisatta* se ganaba la vida como comerciante. En aquellos días, en un pueblo fronterizo de Kāsi vivían varios carpinteros. Y sucedió que uno de ellos, un hombre calvo y canoso, estaba cepillando madera en un bosque, con la cabeza reluciente como un cuenco de cobre, cuando un mosquito se posó en su cuero cabelludo y lo picó con su aguijón como si fuera un dardo.

El carpintero dijo a su hijo, que estaba sentado muy cerca: "Hijo mío, hay un mosquito que me está picando la cabeza; aléjalo". "Entonces quédese quieto, padre", dijo el hijo; "un golpe lo resolverá".

(En ese mismo momento, el *Bodhisatta* había llegado a dicha aldea en el trayecto de su viaje de negocios y estaba sentado en el taller del carpintero).

"Líbrame de él", gritó el padre. — "Está bien, padre" — respondió el hijo, que estaba a espaldas del anciano, y levantando en alto un hacha afilada con la intención de matar sólo al mosquito, partió en dos la cabeza de su padre. Así que el anciano cayó muerto en el acto.

El *Bodhisatta*, que había sido testigo presencial de toda la escena, reflexionó: "Mejor que un amigo así es un enemigo sensato, a quien el miedo

debido a la venganza de los hombres los disuadirá de matarlos." Y recitó estas líneas: —

Los amigos sin sentido son peores que los enemigos con sentido;
Atestigüen al hijo que acechó a un mosquito para matarlo,
Pero que el pobre tonto, partió el cráneo de su padre en dos. [248]

Dicho esto, el *Bodhisatta* se levantó y partió, falleciendo en los días posteriores para vivir de acuerdo con sus méritos. Y en cuanto al carpintero, su cuerpo fue quemado por sus parientes.

"Así, hermanos laicos", dijo el Maestro, "también en tiempos pasados hubo quienes, buscando matar a un mosquito, mataron a su prójimo". Esta lección terminó y el Bienaventurado mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "En aquellos días, yo mismo era el comerciante sabio y bueno que partió después de repetir la estrofa".



"*Amigos carentes de sentido*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de una sirvienta de un Gran Señor y Tesorero, Anātha-piṇḍika. Porque se dice que tenía una sirvienta llamada Rohiṇī, cuya anciana madre llegó hasta donde la muchacha se encontraba moliendo arroz y se recostó. Las moscas rodearon a la anciana y la picaban cual agujas, así que le clamó a su hija: "Las moscas me están picando, querida; aléjalas". "¡Oh! Yo las ahuyentaré, madre", dijo la joven, levantando su mano hacia las moscas que se habían posado sobre su madre. Entonces, gritando: "¡Las mataré!", le dio a su madre un golpe tal que mató a la anciana en el acto. Al ver lo que había hecho, la joven comenzó a llorar y a gritar: "¡Oh, madre, madre!"

La noticia fue llevada al Gran Señor y Tesorero, quien, después de hacer quemar el cuerpo, se dirigió al Monasterio y le contó al Maestro lo que había sucedido. "Esta no es la primera vez, laico", dijo el Maestro, "que la ansiedad de Rohiṇī por matar las moscas sobre su madre, la condujo a que la matara con un mortero; en el pasado hizo exactamente lo mismo". Luego, a petición de Anātha-piṇḍika, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* nació como hijo del Gran Señor y Tesorero, y él también llegó a ser un Gran Señor y Tesorero a la muerte de su padre. Y también tuvo una sirvienta cuyo nombre era Rohiṇī. Y su madre, de la misma manera, se dirigió hacia donde su hija se encontraba moliendo arroz, y se recostó, y también la llamó

diciendo: "Ahuyéntame estas moscas, querida", y de la misma manera golpeó a su madre con un mazo, la mató y comenzó a llorar.

Al enterarse de lo que había sucedido, [249] el *Bodhisatta* reflexionó: 'Aquí, en este mundo, incluso un enemigo con sentido común, sería preferible a otro sin él', y recitó estas líneas: —

Los amigos sin sentido común son peores que los enemigos con él,
Vean a esta joven cuya mano imprudente golpeó a
Su madre, y quien ahora se lamenta vanamente.

En estas líneas, en alabanza a los sabios, el *Bodhisatta* predicó la Verdad.

"Esta no es la primera vez, laico", dijo el Maestro, "que la ansiedad de Rohiṇī por matar moscas, condujo a que en su lugar haya matado a su propia madre ". Esta lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: — "La madre y la hija de hoy también fueron la madre y la hija de aquellos tiempos pasados, y yo mismo el Gran Señor y Tesorero ".



"Es conocimiento". — Esta historia fue contada por el Maestro en cierta aldea de Kosala acerca de alguien que estropeó un jardín.

La tradición dice que, en el curso de un viaje de ofrendas entre la gente de Kosala, el Maestro llegó a cierta aldea. Un escudero del lugar invitó al *Buddha* a tomar la comida del mediodía en su casa, e hizo que su invitado se sentara en el salón del jardín, donde mostró hospitalidad a la Hermandad con el *Buddha* a la cabeza, y cortésmente les dio permiso para pasear a discreción sobre su llano. Así que los Hermanos se levantaron y caminaron por los llanos con el jardinero. Observando en su andar un espacio desnudo, dijeron al jardinero: "Laico-discípulo, en otra parte del llano hay abundante sombra; pero aquí no hay ni árbol ni arbusto. ¿Cómo es esto?"

— "Señores " — respondió el hombre — "cuando se estaban trazando estos terrenos, un muchacho del pueblo, que estaba regando, arrancó todos los árboles jóvenes de los alrededores y luego les echó mucha o poca [250] agua según el tamaño de sus raíces. Así que los árboles jóvenes se secaron y murieron; y por eso este espacio está desnudo".

Acercándose al Maestro, los Hermanos le dijeron esto. "Sí, hermanos", dijo él, "ésta no es la primera vez que ese muchacho del pueblo estropea un llano; también hizo exactamente lo mismo en el pasado". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta era Rey de Benares, se proclamó un festival en la ciudad; y a los primeros anuncios de tambor festivo la gente del pueblo salió de sus casas para celebrar la fiesta.

Ahora bien, en aquellos días, una tribu de monos vivía en el llano del Rey; y el jardinero del Rey pensó: "Hay una fiesta en la ciudad. Haré que los monos rieguen las plantas e iré a divertirme con los demás". Diciendo esto, fue a ver al Rey de los monos, y, refiriéndose primero a los beneficios que su majestad y sus súbditos disfrutaban de la residencia en el llano como comer flores y frutas y brotes tiernos, terminó diciendo: "Hoy se está dando un día festivo en la ciudad, y voy a divertirme por ahí. ¿No podrían regar los árboles jóvenes mientras estoy fuera?"

"¡Oh, sí!", dijo el mono.

"Lo importante es que simplemente lo hagan", dijo el jardinero; y se fue, dando a los monos los regadores de agua y las tinajas de madera para que hicieran el trabajo.

Entonces los monos tomaron los regadores y las vasijas de agua y se pusieron a regar los árboles jóvenes. "No obstante, debemos tener cuidado de no desperdiciar el agua", observó su Rey; "Mientras rieguen, primero arranquen cada árbol joven y miren el tamaño de sus raíces. Luego, denles mucha agua a aquellos cuyas raíces sean profundas, pero solo un poco a los que tengan raíces pequeñas. Cuando esta agua se haya acabado, para nosotros será difícil conseguir más".

"Seguro", dijeron los otros monos, e hicieron lo que se les indicó.

En esta coyuntura, cierto hombre sabio, al ver a los monos así ocupados, les preguntó por qué arrancaban árbol tras árbol y los regaban según el tamaño de sus raíces.

"Porque tales son las órdenes de nuestro Rey", respondieron los monos.

Su respuesta motivó al sabio a reflexionar sobre cómo, con todo deseo de hacer el bien, los ignorantes y los necios sólo logran hacer el mal. Y recitó esta estrofa: [251]

Este conocimiento corona al esfuerzo con éxito,
Porque los necios se frustran debido a su necedad,
— Tan sólo observen al mono que mata a los árboles del jardín.

Con esta reprimenda al Rey de los monos, el sabio se marchó con sus seguidores del llano.

Entonces el Maestro dijo: "Ésta no es la primera vez, hermanos, que este muchacho del pueblo ha echado a perder los llanos; también era así en tiempos pasados". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "El muchacho del pueblo que arruinó este llano era el Rey de los monos de aquellos días, y yo mismo era el hombre sabio y bueno".

[Nota. Cf. Nos. 268 y 271; y vea la escena esculpida en la *Stūpa* de Bharhut, placa XLV, 5.]



"Es conocimiento". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de alguien que arruinaba a los espíritus. La tradición dice que Anātha-piṇḍika tenía un amigo que era dueño de una taberna. Este amigo preparaba una provisión de licores fuertes que vendía por oro y plata¹, y su taberna se llenaba. Una vez dio órdenes a su aprendiz de vender solo en efectivo y él mismo se fue a bañar. Este aprendiz, mientras servía el grog a sus clientes, observó que pedían sal y azúcar moreno y se los comían como un picadillo, entonces pensó; "¿No puede haber sal en nuestro licor?; le pondré un poco". Así que puso una libra de sal en un cuenco de grog y se lo sirvió a los clientes. Y apenas tomaron un sorbo, lo escupieron, diciendo: "¿Qué ha hecho?" "Le vi pedir sal después de beber nuestro licor, así que mezclé un poco de sal con el licor". — "Y es así que ha echado a perder el buen licor, bobo" — gritaron los clientes, y uno tras otro se levantaron con insultos y salieron disparados de la taberna. Cuando el dueño de la taberna llegó a su casa y no vio [252] a ni un solo cliente, preguntó adónde habían ido todos. Así que el aprendiz le contó lo que había sucedido. Evaluando al aprendiz por su locura, el hombre se marchó de la taberna y se lo contó a Anātha-piṇḍika. Y este último, pensando que la historia era digna de contarla, se dirigió a Jetavana, donde después de la debida reverencia se lo contó todo al Maestro.

"Esta no es la primera vez, laico", dijo el Maestro, "que este aprendiz ha arruinado a los espíritus. Hizo lo mismo una vez en el pasado". Luego, a petición de Anātha-piṇḍika, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* era el tesorero de Benares y tenía un tabernero que vivía bajo su protección. Habiendo este hombre preparado una provisión de licores fuertes, que dejó que su aprendiz² los vendiera mientras él mismo se iba a bañar, durante su ausencia su aprendiz mezcló el licor con sal, y lo echó a perder de la misma manera. Cuando a su regreso el guía y maestro del joven² se enteró de lo que había pasado, le contó la historia al Tesorero. "Verdaderamente", dijo este último, "el ignorante y el necio, con todos los deseos de hacer el bien, solo logran hacer el mal". Y recitó esta estrofa:

Este conocimiento corona al esfuerzo con el éxito;
Porque los necios se frustran debido a su necesidad,
— Sean testigos del tazón de grog salado de Koṇḍañña.

En estas líneas el *Bodhisatta* enseñó la verdad.

1. Aparentemente considerado como un procedimiento 'judío', en oposición al trueque normal.

2. Con un humor seco, el *Pāḷi* aplica al tabernero y su aprendiz los términos normalmente aplicados a un maestro religioso y su alumno.

Entonces el Maestro dijo: "Laico, esta misma persona echó a perder los espíritus en el pasado como ahora". Luego mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "El que estropeó los espíritus ahora también fue el que estropeó los espíritus en aquellos días pasados, y yo mismo era entonces el Tesorero de Benares".



"Esfuerzo incorrecto". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano obstinado. El Maestro dijo a ese Hermano: "Ésta no es la primera vez, Hermano, que ha sido obstinado; también poseía la misma disposición en el pasado [253]; y por lo tanto fue que, por no seguir el consejo de los sabios y de los buenos, llegó a ser cortado en dos por una espada afilada y fue arrojado en el camino; y fue la única causa por la que mil hombres encontraran también su final". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, había un *brahmán* en un pueblo que conocía un encantamiento llamado el Vedabbha. Ahora bien, este encanto, según decían, era apreciado más allá de todo precio. Porque, si en cierta conjunción de los planetas se repetía el encantamiento y la mirada se inclinaba hacia los cielos, inmediatamente llovían de los cielos Siete Apreciadas Cosas: oro, plata, perlas, corales, ojos de gato, rubíes y diamantes.

En aquellos días, el *Bodhisatta* era discípulo de este *brahmán*; y un día su maestro dejó la aldea por algún asunto u otro, y llegó con el *Bodhisatta* al país de Ceti.

En un bosque junto al camino habitaban quinientos ladrones — conocidos como "los Despachadores" — que hacían el camino intransitable. Y éstos atraparon al *Bodhisatta* y al *brahmán* Vedabbha. (¿Por qué, preguntarán, se llamaban los Despachadores? Bueno, la historia cuenta que de cada dos prisioneros que hacían, solían enviar a uno para obtener el rescate; y por eso se llamaban los Despachadores. Si capturaban a un padre y un hijo, le decían al padre que fuera por el rescate para liberar a su hijo; si atrapaban a una madre y a su hija, enviaban a la madre por el dinero; si atrapaban a dos hermanos, dejaban ir al mayor; y así también, si atrapaban a un maestro y a su discípulo, era el discípulo a quien liberaban. En este caso, por lo tanto, mantuvieron el *brahmán* Vedabbha y enviaron al *Bodhisatta* para

buscar el rescate.) No obstante, el *Bodhisatta* dijo con reverencia a su maestro: "En uno o dos días seguramente regresaré; no tenga miedo; solo no deje de hacer lo que le voy a indicar. Hoy llegará a pasar la conjunción de los planetas que puede provocar la lluvia de las Apreciadas Cosas. Tenga cuidado de que, cediendo a este percance, repita el encantamiento e invoque a la apreciada lluvia. Porque, si lo hace, la calamidad ciertamente caerá sobre usted y sobre esta banda de ladrones". Con esta advertencia a su maestro, el *Bodhisatta* siguió su camino en busca del rescate.

Al atardecer, los ladrones ataron al *brahmán* y lo tumbaron por los talones. Justo en este momento la Luna llena se elevó sobre el horizonte oriental, y el *brahmán*, estudiando los cielos, supo [254] que se estaba produciendo la gran conjunción. "¿Por qué", pensó, "debo sufrir esta miseria? Al repetir el encantamiento, invocaré la apreciada lluvia, pagaré el rescate a los ladrones y me iré libre". Así que llamó a los ladrones: "Amigos, ¿por qué me tomáis prisionero?" "Para obtener un rescate, venerable señor", dijeron. "Bien, si eso es todo lo que quieren", dijo el *brahmán*, "apresúrense y desátenme; hagan que me laven la cabeza y que vistan ropa nueva; que me perfumen y me adornen con flores. Entonces déjenme solo". Los ladrones hicieron lo que se les indicó. Y el *brahmán*, marcando la conjunción de los planetas, repitió su encantamiento con los ojos elevados al cielo. ¡Inmediatamente las Apreciadas Cosas cayeron de los cielos! Los ladrones recogieron a todas las cosas, envolviendo su botín en paquetes con sus capas. Entonces sus hermanos se marcharon; y el *brahmán* lo siguió en la retaguardia. Pero, por suerte, ¡el grupo fue capturado por una segunda banda de quinientos ladrones! "¿Por qué nos agarran?" dijo la primera a la segunda banda. "Por el botín", fue la respuesta. "Si lo que quieren es un botín, apodérese de ese *brahmán*, que con solo mirar al cielo nos trajo riquezas como si fuera lluvia. Fue él quien nos dio todo lo que tenemos ahora". Así que la segunda banda de ladrones dejó ir a la primera y se apoderaron del *brahmán*, gritando: "¡Denos riquezas también a nosotros!" "Me daría un gran placer", dijo el *brahmán*; pero pasará un año antes de que se produzca de nuevo la necesaria conjunción de los planetas. Si tiene la amabilidad de esperar hasta entonces, invocaré la apreciada lluvia para ustedes.

"¡Granuja *brahmán*!" gritaron los ladrones enojados, "usted hizo rica a la otra banda de forma repentina, ¡no obstante, quiere que nosotros esperemos un año entero para eso!" Y lo partieron en dos con una espada afilada, y arrojaron su cuerpo en medio del camino. Luego, corriendo tras la primera banda de ladrones, mataron a todos los hombres también en una pelea cuerpo a cuerpo y se apoderaron del botín. Luego, se dividieron en dos grupos y pelearon entre sí, grupo contra grupo, hasta que doscientos cincuenta hombres fueron muertos. Y así continuaron matándose unos a otros, hasta que sólo quedaron dos vivos. Así fue como se llegó a la destrucción de esos mil hombres.

Ahora bien, cuando los dos sobrevivientes lograron llevarse el tesoro, lo escondieron en la jungla cerca de un pueblo; y uno de ellos se sentó allí, espada en mano, [255] para aguardarlo, mientras que el otro fue al pueblo a buscar arroz y hacerlo cocer para la cena.

"¡La codicia es la raíz de la ruina!" reflexionó el que se aguardaba junto al tesoro. "Cuando mi compañero regrese, querrá la mitad de esto. Supongamos que lo matase en el momento en que regrese". Así que desenvainó su espada y se sentó a esperar el regreso de su camarada.

Mientras tanto, el otro también reflexionó sobre el botín que debía dividirse por la mitad, y pensó:

"Supongamos que envenenara el arroz y se lo diera de comer y así matara a mi compañero y poseyera todo el tesoro sólo para mí". En consecuencia, cuando el arroz estuvo hervido, primero comió su propia porción y luego puso veneno en el resto, que llevó consigo a la selva. Pero apenas lo hubo dejado, cuando el otro ladrón lo partió en dos con su espada, y escondió el cuerpo en un lugar apartado. Luego comió el arroz envenenado y murió allí mismo. Así, a causa del tesoro, no sólo el *brahmán* sino todos los ladrones fueron destruidos.

Sin embargo, después de un día o dos, el *Bodhisatta* regresó con el rescate. Al no encontrar a su amo donde lo había dejado, sino, al ver los tesoros esparcidos por todas partes, su corazón pensó en el mal de su amo, quien a pesar de su consejo, finalmente invocó a la lluvia de tesoros desde los cielos, y que todos debieron perecer en consecuencia; así que siguió por el camino. En su trayecto llegó adonde el cuerpo de su amo yacía partido en dos. "¡Ay!" — exclamó —, "está muerto por no prestar atención a mi advertencia". Luego, con palos recogidos hizo una pira y quemó el cuerpo de su amo, haciendo una ofrenda de flores silvestres. Más adelante en el camino, se encontró con los quinientos "Despachadores", y aún con doscientos cincuenta adicionales, y así sucesivamente hasta que por fin llegó a donde yacían sólo dos cadáveres. Observando cuántos de los mil hombres habían perecido excepto dos, y sintiéndose seguro de que debía haber dos sobrevivientes, y que estos no pudieron evitar la lucha, siguió adelante para ver hasta dónde habían llegado. Así prosiguió hasta que encontró el camino por donde se habían metido a la selva con el tesoro; y allí encontró un montón de fardos de tesoros, y un ladrón que yacía muerto con su cuenco de arroz volcado a un lado. Al darse cuenta de toda la historia en un vistazo, el *Bodhisatta* se dispuso a buscar al hombre que faltaba y finalmente encontró su cuerpo en el lugar secreto donde había sido arrojado [256]. "Y así", reflexionó el *Bodhisatta*, "al no seguir mi consejo, mi maestro por medio de su propia voluntad ha sido el medio de destrucción no solo de sí mismo sino también de otros mil hombres. Verdaderamente, aquellos que busquen su

123:1 O tal vez debería insertarse un punto después de *eva ti*, las palabras "Codicia...ruin" siendo tratadas como una máxima citada entre paréntesis por el autor.

propio beneficio por medios erróneos e incorrectos cosecharán sólo la ruina, justo tal como lo hizo mi amo". Y repitió esta estrofa: —

El esfuerzo incorrecto conduce a la perdición, no a la fortuna;
Los ladrones mataron a Vedabbha y ellos mismos se mataron uno a otro.

Así habló el *Bodhisatta*, y continuó diciendo: "Y así como mi maestro hizo el esfuerzo incorrecto y fuera de lugar de hacer que la lluvia de tesoros cayera del cielo provocando tanto su propia muerte como la destrucción de otros con él, así también lo hará cualquier otro hombre que por medios incorrectos busque alcanzar su propia ventaja, quien perecerá por completo e involucrará a otros en su destrucción". Con estas palabras el *Bodhisatta* hizo sonar el bosque; y con esta estrofa predicó la Verdad, mientras las hadas de los árboles clamaron en aplausos. Se las arregló para llevar el tesoro a su propia casa, donde vivió hasta el término de su vida en el ejercicio de la generosidad y otras buenas acciones. Y cuando su vida terminó, partió hacia el cielo al cual consiguió llegar.

Entonces el Maestro dijo: "Esta no es la primera vez, hermano, que ha sido obstinado; también lo fue en tiempos pasados; y por su propia voluntad llegó a la destrucción total". Su lección terminó, identificó los Renacimientos diciendo: "El Hermano obstinado era el *brahmán* Vedabbha de aquellos días, y yo mismo su discípulo".

[Nota. El Dr. Richard Morris fue el primero en rastrear en este *Jātaka* una forma temprana del *Pardoner's Tale* de Chaucer (ver *Contemporary Review* de Mayo de 1881); El Sr. H. T. Francis y el Sr. C. H. Tawney independientemente rastrearon la misma conexión en la Academia, 22 de Diciembre de 1883 (posteriormente reimpresso en forma ampliada), y en el *Cambridge Journal of Philology*, vol. xiii. 1883. Véase también *Popular Tales and Fictions* de Clouston.]



[257] "*El necio puede mirar*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de cierto asceta Desnudo. La tradición dice que un caballero del país cercano a Sāvatti pidió en matrimonio para su hijo a una joven dama de Sāvatti y de igual rango. Habiendo fijado un día para venir a buscar a la novia, consultó posteriormente a un asceta Desnudo que era íntimo de la familia que verificase si las estrellas eran favorables para celebrar las festividades aquel día.

"Pero no me preguntó nada en primera instancia al respecto", pensó el asceta indignado, "no obstante, habiendo fijado ya el día, sin consultarme, solo ahora se le ha ocurrido hacer una referencia vacía

conmigo". Muy bien; le daré una lección. Y él respondió que las estrellas no eran favorables para aquel día, que no debían celebrarse las nupcias ese día, y que si lo hicieran, vendría de ello una gran desgracia. Así que la familia de la ciudad en su fe hacia el asceta no fue por la novia aquel día. Ahora bien, los amigos de la novia en el pueblo habían hecho todos los preparativos para celebrar las nupcias, y cuando vieron que del otro lado no venía nadie, dijeron: "Fueron ellos los que fijaron el día, y sin embargo no han venido; y hemos gastado mucho en todo esto. ¿Quiénes son estas personas, en verdad? ¡casemos a la muchacha con otro hombre!" Así que buscaron otro novio y la dieron a la muchacha en matrimonio con todas las festividades que ya habían preparado.

Al día siguiente, el grupo de la ciudad vino a buscar a la novia. Pero la gente de Sāvatti los calificó de la siguiente manera: "Ustedes, gente de la ciudad, son una mala suerte; fijaron el día ustedes mismos y luego nos insultaron al no venir. Le hemos dado la doncella a otro Hombre". El grupo de la ciudad comenzó una pelea, pero al final regresaron a casa tal como habían llegado.

Ahora bien, los hermanos llegaron a saber cómo ese asceta Desnudo había frustrado la festividad, y comenzaron a discutir el asunto en el Salón de la Verdad. Al entrar en el Salón y al enterarse del tema de su conversación, el Maestro dijo: "Hermanos, ésta no es la primera vez que este mismo asceta ha frustrado las festividades de esa familia; enojado con ellos, hizo exactamente lo mismo una vez en el pasado". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, algunos habitantes de la ciudad le pidieron matrimonio a una campesina y definieron el día. Habiendo ya hecho el arreglo, le preguntaron a su asceta familiar si las estrellas eran propicias para la ceremonia de ese día. Molesto por haber fijado el día a su conveniencia sin consultarlo primero con él, el asceta decidió frustrar sus festividades nupciales para dicho día; [258] y en consecuencia respondió que los astros no eran favorables para aquel día, y que si persistían, sería grave la desgracia. Entonces, con fe en el asceta, ¡permanecieron en casa! Cuando la gente del pueblo se enteró de que la gente de la ciudad no llegaba, se dijeron entre ellos: "Fueron ellos los que arreglaron el matrimonio para hoy, y ahora no han llegado. ¿Quiénes son ellos, en verdad?" Y casaron a la niña con otra persona.

Al día siguiente, la gente de la ciudad llegó y preguntó por la joven; pero los del campo dieron esta respuesta: — "Ustedes, la gente de la ciudad, carecen de decencia común. Ustedes mismos nombraron el día y, sin embargo, no vinieron a buscar a la novia. Como se retrasaron, la hemos casado con otro". "Lo que ocurre es que le preguntamos a nuestro asceta, y nos dijo que las estrellas eran desfavorables. Por eso no vinimos ayer. Denos a la joven". "No llegaron en el momento adecuado, y ahora ella ya es de otro. ¿Cómo podemos casar a ella dos veces?" Mientras discutían así entre ellos, un hombre sabio del pueblo vino al campo por negocios. Al escuchar a la gente del pueblo explicar que habían consultado a su asceta y que su ausencia se debía a la disposición desfavorable de las estrellas, exclamó:

"En verdad, ¿Qué importan las estrellas? ¿No es la suerte conseguir a un joven?" Y, diciendo esto, repitió esta estrofa: —

El necio puede estar pendiente de los 'días de suerte',
Sin embargo, la suerte siempre fallará;
Es la suerte misma la estrella de la suerte.
¿Qué podrían lograr las simples estrellas?

En cuanto a la gente de la ciudad, como no consiguieron a la joven a pesar de todas sus disputas, ¡tuvieron que regresar a casa de nuevo!

Entonces el Maestro dijo: "Ésta no es la primera vez, hermanos, que este asceta desnudo ha frustrado las festividades de esa familia; también hizo lo mismo en tiempos pasados". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Este asceta [259] también era el asceta de aquellos días, y las familias también eran las mismas; yo mismo fui el hombre sabio y bueno que pronunció la estrofa en cuestión".



"*Mil malhechores*". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre acciones realizadas para el bien del mundo, tal como se explicará en el Libro Décimo segundo en el *Mahā-Kaṇha-Jātaka*¹.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* renació en el vientre de la Reina Consorte.

Cuando nació, fue nombrado Príncipe Brahmadatta en su onomástico. A los dieciséis años había recibido una buena educación en Takkaṣilā, había aprendido los Tres Vedas de memoria y estaba versado en las Dieciocho Ramas del Conocimiento. Y su padre lo hizo virrey.

Ahora bien, en aquellos días, la gente de Benares era muy dada a los festivales a los 'dioses' y solía mostrarles honor. Tenían la costumbre de masacrar a un gran número de ovejas, cabras, aves de corral, cerdos y otras criaturas vivientes, y realizar sus ritos no solo con flores y perfumes, sino

1, No. 469.

con la sangre de los cadáveres. El destinado Señor de la Misericordia Pensó: "Descarriados por la superstición, los hombres ahora sacrifican la vida de los animales desenfrenadamente; la multitud está en su mayor parte entregada a la irreligión: no obstante, cuando se dé la muerte de mi padre y tenga éxito en asumir mi herencia, encontraré los medios para poner fin a tal destrucción vidas. Idearé alguna ingeniosa estratagema mediante la cual se detendrá el mal sin dañar a un solo ser humano". Con esta actitud, el Príncipe montó un día su carroza y salió de la ciudad. En el camino vio a una multitud reunida en un árbol sagrado *banyan*, rezando al hada que había renacido en ese árbol, para que les concediera hijos e hijas, honor y riqueza, cada uno según el deseo de su corazón. Descendiendo de su carruaje, el *Bodhisatta* se acercó al árbol y se comportó como un adorador hasta el punto de hacer ofrendas de perfumes y flores, rociar al árbol con agua y caminar reverentemente alrededor de su tronco. Luego, montando de nuevo en su carruaje, emprendió el camino de regreso a la ciudad.

A partir de entonces, el Príncipe hacía viajes de vez en cuando al árbol [260], y lo adoraba como un verdadero creyente de los 'dioses'.

A su debido tiempo, cuando murió su padre, el *Bodhisatta* gobernó en su lugar. Evitando los cuatro caminos perjudiciales y practicando las diez virtudes reales, gobernó a su pueblo con rectitud. Ahora que su deseo se había hecho realidad y él era Rey, el *Bodhisatta* se dispuso a cumplir su resolución anterior. Así que reunió a sus ministros, a los *brahmanes*, a la nobleza y a las demás órdenes del pueblo, y preguntó a la asamblea si sabían cómo se había convertido en Rey. Pero ningún hombre pudo responder.

"¿Alguna vez me han visto adorar con reverencia a un árbol de higuera de Bengala con perfumes y similares, e inclinarme ante él?"

"Señor, sí lo hemos visto", dijeron ellos.

"Bueno, estaba haciendo un voto; y el voto era que, si alguna vez llegaba a ser Rey, ofrecería un sacrificio a ese árbol. Y ahora que, con la ayuda del dios, he llegado a ser Rey, ofreceré mi prometido sacrificio. Así que prepárenlo con toda rapidez".

Pero ¿en qué consiste el sacrificio?

"Mi voto", dijo el Rey, "fue este: Todos los que sean adictos a los Cinco Pecados, es decir, a la matanza de criaturas vivientes y demás, y todos los que caminen en los Diez Senderos de la Iniquidad, ellos serán aniquilados por Mí, y con su carne y su sangre, con sus entrañas y sus intestinos haré mi ofrenda. Por lo tanto, proclámenlo así, a golpe de tambor que nuestro señor el Rey en los días de su virreinato juró que si llegaba a ser Rey mataría y ofrecería en sacrificio a todos sus súbditos que quebrantan los Preceptos. Así que ahora el Rey desea sacrificar a mil de aquellos que sean adictos a los Cinco Pecados o caminan en los Diez Senderos de la Iniquidad; con los corazones y la carne de los mil se hará un sacrificio en honor al dios en cuestión. Proclamad esto para que todos puedan tener conocimiento en toda la ciudad al respecto. "De aquellos que transgredan los preceptos

después de esta fecha", agregó el Rey, "mataré a mil, y los ofreceré como sacrificio al dios en cumplimiento de mi voto". Y para aclarar su significado, el Rey pronunció esta estrofa: —

Mil malhechores una vez juré
En piadosa gratitud matar;
Y los malhechores conforman una multitud tan grande,
Que ahora cumpliré mi voto. [261]

Obedientes a las órdenes del Rey, los ministros hicieron consecuentemente proclamar el anuncio respectivo a golpes de tambor a lo largo y ancho de Benarés. Tal fue el efecto de la proclamación en la gente del pueblo que ni un alma persistió en la antigua maldad. Y durante el reinado del *Bodhisatta* ningún hombre fue condenado por transgredir los preceptos. Así, sin dañar a uno solo de sus súbditos, el *Bodhisatta* les hizo observar los Preceptos. Y al final de una vida de ofrendas y otras buenas acciones, falleció con sus seguidores para abarrotar la ciudad de los *devas*.

Dijo el Maestro: "Ésta no es la primera vez, hermanos, que el *Buddha* ha actuado para el bien del mundo; también actuó de la misma manera en tiempos pasados". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Los discípulos de *Buddha* eran los ministros de aquellos días, y yo mismo era el Rey de Benares".



"*Trabajad duro, hermano mío*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano que había renunciado a todo esfuerzo serio. Cuando el Maestro le preguntó si era cierto el reporte de que él era un reincidente, el Hermano [262] dijo que era cierto. "¿Cómo puede, hermano", dijo el Maestro, "enfriarse en una fe tan salvadora? Incluso cuando los sabios y buenos del pasado habían perdido su reino, su resolución fue tan impertérrita que al final recuperaron su soberanía." Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* volvió a la vida como el hijo de la reina; y en su onomástico le dieron el nombre de Príncipe Bondad. A la edad de dieciséis años su educación se completó; y más tarde llegó a ser Rey a la muerte de su padre, y gobernó a su pueblo

con rectitud bajo el título de El Gran Rey Bondad. En cada una de las cuatro puertas de la ciudad construyó una limosnería, otra en el corazón de la ciudad, y otra más en las puertas de su propio palacio, seis en total; y en cada una distribuía ofrendas a los pobres viajeros y a los necesitados. Guardaba los Preceptos y observaba los días de ayuno; abundaba en paciencia, bondad amorosa y misericordia; y con rectitud gobernó la tierra, cuidando a todas las criaturas por igual con el cariñoso amor de un padre por su bebé.

Ahora bien, uno de los ministros del Rey había cometido traición en el harén del Rey, y esto se convirtió en un tema de conversación común. Los ministros se lo informaron al Rey. Examinando el asunto él mismo, el Rey encontró clara la culpabilidad del ministro. Así que envió llamar al culpable, y dijo: "¡Oh, cegado por la locura! Ha pecado, y no es digno de habitar en mi reino; tome su hacienda, su mujer y su familia, y abandone este lugar". Expulsado así del reino, ese ministro abandonó el país de Kāsi y, entrando al servicio del Rey de Kosala, ascendió gradualmente hasta convertirse en el consejero confidencial de ese monarca. Un día le dijo al Rey de Kosala: "Señor, el reino de Benares es como un hermoso panal libre de moscas; su Rey es la debilidad misma; y una fuerza insignificante bastaría para conquistar todo el país".

Ante esto, el Rey de Kosala reflexionó en el hecho de que el reino de Benares era grande y, considerando esto en relación con el consejo de que una fuerza insignificante podría conquistarlo, comenzó a sospechar que su consejero era un asalariado sobornado para conducirlo hacia una trampa. "Traidor", gritó, "¡le pagan para decir esto!"

"Ciertamente no lo soy", respondió el otro; "Yo sólo digo la verdad. Si duda de mí, envíe hombres a masacrar una aldea más allá de su frontera, y mire si, cuando los atrapen y los lleven ante él, el Rey los dejará libres e incluso los colmará de presentes".

"Muestra un frente muy audaz al hacer su afirmación", pensó el Rey; "Probaré su consejo [263] sin demora". Y en consecuencia, envió algunas de sus criaturas para hostigar a un pueblo al otro lado de la frontera de Benares. Los rufianes fueron capturados y llevados ante el Rey de Benares, quien les preguntó, diciendo: "Hijos míos, ¿por qué habéis matado a mis aldeanos?"

"Porque no podíamos ganarnos la vida", dijeron.

"Entonces, ¿por qué no vinieron a mí?" dijo el Rey. "Traten de no volver a hacer lo mismo".

Así, les dio presentes y los despidió. Ellos regresaron y se lo contaron al Rey de Kosala. Pero esta evidencia no fue suficiente para animarlo a la expedición; y se envió una segunda banda para masacrar otra aldea, esta vez en el corazón del reino. Estos también fueron despedidos con presentes por el Rey de Benares. Pero incluso esta evidencia no se consideró lo suficientemente fuerte; así que una tercera banda fue enviada a saquear las

mismas calles de Benarés! Y éstos, como sus predecesores, fueron enviados con presentes! Satisfecho por fin de que el Rey de Benares era un Rey enteramente bueno, el Rey de Kosala resolvió apoderarse de su reino y partió contra él, con tropas y elefantes.

Ahora bien, en estos días el Rey de Benares poseía mil valientes guerreros, que enfrentarían la carga incluso de un elefante en celo, a quien el rayo lanzado por *Indra* no podría aterrorizar, un incomparable grupo de héroes invencibles listos a la orden del Rey para someter a toda la India bajo su dominio si lo quisiera! Estos, al enterarse de que el Rey de Kosala venía a tomar Benares, acudieron ante su soberano con la noticia y oraron para que pudieran ser enviados contra el invasor. "Lo derrotaremos y lo capturaremos, señor", dijeron, "antes de que pueda cruzar la frontera".

"No es así, hijos míos", dijo el Rey. "Ninguno sufrirá por mi culpa. Que aquellos que codicien reinos se apoderen del mío, si así lo quieren". Y se negó a permitirles marchar contra el invasor.

Entonces el Rey de Kosala cruzó la frontera y llegó al centro del país; y de nuevo los ministros fueron ante el Rey con renovadas súplicas. Pero aun así, el Rey se negó. Y entonces el Rey de Kosala apareció fuera de la ciudad, y envió un mensaje al Rey pidiéndole que entregue el reino o que diese batalla. "No peleo", fue el mensaje del Rey de Benares en respuesta; "apodérese de mi reino".

Sin embargo, por tercera vez los ministros del Rey acudieron ante él y le rogaron que no permitiera entrar al Rey de Kosala, sino que les permitiera derrocarlo y capturarlo delante de la ciudad. Todavía negándose, el Rey ordenó que se abrieran las puertas de la ciudad, [264] y se sentó en lo alto de su trono real con sus mil ministros a su alrededor.

Entrando a la ciudad y sin encontrar a nadie que les cerrara el paso, el Rey de Kosala pasó con su ejército hasta el palacio real. Las puertas estaban abiertas de par en par; y allí en su magnífico trono con sus mil ministros a su alrededor estuvo sentado el Gran Rey Bondad con su estado. "Tomadlos a todos", gritó el Rey de Kosala; ¡Átenles las manos fuertemente a la espalda y llévenselos al cementerio! Allí caven fosos y entiérrenlos vivos hasta el cuello, para que no puedan mover ni sus manos ni sus pies. ¡Los chacales vendrán por la noche y les darán sepultura!

A instancias del rufián Rey, sus seguidores ataron al Rey de Benarés y a sus ministros y se los llevaron. No obstante, el gran Rey Bondad aun ante esta situación no albergó ni un solo pensamiento de enfado contra los rufianes; y, ninguno de sus ministros, aun cuando fueran llevados atados, pudo desobedecer al Rey; tan perfecta se dice que era la disciplina entre sus seguidores.

Así que el Rey Bondad y sus ministros fueron conducidos y enterrados hasta el cuello dentro de la fosas en el cementerio, el Rey en el medio y los demás a cada lado de él. La tierra fue pisoteada sobre ellos, y allí quedaron.

Todavía apacible y libre de ira contra su opresor, el Rey Bondad exhortó a sus compañeros, diciendo: "Que vuestros corazones se llenen de nada más que amor y caridad, hijos míos".

Ahora bien, a la medianoche, los chacales llegaron en tropel al banquete de carne humana; y al ver a las bestias, el Rey y sus compañeros lanzaron todos juntos un gran grito, espantando a los chacales. Deteniéndose, la manada miró hacia atrás y, al ver que nadie los perseguía, volvieron a avanzar. Un segundo grito los alejó nuevamente, pero solo para regresar como antes. No obstante, la tercera vez, al ver que ninguno de ellos era perseguido, los chacales pensaron: "Estos deben ser hombres que están condenados a muerte". Se acercaron audazmente; incluso cuando el grito se elevó de nuevo, ya no dieron la vuelta. Se acercaron, cada uno señalando su presa, el chacal principal se dirigió al Rey y los otros chacales a sus compañeros [265]. Fértil en recursos, el Rey observó el acercamiento de la bestia y, levantando la garganta como si fuera a recibir el mordisco, clavó los dientes en la garganta del chacal con un agarre como el de un tornillo de banco. Incapaz de liberar su garganta del poderoso agarre de las mandíbulas del Rey, y temiendo la muerte, el chacal lanzó un gran aullido. Ante su grito de angustia, la manada pensó que su líder debía haber sido capturado por un hombre. Sin corazón para acercarse a su propia presa destinada, todos se alejaron corriendo para salvar sus vidas.

Buscando liberarse de los dientes del Rey, el chacal atrapado se movía alocadamente de un lado a otro, y así aflojó la tierra sobre el Rey. ¡Entonces este último, soltando al chacal, desplegó su gran fuerza y, zambulléndose de un lado a otro, liberó sus manos! Entonces, agarrándose al borde del pozo, se irguió, y salió como una nube que se deslizaba por el viento. Dando a sus compañeros buen ánimo, ahora se dispuso a trabajar para aflojar la tierra alrededor de ellos y sacarlos, hasta que con todos sus ministros estuvo libre una vez más en el cementerio.

Ahora bien, resultó que un cadáver había sido expuesto en esa parte del cementerio que se encontraba entre los respectivos dominios de dos ogros; y estos dos ogros se disputaban el reparto del botín.

"No podemos dividirlo nosotros mismos", dijeron; "pero este Rey Bondad es justo; él nos lo repartirá. Vayamos con él". Así que arrastraron el cadáver por los pies hacia el Rey, y dijeron: "Señor, divida a este hombre y denos a cada uno su parte". "Ciertamente lo haré, mis amigos", dijo el Rey. "Pero, como estoy sucio, debo bañarme primero".

Inmediatamente, por su poder mágico, los ogros trajeron al Rey el agua perfumada preparada para el baño del usurpador. Y cuando el Rey se hubo bañado, le trajeron las ropas que habían sido puestas para que las vistiera el usurpador. Cuando se los hubo puesto, trajeron a Su Majestad una caja que contenía las cuatro clases de olores. Cuando se hubo perfumado, trajeron flores de diversas clases dispuestas sobre abanicos enjoyados, en un cofre de oro. Cuando se hubo adornado con las flores, los ogros le preguntaron si podían ser de algún otro servicio. Y el Rey les hizo entender [266] que tenía hambre. Así se marcharon los ogros, y regresaron con arroz sazonado con todos los sabores selectos, que había sido preparado para la mesa del usurpador. Y el Rey, ahora bañado y perfumado, vestido y engalanado, comió del manjar exquisito. Acto seguido, los ogros trajeron el agua perfumada del usurpador para que la bebiera en el propio cuenco de oro del usurpador, sin olvidar traer también la copa de oro. Cuando el Rey hubo bebido y lavado la boca y se estaba lavando las manos, le trajeron betel fragante para masticar, y le preguntaron si su majestad tenía más órdenes. "Tráigame", dijo él, "por vuestro poder mágico la espada de estado que yace junto a la almohada del usurpador". Y luego la espada fue traída al Rey. Entonces el Rey tomó el cadáver y, colocándolo en posición vertical, lo cortó en dos por el lomo, dando la mitad a cada ogro. Hecho esto, el Rey lavó la espada y la ciñó sobre su costado.

Habiendo comido hasta saciarse, los ogros se alegraron de corazón, y en su gratitud le preguntaron al Rey qué más podían hacer por él. "Pónganme con su poder mágico", dijo él, "en la recámara del usurpador, y

coloquen a cada uno de mis ministros en su propia casa". "Ciertamente, señor", dijeron los ogros; y en seguida se hizo. Ahora, en esa hora, el usurpador yacía dormido en la cama real, en su recámara de estado. Y mientras dormía con toda tranquilidad, el buen Rey lo golpeó con la parte plana de la espada en el vientre. Despertándose asustado, el usurpador vio a la luz de la lámpara que era el Gran Rey Bondad. Reuniendo todo su coraje, se levantó de su lecho y dijo: — "Señor, es de noche; se ha puesto guardia; las puertas están atrancadas, y nadie puede entrar. ¿Cómo llegó a mi lecho, espada en mano y vestido con ropajes de esplendor?" Entonces el Rey le contó en detalle toda la historia de su fuga. Entonces el corazón del usurpador se conmovió, y clamó: "¡Oh!, Rey, yo, aunque estaba bendecido por la naturaleza humana, no conocía su bondad; pero el conocimiento de ello fue dado a los ogros feroces y crueles, cuyo alimento es la carne y la sangre. De ahora en adelante, Yo, señor, [267] no conspiraré contra una virtud tan notable como la que usted posee". Diciendo esto, hizo un juramento de amistad sobre su espada y suplicó el perdón del Rey. E hizo que el Rey se acostara en la cama de estado, mientras él se tendía en un pequeño lecho.

Al día siguiente, al amanecer, cuando el sol hubo salido, toda su hueste de todos los rangos y grados fue reunida al son de los tambores a las órdenes del usurpador; ante su presencia ensalzó al Rey Bondad, como si elevara a la Luna llena en lo alto de los cielos; y justo delante de todos, volvió a pedir perdón al Rey y le devolvió su reino, diciendo: "De ahora en adelante, que sea mi cargo tratar con los rebeldes; gobierne su majestad su reino, contando conmigo para velarlo y protegerlo". Y diciendo esto, dictó sentencia sobre el calumniador traidor, y con sus tropas y elefantes volvió a su propio reino.

Sentado en majestad y esplendor bajo un dosel blanco de soberanía

sobre un trono de oro con unas piernas como de la de una gacela, el gran Rey Bondad contempló su propia gloria y pensó así: — "Si no hubiera perseverado, no estaría en el goce de esta magnificencia, ni mis mil ministros estarían todavía contado entre los vivos. Fue por la perseverancia que recuperé el estado real que había perdido, y salvé la vida de mis mil ministros. En verdad, debemos esforzarnos incansablemente con corazones intrépidos, viendo que el fruto de la perseverancia es tan excelente." Y con eso el Rey prorrumpió en esta sentida declaración:

Trabaje duro, hermano mío; aún en la esperanza manténganse firme;
Y no deje que su coraje decaiga y se canse.
Veo en mí mismo, de todas mis penas pasadas,
Que soy dueño del deseo de mi corazón.

Así habló el *Bodhisatta* con la plenitud de su corazón, declarando cuán seguro es que el esfuerzo ferviente de la buena voluntad llegará a la madurez. Después de una vida dedicada a obrar con el bien, falleció para vivir a partir de entonces de acuerdo con sus méritos. [268]

Su lección terminó, el Maestro predicó las Cuatro Nobles Verdades, al final de las cuales el Hermano reincidente consumó el estado de *Arahat*. El Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta fue el ministro traidor de aquellos días, los discípulos del *Buddha* fueron los mil ministros, y yo mismo, el gran Rey Bondad".

[Nota. Cf. la *Volsung-Saga* en *Helden Sagen* de Hagen, iii. 23, y *Journ of Philol.* xiii. 120.]



"Trabaja duro, hermano mío". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de otro Hermano que se había descarriado. Todos los incidentes que se relatarán aquí se darán en el *Mahā-janaka-Jātaka*¹.

El Rey, sentado bajo el dosel blanco de la soberanía, recitó esta estrofa:

"Trabaja duro, hermano mío; todavía en la esperanza, mantente firme;
No os desmayes, ni os canses, aunque os acosen dolorosamente.
Veo en mí mismo, de todas mis penas pasadas,
Haber luchado por mi tenaz camino hacia la tierra.

Aquí también el Hermano reincidente consumó el estado de *Arahant*. El *Buddha* Sabio era el Rey Janaka.

^{133:1} Uno de los últimos Jātakas, aún no editado.

"¿Qué? Deja de probar". Esta historia fue contada por el Maestro mientras residía en Jetavana, sobre un licor con sustancias.

Una vez, unos bebedores de Sāvatti se reunieron para tomar consejo y dijeron: "No disponemos del precio de una bebida; ¿cómo vamos a conseguirla?"

"¡Animo!" dijo un rufián; "Tengo un pequeño plan".

"¿De qué trata?" clamaron los demás.

"Es costumbre de Anātha-piṇḍika", dijo el hombre, "usar sus anillos y su atuendo más lujoso cuando va a servir al Rey. Añadamos una droga estupefaciente a un poco de licor y preparemos una cabina para beber, en la que podamos todos estar sentados cuando pase Anātha-piṇḍika. 'Venga y únase a nosotros, Gran y Señor Tesorero', gritaremos, y lo acosaremos con nuestro licor hasta que pierda el sentido. Entonces, lo despojaremos de sus anillos y ropas, y así obtendremos el dinero para la bebida".

Su plan complació enormemente a los otros rufianes y se llevó a cabo debidamente. Cuando Anātha-piṇḍika regresaba de su visita, salieron a su encuentro y lo invitaron [269] a que los acompañara; 'ya que habían conseguido un licor raro, y debía probarlo antes de marcharse'.

"¿Qué?" pensó él, "¿un creyente, que ha encontrado la Salvación, bebería una bebida fuerte? Sin embargo, aunque no tengo ansia por ella, expondré a estos rufianes". Así que entró a su cabina, donde sus procedimientos pronto le mostraron que su licor estaba con sustancias; y resolvió hacer que los bribones tomaran sus talones. Así que los acusó rotundamente de manipular su licor con miras a drogar a los extraños primero y robarles luego. "Se sientan en la cabina que han abierto y alaban el licor", dijo él; "pero en cuanto a beberlo, ninguno de ustedes se aventura a eso. Si realmente no contiene drogas, por siguiente bébanlo ". Esta exposición sumaria hizo que la pandilla se marchase, y Anātha-piṇḍika regresó a casa. Pensando que también podría contar el incidente al *Buddha*, fue a Jetavana y le contó la historia.

"Esta vez, laico", dijo el Maestro, "fue a usted a quien estos bribones trataron de engañar; así también en el pasado trataron de engañar a los buenos y sabios de aquellos días". Dicho esto, a petición de su oyente, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* era el tesorero de esa ciudad.

Posteriormente, también la misma pandilla de bebedores, conspirando juntos de la misma manera, añadieron sustancias al licor, y saliendo a su encuentro de la misma manera, hicieron las mismas proposiciones. El Tesorero no deseaba beber nada, pero sin embargo fue con ellos, únicamente para exponerlos. Tomando nota de sus procedimientos y detectando su plan, estuvo ansioso de ahuyentarlos y así mostró que sería una cosa desagradable para él beber licores justo antes de ir al palacio del Rey.

"Siéntense aquí", dijo, "hasta que haya visto al Rey y me ponga en camino; entonces lo pensaré".

A su regreso, los rufianes lo llamaron, pero el Tesorero, fijando su mirada en los cuencos drogados, los confundió diciendo: "No me gusta su

formas. Hasta ahora sus cuencos están tan llenos como cuando los dejé; en voz alta mientras se jactan de las alabanzas del licor, sin embargo, ni una gota pasa por sus propios labios. Vaya, si hubiera sido un buen licor, ya habrían bebido cada uno su propia parte. ¡Este licor está drogado!" Y repitió esta estrofa:

¿Qué? ¿Dejar bebida sin probar de la cual tanto se jactan, no es raro?
No, esto es prueba de que no hay licor honesto aquí. [270]

Después de una vida de buenas acciones, el *Bodhisatta* falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Los sinvergüenzas de hoy eran también los sinvergüenzas de aquellos días pasados; y yo mismo era entonces Tesorero de Benarés".



"*Cuando esté cerca de una aldea*". Esto fue dicho por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un hermano laico que era experto en el conocimiento de las frutas. Pareció que cierto escudero de Sāvatti había invitado a la Hermandad con el *Buddha* a la cabeza y los había sentado en su llano, donde fueron obsequiados gachas de arroz y pasteles. Después mandó a su jardinero a que fuera con los Hermanos y les diera mangos y otras clases de frutas a los Venerables. En obediencia a las órdenes, el hombre caminó por los llanos con los Hermanos, y con una sola mirada hacia un árbol podía decir qué fruta estaba verde, cuál casi madura, cuál bastante madura, y así sucesivamente. Y lo que decía siempre resultaba cierto. Así que los Hermanos se acercaron al *Buddha* y mencionaron cuán experto era el jardinero y cómo, mientras él mismo estaba de pie en el suelo, podía decir con precisión el estado de cualquier fruta colgante. "Hermanos", dijo el Maestro, "este jardinero no es el único que ha tenido conocimiento sobre las frutas. Un conocimiento similar fue también mostrado por los sabios y buenos del pasado ". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* nació como comerciante. Cuando creció y comerciaba con quinientas carrozas, llegó un día al camino lo conducía a través de un gran bosque. [271] Deteniéndose en las afueras, reunió a la caravana y se dirigió a ellos de la siguiente manera: — "Los árboles venenosos crecen en este bosque. Tengan cuidado de no probar ninguna hoja, flor o fruta desconocida sin antes consultarme". Todos prometieron tener los cuidados a cabalidad; y comenzó

el viaje hacia el bosque. Ahora bien, justo dentro de la frontera del bosque se encontraba un pueblo, y justo en las afueras de ese pueblo crecía un árbol de frutas. El árbol Qué-Fruta se parece exactamente a un mango en tronco, rama, hoja, flor y fruto. Y no solo en apariencia externa, sino también en sabor y olor, ya sea que la fruta esté madura o inmadura, imitaba al mango. No obstante, si se comía, resultaba ser un veneno mortal y causaba la muerte instantáneamente.

Ahora bien, unos tipos codiciosos, que iban delante de la caravana, se acercaron a este árbol y, tomándolo por un mango, comieron de su fruto. No obstante, otros dijeron: "Preguntémosle a nuestro líder antes de comerlo"; y en consecuencia se detuvieron junto al árbol, fruta en mano, hasta que él llegó. Al darse cuenta de que no era un mango, dijo: — "Este 'mango' es un árbol Qué-Fruta, no toquen su fruto".

Habiendo impedido que lo comieran, el *Bodhisatta* dirigió su atención a aquellos que ya lo habían comido.

Primero les dio una dosis de un emético, y luego les dio a comer cuatro alimentos dulces; para que al final se recuperaran.

Ahora bien, en ocasiones anteriores, las caravanas que se habían detenido bajo este mismo árbol habían muerto por comer la fruta venenosa que confundían con mangos. A la mañana siguiente vinieron los del pueblo, y viéndolos allí muertos, los tiraban por los talones a un lugar secreto, partiendo con todas las pertenencias de la caravana, carrozas y todo lo demás.

Y también en el día de nuestra historia, estos aldeanos no dejaron de apresurarse al amanecer para dirigirse al árbol por su esperado botín. "Los bueyes deben ser nuestros", decían algunos. "Y nosotros nos quedaremos con las carrozas", dijeron otros; mientras que otros reclamaban de nuevo las mercancías como parte de ellos. Pero cuando llegaron sin aliento al árbol, ¡toda la caravana estaba viva y bien!

"¿Cómo supieron que esto no era un árbol de mango?" preguntaron los aldeanos decepcionados. "No lo sabíamos", dijeron los de la caravana; "Fue nuestro líder quien lo supo".

Así que los aldeanos se acercaron al *Bodhisatta* y le dijeron: "Hombre de sabiduría, ¿qué hizo para descubrir que este árbol no era un mango?"

"Dos cosas me lo dijeron", respondió el *Bodhisatta*, y repitió esta estrofa: — [272]

Cuando cerca de un pueblo crecía un árbol
Que no era difícil escalar, fue claro para mí,
Ni necesité más pruebas para darme cuenta,
— ¡Ningún fruto saludable puede crecer allí!

Y habiendo enseñado la Verdad a la multitud reunida, terminó su viaje a salvo.

"Así, hermanos", dijo el Maestro, "en el pasado, los sabios y buenos eran expertos en frutos". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Los seguidores del *Buddha* eran entonces la gente de la caravana, y yo mismo era el líder de ella".

"*Cuando no hay apegos*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano que había renunciado a todo esfuerzo serio.

El Maestro le dijo: "¿Es cierto el reporte, hermano, de que es un reincidente?"

"Sí, Bienaventurado".

"En tiempos pasados, hermano", dijo el Maestro, "los sabios y buenos lograron conseguir un trono por su intrépida perseverancia a la hora de la necesidad".

Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares, el *Bodhisatta* volvió a la vida como el hijo de la reina. El día en que iba a ser bautizado, los padres preguntaron sobre el destino de su hijo a ochocientos *brahmanes*, a quienes les daban el deseo de sus corazones en todos los placeres de los sentidos. Marcando la promesa que se hizo de un destino glorioso, estos inteligentes *brahmanes* adivinos predijeron que, llegando al trono a la muerte del Rey, el niño sería un Rey poderoso dotado de todas las virtudes; afamado y renombrado por sus proezas con las cinco armas, y que se mantendría sin igual en todo Jambudīpa¹. [273] Y debido a esta profecía de los *brahmanes*, los padres bautizaron a su hijo como el Príncipe Cinco-Armas.

Ahora bien, cuando el Príncipe llegó a la edad de la discreción, y tuvo dieciséis años, el Rey le ordenó que viajara y estudiara.

"¿Con quién, señor, debo estudiar?" preguntó el Príncipe.

"Con el maestro de fama mundial en la ciudad de Takkasīlā, en el país de Gandhāra. Aquí está sus honorarios", dijo el Rey, entregándole a su hijo mil piezas.

Así que el Príncipe fue a Takkasīlā y allí se instruyó. Una vez terminados sus estudios, cuando iniciaba su regreso a casa, su amo le dio un juego de cinco armas, con el cuales así armado, después de despedirse de su antiguo amo, el Príncipe regresó de Takkasīlā hacia Benares.

En su trayecto llegó a un bosque embrujado por un ogro llamado Peludo y Pegajoso; y, a la entrada del bosque, los hombres que lo encontraron trataron de detenerlo, diciendo: "Joven *brahmán*, no pase por ese bosque; es

1, Esta era una de las cuatro islas, o dipā, de las que se suponía que consistía la tierra; incluía la India y representaba el mundo habitado para la mente india.

el refugio del ogro Peludo y Pegajoso, y mata a todos con los que se encuentra". No obstante, audaz como un león, el *Bodhisatta* confiado en sí mismo prosiguió su viaje por dicho camino, hasta que en el corazón del bosque se encontró con el ogro. El monstruo se hizo aparecer con una estatura tan alta como la de una palmera, con una cabeza tan grande como un cenador y uno ojos tan grandes como unos cuencos, con dos colmillos como si fueran nabos y picos de gavilán; ¡su vientre estaba manchado de púrpura, y las palmas de sus manos y las plantas de sus pies eran de color negro azulado! "¿Tan pequeño?" gritó el monstruo. "¡Alto! eres mi presa." "Ogro", respondió el *Bodhisatta*, "yo sabía lo que estaba haciendo cuando entré a este bosque. Será un mal consejo que se acerque a mí. Porque con una flecha envenenada lo mataré ahí mismo donde está." Y con este desafío, colocó en su arco una flecha empapada en el veneno más letal y se la disparó al ogro. Pero solo se pegó al pelaje peludo del monstruo, así que disparó otra y otra, hasta que se gastaron cincuenta flechas, todas las cuales simplemente se pegaron al abrigo peludo del ogro. En ese momento, el ogro, sacudiendo las flechas para que cayeran a sus pies, se acercó al *Bodhisatta*; y este último, de nuevo gritando y desafiándolo, desenvainó su espada y golpeó al ogro. Pero, al igual que las flechas, su espada, que tenía treinta y tres pulgadas de largo, simplemente se clavó firmemente en el cabello desgredado. A continuación, el *Bodhisatta* arrojó su lanza, y también se clavó, golpeó al ogro con su garrote; pero, al igual que sus otras armas, también se pegó fuerte. Entonces el *Bodhisatta* gritó: "Ogro, nunca ha oído hablar de mí, [274] soy el Príncipe Cinco Armas. Cuando me aventuré en este bosque, no puse mi confianza en mi arco y otras armas, ¡sino en mí mismo! Ahora le daré un golpe que lo reducirá en polvo". Diciendo esto, el *Bodhisatta* golpeó al ogro con su mano derecha, pero la mano se pegó firmemente al cabello. Luego, a su vez, con su mano izquierda y con su derecha y con los pies izquierdos, golpeó al monstruo, pero manos y pies se clavaron por igual en la piel. Gritando de nuevo: "¡Lo aplastaré hasta convertirlo en polvo!", golpeó al ogro con la cabeza, y eso también se le quedó pegado.

Sin embargo, incluso cuando fue atrapado y enredado quíntuplemente, el *Bodhisatta*, mientras colgaba del ogro, aún no tuvo miedo y no se amilanó. Y el monstruo pensó: "Éste es un verdadero león entre los hombres, un héroe sin igual, y no un simple hombre. Aunque está atrapado en las garras de un ogro como yo, no muestra ni el más mínimo temblor. Nunca, desde que comencé a matar viajeros por este camino, he visto a un hombre igual a él. ¿Cómo es que no está asustado? Sin atreverse a devorar al *Bodhisatta* de improviso, dijo: "¿Cómo es que, joven *brahmán*, no tiene miedo a la muerte?"

"¿Por qué debería?" respondió el *Bodhisatta*. "Cada vida seguramente tiene una muerte predestinada. Además, dentro de mi cuerpo hay una espada de diamante, que nunca digerirá, si me comiese. Cortará sus entrañas como picadillo, y mi muerte involucrará la suya también. Por lo tanto, es por eso que no tengo miedo". (Con esto, se dice, el *Bodhisatta* se refería a la Espada del Conocimiento, que estaba dentro de él).

Aquí, el ogro se quedó pensativo. "Este joven *brahmán* está diciendo la verdad y nada más que la verdad", pensó. "Ni un bocado tan grande como un guisante podría digerir de tal héroe. Lo dejaré ir". Y así, temiendo por su vida, dejó libre al *Bodhisatta*, diciendo: "Joven *brahmán*, eres un león entre los hombres; no lo comeré. Salga de mi mano, como la Luna de las fauces de Rāhu, y regrese para alegrar los corazones de sus parientes, sus amigos y su país".

"En cuanto a mí, ogro", respondió el *Bodhisatta*, "proseguiré. En cuanto a usted, fueron sus pecados en días pasados los que lo hicieron renacer como un ogro voraz, asesino y carnívoro; y, si [275] continúa en dicho pecado en esta existencia, deambulará de tinieblas en tinieblas. No obstante, habiéndome visto, no podrá en adelante pecar más, al tener conocimiento que destruir la vida es asegurar el renacimiento, ya sea en el infierno o como un fantasma o entre los espíritus caídos. O, si el renacimiento es en el mundo de los hombres, entonces tal pecado acortará los días en la vida como hombre".

De esta y otras formas, el *Bodhisatta* transmitió las malas consecuencias de los cinco cursos perjudiciales y la bendición que proviene de los cinco cursos beneficiosos; y actuó de manera tan diversa sobre los temores de ese ogro que con sus enseñanzas convirtió al monstruo, imbuyéndolo de abnegación y estableciéndolo en los Cinco Preceptos. Luego, convirtiendo al ogro en el hada de ese bosque, con derecho a cobrar tributos¹, y encargándole que se mantuviera firme, el *Bodhisatta* prosiguió su camino, dando a conocer el cambio en el estado de ánimo del ogro cuando salió del bosque. Y al fin llegó, armado con las cinco armas, a la ciudad de Benares, y se presentó ante sus padres. En días posteriores, cuando fue Rey, fue un gobernante justo; y después de una vida dedicada a la caridad y otras buenas acciones, falleció para vivir a partir de entonces de acuerdo con sus méritos.

Cuando esta lección terminó, el Maestro, como *Buddha*, recitó esta estrofa: —

Cuando ningún apego obstaculice el corazón o la mente,
Y cuando la justicia se practique, se obtendrá paz,
El que así camine, obtendrá victoria
Y se destruirán por completo todos los grilletes².

Cuando hubo conducido así su enseñanza hasta el grado de la obtención del estado de *Arahat* como su punto culminante, el Maestro prosiguió a predicar las Cuatro Nobles Verdades, al término de las cuales ese Hermano consumó el estado de *Arahat*. Además, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Aṅgulimāla³ era el ogro de aquellos días, y yo mismo, el Príncipe Cinco Armas".



-
1. O, quizás, "a quien se deben ofrecer sacrificios". La traducción del texto sugiere una teoría popular sobre la evolución del recaudador de impuestos. Véase también el No. 155.
 2. Véanse No. 56 y No. 156.
 3. Aṅgulimāla, un bandido que llevaba un collar con los dedos de sus víctimas, fue convertido por el *Buddha* y se convirtió en un *Arahat*. Cf. Majjhima Nikaya No. 86.

"*Cuando la alegría.*" — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Sāvatti, acerca de cierto Hermano. La tradición dice que al escuchar al Maestro predicar, un joven caballero de Sāvatti entregó su corazón a la preciada Fe¹ y se convirtió en Hermano. Sus maestros y profesores procedieron a instruirlo en los Diez Preceptos de la Moralidad en su cabalidad, uno tras otro, le expusieron la Moralidad Corta, la Mediana y la Extensa², expusieron la Moralidad que descansa en el autocontrol según el *Pātimokkha*³, la Moralidad que se basa en el autocontrol en cuanto a los Sentidos, la Moralidad que se basa en un sendero de vida intachable, la Moralidad que se relaciona con la forma en que un Hermano puede usar los Requisitos. Entonces pensó el joven principiante: "Existe una gran cantidad preceptos morales; y sin duda no podré cumplir todo lo que he prometido. Sin embargo, ¿de qué sirve ser un hermano en absoluto, si uno no puede guardar las reglas de moralidad? Mi mejor curso es volver al mundo, tomar una esposa y criar hijos, viviendo una vida de generosidad y otras buenas acciones". Entonces les dijo a sus superiores lo que pensaba, diciendo que se proponía regresar al estado inferior de un laico y mostrando su deseo de devolver su cuenco y sus ropajes. "Bueno, si es así", dijeron, "al menos despídase del *Buddha* antes de marcharse"; y llevaron al joven ante el Maestro en el Salón de la Verdad.

"¿Por qué, hermanos", dijo el Maestro, "me están trayendo a este hermano en contra de su voluntad?"

"Señor, dice que la moralidad era más de lo que podía observar, y quería devolver su ropaje y su cuenco. Así que lo tomamos y lo trajimos con usted".

"¿Pero por qué, hermanos", preguntó el Maestro, "lo cargasteis con tanta presión? Podrá hacer lo que pueda, pero no más. No cometáis este error otra vez, y dejad que yo decida qué se debe hacer en cada caso."

Entonces, dirigiéndose al joven Hermano, el Maestro dijo: "Vamos, Hermano, ¿qué le preocupa sobre la Moralidad en general? ¿Cree que podría obedecer sólo tres reglas morales?"

"Oh, sí, señor".

"Bien, ahora, vigile y guarde las tres puertas de: la voz, la mente y el cuerpo; no obre con el mal, ya sea en palabra, pensamiento o acción. No deje de ser un Hermano, pero a partir de aquí obedezca estas tres reglas."

"Sí, ciertamente, señor, las guardaré", exclamó aquí el joven alegre, y regresó con sus maestros nuevamente. Y mientras aguardaba sus tres reglas, pensó: "Mis instructores me dijeron toda la moralidad; pero debido a que no eran el *Buddha*, no pudieron hacerme comprender ni siquiera eso. Mientras que [277] El Todo Iluminado, por razón a su Budeidad y a ser el Señor de la Verdad, ha expresado tanta Moralidad en sólo tres reglas relativas a las Avenidas, y me ha hecho entenderlas claramente. En verdad, el Maestro ha sido conmigo una ayuda muy presente ". Y desarrolló sabiduría y en pocos días consumó el

1. O quizás *ratanasāsanam* significa 'el credo conectado con las (Tres) Joyas', es decir. el *Buddha*, la Doctrina y la Orden.

2. Estos están traducidos en "*Buddhist Suttas*" de Rhys Davids, pp. 189-200.

3. El *Pātimokkha* es traducido y discutido en Pt. I. de la traducción del *Vinaya* por Rhys Davids y Oldenberg (S. B. E. Vol. 13).

estado de *Arahant*. Cuando esto llegó a oídos de los Hermanos, conversaron sobre ello cuando se reunieron en el Salón de la Verdad, contando cómo el Hermano, que se encontraba a punto de regresar al mundo porque no podía cumplir con la Moralidad, había sido provisto por el Maestro con sólo tres reglas que incorporaban la totalidad de la Moralidad, y se les hizo comprender esas tres reglas, y así el Maestro le permitió consumir el estado de *Arahat*. “Qué maravilloso”, clamaron, “fue el *Buddha*”.

Al entrar en el Salón en este punto, y conociendo el tema de su charla, el Maestro dijo: “Hermanos, incluso una carga pesada se vuelve liviana, si se toma poco a poco; y así los sabios y buenos del pasado, al encontrar una gran masa de oro demasiado pesada para levantarla, primero la partieron y luego pudieron llevarse su tesoro pieza por pieza”. Dicho esto, el *Bhagavā* contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benarés, el *Bodhisatta* cobró vida como el agricultor de un pueblo, y un día estaba arando un campo donde una vez hubo un pueblo. Ahora bien, en el pasado, un rico comerciante había muerto dejando enterrado en este campo una enorme barra de oro, tan gruesa como el muslo de un hombre, y de cuatro codos enteros de largo. Y de lleno sobre esta barra golpeó el arado del *Bodhisatta*, y allí se quedó fijo. Tomándolo por una raíz extendida de un árbol, lo excavó; pero al descubrir su verdadera naturaleza, se puso a trabajar para limpiar la suciedad del oro. Terminado el trabajo del día, al atardecer dejó a un lado el arado y el equipo, y trató de cargar su tesoro y marcharse con él. Pero, como no podía ni levantarlo, se sentó frente a él y se puso a pensar qué usos le daría. “Tendré tanto para vivir, tanto para enterrar como reserva de tesoro, tanto para comerciar, y tanto para la caridad y las buenas acciones”, pensó, y en consecuencia cortó el oro en cuatro. La división hizo que su carga fuera fácil de llevar; y llevó a casa los cuatro trozos de oro. Después de una vida de generosidad y otras buenas acciones, falleció para vivir a partir de entonces de acuerdo con sus méritos.

Cuando la lección terminó, el Maestro, como *Buddha*, recitó este verso: — [278]

Cuando la alegría llena el corazón y la mente,
 Cuando se practica la justicia para disfrutar de Paz,
 El que así ande obtendrá victoria
 Y todos los Grilletes destruidos por completo.

Y cuando el Maestro hubo conducido así su enseñanza hasta el grado para la obtención del estado de *Arahant* como su punto culminante, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: “En aquellos días, yo mismo fui el hombre que obtuvo la pieza de oro”.



"*Quien, oh Rey mono*". Esta historia la contó el Maestro, mientras estaba en el Bosque de Bambú, acerca de Devadatta quien por aquellos entonces estuvo a punto de matarlo. Al ser informado de la intención asesina de Devadatta, el Maestro dijo: "Esta no es la primera vez, hermanos, que Devadatta busca matarme; hizo exactamente lo mismo en el pasado, pero no pudo obrar su malvada voluntad". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* volvió a la vida como un mono. Cuando era adulto, era tan grande como el potro de una yegua y enormemente fuerte. Vivía solo a orillas de un río, en medio del cual había una isla en la que crecían mangos y frutas del pan y otros árboles frutales. Y en medio de la corriente, a medio camino entre la isla y la orilla del río, una roca solitaria surgió del agua. Siendo tan fuerte como un elefante, el *Bodhisatta* solía saltar de la orilla a esta roca y de allí a la isla. Ahí comía hasta saciarse de los frutos que crecían en la isla, volviendo al anochecer por el camino que había venido. Y así era su vida día a día.

Ahora bien, vivían en aquellos días y en ese río un cocodrilo y su pareja; y ella, estando embarazada, fue conducida por la visión del *Bodhisatta* viajando de un lado a otro y la idea de satisfacer [279] un anhelo por comerse el corazón del mono. Así que le rogó a su señor que atrapara al mono para ella. Prometiendo que tendría su fantasía, el cocodrilo se alejó y se paró en la roca mencionada, con la intención de atrapar al mono en su viaje vespertino hacia casa.

Después de recorrer la isla todo el día, el *Bodhisatta* miró hacia la roca al anochecer y se preguntó por qué la roca sobresalía tanto del agua. Porque la historia cuenta que el *Bodhisatta* siempre registraba la altura exacta del agua en el río y de la roca en el agua. Entonces, cuando vio que, aunque el agua estaba al mismo nivel, la roca parecía estar más alta fuera del agua, sospechó que un cocodrilo podría estar al acecho para atraparlo. Y, para averiguar los hechos del caso, gritó, como si se dirigiera a la roca: "¡Hola, roca!" Y, como no obtuvo respuesta, gritó tres veces: "¡Hola, roca!" Y

mientras la roca aún guardaba silencio, el mono gritó: "¿Cómo es que, amiga roca, no me respondes hoy?"

"¡Oh!" pensó el cocodrilo; "así que la roca tiene la costumbre de responder al mono. Debo responder yo hoy por la roca". En consecuencia, gritó: "Sí, mono, ¿qué fue?" "¿Quién eres tú?" dijo el *Bodhisatta*. "Soy un cocodrilo". "¿Por qué estás agudando bajo esa roca?" "Para atraparlo y comer su corazón". Como no había otro camino de regreso, lo único que se podía hacer era burlar al cocodrilo. Entonces el *Bodhisatta* gritó: "No tengo otra opción sino entregarme como su comida. Abre la boca y atrápame cuando salte".

Ahora bien, se debe saber que cuando los cocodrilos abren la boca, cierran los ojos¹. Entonces, cuando este cocodrilo abrió la boca sin sospechar nada, sus ojos se cerraron. ¡Y allí esperó con los ojos cerrados y las fauces abiertas! Al ver esto, el astuto mono dio un salto sobre la cabeza del cocodrilo, y desde allí, con un salto como un relámpago, llegó a la otra orilla. Cuando el cocodrilo se dio cuenta de la astucia de esta hazaña, dijo: "Mono, el que en este mundo [280] posee las cuatro virtudes vence a sus enemigos. Y usted, creo, posee las cuatro virtudes". Y, diciendo esto, repitió esta estrofa:

¡oh!, Rey mono, Aquellos que como usted, combinan
La verdad, la previsión, la firme determinación y la intrepidez,
Verán a sus enemigos derrotados, dando la vuelta y huir.

Y con esta alabanza al *Bodhisatta*, el cocodrilo se dirigió a su propia morada.

Entonces el Maestro dijo: "Esta no es la primera vez, hermanos, que Devadatta busca matarme; también hizo lo mismo en el pasado". Y, habiendo terminado su lección, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era el cocodrilo de aquellos días, el joven *brahmán* Cīncā² era la esposa del cocodrilo, y yo mismo el Rey Mono".

[Nota. Cf. No. 224 (*Kumbhīla-jātaka*). Beal da una versión china en '*Romantic Legend*' p. 231, y existe una versión japonesa en '*Fairy Tales from Japan*' de Griffin].



-
1. Esta afirmación no está de acuerdo con los hechos de la historia natural.
 2. Su identificación aquí como la esposa malvada del cocodrilo se debe al hecho de que Cīncā, que era una "mujer asceta de rara belleza", fue sobornada por los enemigos de Gotama para simular un embarazo y acusarlo de paternidad. Cómo se expuso el engaño, se cuenta en *Dhammapada*, pp. 338-340.

"*Quien, como tú*". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú también sobre el tema de ir a matar.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, Devadatta volvió a la vida como un mono y habitó cerca de los Himalayas como el señor de una tribu de monos que él mismo había engendrado. Lleno de presentimientos de que su descendencia masculina pudiese crecer para expulsarlo de su señorío, solía castrarlos [281] a todos sus descendientes con los dientes. Ahora bien, el *Bodhisatta* había sido engendrado por este mismo mono; y su madre, con el fin de salvar a su descendencia no nacida, se escabulló en un bosque al pie de la montaña, donde a su debido tiempo dio a luz al *Bodhisatta*. Y cuando llegó a la madurez y llegó a los años de entendimiento, fue dotado de una fuerza maravillosa.

"¿Dónde está mi padre?" le preguntó un día a su madre. "Él habita al pie de cierta montaña, mi hijo", respondió ella; "y es Rey de una tribu de monos". "Lléveme a verlo, madre". — No puede ser así, hijo mío; ya que su padre tiene tanto miedo de ser suplantado por sus hijos que los castra a todos con los dientes. "No importa; llévame hasta allí, madre", dijo el *Bodhisatta*; "Yo sabré qué hacer". Entonces ella lo llevó a ver al viejo mono. Al ver a su hijo, el viejo mono, sintiéndose seguro de que el *Bodhisatta* crecería para deponerlo, resolvió con un abrazo fingido aplastar la vida del *Bodhisatta*. "¡Ah! ¡Mi muchacho!" gritó; "¿Dónde ha estado todo este tiempo?" Y, haciendo alarde de abrazar al *Bodhisatta*, lo abrazó como un tornillo de banco. Pero el *Bodhisatta*, que era tan fuerte como un elefante, devolvió el abrazo con tanta fuerza que las costillas de su padre estuvieron a punto de romperse.

Entonces pensó el viejo mono: "Este hijo mío, si crece, ciertamente me matará". Pensando en cómo matar primero al *Bodhisatta*, pensó en cierto lago cercano, donde vivía un ogro que podría comérselo. Así que le dijo al *Bodhisatta*: "Ya soy viejo, muchacho, y me gustaría entregarte la tribu; hoy será Rey. En un lago cercano crecen dos tipos de nenúfares, tres tipos de loto azul y cinco tipos de loto blanco. Vaya y tráigame algunos". "Sí, padre",

respondió el *Bodhisatta*; y se puso en marcha. Acercándose al lago con precaución, estudió las huellas en sus orillas y registró cómo todas conducían al agua, pero ninguna regresaba. Al darse cuenta de que el lago estaba embrujado por un ogro, adivinó que su padre, al no poder matarlo él mismo, deseaba que el ogro lo hiciera [282]. "No obstante, conseguiré los lotos", dijo, "sin entrar al agua". Así que fue a un lugar seco, y tomando una carrera saltó desde la orilla. En su salto, mientras limpiaba el agua, arrancó dos flores que crecían sobre la superficie del agua y se posó con ellas en la orilla opuesta. En su camino de regreso, arrancó dos más de la misma manera, mientras saltaba; y así hizo un montón a ambos lados del lago, pero siempre manteniéndose fuera del dominio acuático del ogro. Cuando hubo recogido tantos como pensó podía cruzar y los estaba juntando en una orilla, el ogro asombrado exclamó: "He vivido mucho tiempo en este lago, pero nunca vi a un ser tan maravillosamente Inteligente! Aquí está este mono que ha recogido todas las flores que ha querido y, sin embargo, se ha mantenido a salvo fuera del alcance de mi poder. Y, separando las aguas, el ogro salió del lago hasta donde estaba el *Bodhisatta* y se dirigió a él así: "Oh, Rey de los monos, el que tiene tres cualidades tendrá el dominio sobre sus enemigos; y usted, me parece, posee los tres". Y, diciendo esto, repitió esta estrofa en alabanza al *Bodhisatta*: —

¡Oh! Rey mono, Alguien quien como su ser, combine
Destreza, Valor y Recursos,
Verá a sus enemigos derrotados, dar la vuelta y huir.

Sus alabanzas terminaron, el ogro le preguntó al *Bodhisatta* por qué estaba recogiendo las flores.

"Mi padre tiene la intención de hacerme Rey de su tribu", dijo el *Bodhisatta*, "y es por eso que los estoy reuniendo".

"Pero un ser tan incomparable como su ser no debería llevar flores", exclamó el ogro; Yo los llevaré por usted. Y diciendo esto, recogió las flores y siguió con ellas al *Bodhisatta* detrás de él.

Al verlo de lejos, el padre del *Bodhisatta* supo que su plan había fracasado. "¡Envíe a mi hijo a caer presa del ogro, y aquí viene regresando sano y a salvo, con el ogro llevando humildemente sus flores para él! ¡Estoy perdido!" — exclamó el viejo mono, y su corazón estalló en siete pedazos, de modo que murió allí mismo. Y todos los demás monos se reunieron y eligieron al *Bodhisatta* para que se convirtiera en su Rey.

Su lección terminó, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era entonces el Rey de los monos, y yo su hijo".



"No vayas demasiado lejos". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de cierto Hermano obstinado. Cuando el Maestro le preguntó si era cierto el reporte de que él era obstinado, el Hermano dijo que era cierto. "Esta no es la primera vez, hermano", dijo el Maestro, "que se ha mostrado obstinado; también fue así en tiempos pasados". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares, el *Bodhisatta* cobró vida como un tamborilero y habitaba una aldea. Al enterarse de que iba a haber un festival en Benares, y con la esperanza de ganar dinero tocando su tambor para la multitud de turistas, se dirigió a la ciudad con su hijo. Y allí tocó, y ganó mucho dinero. De camino a casa con sus ganancias tuvo que atravesar un bosque que estaba infestado de ladrones; y como el muchacho seguía tocando el tambor sin detenerse nunca, el *Bodhisatta* trató de detenerlo diciendo: "No te comportes así, toca solo de vez en cuando, como si un gran señor estuviera pasando".

Pero desafiando las órdenes de su padre, el niño pensó que la mejor manera de ahuyentar a los ladrones era seguir golpeando el tambor.

A las primeras notas del tambor, los ladrones huyeron, pensando que pasaba algún gran señor. Pero al escuchar el ruido continuar, vieron su error y regresaron para averiguar quién era realmente el que tocaba el tambor. Al encontrar sólo a dos personas, los golpearon y robaron. "¡Pobre de mí!" gritó el *Bodhisatta*, "¡por tu incesante tamborileo hemos perdido todas nuestras ganancias ganadas con tanto esfuerzo!" Y, diciendo esto, repitió esta estrofa:

No vayan demasiado lejos, sino aprendan a evitar los excesos;
Porque el exceso de percusión hizo perder lo que ganó la percusión. [284]

Su lección terminó, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano obstinado era el hijo de aquellos días, y yo mismo el padre".



"No vayas demasiado lejos". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de otra persona obstinada.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* cobró vida como un soplador de caracolas y fue a Benarés con su padre a un festival público. Allí ganó una gran cantidad de dinero soplando caracolas y emprendió el regreso a casa. En su camino por un bosque que estaba infestado de ladrones, le advirtió a su padre que no siguiera soplando su caracola; pero el anciano pensó que sabía mejor cómo mantener alejados a los ladrones, y sopló con fuerza sin detenerse un momento. En consecuencia, al igual que en la historia anterior, los ladrones regresaron y saquearon a la pareja. Y, como arriba, el *Bodhisatta* repitió esta estrofa:

No vayan demasiado lejos, sino aprendan a evitar los excesos;
Porque el soplar en exceso hizo perder lo que se ganó soplador.

Su lección terminó, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano obstinado fue el padre de aquellos días, y yo mismo su hijo".



[285] "*En una lujuria desenfrenada*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano apasionado. La historia introductoria se relatará en el *Ummadanti-jātaka*¹. No obstante, a este hermano el Maestro le dijo: "Hermano, las mujeres son lujuriosas, libertinas, viles y degradadas. ¿Por qué vivir apasionado por una mujer vil?" Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

1. No. 527.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* cobró vida como *brahmán* en la ciudad de Takkasilā, en el país de Gandhāra; y cuando creció, tal era su competencia en los Tres Vedas y todos los logros, que su fama como maestro se extendió por todo el mundo.

En aquellos días había una familia de *brahmanes* en Benares, a quienes les nació un hijo; y el día de su nacimiento prendieron fuego a su virtud y lo mantuvieron siempre ardiendo, hasta que el muchacho cumplió los dieciséis años. Entonces sus padres le contaron cómo el fuego, encendido el día de su nacimiento, nunca se había apagado; y pidieron a su hijo que hiciera una elección. Si su corazón estaba decidido en adelante a obtener la entrada al Reino *Brahmā*, entonces tendría que tomar el fuego y retirarse con él al bosque, para cumplir allí su deseo mediante la adoración incesante al Señor del Fuego. Pero, si prefería las alegrías de un hogar, le pidieron a su hijo que fuera a Takkasilā y allí estudiara con el maestro de fama mundial con miras a establecerse en la administración de una propiedad. "Seguramente fallaré en la adoración del Dios del Fuego", dijo el joven *brahmán*; "Seré un escudero". Así que se despidió de su padre y de su madre y, con mil piezas de dinero para los honorarios del maestro, partió hacia Takkasilā. Allí estudió hasta completar su educación, y luego regresó de nuevo a casa.

Ahora bien, sus padres comenzaron a sugerirle que abandonara el mundo y adorara al Dios del Fuego en el bosque. En consecuencia, su madre, en su deseo de enviarlo al bosque haciéndole ver la maldad de las mujeres, confió en que su sabio y erudito maestro sería capaz de poner al descubierto la maldad del sexo a su hijo, por lo que le preguntó si había terminado completamente su educación. "Oh, sí", dijo el joven.

[286] "Entonces, por supuesto, ¿no ha omitido los Textos sobre el Dolor?" "No he aprendido eso, madre". "¿Cómo, pues, puedes decir que tu educación ha terminado? Vuelve de inmediato con tu maestro, hijo mío, y vuelve a nosotros cuando hayas aprendido todo al respecto", dijo su madre.

"Muy bien", dijo el joven, y partió hacia Takkasilā una vez más.

Ahora bien, su amo también tenía una madre, una anciana de ciento veinte años, a quien con sus propias manos bañaba, alimentaba y cuidaba. Y por hacerlo así fue despreciado por sus vecinos, tanto que resolvió irse al bosque a vivir allí con su madre. En consecuencia, en la soledad del bosque, construyó una choza en un lugar hermoso, donde abundaba el agua, y después de almacenar una reserva de *ghee*, arroz y otras provisiones, llevó a su madre a su nuevo hogar, y allí vivió apreciando su vejez.

Al no encontrar a su maestro en Takkasilā, el joven *brahmán* averiguó al respecto y, al enterarse de lo que había sucedido, partió hacia el bosque y se presentó respetuosamente ante su maestro. "¿Qué lo trae de regreso tan

pronto por aquí, muchacho? — dijo este último. — No creo, señor, que haya aprendido los Textos sobre el Dolor cuando estuve con usted — dijo el joven — ¿Pero quién le dijo que tenía que aprender los Textos sobre el Dolor? "Mi madre, maestro", fue la respuesta. Aquí el *Bodhisatta* reflexionó que no existían textos como esos, y concluyó que la madre de su alumno debía haber querido que su hijo aprendiera cuán malvadas podrían ser las mujeres. Así que le dijo al joven que todo era conforme, y que a su debido tiempo le enseñarían los Textos en cuestión. "A partir de hoy", dijo, "usted tomará mi lugar con respecto a mi madre, y con sus propias manos la lavará, alimentará y cuidará. Mientras le frote las manos, los pies, la cabeza y la espalda, tenga cuidado de exclamar: '¡Ah, señora! si es tan hermosa ahora que es tan anciana, ¡qué no habrá sido en el apogeo de su juventud! Y mientras lave y perfume sus manos y pies, prorrumpe en alabanzas a su belleza'. Además, cuénteme sin vergüenza ni reservas cada una de las palabras que le diga mi madre. Obedézcanme en esto, y dominará los Textos sobre el Dolor; desobedézcame, y permaneceréis ignorantes para siempre al respecto".

Obediente a las órdenes de su amo, el joven hizo todo lo que se le ordenó, y elogió tan persistentemente la belleza de la anciana que ella pensó que se había enamorado de ella; y, aunque estaba ciega y decrepita, la pasión se encendió sobre esta anciana [287]. Así que un día ella interrumpió sus cumplidos y le preguntó: "¿Es su deseo tener algo conmigo?". "Así es, señora", respondió el joven; "pero no es posible, el maestro es muy estricto". "Si me desea", dijo ella, "¡mate a mi hijo!" "Pero, ¿cómo voy yo, que he aprendido tanto de él, a matar a mi propio amo en virtud de la pasión?" "Bueno, entonces, si usted me es fiel, lo mataré yo misma".

(¡Tan lujuriosas, viles y degradadas pueden llegar a ser las mujeres que, dando rienda suelta a la lujuria, una bruja y vieja tal como era ésta, en realidad podía albergar sed por la sangre de su propio hijo, quien era tan obediente con ella!)

Ahora bien, el joven *brahmán* le contó todo esto al *Bodhisatta*, quien, felicitándolo por informarle al respecto, estudió cuánto tiempo de vida le quedaba a su madre. Al darse cuenta de que su destino era morir ese mismo día, dijo: "Venga, joven *brahmán*; la pondré a prueba". Entonces cortó una higuera y labró una figura de madera de su mismo tamaño, la envolvió con la cabeza y todo en un ropaje y la colocó sobre su propia cama, atado con una cuerda. "Ahora vaya con un hacha con mi madre", dijo él; "y dele esta cuerda como una pista para guiar sus pasos".

Así que el joven fue adonde la anciana y le dijo: "Señora, el maestro está recostado en su cama en su cuarto; he atado esta cuerda como una pista para guiarla; tome esta hacha y mátele, si puede". "Pero no me abandonarás, ¿verdad?" dijo ella. "¿Por qué lo haría?" fue su respuesta. Así que tomó el hacha y, levantándose con sus miembros temblorosos, avanzó a tientas en la oscuridad siguiendo la cuerda, hasta que creyó sentir a su hijo en su cama. Luego descubrió la cabeza de la figura y, pensando en matar a su hijo de un

solo golpe, descargó el hacha justo en la garganta de la figura, ¡solo para descubrir un ruido sordo, era la madera! "¿Pero qué estás haciendo, madre?" dijo el *Bodhisatta*. Con un grito de que había sido traicionada, la anciana cayó muerta al suelo al instante. Porque, dice la tradición, estaba destinado de que ella muriera en ese mismo momento y bajo su propio techo.

Al ver que estaba muerta, su hijo quemó su cuerpo y, cuando las llamas de la pira se apagaron, adornó sus cenizas con flores silvestres. Luego, con el joven *brahmán*, se sentó a la puerta de la choza y dijo: "Hijo mío, no existe tales enseñanzas como el 'Texto sobre el dolor'. [288] Son las mujeres las que son la depravación encarnada. Y cuando su madre lo envió de vuelta a mí para que aprendiera los Textos sobre el Dolor, su objetivo era que aprendiera cuán malvadas pueden ser las mujeres. Ahora ha sido testigo con sus propios ojos sobre la maldad de mi madre, y por eso verá cuán lujuriosas y viles pueden llegar a ser las mujeres". Y con esta lección, mandó partir al joven.

Al despedirse de su maestro, el joven *brahmán* se dirigió a la casa de sus padres. Su madre le dijo: "¿Ya has aprendido los Textos sobre el Dolor?"

"Sí, Madre."

"¿Y cuál", preguntó ella, "es su elección final? ¿Dejarás el mundo para adorar al Señor del Fuego, o elegirás una vida familiar?" "No", respondió el joven *brahmán*; "con mis propios ojos he visto la maldad de la mujer; no tendré nada que ver con la vida familiar. Renunciaré al mundo". Y sus convicciones encontraron desahogo en esta estrofa: —

Como un fuego devorador, desenfrenadas en lujuria,
Son las mujeres, frenéticas en su ira.
Renunciando al sexo, de buena gana me retiraría
Para encontrar la paz en una ermita.

[289] Con esta invectiva contra la mujer, el joven *brahmán* se despidió de sus padres y renunció al mundo por una vida de ermitaño, donde, al obtener la paz que deseaba, se aseguró la admisión después de esa vida en el Reino *Brahmā*.

"Ya ve, hermano", dijo el Maestro, "cuán lujuriosas, viles y aflictivas pueden ser las mujeres". Y después de declarar la maldad sobre ellas, predicó las Cuatro Nobles Verdades, al término de las cuales aquel Hermano consumió el Fruto del Primer Sendero. Por último, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo:

"Kāpilānī¹ era la madre de aquellos días, Mahā-Kassapa era el padre, Ānanda el alumno y yo mismo el maestro".



1. Su historia se da en el J.R.A.S. 1893, pág. 786.

"Con los ojos vendados". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de otra persona apasionada.

Dijo el Maestro: "¿Es cierto el reporte de que eres un apasionado, hermano?" "Muy cierto", fue la respuesta.

"Hermano, las mujeres no pueden ser protegidas; en días pasados, los sabios que vigilaban a una mujer desde el momento en que nació, no lograron mantenerla a salvo". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* cobró vida como el hijo de la reina consorte.

Cuando creció, dominó cada logro; y cuando, a la muerte de su padre, llegó a ser Rey, demostró ser un Rey justo. Ahora bien, solía jugar a los dados con su capellán, y, mientras arrojaba los dados de oro sobre la mesa de plata, cantaba esta cábala de suerte: —

Es ley de la naturaleza que los ríos serpenteen;
Que los árboles crezcan de la madera por la ley de la especie;
Y también, dada la oportunidad,
Todas las mujeres obrarán con perversidad.

[290] Estas líneas siempre hacían que el Rey ganara el juego, el capellán no estaba en condiciones de perder cada centavo que tenía en el mundo. Y, para salvarse de la ruina total, resolvió buscar a una doncella que nunca hubiese visto a otro hombre, y luego la guardó bajo llave dentro de su propia casa. "Como", pensó, "no podría arreglármelas para cuidar de una niña que haya visto a otro hombre, debo adoptar a una joven recién nacida y mantenerla bajo mi control mientras crezca, con una estrecha vigilancia sobre ella, para que nadie se le acerque y para que sea fiel a un solo hombre. Entonces venceré al Rey y me haré rico. Ahora bien, era hábil en el pronóstico; y viendo a una pobre mujer que estaba a punto de ser madre, y sabiendo que quien nacería sería una niña, pagó a la mujer para que viniera y se encerrara en su casa, y la despidió después del parto con un presente. La niña fue criada en su totalidad por mujeres, y ningún hombre, aparte de él mismo, pudo jamás verla. Cuando la niña creció, ella se mantuvo sujeta a él y lo consideró como su amo.

Ahora bien, mientras la muchacha creció, el capellán se abstuvo de jugar con el Rey; pero cuando ella fue adulta y se encontraba bajo su propio

control, desafió en un juego al Rey. El Rey aceptó y comenzó el juego. Pero, cuando al tirar los dados el Rey cantó su cábala, el capellán agregó: "siempre exceptuando a mi muchacha". Así que la suerte cambió, y entonces fue el capellán quien ganó, mientras que el Rey perdió.

Reflexionando en el asunto, el *Bodhisatta* sospechó que el capellán tenía encerrada en su casa a una chica virtuosa; y la investigación demostró que sus sospechas eran ciertas. Luego, con el objeto de elaborar un plan para su fracaso, mandó llamar a un inteligente rufián y le preguntó si pensaba que podría seducir a la chica. "Claro, señor", dijo el tipo. Entonces el Rey le dio dinero y lo despidió con órdenes de no perder tiempo.

Con el dinero del Rey, el hombre compró perfumes e incienso, esencias aromáticas de todo tipo y abrió una tienda de perfumería cerca de la casa del capellán. Ahora bien, la casa del capellán tenía siete pisos de altura y siete puertas de entrada, en cada una de las cuales se colocó a una guardia, una guardia femenina solamente, y a ningún hombre, excepto al propio *brahmán*, se le permitió entrar. Los mismos cestos que contenían el polvo y la basura [291] de la vivienda eran examinados antes de pasarlos. Sólo al capellán se le permitió ver a la muchacha, y ella sólo tenía una camarera. A esta mujer le daban dinero para comprar flores y perfumes para su ama, y en su trayecto pasaba cerca de la tienda que había abierto el rufián. Y él, sabiendo muy bien que ella era la sirvienta de la muchacha, esperó un día por su llegada y, al salir corriendo de su tienda, cayó a sus pies, apretando fuertemente sus rodillas con ambas manos y balbuceando: "¡Oh, madre mía! ¿Dónde, dónde ha estado todo este tiempo?"

Y sus cómplices, que estaban a su lado, gritaron: "¡Qué parecida! Manos y pies, cara y figura, incluso en el estilo de vestir, ¡son idénticas!" Mientras todos y cada uno de ellos seguía pensando en la maravillosa semejanza, la pobre mujer perdió la cabeza. Clamando que en realidad debería tratarse de su hijo, ella también se echó a llorar. Y con llanto y lágrimas de los dos cayeron en un abrazo. Entonces dijo el hombre: "¿Dónde vive, madre?"

—Arriba, en la casa del capellán, hijo mío. Tiene una esposa joven de una belleza incomparable, una verdadera diosa de la gracia, y yo soy su camarera. "¿Y adónde va ahora, madre?" "A comprarle perfumes y flores". "¿Por qué ir a otra parte por ellos? Venga a mí por ellos en el futuro", dijo el tipo. Y le dio a la mujer betel, bedelio, etc., y toda clase de flores, rehusando todo pago.

Impresionada por la cantidad de flores y perfumes que la camarera trajo a casa, la muchacha preguntó por qué el *brahmán* estaba tan complacido con ella ese día. "¿Por qué dice eso, querida?" preguntó la anciana. "Por la cantidad de cosas que ha traído a casa". "No, no es que el *brahmán* haya sido generoso conmigo", dijo la anciana; "lo que pasa es que los compré de la casa de mi hijo". Y a partir de ese día empezó a quedarse con el dinero que le daba el *brahmán* y consiguió sus flores y otras cosas gratis de la tienda del rufián.

No obstante, él, unos días después, fingió estar enfermo y se acostó. Así que cuando la anciana llegó a la tienda y preguntó por su hijo, le dijeron que se había puesto enfermo. Corriendo a su lado, le acarició cariñosamente los hombros mientras le preguntaba qué le pasaba. Pero no respondió. "¿Por qué no me dice algo, hijo mío?" "Ni aunque me estuviera muriendo, podría decírselo, madre". "Pero, si no me lo dice a mí, [292] ¿a quién se lo va a decir?" "Muy bien, madre, mi mal consiste únicamente en que, al oír los elogios sobre la belleza de su joven ama, me he enamorado de ella. Si la conquisto, viviré; si no, este será mi lecho de muerte". —Déjame eso a mí, muchacho —dijo alegremente la anciana; "y no se preocupe por esto". Luego, con una gran carga de perfumes y flores, se fue a casa y le dijo a la joven esposa del *brahmán*: "¡Ay!

¿ha ocurrido que mi hijo se ha enamorado de usted, simplemente porque le dije cuan hermosa era! ¿qué hacer ahora?"

"Si puede dejarlo entrar sigilosamente aquí", respondió la chica, "tiene mi permiso".

Entonces la anciana se puso a barrer de arriba abajo todo el polvo que pudo encontrar en la casa; puso este polvo en un enorme cesto de flores y trató de salir con él. Cuando se hizo el registro habitual, echó el polvo sobre la mujer de guardia, que huyó bajo tales maltratos. De la misma manera trató a todos los demás observadores, asfixiando en polvo a cada uno de los que le decían algo. Y así sucedió a partir de ese momento que, sin importar lo que la anciana llevara dentro o fuera de la casa, ya nadie se atrevía a ser lo suficientemente valiente como para registrarla. ¡Entonces había llegado el momento! La anciana hizo entrar sigilosamente al rufián a la casa en un cesto de flores y se lo llevó a su joven ama. Consiguió arruinar la virtud de la muchacha y se quedó uno o dos días en las habitaciones superiores, escondiéndose cuando el capellán se encontraba en casa y disfrutando de la compañía de su ama cuando el capellán estaba fuera. Pasaron uno o dos días y la joven le dijo a su amante: "Cariño, debe marcharse ahora". "Muy bien; solo que primero debo abofetear al *brahmán*". "Ciertamente", dijo ella, y escondió al rufián. Luego, cuando el *brahmán* volvió a entrar, exclamó: "Oh, mi querido esposo, me gustaría mucho bailar, si toca el laúd para mí". "Baile, querida, baile", dijo el capellán, y comenzó a tocar. Pero me avergonzaré demasiado si me mira. Déjeme ocultar su hermoso rostro primero con un paño y luego bailaré. "Está bien", dijo él; "si es demasiado modesta para bailar de otra manera". Así que tomó una tela gruesa y la ató sobre la cara del *brahmán* para vendarle los ojos. Y, con los ojos vendados como estaba, el *brahmán* comenzó a tocar el laúd. Después de bailar un rato, gritó: "Querido, también me gustaría golpearle una vez en la cabeza". "Golpéala", dijo el anciano desprevenido. Entonces la muchacha le hizo una seña a su amante, y él se deslizó suavemente por detrás del *brahmán* [293] y lo golpeó en la cabeza.

Tal fue la fuerza del golpe, que los ojos del *brahmán* parecieron salirse de su cabeza, y un bulto se elevó en el lugar. Picado de dolor, llamó a la muchacha para que le diera una mano; y ella la puso sobre él. "¡Ah! Es una mano suave", dijo; "¡pero golpea fuerte!"

Ahora bien, tan pronto como el bribón golpeó al *brahmán*, se escondió; y cuando estuvo escondido, la muchacha quitó la venda de los ojos del capellán y untó con aceite su cabeza magullada. En el momento en que el *brahmán* salió, la anciana volvió a guardar al pícaro en su cesta y lo sacó de la casa. Dirigiéndose de inmediato al Rey, le contó toda la aventura.

Posteriormente, cuando el *brahmán* fue el siguiente en asistir ante el Rey éste propuso un juego con los dados; el *brahmán* estuvo dispuesto; y la mesa de dados fue sacada. Cuando el Rey hizo su lanzamiento, cantó su viejo golpe de surte, y el *brahmán*, ignorante de las travesuras de la muchacha, agregó su "siempre exceptuando a mi muchacha", ¡pero sin embargo perdió!

Entonces el Rey, quien sabía lo que había pasado, dijo a su capellán: "¿Por qué excepto ella? Su virtud se ha perdido ¡Ah, soñó que tomando una muchacha en la hora de su nacimiento y poniendo una guardia séptuple a su alrededor, podría estar seguro de ella. Vaya, no podría estar seguro de una mujer, incluso si la tuviera dentro de sí y siempre caminara con ella. Ninguna mujer podría ser jamás fiel a un solo hombre. En cuanto a esa chica suya, ella le dijo que le gustaría bailar, y después de vendarle los ojos mientras le tocaba el laúd, dejó que su amante lo golpeará en la cabeza y luego lo sacó sigilosamente de la casa. Entonces, ¿dónde está su excepción? Y diciendo esto, el Rey repitió esta estrofa:

Con los ojos vendados, tocando el laúd, por su esposa engañado,
El *brahmán* se sienta, — ¡aquel que trató de criar
Un modelo de virtud inmaculada!
Aprenda por lo tanto a mantener con temor al sexo.

[294] De esta manera el *Bodhisatta* expuso la Verdad al *brahmán*. Y el *brahmán* fue a su casa y acusó a la muchacha de la maldad de la que se la acusaba. "Mi querido esposo, ¿quién puede haber dicho tal cosa sobre mí?" dijo ella. "En verdad soy inocente; en verdad fue mi propia mano, y no la de nadie más, la que lo hirió; y, si no me cree, desafiaré la prueba del fuego para probar que ninguna mano de algún hombre me ha tocado sino la suya; y haré así que me crea". "Que así sea", dijo el *brahmán*. Entonces él hizo traer una cantidad de leña y le prendió fuego. Entonces la chica fue convocada. "Ahora", dijo él, "si cree su propia historia, ¡haga frente a estas llamas!"

Ahora bien, antes de esto, la muchacha había instruido a su asistente de la siguiente manera: — "Dígale a su hijo, madre, que esté allí y tome mi mano justo cuando esté a punto de entrar en contacto en el fuego". Y la anciana hizo lo que se le ordenó; y el hombre vino y se puso de pie entre la

multitud. Entonces, para engañar al *brahmán*, la muchacha, de pie ante toda la gente, exclamó con fervor: "Ninguna mano de algún hombre, excepto la suya, *brahmán*, me ha tocado jamás; y, por la verdad de mi aseveración, convoco a este fuego para que no me haga daño". Diciendo esto, avanzó hacia la pira en llamas, cuando se precipitó a subir sobre la pira su amante, quien la tomó de la mano, gritó vergüenza sobre el *brahmán* por obligar a una doncella tan hermosa a entrar en esas llamas. Sacudiendo su mano libre, la niña exclamó al *brahmán* que lo que había afirmado ahora estaba deshecho, y que ahora no podía enfrentar la prueba del fuego. "¿Por qué no?" dijo el *brahmán*. "Porque", respondió ella, "mi aseveración fue que ninguna mano de algún hombre excepto la suya me había tocado; [295] mientras que ahora y aquí hay

un hombre que ha tomado mi mano". Pero el *brahmán*, sabiendo que estaba siendo engañado, la alejó de él a golpes.

Tal, aprendemos, es la maldad de las mujeres. ¿Qué crimen no cometerán? y luego, para engañar a sus maridos, ¡cuántos juramentos no harán — a la luz del día — de lo que no hicieron! ¡Tan falsas de corazón son! Por ello está dicho: —

Un sexo compuesto de maldad y engaño,
Desconocido; incierto como el sendero
De los peces en el agua, — ¡el género femenino
Afirma la verdad como falsedad, y la falsedad como verdad!
Tan ávidamente como las vacas buscan nuevos pastos,
Las mujeres, insaciables, anhelan compañero tras compañero.
Como una arena inestable, cruel como una serpiente,
Las mujeres saben todas las cosas; ¡Nada sobre ellos se les oculta!

"Así de imposible es proteger a las mujeres", dijo el Maestro. Terminó su lección, predicó las Verdades, al término de las cuales el Hermano de la prueba de la pasión ganó el Fruto del Primer Sendero. También el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: — "En aquellos días yo era el Rey de Benarés".

[Nota. El abofetear al *brahmán* es el tema de una escultura de Bharhut, Placa 26, 8. Para un paralelo con el truco mediante el cual la muchacha evita la prueba del fuego, véase *Folclore* 3. 291.]



"Las mujeres son iracundas". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de otro Hermano apasionado. Cuando el Hermano al ser interrogado confesó que efectivamente era un apasionado, el Maestro dijo: "Las mujeres son ingratas y traicioneras; ¿por qué ha caído en la pasión por ellas?" Y contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta*, que había elegido la vida de un anacoreta, se construyó una ermita a orillas del Ganges, y allí desarrolló los Logros y los Conocimientos Superiores, y así moró en la bienaventuranza de la sabiduría. En aquellos días, el Señor y Gran Tesorero de Benares tenía una hija inhumana y cruel, conocida como la Dama del Mal, que solía injuriar y golpear a sus sirvientes y esclavas. Un día, ellas llevaron a su joven ama [296] a divertirse al Ganges; las jóvenes estaban jugando en el agua, cuando de pronto se escondió el Sol y se desató una gran tormenta sobre ellas. En ese momento, la gente salió corriendo, y las sirvientas de la joven exclamaron: "¡Éste es el momento de ver por última vez a esta criatura!" así que la arrojaron directamente al río y se fueron corriendo. La lluvia cayó a raudales, se puso el Sol y cayó la oscuridad. Y cuando las sirvientas llegaron a casa sin su joven ama y se les

preguntó dónde estaba, respondieron que había salido del Ganges pero que no sabían adónde se había ido. Su familia realizó una búsqueda, pero no se pudo encontrar ni rastro de la muchacha desaparecida.

Mientras tanto, ella, gritando en voz alta, fue arrastrada por la creciente corriente y, a medianoche, pasó por donde el *Bodhisatta* moraba en su ermita. Al escuchar sus gritos, pensó: "Ésa es la voz de una mujer. Debo rescatarla del agua cuanto antes". Así que tomó una antorcha de hierba y a la luz de ella pudo verla en el río. "¡No tenga miedo, no tenga miedo!" Gritó alegremente, entró y, gracias a su enorme fuerza, como la de un elefante, la llevó a salvo a tierra firme. Luego encendió un fuego para ella en su ermita y puso delante de ella deliciosas frutas de diversas clases. No hasta que ella hubo comido le preguntó: "¿Dónde está su casa y cómo fue que cayó en el río?" Y la joven le contó todo lo que le había sucedido. "Quédese aquí por el momento", dijo él, y la instaló en su ermita, mientras que durante los próximos dos o tres días él mismo habitó al aire libre. Al final de ese periodo de tiempo él le indicó que se marchara, pero ella se dispuso a esperar hasta que el asceta se enamorara de ella; y no partió. Y con el paso del tiempo, ella lo cautivó tanto con su gracia femenina y sus artimañas que él perdió su Sabiduría. Con ella habitó en el bosque por un tiempo. No obstante, ella no gustó de vivir en aquella soledad y quiso regresar de nuevo entre la gente. Así que, cediendo a sus importunidades, el *Bodhisatta* se la llevó con él a un pueblo fronterizo, donde la mantuvo vendiendo dátiles, y así fue llamado el Sabio de los Dátiles¹. Los aldeanos le pagaban para que les

1. Aquí hay un juego sobre la palabra *takka*, que no se puede traducir bien al inglés. La palabra *takka-paṇḍito*, que traduje como 'sabio de los dátiles', significaría, por sí misma, 'sabio de la lógica', mientras que se ganaba la vida *takkaṃ vikkinitvā* 'vendiendo dátiles'. Existe la dificultad adicional de que la última frase también pueda significar vender suero de leche.

mostrara cuáles eran las estaciones afortunadas y desafortunadas, y les daba una choza para vivir en la entrada de su aldea.

Ahora bien, la frontera estaba ocupada también por unos ladrones de las montañas; y un día hicieron una incursión [297] en el pueblo donde vivían la pareja y los saquearon. Hicieron que los pobres aldeanos empaquetaran sus pertenencias y se fueron con la hija del tesorero entre los demás, a sus propias moradas. Llegados allí, dejaron libres a todos los demás; pero la muchacha, a causa de su belleza, fue tomada por esposa por el ladrón en jefe.

Cuando el *Bodhisatta* se enteró de esto, pensó: "Ella no soportará vivir lejos de mí. Ella escapará y volverá a mí". Y así siguió viviendo, esperando a que ella regresara. Mientras tanto, ella estuvo muy complacida con los ladrones, y solo temía que el sabio de los dátiles viniera a llevársela de nuevo. "Me sentiría más segura", pensó ella, "si él estuviese muerto. Debo enviarle un mensaje fingiendo amor y así atraerlo aquí para que encuentre su muerte". Así que le envió a un mensajero con el mensaje de que no se encontraba contenta y de que quería regresar con él.

Y él, manteniendo fe en ella, partió de inmediato y llegó a la entrada de la aldea de los ladrones, desde donde se le envió un mensaje. —Huir ahora, esposo mío —dijo ella—, sólo significaría caer en manos del ladrón en jefe que nos mataría a los dos. Dejemos la huida para la noche. Entonces ella lo tomó y la escondió en una habitación; y cuando el ladrón llegó a su casa de noche y se inflamó de bebidas fuertes, ella le dijo: "Dígame, amor, ¿qué haría si su rival estuviese en su poder?"

Entonces él dijo que le haría esto y aquello.

"Quizás no esté tan lejos como cree", dijo ella. "En realidad esta persona se encuentra en la habitación de al lado".

Tomando una antorcha, el ladrón se precipitó y agarró al *Bodhisatta* y lo golpeó en la cabeza y el cuerpo hasta el fondo de su corazón. En medio de los golpes, el *Bodhisatta* no lanzó ningún grito, sólo murmuró: "¡Ingratas y crueles! ¡Traidoras y calumniadoras!" Y eso era todo lo que decía. Y cuando hubo golpeado, atado y puesto por los talones al *Bodhisatta*, el ladrón terminó su cena y se acostó para dormir. Por la mañana, cuando se hubo dormido de la traspasada anterior, volvió a golpear al *Bodhisatta*, que seguía sin gritar, más repitiendo las mismas cuatro palabras del día anterior. Entonces el ladrón fue conmovido por sus palabras y preguntó por qué, incluso cuando era golpeado, seguía repitiendo lo mismo. [298]

"Escuche", dijo el Sabio de los Dátiles, "y oirá. Una vez yo era un ermitaño que vivía en la soledad del bosque, y allí desarrollé sabiduría. Y rescaté a esta mujer del Ganges y la ayudé en su necesidad, y por sus encantos caí de mi elevado estatus. Luego abandoné el bosque y la apoyé en una aldea, de donde fue raptada por unos ladrones. Y ella me envió un mensaje de que era infeliz, rogándome de que viniera y la salvase. Ahora ella

me ha hecho caer en sus manos. Por eso exclamo esas palabras de esa manera".

Esto hizo que el ladrón reflexionara y pensara: "Si ella puede sentir tan poco por alguien que sea tan buen hombre y haya hecho tanto por ella, ¿qué daño no me haría a mí? Debe morir". Entonces, después de haber tranquilizado al *Bodhisatta* y haber despertado a la mujer, salió con espada en mano, fingiendo ante ella que estaba a punto de matarlo fuera de la aldea. Luego, ordenándole que sostuviera al Sabio del Dátil, desenvainó su espada y, haciendo como si fuese a matar al sabio, partió a la mujer en dos. Luego bañó al Sabio del Dátil con salvia de la cabeza a los pies y durante varios días lo alimentó con golosinas para contentar su corazón.

"¿Adónde piensa ir ahora?" dijo finalmente el ladrón.

"El mundo", respondió el sabio, "no ofrece placeres para mí. Me convertiré en un ermitaño una vez más y habitaré en mi antigua cabaña en el bosque".

"Yo también me convertiré en ermitaño", exclamó el ladrón. Así que ambos y juntos se convirtieron en ermitaños, y moraron en una ermita en el bosque, donde desarrollaron los Logros y los Conocimientos Superiores, y se habilitaron para que al término de sus vidas pudiesen entrar al Reino *Brahmā*.

Después de contar estas dos historias, el Maestro mostró la conexión recitando, como todo un *Buddha*, esta estrofa:

Las mujeres pueden ser iracundas, calumniadoras e ingratas,
 ¡Sembradores de disensión y luchas fallidas!
 Entonces, hermano, recorra el sendero de la santidad,
 Que la Bienaventuranza al respecto no dejará de encontrar.

[299] Cuando terminó su lección, el Maestro predicó las Verdades, al término de las cuales el Hermano apasionado consumió el Fruto del Primer Sendero. Además, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Ānanda era el jefe de los ladrones de aquellos días, y yo mismo el Sabio de los Dátiles".



"Piensa". Esta historia fue contada por el Maestro, mientras estaba en Jetavana, acerca de un hermano laico. Dice la tradición que en Savatthi moraba un hermano laico, consagrado en las Tres Gemas y los Cinco Preceptos, devoto amante del *Buddha*, de la Doctrina y de la Hermandad. Pero su esposa era una mujer necia y malvada. En los días en que obraba mal, era tan mansa como una esclava comprada por cien monedas; mientras que en los días en que ella no hacía nada malo se comportaba como toda una

dama, desenfrenada y tiránica. El marido no podía distinguirla. Ella lo preocupó tanto que no dispuso de tiempo para ir a aguardar por al *Buddha*.

Un día fue al Monasterio con perfumes y flores, y había tomado asiento después de la debida salutación, cuando el Maestro le dijo: — "Diga hermano laico, cómo fue que haya pasado siete u ocho días sin que venga en virtud del *Buddha*?" "Mi esposa, señor, un día se comporta como una esclava comprada por cien monedas, mientras que otro día se la encuentra como toda una *dama* desenfrenada y tiránica. No puedo reconocerla; y es por ello que me ha consumido tanto el tiempo que no he podido visitar al *Buddha*".

Ahora bien, cuando escuchó estas palabras, el Maestro dijo: "Vaya, hermano laico, ya le habían dicho en el pasado los sabios y los buenos lo difícil que es comprender la naturaleza de las mujeres". Y añadió "pero debido a sus existencias pasadas su mente ha llegado a confundir todo, de modo que no puede recordar". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* llegó a ser un maestro de fama mundial, con quinientos jóvenes *brahmanes* estudiando bajo su tutela. [300] Uno de estos discípulos era un joven *brahmán* de una tierra extranjera, que se enamoró de una mujer y la convirtió en su esposa. Aunque siguió viviendo en Benares, fallaba dos o tres veces de asistir a las enseñanzas de su maestro. Porque, se debe saber, su esposa era una mujer pecadora y malvada, que era tan mansa como una esclava en los días en que había obrado con el mal, pero en los días en que no había hecho nada malo, se comportaba como toda una *dama*, desenfrenada y tirana. Su esposo no podía reconocerla en lo absoluto; y estaba tan preocupado y acosado por ella que se ausentaba de visitar al Maestro. Ahora, unos siete u ocho días después, renovó sus asistencias y el *Bodhisatta* le preguntó por qué no se lo había visto últimamente.

"Maestro, mi esposa es la causa", dijo. Y al *Bodhisatta* le contó cómo ella un día era tan mansa como una esclava, y tiránica al día siguiente; cómo no podía reconocerla en lo absoluto, y cómo había estado tan preocupado y acosado por sus cambios de humor que se había mantenido alejado de visitarlo.

"Precisamente así, joven *brahmán*", dijo el *Bodhisatta*; "En los días en que han obrado mal, las mujeres se humillan ante sus maridos y se vuelven tan mansas y sumisas como una esclava; pero en los días en que no han hecho nada malo, se vuelven obstinadas y rebeldes ante sus señores. Es de esta manera que las mujeres pueden llegar a ser pecaminosas y malvadas, y su naturaleza difícil de conocer. No se debe prestar atención ni a sus gustos ni a sus disgustos". Y diciendo esto, el *Bodhisatta* repitió para la edificación de su discípulo la siguiente estrofa: —

¿Cree que la ama una mujer? No se alegre.

¿Cree que no lo ama? Deje de afligirse.

Incognoscible, incierto como el camino

De los peces en el agua, prueban ser las mujeres.

[301] Tal fue la instrucción del *Bodhisatta* a su discípulo, que desde aquel entonces no prestó más atención a los caprichos de su esposa. Y ella, al enterarse de que su mala conducta había llegado a oídos del *Bodhisatta*, cesó desde ese momento y en adelante de su maldad.

Así también la esposa de este hermano laico se dijo a sí misma: "El mismísimo y Perfecto *Buddha* conoce, me dicen, sobre mi mala conducta", y desde entonces dejó de obrar con el mal.

Terminada su lección, el Maestro predicó las Verdades, al término de las cuales el hermano laico obtuvo el Fruto del Primer Sendero. Entonces el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "El esposo y la esposa de ahora también eran el esposo y la esposa de aquellos tiempos, y yo mismo era el maestro".



ANABHIRATI-JĀTAKA

"Como carreteras". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de otro hermano laico como el último. Este hombre, cuando se le preguntó al respecto, aseguró que la mala conducta de su esposa, al hablar con ella, era tal que había dado como resultado de que se molestara tanto que durante siete u ocho días faltase a su asistencia cotidiana para ver al *Buddha*. Un día llegó al monasterio, se inclinó ante el Bienaventurado y se sentó. Cuando se le preguntó por qué había estado ausente durante siete u ocho días, respondió: "Señor, mi esposa se ha portado mal y estoy tan molesto con ella que ni se me ocurría venir".

"Hermano laico", dijo el Maestro, "hace mucho tiempo los sabios y buenos le dijeron que no se enojara por la mala conducta que se encuentre en las mujeres, sino que conservara su ecuanimidad; esto, sin embargo, lo ha olvidado, debido a que el renacimiento se lo ha ocultado." Y diciendo esto, contó, a petición de aquel hermano laico, esta historia del pasado.

Una vez cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* era un maestro de reputación mundial, como en la historia anterior. Y un alumno suyo, al ver que su esposa le era infiel, quedó tan afectado por el descubrimiento que se ausentó durante algunos días, pero cuando su maestro le preguntó un día cuál era el motivo de su ausencia, hizo una confesión al respecto. Entonces su maestro dijo, "Hijo mío, no hay propiedad privada en las mujeres: son comunes a todos. [302] Y por lo tanto los sabios,

conscientes de su fragilidad, no se excitan con ira contra ellas". Y diciendo esto, repitió esta estrofa para la edificación de su discípulo: —

Como carreteras, ríos, patios, hostelerías,
O tabernas, que a todos atienden por igual
Con una hospitalidad universal,
es la mujer; y los sabios nunca se rebajan con
Ira por la fragilidad de un sexo tan frágil.

Tal fue la instrucción que el *Bodhisatta* impartió a su discípulo, quien desde entonces se volvió indiferente a lo que hicieran las mujeres. Y en cuanto a su esposa, quedó tan cambiada al saber que el maestro sabía cómo era, que a partir de entonces abandonó su mala conducta.

Así también la esposa de ese hermano laico, cuando supo que el Maestro sabía cómo era ella, abandonó en adelante su mala conducta.

Terminada su lección, el Maestro predicó las Verdades, al término de las cuales el hermano consumó el Fruto del Primer Sendero. También el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Este esposo y esposa también eran el esposo y la esposa de aquellos días, y yo mismo el maestro *brahmán*".



"Hasta que Corazón Gentil sea mía". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de la concupiscencia. La tradición dice que un joven caballero de Sāvatti, [30;3] al escuchar la Verdad predicada por el Maestro, entregó su corazón a la Doctrina de las Tres Gemas. Renunciando al mundo por la vida de monje, emergió para andar por los Senderos, para practicar la meditación, y *nunca* desfallecer en su cavilación sobre el objeto que había escogido para meditar. Un día, mientras estaba en su ronda de ofrendas a través de Sāvatti, vio a una mujer con un atuendo valiente y, por placer, rompió la moralidad superior y la miró. La pasión se agitó dentro de él, se volvió como una higuera derribada por un hacha. A partir de ese día, bajo el dominio de la pasión, el paladar de su mente, como el de su cuerpo, perdió todo su sabor; como una bestia bruta, no se regocijaba en la Doctrina, se dejó crecer las uñas y el cabello y se le ensuciaron las vestiduras.

Cuando sus amigos entre los hermanos se dieron cuenta de su perturbado estado mental, dijeron: "¿Por qué, señor, su estado moral es diferente al que era?" "Mi alegría se ha ido", dijo. Luego lo llevaron ante el Maestro, quien les preguntó por qué habían traído allí a ese Hermano en contra de su voluntad. "Porque, señor, su alegría se ha ido", "¿Es eso cierto, hermano?" "Lo es, Bienaventurado". "¿Quién se lo ha sustraído?" "Señor, estaba en mi ronda de ofrendas cuando, violando la moral superior, miré a una mujer; y la pasión se agitó dentro de mí. Por lo tanto, es por ello que estoy consternado.

Entonces el Maestro dijo: "No es de extrañar, hermano, que cuando, violando la moralidad, mirando por placer un objeto excepcional, se agitate de pasión. Ya que, en el pasado, incluso aquellos que habían desarrollado los cinco Conocimientos Superiores y los ocho Logros, aquellos que por el poder de la Sabiduría habían sofocado sus pasiones, cuyos corazones estaban purificados y cuyos pies podían caminar por los cielos, sí, incluso los *Bodhisattas*, a través de la mirada, en violación de la moralidad, de un objeto excepcional, perdieron la Sabiduría, fueron agitados por la pasión y llegaron a un gran dolor. Poco importa el viento que pudiese derribar el monte Sineru, en un montículo desnudo no mayor que un elefante; poco importa un viento que pudiese desarraigar un poderoso árbol de Jambu, en un arbusto en la cara de un acantilado; y poco importa un viento que pudiese secar un vasto océano, en un minúsculo estanque. Si la pasión pudo engendrar locura en los *Bodhisattas* supremamente iluminados y de mente pura, ¿se avergonzarían de la pasión ante vosotros? Ya que, incluso los seres purificados son descarriados por la pasión, y aquellos que ascienden al más alto honor, caen en la vergüenza". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* nació en una rica familia de *brahmanes* en el país de Kāsi. Cuando creció y terminó su educación, renunció a todas las pasiones y, abandonando el mundo por la vida de ermitaño, se fue a vivir a las soledades de los Himalayas. Allí, mediante el debido cumplimiento de todas las formas preparatorias de meditación, desarrolló mediante el pensamiento abstracto los Conocimientos Superiores y los Logros Extáticos; y así vivió su vida en la bienaventuranza de la Visión mística.

[304] La falta de sal y vinagre lo llevó un día a Benares, donde se instaló en los jardines del Rey. Al día siguiente, después de atender sus necesidades corporales, dobló el traje rojo de corteza que solía usar, se echó sobre un hombro una piel de antílope negro, se anudó los mechones enmarañados en la parte superior de su cabeza y con un yugo sobre su espalda de la que colgaban dos cestos, partió en su ronda en busca de ofrendas. Al llegar a las puertas del palacio en su camino, su comportamiento lo encomendó tanto al Rey que su majestad lo hizo traer. Así que el asceta se sentó en un lecho de gran esplendor y se alimentó con abundancia de los alimentos más exquisitos. Y cuando agradeció al Rey, fue invitado a tomar su morada en el jardín. El asceta aceptó la oferta y durante dieciséis años permaneció en el jardín, exhortando a la casa del Rey y comiendo de la generosidad del Rey.

Ahora bien, llegó un día en que el Rey debió partir hacia las fronteras para sofocar un levantamiento. Pero, antes de comenzar su viaje, encargó a su Reina, cuyo nombre era Corazón Gentil, que atendiera las necesidades del hombre santo. Entonces, después de la partida del Rey, el *Bodhisatta* continuó yendo al palacio cada vez que lo requería.

Un día, la Reina Corazón Gentil preparó una comida para el *Bodhisatta*; pero como él no llegaba, ella se dedicó a su propio aseo. Después de bañarse en agua perfumada, se vistió con todo esplendor, y se acostó,

esperando su llegada en un pequeño lecho en la espaciosa recámara.

Despertando del éxtasis de la sabiduría, y viendo lo tarde que era, el *Bodhisatta* se transportó por los aires al palacio. Al oír el susurro de su ropaje de corteza, la reina se puso en marcha a toda prisa para recibirlo. En su prisa por levantarse, su túnica se deslizó hacia abajo, de modo que su belleza se reveló ante el asceta cuando entró por la ventana; y al verlo, en violación de la moralidad, miró por puro placer la maravillosa belleza de la Reina. La lujuria se encendió dentro de él; fue como un árbol derribado por un hacha. Inmediatamente toda la sabiduría lo abandonó y se convirtió en un cuervo al que se le habían cortado las alas. Agarrando su comida, inclusive a pie, no comió, sino que tomó su camino, temblando completamente de deseo, desde el palacio hasta su choza en el jardín, puso la comida debajo de su lecho de madera y allí estuvo durante siete días completos preso de hambre y sed, esclavizado por la hermosura de la Reina, su corazón se inflamó de pasión.

Al séptimo día, el Rey volvió de pacificar la frontera. Después de pasar en solemne procesión por la ciudad, entró a su palacio. [305] Entonces, deseando ver al asceta, se dirigió al jardín, y allí, en la celda, encontró al *Bodhisatta* recostado en su lecho. Pensando que el hombre santo se había puesto enfermo, el Rey, después de haber limpiado primero la celda, preguntó, mientras acariciaba los pies del doliente, qué le pasaba. "Señor, mi corazón está encadenado de pasión; ésa es mi única dolencia". "¿Pasión, por quién?" "Por Corazón Gentil, señor." "Entonces ella es suya; se la doy", dijo el Rey. Luego fue con el asceta al palacio, y ordenando a la Reina que se vistiera con todo su esplendor, se la entregó al *Bodhisatta*. Pero, mientras la estaba entregando, el Rey encargó en secreto a la Reina que hiciera todo lo posible por salvar al hombre santo.

"No tema, señor", dijo la reina; "Yo lo salvaré". Así que el asceta salió del palacio con la Reina. Pero cuando hubo atravesado la gran puerta, la Reina gritó que debían tener una casa para vivir; y que debía regresar con el Rey para pedir uno. Así que volvió para pedirle al Rey una casa para vivir, y el Rey les dio una vivienda en ruinas que los transeúntes usaban como sanitarios. A esta morada llevó el asceta a la Reina; pero ella se negó rotundamente a entrar en ella, a causa de su estado de inmundicia.

"¿Qué voy a hacer?" gritó. "Límpialo", dijo ella. Así que lo envió al Rey por una pala y una cesta, e hizo que quitara toda la inmundicia y la suciedad, y cubriera las paredes con estiércol de vaca, el cual él tenía que traer de algún lado. Hecho esto, ella le hizo conseguir una cama, un taburete, una alfombra, un cántaro y una taza, enviándolo por una sola cosa cada vez. Luego lo mandó a hacer las maletas a buscar agua y mil cosas más. Así que fue por el agua, llenó el cántaro, dispuso del agua para el baño, hizo la cama. Y estando él sentado con ella en la cama, ella lo tomó por los

bigotes y lo atrajo hacia ella hasta que estuvieron cara a cara, diciendo: "¿Ha olvidado que es un hombre santo y un *brahmán*?"

Ante esto, el *brahmán* volvió en sí después de su estúpido intervalo de locura.

(Y aquí debería repetirse el texto que comienza: "Así, a los obstáculos de la lujuria y el deseo se le llaman los males porque brotan de la ignorancia, hermanos; [306] lo que brota de la ignorancia crea oscuridad").

Así que cuando volvió en sí, pensó cómo, haciéndose más y más fuerte, este deseo fatal lo condenaría en lo sucesivo a los Cuatro Estados de Castigo¹. "Este mismo día", exclamó, "restituiré a esta mujer al Rey y volaré de regreso a las montañas!" Así que condujo a la Reina ante el Rey y dijo: "Señor, ya no quiero a su Reina; fue solo por ella que se despertaron los deseos dentro de mí". Y diciendo esto, repitió esta estrofa:

Hasta que Corazón Gentil no fue mía, un solo deseo
Tenía, — obtenerla. Cuando su belleza poseí
Mi señor, el deseo llegó para acumularse sobre más deseo en mí.

Inmediatamente volvió a él su perdido poder de sabiduría. Suspendiéndose sobre la tierra y sentándose en el aire, predicó la Verdad al Rey; y sin tocar tierra pasó por los aires hasta los Himalayas. Nunca más regresó a los caminos de los hombres; sino que creció en amor y generosidad hasta que, con la Sabiduría intacta, transmigró hacia a un nuevo renacimiento en el Reino *Brahmā*.

Terminada su lección, el Maestro predicó las Verdades, al final de las cuales ese Hermano consumó el mismo estado de *Arahat*. También el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Ānanda era el Rey de aquellos días, Uppala-vaṇṇa era Corazón Gentil y yo mismo el ermitaño".



"Un hijo es fácil de encontrar". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de cierta mujer del campo.

Ocurrió una vez en Kosala que tres hombres estaban arando en las afueras de cierto bosque, y que unos ladrones saquearon a otras personas en dicho bosque y escaparon. [307] Las víctimas llegaron, en el curso de su búsqueda infructuosa por los bribones al lugar donde se encontraban arando tres hombres. "Aquí están los ladrones del bosque, disfrazados de agricultores", gritaron, y se llevaron a los tres agricultores

1. El infierno, la creación bruta, el mundo fantasma, el mundo demoníaco.

como prisioneros ante el Rey de Kosala. Ahora bien, una y otra vez, llegó al palacio del Rey una mujer que con fuertes lamentos suplicaba "con qué cubrirse". Al escuchar su grito, el Rey ordenó que le dieran un turno de atención, pero ella lo rechazó, diciendo que no era eso lo que quería decir, entonces los siervos del Rey volvieron con su majestad y dijeron que lo que la mujer quería no era ropa sino un marido¹. Entonces el Rey hizo traer a la mujer ante su presencia y le preguntó si realmente se refería a un marido.

"Sí, señor", respondió ella; "Porque el marido es la verdadera cubierta de una mujer, y la que carezca de marido, aunque esté vestida con ropas que cuesten mil monedas, irá desnuda y verdaderamente expuesta".

(Y para reforzar esta verdad, se debe recitar aquí el siguiente *Sutta*: —

Como reinos sin Rey, como un arroyo que se seca,
Tan desnuda y expuesta se ve a una mujer,
quien, teniendo diez hermanos, no tenga pareja.)

Complacido con la respuesta de la mujer, el Rey preguntó qué parentesco tenían con ella los tres prisioneros. Y ella dijo que uno era su marido, otro su hermano y otro su hijo. "Bueno, para definir mi favor", dijo el Rey, "le voy a dar a uno de los tres. ¿Cuál tomará?" "Señor", fue su respuesta, "si vivo, puedo tener otro marido y otro hijo; pero como mis padres están muertos, nunca podré tener otro hermano. Así que deme a mi hermano, Señor". Complacido con la mujer, el Rey puso en libertad a los tres hombres; y así esta mujer fue el medio de salvación de las tres personas en peligro.

Cuando el asunto llegó a conocimiento de la Hermandad, estaban alabando a la mujer en el Salón de la Verdad, cuando entró el Maestro. Al enterarse después de preguntar cuál era el tema de su conversación, dijo: "Esta no es la primera vez, hermanos, que esta mujer ha salvado a esos tres hombres del peligro; ella hizo lo mismo en el pasado". Y, diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, tres hombres estaban arando en las afueras de un bosque, y todo sucedió como antes.

Cuando el Rey le preguntó cuál de los tres tomaría, la mujer dijo: "¿No puede su majestad darme los tres?"

"No", dijo el Rey, "no puedo". [308] "Bueno, si no puedo tener los tres, deme a mi hermano". "Llévese a su marido o a su hijo", dijo el Rey. "¿Qué importa un hermano?" "Los dos primeros los puedo reemplazar fácilmente", respondió la mujer, "pero un hermano jamás". Y diciendo esto, repitió esta estrofa:

Un hijo es fácil de encontrar; los maridos también
Una amplia elección abarrota las vías públicas. Pero ¿dónde
todos mis dolores encontrarán a otro hermano?

"Ella tiene toda la razón", dijo el Rey, muy complacido. Y mandó que sacaran a los tres hombres de la prisión y los entregaran a la mujer. Ella los tomó a los tres y siguió su camino.

1. Cf. 'mujer cubierta'.

"Así que vean, hermanos", dijo el Maestro, "esta misma mujer una vez salvó a estos mismos tres hombres del peligro". Su lección terminó, hizo la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "La mujer y los tres hombres de hoy eran también la mujer y los hombres de aquellos días pasados; y yo era entonces el Rey".

[Nota. — Cf. la idea del verso de Herodoto 118-120, Sófocles Antígona 909-912; y ver este pasaje discutido en el *Indian Antiquary* de diciembre de 1881.]



"*El hombre en el que descansa su mente*". Esta historia la contó el Maestro, mientras estaba en Añjanavana, acerca de cierto *brahmán*. La tradición dice que el Bienaventurado con sus discípulos estaba entrando a la ciudad de Sāketa, cuando un anciano *brahmán* de aquel lugar, que se encontraba saliendo de la ciudad, lo encontró en la entrada. Cayendo ante los pies de *Buddha* y tomándolo por los tobillos, el anciano gritó: "Hijo, ¿no es el deber de los hijos apreciar la vejez de sus padres? [309] ¿Por qué no nos ha dejado verlo todo este tiempo? Por fin lo veo; venga, que su madre también lo vea". Dicho esto, llevó consigo al Maestro a su casa; y allí el Maestro se sentó en el asiento preparado para él, con sus discípulos alrededor. Luego vino la esposa del *brahmán*, y ella también cayó ante los pies del Bienaventurado, llorando: "Hijo mío, ¿dónde ha estado todo este tiempo? ¿No es el deber de los hijos consolar a sus padres en la vejez?" Acto seguido, dijo a sus hijos e hijas que su hermano había llegado y los hizo saludar al *Buddha*. Y en su alegría, la pareja de ancianos mostró gran hospitalidad a sus invitados. Después de su comida, el Maestro recitó a los ancianos el *Sutta* sobre la vejez¹; y, cuando hubo terminado, tanto el marido como la mujer alcanzaron la fruición del Segundo Sendero. Luego, levantándose de su asiento, el Maestro regresó a Añjanavana.

Reunidos en el Salón de la Verdad, los Hermanos se pusieron a hablar de este asunto. Se planteó el hecho de que el *brahmán* debería haber sido muy consciente de que en realidad Suddhodana era el padre y Mahāmāyā la madre del *Buddha*; sin embargo, él y su esposa habían reclamado al *Buddha* como su propio hijo, y ello con el consentimiento del Maestro. ¿Qué podría significar todo esto? Al escuchar su conversación, el Maestro dijo: "Hermanos, la pareja de ancianos tenía razón al reclamarme como su hijo". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Hermanos, en épocas pasadas este *brahmán* fue mi padre en 500 renacimientos sucesivos, mi tío en un número similar, y en 500 más mi

1. El *Jarā-Sutta* del *Sutta-Nipāta*, página 152 de la edición de Fausböll para la *Pāli Text Society*.

abuelo, su esposa fue en 1,500 renacimientos sucesivos mi madre, mi tía y mi abuela, respectivamente. Así que fui criado en 1,500 renacimientos por este *brahmán*, y en 1,500 por su esposa.

Y así, habiendo hablado sobre estos 3,000 renacimientos, el Maestro, como todo un *Buddha*, recitó esta estrofa: —

En el hombre en quien descanse su mente, con quien su corazón
Se agrade a primera vista, pongan su confianza en él.

[310] Su lección terminó, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Este *brahmán* y su esposa fueron el esposo y la esposa en todas esas existencias, y yo su hijo".

[Nota. Véase también el núm. 237.]



"*Qué vergüenza*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana acerca de Sāriputta, el Capitán de la Fe. La tradición dice que en los días en que el Mayor solía comer tortas, la gente venía al monasterio con una cantidad de tortas para la Hermandad. Después de que todos los Hermanos hubieron comido hasta saciarse, quedó bastante; y los dadores dijeron: "Señores, tomen también para los monjes que se encuentren en el pueblo".

En ese momento, un joven que era co-residente del Venerable, estaba en el pueblo. Para él se tomó una porción; pero como no volvía, y se sentía que se hacía muy tarde¹, se le dio esta porción al Venerable. Cuando el Venerable hubo comido esta porción, el joven entró. En consecuencia, el Venerable le explicó el caso y le dijo: "Señor, he comido los pasteles reservados para usted". "¡Ah!" fue la réplica, "a todos nos gustan los dulces". El Gran Venerable se preocupó bastante.

"Desde este día en adelante", exclamó, "juro no volver a comer más tortas en mi comida por el resto de mi vida". Y desde ese día en adelante, según dice la tradición, ¡el Venerable Sāriputta nunca más volvió a tocar los pasteles durante la comida! Esta abstención se convirtió en asunto de conocimiento común en la Hermandad, y los Hermanos se sentaron a hablar sobre ello en el Salón de la Verdad. Entonces el Maestro dijo: "¿De qué estáis hablando, hermanos, mientras estáis sentados aquí?" Cuando se lo dijeron, él dijo: "Hermanos, una vez que Sāriputta haya renunciado a algo, nunca volverá a ello, aunque su vida esté en juego". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

¹ es decir, cerca del mediodía, después del cual la comida no era correctamente permitida. Ver nota, página 107.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* renació en una familia de médicos expertos en la curación de mordeduras de serpientes, y cuando creció, practicó el mismo oficio para ganarse la vida.

Ahora bien, sucedió que un ciudadano fue mordido por una serpiente; y sin demora sus parientes fueron rápidamente a buscar al médico. Entonces el *Bodhisatta* dijo: "¿Extraeré el veneno con los antidotos habituales, o haré que atrapen a la serpiente y la hagan succionar su propio veneno de la herida?" "Haré atrapar a la serpiente y haré que succione el veneno". Entonces, hizo atrapar a la serpiente y le preguntó a la criatura: "¿Mordió a este hombre?" "Sí, lo hice", fue la respuesta. [311] "Pues bien, vuelva y succione su propio veneno de la herida". "¿Qué? ¡Recupere el veneno que una vez vertió sobre este hombre!" entonces la serpiente clamó; "Nunca lo he hecho y nunca lo haré". Entonces el médico encendió un fuego con leña y le dijo a la serpiente: "O succiona el veneno o acabará en este fuego".

"Aunque las llamas sean mi perdición, no succionaré el veneno que una vez vertí", dijo la serpiente, y repitió la siguiente estrofa: —

Que la vergüenza sea el veneno que, una vez vertida
Para salvar mi vida, trague de nuevo!
¡Más bienvenida es la muerte que la vida comprada por la debilidad!

¡Con estas palabras, la serpiente se movió hacia el fuego! Pero el médico le cerró el paso y extrajo el veneno con simples medicamentos y encantamientos, de modo que el hombre volvió a recuperarse. Luego desplegó los Preceptos a la serpiente y la liberó, diciendo: "De ahora en adelante, no haga daño a nadie".

Y el Maestro prosiguió diciendo: "Hermanos, una vez que Sāriputta se haya distanciado de algo, nunca más lo volverá a retomar, aunque su vida esté en juego". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Sāriputta era la serpiente de aquellos días, y yo el médico".



"La conquista". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre un Venerable llamado Cittahattha-Sāriputta. Se dice que era un joven de una buena familia en Sāvatti; y un día, de camino a casa después de haber arado, entró al monasterio. Aquí recibió del cuenco de cierto Venerable una comida delicada, rica y dulce, que le hizo pensar: "Día y noche trabajo duro con mis manos en diversas tareas, pero nunca he probado una comida tan dulce. ¡Debo convertirme en Hermano!"

Así que se unió a la Hermandad, pero después de seis semanas de ferviente aplicación en pensamientos elevados, cayó bajo el dominio de la Pasión y se marchó. Su barriga nuevamente demostró ser demasiado para él, [312] así que regresó para unirse a la Hermandad nuevamente y estudió el *Abhidhamma*¹. De esta manera, seis veces iba y regresaba, una y otra vez, pero cuando por séptima vez se convirtió en Hermano, dominó los siete libros completos del *Abhidhamma*, y de tanto clamar la Doctrina de la Hermandad desarrolló el Discernimiento y alcanzó el estado de *Arahant*. Ahora bien, sus amigos entre los Hermanos se burlaron de él, diciendo: "¿Podrá ser, señor, que la Pasión por fin haya dejado de brotar dentro de su corazón?"

"Señores", fue la respuesta, "he trascendido la vida mundana".

Habiendo consumado así el estado de *Arahat*, se habló de ello en el Salón de la Verdad, de la siguiente manera: "Señores, aunque todo el tiempo estuvo destinado a todas las glorias del estado de *Arahat*, sin embargo, seis veces Cittahattha-Sāriputta renunció a la Hermandad; verdaderamente, muy malo es el estado de la no conversión".

Volviendo al Salón, el Maestro preguntó de qué estaban hablando. Cuando se le dijo, dijo: "Hermanos, el corazón del mundano es ligero y difícil de refrenar; las cosas materiales lo atraen y lo retienen; una vez que está así retenido, no puede liberarse de ello repentinamente. Excelente es el dominio de un corazón así; una vez dominado, traerá alegría y felicidad:

Es bueno domar un corazón testarudo y frágil,
Por la pasión se perturba. Una vez domesticado, el corazón traerá dicha.

Sin embargo, fue a causa de esta cualidad obstinada del corazón que, en aras de una hermosa pala que no se atrevieron a tirar, los sabios y buenos del pasado retornaron al mundo seis veces por pura codicia; pero en la séptima ocasión desarrollaron la Sabiduría y sometieron a su codicia". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* volvió a la vida como jardinero y creció. 'El Sabio de la Pala' era su nombre. Con su pala limpiaba un trozo de tierra y cultivaba hierbas aromáticas, calabazas, pepinos y otras verduras, con cuya venta se ganaba la vida miserablemente. ¡Ya que, excepto a esa única pala, no poseía nada en el mundo! Resolviendo un día abandonar el mundo por la vida religiosa, escondió su pala y se convirtió en un recluso. No obstante, los pensamientos sobre dicha pala surgían en su corazón recurrentemente, así que la pasión de la codicia lo vencía, de modo que en virtud de su pala sin filo regresaba al mundo. [313] Esto sucedió una y otra vez; seis veces escondió la pala y se convirtió en un recluso, sólo para renunciar de nuevo a sus votos. No obstante, la séptima vez pensó en cómo esa pala roma lo había traído una y otra vez al mundo mundano; y decidió arrojarla a un gran río antes de volver a ser un recluso. Así que llevó la pala a la orilla del río y, temiendo que si veía dónde había caído, regresaría y la cogería de nuevo, giró la pala tres veces alrededor de su cabeza por el mango y la arrojó con la fuerza de un elefante justo en

1. El tercero y último de los *Piṭakas*, quizás compilado de los *Nikāyas* del *Sutta-piṭaka*.

medio de la corriente, cerrando los ojos con fuerza mientras lo hacía. Entonces resonó con fuerza su grito de júbilo, un grito como el rugido de un león: "¡He vencido! ¡He vencido!"

Ahora bien, justo en ese momento, el Rey de Benares, que regresaba a casa después de sofocar el desorden en la frontera, se estaba bañando en ese mismo río y cabalgaba en todo su esplendor a lomos de su elefante, cuando escuchó el grito de triunfo del *Bodhisatta* "Aquí hay un hombre", dijo el Rey, "que está proclamando que ha vencido. Me pregunto a quién ha vencido. Vayan y tráiganlo ante mí".

Así que el *Bodhisatta* fue llevado ante el Rey, quien le dijo: "Mi buen hombre, yo mismo soy un conquistador; acabo de ganar una batalla y estoy camino a casa victoriosamente. Dígame a quién ha conquistado".

"Señor", dijo el *Bodhisatta*, "mil, sí, cien mil victorias como la suya son vanas, si no tiene la victoria sobre las pasiones dentro de sí mismo. Es al conquistar la codicia dentro de mí que he vencido a mis pasiones." Y mientras hablaba, contempló el gran río, y al concentrar debidamente toda su mente en la idea del agua, obtuvo la Sabiduría. Luego, en virtud de sus poderes trascendentales recién obtenidos, se elevó en el aire y, suspendido, instruyó al Rey en la Verdad con esta estrofa: —

La conquista que por más victorias
Deba ser defendida, o derrotado al fin,
Es vana! ¡La verdadera conquista dura para siempre!

[314] Incluso mientras escuchaba la Verdad, la luz brilló en la oscuridad del Rey, y las Pasiones de su corazón fueron apagadas; su corazón estuvo empeñado en renunciar al mundo; entonces y allí el deseo de dominio royal desapareció en él. "¿Y adónde irá ahora?" preguntó el Rey al *Bodhisatta*. "A los Himalayas, señor; allí para vivir la vida de anacoreta". "Entonces yo también me convertiré en un anacoreta", dijo el Rey; y partió con el *Bodhisatta*. Y con el Rey partió también todo el ejército, todos los *brahmanes* y amos de casa y toda la gente común, en pocas palabras, todo el ejército que se había congregado allí.

Llegó la noticia a Benares de que su Rey, al oír la Verdad predicada por el Sabio de la Pala, estaba dispuesto a vivir la vida de anacoreta y había partido hacia la renunciación con todo su ejército. ¿Y qué haremos aquí? gritó la gente de Benares. Y acto seguido, de esa ciudad, que poseía doce leguas a la redonda, partieron todos los habitantes hacia la renunciación, en una fila de doce leguas de largo, con quienes el *Bodhisatta* marchó hacia los Himalayas.

Entonces el trono de *Sakka*, Rey de los *Devas*, se calentó bajo de él. Mirando hacia la tierra, vio que el Sabio de la Pala estaba

1. Solo los méritos de un buen hombre que lucha contra la adversidad podrían apelar al propiciatorio del Arcángel.

comprometido en una Gran Renunciación¹. Observando el número de sus seguidores, *Indra* pensó en cómo alojarlos a todos. Y mandó llamar a Vissakamma, el arquitecto de los *Devas*, y habló así: "El Sabio de la Pala está ocupado en una Gran Renunciación, [315] y se le debe encontrar alojamiento. Vaya a los Himalayas, y allí sobre el nivel forme con su poder divino una propiedad para el ermitaño de treinta leguas de largo y quince de ancho".

"Así se hará, señor", dijo Vissakamma. Y se fue, e hizo lo que se le ordenó.

(Lo que sigue es solo un resumen; los detalles completos se darán en el *Hatthipāla-Jātaka*², que forma una narrativa con esto). Vissakamma hizo que surgiera una ermita en la propiedad del ermitaño; ahuyentó a todas las bestias, pájaros y hadas ruidosas; e hizo en cada dirección cardinal un camino lo suficientemente ancho como para que pasara una persona a la vez. Hecho esto, se fue a su propia morada. El Sabio de la Pala con su hueste de personas llegó a los Himalaya y entró en la propiedad que *Indra* le había ofrecido y tomó posesión de la vivienda y los muebles que Vissakamma había creado para los ermitaños. En primer lugar, él mismo renunció al mundo, y luego hizo que la gente renunciara con él. Luego repartió la herencia entre ellos. Abandonaron toda su soberanía, que rivalizaba con la del propio *Sakka*; y se llenaron treinta leguas enteras de la propiedad. Mediante la debida ejecución de todos los otros³ ritos que conducen a la Sabiduría, el Sabio de la Pala desarrolló una perfecta buena voluntad dentro de sí mismo, y le enseñó a la gente cómo meditar. De este modo, todos desarrollaron los Logros y aseguraron su entrada a partir de entonces al Reino *Brahmā*, mientras que todos los que los atendieron calificaron para entrar a partir de entonces al Reino de los *Devas*.

"Así, hermanos", dijo el Maestro, "el corazón, cuando es aprisionado por la pasión, es difícil de librarse. Cuando los atributos de la codicia brotan dentro de él, son difíciles de ahuyentar, e incluso personas tan sabias y buenas como los anteriores perdieron sus sentidos debido a ello". Su lección terminó, predicó las Verdades, al final de las cuales algunos consumaron el Primer, algunos el Segundo y otros el Tercer Sendero, mientras que otros más consumaron el estado de *Arahat*. Además, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Ānanda era el Rey de aquellos días, los seguidores del *Buddha* fueron el séquito del Sabio de la Pala, y yo mismo, dicho Sabio".

-
1. Sólo cuando un futuro *Buddha* renuncia al mundo por la vida religiosa, a su 'partida' se le denomina la Gran Renunciación. Cf. pags. 61 del vol. I. del texto de Fausböll en cuanto a la 'partida' de Gotama.
 2. No. 509, donde, sin embargo, no se otorgan más detalles.
 3. Como se muestra arriba, ya había llegado a la Sabiduría a través de la idea del agua.



[316] "*Aprendan de él*". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Venerable llamado Tissa el Hijo del Escudero. La tradición dice que un día, treinta jóvenes caballeros de Sāvatti, que eran todos amigos entre sí, tomaron perfumes, flores y ropajes, y partieron con un gran séquito a Jetavana para escuchar la predicación del Maestro. Al llegar a Jetavana, se sentaron un rato en varios recintos: en el recinto de los árboles de madera hierro, en el recinto de los árboles de *sal*, y así sucesivamente, hasta que al anochecer el Maestro dejó su recámara fragante y de dulce olor para dirigirse al Salón de la Verdad y se sentó en el magnífico asiento de *Buddha*. Luego, con sus seguidores, estos jóvenes fueron al Salón de la Verdad, hicieron una ofrenda de perfumes y flores, se postraron a sus pies, esos bienaventurados pies que eran gloriosos como flores de loto completamente desarrolladas, y llevaba impresos en las suelas de los pies la Rueda! —y, tomando sus asientos, escucharon la Verdad. Entonces vino a sus mentes el pensamiento: "Hagamos los votos, en la medida en que entendamos la Verdad predicada por el Maestro". En consecuencia, cuando el Santísimo salió del Salón, se le acercaron y con las debidas reverencias pidieron ser admitidos a la Hermandad; y el Maestro los admitió a la Hermandad. Ganando el favor de sus maestros y directores, recibieron la plena Ordenación, y después de cinco años de residencia con sus maestros y directores, tiempo en el cual habían aprendido de memoria los dos Resúmenes, habían llegado a saber lo que era correcto y lo que era incorrecto, aprendieron las tres formas de expresar gracias, y cómo coser y teñir ropajes. En esta etapa, deseando abrazar la vida ascética, obtuvieron el consentimiento de sus maestros y directores, y se acercaron al Maestro. Inclínándose ante él, tomaron asiento y dijeron: "Señor, estamos preocupados por el ciclo de renacimientos, consternados por él, por la decadencia, la enfermedad y la muerte; denos un objeto de meditación, que al meditar en el cual podamos liberarnos de los elementos que la existencia ocasional". El Maestro repasó en su mente los treinta y ocho objetos de meditación, y de ahí seleccionó uno adecuado para ellos, el cual se los expuso. Y luego, después de recibir su objeto de meditación del Maestro, se inclinaron y con una despedida ceremoniosa se retiraron de su presencia hacia sus celdas, y después de contemplar a sus maestros y directores salieron con sus cuencos y ropajes para abrazar la vida ascética.

Ahora bien, entre ellos había un Hermano llamado el Mayor Tissa, el Hijo del Escudero, un hombre débil e indeciso, esclavo de los placeres del gusto. Entonces pensó: "Nunca seré capaz de vivir en el bosque, esforzarme con arduos esfuerzos y subsistir con grandes abstenciones de comida. ¿De qué me sirve partir hacia la renunciación? Retornaré a mi vida anterior". Y así se dio por vencido, y después de acompañar a esos Hermanos de alguna manera se dio la vuelta. En cuanto a los otros Hermanos, llegaron en el curso de su peregrinación de ofrendas a través de Kosala a cierta aldea fronteriza, [317] junto a la cual, en un lugar boscoso, observaron la estación de lluvias, y después de tres meses de lucha y esfuerzo obtuvieron el germen del Discernimiento y consumaron el estado de *Arahant*, haciendo que la tierra clamara de alegría. Al final de la estación de Lluvias, después de celebrar el festival *Pavāraṇā*, partieron para anunciarle al Maestro los logros que habían obtenido y, al llegar a Jetavana a su debido tiempo, dejaron a un lado sus cuencos y ropajes, y visitaron a sus maestros y guías, y, estando ansiosos por ver al Bienaventurado, fueron hacia él y con la debida reverencia tomaron sus asientos. El Maestro los saludó amablemente y ellos anunciaron al Bienaventurado los logros alcanzados, recibiendo de él alabanzas. Al escuchar al Maestro hablar en su alabanza, el Venerable Tissa, hijo del Escudero, se colmó del deseo de vivir solamente la vida de un recluso. Asimismo, aquellos otros Hermanos pidieron y recibieron permiso del Maestro para volver a morar en ese mismo lugar del bosque. Y con la debida reverencia se marcharon hacia a sus celdas.

Ahora bien, el Venerable Tissa, el hijo del Escudero, esa misma noche se infló con el anhelo de comenzar sus austeridades de inmediato, y mientras practicaba con excesivo celo y ardor los métodos de un recluso y dormía en una postura erguida al lado de su cama de tablas, poco después de la media vigilia de la noche, dio media vuelta y cayó, rompiéndose el fémur; así que comenzaron fuertes dolores, por lo que los otros Hermanos tuvieron que cuidarlo y no pudieron partir en su viaje.

En consecuencia, cuando aparecieron a la hora de aguardar por el *Buddha*, les preguntó si ayer no le habían pedido permiso para partir hoy.

"Sí, señor, lo hicimos; pero nuestro amigo el Venerable Tissa, el hijo del Escudero, mientras ensayaba los métodos de un recluso con gran vigor pero inoportunamente, se durmió y se cayó, rompiéndose el muslo; y es por eso que nuestra partida ha sido frustrada". "Esta no es la primera vez, hermanos", dijo el Maestro, "que la rebelión de este hombre lo ha llevado a esforzarse con un celo inoportunamente, y por lo tanto haya retrasado vuestra partida; él también retrasó vuestra partida en el pasado". Y acto seguido, a petición de ellos, les contó esta historia del pasado.

Una vez en Takkasilā, en el reino de Gandhāra, el *Bodhisatta* fue un maestro de fama mundial, con 500 jóvenes *brahmanes* como discípulos. Un día estos discípulos partieron hacia el bosque para recoger leña para su maestro, y se ocuparon de recoger palos. Entre ellos estaba un tipo perezoso que se subió a un enorme árbol del bosque, que imaginaba que estaba seco y podrido. Así que pensó que primero podría permitirse una siesta y, a último momento, escalar [318] y romper algunas ramas del árbol para llevarlas a casa. En consecuencia, extendió su ropaje exterior y se durmió, roncando ruidosamente. Todos los demás jóvenes *brahmanes* se encontraban de camino a casa con la leña atada en haces, cuando se encontraron con el durmiente. Después de patearlo en la espalda hasta que despertó, lo dejaron y siguieron su camino. Se puso de pie de un salto y se frotó los ojos durante un rato. Luego, todavía medio dormido, comenzó a trepar el árbol. Pero una rama, de la que estaba tirando, se partió en seco; y como brotaba, la punta le hirió en el ojo. Se tapó el ojo herido con una mano y con la otra recogió ramas verdes. Luego, descendiendo, acordó su leña y, después de irse a toda prisa a casa con ella, arrojó su leña verde sobre las leñas de los demás.

Ese mismo día sucedió que una familia campesina invitó al maestro a visitarlos al día siguiente, para que le ofrecieran un festín *brahmán*. Entonces el maestro reunió a sus discípulos y, contándoles sobre el viaje que tendrían que hacer al día siguiente a la aldea, dijo que no podrían ir en ayunas. "Entonces preparen un poco de atole de arroz temprano en la mañana", dijo; "y comedlo antes de partir. Allí os darán comida para vosotros y una ración para mí. Lléveselo todo a casa".

Así que se levantaron temprano a la mañana siguiente y despertaron a una criada para que les preparara el desayuno a tiempo. Y se fueron a buscar leña para encender el fuego. La leña verde yacía en la parte superior de la pila, y ella trató de encender su fuego. Así que ella sopló y sopló, pero no pudo encender su fuego, y al final salió el sol. "Es pleno día ahora", dijeron,

"y es demasiado tarde para empezar el viaje". Y se fueron adonde su amo.

"¿Qué, hijos míos, todavía no están en camino?" dijo él. "No, señor, no hemos comenzado el viaje". "¿Por qué, hablen?" "Porque aquel perezoso de tal y cual, cuando íbamos con nosotros a recoger leña, se recostó a dormir debajo de un árbol del bosque; y, para recuperar el tiempo perdido, se subió al árbol con tanta prisa que se lastimó un ojo y trajo a casa un montón de leña verde, que arrojó encima de nuestros haces de leña seca. Entonces, cuando la criada que iba a cocinar nuestras gachas de arroz fue a la pira, ella tomó su

leña, pensando que por supuesto estaría seca, y no pudo encender fuego antes de que saliera el sol. Y esto fue lo que detuvo nuestra marcha".

Al escuchar lo que había hecho el joven *brahmán*, el maestro exclamó cómo las acciones de un tonto habían causado todo aquel perjuicio, y repitió esta estrofa: —

[319] Aprendan del que arrancó las ramas verdes,
 Que las tareas aplazadas se forjan finalmente con lágrimas.

Tal fue el comentario del *Bodhisatta* a sus discípulos al respecto; y al final de una vida de generosidad y otras buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Entonces el Maestro dijo: "Esta no es la primera vez, hermanos, que este hombre los haya frustrado; también hizo lo mismo en el pasado". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "El hermano que se rompió el muslo fue el joven *brahmán* de aquellos días que se lastimó el ojo; los seguidores del *Buddha* fueron el resto de los jóvenes *brahmanes*; y yo mismo fui el su amo *brahmán*".



"A la ingratitud le falta más". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú acerca de Devadatta. Los hermanos se sentaron en el Salón de la Verdad y dijeron: "Señores, Devadatta es ingrato y no reconoce las virtudes del Bienaventurado". Volviendo al Salón, el Maestro preguntó qué tema estaban discutiendo, y él dijo. "Esta no es la primera vez, hermanos", dijo él, "que Devadatta ha demostrado ser ingrato; él también fue así en el pasado, y nunca pudo reconocer mis virtudes". Y diciendo esto, a petición de ellos les contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares, el *Bodhisatta* fue concebido por un elefante en los Himalayas. Cuando nació, era completamente blanco, como un poderoso sólido de plata. Como bolas de diamante eran sus ojos, con la manifestación de los cinco brillos¹; roja era su boca, como una tela escarlata; como plata salpicada de oro rojo era su trompa; y sus cuatro patas estaban tan pulidas como de laca. Así su cuerpo, adornado con las diez perfecciones, era de una belleza consumada. Cuando creció, todos los elefantes de los Himalayas en una sola manada [320] lo seguían como su líder. Mientras moraba en los Himalayas con 80,000 elefantes como seguidores, se dio cuenta de que se habitaba en el pecado dentro de la manada. Así, separándose de los demás, habitó en soledad en el bosque, y la bondad de su vida le valió el nombre de El Buen Elefante Rey.

Ahora bien, un guardabosques de Benares llegó a los Himalayas y se internó en ese bosque en busca de implementos para su oficio. Perdiendo la orientación y el camino, vagó de un lado a otro, extendiendo los brazos, desesperado y lamentándose, con el miedo a la muerte ante sus ojos. Al escuchar los gritos del hombre, el *Bodhisatta* se conmovió de compasión y resolvió ayudarlo en su necesidad. Así, se acercó al hombre. Pero al ver al elefante, el guardabosques salió corriendo aterrorizado². Al verlo huir, el *Bodhisatta* se detuvo, y esto hizo que el hombre también se detuviera. Entonces el *Bodhisatta* avanzó de nuevo, y de nuevo el guardabosques salió corriendo, deteniéndose cada vez más cuanto más se detenía el *Bodhisatta*. Entonces el hombre se dio cuenta de la evidente verdad sobre el elefante, que se detenía cuando él corría, y que solo avanzaba cuando él estaba quieto. En consecuencia, concluyó que la criatura no podía tener la intención de lastimarlo, sino de ayudarlo. Así que valientemente se mantuvo firme la última vez. Y el *Bodhisatta* se acercó y dijo: "¿Por qué, amigo, anda por aquí lamentándose?"

"Mi señor", respondió el guardabosques, "he perdido mi orientación y mi camino, y temo perecer".

Entonces el elefante llevó consigo al hombre hacia su propia morada, y allí lo entretuvo durante algunos días, obsequiándole frutas de todo tipo. Entonces, diciendo: "No tema, amigo, le llevaré de regreso a los lugares predilectos de los hombres", el elefante sentó al guardabosques sobre su espalda y lo llevó adonde habitaban los hombres. No obstante, el ingrato pensó que, si se le preguntaba, debería revelarlo todo. Entonces, mientras viajaba a lomos del elefante, notó los puntos de referencia del árbol y la colina. Finalmente, el elefante lo sacó del bosque y lo dejó en el camino real hacia Benarés, diciendo: "Ahí está su camino, amigo: no le diga a nadie sobre el lugar de mi morada, ya sea que se lo pregunten o no". Y con esta despedida, el *Bodhisatta* emprendió su camino de regreso hasta su propia morada.

Ya en Benares, el hombre llegó, en el curso de sus paseos por la ciudad,

1. Esto se aplica a los ojos de un Bodhisatta en Jāt. vol. iii. 344. 9.

2. Un elefante solitario, o 'pícaro', siendo peligroso encontrarse.

al bazar de los trabajadores del marfil, donde vio cómo se trabajaba el marfil en diversas formas y maneras. Y preguntó a los artesanos [321] si darían algo por el colmillo de un elefante vivo.

"¿Qué lo conduce a efectuar esa pregunta?" la respuesta fue: "El colmillo de un elefante vivo vale mucho más que el de uno muerto".

"Oh, entonces, les traeré un poco de marfil", diciendo esto partió hacia la morada del *Bodhisatta*, con provisiones para el viaje y con una sierra afilada. Cuando se le preguntó qué lo había traído de vuelta, se quejó de que estaba en una situación muy lamentable y miserable, que no podía ganarse la vida de ningún modo. ¡Por lo tanto, había venido a pedir un trozo del colmillo del amable elefante para venderlo para ganarse la vida! "Claro; le daré un colmillo entero", dijo el *Bodhisatta*, "si tuviese algo como una sierra para cortarlo". "Oh, traje una sierra conmigo, señor". "Entonces serruche mis colmillos y lléveselos consigo", dijo el *Bodhisatta*. Y dobló sus rodillas hasta echarse sobre la tierra como un buey. ¡Entonces el guardabosques cortó los dos colmillos principales del *Bodhisatta*! Cuando se cortaron, el *Bodhisatta* los tomó en su trompa y así se dirigió al hombre: "No crea, amigo hombre, que es porque no valoro ni aprecio estos colmillos que se los doy. Pero mil veces, cien mil veces más queridos para mí son los colmillos de la omnisciencia que puedan comprender todas las cosas. Y por lo tanto, que mi presente de estos colmillos para usted me traiga la omnisciencia". Con estas palabras, le dio el par de colmillos al guardabosques como un precio de la omnisciencia.

Cuando hubo gastado el dinero, volvió al *Bodhisatta*, diciendo que los dos colmillos sólo le habían dado lo suficiente para pagar sus viejas deudas, y rogó por el resto del marfil del *Bodhisatta*. El *Bodhisatta* consintió y entregó el resto de su marfil después de haberlo cortado como antes. Y el guardabosques se fue y vendió esto también. Volviendo de nuevo, dijo: "Es inútil, mi señor; no puedo ganarme la vida de ningún modo. Así que deme los muñones de sus colmillos".

"Que así sea", respondió el *Bodhisatta*; y se recostó como antes. Entonces ese vil infeliz, pisoteando el tronco del *Bodhisatta*, ese tronco sagrado que era como un cordón de plata, y trepando por los templos del futuro *Buddha*, que eran como la cresta nevada del monte Kelasa, pateó las raíces de los colmillos hasta que hubo limpiado la carne. Luego cortó los tocones y siguió su camino. Pero apenas había desaparecido el desdichado de la vista del *Bodhisatta*, cuando entonces la tierra sólida, inconcebible en su vasta extensión, [322] que puede soportar el poderoso peso del Monte Sineru y sus picos circundantes, con toda la inmundicia y la putrefacción desagradable del mundo, estalló entonces en un abismo enorme, — ¡como si no pudiera soportar el peso de toda esa maldad! E inmediatamente las llamas del Infierno más profundo envolvieron al ingrato, envolviéndolo como en un sudario de perdición, y dichas llamas se lo tragaron. Y mientras el desgraciado era tragado por las entrañas de la tierra, el hada del árbol que habitaba en ese bosque hizo eco en la región con estas palabras: —

"¡Ni siquiera un presente del imperio mundial podría satisfacer a los desagradecidos e ingratos!" Y en la siguiente estrofa el Hada mostró la Verdad: —

Cuanto más se obtenga, más ausente será la ingratitud;
Ni todo el mundo podría saciar su apetito.

Con tales enseñanzas, el Hada del Árbol hizo resonar al bosque. En cuanto al *Bodhisatta*, vivió su vida, falleciendo finalmente para vivir de acuerdo con sus méritos.

Entonces el Maestro dijo: "Hermanos, ésta no es la primera vez que Devadatta ha demostrado ser muy ingrato; también lo fue en el pasado". Su lección terminó, identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era el hombre desagradecido de aquellos días, Sāriputta el Hada del Árbol, y yo mismo, el Buen Elefante Rey".

[Nota. Cf. *Milinda-Pañha* 202, 29.]



"Ellos conocían el mundo". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú, en relación al acto de matar. Porque, sentados en el Salón de la Verdad, la Hermandad estaba hablando sobre la maldad de Devadatta, diciendo: "Señores, Devadatta no tiene conocimiento de la excelencia del Maestro; ¡en realidad está a punto de matarlo!" Aquí el Maestro entró al Salón y preguntó de qué estaban discutiendo. 323] Cuando se le mencionó lo conversado, él dijo: "Ésta no es la primera vez, Hermanos, que Devadatta ha estado a punto de matarme; también hizo lo mismo en el pasado". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez Brahmadata reinaba en Benares. Tuvo un hijo llamado Príncipe Malvado. Feroz y cruel era él, como una serpiente acosada; no hablaba con nadie sin insultos ni golpes. Como arena en los ojos era este Príncipe para toda la gente tanto dentro como fuera del palacio, o como un ogro voraz, así de temido y bajo era él.

Un día, deseando divertirse en el río, fue con un gran séquito hacia sus orillas. Y vino una gran tormenta, y la oscuridad total se hizo presente. "¡Hey!" gritó a sus siervos; "Llévenme a la mitad de la corriente,

bañenme allí, y luego tráiganme de vuelta". Entonces lo llevaron a la mitad del río y allí entre ellos se consultaron diciendo: "¿Qué no nos podría hacer este Rey? ¡Matemos a este malvado aquí y ahora! ¡Así que láruese, peste!" —gritaron, mientras lo arrojaban al agua. Cuando llegaron a tierra, se les preguntó dónde estaba el Príncipe, y respondieron: — "No lo hemos visto; Al darse cuenta de que se avecinaba la tormenta, debe haber salido del río y regresado a casa antes que nosotros".

Los cortesanos fueron ante la presencia del Rey, y el Rey preguntó dónde estaba su hijo. "No lo sabemos, señor", dijeron ellos; "Se desató una tormenta y salimos creyendo que él debía haberse adelantado". Inmediatamente el Rey hizo abrir las puertas; bajó a la orilla del río y ordenó que se hiciera una búsqueda diligente de un lado a otro en busca del desaparecido Príncipe. Pero no se pudo encontrar ningún rastro de él. Ya que, en la oscuridad de la tormenta, él había sido arrastrado por la corriente y, al cruzar un tronco de árbol, se había subido a él, y así flotó río abajo, lamentándose excesivamente por la agonía de su miedo a ahogarse.

Ahora bien, había un comerciante rico que vivía en esos días en Benares, el cual había muerto, dejando cuarenta *crores* enterrados a orillas de ese mismo río. Y debido a su ansia de riquezas, había renacido como una serpiente en el lugar bajo el cual yacía su querido tesoro. Y también en el mismo lugar otro hombre había escondido treinta *crores*, y debido a su ansia de riquezas había renacido como una rata en el mismo lugar. En apuros porque el agua entraba a sus guaridas; las dos criaturas, escapando por el camino por el que entraba el agua, se dejaron llevar por la corriente, cuando se encontraron con el tronco del árbol al que se aferraba el Príncipe. [324] La serpiente trepó por un extremo y la rata por el otro; y así ambos consiguieron un equilibrio más el Príncipe en el tronco.

También crecía en la orilla del río un árbol de algodón de seda, en el que vivía un joven loro; y este árbol, siendo arrancado de raíz por la crecida de las aguas, cayó al río. La fuerte lluvia derribó al loro cuando intentaba volar, y se posó en su caída sobre este mismo tronco de árbol. Y así, se encontraron estos cuatro flotando río abajo con la corriente, juntos sobre el árbol.

Ahora bien, el *Bodhisatta* había renacido en esos días como un *brahmán* en el país del Noroeste. Renunciando al mundo por la vida de un ermitaño al llegar a la edad adulta, se había construido una ermita junto a un recodo del río; y allí se encontraba entonces viviendo. Mientras caminaba de un lado a otro, a medianoche, escuchó los fuertes gritos del Príncipe, y pensó esto: — "Este prójimo no debe perecer así ante los ojos de un ermitaño tan misericordioso y compasivo como yo". Lo rescataré del agua y le salvaré la vida. Así que gritó alegremente: "¡No tenga miedo! ¡No tenga miedo!" y saltando a través de la corriente, agarró el árbol por un extremo y, siendo tan fuerte como un elefante, lo arrastró hacia la orilla del río de un largo tirón, y dejó al Príncipe sano y a salvo en la orilla. Entonces al ser

consciente de la serpiente, la rata y el loro, los llevó a su ermita, y allí encendiendo el fuego, calentó primero a los animales, por ser los más débiles, y después al Príncipe. Hecho esto, trajo frutas de varias clases y las puso delante de sus invitados, cuidando primero de los animales y después del Príncipe. Esto enfureció al joven Príncipe, quien se dijo internamente: "Este bribón ermitaño no respeta mi nacimiento real, y en realidad da prioridad a las bestias brutas sobre mí". ¡Así que desarrolló odio contra el *Bodhisatta*!

Unos días después, cuando los cuatro recuperaron sus fuerzas y las aguas se calmaron, la serpiente se despidió del ermitaño con estas palabras: "Padre, me ha hecho un gran servicio. No soy pobre, tengo cuarenta *crores* de oro escondido en un lugar determinado. Si alguna vez necesita dinero, todo mi tesoro será tuyo. Solo tiene que venir al lugar y llamarme 'Serpiente'. Luego, la rata se despidió con una promesa similar al ermitaño en cuanto a su tesoro, pidiéndole al ermitaño que cuando llegara gritara 'Rata'. [325] Entonces el loro se despidió, diciendo: "Padre, no tengo oro ni plata; pero si alguna vez quiere arroz selecto, venga a donde habito y diga 'Loro;' y yo, con la ayuda de mis parientes, os daré muchas carretas llenas de arroz". Al final llegó el turno del Príncipe. Su corazón estaba lleno de vil ingratitud y con la determinación de dar muerte a su benefactor, si el *Bodhisatta* fuera a visitarlo y ocultando su intención, dijo: "Venga a mí, padre, cuando yo sea Rey, y le otorgaré los cuatro requisitos".

El *Bodhisatta* tuvo deseos de poner a prueba sus promesas; y primero que nada fue adonde la serpiente y parándose cerca de su guarida, gritó 'Serpiente'. Dicha la palabra, la serpiente salió disparada y con todas las muestras de respeto dijo: "Padre, en este lugar hay cuarenta *crores* en oro. Desentiérrelo y tómelo todo". "Está bien", dijo el *Bodhisatta*; "cuando los necesite, no los olvidaré". Luego, despidiéndose de la serpiente, se dirigió a donde vivía la rata y gritó 'Rata'. Y la rata hizo lo que había hecho la serpiente. Fue al lugar del loro, y gritando 'Loro', el pájaro inmediatamente voló hacia abajo a su llamada desde la copa de un árbol, y respetuosamente preguntó si era el deseo del *Bodhisatta* que él, con la ayuda de sus parientes, recogiera arroz para el *Bodhisatta* de la región alrededor de los Himalayas. El *Bodhisatta* también despidió al loro con la promesa de que, si surgiese la necesidad, no olvidaría la oferta del pájaro. Por último, pensando en poner a prueba y a su vez al Rey, el *Bodhisatta* acudió ante la complacencia real, y al día siguiente de su llegada se dirigió a la ciudad, cuidadosamente vestido, para su ronda de ofrendas. Justo en ese momento, el desagradecido Rey, sentado en todo su esplendor real sobre su elefante de estado, pasaba en solemne procesión por la ciudad seguido de un numeroso séquito. Al ver al *Bodhisatta* a lo lejos, pensó: "Aquí viene ese bribón ermitaño procurando alojamiento y con su respectivo apetito por mí. Debo cortarle la cabeza antes de que pueda publicar ante el mundo el servicio que me ha prestado".

Con esta intención, les hizo señas a sus asistentes y, cuando le preguntaron cuál era su petición, dijo: "Me parece que ese bribón ermitaño está aquí para importunarme. Mirad que la peste no se acerque a mi persona, sino apresadlo y atadlo; [326] azotarlo en cada esquina; y luego sacarlo de la ciudad, cortarle la cabeza en el lugar de ejecución y empalen su cuerpo en una estaca".

Obedientes a la orden de su Rey, los asistentes ataron al inocente y Gran Ser y lo azotaron en cada esquina del camino hasta el lugar de ejecución. Pero todas sus flagelaciones no consiguieron conmovier al *Bodhisatta* ni arrancarle ningún grito de "¡Oh, mi madre y mi padre!" Todo lo que hizo fue repetir esta estrofa:

Ellos conocían el mundo, aquellos que enmarcaron este verdadero proverbio –
'Un tronco paga mejor salvamento que algunos hombres.'

Repetió estas líneas dondequiera que lo azotaban, hasta que al final los sabios de entre los presentes preguntaron al ermitaño qué servicio había prestado a su Rey. Entonces el *Bodhisatta* contó toda la historia, terminando con las palabras: "Así sucedió que, al rescatarlo del torrente, traje todo este dolor sobre mí. Y cuando me doy cuenta de cómo he dejado de lado las palabras de los sabios de antaño, exclamo tal como se ha oído".

Llenos de indignación por esta proclamación, los nobles, *brahmanes* y todas las clases al unísono gritaron: "Este Rey desagradecido no reconoce ni siquiera la bondad de este buen hombre que salvó la vida de su majestad. ¿Cómo podemos obtener algún beneficio de un Rey así? ¡Atrapen a ese tirano!" Y en su ira se abalanzaron sobre el Rey por todos lados, y lo mataron allí mismo, mientras cabalgaba sobre su elefante, con flechas y jabalinas, piedras y garrotes, con cualquier arma que tuvieran a mano. Arrastraron el cadáver por los talones hasta una zanja y lo arrojaron. Luego ungieron al *Bodhisatta* como Rey y lo pusieron a gobernar sobre ellos.

Como estaba gobernando con justicia, un día [327] le llegó nuevamente el deseo de probar a la serpiente, a la rata y al loro; y seguido de un gran séquito, llegó a donde moraba la serpiente. A la llamada de 'Serpiente', la serpiente salió de su agujero y con todas las muestras de respeto dijo: "Aquí, mi señor, está su tesoro; tómelo". Entonces el Rey entregó los cuarenta *crores* de oro a sus asistentes, y dirigiéndose a donde moraba la rata, llamó, 'Rata'. Salió la rata, saludó al Rey y entregó sus treinta *crores* de oro. Poniendo este tesoro también en manos de sus asistentes, el Rey se dirigió a donde moraba el loro y lo llamó 'Loro'. Y de la misma manera vino el pájaro e inclinándose ante los pies del Rey preguntó si debería recoger arroz para su majestad. "No lo molestaremos", dijo el Rey, "hasta que se necesite arroz. Ahora vayámonos". Así que con los setenta *crores* de oro, y también con la

rata, la serpiente y el loro, el Rey viajó de regreso a la ciudad. Aquí, en un noble palacio, a cuyo piso de estado subió, hizo que el tesoro fuera alojado y custodiado; mandó hacer un tubo de oro para que morara la serpiente, un cofre de cristal para albergar a la rata y una jaula de oro para el loro. También todos los días, por orden del Rey, se servía comida a las tres criaturas en vasijas de oro: maíz tostado y dulce para el loro y la serpiente, y arroz perfumado para la rata. Y el Rey abundó en generosidad y en todas las buenas acciones. Así, en armonía y buena voluntad unos con otros, estos cuatro vivieron sus vidas; y cuando llegó su fin, renacieron según sus méritos.

Entonces el Maestro dijo: "Hermanos, ésta no es la primera vez que Devadatta ha pretendido matarme; él también hizo lo mismo en el pasado". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era el Rey Malvado en aquellos días, Sāriputta la serpiente, Moggallāna la rata, Ānanda el loro y yo mismo el Rey justo que ganó un nuevo reino".



"Unidos, como un bosque". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de una disputa relacionada con el agua que había traído aflicción a sus parientes. Sabiendo esto, pasó por el aire, se sentó con las piernas cruzadas sobre el río Rohiṇī y emitió rayos de oscuridad, asustando a sus parientes. Luego, descendiendo del aire, se sentó en la orilla del río y contó esta historia con referencia a dicho conflicto. (Aquí solo se da un resumen; los detalles completos se relatarán en el Kuṇḍala-Jātaka¹.) No obstante, en esta ocasión el Maestro se dirigió a sus parientes, [328] diciendo: "Es bueno, señores, que los parientes vivan juntos en concordia y unidad. Porque, cuando los parientes están unidos, los enemigos no encuentran oportunidad. Por no hablar de los seres humanos, incluso los árboles carentes de sentido deberían estar juntos. Ya que en el pasado, en los Himalayas, una tempestad azotó un bosque de *Sāl*; debido a que los árboles, arbustos, matorrales y enredaderas de ese bosque estaban entrelazados unos con otros, la tempestad no pudo derribar ni un solo árbol sino que pasó sin causar daño sobre sus cabezas. No obstante, en un patio se alzaba un árbol solo y poderoso, y aunque había muchos troncos y ramas, sin embargo, por no estar unido con otros árboles, la tempestad lo desarraigó y lo abatió. Por tanto, conviene que también vosotros habitéis juntos en concordia y unidad". Y diciendo esto, a petición de ellos les contó esta historia del pasado.

1. No. 536.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, murió el primer Rey Vessavaṇa¹ y *Sakka* envió a un nuevo Rey para que reinara en su lugar. Después del cambio, el nuevo Rey Vessavaṇa envió un mensaje a todos los árboles, arbustos, matorrales y plantas, pidiéndoles a las hadas de los árboles que eligieran la morada que más les gustaba. En aquellos días, el *Bodhisatta* había cobrado vida como un hada de los árboles en un bosque de *Sāl* en los Himalayas. Su consejo a sus parientes al elegir sus viviendas fue evitar los árboles que se encontraran solos al aire libre y establecer sus moradas alrededor de la morada que él había elegido en ese bosque de *Sāl*. Aquí, las sabias hadas de los árboles, siguiendo el consejo del *Bodhisatta*, tomaron sus viviendas alrededor de su árbol. Pero los necios dijeron: "¿Por qué deberíamos morar en el bosque? Busquemos más bien los lugares predilectos de los hombres y establezcamos nuestras moradas en las afueras de las aldeas, pueblos o ciudades capitales. Porque las hadas que moran en tales lugares reciben la las más ricas ofrendas y la mayor adoración". Así que partieron a los lugares predilectos de los hombres y establecieron su morada en ciertos árboles gigantes que crecían en un espacio abierto.

Ahora bien, sucedió un día en que una poderosa tempestad abatió el país. De nada sirvió a los árboles solitarios que los años los hubieran enraizado profundamente en el suelo y que fueran los árboles más poderosos que crecían en los lugares descritos. Sus ramas se rompieron; sus tallos fueron quebrados; y ellos mismos fueron arrancados y arrojados a tierra por la tempestad. Pero cuando estalló en el bosque de *Sāl* de árboles entrelazados, su furia fue en vano; porque, dondequiera que atacara, ni un árbol pudo derribar.

Las hadas abandonadas cuyas viviendas fueron destruidas, tomaron a sus hijos en brazos y viajaron a los Himalayas. Allí contaron sus penas a las hadas del bosque de *Sāl*, [329] quienes a su vez le contaron al *Bodhisatta* su triste regreso. "Fue porque no escucharon las palabras de sabiduría, que han sido llevados a esto", dijo él; y desplegó la verdad en esta estrofa: —

Unidos, como un bosque, deberían estar los parientes;
La tormenta derriba a un árbol solitario.

Así habló el *Bodhisatta*; y cuando se acabó su vida, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Y el Maestro prosiguió diciendo: "Por lo tanto, señor, reflexione sobre lo conveniente que es que los parientes, en todo caso, estén unidos, y amorosamente habiten juntos en concordia y unidad". Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Los seguidores del *Buddha* eran las hadas de aquellos días, y yo mismo, el hada sabia".



¹182:1 Un nombre de Kuvera.

"¡*Pajjunna*, trueno!" Esta historia contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre la lluvia que hizo caer. Porque en aquellos días, según se dice, no llovía en Kosala; las cosechas se secaban; y en todas partes los estanques, tanques y lagos se secaban. Incluso el estanque de Jetavana junto a la puerta de acceso de Jetavana se derrumbó; y los peces y las tortugas se enterraban en el lodo. Luego venían los cuervos y los halcones con sus picos como lanzas, y furtivamente los cazaban mientras ellos se retorcían y sacudían, y así eran devorados.

Mientras observaba cómo estaban siendo destruidos los peces y las tortugas, el corazón del Maestro se conmovió de compasión, y exclamó: "Este día [330] debo hacer que llueva". Así que, cuando la noche se convirtió en día, después de atender sus necesidades corporales, esperó hasta que fuera la hora apropiada para dar una vuelta en busca de ofrendas, y entonces, ceñido por una hueste de Hermanos, y perfecto con la perfección de un *Buddha*, se dirigió a Sāvatti por ofrendas. En su camino de regreso al monasterio por la tarde, después de su ronda de ofrendas en Sāvatti, se detuvo en los escalones que conducían al estanque de Jetavana, y así habló el Venerable:

Ānanda: — "Tráigame un vestido de baño; ya que me bañaré en el estanque de Jetavana". "Pero, señor, de hecho", respondió el Venerable, "el agua está toda seca, y solo queda lodo". "Grande es el poder de un *Buddha*, Ānanda. Vaya, tráigame el traje de baño", dijo el Maestro. Entonces el Venerable fue y trajo el traje de baño, el cual el Maestro se puso, usando un extremo para rodear su cintura y cubriendo su cuerpo con el otro. Así vestido, se paró en los escalones del estanque y exclamó: "Me gustaría bañarme en el estanque de Jetavana".

En ese instante, el trono de piedra amarilla de *Sakka* se calentó bajo él, y trató de descubrir la causa. Al darse cuenta de lo que sucedía, llamó al Rey de las Nubes y las Tormentas y dijo: "El Maestro está de pie en los escalones del estanque de Jetavana y desea bañarse. Dese prisa y derrame la lluvia en un solo torrente sobre todo el reino de Kosala". Obedeciendo la orden de *Sakka*, el Rey de las Nubes y las Tormentas se vistió con una nube como prenda interior y otra nube como prenda exterior, y entonando la canción de la lluvia¹, se lanzó hacia el este. ¡Y he aquí! apareció en el oriente como una nube del tamaño de una era, la cual creció y creció hasta ser tan grande como cien, como mil eras; y él tronó y relampagueó, e inclinando su rostro y boca inundó todo Kosala con torrentes de lluvia. Ininterrumpido fue el aguacero, llenando rápidamente el estanque de Jetavana, y deteniéndose solo cuando el agua estuvo al nivel del escalón más alto. Entonces el Maestro se bañó en el estanque, y saliendo del agua se puso sus dos telas de color naranja y su faja, ajustando su ropaje de *Buddha* a su alrededor para dejar un hombro descubierto. De esta manera partió, rodeado de Hermanos, y entró a su Recámara Perfumada, fragante con flores de dulce olor. Aquí, en el asiento de *Buddha*, se sentó, y cuando los Hermanos hubieron cumplido con sus deberes, se levantó y exhortó a la Hermandad desde los escalones enjorados de su trono, y los despidió de su presencia. Entrando ahora a su propia recámara perfumada de olor dulce, se estiró, como un león, sobre su lado derecho.

Por la tarde, los Hermanos se reunieron en el Salón de la Verdad y reflexionaron sobre la paciencia y la bondad amorosa del Maestro. "Cuando las cosechas se estaban marchitando, cuando los estanques se estaban secando, y los peces y las tortugas estaban en grave situación, entonces él, en su compasión, salió como un salvador. Vistiendo un traje de baño, se paró en los escalones del estanque de Jetavana, y en poco

1. En el JRAS. (Nueva Serie) 12, 286, se da un *Megha-sūtra*.

tiempo el espacio hizo que la lluvia cayera de los cielos hasta que pareció abrumar a todo Kosala con sus torrentes. Y cuando regresó al Monasterio, hubo liberado a todos por igual de sus tribulaciones tanto mentales como corporales".

[331] Así discurrió su conversación cuando el Maestro salió de su Recámara Perfumada al Salón de la Verdad, y preguntó cuál era su tema de conversación; y él dijo. "Esta no es la primera vez, hermanos", dijo el Maestro, "que el Bienaventurado ha hecho caer la lluvia en una hora de necesidad general. Hizo lo mismo cuando nació en la creación bruta, en los días en que fue Rey de los peces". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado:

Una vez, en este mismo reino de Kosala y también en Sāvatti, había un estanque donde en la actualidad se encuentra el estanque de Jetavana, un estanque cercado por una maraña de plantas trepadoras. Allí moraba el *Bodhisatta*, que había cobrado vida como un pez en aquellos días. Y, entonces como ahora, hubo una sequía en la tierra; las cosechas se secaban; el agua se evaporaba del estanque y los lagos; y los peces y las tortugas se enterraban en el lodo. Asimismo, cuando los peces y las tortugas de este estanque se escondieron en el fango, los cuervos y otras aves, acudiendo al lugar, los picoteaban y los devoraban. Viendo el destino de sus parientes, y sabiendo que nadie más que él podría salvarlos en aquella hora de necesidad, el *Bodhisatta* resolvió hacer una solemne Profesión de Bondad, y por su eficacia hizo caer la lluvia de los cielos para salvar a sus parientes de una muerte segura. Así, emergiendo de un barro negro, salió este pez poderoso, ennegrecido por el barro como un cofre del mejor sándalo que hubiese sido untado con colirio. Abriendo sus ojos, que eran como unos rubíes lavados, y mirando hacia los cielos, le dijo así a Pajjunna, Rey de los *Devas*: "Mi corazón está apesadumbrado dentro de mí por el bien de mis parientes, mi buen Pajjunna. ¿Cómo es posible, diga, que cuando yo, que soy justo, me angustie por mis parientes y no enviéis lluvia del cielo? Ya que yo, aunque nací donde es costumbre depredar a los parientes, nunca desde mi juventud devoré pescado alguno, ni siquiera del tamaño de un grano de arroz, ni he robado jamás la vida a un solo ser viviente. Por la verdad de esta Protesta, os invoco para que mandéis la lluvia y socorráis a mis parientes". Acto seguido, llamó a Pajjunna, Rey de los *Devas*, como un amo podría llamar a un sirviente, en esta estrofa: — [332]

¡Pajjunna, trueno! ¡Desconcierte, frustre, al cuervo!
engendre dolores de tristeza en él; libreme de esta pena!

De la misma manera que un amo podría llamar a un sirviente, el *Bodhisatta* invocó a Pajjunna, provocando fuertes lluvias y liberando a muchos del miedo hacia la muerte. Y cuando su vida terminó, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

"Así que esta no es la primera vez, hermanos", dijo el Maestro, "que el Bienaventurado ha hecho caer la lluvia. Hizo lo mismo en el pasado, cuando era un pez". Su lección terminó, identificó los Renacimientos diciendo: "Los discípulos del *Buddha* eran los peces de aquellos días, Ānanda era Pajjunna, Rey de los *Devas*, y yo mismo, el Rey de los Peces".

[Nota. Cf. *Cariyā-Piṭaka* (edición P. T. S.) página 99.]



"*La aldea no me da miedo*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre un hermano laico que vivía en Sāvatti. Dice la tradición que este hombre, que había entrado en los Senderos y era un creyente fervoroso, viajaba una vez, por algún asunto, en compañía del jefe de una caravana; en la selva se destrabaron las carretas y se construyó un campamento circular con las carretas alrededor; entonces, el buen hombre comenzó a pasearse de un lado a otro al pie de cierto árbol cerca del líder.

Ahora bien, quinientos ladrones, que habían planeado su oportunidad para robarles, habían rodeado el lugar, armados de arcos, garrotes y otras armas, con el objeto de saquear el campamento. [333] Inclusive y sin cesar, ese hermano laico paseó de un lado a otro. "Seguramente ese debe ser su centinela", dijeron los ladrones cuando lo notaron; Esperaremos hasta que se duerma y luego los saquearemos. Entonces, al no poder sorprender al campamento, se detuvieron dónde estaban. Aun así, ese hermano laico siguió caminando de un lado a otro, durante toda la primera vigilia de la noche, durante toda la vigilia intermedia y durante toda la última vigilia de la noche. Cuando amaneció, los ladrones, que nunca encontraron su oportunidad para el asalto, arrojaron las piedras y los garrotes que habían traído y se echaron a correr.

Terminado su negocio, ese hermano laico regresó a Sāvatti y, acercándose al Maestro, le hizo esta pregunta: "Al protegerse a sí mismos, señor, ¿los hombres demuestran ser guardianes de los demás?"

—Sí, hermano laico. Al protegerse a sí mismo, un hombre protege a los demás; y al proteger a los demás, uno se protege a sí mismo.

"¡Oh, qué gran dicha, señor, es esta declaración del Bienaventurado! Cuando estaba viajando con un líder de una caravana, resolví protegerme caminando de un lado a otro al pie de un árbol, y al hacerlo vigilé toda la caravana".

Entonces el Maestro dijo: "Hermano laico, en el pasado también los sabios y buenos protegieron a los demás mientras se protegían a sí mismos". Y, diciendo esto, a petición del hermano laico, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* cobró vida como un *brahmán*. Llegado a los años de discreción, se dio cuenta de los males que brotaban de la pasión, y fue así que renunció al mundo para

vivir como un recluso en los campos alrededor de los Himalayas. Habiéndolo obligado la necesidad por sal y vinagre a hacer una peregrinación de ofrendas por el país, viajó en el curso de sus andanzas con una caravana de mercaderes. Cuando la caravana se detuvo en cierto lugar del bosque, él comenzó a caminar de un lado a otro, al pie de un árbol, justo al lado de la caravana, disfrutando de la dicha de la Sabiduría.

Ahora bien, después de la cena, quinientos ladrones rodearon el campamento para saquearlo; pero, al ver al asceta, se detuvieron, diciendo: "Si nos ve, dará la alarma; esperen a que se duerma, y entonces los saquearemos". Pero a lo largo de toda la noche, el asceta siguió caminando de un lado a otro; ¡y los ladrones nunca tuvieron oportunidad para iniciar el saqueo! Entonces arrojaron sus palos y piedras y gritaron a la gente de la caravana: "¡Hey, ustedes, los de la caravana! Si no hubiese sido por ese asceta que caminó debajo del árbol de un lado al otro, les habríamos saqueado el lote. ¡Cuiden y veneren en adelante de él!" Y diciendo esto, se marcharon. Cuando la noche dio paso a la luz, la gente vio los garrotes y las piedras que los ladrones habían arrojado, [334] y con miedo y temblor, preguntaron al *Bodhisatta* con un saludo respetuoso si había visto a los ladrones. "Oh, sí, los vi, señores", respondió. "¿Y no se alarmó o se asustó al ver a tantos ladrones?" "No", dijo el *Bodhisatta*; "La vista de los ladrones solo causa lo que se conoce como el miedo de los ricos. En cuanto a mí, no tengo un centavo, ¿por qué debería tener miedo? Ya sea que habite en el pueblo o en el bosque, nunca tengo miedo ni pavor". Y así, para enseñarles la Verdad, repitió esta estrofa:

La aldea no me da miedo;
No hay bosques que me consternen.
He desarrollado amor y generosidad
El sendero perfecto hacia la salvación.

Cuando el *Bodhisatta* hubo enseñado así la Verdad en esta estrofa a la gente de la caravana, la paz llenó sus corazones, y le mostraron honor y veneración. Durante toda su vida desarrolló las Cuatro Excelencias y luego renació en el Reino *Brahmā*.

Terminada su lección, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Los seguidores del *Buddha* eran la gente de la caravana de aquellos días, y yo el asceta en cuestión".



"Primero los toros y después los árboles". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana en relación a dieciséis impresionantes sueños. Porque en la última vigilia de una noche (así dice la tradición) el Rey de Kosala, que había estado durmiendo toda la noche, soñó dieciséis grandes e impresionantes sueños, [335] y se despertó con un gran miedo y mucha alarma por lo que éstos podrían presagiarle. Tan fuerte fue el miedo a la muerte sobre él que no podía moverse, sino que yació acurrucado en su cama. Ahora bien, cuando la noche terminó, sus *brahmanes* y capellanes se acercaron a él y con la debida reverencia le preguntaron si su majestad había dormido bien.

"¿Cómo podría haber dormido bien, mis directores?" respondió el Rey. "¡Pues justo al amanecer soñé dieciséis impresionantes sueños, y he estado aterrorizado desde entonces! Díganme, mis directores, lo que significa todo esto".

"Podremos juzgar, al oírlos".

Entonces el Rey les contó sus sueños y les preguntó qué significarían para él dichas visiones.

¡Los *brahmanes* comenzaron a retorcerse las manos! "¿Por qué se retuercen las manos, *brahmanes*?" preguntó el Rey. "Porque, señor, estos son sueños muy malos". "¿Qué saldrán de ellos?" dijo el Rey. "Una de las tres calamidades: un perjuicio a su reino, uno a su vida u otro a sus riquezas". "¿Hay algún remedio, o no lo hay?" "Sin duda, estos sueños en sí mismos son tan amenazantes como para no disponer de ningún remedio; pero sin embargo, encontraremos un remedio para ellos. De lo contrario, ¿qué sería lo que alimentase nuestro considerable estudio y aprendizaje?" "Entonces, ¿qué se proponen hacer para evitar este mal?" "Donde se encuentren los cuatro caminos, ofreceremos un sacrificio, señor". "Mis directores", clamó el Rey en su terror, "mi vida está en sus manos; apresúrense y trabajen por mi seguridad". "Grandes sumas de dinero y grandes suministros de alimentos de todo tipo serán nuestros", pensaron los *brahmanes* exultantes; y, ordenando al Rey que no temiera, partieron del palacio. Fuera de la ciudad cavaron un pozo de sacrificios y recogieron una multitud de cuadrúpedos, perfectos y sin defectos, y una multitud de pájaros. Pero aun así descubrieron que faltaba algo, y así siguieron retornando y visitando al Rey para pedir esto, aquello y lo otro. Ahora bien, sus acciones fueron observadas por la reina Mallikā, quien se acercó al Rey y le preguntó qué hacía que estos *brahmanes* acudiesen tan frecuentemente a él.

"La envidia", dijo el Rey; "¡Una serpiente en su oído y no lo sabe!" "¿Qué quiere decir su majestad?" "¡He soñado, ¡oh!, sueños tan desafortunados! Los *brahmanes* me dicen que muestran una de tres calamidades; y están ansiosos por ofrecer sacrificios para evitar el mal. Y ello hace que vengan tan a menudo". "Pero, ¿ha consultado su majestad con el jefe *brahmán* tanto de este mundo como del mundo de los *devas*?" "¿Quién, por favor, puede ser tal personaje, querida? preguntó el Rey. "¿No conoce al principal personaje del mundo, el omnisciente y puro, al maestro-*brahmán* inmaculado? Seguramente, él, el Bienaventurado, entenderá sus sueños. Vaya y pregúntele". "Así lo haré, mi Reina", dijo el Rey. Y se fue al monasterio, saludó al Maestro y se sentó. "¿Qué, por favor, trae a su majestad aquí tan temprano por la mañana?" preguntó el Maestro en sus dulces tonos. "Señor", dijo el Rey, "justo antes del amanecer [336] soñé dieciséis sueños impresionantes y terribles, que me aterrorizaron tanto que se los conté a los *brahmanes*. Me dijeron que mis sueños presagiaban un mal, y que para evitar la amenazante calamidad ellos deberían ofrecer sacrificios donde se encuentren los cuatro caminos. Y es por ello que están ocupados con sus preparativos, y muchas criaturas vivientes tienen el temor hacia la muerte ante sus ojos. Pero le ruego a su reverencia, quien es el principal personaje en el mundo de *devas* y hombres, quien posee todo el conocimiento posible de las cosas pasadas, presentes y futuras, — Le ruego que me diga lo que provendrá a partir de mis sueños, ¡oh! Bienaventurado".

"Cierto es, señor, que no existe nadie más que yo quien pueda descifrar lo que significan verdaderamente sus sueños o lo que sucederá con ellos. Yo se lo diré. Sólo que antes, me los tiene que contar tal y como le aparecieron".

"Lo haré, señor", dijo el Rey, y de inmediato comenzó esta lista, siguiendo el orden de aparición de los sueños: —

Toros primero, después árboles, vacas, terneros,
Un caballo, un plato, un chacal, un cántaro,
Un estanque, arroz crudo y sándalo,
Y calabazas que se hundían, y piedras que flotaban',
Con ranas que devoraban serpientes negras,
Y un cuervo con un séquito de alegres plumas,
¡Y lobos en pánico, con miedo a las cabras!

"¿Cómo fue, señor, que tuve el siguiente de mis sueños? Me parecía como si cuatro toros negros, del color como el colirio, venían de los cuatro puntos cardinales al patio real con la intención declarada de pelear; y la gente se reunía para ver la corrida de toros, hasta que se congregó una gran multitud. Pero los toros sólo hicieron un espectáculo previo a la lucha, rugiendo y bramando, pero finalmente se marcharon sin luchar en absoluto. Este fue mi primer sueño. ¿Qué resultará de ello?

"Señor, ese sueño no tendrá ningún resultado en vuestros días ni en los míos. No obstante, en el futuro por venir, cuando los Reyes sean mezquinos e injustos, y cuando la gente sea injusta, en días en que el mundo esté pervertido, cuando el bien esté menguando y el mal aumentando rápidamente, — en aquellos días de reincidencia en el mundo no caerá lluvia de los cielos, los pies de la tormenta serán cojos, los cultivos se marchitarán, y habrá hambre en la tierra. Entonces las nubes se juntarán como para producir lluvia desde las cuatro direcciones cardinales de los cielos; la gente primero se apresurará a llevar adentro el arroz y las mieses que las mujeres han tendido al sol para secar, por temor a que se moje la cosecha; y luego, con pala y cesto en mano, los hombres llenarán los diques de sal. Como si fuera una señal de lluvia, el trueno bramará, el relámpago brillará desde las nubes, pero así como los toros en su sueño, que nunca llegaron a pelear, así las nubes huirán, y nunca lloverán. Esto es lo que provendrá de ese sueño, pero ningún mal vendrá de ahí hacia usted; [337] ya que fue con respecto al futuro que soñó dicho sueño. Lo que los *brahmanes* le dijeron, fue dicho sólo para ganarse la vida". Y cuando el Maestro hubo dicho así el significado del sueño en cuestión, dijo: "Cuénteme su segundo sueño, señor".

"Señor", dijo el Rey, "mi segundo sueño fue de esta manera: ¡Me parecía como si pequeños árboles y arbustos diminutos brotaran del suelo, y cuando habían crecido apenas un palmo o dos de altura, florecían y daban fruto! Ése fue mi segundo sueño, ¿qué resultará de él?

"Señor", dijo el Maestro, "este sueño tendrá su cumplimiento en los días en que el mundo esté en decadencia y cuando los hombres sean efímeros. En los tiempos venideros las pasiones serán fuertes; muchachas muy jóvenes irán a vivir con los hombres, y serán con ellos con quienes concebirán y darán a luz hijos, a la manera de las mujeres. Las flores tipifican sus flujos, y el fruto su descendencia. Pero usted, señor, nada tiene que temer de ello. Dígame su tercer sueño, ¡oh! gran Rey."

"Me parecía como si viese, señor, vacas mamando la leche de los terneros que habían dado a luz ese mismo día. Ése fue mi tercer sueño. ¿Qué resultará de él?"

"Este sueño también se cumplirá sólo en tiempos venideros, cuando se dejará de respetarse a la vejez. Porque en el futuro los hombres, sin mostrar reverencia por los padres o los suegros, administrarán ellos mismos el patrimonio familiar, y si tal es su buena voluntad, entonces darán comida y ropa a los ancianos, pero retendrán sus regalos, si no les satisface darlos. Entonces los ancianos, indigentes y dependientes, existirán a favor de sus propios hijos, como las vacas grandes amamantadas por terneros de un día. Pero no tiene nada que temer de ello. Cuénteme su cuarto sueño".

1. Véase *Mahā-Vīra-Carita*, pág. 13, *Mahabharata* II. 2196.

— Me parecía como si viese, señor, hombres desatando una yunta de bueyes de tiro, robustos y fuertes, y poniendo novillos jóvenes para tirar de la carga; y los novillos, demostrando no estar a la altura de la tarea que se les encomendaba, se negaban y se quedaban inmóviles, así que las carrozas no se desplazaban en su camino. Éste fue mi cuarto sueño. ¿Qué resultará de él?

"Aquí de nuevo el sueño no tendrá su cumplimiento sino en el futuro, en tiempos de Reyes injustos. Porque en los tiempos venideros, los Reyes injustos y mezquinos no mostrarán ningún honor a los señores sabios y expertos en precedentes, fértiles en expedientes y capaces de hacer negocios, ni nombrarán para los tribunales de derecho y justicia a consejeros de edad avanzada y a sabios en la ley. No será así, honrarán a los que sean muy jóvenes e insensatos, y los nombrarán para presidir los tribunales. Y estos últimos, igualmente ignorantes en el arte de gobernar y de los conocimientos prácticos, no podrán llevar el peso de sus honores ni tampoco gobernar, sino que a causa de su incompetencia se sacudirán del yugo de su cargo. Por lo cual los señores ancianos y sabios, aunque sean capaces de hacer frente a todas las dificultades, recordarán cómo ellos fueron obviados y se negarán a ayudar, diciendo: "No es asunto nuestro; no formamos parte de esto; dejen que los jóvenes del círculo interior se encarguen de ello". [338] Por lo tanto, se mantendrán apartados, y la ruina asaltarán a esos Reyes por todas partes. Será como cuando el yugo era puesto sobre los novillos, que no eran lo suficientemente fuertes para la carga, y no sobre la yunta de los robustos y fuertes bueyes de tiro, los cuales eran los únicos capaces de hacer el trabajo. Sin embargo, no tiene nada que temer al respecto. Cuénteme su quinto sueño.

"Me parecía como si viese, señor, un caballo con una boca a cada lado, al que se le daba forraje por ambos lados, y comía con ambas bocas. Este fue mi quinto sueño. ¿Qué saldrá de él?"

"Este sueño también tendrá su cumplimiento solo en el futuro, en días de Reyes injustos y necios, que pondrán como jueces a hombres injustos y avaros. Estos viles, necios, despreciando lo bueno, aceptarán sobornos de ambos lados de un litigio cuando ellos se sienten en el asiento de la justicia, y se llenarán de esta doble corrupción, así como el caballo que comía forraje con dos bocas a la vez. Sin embargo, no tiene nada que temer al respecto. Cuénteme su sexto sueño".

"Me parecía como si viese, señor, gente que sostuviese un cuenco de oro bien lavado que valía cien mil monedas y le rogaba a un viejo chacal que se rancie en él. Y veía que la bestia lo hacía. Ése fue mi sexto sueño. ¿Qué resultará de él?"

"Este sueño también tendrá su cumplimiento en el futuro. Porque en tiempos venideros, en los que Reyes injustos, aunque haya nacido en una raza de Reyes, desconfiando de los vástagos de su antigua nobleza, no los honrarán, sino que exaltarán en su lugar a los de nacimiento inferior, por lo tanto los nobles serán humillados y los de nacimiento inferior elevados al señorío. Entonces las grandes familias se verán obligadas en una gran necesidad de buscarse la vida en dependencia de los advenedizos, y les ofrecerán a sus hijas en matrimonio. Y la unión de las doncellas nobles con las de baja alcurnia será como la ranciedad del viejo chacal en el cuenco de oro. Sin embargo, no tiene nada que preocuparse al respecto. Cuénteme su séptimo sueño".

"Un hombre estaba tejiendo una cuerda, señor, y mientras tejía, la tiraba a sus pies. Debajo de su banco yacía un chacal hambriento, que seguía comiendo la cuerda mientras tejía, pero sin que el hombre se diese cuenta al respecto. Eso fue lo que Vi. Ése fue mi séptimo sueño. ¿Qué resultará de él?"

"Este sueño tampoco tendrá su cumplimiento sino sólo en el futuro. Porque en tiempos venideros, las mujeres codiciarán a los hombres, a las bebidas fuertes, a las galas, al ocio y las alegrías de este mundo. En su maldad y libertinaje estas mujeres beberán abundantemente y lo harán con sus amantes; harán alarde de guirnaldas, perfumes y ungüentos; serán indiferentes incluso a los deberes domésticos más apremiantes, se mantendrán vigilando a sus amantes, incluso a través de las grietas a lo alto de la pared exterior; sí, ellas machacarán la misma semilla de maíz que debe ser sembrada en la mañana para proporcionar buen ánimo; de todas estas maneras saquearán el almacén ganado por el arduo trabajo de sus maridos en el campo y el establo, devorando la riqueza de los hombres pobres justamente como el chacal hambriento debajo del banco que comía la cuerda del cordelero mientras éste la tejía. [339] Sin embargo, no tiene nada que temer al respecto. Cuénteme su octavo sueño.

1. Cf. la historia de Ocnus en Pausanias x. 29

"Me parecía como si viese, señor, en la puerta de un palacio un gran cántaro que estuviese lleno hasta el borde y estaba en medio de varios otros vacíos. Y de los cuatro puntos cardinales, y de los cuatro puntos intermedios también, seguía emergiendo una constante corriente de personas de las cuatro castas, que llevaban agua en sus vasijas y las vertían en el cántaro lleno. Y el agua se desbordaba y se escurría. Sin embargo, seguían echando más y más agua en el recipiente que rebosaba, sin un solo hombre echando siquiera un vistazo a los cántaros vacíos. Ése fue mi octavo sueño. ¿Qué resultará de él?"

"Este sueño tampoco tendrá su cumplimiento sino sólo en un lejano futuro. Ya que en tiempos venideros el mundo se desmoronará; el reino se debilitará, sus Reyes se volverán pobres y mezquinos; el principal entre ellos no poseerá más de 100,000 monedas de dinero. Entonces estos Reyes, en su necesidad, pondrán a toda la gente del campo a trabajar para ellos; segarán, trillarán y cosecharán; en virtud de los Reyes plantarán cañas de azúcar, construirán y manejarán instalaciones de azúcar, y hervirán la melaza; en virtud a los Reyes plantarán jardines de flores y huertas, recolectarán frutas y mientras recojan todas las diversas clases de productos, llenarán los graneros reales hasta rebosar, sin dar siquiera una vistazo a sus propios graneros vacíos en casa, los cuales estarán completamente vacíos. Sin embargo, no tiene nada que temer de ello. Dígame su noveno sueño".

"Me parecía como si viese, señor, un estanque profundo con bancos inclinados alrededor y cubierto de las cinco clases de lotos. De todos lados, criaturas de dos y cuatro patas acudían allí para beber de sus aguas. Las profundidades en el medio estaban llenas de lodo, pero el agua estaba clara y brillante en el margen donde las diversas criaturas bajaban al estanque. Éste fue mi noveno sueño. ¿Qué resultará de él?"

"Este sueño tampoco se cumplirá hasta un lejano futuro. Porque en tiempos venideros los Reyes se volverán injustos; gobernarán según su propia voluntad y placer, y no ejecutarán juicio conforme a la justicia. Estos Reyes tendrán hambre de riquezas y se engordarán mediante sobornos, no mostrarán misericordia, amor y compasión hacia su pueblo, sino que serán feroces y crueles, amasando riquezas y aplastando a sus súbditos como si fueran cañas de azúcar en un molino y gravándolos hasta el último centavo con tributos opresivos, el pueblo huirá de las aldeas, ciudades y lugares semejantes, y se refugiará en los límites del reino; el corazón de la tierra será un desierto, mientras que los límites estarán repletos de gente, como cuando las aguas estaban fangosas en el medio del estanque y claras en el margen. Sin embargo, no tiene nada que temer al respecto. [340] Cuéntame su décimo sueño".

"Me parecía como si viese, señor, arroz hirviendo en una olla sin cocinarse. Por no estar cocido, parecía como si estuviera claramente marcado y separado, de modo que la cocción se llevaba a cabo en tres etapas distintas. En una parte el arroz estaba empapado, en otra parte duro y crudo, y en otra recién cocido. Éste fue mi décimo sueño. ¿Qué resultará de ello?"

"Este sueño tampoco se cumplirá hasta un lejano futuro. Ya que en tiempo venideros los Reyes se volverán injustos; la gente que rodee a los Reyes también se volverá injusta, al igual que los *brahmanes* y los amos de casa, los ciudadanos y la gente del campo; sí, todas las personas por igual se volverán injustas, sin excepción, incluso los sabios y *brahmanes*. Luego, sus mismas deidades tutelares, los espíritus a quienes ofrecen sacrificio, los espíritus de los árboles y los espíritus del aire, también se volverán injustos. Los mismos vientos que soplen sobre los reinos de estos Reyes injustos se volverán crueles y sin ley; sacudirán las mansiones de los cielos y por lo tanto encenderán la ira de los espíritus que moren allí, para que no permitan que caiga la lluvia, o, si llueve, no caerá sobre todo el reino a la vez, ni la lluvia bondadosa caerá sobre todas las tierras cultivadas o sembradas por igual para ayudarlos en su necesidad. Y, como en el reino en general, así en cada distrito y aldea y sobre cada grupo separado o lago, la lluvia no caerá al mismo tiempo sobre toda su extensión; si llueve hacia el norte, no lloverá hacia el sur; ahí las cosechas serán echadas a perder por un fuerte aguacero, allá se marchitarán por mucha sequía,

y ahí de nuevo prosperan rápidamente con amables lluvias para regarlas. Así que los cultivos sembrados dentro de los límites de un solo reino, como el arroz de la olla de su sueño, no tendrán un carácter uniforme. Sin embargo, no tiene nada que temer al respecto. Cuénteme su décimo primer sueño".

"Me parecía como si viese, señor, suero agrio de mantequilla intercambiado por madera de sándalo preciosa, por valor de 100,000 monedas de dinero. Ése fue mi undécimo sueño. ¿Qué saldrá de él?"

"Este sueño tampoco se cumplirá hasta un lejano futuro, en los días en que mi doctrina se desvanezca. Porque en tiempos venideros se levantarán muchos hermanos codiciosos y desvergonzados, que en virtud de sus vientres predicarán las mismas palabras con las que increpé contra la codicia! Debido a que habrán desertado a causa de su vientre y se habrán puesto del lado de los sectarios¹, no lograrán que su predicación conduzca al *Nibbāna*. No, su único pensamiento, mientras prediquen, será inducir a los hombres a que les den ropas costosas y cosas por el estilo, y a que tengan en mente darles tales regalos. Otros de nuevo se sentarán en los caminos, en las esquinas de las calles, en las puertas de los palacios de los Reyes, y así por el estilo, se inclinarán a predicar por dinero, ¡sí, por meras *kahāpanas* acuñadas, *semikahāpanas*, *pādas* o *masakas*!² Y mientras intercambien así comida o ropa o *kahāpanas* y *semikahāpanas* por mi doctrina cuyo valor es el *Nibbāna*, ellos serán como aquellos que trocaban a cambio de suero de mantequilla, madera de sándalo preciosa valorada en 100,000 monedas. Cuénteme su duodécimo sueño".

"Me parecía como si viese, señor, calabazas vacías hundiéndose en el agua. ¿Qué significará ello?"

"Este sueño tampoco tendrá su cumplimiento hasta un lejano futuro, en tiempos de Reyes injustos, cuando el mundo se pervierta. Ya que en aquellos tiempos los Reyes no mostrarán favor hacia los vástagos de la nobleza, sino solamente a los de baja alcurnia; y estos últimos se convertirán en grandes señores, mientras que los nobles se hundirán en la pobreza. Igualmente ante la presencia real, en las puertas del palacio, en la cámara del consejo y en los tribunales de justicia, solo las palabras de los de baja alcurnia (a quienes las vacías calabazas tipifican) se establecerán, como si se hubieran hundido hasta descansar en el fondo. Así también en las asambleas de la Hermandad, en los cónclaves mayores y menores, y en las consultas sobre cuencos, ropajes, alojamiento y similares, "Sólo el consejo de los malvados y viles se considerará como el que tenga poder salvador, no el de los Hermanos modestos. Así, en todas partes será como cuando las calabazas vacías de su sueño se hundían en el agua. Sin embargo, no tiene nada que temer al respecto. Dígame su decimotercer sueño".

Entonces el Rey dijo: "Me parecía como si viese, señor, enormes bloques de roca sólida, tan grandes como unas casas, flotando como barcos sobre las aguas. ¿Qué resultará de ello?"

"Este sueño tampoco tendrá su cumplimiento antes de tiempo como aquellos de los que he hablado. Ya que en tiempos venideros los Reyes injustos honrarán a los de baja alcurnia, que se convertirán en grandes señores, mientras que los nobles se hundirán en la pobreza. No a los nobles, sino sólo a los advenedizos se les dará respeto. Ante la presencia real, en la cámara del consejo, o en los tribunales de justicia, las palabras de los nobles instruidos en la ley (y son a ellos a quienes tipifican las rocas sólidas) habitarán ociosamente, y no se hundirán profundamente en los corazones de los hombres; cuando hablen, los advenedizos simplemente se burlarán de ellos, diciendo: '¿Qué es lo están diciendo estos tipos?' Así también en las asambleas de los Hermanos, como se dijo anteriormente, los hombres no considerarán dignos de respeto a los mejores entre los Hermanos; las palabras de tales no se plasmarán profundamente, sino que se deslizarán ociosamente, similarmente a las rocas flotando sobre el agua. Sin embargo, no tiene nada que temer al respecto. Cuénteme su decimocuarto sueño".

"Me parecía como si viese, señor, ranas diminutas, no más grandes que diminutas flores, persiguiendo rápidamente enormes serpientes negras, cortándolas como si fueran tallos de loto, engulléndolas. ¿Qué resultará de ello?"

1. Lectura de *titthakarāṇaṃ pakkhe*, según la conjetura de Fausböll.

2. Véase *Vinaya* I. 294 para la misma lista; y véase la página 6 de "Ancient Coins and Measures of Ceylon" de Rhys Davids en *Numismata Orientalia* (Trübner).

"Este sueño tampoco tendrá su cumplimiento hasta tiempos venideros, como aquellos de los que les he hablado anteriormente, cuando el mundo se encuentre en decadencia. Porque entonces las pasiones de los hombres serán tan fuertes, y sus deseos tan ardientes, que serán esclavos de la más joven de sus mujeres pasajera, en cuya sola disposición quedarán como esclavos y sirvientes; así como los bueyes, búfalos y todo ganado, oro y plata, y todo lo que haya en casa. Si un pobre esposo preguntase dónde está el dinero (digamos) o una túnica, de inmediato se le dirá que está donde debe estar, que debe ocuparse de sus propios asuntos y no ser tan inquisitivo en cuanto a lo que esté o no en su casa, las mujeres establecerán su dominio sobre sus maridos de diversas maneras, como si fueran esclavos y siervos, con insultos y burlas incitantes.[342] Así, se comportarán similarmente a las diminutas ranas de su sueño, no mayores que diminutas flores, engullendo a grandes y negras serpientes. Sin embargo, no tiene nada que temer al respecto. Cuéntame su decimoquinto sueño."

— Me parecía como si viese, señor, un cuervo en un pueblo, en el que habitaban los Diez Vicios, escoltado por un séquito de aquellos pájaros que, por su brillo dorado, se les llaman Ánades Reales de Oro. ¿Qué resultará de ello?

"Este sueño tampoco se cumplirá hasta un lejano futuro, hasta el reinado de Reyes débiles. En tiempos venideros se levantarán Reyes que no sabrán nada sobre elefantes u otras artes, y serán cobardes en el campo de batalla. Temiendo ser depuestos y expulsados de sus bienes reales, elevarán al poder no a sus pares, sino a sus lacayos, ayudantes de baños, barberos y demás. Así, excluidos del favor real e incapaces de mantenerse, los nobles se verán reducidos a la asistencia de baile en los advenedizos, similarmente al cuervo que poseía Ánades Reales de Oro como séquito. Sin embargo, no tiene nada que temer al respecto. Cuénteme su decimosexto sueño".

"Hasta ahora, señor, siempre han sido panteras las que se han alimentado de las cabras; pero me pareció ver cabras persiguiendo a las panteras y devorándolas, ¡munch, munch, munch!, en cuanto una simple cabra aparecía a lo lejos, los lobos aterrorizados, huían temblando de miedo y se escondían en sus fortalezas en la espesura¹. Tal fue mi sueño. ¿Qué resultará de ello?

"Este sueño tampoco se cumplirá hasta un lejano futuro, hasta el reinado de los Reyes injustos. En esos tiempos, los de baja alcurnia serán elevados al señorío y se convertirán en los favoritos reales, mientras que los nobles se hundirán en la oscuridad y la angustia. Ganando influencia en los tribunales de justicia debido a su favor con el Rey, estos advenedizos reclamarán forzosamente las propiedades ancestrales, las vestiduras y todas las propiedades de la antigua nobleza. Cuando estos últimos aleguen sus derechos ante los tribunales, entonces los secuaces del Rey los harán apalear, castigar y tomar por el cuello y serán expulsados con palabras de desprecio, tales como: — '¡Sepan su lugar, tontos! ¿Qué? ¿disputáis con nosotros? El Rey sabrá sobre vuestra insolencia, y nosotros ¡Haremos que le corten las manos y los pies y que le apliquen otras acciones correctivas!' Acto seguido, los aterrorizados nobles afirmarán que sus propias pertenencias realmente pertenecen a los arrogantes advenedizos, y les dirán a los favoritos que los acepten. Y los llevarán a casa y allí se acobardarán en una agonía de miedo. Del mismo modo, los malos monjes acosarán plácidamente a los buenos y dignos monjes, hasta que estos últimos, al no encontrar a nadie que los ayude, huirán a la jungla. Y esta opresión de los nobles y de los buenos hermanos por parte de los de baja alcurnia y de los malos monjes, será como el espanto de los lobos de sus sueños, debido a la aparición de las cabras. Sin embargo, no tenéis nada que temer al respecto. Porque este sueño también se refiere a tiempos futuros solamente. [343] No fue verdad, no fue el amor hacia su reverencia, lo que condujo a los *brahmanes* a profetizar tal como lo hicieran, fue sólo la codicia hacia la ganancia, y la audacia que se engendra de la codicia, lo que dio forma a todas sus declaraciones egoístas".

Así expuso el Maestro la importancia de estos dieciséis grandes sueños, y agregó: "Usted, señor, no es el primero en tener estos sueños; también los soñaron Reyes de antaño; y, entonces como ahora, los *brahmanes* encontraron en ellos un pretexto para los sacrificios; después de lo cual, a instancias de los sabios y buenos, se consultó al *Bodhisatta*, y los sueños fueron expuestos por los de antaño

1. Aquí el *Pāli* interpola la observación irrelevante de que "la palabra hola no es más que una partícula".

exactamente de la misma manera que ahora han sido expuestos." Y diciendo esto, a petición del Rey, contó esta historia del pasado.

Una vez cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* nació como un *brahmán* en el país Norte.

Cuando llegó a los años de discreción, renunció al mundo por la vida de un ermitaño; obtuvo los Logros y los Conocimientos superiores, y habitó en el país de los Himalayas, en la dicha que proviene de la Sabiduría.

En esos días, de la misma manera, Brahmadatta tuvo estos sueños en Benares y preguntó a los *brahmanes* sobre ellos. Y los *brahmanes*, entonces tal como ahora, se pusieron a trabajar en los sacrificios. Entre ellos se encontraba un joven *brahmán* de erudición y sabiduría, discípulo del capellán del Rey, que se dirigió a su maestro de la siguiente manera: "Maestro, me ha enseñado los Tres Vedas. ¿No hay allí un texto que dice 'La muerte de una criatura no da vida a otra?'" "Hijo mío, esto significa dinero para nosotros, una gran cantidad de dinero. ¡Solo parece ansioso por ahorrar el tesoro del Rey!" "Haga lo que quiera, maestro", dijo el joven *brahmán*; "En cuanto a mí, ¿con qué fin me retendré más aquí con su persona?" Y diciendo esto, lo dejó y se dirigió a los jardines reales.

Ese mismo día, el *Bodhisatta*, sabiendo todo esto, pensó: "Si visito hoy los lugares predilectos de los hombres, lograré la liberación de sus ataduras en una gran multitud". Así, pasando por el aire, se posó en el jardín real y se sentó, radiante como una estatua de oro sobre la Piedra Ceremonial. El joven *brahmán* se acercó y con la debida reverencia se sentó junto al *Bodhisatta* con toda amabilidad. Dulce conversación ocurrió; y el *Bodhisatta* preguntó si el joven *brahmán* pensaba que el Rey gobernaba con rectitud. "Señor", respondió el joven, "el Rey mismo es justo; pero los *brahmanes* lo conducen hacia los senderos del mal. Al ser consultados por el Rey sobre dieciséis sueños que él había tenido, los *brahmanes* aprovecharon la oportunidad para realizar sacrificios [344] y se pusieron a trabajar en ello. Oh, señor, ¿no sería bueno que usted ofreciera dar a conocer al Rey el verdadero significado de sus sueños y así librar a un gran número de criaturas de su temor? Pero, hijo mío, yo no conozco al Rey, ni él a mí. Sin embargo, si viene aquí y me pregunta al respecto, se lo diré. "Traeré al Rey, señor", dijo el joven *brahmán*; Si fuera tan amable de esperar aquí un minuto hasta que yo regrese, se lo agradecería. Y habiendo obtenido el consentimiento del *Bodhisatta*, se presentó ante el Rey y dijo que se había posado en el jardín real un asceta que viajaba por el aire, quien ha dicho que expondrá el significado de los sueños del Rey; "¿No se relacionará, Su Majestad, con este asceta?"

Cuando el Rey oyó esto, se dirigió inmediatamente al jardín con una gran comitiva. Saludando al asceta, se sentó junto al lado del hombre santo,

y le preguntó si era cierto que él sabía lo que sucedería con sus sueños. "Ciertamente, señor", dijo el *Bodhisatta*; pero primero déjeme escuchar los sueños tal como su majestad los soñó". "Pronto, señor", respondió el Rey; y comenzó de la siguiente manera:

Toros primero, después árboles, vacas, terneros,
Un caballo, un plato, un chacal, un cántaro,
Un estanque, arroz crudo y sándalo,
Y calabazas que se hundían, y piedras que flotaban,

y así sucesivamente, terminando con

Y lobos en pánico huyendo de las cabras.

Y su majestad pasó a contar sus sueños de la misma manera que lo descrito por el Rey Pasenadi. [345]

"Es suficiente", dijo el Gran Ser; "No tiene nada que temer o preocuparse al respecto". Habiendo tranquilizado así al Rey, y habiendo liberado a una gran multitud de la esclavitud, el *Bodhisatta* tomó nuevamente su posición en el aire, desde donde exhortó al Rey y lo estableció en los Cinco Preceptos, terminando con estas palabras: — "De ahora en adelante, ¡Oh! Rey, no se una a los *brahmanes* en la matanza y sacrificio de animales". Su enseñanza terminó, el *Bodhisatta* pasó directamente por el aire hacia su propia morada. Y el Rey, permaneciendo firme a la enseñanza que había oído, falleció después de una vida de dar ofrendas y otras buenas acciones para vivir de acuerdo a sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro dijo: "No tiene nada que temer de estos sueños; ¡manténganse al margen de los sacrificios!" Habiendo eliminado el sacrificio y habiendo salvado la vida de una multitud de criaturas, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Ānanda era el Rey de aquellos días, Sāriputta el joven *brahmán* y yo el asceta".

(Nota *Pāḷi*. No obstante, después del fallecimiento del Bienaventurado, los Editores de la Gran Redacción pusieron las tres primeras líneas dentro del Comentario, e hicieron que las líneas de 'Y las calabazas se hundieron' esté en una Estrofa (con ella)', poniendo toda la historia en el primer libro.)

[Nota. Cf. Kalilah y Dimnah de Sacy, capítulo 14; *Pañcatantra de Benfey* § 225; JR.AS. para 1893 página 509; y Rouse (*A Jātaka in Pausanias*) en 'Folklore' i. 409 (1890).]



1. No estoy del todo seguro de que esta sea la traducción correcta de este pasaje difícil y corrupto.

"*Ambos entrecierran los ojos.*" — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un avaro y Gran Tesorero. Muy cerca de la ciudad de Rājagaha, como se nos dice, había un pueblo llamado Azúcar de Palma, y aquí vivía cierto Señor y Gran Tesorero, conocido como el Miserable Millonario, ¡que poseía ochenta *crores*! No regalaba ni consumía ni la más mínima gota de aceite que una brizna de hierba tomaría para su propio disfrute. De modo que no hacía uso de su riqueza ni para su familia ni para los sabios ni para los *brahmanes*; permanecía sin disfrutar, como un estanque frecuentado por demonios. Ahora bien, sucedió un día en que el Maestro se levantó al amanecer movido por una gran compasión, y mientras revisaba a los que estaban maduros para la conversión en todo el universo, se dio cuenta de que este Tesorero y su esposa, a unas cuatrocientas millas de distancia, estaban destinados a caminar por los Senderos de la Salvación.

Ahora bien, el día anterior, el Señor y Gran Tesorero había ido al palacio para atender al Rey, y se dirigía a su casa de regreso cuando vio a un pueblerino, que estaba completamente hambriento, comiendo un pastel relleno de gachas. ¡La vista despertó un deseo dentro de él! Pero, llegado a su propia casa, [346] pensó: "Si digo que me gustaría comer un pastel relleno, una gran cantidad de personas querrán compartir mi comida; y eso significa desperdiciar mucho mi arroz, *ghee* y azúcar. No debo decirle una palabra a nadie al respecto. Así que caminé, luchando contra su deseo. A medida que pasó hora tras hora, se puso más y más amarillo, y las venas sobresalieron como cuerdas en su cuerpo demacrado. Incapaz al fin de soportarlo más, se fue a su propia habitación y se acostó abrazado a su cama. ¡Pero aun así ni una palabra le diría a ni un alma por temor a desperdiciar sus sustancias! Bueno, su esposa se acercó a él y, acariciando su espalda, dijo: "¿Qué te pasa, esposo mío?"

"Nada", dijo él. ¿Quizás el Rey se ha enfadado contigo?", "No, ha sido así." "¿Tus hijos o sirvientes han hecho algo para molestarte?" "Tampoco, no es nada de eso." "Bueno, entonces, ¿tienes antojo de algo?" Pero aun así no dijo ni una sola palabra, todo a causa de su absurdo temor de que se pudiera desperdiciar sus bienes; pero se quedó sin palabras en su cama. "Habla, esposo", dijo la esposa; "dime de qué tienes antojos". "Sí", dijo tragando saliva, "tengo antojo de una cosa". "¿Y qué es, querido?" "¡Me gustaría un pastel relleno para comer!" "Ahora, ¿por qué no haberlo dicho de inmediato? ¡Eres lo suficientemente rico! Cocinaré pasteles suficientes para festejar a todo el pueblo de Azúcar de Palma". "¿Por qué preocuparse por ellos? Deben trabajar para ganarse su propia comida". "Bueno, entonces, solo cocinaré lo suficiente para nuestra calle". "¿Qué rica que eres!" "Entonces, cocinaré lo suficiente para nuestra propia casa". "¿Qué extravagante eres!" "Muy bien, cocinaré solo lo suficiente para nuestros hijos". "¿Por qué preocuparse por ellos?" "Muy bien entonces, solo proveeré para nosotros dos". "¿Por qué deberías comer también?" "Entonces, cocinaré lo suficiente solo para ti", dijo la esposa.

"Hazlo sigilosamente", dijo el Señor y Gran Tesorero; "Hay mucha gente al acecho en busca de signos de cocina en este lugar. Escoge arroz partido, teniendo cuidado de dejar el grano entero, y tome un brasero y ollas y sólo un poco de leche y *ghee*, miel y melaza; luego súbelo contigo al séptimo piso de la casa y cocina allí. Allí me sentaré solo para comer sin ser molestado por nadie".

Obediente a sus deseos, la esposa hizo subir todo lo necesario, subió ella misma al piso superior, despidió a los sirvientes y envió un mensaje al tesorero para que viniera. Subió, cerrando y echando el pestillo puerta tras puerta, a medida que ascendía, hasta que por fin llegó al séptimo piso, cuya puerta también cerró de golpe. Luego se sentó. Su esposa encendió el fuego en el brasero, puso la olla y se puso a cocinar los pasteles.

Ahora bien, temprano en la mañana, el Maestro le había dicho al Gran Venerable Moggallāna: "Moggallāna, este avaro millonario [347] en la ciudad de Azúcar de Palma cerca de Rājagaha, que quiere comer pasteles, tiene tanto miedo de que los demás sepan al respecto que los está cocinando para él justamente en el séptimo piso. Vaya allí, convierta al hombre en abnegación, y por el poder trascendental transporte marido y mujer, pasteles, leche, *ghee* y todo, aquí a Jetavana. Ese día yo y quinientos Hermanos permaneceremos en casa, y haré tortas para ofrecerlas como comida del día".

Obediente a la orden del Maestro, el Venerable pasó mediante su poder sobrenatural por la ciudad de Azúcar de Palma, y quedó suspendido en el aire ante la ventana de la recámara, debidamente vestido con su ropajes interior y exterior, brillante como una imagen enojada. La vista inesperada del Venerable hizo temblar de miedo al Señor y Gran Tesorero. Entonces él pensó: "Fue para escapar de tales visitantes que subí aquí: ¡y ahora hay uno de ellos en la ventana!" Y, al no darse cuenta de la comprensión de lo que debía comprender, farfulló de rabia, como el azúcar y la sal arrojados al fuego, mientras exclamaba: "¿Qué obtendrá, sabio, simplemente suspendido en medio del aire? Bueno, puede andar de un lado a otro hasta que haya hecho un camino en un aire sin caminos, y aun así no obtendrá nada".

¡El Venerable comenzó a caminar de un lado a otro en el aire! "¿Qué obtendrá paseando de un lado a otro?" dijo el tesorero! "Puede sentarte con las piernas cruzadas en meditación en el aire, pero aun así no obtendrá nada". ¡El Venerable se sentó con las piernas cruzadas! Entonces el tesorero dijo: "¿Qué obtendrá si se sienta allí? Puede venir y pararse en el alféizar de la ventana, ¡pero ni siquiera por eso le daré nada!". El Venerable se paró en el alféizar de la ventana. "¿Qué obtendrá parándose en el alféizar de la ventana? ¡Vaya, puede eructar humo y aun así no obtendrá nada!" dijo el tesorero. Entonces el Venerable arrojó humo hasta que todo el palacio se llenó de él. Los ojos del Tesorero empezaron a escocer como si le pincharan con agujas; y, por temor a que su casa fuera finalmente incendiada, se abstuvo de añadir: "No obtendrá nada aunque queme todo". Entonces pensó: "¡Este Venerable es muy persistente! ¡Simplemente no se irá con las manos vacías! Debo hacer que le den solo un pastel ". Así que le dijo a su esposa: "Querida, cocina un pastelito y dáselo al sabio para deshacernos de él".

Así que mezcló bastante masa en una vasija. ¡Pero la masa se hinchó y se hinchó hasta llenar toda la vasija y creció hasta convertirse en un gran pastel! "¡Cuánto debe haber usado!" exclamó el Tesorero al verlo. Y él mismo con la punta de una cuchara tomó un poquito de la masa, y la metió al horno para cocerla. Pero ese pequeño trozo de masa creció más que el primero; ¡y, uno tras otro, cada trozo de masa que tomaba se hizo cada vez más grande! Entonces se desanimó y le dijo a su esposa: "Dale cualquier pastel, querida". Pero, tan pronto como tomó una torta de la canasta, todas las demás tortas se pegaron rápidamente a ella. Así que le gritó a su esposo que todos los pasteles se habían pegado y que no podía separarlos.

"Oh, yo los separaré de inmediato", dijo él, ¡pero descubrió que no podía!

Luego, marido y mujer agarraron la masa de pasteles de las esquinas y trataron de separarlos. Pero, por mucho que tiraran juntos, no pudieron causar mejores resultados que cuando lo hicieron por separado. Ahora bien, mientras el Tesorero estaba retirando los pasteles, comenzó a sudar y su deseo lo abandonó. Entonces dijo a su mujer: "No quiero tortas; [348] dáselas, cesta y todo, a ese asceta". Y se acercó al Venerable con la cesta en la mano. Entonces el Venerable predicó la verdad a la pareja y proclamó la excelencia de las Tres Gemas. Y, enseñando que el dar era un verdadero sacrificio, hizo que los frutos de la caridad y otras buenas acciones resplandecieran como la Luna llena en el cielo. Bendecido por las palabras del Venerable, el Tesorero dijo: "Señor, acérquese y siéntese en este sofá para comer sus pasteles".

"Señor y Gran Tesorero ", dijo el Venerable, "el Sabio *Buddha* con quinientos Hermanos se sienta en el monasterio esperando una comida de pasteles. Si ese es su buen placer, le pediría que traiga a su esposa y los pasteles con usted, y vayamos adonde el Maestro". "Pero, señor, ¿dónde está el Maestro en este

momento?" "Cuarenta y cinco leguas de distancia, en el monasterio Jetavana." "¿Cómo vamos a hacer todo ese recorrido, señor, sin perder mucho tiempo en el viaje?" Los transportaré hasta allí con mis poderes trascendentales. La parte superior de la escalera de su casa permanecerá donde está, pero la parte inferior estará en la puerta principal de Jetavana. De esta manera los transportaré hasta donde el Maestro en el tiempo que tardan en bajar las escaleras", "Que así sea, señor", dijo el Tesorero.

Entonces el Venerable, manteniendo la parte superior de la escalera donde estaba, imperó, diciendo: "Que el pie de la escalera esté en la puerta principal de Jetavana". ¡Y así sucedió! De esta manera, el Venerable transportó al Tesorero y a su esposa a Jetavana más rápidamente de lo que hubiesen podido bajar las escaleras hasta el primer piso.

Entonces, marido y mujer se presentaron ante el Maestro y dijeron que había llegado la hora de la comida. Y el Maestro, pasando al Refectorio, se sentó en el asiento de *Buddha* preparado para él, con la Hermandad reunida a su alrededor. Luego, el Señor y Gran Tesorero derramó el Agua de la Donación sobre las manos de la Hermandad con el *Buddha* a la cabeza, mientras su esposa colocaba un pastel en el cuenco de ofrendas del Bienaventurado. De esto el *Bhagavā* tomó lo suficiente para mantener su vida, al igual que los quinientos hermanos. A continuación, el Tesorero dio una vuelta ofreciendo leche mezclada con *ghee*, miel y azúcar de palma; y el Maestro y la Hermandad dieron por finalizada su comida. Por último, el Tesorero y su esposa comieron hasta saciarse, pero los pasteles parecían no tener fin. Incluso cuando todos los Hermanos y los comenzales en todo el monasterio habían terminado de comer sus porciones, todavía no había señales de que hubiese fin. Así que le dijeron al Maestro: "Señor, la provisión de tortas no disminuye".

"Entonces tírenlas por la gran puerta del monasterio".

Así que las arrojaron en una cueva no lejos de la puerta; y hasta el día de hoy se muestra un lugar llamado 'La Torta de Castaña' en el extremo de esa cueva.

El Señor y Gran Tesorero y su esposa se acercaron y se pararon frente al Bienaventurado, quien devolvió las gracias; y al final de sus palabras de agradecimiento, la pareja alcanzó la Fructificación del Primer Sendero de la Salvación. Luego, despidiéndose del Maestro, los dos subieron las escaleras de la gran puerta y se encontraron en su propia casa una vez más. [349] Posteriormente, el Señor y Gran Tesorero prodigó ochenta *crores* de dinero únicamente en la Fe que enseñaba el *Buddha*.

Al día siguiente, el *Buddha* Perfecto, al regresar a Jetavana después de una ronda de ofrendas en *Sāvathī*, pronunció un discurso de *Buddha* a los Hermanos antes de retirarse a la reclusión de su Recámara Perfumada. Al anochecer, los Hermanos se reunieron en el Salón de la Verdad y exclamaron: "¡Cuán grande es el poder del Venerable Moggallāna! En un instante convirtió a un avaro en generoso, lo llevó con los pasteles a Jetavana, lo expuso ante la piastra y lo estableció en la salvación. ¡Cuán grande es el poder del Venerable! Mientras estaban sentados hablando así de la bondad del Venerable, el Maestro entró y, al preguntar, se le dijo el tema de su conversación. "Hermanos", dijo él, "un Hermano que sea el convertidor de una casa, debe acercarse a dicha casa sin causar molestia o disgusto, — así como la abeja cuando succiona el néctar de la flor; de la misma manera deben acercarse para declarar la excelencia del *Buddha*". Y en alabanza al Venerable Moggallāna, recitó esta estrofa:

Como las abejas, que no dañan el aroma ni el color de ninguna flor.
Pero, cargadas de su miel, vuelan lejos,
Así mimos, el sabio, dentro de un pueblo camina a través su trayecto¹.

Luego, para exponer aún más la bondad del Venerable, dijo: "Esta no es la primera vez, Hermanos, que Moggallāna ha convertido al avaro Tesorero. En otros tiempos también el Venerable lo convirtió y le enseñó cómo las acciones y sus efectos están vinculados". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

1. Este es el verso 49 del *Dhammapada*.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, había un tesorero, de nombre Illisa, que poseía una riqueza que ascendía a 80 *crores* y tenía todos los defectos que le corresponden a un hombre. Era cojo, encorvado y bizco; era un incrédulo inconverso y un avaro, que nunca daba de su tienda a nadie, ni lo disfrutaba él mismo; su casa era como un estanque frecuentado por demonios. Sin embargo, durante siete generaciones, sus antepasados habían sido generosos, ofreciendo desprendidamente lo mejor de sí mismos; pero, cuando se convirtió en tesorero, rompió con las tradiciones de su casa. Incendiando la casa de limosnas y expulsando a los pobres a golpes por sus puertas, atesoró sus riquezas.

Un día, cuando regresaba de asistir al Rey, vio a un paleta, que había viajado mucho y estaba cansado, sentado en un banco, y llenando una jarra de un cántaro de licor rancio, y bebiéndolo, con un bocado delicado de pescado seco y rancio como condimento. La vista hizo que el Tesorero sintiera sed de espíritus, pero pensó: [350] "Si yo bebo, otros querrán beber conmigo, y eso significaría un gasto ruinoso". Así que caminó, manteniendo su sed bajo control. Pero, a medida que pasaba el tiempo, ya no podía soportarlo; se puso tan amarillo como el algodón viejo; y las venas sobresalieron en su cuerpo hundido. Un día, al retirarse a su habitación, se acostó abrazado a su lecho. Su esposa se acercó a él y le frotó la espalda, mientras le preguntaba: "¿Qué le pasa a mi señor?"

(Lo que sigue debe contarse con las palabras de la historia anterior.) Pero, cuando ella a su vez dijo: "Entonces solo prepararé suficiente licor para mi señor", entonces él dijo: "Si hace el brebaje en la casa, habrá muchos en la guardia; así que enviar por los espíritus, sentarse y beberlo aquí, está fuera de discusión". Así que sacó un solo centavo y envió a un esclavo a buscarle una jarra de licores a la taberna. Cuando el esclavo regresó, lo hizo ir del pueblo a la orilla del río y dejó la jarra en un matorral remoto. "¡Ahora vete!" dijo él, e hizo esperar al esclavo a cierta distancia, mientras él llenaba su copa y bebía.

Ahora bien, el padre del Tesorero, quien por su caridad y otras buenas acciones había renacido como *Sakka* en el Reino de los *Devas*, en ese momento se preguntó si su generosidad aún se mantenía o no, y se dio cuenta de la interrupción de su generosidad, y del comportamiento de su hijo. Vio cómo su hijo, rompiendo las tradiciones de su casa, había quemado la casa de ofrendas hasta los cimientos, había echado a los pobres a golpes por sus puertas, y cómo, en su avaricia, temeroso de compartir con los demás, ese hijo había llegado a un matorral para beber solo. Conmovido por la visión, *Sakka* gritó: "Iré hacia él y le haré ver a mi hijo que todo acto posee sus consecuencias; trabajaré en su conversión y lo haré generoso y digno de renacer en el Reino de los *Devas*". Así que bajó a la tierra, y una vez más recorrió los caminos de los hombres, asumiendo la apariencia del propio Tesorero Illisa, con la cojera, la espalda torcida y los ojos bizcos como este último. De esta manera, entró a la ciudad de Rājagaha y se dirigió

a la puerta del palacio, donde ordenó que se anunciara su llegada al Rey. "Que se acerque", dijo el Rey; y él entró y se paró con la debida reverencia ante su majestad.

"¿Qué lo trae por aquí a esta hora inusual, Señor y Gran Tesorero?" dijo el Rey. "He venido, señor, porque tengo en mi casa ochenta *crores* en tesoros. Dígnese hacer que los lleven para llenar el tesoro real". "No, mi señor tesorero; [351] el tesoro dentro de mi palacio es mayor que ello". "Si usted, señor, no lo quiere, se lo daré a quien sea". "Hágalo por cualquier medio, tesorero", dijo el Rey. "Que así sea, señor", dijo el ficticio Illisa, mientras con la debida reverencia se marchaba de su presencia hacia la casa del Tesorero. Todos los sirvientes se reunieron a su alrededor, pero nadie podía decir que no fuese su verdadero amo. Al entrar, se paró en el umbral y mandó llamar al portero, a quien dio orden de que si alguien parecido a él apareciera y pretendiera ser el dueño de la casa, le dieran una fuerte paliza y lo echaran fuera. Luego, subió las escaleras hasta el piso superior, se sentó en un hermoso sofá y mandó llamar a la esposa de Illisa. Cuando ella llegó, él dijo con una sonrisa: "Querida, seamos generosos".

Ante estas palabras, la esposa, los hijos y los sirvientes pensaron: "Hace mucho tiempo que él no pensaba así. Hoy debe haber estado bebiendo para ser tan bondadoso y generoso". Y su esposa le dijo: "Sea tan generoso como quiera, esposo mío". "Envíe por el pregonero", dijo él, "y dígame que proclame a golpe de tambor por toda la ciudad que todos los que deseen oro, plata, diamantes, perlas y similares, deben venir a la casa de Illisa, el Tesorero." Su esposa hizo lo que se le ordenó, y una gran multitud pronto se reunió en su puerta cargando cestas y sacos. Entonces *Sakka* ordenó que se abrieran las recámaras del tesoro y gritó: "Éste es mi presente para vosotros; tomen lo que quieran y prosigan su camino". Y la multitud se apoderó de las riquezas allí almacenadas, y las amontonó sobre el suelo y llenó las bolsas y vasijas que habían traído, y se fueron con sus sacos cargados. Entre ellos estaba un ciudadano que unció los bueyes de Illisa al carruaje, lo llenó con las siete cosas de valor y salió de la ciudad por el camino real. Mientras avanzaba, se acercó a la espesura y cantó las alabanzas del Tesorero con estas palabras: "¡Que viva hasta los cien años, mi buen señor Illisa! Lo que ha hecho por mí este día me permitirá vivir sin trabajar nunca más. ¿De quién eran estos bueyes? — suyos. ¿De quién era este carruaje? — suyo. ¿De quién era la riqueza en el carruaje? vino únicamente de usted, mi señor".

Estas palabras llenaron de temor y temblor al Señor y Gran Tesorero. "Vaya, el tipo está mencionando mi nombre en sus palabras", se dijo a sí mismo. "¿Puede el Rey haber estado distribuyendo mi riqueza a la gente?" [352] Ante el mero pensamiento saltó del arbusto, y, reconociendo sus

propios bueyes y carreta, agarró a los bueyes por la cuerda y gritó: "Deténgase, compañero; estos bueyes y esta carreta me pertenecen". El hombre bajó de un salto de la carreta y exclamó enojado: "¡Sinvergüenza! Illisa, el Señor y Gran Tesorero, está regalando su riqueza a toda la ciudad. ¿Qué ha sucedido?" Y saltó sobre el Tesorero y lo golpeó en la espalda como un rayo, y se fue con la carreta. Illisa se levantó, temblando en cada miembro, se limpió el barro y, corriendo detrás de su carreta, la agarró. Nuevamente, el campesino se agachó y, agarrando a Illisa por el cabello, lo dobló y lo golpeó en la cabeza durante algún tiempo; luego, tomándolo por el cuello, lo arrojó por donde había venido y se alejó. Sereno por este rudo trato, Illisa se apresuró para volver a casa. Allí, al ver a la gente huir con el tesoro, se puso las manos sobre un hombre aquí y otro hombre allá, gritando: "¡Oiga! ¿Qué es esto? ¿El Rey me está despojando?" Y todos los hombres a los que ponía las manos encima lo derribaban. Magullado y dolorido, trató de refugiarse en su propia casa, cuando los porteros lo detuvieron con las palabras: "¡Oiga, bribón! ¿A dónde piensa que va?" Y primero golpeándolo fuertemente con bambúes, tomaron a su amo por la garganta y lo arrojaron a la intemperie. "No queda nadie más que el Rey para verme correctamente", gimió Illisa, y se dirigió al palacio. "¿Por qué, ¡oh! por qué, señor", exclamó, "me habéis saqueado así?"

"No, no fui yo, mi Señor Tesorero", dijo el Rey. "¿No vino usted mismo y declaró su intención de regalar su riqueza, si yo no lo aceptaba? ¿Y no envió al pregonero para cumplir su promesa?" "Oh, señor, en verdad no fui yo quien vino a usted en tal actitud. Vuestra majestad sabe cuán cercano e íntimo soy de su majestad, y cómo jamás daría ni la más mínima gota de aceite que una brizna de hierba tomaría. Quiera Vuestra Majestad enviar por el que haya dado mis bienes, e interrogarle sobre el asunto.

Entonces el Rey mandó llamar a *Sakka*. Y tan exactamente iguales eran los dos que ni el Rey ni su corte pudieron decir cuál era el verdadero Señor y Gran Tesorero. Entonces el avaro Illisa dijo: "¿Quién, señor, es este Tesorero? Yo soy el Tesorero".

"Bueno, realmente no puedo decir cuál es el verdadero Illisa", dijo el Rey. "¿Hay alguien que pueda distinguirlos con certeza?" "Sí, señor, mi esposa". Así que la esposa fue llamada y preguntó cuál de los dos era su esposo. Y ella dijo que *Sakka* era su esposo y se fue a su lado. [353] Luego, a su vez, trajeron a los hijos y sirvientes de Illisa y les hicieron la misma pregunta; y todos al unísono declararon que *Sakka* era el verdadero Señor y Gran Tesorero. Aquí se le pasó por la mente a Illisa que tenía una verruga en la cabeza, escondida entre su cabello, cuya existencia solo conocía su peluquero. Así que, como último recurso, pidió que llamaran a su peluquero para que lo identificara. Ahora bien, en este momento el *Bodhisatta* era su peluquero. En consecuencia, se mandó llamar al barbero y se le preguntó si

podía distinguir al real del falso Illisa. —Me daría cuenta, señor —dijo él—, si pudiera examinar sus cabezas. "Entonces mire las cabezas de ambos", dijo el Rey. ¡Al instante *Sakka* hizo que le saliera una verruga en la cabeza! Después de examinar a los dos, el *Bodhisatta* informó que, como ambos tenían la verruga en la cabeza, no podía decir cuál era el verdadero hombre. Y con eso pronunció esta estrofa:

Ambos entrecierran los ojos; se detienen; también son jorobados;
¡Y ambos tienen verrugas por igual!
No puedo decir de los dos el verdadero Illisa es cuál.

Al escuchar que su última esperanza le fallaba, el Señor y Gran Tesorero se echó a temblar; y tal fue su intolerable angustia por la pérdida de sus amadas riquezas, que cayó desmayado. Acto seguido, *Sakka* desplegó sus poderes trascendentales y, elevándose en el aire, se dirigió al Rey desde allí con estas palabras: "Yo no soy Illisa, ¡oh! Rey, sino *Sakka*". Luego, los que estaban alrededor limpiaron la cara de Illisa y le echaron agua. Recuperándose, se puso de pie y se inclinó hasta el suelo ante *Sakka*, Rey de los *Devas*. Entonces *Sakka* dijo: "Illisa, mía era la riqueza, no suya; yo soy su padre y usted es mi hijo. En mi vida fui generoso con los pobres y me regocijé en hacer el bien; por lo tanto, he ascendido a este alto estado y me he convertido en *Sakka*. No obstante, usted, que no sigue mis pasos, se ha vuelto mezquino y muy avaro; ha quemado mis ofrendas hasta los cimientos, ha expulsado a los pobres por las puertas y atesorado sus riquezas. Ni siquiera usted mismo disfruta de ellas, ni ningún otro ser humano; [354] sino que su provisión se ha vuelto como un estanque hechizado por los demonios, en el que nadie puede saciar su sed. No obstante, si usted reconstruye mi ofrenda y muestra generosidad a los pobres, será registrada su justicia. Pero, si no lo hace, entonces lo despojaré de todo lo que posea, y le partiré la cabeza con el rayo de *Indra*, y morirá".

Ante esta amenaza, Illisa, temblando por su vida, gritó: "De ahora en adelante seré generoso". Y *Sakka* aceptó su promesa y, todavía sentado en el aire, estableció a su hijo en los Preceptos y le predicó la Verdad, partiendo después a su propia morada. E Illisa fue diligente en dar ofrendas y realizar otras buenas acciones, y así aseguró su renacimiento a partir de entonces en el cielo.

"Hermanos", dijo el Maestro, "esta no es la primera vez que Moggallāna ha convertido al avaro Tesorero; en el pasado también el mismo hombre fue convertido por él". Su lección terminó, mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Este avaro Tesorero era el Illisa de aquellos días, Moggallāna era *Sakka*, el Rey de los *Devas*, Ānanda era el Rey y yo mismo el barbero".

[Nota. Con respecto a esta historia, véase un artículo del traductor en el *Journal of the Royal Asiatic Society* de Enero de 1892, titulado "*The Lineage of the 'Proud King'*".]



"*Le dio tiempo a los ladrones*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de cierto Ministro. Él, se dice, se congració con el Rey y, después de recolectar los ingresos reales en un pueblo fronterizo, arregló en secreto con una banda de ladrones que llevaría a todos los hombres del pueblo a la jungla, dejando el pueblo solo para que los delincuentes lo convirtieran en su botín, — con la condición de que le dieran la mitad del botín. En consecuencia, al amanecer, cuando el lugar quedó desprotegido, bajaron los ladrones, que mataron y se comieron al ganado, saquearon al pueblo y se fueron con su botín antes de que el Ministro regresara al atardecer con sus seguidores. Pero pasó muy poco tiempo antes de que su crimen se filtrara y llegara a oídos del Rey. Y el Rey mandó llamarlo, y, como su culpa fue manifiesta, fue degradado y otro jefe puesto en su lugar. Entonces el Rey fue adonde el Maestro en Jetavana y le contó lo que había sucedido. "Señor", el Bienaventurado dijo, "el hombre solo ha mostrado la misma disposición ahora que mostró en el pasado". Luego, a petición del Rey, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benarés, nombró a cierto ministro para que fuera el jefe de un pueblo fronterizo; y todo sucedió como en el caso anterior. Ahora bien, en aquellos días, el *Bodhisatta* estaba dando una vuelta por las aldeas fronterizas en una ruta mercante, [355] y había establecido su morada en una de esas aldeas. Y cuando el cacique hizo marchar a sus hombres de regreso al anochecer con el redoble de los tambores, exclamó: "Este sinvergüenza, que en secreto ha incitado a unos ladrones a saquear la aldea, ha esperado hasta que se marcharan a la jungla de regreso, y ahora vuelven redoblando tambores, fingiendo un feliz desconocimiento de cualquier cosa mala ocurrida en la aldea". Y, diciendo esto, pronunció esta estrofa:

Dio tiempo a los ladrones para conducir y matar
Al ganado, quemar las casas, capturar a la gente;
Y luego, con el redoble de los tambores, marchó de vuelta a casa,
— Un hijo no más, porque tal hijo está muerto¹.

De esa manera el *Bodhisatta* condenó al líder. No mucho después, la villanía fue detectada y el granuja fue castigado por el Rey tal como lo merecía su maldad.

1. La explicación del escoliasta es que un hijo que está tan perdido de toda decencia y vergüenza, deja ipso facto de ser un hijo, y que su madre no poseerá hijos incluso mientras su hijo todavía esté vivo.

"Esta no es la primera vez, señor", dijo el Rey, "que él ha tenido esta disposición; también fue así en el pasado". Su lección terminó, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "El líder de hoy era también el líder de aquellos días, y yo mismo, el hombre sabio y bueno que recitó la estrofa".



"*Te jactaste de tu destreza*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de cierto fanfarrón que había entre los Hermanos. La tradición dice que solía reunir a su alrededor a los Hermanos de todas las edades, y engañaba a todos con fanfarronerías sobre su noble ascendencia. "Ah, hermanos", decía, "no hay familia tan noble como la mía, no hay linaje tan incomparable. Soy un descendiente del más alto linaje principesco; ningún hombre es mi igual en nacimiento o estado ancestral; no existe absolutamente ningún oro, plata u otros tesoros que no poseamos. Nuestros propios esclavos y sirvientes son alimentados con arroz y guisos de carne, y están vestidos con las mejores ropas de Benares, con los perfumes más selectos de Benares; más ahora me he unido a la Hermandad, [356] tengo que contentarme con esta vil comida y este vil atuendo."

No obstante, otro Hermano, después de informarse sobre su patrimonio familiar, expuso a los Hermanos la vacuidad de su pretensión. Así que los Hermanos se reunieron en el Salón de la Verdad, y comenzó a hablarse de cómo ese Hermano, a pesar de sus votos de dejar las cosas mundanas y adherirse solo a la salvadora Verdad, estaba engañando a los Hermanos con sus jactancias ficticias. Mientras se discutía la pecaminosidad del compañero, el Maestro entró y preguntó cuál era su tema de conversación. Y se lo contaron. "No es la primera vez, hermanos", dijo el Maestro, "que este hombre anda jactándose; en tiempos pasados también anduvo jactándose y engañando a la gente". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* nació como un *brahmán* en una ciudad mercante en el país norte, y cuando creció, estudió con un maestro de fama mundial en Takkasilā. Allí aprendió los Tres Vedas y las Dieciocho Ramas del conocimiento y completó su educación. Y se hizo conocido como el Sabio y Pequeño Arquero. Dejando Takkasilā, llegó al país de Andhra en busca de experiencias prácticas. Ahora bien, sucedió que en este renacimiento el *Bodhisatta* era algo así como un pequeño y torcido enano, que pensaba: "Si hago mi aparición ante cualquier Rey, seguramente preguntará para qué serviría un enano como yo; ¿Por qué no habría de usar a un tipo alto y ancho como mi caballo de acecho y ganarme la vida a la sombra de la figura de la más imponente

personalidad?" Así que se dirigió al barrio de los tejedores, y allí vio a un enorme tejedor llamado Bhīmasena, lo saludó y le preguntó el nombre del hombre. "Bhīmasena' es mi nombre", dijo el tejedor. ¿Un hombre como tú trabaja en un oficio tan lamentable?" —"Es que no puedo ganarme la vida de otra manera". —"No teja más, amigo. Todo el continente no podría mostrar a un arquero como yo; pero los Reyes me despreciarían por ser un enano. Así que usted, amigo, debe ser el hombre que alardee de la destreza con el arco, y el Rey lo aceptará a sueldo [357] y lo hará ejercer su oficio con regularidad. Mientras tanto, estaré detrás de usted para cumplir con los deberes que se le encomienden, y así ganaré mi vida a su sombra. De esta manera ambos prosperaremos y saldremos adelante. Sólo haga lo que le diga". "Trato hecho", dijo el otro.

En consecuencia, el *Bodhisatta* llevó al tejedor con él a Benares, actuando como un pequeño paje de arco, y poniendo al otro al frente; y cuando estaban a las puertas del palacio, le hizo avisar al Rey de su llegada. Siendo convocados ante la presencia real, los dos entraron juntos y se inclinaron ante el Rey. "¿Qué lo trae por aquí?" dijo el Rey. "Soy un poderoso arquero", dijo Bhīmasena; "No hay arquero como yo en todo el continente". "¿Por qué pago le gustaría entrar a mi servicio?" —"Mil piezas por quincena, señor". "¿Quién es ese hombre suyo?" "Es mi pequeño paje, señor". "Muy bien, entre a mi servicio".

Entonces Bhīmasena entró al servicio del Rey; no obstante, era el *Bodhisatta* quien hacía todo el trabajo. Ahora bien, en aquellos días había un tigre en un bosque de Kāsi que bloqueaba una carretera frecuentada y había devorado a muchas víctimas. Cuando esto se le informó al Rey, envió a buscar a Bhīmasena y le preguntó si podía atrapar al tigre.

"¿Cómo podría llamarme arquero, señor, si no pudiese atrapar a un tigre?" El Rey lo despidió y lo envió al encargo. Y a la casa del *Bodhisatta* llegó Bhīmasena con las noticias. "Está bien", dijo el *Bodhisatta*; "Váyase lejos, amigo mío". "¿Pero no viene usted también?" "No, no iré, pero le diré un pequeño plan". "Por favor, dígamelo, amigo mío". "Bueno, no sea temerario y acérquese a la guarida del tigre solo. Lo que hará es reunir una banda fuerte de campesinos para marchar al lugar con mil o dos mil arcos; cuando sepa que el tigre esté molesto, lo hará saltar a la espesura y acuéstese boca abajo. La gente del campo matará al tigre a tiros, y tan pronto como esté completamente muerto, muerda una enredadera con los dientes y acérquese al tigre muerto, arrastrando la enredadera en su mano. A la vista del cuerpo muerto de la bestia, estallará con el grito: "¿Quién ha matado al tigre? Tenía la intención de atraparlo [358] con esta enredadera, como un buey, y llevarlo con el Rey, y con esta intención entré a la espesura para conseguir

204:1 El nombre significa "el que tiene o dirige un ejército terrible"; es el nombre del segundo *Pāṇḍava*.

una enredadera. Debo saber quién mató al tigre antes de poder volver con mi enredadera". Entonces la gente del campo se asustará mucho y lo sobornará para que no los denuncie ante el Rey; se le acreditará haber matado al tigre; y el Rey también os dará mucho dinero.

"Muy bien", dijo Bhīmasena; y se fue y mató al tigre tal como el *Bodhisatta* se lo había mostrado. Habiendo así hecho el camino seguro para los viajeros, regresó con un gran número de seguidores a Benares y le dijo al Rey: "He matado al tigre, señor; el bosque es seguro para los viajeros ahora". Complacido, el Rey lo colmó de presentes.

Otro día, llegó la noticia de que cierto camino estaba infestado de búfalos, y el Rey envió a Bhīmasena a matarlo. Siguiendo las instrucciones del *Bodhisatta*, mató al búfalo de la misma manera que al tigre y regresó con el Rey, quien una vez más le dio mucho dinero. Ahora bien, convertido en un gran señor, embriagado por sus nuevos honores, comenzó a tratar al *Bodhisatta* con desprecio y se mofó al no seguir su consejo, diciendo: "Puedo seguir adelante sin ti. ¿Cree que no haya nadie más como usted?" Esto y muchas otras cosas duras le dijo al *Bodhisatta*.

Ahora bien, unos días más tarde, un Rey hostil marchó sobre Benares y lo asedió, enviando un mensaje al Rey convocándolo a entregar su reino o a la lucha. Y el Rey de Benares ordenó a Bhīmasena que lo combatiera. Así que Bhīmasena se armó cap-à-pie al estilo militar y montó en un elefante de guerra enfundado en una armadura completa. El *Bodhisatta*, que estaba seriamente alarmado de que Bhīmasena pudiera ser asesinado, también se armó cap-à-pie y se sentó modestamente detrás de Bhīmasena. Rodeado por una hueste, el elefante salió por las puertas de la ciudad y llegó al frente de la batalla. A las primeras notas del tambor marcial, Bhīmasena cayó temblando de miedo. "Si cae ahora, lo matarán", dijo el *Bodhisatta*, y en consecuencia ató una cuerda alrededor de él, que sostuvo con fuerza, para evitar que se cayera del elefante. Pero la vista del campo de batalla resultó demasiado para Bhīmasena, y el miedo a la muerte era tan fuerte en él que golpeó el lomo del elefante. "Ah", dijo el *Bodhisatta*, "el presente no concuerda con el pasado. Entonces afectaste al guerrero; ahora su destreza se limita a ensuciar al elefante que monta". Y diciendo esto, pronunció esta estrofa:

[359] Se jactó de sus proezas, y en voz alta fue su jactancia;
 ¡Juró que vencería al enemigo!
 Pero, señor ¿es coherente, enfrentar a su anfitrión,
 Para desahogar así su emoción?

Cuando el *Bodhisatta* terminó con estas burlas, dijo: "Pero no tenga miedo, amigo mío. ¿No estoy aquí para protegerlo?" Luego hizo que Bhīmasena se bajara del elefante y le pidió que se lavara y se fuera a casa. "Y ahora para ganar renombre este día", dijo el *Bodhisatta*, levantó su

grito de batalla mientras se lanzaba a la pelea. Rompiendo el campamento del Rey, arrastró al Rey y lo llevó vivo hasta Benares. Con gran alegría por su proeza, su amo real lo colmó de honores, y de ahí en adelante toda la India resonó con la fama del Sabio y Pequeño Arquero. A Bhīmasena le ofreció generosidad y lo envió de regreso a su propia casa; mientras que él mismo sobresalió en caridad y en todas las buenas acciones, ya su muerte falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

"Así, Hermanos", dijo el Maestro, "esta no es la primera vez que este Hermano ha sido un fanfarrón; también lo fue en el pasado". Su lección terminó, el Maestro mostró la conexión e identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano fanfarrón era el Bhīmasena de aquellos días, y yo mismo el Sabio y Pequeño Arquero".



[360] "*Bebimos*". — Esta historia fue contada por el Maestro sobre el Venerable Sāgata, mientras vivía en el parque Ghosita cerca de Kosambī.

Ya que, después de pasar la temporada de lluvias en Sāvatti, el Maestro llegó en una peregrinación de ofrendas a una ciudad mercante llamada Bhaddavatikā, donde pastores de vacas, cabreros, granjeros y viajeros le suplicaron respetuosamente que no bajara a la Balsa de Mango; "porque", dijeron ellos, "en la Balsa de Mango, en la propiedad de los ascetas desnudos, habita un *Nāga* venenoso y mortal, conocido como el *Nāga* de la Balsa de Mango, que podría dañar al Bienaventurado". Fingiendo no escucharlos, aunque ellos repitieran su advertencia tres veces, el Bienaventurado siguió su camino. Mientras el Bienaventurado moró cerca de Bhaddavatikā en cierto bosque, el Venerable Sāgata, un sirviente del *Buddha*, que había desarrollado tales poderes sobrenaturales como los que puede poseer un mundano, fue a la propiedad mencionada, amontonó un lecho de hojas en el lugar donde moraba el Rey *Nāga*, y se sentó sobre él con las piernas cruzadas. Al no poder ocultar su naturaleza malvada, el *Nāga* levantó una gran columna de humo. Lo mismo hizo el Venerable. Entonces el *Nāga* envió llamas. Lo mismo hizo el Venerable. Pero, mientras que las llamas del *Nāga* no dañaban al Venerable, las llamas del Venerable sí dañaron al *Nāga*, y así en poco tiempo dominó al Rey *Nāga* y lo estableció en los Refugios y los Preceptos, después de lo cual se reunió de nuevo con el Maestro. Y el Maestro, después de morar todo el tiempo que le plació en Bhaddavatikā, se dirigió a Kosambī. Ahora bien, la historia de la conversión del *Nāga* por parte de Sāgata se había difundido por todo el país, y la gente del pueblo de Kosambī salió a encontrarse con el Bienaventurado y lo saludó, después de lo cual se dirigieron al Venerable Sāgata y, saludándolo, dijeron: "Díganos, señor, lo que le falta y se lo proporcionaremos". El Venerable mismo permaneció en

silencio; pero los seguidores de los Seis Malvados¹ respondieron de la siguiente manera: — "Señores, para aquellos que han renunciado al mundo, el alcohol blanco es tan raro como aceptable. ¿Creen que podrían conseguirle al Venerable algún alcohol blanco y claro?" "Seguro que podremos", dijo la gente del pueblo, e invitó al Maestro a comer con ellos el próximo día. Luego regresaron a su propio pueblo e hicieron arreglos para que cada uno en su propia casa ofreciera alcohol blanco y claro al Venerable, y en consecuencia, todos se acomodaron en una tienda e invitaron al Venerable a entrar y lo llenaron de licor, casa por casa. Tan profundos eran sus brebajes que, al salir de la ciudad, el Venerable cayó postrado en la entrada y allí se quedó hipando sin sentido. En su camino de regreso de su comida en la ciudad, el Maestro se encontró con el Venerable recostado en dicho estado, y ordenando a los Hermanos que llevaran a Sāgata a casa, [361] pasó de camino al parque. Los Hermanos recostaron al Venerable con la cabeza ante los pies del *Buddha*, pero él se dio la vuelta y quedó tendido con los pies hacia el *Buddha*. Entonces el Maestro hizo su pregunta: "Hermanos, ¿Ahora Sāgata muestra este respeto hacia mí tal como lo hizo anteriormente?" "No señor." "Díganme, hermanos, ¿quién fue el que dominó al Rey *Nāga* de la Balsa de Mango?" "Fue Sāgata, señor". "¿Creen que en su estado actual Sāgata podría engañar incluso a una serpiente de agua inofensiva?" — "Pensamos que no podría, señor". "Bueno, hermanos, ¿es correcto beber lo que, cuando se beba, arruine los sentidos de un hombre?" "Es impropio, señor". Ahora bien, después de haber discutido con los Hermanos en desprecio al Venerable, el Bienaventurado estableció como precepto que beber bebidas embriagantes era una ofensa que requería confesión y absolución; después de lo cual se levantó y se dirigió a su recámara perfumada.

Reunidos en el Salón de la Verdad, los Hermanos discutieron el pecado de beber bebidas alcohólicas, diciendo: "Qué gran pecado es beber bebidas alcohólicas, señores, ya que ha cegado a una excelencia del *Buddha*, a alguien tan sabio y dotado, a alguien inclusive como el Venerable Sāgata". Al entrar en el Salón de la Verdad en ese instante, el Maestro preguntó sobre qué tema estaban discutiendo; y le respondieron. "Hermanos", dijo él, "ésta no es la primera vez que aquellos que han renunciado al mundo tengan deseos por los sentidos bebiendo licores; lo mismo sucedió en el pasado". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* renació en una familia de *brahmanes* al norte de Kāsi; y cuando creció, renunció al mundo por una vida de ermitaño. Obtuvo los Logros y los Conocimientos Superiores, moró en la dicha de la Sabiduría en los Himalayas, con quinientos discípulos a su alrededor. Una vez, cuando llegó la estación de lluvias, sus discípulos le dijeron: "Maestro, ¿podemos ir a los lugares frecuentados por los hombres y traer sal y vinagre?" "Por mi parte, señores, me quedaré aquí; pero pueden ir por el bien de su salud y regresar cuando termine la estación de lluvias".

— Muy bien — dijeron ellos, y despidiéndose respetuosamente de su amo, llegaron a Benares, donde se instalaron con la realeza. A la mañana siguiente fueron en busca de ofrendas a un pueblo en las afueras de las puertas de la ciudad, donde tuvieron mucho para comer; y al día siguiente se dirigieron a la misma ciudad. Los amables ciudadanos les dieron ofrendas, y pronto se informó al Rey que quinientos ermitaños de los Himalayas habían

1. Véase la nota 1 en la página 71.

tomado su morada en los jardines reales, y que eran ascetas de gran austeridad, que sometían a la carne, y poseedores de gran virtud. Al enterarse de este buen carácter de esta congregación, el Rey fue a los jardines y gentilmente les dio la bienvenida [362] para permanecer allí durante cuatro meses. Prometieron que lo harían, y de ahí en adelante fueron alimentados por el palacio real y alojados en el jardín. No obstante, un día se llevó a cabo un festival de bebidas en la ciudad, y el Rey les dio a los quinientos ermitaños una gran provisión de los mejores licores, sabiendo que tales cosas rara vez se interponían en el sendero de aquellos que renuncian al mundo y a sus vanidades. Los ascetas bebieron el licor y volvieron al jardín. Allí, en la hilaridad ebria, algunos bailaron, algunos cantaron, mientras que otros, cansados de bailar y cantar, patearon sus cestas de arroz y otras pertenencias, después de lo cual se recostaron a dormir. Cuando se hubieron dormido de su borrachera y se despertaron para ver las huellas de su jolgorio, sollozaron y se lamentaron, diciendo: "Hemos hecho lo que no deberíamos haber hecho. Hemos hecho este mal porque estamos lejos de nuestro amo". Inmediatamente, abandonaron el jardín y regresaron a los Himalayas. Dejando a un lado sus cuencos y otras pertenencias, saludaron a su maestro y tomaron asiento. "Bueno, hijos míos", dijo él, "¿estuvieron cómodos en medio de las viviendas de los hombres, y se ahorraron los fatigosos viajes en busca de ofrendas? ¿Vivieron en unidad unos con otros?"

"Sí, maestro, estábamos cómodos; pero bebimos una bebida prohibida, de modo que, perdiendo los sentidos y olvidándonos de nosotros mismos, bailamos y cantamos". Y para exponer el asunto, compusieron y repitieron esta estrofa:

Bebimos, bailamos, cantamos, lloramos; estuvo bien
Que, cuando bebiéramos el trago que roba
Los sentidos, no nos hayamos transformado en simios.

"Esto es lo que seguramente les sucederá a aquellos que no vivan bajo el cuidado de un maestro", dijo el *Bodhisatta*, reprendiendo a esos ascetas; y los exhortó diciendo: "De ahora en adelante, nunca más hagáis tal cosa". Viviendo con Sabiduría intacta, quedó destinado a renacer a partir de entonces en el Reino *Brahmā*.

[363] Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos (y en adelante omitiremos las palabras 'mostró la conexión'), diciendo: "Mis discípulos eran la congregación de ermitaños de aquellos días, y yo su maestro".



"No hay que habitar más". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano obstinado. Los incidentes de este Renacimiento, que tuvo lugar en los días del *Buddha* Kassapa, se relatarán en el Décimo Libro del *Mahā-Mittavindaka Jātaka*¹.

Entonces el *Bodhisatta* pronunció esta estrofa: —

No hay que habitar más en palacios aislados,
De cristal, de plata o de gemas resplandecientes, —
Con un tocado de pedernal están investidos ahora;
Ni cesará nunca su enrejado tormento
hasta que todos sus pecados sean purgados y la vida termine.

Dicho esto, el *Bodhisatta* falleció para ascender en su propia morada entre los *Devas*. Y Mittavindaka, habiéndose puesto ese tocado, sufrió un doloroso tormento hasta que su pecado hubo sido consumido y falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos, diciendo: "Este Hermano obstinado era el Mittavindaka de aquellos días, y yo mismo el Rey de los *Devas*".



"Un amigo es él". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un amigo de Anātha-piṇḍika. La tradición dice que los dos habían hecho, de niños, pasteles de barro juntos y habían ido juntos a la misma escuela; pero, con el paso de los años, el amigo, cuyo nombre era 'Maldición', se sumió en una gran angustia porque no podía ganarse la vida de ningún modo. Así que visitó al hombre rico, que era bueno con él, y éste le contrató para que cuidara de todos sus bienes; así que el pobre amigo fue contratado por Anātha-piṇḍika y hacía todos sus negocios por él. Después de haber subido a casa del hombre rico, era común escuchar: "Levántezee, Maldición", o "Siéntese, Maldición", o "Cene, Maldición".

1. No. 439. Ver No. 41, y *Divyāvadāna*, p. 603, etc.

Un día, los amigos y conocidos del Tesorero lo visitaron y le dijeron: "Señor Tesorero, no permita que este tipo de cosas sucedan en su casa. Es suficiente hasta para asustar a un ogro escuchar exclamaciones tan nefastas como: 'Levántese, Maldición' o 'Siéntese, Maldición' o 'Cene, Maldición'. El hombre no es su equivalente social; es un miserable, alguien perseguido por la desgracia. ¿Por qué tener algo que ver con él? "No es así", respondió Anātha-piṇḍika; "un nombre sólo sirve para designar a un hombre, y los sabios no miden a un hombre por su nombre; ni es propio volverse supersticioso sobre simples sonidos. Nunca desecharé, por su simple nombre al amigo con quien solían hacer pasteles de barro cuando era niño". Y rechazó su consejo.

Un día el gran hombre partió a visitar un pueblo del que era cacique, dejando al otro a cargo de la casa. Al enterarse de su partida, ciertos ladrones decidieron irrumpir en la casa; y armándose hasta los dientes, la rodearon durante la noche. No obstante, 'Maldición' sospechó que los ladrones podrían aparecer, y se sentó aguardando por ellos. Y cuando supo que habían llegado, corrió como para despertar a su gente, con el mandando que uno tocara la caracola, otro tocara el tambor, hasta que toda la casa se llenase de ruido, como si estuviera despertando a todo un ejército de sirvientes. Entonces los ladrones dijeron: "La casa no está tan vacía como nos dijeron; el amo debe estar en casa". Arrojando sus piedras, garrotes y otras armas, huyeron para salvar sus vidas. Al día siguiente se produjo una gran alarma al ver todas las armas abandonadas esparcidas por la casa; y Maldición fue elogiado hasta los cielos con aclamaciones como: "Si la casa no hubiera sido patrullada por alguien tan sabio como este hombre, los ladrones simplemente habrían entrado a su antojo y habrían saqueado la casa. El Tesorero debe este golpe de buena suerte a su fiel amigo". Y en cuanto el mercader volvió de su aldea, se apresuraron a contarle toda la historia. "Ahá", dijo él, "éste es el fiel guardián de mi casa de quien querían que me deshiciera. Si hubiera seguido vuestro consejo y me hubiese deshecho de él, hoy sería un mendigo. No es el nombre sino el corazón interno que hace a un hombre." Diciendo esto, aumentó su salario. Y pensando que aquí había una buena historia [365] que contar, fue adonde el Maestro y le dio un relato completo de todo lo ocurrido, de principio a fin. "Esta no es la primera vez, señor", dijo el Maestro, "que un alguien llamado Maldición haya salvado la riqueza de su amigo de los ladrones; algo similar también sucedió en el pasado". Luego, a petición de Anātha-piṇḍika, el *Bhagavā* contó esta historia del pasado.

Una vez cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* era un Tesorero de gran renombre; y tenía un amigo cuyo nombre era Maldición, y así sucesivamente como en la historia anterior. Cuando al regresar de su finca, el *Bodhisatta* escuchó lo que había sucedido, y entonces dijo a sus amigos: "Si hubiera seguido vuestro consejo y me hubiera deshecho de mi fiel amigo, hoy sería un mendigo". Y repitió esta estrofa: —

Amigo es el que hará siete pasos
Para ayudarnos¹; doce días atestiguan la verdad del camarada.
Quince días o un mes de lealtad probada
Lo hace alguien de confianza, más tiempo una segunda alma.
—Entonces, ¿cómo podría yo, que todos estos años he conocido
a este Amigo mío, ser sabio rechazando a Maldición?

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Ānanda era Maldición en aquellos días, y yo mismo el Tesorero de Benares".



1. Véase "Old Indian Poetry" de Griffith, p. 27; y la regla de Pāṇini, v. 2. 22.

"*Busca salud*". — Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un muchacho que era sabio en asuntos relacionados con el bienestar espiritual. Cuando tenía sólo siete años, el niño, que era hijo de un tesorero muy rico, manifestó una gran inteligencia y ansiedad por su bienestar espiritual; y un día acudió a su padre para preguntarle cuáles eran los Senderos que conducían al bienestar espiritual. El padre no pudo responder, pero pensó: "Ésta es una pregunta muy difícil; desde el cielo más elevado hasta el infierno más profundo no hay nadie que pueda responderla, excepto el *Buddha* que todo lo sabe". Así que llevó al niño con él a Jetavana, con una cantidad de perfumes, flores y ungüentos. Llegado allí, hizo reverencia al Maestro, inclinándose ante él, y sentándose a un lado, habló así al Bienaventurado: — "Señor, este muchacho mío, que es inteligente y está ansioso por su bienestar espiritual, me ha preguntado cuáles son los Senderos que conducen hacia el bienestar espiritual; y como no sabía la respuesta, acudí a su reverencia. Concédanos, ¡oh! Bienaventurado, resuelva esta cuestión". "Hermano laico", dijo el Maestro, "esta misma pregunta me la hizo este mismo niño en tiempos pasados, y yo se la respondí. Sabía la respuesta en aquella época, pero ahora la ha olvidado debido a los cambios del renacimiento". Luego, a pedido del padre, contó esta historia del pasado.

Una vez cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* era un tesorero muy rico; y tuvo un hijo que con sólo siete años manifestó gran inteligencia y ansiedad por su bienestar espiritual. Un día, el niño se acercó a su padre para preguntarle cuáles eran los Senderos que conducían al bienestar espiritual. Y su padre le respondió pronunciando esta estrofa: —

Busque Salud, el bien supremo; sea virtuoso;
Escuche a los ancianos; aprenda de las escrituras;
Ajústese a la Verdad; y destruya las ataduras del Apego.

— Ya que estos seis Senderos conducen principalmente hacia el Bienestar.

[367] De esta manera respondió el *Bodhisatta* a la pregunta de su hijo sobre los Senderos que conducían al bienestar espiritual; y el niño de ahí en adelante siguió esas seis reglas. Después de una vida dedicada a la generosidad y otras buenas acciones, el *Bodhisatta* falleció para vivir a partir de entonces de acuerdo con sus méritos.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Este niño también era el niño de aquellos días, y yo mismo el Señor Tesorero".



“Así como comían”. Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano concupiscente. La tradición dice que hubo un descendiente de una buena familia que entregó su corazón a la doctrina de *Buddha* y se unió a la Hermandad. Pero un día, mientras estaba haciendo su ronda de ofrenda en Sāvātthi, sintió concupiscencia al ver a una mujer bellamente vestida. Al ser llevado por sus maestros y directores ante el Maestro, admitió en respuesta a las preguntas del Bienaventurado que el espíritu de la concupiscencia había entrado en él. Entonces el Maestro dijo: “Verdaderamente, los cinco deseos de los sentidos son dulces a la hora del verdadero placer, hermano; pero este placer (que implica las miserias del renacimiento en el infierno y otros estados perversos) es como comer del fruto del árbol Qué-fruto. Muy hermoso a la vista es el árbol Qué-fruto, muy fragante y dulce; pero cuando se come, atormenta las entrañas y produce la muerte. En el pasado, por ignorancia [368] sobre su naturaleza maligna, una multitud de hombres, seducidos por la belleza, la fragancia y la dulzura del fruto, comieron de él hasta morir”. Dicho esto, el *Bhagavā* contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benarés, el *Bodhisatta* cobró vida como líder de una caravana. Una vez, cuando viajaba con quinientos carruajes de este a oeste, llegó a las afueras de un bosque. Reuniendo a sus hombres, les dijo: — “En este bosque crecen árboles que dan frutos venenosos. Que nadie coma ningún fruto desconocido sin antes consultarme”. Cuando hubieron atravesado el bosque, llegaron a la otra orilla cerca de un árbol de fruta blanca con sus ramas dobladas hacia abajo cargado de frutas. En forma, olor y sabor, su tronco, ramas, hojas y frutos se asemejaba a un mango. Tomando al árbol, por su apariencia engañosa y demás, como el de un mango, algunos arrancaron la fruta y comieron; pero otros dijeron: “Hablemos primero con nuestro líder antes de comer”. Y estos últimos, arrancando el fruto, esperaron a que el *Bodhisatta* llegara. Cuando llegó, les ordenó que arrojaran la fruta que habían arrancado, y les administró un emético a los que ya lo hubiesen comido. De estos últimos, algunos se recuperaron; pero los que habían sido los primeros en comer, murieron. El *Bodhisatta* llegó a su destino a salvo y vendió sus mercancías obteniendo ganancia, después de lo cual viajó de regreso a casa. Después de una vida dedicada a la caridad y otras buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Fue cuando hubo contado esta historia, que el Maestro, como *Buddha*, pronunció esta estrofa: —

Así como morían los que comieron el árbol *Qué-fruto*, así también las pasiones,
 Cuando están maduras, matan al que no conozca su dolor.
 Se reproducen en adelante, rebajándose en actos lujuriosos.

Habiendo mostrado así como las pasiones, que son tan dulces a la hora de la fruición, terminan por matar a sus devotos, el Maestro predicó las Cuatro Nobles Verdades, al final [369] de las cuales el Hermano concupiscente se convirtió y consumó el Fruto del Primer Sendero. Del resto de los seguidores del *Buddha*, algunos consumaron el Primero, algunos el Segundo y algunos el Tercer Sendero, mientras que nuevamente otros se convirtieron en *Arahats*.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Mis discípulos eran la gente de la caravana en aquellos días, y yo su líder".



"*Nada puede compararse*". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un *brahmán* que puso a prueba la reputación de su bondad. Este Hermano, que era mantenido por el Rey de Kosala, había procurado los Tres Refugios; guardaba los Cinco Preceptos y estaba versado en los Tres Vedas. "Éste es un buen hombre", pensó el Rey, y le mostró un gran honor. Pero ese hermano pensó: "El Rey me honra más que a otros *brahmanes*, y ha manifestado su gran consideración al hacerme su director espiritual. Pero, ¿su favor se debe a mi bondad o solo a mi nacimiento, linaje, familia, país y logros? Debo aclarar esto sin demora". En consecuencia, un día, cuando salía del palacio, tomó espontáneamente una moneda del mostrador de un tesorero y siguió su camino. Tal era la veneración del tesorero por el *brahmán* que se sentó perfectamente quieto y no dijo ni una sola palabra. Al día siguiente, el *brahmán* tomó dos monedas; pero aun así el oficial no hizo ninguna protesta. El tercer día el *brahmán* tomó un puñado entero de monedas. "Éste ha sido el tercer día", exclamó el tesorero, "que le ha robado a Su Majestad"; y gritó tres veces: "He cogido al ladrón que roba su tesoro". Llegó una multitud de personas de todos lados, gritando: "Ah, durante mucho tiempo se ha estado haciendo pasar por un modelo de bondad". Y dándole dos o tres golpes, lo llevaron ante el Rey. Con gran tristeza, el Rey le dijo: "¿Qué lo llevó, *brahmán*, a hacer algo tan perverso?" Y dio órdenes, diciendo: "Sáquenlo y castíguenlo". "No soy un ladrón, señor", dijo el *brahmán*. "Entonces, ¿por qué tomó dinero del tesoro?" "Porque su majestad me mostraba un gran honor, señor, y porque me propuse averiguar si ese honor se rendía a mi nacimiento y cosas por el estilo o solo a mi bondad. Ésa fue mi motivación, y ahora sé con certeza (por cuanto me manda castigar) que fue por mi bondad y no mi por nacimiento y otras ventajas, lo que me ganó el favor de Vuestra Majestad. Ahora sé también que tal bien [370] jamás podré conseguir en esta vida como un

laico, viviendo en medio de los placeres pecaminosos. Por lo tanto, este mismo día quisiera ir adonde al Maestro en Jetavana y renunciar al mundo en virtud de la Hermandad. Concédame su permiso, señor". Con el consentimiento del Rey, el *brahmán* partió hacia Jetavana. Sus amigos y parientes en conjunto trataron de desviarlo de su propósito, pero, viendo que sus esfuerzos eran en vano, lo dejaron solo. Llegó adonde el Maestro y pidió ser admitido a la Hermandad. Después de la admisión a la orden inferior y superior, obtuvo mediante la aplicación de la sabiduría espiritual la consumación del estado de *Arahat*, por lo que se acercó al Maestro, diciendo: "Señor, mi unión a la Orden ha dado lugar al Fruto Supremo, lo que significa que he consumado el estado de *Arahat*". Al escuchar esto, los Hermanos, reunidos en el Salón de la Verdad, hablaron entre sí sobre las virtudes del capellán del Rey que puso a prueba la reputación de su propia bondad y que, dejando al Rey, ahora se había consumado como un *Arahat*. Al entrar al Salón, el Maestro preguntó de qué estaban hablando los Hermanos, y ellos le dijeron: "No sin precedentes, Hermanos", dijo él, "es la acción de este *brahmán* al poner a prueba la reputación de su bondad y la de trabajar por su salvación después de renunciar al mundo. Lo mismo también fue hecho por los sabios y buenos del pasado". Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* fue su capellán, un hombre dado a la caridad y otras buenas acciones, cuya mente estaba puesta en la rectitud, manteniendo siempre intactos los Cinco Preceptos. Y el Rey lo honró más allá que a otros *brahmanes*; y todo sucedió tal como se mencionó anteriormente.

Pero, cuando el *Bodhisatta* estaba siendo llevado atado ante el Rey, llegó donde algunos encantadores de serpientes estaban exhibiendo a una serpiente, ellos la agarraron por la cola y la garganta y la ataron alrededor de sus cuellos. Al ver esto, el *Bodhisatta* rogó a los hombres que desistieran, porque la serpiente podría morderlos y acortar sus vidas. "*Brahmán*", respondieron los encantadores de serpientes, "esta es una cobra buena y de buen comportamiento; no es malvada como su persona, que por maldad y mala conducta están siendo llevado bajo custodia".

Entonces el *Bodhisatta* Pensó: "Incluso las cobras, si no muerden o hieren, son llamadas 'buenas'. ¡Cuánto más debe ser así con los que han llegado a ser seres humanos! En verdad, es justamente esta bondad la que resultará siendo lo más excelente en todo el mundo, y [371] no hay nada que pueda llegar a superarla". Luego fue llevado ante el Rey. "¿Qué es esto, mis amigos?" dijo el Rey. "Aquí hay un ladrón que ha estado robando el tesoro de su majestad". "Sáquenlo y ejecútenlo". "Señor", dijo el *brahmán*, "no soy un ladrón". "Entonces, ¿cómo es que tomó el dinero?" A continuación, el *Bodhisatta* respondió precisamente como se hizo anteriormente, terminando de la siguiente manera: "Ésta es entonces la razón por la que he llegado a la conclusión de que la bondad es la cosa más elevada y excelente en todo el mundo. Pero sea como fuere, sin embargo, dado que la cobra, cuando no muerde ni hiere, puede llamársele simplemente 'buena' y nada más, por esta

razón también, es sólo la bondad, la más elevada y excelente de todas las cosas". Luego, en alabanza a la bondad, pronunció esta estrofa: -

Nada puede compararse a la Bondad;
 Todo el mundo no podría con su espectáculo igualar. Hasta una mala cobra,
 Si los hombres la toman como 'buena', se salvará de la muerte.

Después de predicar la verdad al Rey en esta estrofa, el *Bodhisatta*, abjurando de todas las lujurias y renunciando al mundo por la vida de un ermitaño, se dirigió a los Himalayas, donde desarrolló los Ocho Logros y los cinco Conocimientos, ganándose la esperanza segura del renacimiento a partir de entonces en el Reino *Brahmā*.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Mis discípulos eran los seguidores del Rey de aquellos días, y yo mismo era el capellán del Rey".

[Nota. Compárese con los números 290, 330 y 362; y véase *Études sur le Játaka* de Feer.]



"*Quien renuncie*". —Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú acerca de un *brahmán* que era experto en los pronósticos [372] que se pueden sacar de los pedazos de tela'. La tradición dice que en Rājagaha moraba un *brahmán* quien era supersticioso y tenía puntos de vista equívocos, sin ninguna creencia en las Tres Gemas. Este *brahmán* era muy rico y acaudalado, abundante en sustancias; no obstante, una vez un ratón hembra mordisqueó un traje suyo, que estaba tirado en un arcón. Un día, después de bañarse por completo, pidió este traje y luego le contaron el estrago que había hecho el ratón. "Si estas ropas se quedan en la casa", pensó, "traerán mala suerte; una cosa tan nefasta seguramente traerá una maldición. Está fuera de cuestión dárselas a cualquiera de mis hijos o sirvientes; porque cualquiera que los reciba traerá la desgracia a todos a su alrededor. Debo hacer que las arrojen en un osario²; pero ¿cómo? No puedo entregárselas a los sirvientes, porque podrían codiciarlas y guardarlas, para ruina de mi casa; mi hijo debe tomarlas". Así que llamó a su hijo y, contándole todo el asunto, le ordenó que tomara sus ropas en un palo, sin tocarlas con la mano, y las arrojara en un osario. Entonces el hijo debía bañarse por completo y regresar. Ahora esa mañana, al amanecer del día, el Maestro mirando

1. Cf. con *Tevijja Sutta* traducido por Rhys Davids en "*Buddhist Suttas*", p. 197.

2. Un *āmaka-susāna* era un espacio abierto o bosquecillo en el que se exponían los cadáveres para que los comieran las bestias salvajes, a fin de que la tierra no fuera profanada. Cf. el Parsi '*Towers of Silence*'.

alrededor para ver qué personas podían ser conducidas a la verdad, se dio cuenta de que el padre y el hijo estaban predestinados para alcanzar la salvación. Así que tomó la apariencia de un cazador en camino a su caza hacia el osario, y se sentó en la entrada, emitiendo los rayos de seis colores que también distinguen a un *Buddha*. Pronto llegó al lugar el joven *brahmán*, llevando con cuidado el traje tal como su padre se lo había ordenado, en la punta de su bastón, como si tuviera que llevar una serpiente de su casa.

"¿Qué está haciendo, joven *brahmán*?" preguntó el Maestro.

"Mi buen Gotama",¹ fue la respuesta, "este traje, roído por los ratones, es como la mala suerte personificada, y tan mortal como si estuviera empapada de veneno; por lo que mi padre, temiendo que un criado pueda codiciar y guardar el traje, me ha enviado con él. Le prometí que lo tiraré y después me bañaría, y ése es el encargo que me ha traído hasta aquí. "Tire el traje, entonces", dijo el Maestro; y el joven *brahmán* así lo hizo. "Simplemente me vendrá bien", dijo el Maestro, mientras recogía el traje lleno de destinos ante los ojos del joven, a pesar de las advertencias serias de este último y las repetidas súplicas para que no lo tomara; y entonces partió en dirección hacia el bosque de bambú.

El joven *brahmán* corrió a casa a toda prisa para contarle a su padre cómo el sabio Gotama había declarado que el traje le sentaría bien y cómo había persistido, a pesar de todas las advertencias contrarias, en llevarse el traje con él al Bosque de Bambú. "Esas ropas", pensó el *brahmán*, "están hechizadas y malditas. Incluso el sabio Gotama no podría usarlas sin que le ocurra una destrucción; y eso me desacreditaría. Le daré al Sabio otras prendas en abundancia y haré que tire ese traje". Entonces, con una gran cantidad de ropajes, partió en compañía de su hijo hacia el Bosque de Bambú. Cuando se encontró con el Maestro, se paró respetuosamente a un lado y habló así: "¿Es verdad, según he oído, que su reverencia, mi buen Gotama, [373] recogió un traje en el cementerio?" "Muy cierto, *brahmán*". "Mi buen Gotama, ese traje está maldito; si lo usa, se destruirá. Si necesita ropajes, tome estos y tire ese traje". "*Brahmán*", respondió el Maestro, "por profesión abierta he renunciado al mundo, y estoy contento con los harapos que yacen al borde de la carretera o en los lugares de baño, o que se tiren en montones de basura o en cementerios. Mientras que usted sostiene esas supersticiones de antaño, así como la de ahora". Dicho esto, a petición del *brahmán*, contó esta historia del pasado.

Una vez, en la ciudad de Rājagaha, en el reino de Magadha, reinaba un justo Rey. En aquellos días, el *Bodhisatta* volvió a la vida como un *brahmán* del Noroeste. Al crecer, renunció al mundo por la vida de ermitaño, desarrolló los Logros y los Conocimientos, y se fue a vivir a los Himalayas. En una ocasión, volviendo de los Himalayas y fijando su morada en el jardín del Rey, iba al segundo día a la ciudad a recoger ofrendas. Al verlo, el Rey lo hizo llamar al palacio y allí le proporcionó un asiento y comida, exigiéndole la promesa de que tomase su morada en el jardín. Así que el *Bodhisatta* comenzó a recibir su comida en el palacio y morar en sus jardines.

1. En *Pāli*, *bho Gotama*, —una forma de tratamiento familiar. Los *brahmanes* siempre se representan presumiendo de decir *bho* al *Buddha*.

Ahora bien, en aquellos días vivía en esa ciudad un *brahmán* conocido como el Presagiador de Ropajes. Y tenía en un arcón un traje de ropajes que había sido roído por los ratones, y todo sucedió tal como en la historia anterior. Pero cuando el hijo se dirigió al cementerio, el *Bodhisatta* llegó primero y se sentó en la puerta; y, recogiendo el traje que había sido tirado por el joven *brahmán*, volvió al jardín. Cuando el hijo le dijo esto al anciano *brahmán*, este último exclamó: "Será la muerte del asceta del Rey"; y rogó al *Bodhisatta* que tirara ese traje, para que no pereciera. Pero el asceta respondió: "Los harapos que se tiran en los cementerios son bastante buenos para nosotros. No creemos en las supersticiones acerca de la suerte, que no son aprobadas por los *Buddhas*, *Pacceka Buddhas* o *Bodhisattas*; y por lo tanto, ningún hombre sabio debería ser un creyente de la suerte". Al escuchar la verdad así expuesta, el *brahmán* abandonó sus errores y se refugió en el *Bodhisatta*. Y el *Bodhisatta*, preservando su Sabiduría intacta, logró el renacimiento a partir de entonces en el Reino *Brahmā*. [374.]

Habiendo contado esta historia, el Maestro, como todo un *Buddha*, enseñó la Verdad al *brahmán* con esta estrofa: —

Cuya renunciación a presagios, sueños y signos,
 Aquel hombre, liberado de los errores de la superstición,
 Triunfará sobre las depravaciones emparejadas
 Y sobre los Apegos hasta el final de los tiempos.

Cuando el Maestro hubo predicado así su doctrina al *brahmán* en la forma de esta estrofa, procedió a predicar las Cuatro Nobles Verdades, al término de las cuales ese *brahmán*, con su hijo, alcanzó el Primer Sendero. El Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "El padre y el hijo de hoy fueron también el padre y el hijo de aquellos días, y yo mismo el asceta".



"Habla amablemente". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Sāvatti, sobre el precepto relacionado con el lenguaje ofensivo. La historia introductoria y la historia del pasado son las mismas que en el *Nandivāsa-Jātaka* anterior¹.

Pero en este caso [375] existe la diferencia de que el *Bodhisatta* era un buey llamado Sārambha, y pertenecía a un *brahmán* de Takkaṣilā en el reino de Gandhara. Después de contar

¹217:1 Núm. 28.

la historia del pasado, el Maestro, como todo un *Buddha*, pronunció esta estrofa:--

Habla con amabilidad, no insulte a su prójimo;
Ama la bondad; la injuria engendra tristeza.

Cuando el Maestro terminó su lección, identificó los Renacimientos diciendo: "Ānanda era el *brahmán* de esos días, Uppalavaṇṇā su esposa y yo Sārambha".



"*Qué plausible*". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana sobre un bribón. Los detalles de su crimen se relatarán en el *Uddāla-Jātaka*¹.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benarés, vivía cerca de cierto pequeño pueblo un asceta sinvergüenza y astuto, de la clase que lleva el pelo largo y enmarañado. El escudero del lugar hizo construir una ermita en el bosque para que él habitara en ella, y solía proporcionarle excelente comida en su propia casa. Tomando al granuja de pelo enmarañado por modelo de bondad, y viviendo como vivía con miedo a los ladrones, el escudero llevó cien piezas de oro a la ermita y allí las enterró, mandando al asceta que las vigilara. —Ni hace falta decir, señor, a un hombre que haya renunciado al mundo esto; los ermitaños nunca codiciamos los bienes ajenos. —Está bien, señor — dijo el escudero, que se fue con plena confianza en la proclamación del otro hombre. Entonces el asceta sinvergüenza pensó: "Aquí hay suficiente [376] como para mantener a un hombre por el resto de su vida". Dejando pasar primero algunos días, sacó el oro y lo enterró junto al camino, volviendo a morar como antes en su ermita. Al día siguiente, después de una comida de arroz en la casa del hacendado, el asceta dijo: "Hace mucho tiempo, señor, que comencé a recibir apoyo de usted; y vivir mucho tiempo en un lugar es como vivir en el mundo, — que está prohibido a los ascetas profesos. Por lo tanto, debo partir". Y aunque el escudero lo presionó para que se quedara, nada pudo vencer esta determinación.

1. No. 487.

"Bien, entonces, si así ha de ser, parid, señor", dijo el escudero; y escoltó al asceta a las afueras antes de que lo dejara. Después de caminar un poco, el asceta pensó que sería bueno engatusar al escudero; así que, poniéndose una pajita en el pelo enmarañado, volvió a girarse. "¿Qué lo trae de vuelta?" preguntó el escudero. "Una paja de su techo, señor, se me había pegado en el pelo; y, como los ermitaños no podemos tomar nada que no se nos haya concedido, se lo he devuelto". "Tírelo, señor, y siga su camino", dijo el escudero, que pensó: "¡Vaya, no tomaría ni una paja que no le pertenezca! ¡Qué naturaleza tan sensible!" Muy complacido con el asceta, el escudero se despidió de él.

Ahora bien, en ese momento, sucedió que el *Bodhisatta*, que se dirigía al distrito fronterizo con fines comerciales, se había detenido a pasar la noche en ese pueblo. Al oír lo que dijo el asceta, despertó en su mente la sospecha de que el asceta sinvergüenza debía haberle robado algo al escudero; y le preguntó a este último si había depositado algo al cuidado del asceta.

"Sí, — cien piezas de oro".

"Bueno, tan solo vaya y vea si todo está conforme".

El escudero se fue a la ermita, y miró, y encontró que su dinero había desaparecido. Corriendo hacia el *Bodhisatta*, gritó: "No está allí". "El ladrón no es otro que ese bribón de pelo largo quien se dice asceta", dijo el *Bodhisatta*; Persigámoslo y atrapémoslo. Así que se apresuraron a perseguirlos. Cuando atraparon al bribón lo patearon y lo abofetearon, hasta que les confesó dónde había escondido el dinero. Cuando obtuvo el oro, el *Bodhisatta*, mirándolo, comentó con desdén al asceta: "¡Así que cien piezas de oro no perturbaron su consciencia tanto como una paja!" Y lo reprendió con esta estrofa: —

¡Qué plausible la historia que contó el bribón!

¡Qué meticuloso con la paja! ¡Pero qué descuidado con el oro!

[377] Cuando el *Bodhisatta* hubo reprendido al hombre de esta manera, añadió: "Y ahora tenga cuidado, hipócrita, de no volver a jugar ese truco". Cuando terminó su vida, el *Bodhisatta* falleció para vivir a partir desde entonces de acuerdo con sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro dijo: "Así vean, hermanos, que este hermano era tan pillo en el pasado como lo es hoy". E identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano canalla era el asceta canalla de aquellos días, y yo el hombre sabio y bueno".



"*El hombre desagradecido*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de Anātha-piṇḍika.

En las fronteras, según cuenta la historia, vivía un comerciante, que era corresponsal y amigo de Anātha-piṇḍika, pero nunca se habían conocido mutuamente. Llegó un momento en que este comerciante cargó quinientos carruajes de productos locales y dio órdenes a los hombres a cargo de ir con el gran comerciante Anātha-piṇḍika, y cambiar las mercancías en la tienda de su corresponsal por su valor correspondiente, y devolver los bienes recibidos a cambio. Así que llegaron a Sāvatti y encontraron a Anātha-piṇḍika. Primero haciéndole un regalo, le contaron su negocio. "De nada", dijo el gran hombre, y ordenó que se alojaran allí y que se les proporcionara dinero para sus necesidades. Después de preguntar amablemente por la salud de su amo, intercambió sus mercancías y les dio los bienes a cambio. Luego regresaron a su propio distrito e informaron lo que había sucedido.

Poco tiempo después, Anātha-piṇḍika envió de manera similar quinientos carruajes con mercancías al mismo distrito en el que vivían; y su gente, cuando llegaron allá, fueron presente en mano, a llamar al mercader fronterizo. "¿De dónde es?" dijo él. "De Sāvatti", respondieron ellos; "de su corresponsal, Anātha-piṇḍika". "Cualquiera puede llamarse a sí mismo Anātha-piṇḍika", dijo con desdén; y tomando su regalo, les ordenó que se fueran, sin darles alojamiento ni propinas. Así que intercambiaron sus bienes por sí mismos y trajeron las mercancías a cambio a Sāvatti, con la historia de la recepción que habían tenido.

Ahora bien, sucedió [378] que este comerciante fronterizo envió otra caravana de quinientos carruajes a Sāvatti; y su gente vino con un presente en sus manos para entregarlo a Anātha-piṇḍika. Pero, tan pronto como la gente de Anātha-piṇḍika los vio, dijeron: "Oh, veremos, señor, que estén debidamente alojados, alimentados y provistos de dinero para sus necesidades". Y sacaron a los forasteros fuera de la ciudad y les pidieron que desataran sus carruajes en un lugar adecuado, añadiendo que el arroz y una propina vendrían de la casa de Anātha-piṇḍika. Aproximadamente a la mitad de la vigilia de la noche, habiendo reunido un grupo de sirvientes y esclavos, saquearon toda la caravana, se llevaron todas las prendas que tenían los hombres, se llevaron sus bueyes y quitaron las ruedas de los carruajes, dejando a estos últimos pero llevándose las ruedas. Sin siquiera una camisa entre todos ellos, los aterrorizados extraños se alejaron a toda velocidad y lograron llegar a su hogar en la frontera. Entonces la gente de Anātha-piṇḍika le contó toda la historia. "Esta historia capital", dijo, "será mi presente para el Maestro el día de hoy"; y fue a Jetavana y se lo contó al Maestro.

— No es la primera vez, señor — dijo el Maestro —, que este mercader fronterizo haya mostrado esta disposición, era así mismo en el pasado. Luego, a petición de Anātha-piṇḍika, contó la siguiente historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* era un comerciante muy rico en esa ciudad. Y él también tenía como corresponsal a un comerciante fronterizo a quien nunca había visto y todo sucedió tal y como se narró anteriormente.

Cuando su pueblo le dijo lo que habían hecho, dijo: "Este problema es el resultado de su ingratitud por la bondad que se le mostró". Y pasó a instruir a la multitud reunida con esta estrofa:

El hombre desagradecido por un acto de bondad,
A partir de entonces no encontrará ayuda en su necesidad.

Después de esto, el sabio, el *Bodhisatta*, enseñó la verdad en esta estrofa. Después de una vida dedicada a la generosidad y otras buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

[379] Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "El mercader fronterizo de hoy era también el mercader fronterizo de aquellos días; y yo era el mercader de Benares".



"*Él se traga el dado*". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre el uso de las cosas irreflexivamente.

La tradición dice que la mayoría de los Hermanos en aquella ocasión tenían la costumbre de usar ropajes y otras cosas que les eran dadas de manera irreflexiva. Y el uso irreflexivo de sus Cuatro Requisitos como regla les impidió escapar de la condenación del renacimiento en el infierno y el mundo animal. Sabiendo esto, el Maestro expuso las lecciones de la virtud y mostró el peligro del uso irreflexivo de las cosas, exhortándolos a ser cuidadosos en el uso de los Cuatro Requisitos, y estableciendo esta regla: "El Hermano reflexivo tiene un objeto definido en vista cuando viste un ropaje, es decir, sirve para protegerlo del frío". Después de establecer reglas similares para los otros requisitos, concluyó diciendo: "Tal es el uso reflexivo que debe hacerse de los Cuatro Requisitos. Usarlos sin irreflexivamente es como tomar veneno mortal; y hubo quienes en días pasados a través de su irreflexión consumieron veneno sin darse cuenta, para su mayor perjuicio a su debido tiempo". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* nació en una familia acomodada, y cuando creció, se convirtió en un jugador de dados. Con él solía jugar un estafador, que se mantenía jugando mientras ganase, pero, cuando la suerte cambiaba, interrumpía el juego poniendo uno de los dados en su boca y fingiendo que lo había perdido, —después de lo cual se marchaba. [380] "Muy bien", dijo el *Bodhisatta* cuando se dio

cuenta de lo que se estaba haciendo; "Vamos a investigar esto". Así que tomó algunos dados, los untó en casa con veneno, los secó cuidadosamente y luego se los llevó al estafador, a quien lo retó a un juego. El otro estuvo dispuesto, se preparó el tablero de dados y comenzó el juego. Tan pronto como el más listo

comenzó a perder, se metió uno de los dados en la boca. Observándolo en el acto, el *Bodhisatta* comentó: "Tráguelo, no tardará en descubrir lo que realmente pasará en poco tiempo". Y pronunció esta estrofa de reprensión:

Él se traga el dado con bastante audacia, sin saber
 Qué un ardiente veneno acecha allí sin ser visto.
 — ¡Sí, tráguelo, hasta el fondo! Pronto se quemará por dentro.

Pero mientras el *Bodhisatta* estaba hablando, el veneno comenzó a trabajar de la forma más aguda; el estafador se desmayó, puso los ojos en blanco y, se dobló en dos por el dolor, cayó al suelo. "Ahora", dijo el *Bodhisatta*, "debo salvar la vida de este granuja". Así que mezcló algunas sustancias y administró un emético hasta que se produjo el vómito. Luego le administró un trago de *ghee* con miel, azúcar y otros ingredientes, y de esta manera recuperó la salud del tipo. Luego lo exhortó a que no volviera a hacer tal cosa. Después de una vida dedicada a la generosidad y otras buenas acciones, el *Bodhisatta* falleció para vivir a partir de entonces de acuerdo con sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro dijo: "Hermanos, el uso irreflexivo de las cosas es como tomar un veneno mortal sin reflexionar al respecto". Diciendo esto, identificó los Renacimientos con estas palabras: "Yo mismo era el jugador sabio y bueno de aquellos días".

(Nota Pāli. "No se hace mención del estafador, la razón es que, aquí como en otras situaciones, no se hace mención de las personas de las que no se ha hablado hasta entonces").



"Pues la guerra ansía a los hombres". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre el Venerable Ānanda.

Una vez, las esposas del Rey de Kosala pensaron entre ellas lo siguiente: "Muy rara es la aparición de un *Buddha*; y muy raro son los Renacimientos en una forma humana con todas las facultades en perfección. Sin embargo, aunque nos hayamos encontrado en una forma humana durante la vida de un *Buddha*, no podemos ir a voluntad al Monasterio para escuchar la verdad de sus propios labios, para rendirle

reverencia y hacerle ofrendas. Vivimos aquí como en una jaula. Pidámosle al Rey que envíe por un Hermano adecuado para que venga aquí y nos enseñe la verdad. Aprendamos lo que podamos de él, y con él seamos caritativas y hagamos buenas acciones, a fin de que podamos aprovechar el haber nacido en esta feliz coyuntura. Entonces todos en grupo fueron con el Rey, y le dijeron lo que estaba en sus mentes, y el Rey dio su consentimiento.

Ahora bien, sucedió un día en que el Rey estaba dispuesto a complacerse en el jardín real, así que dio órdenes de que se prepararan los terrenos para su llegada. Mientras el jardinero estaba trabajando, vio al Maestro sentado al pie de un árbol. Así que fue adonde el Rey y le dijo: "El jardín está preparado, señor, pero el Bienaventurado está sentado allí al pie de un árbol". "Muy bien", dijo el Rey, "iremos a escuchar al Maestro". Montando su carroza de estado, fue adonde al Maestro en el jardín.

Ahora bien, alguien estaba sentado a los pies del Maestro escuchando su enseñanza, un hermano laico llamado Chattapāṇi, que había entrado en el Tercer Sendero. Al ver a este hermano laico, el Rey vaciló; pero, pensando que debía ser un hombre virtuoso, o no estaría sentado junto al Maestro para recibir instrucción, se acercó y con una reverencia se sentó a un lado del Maestro. Por reverencia al *Buddha* supremo, el hermano laico no se levantó en honor del Rey ni saludó a su majestad; y esto enfureció mucho al Rey. Al notar el disgusto del Rey, el Maestro procedió a exaltar los méritos de ese hermano laico, diciendo: "Señor, este hermano laico es maestro de toda la tradición; él sabe de memoria las escrituras que se han transmitido; y se ha puesto a sí mismo libre de la esclavitud de la pasión". "Seguramente", pensó el Rey, "aquel cuyas alabanzas dice el Maestro no puede ser una persona ordinaria". Así que él dijo: "Avíseme, hermano laico, si algo le hace falta". "Gracias", dijo el hombre. Entonces el Rey escuchó la enseñanza del Maestro, y al final se levantó y se retiró ceremoniosamente.

Otro día, al encontrarse con ese mismo hermano laico que iba tras el desayuno paraguas en mano a Jetavana, el Rey lo hizo llamar ante su presencia y le dijo: "He escuchado, hermano laico, que es un hombre de gran conocimiento. Ahora bien, mis esposas están muy ansiosas por oír y aprender la verdad; me alegraría que les enseñara el *Dhamma*". "No está bien, señor, que un laico [382] exponga o enseñe la verdad en el harén de un Rey; esa es la prerrogativa de los Hermanos".

Reconociendo la fuerza de esta observación, el Rey, después de despedir al laico, reunió a sus esposas y les anunció su intención de enviar a buscar con el Maestro a uno de los Hermanos para que fuera su instructor en la doctrina. ¿A cuál de los ochenta Grandes Discípulos escogerían? Después de discutirlo juntas, las damas de común acuerdo eligieron al Venerable Ānanda', apodado el Tesorero de la Fe. Así que el Rey se acercó al Maestro y con un saludo cortés se sentó a su lado, después de lo cual procedió a expresar el deseo de sus esposas y su propia esperanza de que Ānanda pudiera ser su maestro. Habiendo consentido el Maestro en enviar a Ānanda, las esposas del Rey ahora comenzaron a ser enseñadas regularmente por el Venerable y a aprender de él.

Un día se perdió la joya del turbante del Rey. Cuando el Rey se enteró de la pérdida, envió a buscar a sus ministros y les ordenó que capturaran a todos los que tuviesen acceso al recinto y encontraran la joya. Así que los ministros registraron a todos, mujeres y todo, en busca de la joya perdida, hasta que preocuparon a todos tanto así que amenazaron con dejarlos sin vida; pero no pudieron encontrar ningún rastro de la joya. Ese día, Ānanda llegó al palacio, solo para encontrar a las esposas del Rey muy abatidas; como hasta entonces habían estado encantadas cuando él les enseñaba, les preguntó "¿Qué les ha pasado hoy?" preguntó el Venerable. "Oh, señor", dijeron ellos, "el Rey ha perdido la joya de su turbante; y por órdenes tuyas los ministros están preocupando a todo el mundo, mujeres y a todos, amenazando sus vidas, en caso de no encontrarla. No podemos decir lo que no nos pueda pasar a ninguna de nosotras, y por eso estamos tan tristes". "No piensen —No hay nada que hacer al respecto —dijo alegremente el Venerable,

223:1 Ānanda tenía 'puntos de vista avanzados sobre la cuestión de la mujer'. Fue él quien persuadió al reacio Buddha a admitir mujeres en la Orden, como se registra en el *Vinaya* (S. B. E. XX, 320 et seqq.).

mientras se dirigió a buscar al Rey. Tomando el asiento que le habían preparado, el Venerable preguntó si era cierto que su majestad había perdido su joya. —Cierto, señor — dijo el Rey. "¿Y no se puede encontrar?" "He tenido a todos los ocupantes de los palacios preocupados por sus vidas y, sin embargo, no puedo encontrarlo". "Hay una forma, señor, de encontrarlo, sin preocupar a la gente por perder sus vidas. —¿De qué manera, señor? —Dando mechones, señor. —¿Dando mechones? ¿Qué podría ser eso, por favor?" "Reúna, señor, a todas las personas de las que sospeche, y en privado entregue a cada una de ellas por separado una brizna de paja, o también servirá un trozo de arcilla, diciendo: "Tome esto y póngalo en tal o cual lugar mañana al amanecer. El hombre que tomó la joya la pondrá en la paja o en el barro, y así la traerá de vuelta. Si se devuelve el primer día, muy bien. Si no, se debe hacer lo mismo en el segundo y tercer día. De esta manera, un gran número de personas escaparán de la preocupación y recuperará su joya." Con estas palabras, el Venerable se marchó.

Siguiendo el consejo anterior, el Rey hizo que se repartiera la paja y el barro durante tres días sucesivos; pero, sin embargo, la joya no fue recuperada. [383] Al tercer día volvió el Venerable y preguntó si le habían devuelto la joya. "No, señor", dijo el Rey. "Entonces, señor, debe tener un cántaro grande en un rincón apartado en su patio, y debe llenar el cántaro con agua y colocar una pantalla delante. Luego dé órdenes de que todos los que frecuenten los recintos, hombres y mujeres por igual, deben quitarse la ropa exterior, y uno por uno lavarse las manos detrás de la pantalla y luego regresar ". Con este consejo partió el Venerable. Y el Rey hizo lo que se ordenó.

El ladrón pensó, "Ānanda ha tomado el asunto en serio; y, si no se encuentra la joya, no dejará que las cosas descansen ahí. Realmente ha llegado el momento de entregar la joya sin más preámbulos". Así que se escondió la joya sobre su persona y, pasando detrás de la pantalla, la tiró al agua antes de irse. Cuando todos se hubieron ido, se vació la olla y se encontró la joya. "Se debe al Venerable ", exclamó el Rey en su alegría, "que haya recuperado mi joya, y eso sin preocupar a una gran cantidad de personas de sus vidas". Y todas las personas de los recintos estuvieron igualmente agradecidas con Ānanda por el problema del que los hubo salvado. La historia de cómo los maravillosos poderes de Ānanda habían encontrado la joya, se extendió por toda la ciudad, hasta que llegó a la Hermandad. Los Hermanos dijeron: "El gran conocimiento, el aprendizaje y la inteligencia del Venerable Ānanda han sido los medios para recuperar la joya perdida y salvar a muchas personas de la preocupación de sus vidas". Y mientras estaban sentados juntos en el Salón de la Verdad, cantando alabanzas hacia Ānanda, el Maestro entró y preguntó el tema de su conversación. Cuando se le dijo, el maestro respondió: "Hermanos, esta no es la primera vez que se encuentra lo que había sido robado, ni Ānanda es el único que ha llevado a cabo tal descubrimiento. En el pasado también los sabios y buenos descubrieron lo que había sido robado, y también salvó a una gran cantidad de personas de problemas, alegando que la propiedad perdida había caído en manos de animales". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares, el *Bodhisatta*, habiendo perfeccionado su educación, se convirtió en uno de los ministros del Rey. Un día, el Rey con un gran número de seguidores entró en su jardín y, después de caminar por el bosque, sintió el deseo de divertirse en el agua. Así que bajó al estanque real y envió por su harén. Las mujeres del harén, después de quitarse las joyas de la cabeza y del cuello, etc., las pusieron a un lado con sus prendas superiores en cajas a cargo de esclavas, y luego bajaron al agua. Ahora, mientras la reina se quitaba las joyas y los

adornos y los colocaba con su ropaje superior sobre una caja, una mona observaba, y se encontraba escondida en las ramas de un árbol cercano. Concibiendo el deseo de usar el collar de perlas de la reina, esa mona observó que la esclava a cargo estaba desprevenida. Al principio la joven miraba a su alrededor para mantener las joyas [384] a salvo; pero a medida que pasó el tiempo, empezó a asentir. Tan pronto como la mona vio esto, rápidamente, como el viento, saltó hacia abajo, y otra vez rápidamente como el viento volvió a subir al árbol, con las perlas alrededor de su propio cuello. Entonces, por temor a que las otras monas lo vieran, escondió el collar de perlas en un agujero en el árbol y se sentó a vigilar su botín tan recatadamente como si nada hubiera pasado. Poco a poco, la esclava se despertó y, aterrorizada al descubrir que las joyas habían desaparecido, no vio otra cosa que hacer sino gritar: "Un hombre se ha escapado con el collar de perlas de la reina". Arriba corrieron los guardias de todos lados, y al escuchar esta historia se la contaron al Rey. "Atrapan al ladrón", dijo su majestad; y los guardias se fueron buscando por todas partes al ladrón en el jardín. Al oír el estruendo, un pobre hombre rústico y supersticioso¹ se puso en pie alarmado. "Ahí va", gritaron los guardias, al ver al hombre; y lo siguieron hasta que lo atraparon, y a golpes le preguntaron para qué pretendía robar tan preciadas joyas.

Él hombre pensó: "Si niego la acusación, moriré con la paliza que recibiré de estos rufianes. Será mejor que diga que la tomé". Así que confesó el robo y fue llevado prisionero ante el Rey. "¿Tomó esas joyas preciosas?" preguntó el Rey. "Sí, su Majestad." "¿Dónde están ahora?" "Por favor, majestad, soy un hombre pobre; nunca en mi vida he poseído nada, ni siquiera una cama o una silla de ningún valor, y mucho menos una joya. Fue el Tesorero quien me hizo tomar ese valioso collar; y yo lo tomé y se lo di. Él lo sabe todo".

Entonces el Rey mandó llamar al Tesorero y preguntó si el rústico le había entregado el collar. "Sí, señor", fue la respuesta. "¿Dónde está entonces?" "Se lo di al Capellán de su majestad". Entonces se mandó llamar al Capellán, y se le interrogó de la misma manera. Y dijo que se lo había dado al Músico Principal, quien a su vez dijo que se lo había dado a una Cortesana [385] como regalo. Pero ella, al ser llevada ante el Rey, negó rotundamente haberlo recibido.

Mientras se interrogaba así a los cinco sospechosos, se puso el Sol. "Ya es demasiado tarde", dijo el Rey; "Vamos a investigar esto mañana". Así que entregó a sus ministros los cinco sospechosos y volvió a la ciudad. Aquí, el *Bodhisatta* se quedó pensativo. "Estas joyas", pensó, "se perdieron dentro de los terrenos, mientras que el rústico estaba afuera. Había una corpulenta guardia en las puertas, y era imposible que alguien dentro pudiera escapar

1. O tal vez "un campesino indio contribuyente".

con el collar. No veo cómo alguien, ya sea dentro o fuera, pudiese haber conseguido tomar las joyas. La verdad es que este pobre desgraciado debe haber dicho que se lo dio al Tesorero simplemente para salvar su propio pellejo; y el Tesorero debe haber dicho que se lo dio al Capellán, con la esperanza de que se libraría si confundía al Capellán en la materia. Además, el Capellán debe haber dicho que se lo dio al Músico Principal, porque pensó que este último haría que el tiempo pasara alegremente en la prisión; mientras que el objetivo del Músico Principal al implicar a la Cortesana era simplemente consolarse con su compañía durante el encarcelamiento. Ninguno de los cinco tiene nada que ver con el robo. Por otro lado, los terrenos están llenos de monos, y el collar debe haber llegado a manos de una de las monas".

Cuando llegó a esta conclusión, el *Bodhisatta* se dirigió al Rey con la petición de que les entregaran a los sospechosos y que se le permitiera examinar personalmente el asunto. "Por todos los medios, mi sabio amigo", dijo el Rey; "exámínelo".

Entonces el *Bodhisatta* envió a buscar a sus sirvientes y les dijo dónde alojar a los cinco prisioneros, diciendo: "Manténgalos vigilados estrictamente; escuche todo lo que digan, e infórmenmelo todo". Y sus sirvientes hicieron lo que se les ordenó. Mientras los prisioneros se sentaron juntos, el Tesorero le dijo al rústico: "Dígame, desafortunado hombre, dónde nos conocimos usted y yo antes de este día; dígame cuándo me dio ese collar". — Venerable señor— dijo el otro— nunca ha sido mío poseer algo tan valioso como un taburete o un armazón de cama que no estuviese desvencijado. Pensé que con su ayuda saldría de este apuro, y por eso dije que yo lo hice. No se enoje conmigo, mi señor. El Capellán dijo [386] a su vez al Tesorero: "¿Cómo, pues, llegasteis a pasarme lo que este hombre nunca os había dado?" "Solo lo dije porque pensé que si usted y yo, ambos altos funcionarios de estado, nos manteníamos unidos, pronto podríamos arreglar el asunto". "*Brahmán*", dijo ahora el Músico Principal al Capellán, "¿cuándo, por favor, me dio la joya?" —Sólo dije que sí— respondió el Capellán— porque pensé que usted ayudaría a que el tiempo pasara más agradablemente. Por último, la Cortesana dijo: "Oh, miserable músico, sabe que nunca me visitó, ni yo a usted. Entonces, ¿cuándo podría haberme dado el collar, tal como lo declaró?" "¿Por qué enojarse, querida?" dijo el Músico, "nosotros cinco tenemos que mantener la casa juntos por un tiempo; así que pongamos cara alegre y seamos felices juntos".

Esta conversación fue reportada al *Bodhisatta* por sus agentes, él se sintió convencido de que los cinco eran todos inocentes del robo, y que una mona habría tomado el collar. "Debo encontrar un medio para hacer que deje el collar", se dijo a sí mismo. Así que mandó hacer una serie de collares de cuentas. A continuación, hizo atrapar a varias monas y las volvió a soltar, con collares de cuentas en el cuello, en las muñecas y los tobillos. Mientras tanto, la mona culpable se quedó sentada en los árboles mirando

su tesoro. Luego, el *Bodhisatta* ordenó a varios hombres que observaran atentamente a todos las monas en los terrenos, hasta que vieran a una con el collar de perlas perdido, y luego la asustaran para que la dejara caer.

Engalanadas con su nuevo esplendor, las otras monas se pavonearon hasta que llegaron a la verdadera ladrona, ante la cual hicieron alarde de sus galas. Superando los celos a su prudencia, exclamó: "¡Son sólo cuentas!". y se puso su propio collar de perlas y verdaderas. Esto fue visto de inmediato por los observadores, quienes rápidamente le hicieron soltar el collar, la recogieron y se la llevaron al *Bodhisatta*. Él se lo llevó al Rey, diciendo: "Aquí, señor, está el collar. Los cinco prisioneros son inocentes; fue una mona en el jardín quien lo tomó". "¿Cómo llegó a descubrir eso?" preguntó el Rey; "¿Y cómo se las arregló para tomar posesión de ella de nuevo?" Entonces el *Bodhisatta* contó toda la historia, y el Rey agradeció [387] al *Bodhisatta*, diciendo: "Usted es el hombre correcto en el lugar correcto". Y pronunció esta estrofa en alabanza al *Bodhisatta*: —

Así como los hombres de guerra anhelan el poder del héroe,
Por consejos y sabia sobriedad,
Bienaventurados camaradas por su jovialidad,
No obstante, el discernimiento cuando se esté en una situación de infelicidad.

Más allá de estas palabras de alabanza y gratitud, el Rey derramó tesoros sobre el *Bodhisatta* como una nube de tormenta que derrama lluvia desde los cielos. Después de seguir los consejos del *Bodhisatta* a lo largo de una larga vida dedicada a la generosidad y las buenas acciones, el Rey falleció para vivir a partir de entonces de acuerdo con sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro, después de ensalzar los méritos del Venerable, identificó los Renacimientos diciendo: "Ānanda era el Rey de aquellos días y yo su sabio consejero".



"No confíes en los de confianza". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre tomar las cosas con confianza.

La tradición nos dice que en aquellos días los Hermanos, en su mayor parte, solían contentarse si sus madres o padres, hermanos o hermanas, tíos o tías, u otros parientes les daban algo. Argumentando que en su estado laico habían recibido cosas de las mismas manos, ellos, como Hermanos, tampoco

mostraban circunspección ni cautela antes de usar alimentos, ropajes y otros requisitos que sus parientes les daban. Al observar esto, el Maestro sintió que debía dar una lección a los Hermanos. Los llamó, pues, y dijo: Hermanos, sean o no parientes el que dé, que la circunspección acompañe al uso. El Hermano que sin circunspección utilice los requisitos que le son dados, puede acarrear para sí una existencia subsiguiente como ogro o como fantasma. El uso sin circunspección es como tomar veneno; y el veneno mata igualmente, ya sea dado por un pariente o por un extraño. Hubo quienes en tiempos pasados realmente tomaron veneno porque fue ofrecido por aquellos cercanos y queridos, y así encontraron su fin". Dicho esto, contó la siguiente historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares, el *Bodhisatta* renació como un comerciante muy rico.

Tenía un pastor que, cuando el maíz se espesaba, conducía sus vacas al bosque y las mantenía dentro de un cerco, trayendo el producto de vez en cuando al comerciante. Ahora bien, junto al cerco del bosque, habitaba un león; y las vacas tenían tanto miedo al león que daban poca leche. Entonces, cuando un día el pastor trajo su *ghee*, el comerciante preguntó por qué había tan poco. Entonces el pastor le dijo la razón. "Bueno, ¿el león ha formado un apego a algo?" — Sí, amo; le gusta una cierva. "¿Podría atrapar a esa cierva?" "Si señor." "Bueno, atrápenla y frótenla con veneno y azúcar, y déjenla secar. Guárdenla uno o dos días, y luego suéltela. Debido a su apego por ella, el león la lamerá por todas partes con su lengua, y morirá. Tomad su cuero con las garras, los dientes y la grasa, y traédmelos. Diciendo esto, le dio veneno mortal al pastor y lo despidió. Con la ayuda de una red que él hizo, el pastor atrapó a la cierva y llevó a cabo las órdenes del *Bodhisatta*.

Tan pronto como volvió a ver a la cierva, el león, en su gran amor hacia ella, la lamió con su lengua y murió.

Y el pastor tomó la piel del león y el resto, y se los llevó al *Bodhisatta*, quien dijo: "Debe evitarse el afecto por los demás. Observe cómo, a pesar de toda su fuerza, el Rey de las bestias, el león, fue conducido por su pecaminoso amor por una cierva a envenenarse lamiéndola y así finalmente morir". Diciendo esto, pronunció esta estrofa para instrucción de los reunidos alrededor:

[389] No confíen en la confianza confiada, ni en la no confiada;
 La confianza mata; a través de la confianza el león comió tierra.

Tal fue la lección que el *Bodhisatta* enseñó a quienes lo rodeaban. Después de una vida dedicada a la generosidad y otras buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Yo era el mercader de aquellos días".

[Nota. Cf. "*Indische Sprüche*" de Böhtlingk, (1ª ed.) Nos. 1465-7 y 4346.]



"*Ahora quemado*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Pāṭikārāma cerca de Vesāli, sobre Sunakkhatta.

Porque en aquella ocasión Sunakkhatta, habiéndose convertido en seguidor del Maestro, estaba viajando por el país como un Hermano con cuenco y ropajes, cuando se pervirtió hacia los principios de Kora el Kshatriya¹. Así que le devolvió al Bienaventurado *Buddha* su cuenco y sus ropajes — y volvió a una vida laica debido a Kora el Kshatriya, aproximadamente en el momento en que este último había renacido como descendiente de *Asura Kālakañjaka*. Y anduvo entre los tres muros de Vesāli difamando al Maestro afirmando que no había nada sobrehumano en el sabio Gotama, que no se distinguía de los demás hombres por predicar una fe salvadora; que el sabio Gotama simplemente había elaborado un sistema que era el resultado de su propio pensamiento y estudio individual; y que el ideal para cuyo logro se predicaba su doctrina, no conducía a la destrucción del dolor en aquellos que la seguían².

Ahora bien, el Venerable Sāriputta estaba en su ronda de ofrendas cuando escuchó las blasfemias de Sunakkhatta; y al regresar de su ronda informó esto al Bienaventurado. Entonces el Maestro dijo: "Sunakkhatta es una persona impulsiva, Sāriputta, y habla palabras ociosas. Su impulsividad lo ha llevado a hablar así y a negar la gracia salvadora de mi doctrina. Sin darse cuenta, esta persona tonta me está exaltando; Digo "sin darse cuenta", porque él no tiene conocimiento [390] de mi eficacia. En mí, Sāriputta, habitan los Seis Conocimientos, y aquí soy más que humano; los Diez Poderes están dentro de mí, y los Cuatro Terrenos de la Confianza. Conozco el límite de los cuatro tipos de la existencia terrenal y los cinco estados de posible renacimiento después de la muerte terrenal. Ésta también es una cualidad sobrehumana en mí; y quien lo niegue debe retractarse de sus palabras, cambiar su creencia y renunciar a su herejía, ya que si no lo hiciera, será arrojado sin preámbulos al infierno". Habiendo magnificado así la naturaleza sobrehumana y el poder que existía dentro de él, el Maestro prosiguió diciendo: "Sunakkhatta, escuché, Sāriputta, se deleitó en las equívocas auto mortificaciones del ascetismo de Kora el Kshatriya; y por lo tanto fue así que no pudo complacerse en mi doctrina. Hace noventa y un años viví la vida superior en todas sus cuatro formas³, examinando ese falso ascetismo para descubrir si la verdad moraba en él. Un asceta era yo, el jefe de los ascetas; agotado y demacrado era yo, más allá de todos los demás; aborrecimiento hacia la comodidad tenía yo, un aborrecimiento que superaba al de todos los demás; vivía apartado, e inaccesible era mi pasión por la soledad". Luego, a pedido del Venerable, contó esta historia del pasado.

Una vez, hace noventa y un años, el *Bodhisatta* se dispuso a examinar el falso ascetismo. Así que se convirtió en un recluso, bajo la tutela de ascetas desnudos (*Ājīvikas*), sin ropas y cubierto de polvo, solitario y ermitaño, huyendo como un ciervo de la faz de los hombres; su comida era un pequeño

-
1. Véase el *Manual de Budismo* de Hardy, pág. 330.
 2. Ésta es una cita del *Majjhima Nikāya* I. 68.
 3. es decir, como aprendiz, padre de familia, religioso y recluso.

pescado, estiércol de vaca y otros desperdicios; y para que su vigilia no fuera perturbada, fijaba su morada en un espantoso matorral de la jungla. En las nieves del invierno, salía de noche de la espesura protectora al aire libre, regresando con la salida del Sol a su espesura de nuevo; y, así como estaba mojado por la nieve torrencial durante la noche, así durante el día estaba empapado por la llovizna de las ramas de la espesura. Así, tanto de día como de noche, soportaba el frío extremo. En verano, moraba de día al aire libre y de noche en el bosque, oprimido por el Sol abrasador durante el día y avivado por la brisa que no refrescaba durante la noche, de modo que el sudor le chorreaba por el cuerpo. Y se le presentó en su mente esta estrofa, nueva y nunca antes pronunciada:

Ahora quemado, después congelado, solo en los bosques solitarios,
Al lado de ningún fuego, pero por dentro totalmente en llamas,
Desnudo, el ermitaño lucha por la Verdad.

[391] Pero cuando, después de una vida transcurrida en los rigores de este ascetismo, la visión del infierno emergió ante el *Bodhisatta* mientras agonizaba, se dio cuenta de la inutilidad de todas sus austeridades, y en ese momento supremo rompió con sus ilusiones, puesto que se aferró a la verdadera realidad y renació en el Cielo de los *Devas*.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Yo era el asceta desnudo de aquellos días".

[Nota. ¿Para la 'historia del pasado'? cf. *Cariyā Pitaka*, pág. 102. Para la historia introductoria ver *Sutta* No. 12 del *Majjhima Nikāya*.]



"*Qué transitorio*". El Maestro contó esta historia mientras yacía en su lecho de muerte, con respecto a las palabras de Ānanda: "¡Oh!, Bienaventurado, no permita que su fin sea en este pequeño y lamentable pueblo".

"Cuando el *Buddha* moraba en Jetavana", pensó el Maestro, "el Venerable Sāriputta", que nació en la aldea de Nāla, murió en Varaka en el mes de Kattika, durante la Luna Llena; y en el mismo mes, en la

230:1 Para la muerte de Sāriputta, véase '*Legend of the Burmese Buddha*' de Bigandet.

la Luna Menguante, el Gran Moggallāna murió¹. Mis dos Discípulos Principales estando muertos, yo también moriré, en Kusinārā". Así pensó el Bienaventurado; y viniendo en su peregrinaje de ofrendas a Kusinārā, allí se tumbó sobre un lecho orientado hacia el norte, entre dos árboles gemelos de *Sal* para no volver a levantarse nunca más. Luego dijo el Venerable Ānanda: "¡Oh!, Bienaventurado, no permita que su final se dé en este lamentable pueblecito, este rudo pueblecito en la jungla, este pequeño suburbio. ¿No sería mejor Rājagaha o alguna otra gran ciudad el lugar de la muerte del *Buddha*?"

"No, Ānanda", dijo el Maestro; "No llame a este pequeño pueblo lamentable, un pequeño pueblo en la selva, un pequeño pueblo suburbano. En el pasado, en los días del Monarca Universal Sudassana, este pueblo fue en donde tuve mi vivienda. Era entonces una ciudad poderosa, rodeada por muros enojados [392] a doce leguas a la redonda". Con eso, a pedido del Venerable, contó esta historia del pasado y pronunció el *Mahā-Sudassana Sutta*².

Entonces fue cuando la Reina Subhaddā de Sudassana notó cómo, después de bajar del Palacio de la Verdad, su señor estaba recostado sobre su lado derecho en el lecho preparado para él en el Palmeral³ que era todo de oro y joyas, — aquel lecho del que no volvería a levantarse. Y ella dijo: "Ochenta y cuatro mil ciudades, la principal de las cuales es la ciudad real de Kusāvati, posee su soberanía, señor. Ponga su corazón en ellas".

"No diga eso, mi Reina", dijo Sudassana; exhortadme más bien, diciendo: 'Mantenga su corazón puesto en esta ciudad, y no anhele las otras'.

"¿Por qué así, mi señor?"

"Porque yo moriré hoy", respondió el Rey.

Entre lágrimas, secándose los ojos llorosos, la Reina logró sollozar las palabras que el Rey le ordenó decir.

Entonces rompió en llanto y lamentación; y las otras mujeres del harén, ochenta y cuatro mil en número, también lloraron y gimieron; ninguno de las cortesanas pudo contenerse, sino que todas se unieron en un lamento universal.

"¡Paz!" dijo el *Bodhisatta*; y a su palabra se aquietó su lamentación. Luego, volviéndose hacia la Reina, dijo:

"No llore, mi Reina, ni se lamente. Porque, incluso en una diminuta semilla de sésamo, no existe algo compuesto que sea permanente; todo es transitorio, todo debe destruirse". Luego, en nombre de la Reina, pronunció esta estrofa:

¡Cuán transitorias son todas las cosas compuestas!

El crecimiento y la decadencia son su naturaleza:

Se producen, se disuelven de nuevo:

Y entonces será mejor, — cuando se hayan hundido descansar⁴.

1. Para la muerte de Moggallāna, véase *Dhammapada* de Fausböll, p. 298, y Bigandet, op. cit.

2. El *Sutta* 17 del *Dīgha Nikāya*, traducido por Rhys Davids en Vol. XI. de la SBE.

3. Véanse las págs. 267 y 277 del vol. XI. de la S.B.E. para este palmeral.

4. Esta traducción está tomada de las *Hibbert Lectures* del Prof. Rhys Davids (2ª edición, p. 212), donde se da una traducción del comentario sobre estos "quizás los versos más citados y más populares en los libros budistas *Pāḷi*."

[393] Así condujo, el Gran Sudassana, su discurso hacia la ambrosia del *Nibbāna* como su meta. Además, al resto de la multitud les dio la exhortación de ser generosos, a obedecer los Preceptos y a guardar los días santos de ayuno. El destino a conseguir era renacer a partir de entonces en el Reino de los *Devas*.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "La madre de Rāhula¹ era la Reina Subhaddā de aquellos días; Rāhula era el hijo mayor del Rey; los discípulos del *Buddha* eran sus cortesanos; y yo mismo, el Gran Sudassana".

[Nota. Para conocer la evolución de este Jātaka, consulte el *Mahā-Parinibbāna Sutta* y el *Mahā-Sudassana Sutta*, traducidos por el Prof. Rhys Davids en su volumen de "*Buddhist Suttas*".]



"Como alguien con cuidado". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras habitaba en un bosque, cerca del pueblo de Desaka, en el país de Sumbha, concerniente al *Janapada-Kalyāṇi Sutta*². Ya que en aquella ocasión el Bienaventurado dijo: — "Como si una gran multitud se reuniera, Hermanos, gritando '¡Salven a la Bella de la Tierra! ¡Salven a la Bella de la Tierra!' y como si de la misma manera se reuniera una multitud mayor, gritando 'La Bella de la Tierra está cantando y bailando', y luego suponiendo que viniera un hombre aficionado a la vida, temeroso de la muerte, aficionado al placer y contrario al dolor, y suponiendo que se dirigiera a tal persona la siguiente proposición: "¡Oiga! Debe llevar este recipiente de aceite, que está lleno hasta el borde, entre la multitud y la Bella de la Tierra; un hombre con una mano empuñando una espada seguirá vuestros pasos, y si vertéis una sola gota, os cortará la cabeza"; ¿qué pensáis, hermanos? ¿Será ese hombre, en estas circunstancias, descuidado, y no se molestará en llevar esa vasija de aceite?" "De ninguna manera, señor". "Esta es una alegoría [394], que enmarqué para hacer claro

-
1. Este es el estilo general en el canon de la esposa de Goiania el Buddha. Cf. *Vinaya* de Oldenberg, vol. I. página 82, y la traducción en *Sacred Books of the East*, vol. XIII. pags. 208. Sin embargo, no es correcto decir que el pasaje de *Vinaya* es "el único pasaje en el *Pāli Piṭakas* que menciona a esta dama". Porque se la menciona en el *Buddhavaṃsa* (edición P. T. S., página 65), y allí se da su nombre como Bhaddakaccā.
 2. Todavía no se sabe dónde ocurre este Sutta. Se ha dejado un resumen en *Pāli* sin traducir, ya que agrega poco o nada a la '*Historia introductoria*' anterior.

su significado, hermanos; y aquí está su significado: — El recipiente lleno de aceite tipifica un estado mental sereno en lo que respecta a las cosas relacionadas con el cuerpo, y la lección que se debe aprender es que tal atención debe practicarse y perfeccionarse. No fracaséis en esto, hermanos". Dicho esto, el Maestro pronunció el *Sutta* sobre la Bella de la Tierra, tanto en texto como con su interpretación. [395] Luego, a modo de aplicación, el Bienaventurado prosiguió diciendo: "Un Hermano deseoso de practicar la atención correcta con respecto al cuerpo, debe tener el mismo cuidado de no dejar caer su atención, como el hombre en la alegoría no dejaría caer la olla de aceite".

Cuando hubieron escuchado el *Sutta* y su significado, los Hermanos dijeron: "Fue una tarea difícil, señor, para el hombre pasar con el recipiente de aceite sin contemplar los encantos de la Bella de la Tierra". "No fue difícil en absoluto, hermanos; fue una tarea bastante fácil, fácil por la muy buena razón de que era escoltado por alguien que lo amenazaba con una espada desenvainada. Pero fue una tarea verdaderamente difícil para el sabio y bueno de días pasados preservar la atención plena y refrenar sus pasiones para no mirar la belleza celestial en toda su perfección. Aun así triunfaron, y al fallecer obtuvieron un reino". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* era el más joven de los cien hijos del Rey, y creció hasta la edad adulta. Ahora bien, en aquellos días habían *Pacceka Buddhas* que solían venir a comer al palacio, y el *Bodhisatta* los atendía.

Pensando un día en la gran cantidad de hermanos que tenía, el *Bodhisatta* se preguntó si había alguna probabilidad de que llegara al trono de sus padres en esa ciudad, y decidió pedirle a los *Pacceka Buddhas* que le dijeran lo que debería hacer. Al día siguiente llegaron los *Pacceka Buddhas*, tomaron la vasija de agua que estaba consagrada a usos sagrados, filtraron el agua, lavaron y secaron sus pies y se sentaron a comer. Y mientras se sentaban, el *Bodhisatta* vino y, sentándose junto a ellos con un saludo cortés, hizo su pregunta. Y ellos respondieron y dijeron: "Príncipe, nunca llegará a ser Rey en esta ciudad. Pero en Gandhāra, a dos mil leguas de distancia, se encuentra la ciudad de Takkasilā. Si puede llegar a esa ciudad, en siete días será Rey". Pero hay un peligro en el camino hasta allí, al viajar a través de un gran bosque. Es el doble de la distancia alrededor del bosque el que hay que atravesar. Los ogros tienen su morada allí, y las ogresas hacen que las aldeas y las casas se levanten junto al camino. Bajo un hermoso dosel bordado con estrellas a lo alto, su magia coloca un costoso lecho cerrado por bellas cortinas de maravilloso tinte. Arregladas en un esplendor celestial, las ogresas se sientan dentro de sus moradas, seduciendo a los viajeros [396] con dulces palabras. 'Parece cansado,' ellas dicen, 'venga por aquí, coma y beba antes de seguir su camino'. A los que acceden a sus sugerencias se les da asiento y se encienden la lujuria por el encanto de su belleza lasciva, pero apenas hayan pecado, las ogresas los matan y se los comen mientras el calor de la sangre fluye por sus bocas. Y atrapan los sentidos de los hombres; cautivando el sentido de la belleza con absoluta

hermosura, el oído con dulces juglares, las fosas nasales con olores celestiales, el gusto con delicias celestiales de exquisito sabor, y el tacto con lechos de cojines rojos divinamente suaves. Pero si puede dominar sus sentidos y ser fuerte en su resolución de no mirarlas, entonces al séptimo día se convertirá en Rey de la ciudad de Takkasilā.

"Oh, señores, ¿cómo podría mirar a las ogresas después bridarme vuestro consejo?" Dicho esto, el *Bodhisatta* suplicó a los *Pacceka Buddhas* que le dieran algo para mantenerlo a salvo en su viaje. Al recibir de ellos un hilo encantado y un poco de arena encantada, primero se despidió de los *Pacceka Buddhas*, de su padre y su madre; y luego, yendo a su propia morada, se dirigió a su casa de la siguiente manera: — "Voy a Takkasilā para hacerme allí Rey. Ustedes se quedarán aquí". Pero cinco de ellos respondieron: "Nosotros también iremos".

"No pueden venir conmigo", respondió el *Bodhisatta*; ya que me han dicho que el trayecto está plagado de ogresas que cautivan los sentidos de los hombres y destruyen a los que sucumben a sus encantos. Grande es el peligro; no obstante confío en mí mismo e iré.

"Si vamos con su reverencia, Príncipe, no contemplaremos a esos siniestros encantos. Nosotros también iremos a Takkasilā". "Entonces muéstrense firmes", dijo el *Bodhisatta*, y se llevó a cinco hombres con él en su viaje.

Las ogresas esperaron sentadas junto al camino en sus aldeas. Y uno de los cinco, el amante de la belleza, miró a las ogresas, y siendo atrapada por su belleza, se quedó atrás. "¿Por qué se está quedando atrás?" preguntó el *Bodhisatta*. "Me duelen los pies, Príncipe. Me sentaré un rato en uno de estos pabellones y luego los alcanzaré". "Mi buen amigo, estas son ogresas; no las anheles". "Sea como fuere, Príncipe, no puedo ir más lejos". "Bueno, pronto se le mostrarán sus verdaderos colores", dijo el *Bodhisatta*, mientras continuó con los otros cuatro.

Cediendo a sus sentidos, el amante de la belleza se acercó a las ogresas, quienes [397] lo tentaron a pecar, y lo mataron allí mismo. Allí partieron, y más adelante en el camino levantaron con artes mágicas un nuevo pabellón, en el que se sentaron cantando con música de diversos instrumentos. Y entonces, el amante de la música se quedó atrás y se lo comieron. Luego, las ogresas siguieron adelante y se sentaron a esperar en un bazar repleto de dulces aromas y perfumes. Y aquí el amante de las cosas con olor dulce se quedó atrás. Y cuando se lo hubieron comido, prosiguiendo adelante, se sentaron en un puesto donde se ofrecía a la venta una profusión de viandas celestiales de exquisito sabor. Y aquí el gourmet se quedó atrás. Y cuando se lo hubieron comido, prosiguieron adelante, y se sentaron en conchas celestiales forjadas por sus artes mágicas. Y aquí el amante de la comodidad se quedó atrás. Y a él también se lo comieron.

Ahora bien, sólo quedó el *Bodhisatta*. Y una de las ogresas lo siguió, prometiéndose a sí misma que a pesar de su severa resolución lograría devorarlo antes de regresar. Más allá en el bosque, los leñadores y otros, al ver a la ogresa, le preguntaron quién era el hombre que iba delante.

Es mi marido, buenos caballeros.

"¡Oiga!" dijeron ellos al *Bodhisatta*; "Cuando tiene una dulce y joven esposa, hermosa como las flores, que deja su hogar y pone su confianza en su persona, ¿por qué no camina con ella en lugar de dejar que ella camine cansadamente detrás de usted?" "Ella no es mi esposa, sino una ogresa. Se ha comido a mis cinco compañeros". "¡Ay! Buenos caballeros", dijo ella, "la ira llevará a los hombres a decir que sus propias esposas son ogresas y demonios".

A continuación, simuló un embarazo y luego la mirada de una mujer que había dado a luz un hijo; y con el niño en la cadera, siguió al *Bodhisatta*. Todos los que lo encontraron hicieron las mismas preguntas sobre la pareja, y el *Bodhisatta* dio la misma respuesta mientras continuaba su viaje.

Por fin llegó a Takkasilā, donde la ogresa hizo desaparecer al niño y lo siguió sola. A las puertas de la ciudad, el *Bodhisatta* entró en una Casa de Descanso y se sentó. Debido a la eficacia y el poder del *Bodhisatta*, ella tampoco pudo entrar; así que se vistió de divina belleza y se paró en el umbral.

El Rey de Takkasilā pasaba en ese momento camino hacia su jardín y fue atrapado por su hermosura. "Vaya, averigüe", le dijo a un asistente, "si tiene marido [398] o no". Y cuando vino el mensajero y le preguntó si tenía un marido, ella dijo: "Sí, señor; mi marido está sentado dentro de la recámara".

"Ella no es mi esposa", dijo el *Bodhisatta*. "Es una ogresa y se ha comido a mis cinco compañeros".

Y, como antes, dijo: "¡Ay! Buenos señores, la ira empuja a los hombres a decir cualquier cosa que se les ocurra".

Entonces el hombre volvió adonde el Rey y le contó lo que cada uno había dicho. "El tesoro escondido es un regalo real", dijo el Rey. Y mandó llamar a la ogresa y la hizo sentar en el lomo de su elefante. Después de una solemne procesión alrededor de la ciudad, el Rey regresó a su palacio e hizo alojar a la ogresa en los aposentos reservados para una reina consorte. Después de bañarse y perfumarse, el Rey comió su cena y luego se acostó en su cama real. La ogresa también se preparó una comida y se dispuso en todo su esplendor. Y mientras yacía al lado del encantado Rey, se puso de lado y se echó a llorar. Cuando se le preguntó por qué lloraba, dijo: "Señor, me encontré junto al camino, y las mujeres del harén son muchas. Al vivir aquí entre enemigos, me sentiré aplastada cuando digan: '¿Quién sabe quiénes serán sus padres, o algo sobre su familia? La recogieron en el camino', pero

si su majestad me diera poder y autoridad sobre todo el reino, nadie se atrevería a molestarme con tales burlas".

"Amor, no tengo poder sobre los que habitan en todo mi reino; no soy su amo y señor. Solo tengo jurisdicción sobre aquellos que se rebelan o cometen iniquidad¹. Así que no puedo darle poder y autoridad sobre todo el reino".

"Entonces, señor, si no puede darme autoridad sobre el reino o sobre la ciudad, al menos deme autoridad dentro del palacio, para que pueda gobernar aquí sobre los que habitan en el palacio".

Demasiado y profundamente enamorado de sus encantos para negarse, el Rey le dio autoridad sobre todo dentro del palacio y le indicó que podía gobernarlo [399]. Satisfecha, esperó a que el Rey se durmiera y luego, dirigiéndose a la ciudad de los ogros, regresó con toda la congregación de ogresas al palacio. Y ella misma mató al Rey y lo devoró, con piel, tendones y carne, dejando sólo los huesos desnudos. Y el resto de las ogresas que entraban por la puerta devoraron todo lo que encontraban a su paso, sin dejar ni un ave o perro con vida. Al día siguiente, cuando la gente llegó y encontró la puerta cerrada, la golpearon con gritos de impaciencia e hicieron una entrada, solo para encontrar todo el palacio cubierto de huesos. Y exclamaron: "Así que el hombre tenía razón al decir que ella no era su esposa sino una ogresa. En su falta de sabiduría, el Rey la trajo a casa para que fuera su esposa, y sin duda ella reunió a los otros ogros, devoró a todos y luego se marchó".

Ahora bien, ese día, el *Bodhisatta*, con la arena encantada en la cabeza y el hilo encantado enrollado alrededor de la frente, estaba residiendo en la Casa de Reposo, espada en mano, esperando el amanecer. Aquellos otros, mientras tanto, limpiaron el palacio, adornaron de nuevo los pisos, rociaron perfumes sobre ellos, esparcieron flores, colgaron ramilletes del techo y festonearon las paredes con guirnaldas, y quemaron incienso en el lugar. Entonces tomaron un consejo conjuntamente, de la siguiente manera: —

"El hombre que pudiese dominar tanto sus sentidos como para no mirar a la ogresa mientras ella lo seguía con su belleza divina, es un hombre noble y firme, lleno de sabiduría. Con alguien así, como Rey, sería bueno para todo el reino, hagámoslo nuestro Rey.

Y todos los cortesanos y todos los ciudadanos del reino decidieron el asunto. Así que el *Bodhisatta*, siendo elegido Rey, fue escoltado a la capital y allí engalanado con joyas y ungido como Rey de Takkasilā. Evitando los cuatro malos caminos y siguiendo los diez caminos del deber real, gobernó su reino con rectitud, y después de una vida dedicada a la generosidad y otras buenas acciones, continuó su vida de acuerdo con sus méritos.

236:1 Cf. *Milinda-Pañha* 359 para una exposición de la prerrogativa limitada de los Reyes.

Contada su historia, el Maestro, como todo un *Buddha*, pronunció esta estrofa: — [400]

Como quien lleva una olla de aceite con cuidado,
Lleno hasta el borde, para que nada se desborde,
Así, el que viaje y parta hacia tierras extranjeras,
Sobre su propio corazón, debería mostrar gobernabilidad.

[401] Cuando el Maestro hubo conducido así al punto más alto de instrucción, que es el estado de *Arahant*, identificó los Renacimientos diciendo: "Los discípulos del *Buddha* eran en aquellos días los cortesanos del Rey, y yo el Príncipe que ganó un reino".



"Viendo al Vivo muerto". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre un Hermano que pensaba que la suerte poseía nombres. Ya que escuchamos que un joven de buena familia, llamado 'Base', había entregado su corazón a la Fe y se había unido a la Hermandad. [402] Y los Hermanos solían llamarlo: "¡Aquí, Hermano Base!" o "Quédese, Hermano Base", hasta que resolvió que, como 'Base' daba la idea de encarnar la maldad y la mala suerte, tenía que cambiar su nombre por uno de mejor augurio. En consecuencia, pidió a sus maestros y preceptores que le dieran un nuevo nombre. No obstante, ellos dijeron que un nombre sólo servía para denotar, y no imputaba cualidades; y le pidieron que se contentara con el nombre que tenía. Una y otra vez renovó su pedido, hasta que toda la Hermandad supo la importancia que le daba a un mero nombre. Y mientras estaban sentados discutiendo el asunto en el Salón de la Verdad, el Maestro entró y preguntó de qué estaban hablando. Cuando se le dijo, él exclamó: "Ésta no es la primera vez que este hermano cree que la suerte se la da los nombres; estuvo igualmente insatisfecho con el nombre que llevó en una época pasada". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, el *Bodhisatta* fue un maestro de fama mundial en Takkasilā, y quinientos jóvenes *brahmanes* aprendieron los Vedas de sus labios. Uno de estos jóvenes se llamaba Base. Y de escuchar continuamente a sus compañeros decir, "Venga, Base" o "Vaya, Base", anheló deshacerse de su nombre y tomar uno que sonara menos a mal augurio. Así que fue ante su amo y le pidió que le diera un nuevo nombre de un personaje respetable. Entonces su amo dijo: "Venga, hijo mío, viaje por la tierra hasta que encuentre un nombre que le guste. Luego regrese y le cambiaré el nombre".

El joven hizo lo que se le ordenó, y tomando provisiones para el

viaje erró de pueblo en pueblo hasta que llegó a uno en particular. Aquí había muerto un hombre llamado Vivo, y el joven *brahmán* que vio que lo llevaban al cementerio preguntó cuál era su nombre.

"Vivo", fue la respuesta. "¿Qué, Vivo puede estar muerto?" "Sí, Vivo está muerto; tanto Vivo como Muerto mueren por igual. Un nombre solo sirve para marcar quién es quién. ¿Acaso es tonto?"

Al oír esto, se dirigió a la ciudad, sin sentirse ni satisfecho ni insatisfecho con su propio nombre.

Ahora bien, una esclava había sido arrojada a la puerta de una casa, mientras que su amo y su señora la golpeaban con cabos de cuerda porque no había llevado a casa su salario. Y el nombre de la chica era Rica. [403] Al ver que golpeaban a la muchacha, mientras caminaba por la calle, preguntó la razón, y le respondieron que era porque no tenía salario que ganarse.

"¿Y cómo se llama la joven?"

"Rica", dijeron. "¿Y Rica no puede hacer valer la paga de un mísero día?" "Se llame Rica o Pobre, el dinero no llega así nomás. Un nombre solo sirve para marcar quién es quién. ¿Acaso es tonto?"

Más reconciliado con su propio nombre, el joven *brahmán* salió de la ciudad y en el camino encontró a un hombre que había perdido su camino. Al enterarse de que se había perdido, el joven le preguntó cómo se llamaba. "Orientado", fue la respuesta. "¿Y se ha extraviado alguien que se llama Orientado?" "Orientado o Desorientado, ambos pueden perderse de la misma manera. Un nombre solo sirve para marcar quién es quién. ¿Acaso es tonto?"

Totalmente reconciliado ahora con su nombre, el joven *brahmán* volvió con su maestro.

"Bueno, ¿qué nombre ha elegido?" preguntó el *Bodhisatta*. "Maestro", dijo, "he descubierto que la muerte le puede llegar tanto a 'Vivo' como a 'Muerto', que tanto 'Rica' como 'Pobre' pueden ser ambos pobres, y que tanto 'Orientado' como 'Desorientado' pueden perder el camino. Ahora sé que un nombre sólo sirve para decir quién es quién y no rige el destino de su dueño, así que estoy satisfecho con mi propio nombre y no quiero cambiarlo por ningún otro".

Entonces el *Bodhisatta* pronunció esta estrofa, combinando lo que el joven *brahmán* había hecho con lo que había visto: —

Al ver a Vivo muerto, a Orientado perdido, y a Rica pobre,
Base conoció la alegría y no viajó más.

Contada su historia, el Maestro dijo: "Así que vean, Hermanos, que tanto en días pasados como ahora este Hermano imaginó que había mucho en un nombre". E identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano que está descontento con su nombre ahora era el joven *brahmán* descontento de aquellos días; los discípulos del *Buddha* eran los discípulos de entonces, y yo mismo era su maestro".



[404] "*Sabio correctamente, Sabio incorrectamente*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un mercader quien era en realidad un estafador. Se nos dice que había dos comerciantes en sociedad en Sāvatti, que viajaron con su mercancía y regresaron con sus ganancias. No obstante, el comerciante estafador pensó: "Mi socio se ha estado mal alimentado y mal alojando durante muchos días y morirá de indigestión ahora que ha vuelto a casa y podría darse un festín a su gusto con múltiples delicias. Mi plan es dividir lo que hemos hecho en tres porciones, dando una a sus huérfanos y quedándome dos". Y con este objeto se excusó día tras día para aplazar el reparto de las ganancias.

Al darse cuenta de que era en vano presionar por una división, el socio honesto fue adonde el Maestro al monasterio, hizo su saludo y fue recibido amablemente. "Ha pasado mucho tiempo", dijo el *Buddha*, "desde la última vez que vino a verme". Y entonces el mercader le contó al Maestro lo que le había sucedido.

"Ésta no es la primera vez, seguidor laico", dijo el Maestro, "que este hombre se haya comportado como un comerciante estafador; no lo fue menos en tiempos pasados. Tal como trata de defraudarlo ahora, también trató de defraudar a los sabios y buenos de otros días". Dicho esto, a petición del comerciante, el Maestro contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* nació en la familia de un comerciante y el día que nació fue bautizado como 'El Sabio'. Cuando creció, se asoció con otro comerciante llamado 'El Más Sabio' y comerció con él. Y los dos llevaron quinientos carruajes de mercaderías de Benares a los distritos rurales, donde dispusieron de sus mercancías, volviendo después con las ganancias a la ciudad. Cuando llegó el momento de dividir las ganancias, El Más Sabio dijo: "Debo tener el doble que El Sabio". "¿Por qué?" preguntó El Sabio. "Porque mientras tú eres sólo El Sabio, yo soy El Más Sabio. Así que El Sabio debería tener sólo una parte de dos del Más Sabio". "Pero ambos tuvimos el mismo interés en las acciones durante el comercio, con los bueyes y los carruajes. ¿Por qué deberías tener dos partes?" "Porque soy El Más Sabio". Y así hablaron hasta que empezaron a pelear.

"¡Ah!" pensó El Más Sabio, "Tengo un plan". E hizo que su padre se escondiera en [405] un árbol hueco, ordenando al anciano que dijera, cuando los dos llegara, "El Más Sabio debe tener una porción doble". Arreglando esto, fue adonde el *Bodhisatta* y le propuso remitir el reclamo de la doble distribución a la decisión competente del Hada del Árbol. Luego hizo su llamado con estas palabras: "¡Señor, Hada del Árbol, decida nuestra causa!" Entonces el padre, que estaba escondido en el árbol, con voz cambiada les

pidió que le expusieran el caso. El tramposo se dirigió al árbol de la siguiente manera: "Señor, aquí está El Sabio, y aquí estoy yo, El Más Sabio. Hemos sido socios en un comercio. Declare qué parte debe recibir cada uno".

"El Sabio debería recibir una parte, y El Más Sabio dos", fue la respuesta.

Al escuchar esta decisión, el *Bodhisatta* resolvió averiguar si realmente era un Hada del Árbol o no. Así que llenó el tronco hueco con paja y le prendió fuego. Así que el padre de El Más Sabio, que se estaba medio asando por las llamas crecientes, trepó agarrándose de una rama. Cayendo al suelo, pronunció esta estrofa:

Señor Sabio correctamente, El Más Sabio obtuvo incorrectamente su nombre;
Es por medio de El Sabio, que estoy casi asándome en llamas.

Entonces los dos mercaderes hicieron una división por igual y cada uno tomó la mitad, y al morir fallecieron dirigiéndose a un destino de acuerdo con sus méritos.

"Así vea", dijo el Maestro, "que su socio fue un gran estafador en tiempos pasados tal como lo ha sido ahora". Habiendo terminado su historia, identificó los Renacimientos diciendo: "El mercader tramposo de hoy era el mercader tramposo de la historia, y yo, el mercader honesto llamado El Sabio".



"Mucho mejor que mil necios". Esta historia la contó el Maestro cuando estaba en Jetavana, con respecto a una cuestión sobre los inconversos. [406]

(Los incidentes se relatarán en el *Sarabhaṅga-Jātaka*¹.)

En cierta ocasión, los Hermanos se reunieron en el Salón de la Verdad y elogiaron la sabiduría de Sāriputta, el Capitán de la Fe, quien había expuesto el significado de las concisas palabras del *Buddha*. Al entrar en la sala, el Maestro preguntó y se le respondió sobre qué estaban hablando los Hermanos. "Esta no es la primera vez, hermanos", dijo él, "que Sāriputta ha sacado a relucir el significado de un pronunciamiento conciso de mi parte. Él hizo lo mismo en tiempos pasados". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares, el *Bodhisatta* nació como un *brahmán* en el norte del país y perfeccionó su educación en Takkasilā. Despojándose de las Pasiones y renunciando al mundo por una

1. No. 522.

vida de ermitaño, él desarrolló los Cinco Conocimientos y los Ocho Logros, y habitó en los Himalayas, donde quinientos ermitaños se congregaron a su alrededor. Una temporada de lluvias, su Discípulo Principal fue con la mitad de los ermitaños a los lugares frecuentados por los hombres para obtener sal y vinagre. Y ese fue el momento en que el *Bodhisatta* debía morir. Y sus discípulos, deseando conocer su logro espiritual, le dijeron: "¿Qué excelencia ha obtenido?"

"¿Obtenido?" dijo él; "No he obtenido *Nada*".¹ Dicho esto, murió, pero renació en el Reino *Brahmā* de los *Diablos* Radiantes. (Pues los *Bodhisattas*, aunque hayan alcanzado el estado más elevado, nunca renacen en el Mundo Inmaterial, ya que son incapaces de traspasar más allá del Reino Material). Confundiendo lo que su maestro quería decir, sus discípulos concluyeron que no había logrado ningún logro espiritual. Así que no rindieron los honores acostumbrados en la cremación.

A su regreso, el Discípulo Principal se enteró de que el maestro había muerto y preguntó si le habían preguntado qué había consumado. "Dijo que no había obtenido *Nada*", dijeron. "Así que no le rendimos los honores habituales en la cremación".

"No entendieron lo que quiso decir", dijo el Discípulo Principal. "Nuestro maestro quiso decir que había desarrollado la sabiduría llamada la sabiduría de la Nada de las Cosas". Pero aunque les explicara esto una y otra vez a los discípulos, ellos no le creyeron.

Conociendo esta incredulidad, el *Bodhisatta* clamó: "¡Necios! Ellos no creen en mi Discípulo Principal. Les aclararé esto". Así que él llegó desde el Reino *Brahmā* y en virtud de sus impresionantes poderes se suspendió en el aire sobre la ermita y pronunció esta estrofa en alabanza a la sabiduría del Discípulo Principal: — [407]

Mucho mejor que mil necios, aunque ellos
Puedan pronunciarse durante cien años incesantemente,
Es aquel que oyendo, inmediatamente entienda.

Así, el Gran Ser, suspendido el aire proclamó la Verdad y reprendió a la congregación de ermitaños. Luego regresó al Reino *Brahmā*, y todos esos ermitaños también se desarrollaron para poder renacer en el mismo Reino.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Sāriputta era el Discípulo Principal de aquellos días, y yo era *Mahā-Brahma*".

1. Uno de los logros más elevados fue la comprensión de la Nada de las Cosas; resultando todo un engaño.

"Disfrazado de alegría". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Kuṇḍadhānavana, cerca de la ciudad de Kuṇḍiya, acerca de Suppavāsā, una hermana laica que era hija del Rey Koliya. Ya que en aquel tiempo ella, que llevaba en su vientre a un niño de siete años, se encontraba en el séptimo día de su agonía, padeciendo de uno dolores de parto terribles. A pesar de toda su agonía, ella pensó lo siguiente: "Todo Iluminado es el Bienaventurado que predica la Verdad hasta el fin en el que tal sufrimiento pueda cesar; justos son los Elegidos del Bienaventurado que caminan de tal manera que tal sufrimiento pueda cesar; Bienaventurado es el *Nibbāna* en el que cesa todo sufrimiento". Estos tres pensamientos fueron su consuelo en sus dolores. Y envió a su esposo a ver al *Buddha* para que le contara sobre su estado y le transmitiera su saludo.

Su mensaje fue dado al Bienaventurado, quien dijo, [408] "Que Suppavāsā, hija del Rey de los Koliyas, crezca fuerte y en bienestar nuevamente, y dé a luz a un niño sano". Y a la palabra del Bienaventurado, Suppavāsā, hija del Rey de los Koliyas, se recuperó y se hizo fuerte, y dio a luz a un saludable niño. A su regreso, al descubrir que su esposa había parido sin problemas, el esposo se maravilló enormemente de los Excelsos poderes del *Buddha*. Ahora que había nacido su hijo, Suppavāsā estuvo ansiosa por mostrar generosidad durante siete días a la Hermandad con el *Buddha* a la cabeza, y envió a su esposo de regreso para invitarlos. Ahora bien, sucedió que en ese momento la Hermandad con el *Buddha* a la cabeza había recibido una invitación del laico que apoyaba al Venerable Moggallāna el Grande; pero el Maestro, deseando satisfacer los generosos deseos de Suppavāsā, envió al Venerable para explicarle el asunto, y con la Hermandad aceptó durante siete días la hospitalidad de Suppavāsā. Al séptimo día vistió a su pequeño, cuyo nombre era Sīvali, y lo hizo inclinarse ante el *Buddha* y la Hermandad. Y cuando fue llevado a su debido tiempo con Sāriputta, el Venerable, con toda amabilidad, saludó al infante, diciendo: "Bueno, Sīvali, ¿le va bien?" "¿Cómo podría ser, señor?" dijo el infante. "Siete largos años he tenido que revolcarme en sangre".

Luego, con alegría, Suppavāsā exclamó: "Mi hijo, de solo siete días de edad, ¿está realmente discutiendo sobre religión con el apóstol Sāriputta, el Capitán de la Fe?"

"¿Le gustaría otro niño así?" preguntó el Maestro. "Sí señor," dijo Suppavāsā, "siete más, si pudiera tenerlos como él". En una frase solemne, el Maestro dio gracias por la hospitalidad de Suppavāsā y partió.

A los siete años de edad, el niño Sīvali entregó su corazón a la Fe y abandonó el mundo para unirse a la Hermandad; a los veinte años fue admitido como Hermano plenamente. Justo era él y consumó la corona de justicia que es el estado de *Arahant*, y la tierra clamó de alegría.

Así que un día, los Hermanos reunidos hablaron entre sí en el Salón de la Verdad con respecto al asunto, diciendo: "El Venerable Sīvali, que ahora es una luz muy brillante, fue el hijo de muchas oraciones; estuvo siete largos años en el útero y padeció siete días durante el parto. ¡Cuán grandes deben haber sido los dolores de la madre y del niño! ¿De qué acciones fueron fruto sus dolores?"

Al entrar a la sala, el Maestro preguntó el tema de su conversación. "Hermanos", dijo él, "el justo Sīvali [409] estuvo siete años en el útero y siete días durante su parto, todo debido a sus propias acciones del pasado. Y de manera similar, los siete años de embarazo y los siete días de parto de Suppavāsā fueron el resultado de sus propias acciones pasadas". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés, el *Bodhisatta* era hijo de la Reina consorte, y creció y se educó en Takkasilā, y a la muerte de su padre se convirtió en Rey y gobernó con rectitud. Ahora bien, en aquellos días, el Rey de Kosala se levantó con gran fuerza contra Benares y mató al Rey y se llevó a su Reina para que fuera su propia esposa.

Cuando mataron al Rey, su hijo escapó por la cloaca. Después reunió una fuerza poderosa y volvió a Benares. Acampando cerca, envió un mensaje al Rey para que entregara el reino o diera batalla. Y el Rey devolvió la respuesta de que daría batalla. Pero la madre del joven Príncipe, al oír esto, envió un mensaje a su hijo, diciendo: "No hay necesidad de pelear. Que todos los accesos a la ciudad y todos los flancos estén cerrados y sellados, hasta que falte leña y agua y la comida agote al pueblo, así que la ciudad caerá en vuestras manos sin pelear". Siguiendo el consejo de su madre, el Príncipe sitió la ciudad durante siete días con un bloqueo tan estricto que los ciudadanos al séptimo día cortaron la cabeza de su Rey y se la llevaron al Príncipe. Luego él entró a la ciudad y se proclamó Rey, y cuando terminó su vida, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

El resultado y la consecuencia de sus actos al sitiar la ciudad durante esos siete días resultó en que durante siete años permaneciera en el vientre y pasara por siete días de parto. Pero, puesto que había caído ante los pies del *Buddha* Padumuttara y había obrado con muchos presentes para que la corona del estado de *Arahat* fuera suya; y, puesto que, en los días del *Buddha* Vipassī, había ofrecido la misma oración, él y su gente del pueblo, con presentes de gran valor, — [410] por lo tanto, debido a su mérito, consumó la corona del estado de *Arahat*. Y debido a que Suppavāsā envió el mensaje pidiéndole a su hijo que tomara la ciudad mediante un bloqueo, ella estuvo condenada a un embarazo de siete años y a siete días de parto.

Su historia terminó, el Maestro, como todo un *Buddha*, repitió estos versos: —

Disfrazado de alegría y bendiciones, llegan el dolor
Y los problemas, a los corazones perezosos a los cuales abrumar.

Y cuando hubo enseñado esta lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Sīvali era el Príncipe que en aquellos días bloqueó la ciudad y se convirtió en Rey; Suppavāsā era su madre, y yo su padre, el Rey de Benares".



Mucho mejor que cien necios, aunque
Piensen mucho durante cien años incesantemente,
Es aquel que al oír inmediatamente algo lo entienda.

[411] Esta historia es análoga en todos los aspectos al *Parosahassa-Jātaka* (No. 99), con la única diferencia de que aquí se lee 'piensen mucho'.

"*El que debe probar*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre un hermano laico que era un verdulero en Sāvatti y se ganaba la vida vendiendo diferentes raíces y vegetales, calabazas y similares. Ahora bien, tenía una hermosa hija que era tan buena y virtuosa como bella, pero siempre se reía. Y cuando una familia de su misma posición le pidió matrimonio, el padre pensó: "Ella debería estar casada, pero siempre se está riendo; y una chica mal casada con una familia extraña es la vergüenza de sus padres. Debo averiguar si es una buena chica o no".

Así que un día hizo que su hija tomara una canasta y fuera con él al bosque a recoger hierbas. Luego, para probarla, la tomó de la mano susurrando palabras de amor. Inmediatamente, la niña se echó a llorar y comenzó a gritar que tal cosa sería tan monstruosa como el fuego saliendo del agua, y le suplicó que se abstuviera de hacer lo que hacía. Luego le dijo que su única intención era probarla y le preguntó si era virtuosa. Y ella declaró que lo era y que nunca había mirado a ningún hombre con ojos de pasión. Calmando sus temores y llevándola de vuelta a casa, hizo un banquete y la ofreció en matrimonio. Entonces, sintiendo que debía ir a presentar sus respetos al Maestro, tomó perfumes y guirnaldas en su mano y se dirigió a Jetavana. Hechos sus saludos y hechas las ofrendas, se sentó cerca del Maestro, quien observó que hacía mucho tiempo que el verdulero no lo visitaba. Entonces el hombre le contó al Bienaventurado toda la historia.

"Ella siempre ha sido una buena chica", dijo el Maestro. "La ha puesto a prueba ahora tal como lo hizo en días pasados". Luego, a pedido del verdulero, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benares [412], el *Bodhisatta* era el Hada de un árbol en el bosque. Y un seguidor laico, que era el verdulero de Benares, tuvo las mismas dudas sobre su hija, y todo ocurrió como en la historia introductoria. Y cuando su padre la tomó de la mano, la niña que lloraba repitió estos versos:

El que debe probar que mi escudo sea fuerte,
Mi padre, es ahora quien me hace este mal.
Abandonada en el bosque más espeso lloro;
Mi enemigo resulta ser Mi benefactor.

Entonces su padre calmó sus temores y le preguntó si era virgen. Y cuando ella declaró que lo era, él la llevó a casa e hizo un banquete y dio a la niña en matrimonio.

Terminada su historia, el Maestro predicó las Cuatro Nobles Verdades, al término de las cuales el verdulero se estableció en el Primer Sendero de la Salvación. Luego, más rápidamente identificó los Renacimientos diciendo: "El padre y la hija de hoy eran el padre y la hija de la historia, y yo, el Hada del Árbol que presencié toda la escena".

[Nota. Cf. No. 217.]



"Si se es sabio, no se holgazaneará."— Esta historia fue contada por el Maestro en Jetavana acerca de Anātha-piṇḍika. Ya que oímos que Anātha-piṇḍika regresaba de la aldea de la que era cacique, cuando vio a unos ladrones en el camino. "No servirá de nada holgazanear por el camino", pensó; "Debo apresurarme hasta llegar a Sāvatti". Así que instó a sus bueyes a acelerar [413] para llegar finalmente a salvo a Sāvatti. Al día siguiente fue al monasterio y le contó al Maestro lo que le había sucedido. "Señor", dijo el Maestro, "en otros tiempos también los sabios y buenos veían a los ladrones en el camino y se apresuraban sin demora hasta llegar a sus casas". Luego, a petición del comerciante, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* era un rico comerciante que había ido a un pueblo a cobrar sus cuotas y estaba de camino a casa cuando vio a unos ladrones en el camino. Inmediatamente instó a sus bueyes a dar su máxima velocidad y llegó a salvo a casa. Y mientras se sentaba en su lecho de estado después de una rica comida, exclamó: "He escapado de la mano de los ladrones y he llegado a salvo a mi propia casa, donde no mora ningún temor". Y en su agradecimiento pronunció esta estrofa: —

Si se es sabio, no se holgazaneará en medio de los enemigos;
Una noche o dos con tales seres traerá solo miserias.

Así, desde la plenitud de su corazón, habló el *Bodhisatta*, y después de una vida de generosidad y otras buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Su historia terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Yo era el comerciante de Benares de aquellos días".



"De cuatro a ocho". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano rebelde. Los incidentes son los mismos que los de la historia anterior de *Mittavindaka*¹, pero pertenecen a los días del *Buddha* Kassapa.

[414] Ahora bien, en esa ocasión, uno de los condenados que se había puesto en el círculo y estaba sufriendo las torturas del infierno, preguntó al *Bodhisatta*: "Señor, ¿qué pecado he cometido?" El *Bodhisatta* detalló las malas acciones del hombre al contratar y pronunció esta estrofa: —

De cuatro a ocho, de ahí hasta dieciséis, y así
Hasta treinta y dos, la codicia insaciable va,
— Se mantiene presionando hasta la insaciabilidad
Ganando la miseria de la rejilla del círculo.²

Diciendo esto, regresó al Reino de los *Devas*, pero el otro moró en el infierno hasta que su pecado fue purgado en él. Luego pasó de allí a un destino de acuerdo a sus méritos.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano rebelde era entonces *Mittavindaka* y yo el *Deva*".



"*Teme al viento*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano que vivía en un perpetuo estado de alarma nerviosa. Sabemos que provenía de una buena familia en *Sāvatthi*, y fue llevado a abandonar el mundo al escuchar la predicación de la Verdad, y que siempre temía por su vida tanto de noche como de día. El susurro del viento, el susurro de un ventilador o el grito de

1. No. 41.

2. Parte de estas líneas ocurren en el *Pañca Tantra* 98.

un pájaro o una bestia le inspiraban un terror tan abyecto que chillaba de miedo y salía corriendo. Nunca reflexionaba en el hecho de que la muerte era segura de venir sobre él; ya que aunque hubiese practicado la meditación sobre la certeza de la muerte, no la habría temido. [415] Porque sólo los que no meditan así temen a la muerte. Ahora bien, los Hermanos conocían su constante temor a morir, y un día se reunieron en el Salón de la Verdad y comenzaron a discutir sobre su temor y la conveniencia de que cada Hermano tomara la muerte como objeto de meditación. Al entrar al Salón, el Maestro preguntó, y se le respondió sobre qué estaban discutiendo. Así que mandó llamar al Hermano en cuestión y le preguntó si era cierto que vivía con miedo a la muerte. El Hermano confesó que sí. "No os enojéis, hermanos", dijo el Maestro, "con este hermano. El miedo a la muerte que llena su pecho ahora no era menos fuerte en tiempos pasados". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* era el Hada de un Árbol cerca de los Himalayas.

Y en aquellos días, el Rey puso su elefante estatal en manos de los entrenadores de elefantes para que lo domaran y se mantuvieran firmes. Así que ataron al elefante a un poste, y con aguijones en sus manos se pusieron a adiestrar al animal. Incapaz de soportar el dolor mientras lo obligaban a cumplir sus órdenes, el elefante derribó el poste, se fugó de los entrenadores y se dirigió a los Himalayas. Y los hombres, al no poder atraparlo, tuvieron que regresar con las manos vacías. El elefante vivía en los Himalayas con un miedo constante a la muerte. Un soplo de viento bastaba para llenarlo de miedo y ponerlo en marcha a toda velocidad, sacudiendo su trompa de un lado a otro. Y se vinculaba con ello como si todavía estuviera atado al poste para ser entrenado. Toda la felicidad de la mente y el cuerpo se habían apartado de él, vagaba de arriba a abajo en constante temor. Al ver esto, el Hada del Árbol se paró en la horquilla de su árbol y pronunció esta estrofa: —

¿Teme al viento que incesantemente
desgarran siempre las ramas podridas?
¡Tal miedo lo consumirá por completo!

[416] Tales fueron las palabras de júbilo del Hada del Árbol. Y el elefante a partir de entonces no volvió a temer.

Su lección terminó, el Maestro enseñó las Cuatro Nobles Verdades (al final de las cuales el Hermano entró en los Senderos), e identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano era el elefante de aquellos días y yo el Hada del Árbol".



"Una vida feliz era la mía". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de la tentación de una chica gorda. El incidente será relatado en *Culla-Nārada-Kassapa Jātaka*¹ en el Libro Trece.

Al preguntarle al Hermano, se le dijo al Maestro que era cierto que estaba enamorado, y enamorado de la chica gorda. "Hermano", dijo el Maestro, "ella lo está desviando. Así también en tiempos pasados lo condujo hacia el mal, y solo los sabios y buenos de esos días le devolvieron la felicidad". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benarés, sucedieron aquellas cosas que se relatarán en el *Culla-Nārada-Kassapa Jātaka*.¹ Pero en esta ocasión el *Bodhisatta* al anochecer llegó con frutas a la ermita y, abriendo la puerta, le dijo a su hijo: "Cada dos días debe traer leña y víveres, y encender el fuego. ¿Por qué no ha hecho ninguna de estas cosas hoy, y está sentado tristemente aquí languideciendo?"

"Padre", dijo el joven, "mientras usted estaba recogiendo frutas, vino una mujer que trató de engañarme con halagos. Pero no quise ir con ella hasta que tuviera su permiso, así que la dejé sentada esperando por mí y ahora mi deseo es partir.

Al darse cuenta de que el joven estaba demasiado enamorado para poder abandonarla, el *Bodhisatta* le pidió que se fuera, diciendo: "Pero cuando ella quiera carne [417], pescado, *ghee*, sal, cabalgar o cualquier cosa por el estilo para comer, y lo envíe corriendo de un lado a otro en sus mandados, entonces recuerde esta ermita y huya de regreso a mí".

Así que el otro hombre se fue con la mujer a las viviendas de los hombres; y cuando llegó a su casa, ella lo hizo correr en búsqueda de todo lo que se antojara.

"Yo muy bien podría llegar a ser su esclavo tal como lo estoy siendo ahora", pensó, y rápidamente corrió de regreso adonde su padre, y saludándolo, se puso de pie y repitió esta estrofa: —

Una vida feliz era la mía hasta que cayó ella,
— Ese inquietante y fastidioso cántaro le puso el estilo a mi esposa—
Poniéndome a hacer los mandados según sus caprichos.

Y el *Bodhisatta* elogió al joven y lo exhortó a la bondad y a la misericordia, exponiendo las cuatro formas del sentimiento correcto hacia

1. No. 477.

los hombres y los modos de asegurar la Sabiduría. No pasó mucho tiempo antes de que el joven obtuviera los Conocimientos y los Logros, y desarrolló los sentimientos correctos hacia sus semejantes, y renació con su padre en el Reino *Brahmā*.

Terminada su lección, y predicadas las Cuatro Nobles Verdades (al final de las cuales ese Hermano entró en el Primer Sendero), el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "La niña gorda de hoy era también la niña gorda de aquellos días; este Hermano que se sometió al yugo de la pasión era el hijo, y yo el padre de aquellos días".



[418] "*Habilidad premiada*". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano que arrojó y golpeó a un cisne. Se nos dice que este Hermano, que provenía de una buena familia en Sāvattthi, había adquirido una gran habilidad para golpear cosas con piedras; y que al oír la Verdad predicada un día entregó su corazón a ella y, renunciando al mundo, fue admitido a la plena Fraternidad. Pero ni en el estudio ni en la práctica sobresalió como Hermano. Un día, con un Hermano joven, fue al río Aciravatī, y estaba parado en el banco después de bañarse, cuando vio pasar dos cisnes blancos volando. Entonces él le dijo al Hermano menor: "Le pegaré al cisne trasero en el ojo y lo derribaré". "¡Bájalo de verdad!" dijo el otro; "No podrás atinarle". "Solo espera un momento. La daré en el ojo de este lado y saldrá través del otro ojo". "Ay, tonterías". "Muy bien; espera y verás". Luego tomó una piedra de tres ángulos en su mano y la arrojó tras el cisne. Un zumbido hizo la piedra por el aire y el cisne, sospechando el peligro, se detuvo a escucharlo. Inmediatamente el Hermano agarró una piedra redonda y lisa y, mientras el cisne descansaba mirando hacia otra dirección, lo golpeó de lleno en el ojo, de modo que la piedra entró por un ojo y salió por el otro. Y con un fuerte grito el cisne cayó al suelo a sus pies. "Ésa es una acción sumamente impropia", dijo el otro Hermano, y lo llevó ante el Maestro, con un relato de lo que había sucedido. Después de reprender al Hermano, el Maestro dijo: "Hermanos, en tiempos pasados él poseía la misma habilidad que ahora". Y contó esta historia del pasado.

Una vez cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* era uno de los cortesanos del Rey. Y el capellán real de aquellos días era tan hablador y prolijo que, una vez que comenzaba, no podría dejar de hablar. Así que el

249:1 El *Rāpti* moderno, en Oudh.

Rey buscó a alguien para interrumpir al capellán, y buscó por todas partes a tal persona. Ahora bien, en ese tiempo había un lisiado en Benares que era un excelente tirador de piedras, y los muchachos solían ponerlo en un pequeño carruaje y [419] llevarlo a las puertas de Benares, donde había un gran árbol de higuera ramificado, cubierto de hojas. Allí se reunían y le daban medio penique, diciendo 'Haz un elefante' o 'Haz un caballo'. Y el lisiado arrojaba piedra tras piedra hasta cortar el follaje en las formas que se le pedían. Y el suelo quedaba cubierto de hojas caídas.

En camino hacia su jardín, el Rey llegó al lugar, y todos los muchachos se fueron corriendo por miedo al Rey, dejando al lisiado allí indefenso. Al ver la hojarasca, el Rey preguntó, mientras pasaba en su carruaje, quién había cortado las hojas. Y le dijeron que el lisiado lo había hecho. Pensando que allí podría haber una forma de taparle la boca al Capellán, el Rey preguntó dónde estaba el lisiado y se lo mostró sentado al pie del árbol. Entonces el Rey hizo que lo trajeran y, haciendo señas a su séquito para que se apartara, le dijo al lisiado: "Tengo un Capellán muy hablador. ¿Cree que podría hacerlo dejar de hablar?"

—Sí, señor, si tuviera una cerbatana de guisantes llena de estiércol seco de cabra — dijo el tullido. Entonces el Rey hizo que lo llevaran al palacio y lo colocaran con una cerbatana de guisantes llena de estiércol seco de cabra detrás de una cortina con una abertura, frente al asiento del Capellán. Cuando el *brahmán* vino a atender al Rey y se sentó en el asiento preparado para él, Su Majestad inició una conversación. Entonces el Capellán inmediatamente monopolizó la conversación, y nadie más pudo hablar. En ese momento, el lisiado comenzó a disparar las bolitas de estiércol de cabra una por una, como moscas, a través de la rendija de la cortina directamente a la garganta del Capellán. Y el *brahmán* se tragó las bolitas a medida que llegaban, como si fuera mucho aceite, hasta que todo desapareció. Cuando toda la cerbatana de guisantes llena de perdigones se alojó en el estómago del Capellán, se hincharon hasta el tamaño de medio picotazo; y el Rey, sabiendo que todos se habían ido, se dirigió al *brahmán* con estas palabras: "Venerable señor, es usted tan hablador que se ha tragado una cerbatana de guisantes llena de estiércol de cabra sin darse cuenta. Eso es todo lo que podrá tomar de una sentada. Ahora vaya a casa y tome una dosis de semilla de pánico y agua a modo de emético, y vuelva a ponerse bien.

Desde ese día [420] el Capellán mantuvo la boca cerrada y se sentó tan silenciosamente durante la conversación como si tuviera los labios sellados.

"Bueno, mis oídos están en deuda con el lisiado por este alivio", dijo el Rey, y le otorgó cuatro aldeas, una en el Norte, una en el Sur, una en el Oeste y una en el Este, produciendo cien mil al año.

El *Bodhisatta* se acercó al Rey y dijo: "En este mundo, señor,

la habilidad debe ser cultivada por los sabios. La mera habilidad para apuntar le ha valido a este lisiado toda esta prosperidad." Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

Premie la habilidad, y note al tirador cojo;
— Cuatro pueblos premian su puntería.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano era el lisiado de esos días, Ānanda el Rey, y yo el sabio cortesano".



"*Aprenda a tiempo*". Esta historia fue contada por el Maestro, mientras moraba en la Recámara de Gabletes en el Gran Bosque cerca de Vesāli, acerca de un Licchavi, un Príncipe piadoso que había abrazado la Verdad. Había invitado a la Hermandad con el *Buddha* a la cabeza a su casa, y allí había mostrado una gran generosidad hacia ellos. Ahora bien, su esposa era una mujer muy gorda, de apariencia casi hinchada, y andaba mal vestida.

Agradeciendo al Rey su hospitalidad, el Maestro regresó al monasterio y, después de un discurso a los Hermanos, se retiró a su perfumado aposento.

Reunidos en el Salón de la Verdad, los Hermanos expresaron su sorpresa de que un hombre como este Príncipe Licchavi tuviera por esposa a una mujer tan gorda y tan mal vestida, y la quisiera tanto. Al entrar en el Salón y escuchar lo que se estaba discutiendo, el Maestro dijo: "Hermanos, así como ahora, así mismo en otros tiempos al Príncipe gustó una mujer gorda". Luego, a petición de ellos, contó esta historia del pasado.

[421] Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benarés, el *Bodhisatta* era uno de sus cortesanos. Y una campesina gorda y mal vestida, que trabajaba a sueldo, pasaba cerca del patio del palacio, cuando la apremió la necesidad de una ocasión. Inclínandose con sus ropas decentemente recogidas a su alrededor, cumplió su propósito y se puso de pie de nuevo en un santiamén.

El Rey casualmente estaba mirando hacia el patio a través de una ventana en ese momento y vio esto. Entonces, pensó él: "Una mujer que podría manejar esto con tanta decencia debe gozar de buena salud. Ella de seguro que mantendría limpia su casa, y un hijo nacido en una casa limpia seguramente crecerá limpio y virtuoso. La haré mi Reina consorte". Y en consecuencia el Rey, asegurándose primero de que ella no fuera de otro,

mandó llamarla y la hizo su Reina. Y ella se volvió muy cercana y querida por él. No mucho después nació un hijo, y este hijo se convirtió en un Monarca Universal.

Al observar su suerte, el *Bodhisatta* aprovechó la ocasión para decirle al Rey: "Señor, ¿por qué no se debería cuidar debidamente de cumplir con todas las apropiadas observancias, cuando esta excelente mujer, por su modestia y decencia en aliviar la naturaleza, ganó el favor de su majestad y se elevó a tal fortuna?" Y prosiguió a pronunciar esta estrofa:

Aprenda a tiempo, aunque haya gente testaruda;
La rústica complació al Rey con modestia.

Así elogió el Gran Ser las virtudes de aquellos que se dedicaban al estudio de las observancias apropiadas.

[422] Su historia terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "El esposo y la esposa de hoy eran también el esposo y la esposa de aquellos tiempos, y yo el sabio cortesano".



"Como le va a su adorador". Esta historia la contó el Maestro cuando estaba en Sāvatti, acerca de un hombre muy pobre.

Ahora bien, en Sāvatti, la Hermandad con el *Buddha* a la cabeza solía ser acogida entonces por una sola familia, después por tres o cuatro familias juntas. O un grupo de personas o una calle entera se juntaban, o a veces toda la ciudad los entretenía. No obstante, en la ocasión en cuestión era una calle en la que estaba sesgando la hospitalidad. Y los habitantes habían hecho arreglos para proporcionar gachas de arroz seguidas de tortas.

Ahora bien, en esa calle vivía un hombre muy pobre, un jornalero, que no veía cómo podía dar gachas, pero resolvió dar tortas. Y raspó el polvo rojo de las cáscaras vacías y lo amasó con agua hasta formar una torta redonda. Este pastel lo envolvió en una hoja de golondrina y lo horneó en las brasas. Cuando estuvo hecho, tomó la decisión de que nadie más sino el *Buddha* debería comerla y, en consecuencia, tomó posición en un lugar inmediatamente junto al Maestro. Tan pronto como se dio la orden de ofrecer pasteles, dio un paso adelante más rápido que nadie y puso su pastel en el cuenco de ofrendas del Maestro. Y el Maestro rechazó todos los demás pasteles que le ofrecieron y se comió el pastel del hombre pobre. Inmediatamente toda la ciudad no habló más sobre cómo el Totalmente Iluminado no había desdeñado comer la torta de salvado del pobre hombre. Y desde los porteadores hasta los nobles y el Rey, todas las clases acudieron al lugar, saludaron al Maestro y se apiñaron alrededor del pobre hombre,

ofreciéndole comida, o de doscientas a quinientas monedas de dinero si les cediera el mérito de su acto.

Pensando que era mejor preguntarle primero al Maestro al respecto, se acercó a él y le expuso su caso. "Tome lo que le ofrezcan", dijo el Maestro, "y comparta su justicia con todas las criaturas vivientes". Así que el hombre se puso a trabajar para recoger las ofrendas. Unos dieron el doble que otros, unos cuatro veces más, otros ocho veces más, y así sucesivamente, hasta que contribuyeron por el valor de nueve *crores* de oro.

Dando las gracias por la hospitalidad, el Maestro volvió al monasterio y después de instruir a los Hermanos e impartirles su bienaventurada enseñanza, se retiró a su perfumado aposento.

Por la tarde el Rey mandó llamar al pobre y lo nombró señor tesorero.

Reunidos en el Salón de la Verdad, los Hermanos hablaron juntos de cómo el Maestro, sin desdeñar la torta de salvado del pobre hombre, la había comido como si fuera ambrosía, y cómo el pobre hombre se había enriquecido [423] y nombrado Señor Tesorero debido a su gran y buena fortuna. Y cuando el Maestro entró al Salón y escuchó sobre lo que estaban hablando, dijo: "Hermanos, ésta no es la primera vez que no he desdeñado comer la torta de salvado de este pobre hombre. Lo mismo hice cuando era un Hada del Árbol, y ello también fue el medio por el cual fue nombrado Señor Tesorero". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* era el Hada de un árbol que habitaba en una planta de aceite de ricino. Y los aldeanos de aquellos días eran supersticiosos acerca de los dioses. Llegó un festival y los aldeanos ofrecieron sacrificios a sus respectivos Hadas de los árboles. Al ver esto, un hombre pobre rindió culto al árbol de ricino. Todos los demás habían venido con guirnaldas, olores, perfumes y tortas; pero el pobre hombre sólo poseía una torta de harina de cáscara y agua servida en una cáscara de coco para su árbol. De pie frente a él, pensó: "Los Hadas de los árboles están acostumbrados a la comida celestial, y mi Hada de este árbol no comerá este pastel de harina de cáscara. ¿Por qué entonces debería perderlo por completo? Me lo comeré yo mismo". Y se dio la vuelta para marcharse, cuando en eso, el *Bodhisatta* desde el tenedor de su árbol exclamó: "Mi buen hombre, si fuera un gran señor me traería delicados pastelitos; pero como es un hombre pobre, ¿qué tendré para comer si no es ese pastel, no me prive de mi parte". Y pronunció esta estrofa:

Así como le va a su adorador, así a un Hada le debe ir.
Tráigame la torta, y no me prive de mi pastel.

Entonces el hombre regresó de nuevo y, al ver al *Bodhisatta*, ofreció su sacrificio. El *Bodhisatta* se alimentó del sabor y dijo: "¿Por qué me adora?" "Soy un hombre pobre, mi señor, y lo adoro para que me alivie de mi pobreza". [424] "No se preocupe más por eso. Se ha sacrificado por alguien que es agradecido y consciente de las buenas acciones. Alrededor de este árbol, de cuello a cuello, hay recipientes de tesoros enterrados. Vaya a decírselo al Rey y llévese el tesoro en carruajes a su patio. Allí amontonarlos, y el Rey estará tan complacido que os nombrará Señor Tesorero. Dicho esto, el *Bodhisatta* desapareció de su vista y el hombre hizo

lo que se le indicó, entonces el Rey lo nombró Señor Tesorero. Así, el pobre hombre, con la ayuda del *Bodhisatta*, alcanzó una gran fortuna; y cuando murió, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "El hombre pobre de hoy era también el hombre pobre de aquellos tiempos, y yo, el Hada del árbol que habitaba en el mencionado árbol de aceite de ricino".



"No existe nada que lo abarque todo". Esta Pregunta sobre lo que todo abarca se expondrá detalladamente en el *Ummagga-Jātaka*¹. Éste es el final de la Pregunta que lo abarca todo.



"Tú te crees un cisne". Esta Cuestión sobre el Asno también se expondrá extensamente en el *Ummagga-Jātaka*. Éste es el final de la Pregunta en relación con el Asno.



"Pasteles y gachas". — Esta pregunta también se encontrará en el mismo *Jātaka*. Éste es el final de la Pregunta en relación con la Reina Amarā².

1. Aún no editado; ocurre al final de la colección de los *Jātakas*.

2. Amarā era la esposa del Rey Mahosadha; del *Milindapañha*, página 205. El *Bodhisatta* era Mahosadha, cf. *Jātaka* (prueba) i. pág. 53.

"El chacal borracho". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú, acerca de Devadatta. Los Hermanos se habían reunido [425] en el Salón de la Verdad y contaban cómo Devadatta había ido a Gayāsīsa con quinientos seguidores, a quienes estaba conduciendo al error al declarar que la Verdad se manifestaba sólo en él "y no en el asceta Gotama"; y cómo debido a sus mentiras estaba dividiendo a la Hermandad; y cómo mantenía dos días de ayuno a la semana. Y mientras estaban allí sentados hablando sobre la maldad de Devadatta, el Maestro entró y se le informó sobre el tema de su conversación. "Hermanos", dijo él, "Devadatta era un gran mentiroso en tiempos pasados justamente como lo está siendo ahora". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como el Hada de un árbol en el bosque de un cementerio. En aquellos días se proclamó una fiesta en Benares, y el pueblo resolvió ofrecer sacrificios a los ogros. De modo que esparcieron pescado y carne por los patios, las calles y otros lugares, y dispusieron grandes cántaros de sidra. A medianoche un chacal entró al pueblo por la cloaca y se deleitó con la carne y el licor. Arrastrándose entre unos arbustos, cayó profundamente dormido hasta que amaneció. Al despertar y ver que ya era pleno día, supo que no podría regresar a esa hora con seguridad. Así que se recostó en silencio cerca del borde del camino donde no pudiese ser visto, hasta que por fin vio a un *brahmán* solitario que se dirigía a enjuagarse la boca al estanque. Entonces el chacal pensó: "Los *brahmanes* son muy codiciosos. Debo jugar con su codicia para que me saque de esta ciudad en su faja, debajo de su ropaje exterior". Entonces, con voz humana, gritó "*Brahmán*".

"¿Quién me llama?" dijo el *brahmán*, dándose la vuelta. "Yo, *brahmán*". "¿Para qué?" "Tengo doscientas piezas de oro, *brahmán*; y si me esconde en su cintura debajo de su ropaje exterior y así me saca de la ciudad sin que me vean, todas serán tuyas".

Cerrando la oferta, el codicioso *brahmán* escondió al chacal y llevó a la bestia un poco fuera de la ciudad.

"¿Qué lugar es éste, *brahmán*?" dijo el chacal. "Oh, es tal y tal lugar", dijo el *brahmán*. "Prosiga un poco más allá", dijo el chacal y siguió instando al *brahmán* a que siguiera un poco más, hasta que finalmente llegó al parque de cremación. [426] "Póngame aquí abajo", dijo el chacal; y el *brahmán* así lo hizo. "Extienda su ropaje en el suelo, *brahmán*". Y el *brahmán* codicioso así lo hizo.

"Y ahora desentierre este árbol desde su raíz", dijo, y mientras el *brahmán* estuvo trabajando, caminó sobre el ropaje y el estiércol y añejó sobre él en cinco lugares: las cuatro esquinas y el medio. Hecho esto, se adentró en el bosque.

Aquí el *Bodhisatta*, de pie en la horquilla del árbol, pronunció esta estrofa: —

¡El chacal borracho, *brahmán*, engaña su confianza!
No encontrará aquí cien conchas de cauri,
Mucho menos su búsqueda, doscientas monedas de oro.

Y cuando hubo repetido estos versos, el *Bodhisatta* le dijo al *brahmán*: "Vaya ahora, lave su ropaje y báñese, y ocúpese de sus asuntos". Dicho esto, desapareció de su vista, y el *brahmán* hizo lo que se le indicó, y se fue muy mortificado por haber sido engañado.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era el chacal de aquellos días, y yo el Hada del árbol.



"Los dos en la red del pescador". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de dos Ancianos Venerables. Después de pasar una temporada de lluvias en un bosque en el campo, resolvieron buscar al Maestro y reunieron provisiones para su viaje. No obstante, fueron postergando su partida día tras día, hasta que pasó volando un mes. Luego, proporcionaron un nuevo suministro de provisiones y nuevamente lo postergaron hasta que pasó un segundo y un tercer mes. Cuando su indolencia y pereza los habían hecho perder tiempo durante tres meses, partieron y llegaron a Jetavana. Dejando a un lado sus cuencos y ropajes en la sala común, llegaron ante la presencia del Maestro. Los Hermanos comentaron el tiempo transcurrido desde que los dos habían visitado al Maestro y le preguntaron el motivo. Entonces [427] contaron su historia y toda la Hermandad se enteró de la pereza de estos indolentes Hermanos.

Reunidos en el Salón de la Verdad, los Hermanos conversaron juntos sobre este asunto. Entonces entró el Maestro y se le contó sobre lo que estaban discutiendo. Cuando se les preguntó si eran realmente tan indolentes, estos Hermanos admitieron su defecto. "Hermanos", dijo él, "en tiempos pasados, no menos que ahora, fueron indolentes y reacios a dejar su morada". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, vivían en el río de Benares tres peces, llamados Sobre Reflexivo, Reflexivo e Irreflexivo. Y

descendieron río abajo desde tierras salvajes hasta donde habitaban los hombres. Acto seguido, Reflexivo dijo a los otros dos: "Este es un vecindario peligroso y arriesgado, donde los pescadores capturan a los peces con redes, trampas de canasta y aparejos similares. Partamos de nuevo a tierras salvajes". Pero tan flojos eran los otros dos peces, y tan glotones, que estuvieron postergando la marcha de un día para otro, hasta que pasaron tres meses. Ahora bien, los pescadores echaron sus redes al río; y Sobre Reflexivo e Irreflexivo nadaron adelante en busca de comida cuando, en su plenitud, se lanzaron ciegamente hacia la red. Reflexivo, que iba detrás, observó la red, y vio la suerte de los otros dos.

"Debo salvar a estos perezosos tontos de la muerte", pensó. Así que primero esquivó la red y chapoteó en el agua frente a ella como un pez que se hubiese abierto paso y estuviese yendo contra corriente; y luego, dando media vuelta, chapoteó detrás de la red, como un pez que se hubiese abierto paso y estuviese yendo corriente abajo. Al ver esto, los pescadores pensaron que el pez había roto la red y todos escaparon; así que tiraron de ella por una esquina y los dos peces escaparon de la red a mar abierto otra vez. De esta forma le debieron su vida a Reflexivo.

Contada su historia, el Maestro, como todo un *Buddha*, recitó esta estrofa:

[428] Los dos en las redes de los pescadores fueron atrapados;
 Reflexivo Los Salvó y los liberó de nuevo.

Terminada su lección, y expuestas las Cuatro Nobles Verdades (al final de las cuales los ancianos Hermanos lograron fructificar en el Primer Camino), el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Estos dos Hermanos eran entonces Sobre Reflexivo e Irreflexivo, y yo era Reflexivo".



"*El pájaro que denuncia la codicia*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de una Hermana que daba advertencias a los demás. Ya que se nos dice que provenía de una buena familia de Sāvatti, pero que desde el día de su entrada a la Orden faltaba a su deber y se llenaba de un espíritu glotón; ella solía buscar ofrendas en los barrios de la ciudad no visitados por otras Hermanas. Y allí le daban comida delicada. Ahora bien, su glotonería le hacía temer que otras Hermanas pudieran acudir allí también y quitarle parte de la comida. Buscando un mecanismo para evitar que vayan y guardarse todo

para ella sola, advirtió a las otras hermanas que era un barrio peligroso, perturbado por un elefante, un caballo y un perro, todos feroces. Y ella les rogó que no fueran allí por ofrendas. En consecuencia, ni una sola Hermana dio siquiera una mirada en esa dirección.

Ahora bien, un día, en su camino por este distrito para pedir ofrendas, mientras corría a una casa por el lugar, un carnero feroz la embistió con tal violencia que le rompió una pierna. Acudió corriendo la gente y le arregló la pierna y la llevó en una litera al convento de la Hermandad. Y todas las Hermanas dijeron burlonamente que su pierna rota se había ido a donde les había advertido que no fueran.

No mucho después de que la Hermandad se enterara de esto; y un día en el Salón de la Verdad [429] los Hermanos hablaron sobre cómo un carnero feroz le había roto la pierna a esta hermana en un barrio de la ciudad contra la cual había advertido a las otras Hermanas no ir; y condenaron su conducta. Entrando al Salón en ese momento, el Maestro preguntó, y se le respondió sobre qué estaban discutiendo. "Así como ahora, hermanos", dijo él, "así también en un tiempo pasado daba advertencias que ella misma no seguía; y entonces, como ahora, sufrió perjuicios". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como un pájaro, y al crecer se convirtió en el Rey de los pájaros y llegó a los Himalayas con miles de pájaros como séquito. Durante su permanencia en aquel lugar, cierta ave feroz iba en busca de alimentos por un camino donde encontraba arroz, frijol y otros granos arrojados por una carreta transitada. Pensando en la mejor manera de evitar que los demás también llegaran allí, se dirigió a ellos de la siguiente manera: — "La carretera está llena de peligros. A lo largo de ella van elefantes y caballos, carretas tiradas por bueyes feroces, y cosas peligrosas por el estilo. Y como es imposible tomar vuelo al instante, no vayan por allí en absoluto". Y debido a su advertencia, los otros pájaros lo apodaron 'La de las Advertencias'.

Ahora bien, un día, cuando estaba comiendo a lo largo de la carretera, escuchó el sonido de un carruaje que venía rápidamente por el camino y volvió la cabeza para mirarlo. "Oh, está bastante lejos todavía", pensó y siguió comiendo. El carruaje avanzó rápidamente como el viento, y antes de que pudiera levantarse, la rueda la aplastó y continuó su marcha. En la reunión, el Rey notó su ausencia y ordenó que se la buscara. Y por fin la encontraron partida en dos en el camino y la noticia fue llevada al Rey. "Por no seguir su propia precaución hacia los otros pájaros, ha sido partida en dos", dijo, y pronunció esta estrofa: —

El pájaro que denuncie la codicia, de la codicia será presa,
Las ruedas del carruaje corren por el camino destruyendo.

[430] Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "La hermana que advertía era el pájaro 'La de las advertencias' de aquellos tiempos, y yo el Rey de los pájaros".



"Demasiado". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre un Hermano rebelde cuya propia historia se dará en el Libro Noveno en el *Gijjha-Jātaka*¹.

El Maestro lo reprendió con estas palabras: — "Así como ahora, así en el pasado fue ingobernable, Hermano, haciendo caso omiso de los consejos de los sabios y buenos. Y fue, por lo tanto, que por una jabalina murió". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació en una familia de acróbatas. Cuando creció, era un tipo muy sabio e inteligente. De otro acróbata aprendió la danza de la jabalina, y con su maestro solía viajar exhibiendo su habilidad. Ahora bien, este maestro suyo conocía la danza de las cuatro jabalinas pero no la de las cinco; no obstante, un día que estaba actuando en cierto pueblo, él, habiendo bebido licor, hizo colocar cinco jabalinas en fila y dio a conocer que bailarían a través del lugar.

El *Bodhisatta* dijo: "No podrá manejar las cinco jabalinas, maestro. Haga que le quiten una. Si prueba las cinco, la quinta lo atravesará y morirá".

"Entonces no sabe de lo soy capaz cuando lo intento", dijo el tipo borracho; y sin prestar atención a las palabras del *Bodhisatta*, bailó a través de cuatro de las jabalinas solo para empalarse en la quinta como una flor *Bassia* en su tallo. Y allí yació gimiendo. El *Bodhisatta* dijo, "Esta calamidad proviene de su desprecio por los consejos de los sabios y buenos"; y pronunció esta estrofa: —

[431] Demasiado, aunque doloroso y contra mi voluntad, lo intentó;
Despejando las cuatro jabalinas, para morir con la quinta.

Diciendo esto, le sacó a su maestro la punta de la jabalina y cumplió debidamente los últimos oficios a su cuerpo.

Terminada su historia, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano rebelde era el maestro de aquellos días, y yo el discípulo".



1. No. 427.

“Como murió la perdiz.” — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de Kokālika, cuya historia se encuentra en el Libro Decimotercero en el *Takkāriya Jātaka*¹.

Dijo el Maestro: "Así como ahora, hermanos, así también en tiempos pasados, la lengua de Kokālika ha obrado a favor de su destrucción".

Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como *brahmán* en el país del norte.

Cuando creció, recibió una educación completa en Takkasilā y, renunciando a las pasiones, abandonó el mundo para convertirse en ermitaño. Desarrolló los Cinco Conocimientos y los Ocho Logros, y todos los reclusos de los Himalayas en número de quinientos se congregaron y lo siguieron como su maestro.

La Sabiduría fue suya mientras moró entre sus discípulos en los Himalayas.

En aquellos días había un asceta enfermo de ictericia que cortaba leña con un hacha. Y un hermano parlanchín vino y se sentó junto a él, dándole consejos sobre su trabajo, pidiéndole que diera un golpe aquí y otro golpe allá, [432] hasta que el asceta icterico perdió los estribos. Con rabia, gritó: "¿Quién eres tú para enseñarme a cortar leña?" y levantando su hacha afilada, la lanzó sobre el hermano de un solo golpe mortal. Entonces, el *Bodhisatta* hizo enterrar el cuerpo.

Ahora bien, en un hormiguero cercano a la ermita, habitaba una perdiz que, temprano y tarde, siempre estaba piando en la parte superior del hormiguero. Al reconocer la nota de la perdiz, un deportista mató al ave y se la llevó. Al perder la nota del pájaro, el *Bodhisatta* preguntó a los ermitaños por qué no escuchaban ahora a su vecina perdiz. Entonces le contaron lo que había sucedido, y él relacionó los dos eventos en esta estrofa: —

Así como murió la perdiz por su clamoroso estruendo,
Así mismo, el parloteo y la charla condenaron a este tonto a morir.

Habiendo desarrollado dentro de sí mismo los cuatro Estados Perfectos, el *Bodhisatta* quedó así destinado a renacer en el Reino *Brahmā*.

1. No. 481. Kokālika fue uno de los cismáticos de Devadatta.

Entonces el Maestro dijo: "Hermanos, así como ahora, así también en días pasados la lengua de Kokālika ha obrado en favor de su propia destrucción". Y al final de esta lección identificó los Renacimientos diciendo: "Kokālika era el asceta entrometido de aquellos días, mis seguidores la congregación de ermitaños, y yo su maestro".



"El hombre irreflexivo". — Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre el hijo del Gran-Tesorero. Se dice que este Gran-Tesorero fue un hombre muy rico de Sāvatti, y su esposa se convirtió en la madre de un ser justo del reino de los ángeles *Brahmā*, y quien creció tan hermoso como un *Brahmā*. [433] Ahora bien, un día, cuando se hubo proclamado el festival Kattikā en Sāvatti, toda la ciudad se entregó a las festividades. Sus compañeros, hijos de otros hombres ricos, tenían todos esposas, pero el hijo de Gran-Tesorero había vivido tanto tiempo en el Reino *Brahmā* que estaba purgado de la pasión. Sus compañeros conspiraron juntos para conseguirle también una novia y obligarlo a celebrar la fiesta con ellos. Entonces, yendo hacia él, dijeron: "Querido amigo, es la gran fiesta de Kattikā... ¿No podemos conseguirte una novia también para ti y pasar un buen rato juntos?" Por fin, sus amigos escogieron a una chica encantadora, la adornaron y la dejaron en su casa, con instrucciones para llegar a su habitación. Pero cuando entró a la habitación, ni una mirada y ni una palabra recibió del joven comerciante. Molesta por este desaire hacia su belleza, ella mostró todas sus gracias y encantos femeninos, mientras sonreía para mostrar sus hermosos dientes. La vista de sus dientes le sugería sólo huesos, y su mente se llenó con la idea de huesos, hasta que todo el cuerpo de la niña le pareció nada más que una cadena de huesos. Luego le dio dinero y le ordenó que se marchara. Pero cuando ella salió de la casa, un noble la vio en la calle y le dio un presente para que lo acompañara a su casa.

Al cabo de siete días terminó la fiesta, y la madre de la joven, al ver que su hija no regresaba, fue con los amigos del joven comerciante y les preguntó dónde estaba, y ellos a su vez se lo preguntaron al joven comerciante. Y él dijo que le había pagado y la había enviado a marcharse tan pronto como hubo llegado.

Entonces la madre de la niña insistió en que le devolvieran a su hija y llevó al joven ante el Rey, quien procedió a examinar el asunto. En respuesta a las preguntas del Rey, el joven admitió que la joven le había sido entregada, pero dijo que no tenía conocimiento de su paradero y que no tenía forma de encontrarla. Entonces el Rey dijo: "Si no da luz de la joven, ejecútenlo". Así que el joven fue inmediatamente llevado con las manos atadas a la espalda para ser ejecutado, y toda la ciudad estuvo alborotada por la noticia. Con las manos sobre sus pechos, la gente lo siguió con lamentaciones, diciendo: "¿Qué significa esto, señor? Usted sufre injustamente".

Entonces el joven [434] dijo: "Todo este dolor me ha sobrevenido porque estaba viviendo una vida laica. Si tan solo pudiera escapar de este peligro, abandonaría el mundo y me uniría a la Hermandad del gran Gotama, del Todo Iluminado".

Ahora bien, la niña misma escuchó el alboroto y preguntó qué significaba todo ello. Cuando se lo contaron, salió corriendo rápidamente, gritando: "¡Apártense, señores! ¡Déjenme pasar! Dejen que los hombres del Rey me vean". Tan pronto como ella así se mostró, fue entregada a su madre por los hombres del Rey, quienes liberaron al joven y se marcharon.

Rodeado de sus amigos, el hijo de Gran -Tesorero bajó al río y se bañó. Al regresar a casa, desayunó y comunicó a sus padres su decisión de abandonar el mundo. Entonces, tomando tela para su ropaje de asceta, y seguido de una gran multitud, buscó al Maestro y con el debido saludo pidió ser admitido a la Hermandad. Novicio primero, y luego como un completo Hermano, meditó sobre la idea de la Esclavitud hasta que desarrolló la Sabiduría, y no mucho después consumó el estado de *Arahant*.

Ahora bien, un día en el Salón de la Verdad, los Hermanos reunidos hablaron de sus virtudes, recordando cómo en la hora del peligro había reconocido la excelencia de la Verdad y, resolviendo sabiamente abandonar el mundo por su bien, había obtenido ahora semejante fruto supremo, que era el estado de *Arahant*. Y mientras hablaban, entró el Maestro y, al preguntarles, se le respondió cuál era el tema de su conversación. Entonces les declaró que, a igual que el hijo del Gran -Tesorero, los sabios de antaño, al reflexionar a la hora del peligro, también habían escapado a la muerte. Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* debido al cambio de la existencia nació como una codorniz. Ahora bien, en aquellos días había un cazador de codornices que solía atrapar cantidades de estas aves en el bosque y las llevaba a casa para engordarlas. Cuando estaban gordas, se los vendía a la gente y así se ganaba la vida. Un día atrapó al *Bodhisatta* y lo llevó a casa con otras codornices. El *Bodhisatta* pensó: "Si tomo la comida y la bebida que me da, seré vendido; mientras que si no, adelgazaré tanto que la gente lo notará y me pasará por alto, con el resultado de encontrarme a salvo. Esto, entonces, es lo que debo hacer". Así que ayunó y ayunó hasta que adelgazó tanto que no fue más que piel y huesos, y nadie lo quiso a ningún precio. Después de deshacerse [435] de todos sus pájaros excepto del *Bodhisatta*, el cazador de pájaros sacó al *Bodhisatta* de la jaula y lo colocó sobre las palmas de sus manos para ver qué afligía al pájaro. Al observar al hombre estaba desprevenido, el *Bodhisatta* extendió sus alas y voló hacia el bosque. Al verlo regresar, las otras codornices preguntaron qué había sido de él hacía tanto tiempo y dónde había estado. Entonces les contó que había sido atrapado por un cazador, y cuando le preguntaron cómo había escapado, respondió que había sido por un truco en el que había pensado, es decir, no ingerir alimentos ni la bebida que el cazador le daba. Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

El hombre irreflexivo no obtiene ningún beneficio. Pero miren
El fruto del pensamiento en mí, libre de la muerte y la esclavitud.
De esta manera habló el *Bodhisatta* sobre lo que había hecho.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Yo fui la codorniz que escapó de la muerte en aquellos días".



“*Ningún padre lo entrenó*”. Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano que solía ser ruidoso en horarios incorrectos. Se dice que provenía de una buena familia en Sāvatti y que abandonó el mundo por la Verdad, pero que descuidaba sus deberes y despreciaba la instrucción. Nunca asistía a las horas de oficio, de ministerio o de recitación de los textos. A lo largo de las tres vigiliass de la noche, así como en las horas de vigilia, nunca estaba quieto, de modo que los otros Hermanos no podían dormir ni un instante. En consecuencia, los Hermanos en el Salón de la Verdad censuraron su conducta. Al entrar al salón y al preguntarles de qué estaban hablando, el Maestro dijo: “Hermanos, así como ahora, en tiempos pasados, este hermano era ruidoso fuera de tiempo, y por su conducta intempestiva fue estrangulado”. Dicho esto, contó esta historia del pasado.

[436] Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació en una familia de *brahmanes* del norte, y cuando creció, aprendió todo el conocimiento y se convirtió en un maestro de fama mundial con quinientos jóvenes *brahmanes* que estudiaron bajo su tutela. Ahora bien, estos jóvenes *brahmanes* tenían un gallo que cantaba temprano y los despertaba al comenzar sus estudios. Y este gallo murió. Así que buscaron por todos lados a otro gallo, y uno de ellos, al recoger leña en el bosque del cementerio, vio allí a un gallo que trajo a casa y que lo colocó donde tenía en un gallinero. Pero, como este segundo gallo había sido criado en un cementerio, no tenía conocimiento de los horarios y las estaciones, y solía cantar casualmente, tanto a medianoche como al amanecer. Despertados por su canto a medianoche, los jóvenes *brahmanes* se dedicaron a sus estudios; al amanecer estaban cansados y no podían por el sueño mantener su atención en el tema; y cuando cantaba en pleno día, no tenían oportunidad de estar tranquilos para repetir su lección. Y como el canto del gallo, tanto a medianoche como de día, había paralizado sus estudios, tomaron al pájaro y le retorcieron el pescuezo. Entonces le dijeron a su maestro que habían matado al gallo que cantaba fuera de tiempo.

Su maestro dijo, para su edificación: “Fue su mala educación lo que llevó a este gallo a su fin”. Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

Ningún padre lo entrenó, ningún maestro le enseñó a este pájaro:
Tanto dentro como fuera de los horarios de canto se le oía.

Tal fue la enseñanza del *Bodhisatta* al respecto; y cuando hubo vivido el tiempo que se le asignó en la tierra, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos de la siguiente manera: "Este Hermano era el gallo de aquellos tiempos, que no sabía cuándo no cantar; mis discípulos eran los jóvenes *brahmanes*, y yo su maestro".



"Mientras el discurso de los necio"—Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de la joven *brahmana* Ciñcā, cuya historia se dará en el Libro Duodécimo del *Mahāpaduma-Jātaka*¹. En esta ocasión, el Maestro dijo: "Hermanos, no es la primera vez que Ciñcā me acusa falsamente, así lo hizo en otros tiempos." Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benarés, el *Bodhisatta* nació en la familia de un Capellán, y a la muerte de su padre lo sucedió en la capellanía.

Ahora bien, el Rey prometió conceder cualquier favor que su Reina le pidiera, así que ella le dijo: "El favor que pido es fácil; de ahora en adelante no debe mirar a ninguna otra mujer con ojos de amor". Al principio él se negó, pero, cansado por su incesante inoportunidad, se vio obligado al fin a ceder. Y desde ese día en adelante nunca dirigió una mirada de amor hacia ninguna de sus dieciséis mil doncellas.

Ahora bien, surgió un disturbio en las fronteras de su reino, y después de dos o tres enfrentamientos con unos delincuentes, las tropas enviaron una carta al Rey diciendo que no podían resolver el asunto.

Entonces el Rey estuvo ansioso de ir en persona y reunió a una poderosa hueste. Y le dijo a su esposa: "Querida, voy a la frontera, donde las batallas terminarán en victoria o derrota. El campamento no es lugar para una mujer, y debe permanecer aquí".

"No puedo estar sin su majestad, mi señor", dijo ella. Pero al ver que el Rey estaba firme en su decisión, hizo la siguiente petición: "Cada legua,

1. No. 472. Cf. nota, página 143.

envíe a un mensajero para preguntar cómo me va". Y el Rey prometió hacerlo. En consecuencia, cuando marchó con su hueste, dejando al *Bodhisatta* en la ciudad, el Rey envió un mensajero al final de cada legua para hacer que la reina supiera cómo estaba él, y para saber cómo le iba. A cada hombre que llegaba, le preguntaba qué lo había traído de vuelta. Y al recibir la respuesta de que había venido para saber cómo le iba a ella, la Reina le hacía señas al mensajero para que se acercara y pecaba con cada uno. Ahora bien, el Rey caminó treinta y dos leguas y envió treinta y dos mensajeros [438], y la Reina pecó con todos ellos. Y cuando hubo pacificado la frontera, con gran alegría de los habitantes, emprendió su viaje de regreso a casa, enviando una segunda serie de treinta y dos mensajeros. Y la Reina se portó mal con cada uno de ellos, tal como antes. Deteniendo su ejército victorioso cerca de la ciudad, el Rey envió una carta al *Bodhisatta* para preparar la ciudad para su entrada. Se hicieron los preparativos en la ciudad, y el *Bodhisatta* fue a reparar el palacio para la llegada del Rey, hasta que llegó a los aposentos de la Reina. La vista de su gran belleza conmovió tanto a la Reina que lo llamó para satisfacer su lujuria. Pero el *Bodhisatta* le suplicó, instando al honor del Rey y protestando de que él se retraía de todo pecado y no haría lo que ella deseara. "Ningún pensamiento sobre el Rey asustó a sesenta y cuatro de los mensajeros del Rey", dijo ella; "¿Y por causa del Rey temerá hacer mi voluntad?"

El *Bodhisatta* dijo: "Si estos mensajeros hubieran pensado como yo, no habrían actuado así. En cuanto a mí, que conozco lo correcto, no cometeré este pecado".

"No diga tonterías", dijo ella. "Si se niega, haré que le corten la cabeza".

"Que así sea. Córteme la cabeza en una o en cien mil existencias; sin embargo, no cumpliré sus órdenes".

"Está bien, veremos pues", dijo la reina amenazantemente. Y retirándose a su aposento, se rascó, se untó aceite en los miembros, se vistió con ropas sucias y fingió estar enferma. Luego mandó llamar a sus esclavos y les pidió cuando preguntara por ella, que le dijeran al Rey que estaba enferma.

Mientras tanto, el *Bodhisatta* había ido a encontrarse con el Rey, quien, después de marchar alrededor de la ciudad en solemne procesión, entró en su palacio. Al no ver a la Reina, preguntó dónde estaba y le dijeron que estaba enferma. Al entrar a la alcoba real, el Rey acarició a la Reina y le preguntó qué le pasaba. Ella se quedó en silencio; pero cuando el Rey preguntó por tercera vez, ella lo miró y dijo: "Aunque mi señor, el Rey, todavía viva, sin embargo, las mujeres pobres como yo tienen que tener un amo".

"¿Qué quiere decir?"

"El Capellán que dejó, su majestad, para vigilar la ciudad vino aquí con el pretexto de velar por el palacio; y como yo no quise ceder a su voluntad, [439] me golpeó hasta el fondo de su corazón y se marchó".

Entonces el Rey se enfureció, como el crepitar de la sal o del azúcar en el fuego; y salió corriendo de la recámara. Llamando a sus sirvientes, les ordenó que ataran al Capellán con las manos a la espalda, como si estuviese condenado a muerte, y que le cortaran la cabeza en el lugar de ejecución. Así que se apresuraron y ataron al *Bodhisatta*. Y se tocó el tambor para anunciar la ejecución.

El *Bodhisatta* pensó: "Sin duda, esa Reina malvada ya ha envenenado la mente del Rey contra mí, y ahora debo salvarme de este peligro". Así que dijo a sus captores: "Llévenme ante la presencia del Rey antes de que me maten". "¿Por qué?" dijeron ellos. "Porque, como siervo del Rey, me he esforzado mucho en los negocios del Rey, y sé dónde están escondidos los grandes tesoros que he descubierto. Si no soy llevado ante el Rey, toda esta riqueza se perderá. Así que llévenme ante él ahora mismos, y luego cumplan con su deber".

En consecuencia, lo llevaron ante el Rey, quien preguntó por qué la reverencia no lo había impedido de tal maldad.

"Señor", respondió el *Bodhisatta*, "nací *brahmán*, y nunca he quitado la vida tanto como a un emmet o a una hormiga. Nunca he tomado lo que no era mío, ni siquiera una brizna de hierba. Nunca he mirado con ojos lujuriosos a la esposa de otro hombre. Ni siquiera en broma he hablado en falso, y ni una gota de licor he bebido jamás. Inocente soy, señor; pero esa mala mujer me tomó de la mano con lujuria, y como la rechacé, me amenazó, ni se retiró a su recámara antes de haberme mencionado su secreta maldad. Ya que hubo sesenta y cuatro mensajeros que vinieron con cartas suyas para la Reina. Mandó llamar a estos hombres y preguntó a cada uno que si harían lo que la Reina les ordenaría o no". Entonces el Rey hizo atar a los sesenta y cuatro hombres y envió a buscar a la Reina. Y ella confesó haber tenido relaciones culpables con los hombres. Entonces el Rey ordenó que todos los sesenta y cuatro fueran decapitados.

Pero en este punto [440] el *Bodhisatta* exclamó: "No, señor, los hombres no tienen la culpa; porque fueron obligados por la Reina. Por lo tanto, perdónelos. Y en cuanto a la Reina: — ella no tiene la culpa, porque las pasiones de las mujeres son insaciables, y ella actuó de acuerdo con su naturaleza innata. Por tanto, también perdónela, ¡oh!, Gran Rey.

Ante esta súplica, el Rey fue misericordioso, por lo que el *Bodhisatta* salvó la vida tanto de la Reina como de los sesenta y cuatro hombres, y les dio a cada uno un lugar para vivir. Entonces el *Bodhisatta* se acercó al Rey y dijo: "Señor, las acusaciones infundadas de necedad ponen a los sabios en cadenas inmerecidas, pero las palabras de los sabios liberan a los necios. Así, la necedad ata injustamente, y la sabiduría libera a uno de las ataduras". Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

Mientras que el discurso de los necios ata a otros injustamente,
Con palabras de sabiduría, los justos quedan libres.

Cuando hubo enseñado al Rey la Verdad en estos versos, exclamó: "Todo este problema surgió de mi vida laica. Debo cambiar mi modo de vida y pedir su permiso, señor, para abandonar el mundo". Y con el permiso del Rey abandonó el mundo y abandonó sus relaciones lamentables y su gran riqueza para convertirse en un recluso. Su morada estuvo en los Himalayas, y allí obtuvo los Conocimientos Superiores y los Logros y quedó destinado a renacer en el Reino *Brahmā*.

Terminada su enseñanza, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Ciñcā era la Reina malvada de aquellos días, Ānanda el Rey, y yo su Capellán".



"Ya sean grandes o pequeños". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre un verdadero amigo de Anātha-piṇḍika, sobre cómo sus conocidos, amigos y parientes acudían ante él y se esforzaron por detener su amistad con este hombre, aludiendo que ni en nacimiento ni en riqueza él era equivalente a Anātha-piṇḍika. Pero el gran mercader respondió que la amistad no debería depender de la igualdad o desigualdad de las cosas externas. Y cuando se fue a visitar sus haciendas, puso a este amigo a cargo de su riqueza. Todo sucedió como en el *Kāḷakaṇṇi Jātaka*¹. No obstante, cuando en este caso Anātha-piṇḍika relató el peligro en el que había estado su casa, el Maestro dijo: "Laico, un amigo correcto nunca es inferior. El estándar es la habilidad de ser amigo. Alguien correctamente llamado amigo, aunque solo sea igual o inferior a uno mismo, debe ser concebido como superior, porque esos amigos no fallan en lidiar con los problemas que le sucedan a uno. Es su verdadero amigo el que ahora ha salvado su riqueza. Así también, en días pasados, un verdadero amigo salvó la mansión de un Hada". Luego, a petición de Anātha-piṇḍika, contó esta historia del pasado".

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como un Hada en los jardines del Rey, y habitaba en un macizo de hierba *kusa*. Ahora bien, en los mismos terrenos cerca de la sede del Rey, crecía un hermoso Árbol de los Deseos (también llamado *Mukkhaka*) con tallo recto y ramas extendidas, que recibía un gran favor del Rey. Aquí moraba un Hada que había sido un poderoso Rey *deva* y había renacido como el Hada del árbol. El *Bodhisatta* poseía una amistad íntima con el Hada de este árbol.

Ahora bien, la morada del Rey tenía solo un pilar para sostener el techo

y ese pilar comenzó a temblar. Al enterarse de esto, el Rey envió por carpinteros y les ordenó que colocaran una columna sólida y la aseguraran. Entonces los carpinteros [442] buscaron un árbol que sirviera y, al no encontrar uno en otro lugar, fueron al jardín y vieron el *Mukkhaka*. Luego regresaron con el Rey. "Bueno", dijo él, "¿han encontrado un árbol que sirva?" "Sí, señor", dijeron ellos; "pero no nos gustaría que se caiga". "¿Por qué no?" dijo el Rey. Entonces le dijeron que en vano habían buscado un árbol por todas partes y no se atrevían a cortar el árbol sagrado. "Vaya y córtelo", dijo él, "y asegure el techo. Ya buscaré otro árbol".

Así que fueron e hicieron un sacrificio al jardín y se lo ofrecieron al árbol, diciendo entre sí que vendrían y lo cortarían al día siguiente. Al escuchar sus palabras, el Hada del árbol supo que su hogar sería destruido al día siguiente y rompió a llorar mientras estrechaba a sus hijos contra su pecho, sin saber adónde volar con ellos. Sus amigos, los espíritus del bosque, vinieron y le preguntaron qué pasaba. Pero ninguno de ellos supo cómo detener la mano de los carpinteros, y todos lo abrazaron con lágrimas y lamentos. En ese momento salió el *Bodhisatta* para hablar con el Hada del árbol y se le dio la noticia. "No tenga miedo", dijo el *Bodhisatta* alegremente. "Me encargaré de que el árbol no sea cortado. Solo espere y verá lo que haré cuando lleguen los carpinteros mañana".

Al día siguiente, cuando llegaron los hombres, el *Bodhisatta*, asumiendo la forma de un camaleón, estuvo en el árbol ante ellos, se metió en las raíces y se abrió camino hasta salir entre las ramas, haciendo que el árbol pareciera lleno de agujeros. Entonces el *Bodhisatta* descansó entre las ramas con su cabeza moviéndose rápidamente de un lado a otro. Subieron los carpinteros; y al ver al camaleón, su líder golpeó el árbol con la mano, y exclamó que el árbol estaba podrido y que no habían mirado con cuidado antes de hacer sus ofrendas el día anterior. Así que se marcharon llenos de rechazo por el gran y fuerte árbol. De esta forma, el *Bodhisatta* salvó el hogar del Hada del árbol. Y cuando todos sus amigos [443] y conocidos vinieron a verlo, cantaron de alegría en alabanzas al *Bodhisatta*, como el salvador de su hogar, diciendo: "Hadas de los árboles, a pesar de todo nuestro gran poder, no sabíamos qué hacer; mientras que un humilde Hada *Kusa* tuvo el ingenio de salvar mi hogar. Verdaderamente debemos elegir a nuestros amigos sin considerar si son superiores, equivalentes o inferiores, sin hacer distinción de rango. Porque cada uno, de acuerdo con su fortaleza, puede ayudar a un amigo a la hora de una necesidad". Y repitió esta estrofa sobre la amistad y sus deberes:

Ya sean grandes, pequeños e iguales, todos,
Haga cada uno lo mejor que puedan, si ocurriese algún perjuicio,
y ayuden a un amigo en dificultades,
Como yo fui ayudado por el Hada *Kusa*.

Así instruyó a los *devas* reunidos, agregando estas palabras: "Por lo tanto, aquellos que quieran escapar de una mala situación no deben simplemente considerar si un hombre es igual o superior, sino que deben hacerse amigos de los sabios, cualquiera que sea su posición en la vida". Y él vivió su vida y finalmente falleció con el Hada *Kusa* para renacer de acuerdo con sus méritos.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Ānanda era entonces el Hada del árbol *Mukkhaka*, y yo el Hada del árbol *Kusa*".



"Una actitud efusiva engendra un gran infortunio en el necio". Esta historia fue contada por el Maestro mientras residía en el Bosque de Bambú, acerca de Devadatta. Ya que los Hermanos se habían reunido en el Salón de la Verdad y estaban hablando de cómo la visión de las perfecciones del *Buddha* y todos los signos distintivos de su Budeidad¹ enloquecían a Devadatta; y cómo en sus celos no podía soportar escuchar las alabanzas de la absoluta sabiduría del *Buddha*. Al entrar al Salón, el Maestro preguntó cuál era el tema de su conversación. Y cuando le respondieron, él dijo: "Hermanos, así como ahora, en otros tiempos Devadatta perdía la cabeza al escuchar mis alabanzas". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando el Rey Magadha gobernaba en Rājagaha en Magadha, el *Bodhisatta* nació como un elefante. Era completamente blanco y adornado con toda la belleza en la forma descrita anteriormente². Y debido a su belleza, el Rey lo convirtió en su elefante estatal.

Un día festivo, el Rey adornó la ciudad como si fuera una ciudad de los *devas* y, montado sobre el elefante con todos sus atavíos, hizo una solemne procesión alrededor de la ciudad a la que asistió un gran séquito. Y por todo el camino la gente se movía al ver a aquel elefante sin igual exclamando: "¡Oh, qué majestuoso andar! ¡Qué proporciones! ¡Qué belleza! ¡Qué gracia! ¡Qué elefante tan blanco, es digno de un Monarca Universal!". Todo este

1. Ver pág. 2, y (p. ej.) el *Sela Sutta* (No. 33 del *Sutta Nipāta* y No. 92 del *Majjhima Nikāya*).

2. Aparentemente la referencia es a la p. 175.

elogio hacia su el elefante despertó los celos del Rey y resolvió arrojarlo por un precipicio y matarlo. Así que llamó al *mahout* y le preguntó si llamaba a eso un elefante entrenado.

"De hecho, está bien entrenado, señor", dijo el *mahout*. "No, está muy mal entrenado". "Señor, está bien entrenado". [445] "Si está tan bien entrenado, ¿puede hacer que suba a la cima del monte Vepulla?" "Si señor." "Fuera de acá, entonces", dijo el Rey. Y se bajó del elefante, haciendo montar en su lugar al *mahout*, y él mismo fue a pie hasta la montaña, mientras el *mahout* cabalgó sobre el lomo del elefante hasta la cima del monte Vepulla. El Rey con sus cortesanos también subió a la montaña e hizo detener al elefante al borde de un precipicio. "Ahora", le dijo al hombre, "si está tan bien entrenado como dice, haga que se pare sobre tres patas".

Y el *mahout*, sobre el lomo del elefante, simplemente tocó al animal con su aguijón a modo de señal y le dijo: "¡Hola! belleza, párate sobre tres patas". "Ahora haga que se pare sobre sus dos patas delanteras", dijo el Rey. Y el Gran Ser levantó sus patas traseras y se paró solo sobre sus patas delanteras. "Ahora sobre las patas traseras", dijo el Rey, y el obediente elefante levantó las patas delanteras hasta que se paró solo sobre sus patas traseras. "Ahora sobre una pata", dijo el Rey, y el elefante se paró sobre una pata.

Al ver que el elefante no caía por el precipicio, el Rey gritó: "Ahora, si puede, haga que se suspenda en el aire".

Entonces el *mahout* pensó: "Toda la India no podría mostrar la competencia de este elefante por la excelencia del entrenamiento. Seguramente el Rey debe aspirar a que caiga por el precipicio y encontrarse con la muerte". Así que le susurró al oído al elefante: "Hijo mío, el Rey quiere que te caigas y te mates. Él no es digno de ti. Si tienes poder para viajar por el aire, levántate conmigo sobre tu espalda y vuela a través del aire hacia Benarés".

Y el Gran Ser, dotado como estaba de los maravillosos poderes que emanan de los Méritos, se elevó inmediatamente en el aire. Entonces el *mahout* dijo: "Señor, este elefante, poseído como está con los maravillosos poderes que emanan de los Méritos, es demasiado bueno para un necio sin valor como su majestad: nadie sino un Rey sabio y bueno sería digno de ser su amo. Cuando aquellos que son tan inútiles, como su majestad, consiguen un elefante como éste, no pueden reconocer su valor, y así pierden a su elefante, y todo el resto de su gloria y esplendor". Así diciendo, el *mahout*, sentado en el cuello del elefante, recitó esta estrofa:

Una actitud efusiva engendra un gran infortunio en el necio;
Demuestra ser su propio enemigo mortal y el de los demás.

[446] "Y ahora, adiós", dijo al Rey al terminar esta reprensión; y elevándose en el aire, se marcharon hacia Benarés y se detuvo en el aire

sobre el patio real. Y hubo un gran revuelo en la ciudad y todos gritaron: "Miren al elefante de estado que ha venido por el aire para nuestro Rey y se cierne sobre el patio real". Y con toda prisa se transmitió la noticia también al Rey, quien salió y dijo: "Si su llegada es por mí, baje a la tierra". Y el *Bodhisatta* descendió del aire. Entonces el *mahout* se apeó y se inclinó ante el Rey, y en respuesta a las preguntas del Rey contó toda la historia de su partida de Rājagaha. "Fue muy bueno de su parte", dijo el Rey, "venir aquí"; y en su alegría hizo adornar la ciudad e instalar al elefante en su establo estatal. Luego dividió su reino en tres partes, y entregó una al *Bodhisatta*, otra al *mahout* y otra se la quedó él mismo. Y su poder creció desde el día de la llegada del *Bodhisatta* hasta que toda la India reconoció su poder soberano. Como Emperador de la India, fue caritativo e hizo otras buenas acciones hasta que falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era en aquellos días el Rey de Magadha, Sāriputta el Rey de Benares, Ānanda el *mahout* y yo el elefante".

[Nota. Cf. *Milinda-pañha*, 201.]



"En una aplicación universal". Esta historia fue contada por el Maestro mientras residía en Jetavana, sobre el Venerable Lāludāyi, de quien se dice que tenía la habilidad de decir siempre cosas incorrectas. Nunca identificaba la ocasión adecuada para las diversas enseñanzas. Por ejemplo, si se trataba de un festival, graznaría con un sombrío texto¹, "Afuera de los muros ellos acechan, y donde se encuentran los cuatro cruces de caminos". Si se trataba de un funeral, estallaba con "La alegría llenó los corazones de los dioses y los hombres", o con "¡Oh, que veas [447] cien, no, mil días tan felices!"

Ahora bien, un día, los Hermanos en el Salón de la Verdad comentaban sobre su singular infelicidad para los temas y su habilidad para decir siempre lo incorrecto. Mientras estaban sentados hablando, entró el Maestro y, en respuesta a su pregunta, se le narró el tema de su conversación. "Hermanos", dijo él, "ésta no es la primera vez que la locura de Lāludāyi lo hace decir cosas incorrectas. Siempre ha sido así de torpe al respecto tal como lo es ahora". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

1. Para esta cita véase el *Khuddaka Pāṭha* editado por Childers (JRAS. 1870, p. 319).

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació en la familia de un rico *brahmán*, y cuando creció, estaba versado en todos los conocimientos y era un profesor de renombre mundial con quinientos jóvenes *brahmanes* para su instrucción.

En el momento de nuestra historia, había entre los jóvenes *brahmanes* uno que siempre tenía ideas tontas en su cabeza y siempre decía cosas incorrectas; estaba ocupado con los demás en aprender las escrituras como alumno, pero debido a su locura no podía dominarlas. Era el asistente devoto del *Bodhisatta* y lo atendía como un esclavo.

Ahora bien, un día después de la cena, el *Bodhisatta* se acostó en su cama y el joven *brahmán* le lavó y perfumó las manos, los pies y la espalda. Y cuando el joven estuvo a punto de irse, el *Bodhisatta* le dijo: "Apoye los pies de mi cama antes de que se vaya". Y el joven *brahmán* apoyó bien los pies de la cama a un lado, pero no pudo encontrar nada con qué apoyar el otro lado. En consecuencia, usó su pierna como apoyo y pasó la noche así. Cuando el *Bodhisatta* se levantó por la mañana y vio al joven *brahmán*, le preguntó por qué estaba sentado allí. "Maestro", dijo el joven, "no pude encontrar uno de los soportes de la cama, así que puse mi pierna debajo para sostenerla".

Conmovido por estas palabras, el *Bodhisatta* pensó: "¡Qué devoción! Y pensar que debería provenir del más tonto de todos mis discípulos. Sin embargo, ¿cómo puedo impartirle conocimiento?" Y se le ocurrió que la mejor manera era interrogar al joven *brahmán* a su regreso de recoger leña y hojas, sobre algo que había visto o hecho ese día; y luego preguntarle cómo le había ido. [448] "Porque", pensó el maestro, "esto lo llevará a hacer comparaciones y dar razones, y la práctica continua de comparar y razonar de su parte me permitirá impartirle conocimientos".

En consecuencia, mandó llamar al joven y le dijo que siempre, cuando volviese de recoger leña y hojas, dijera lo que había visto, comido o bebido. Y el joven prometió que lo haría. Entonces, un día, habiendo visto una serpiente cuando estaba con los otros discípulos recogiendo leña en el bosque, dijo: "Maestro, vi una serpiente". "¿Cómo se veía?" "Oh, como el eje de un arado". "Ésa es una muy buena comparación. Las serpientes son como los ejes de los arados", dijo el *Bodhisatta*, quien comenzó a tener esperanzas de que finalmente podría tener éxito con su discípulo.

Otro día, el joven *brahmán* vio un elefante en el bosque y se lo contó a su maestro. "¿Y cómo era el elefante?" "Oh, como el eje de un arado". Su maestro no dijo nada, porque pensó que, como la trompa y los colmillos del elefante tenían cierta semejanza con el eje de un arado, tal vez la estupidez de su discípulo lo hizo hablar así en general (aunque pensase en la trompa en particular), por su incapacidad para entrar en detalles precisos;

al tercer día lo invitaron a comer caña de azúcar y se lo contó debidamente a su amo. "¿Y cómo era la caña de azúcar?" "Oh, como el eje de un arado". "Ésa no es una buena comparación", pensó su maestro, pero no dijo nada. Otro día, nuevamente, los discípulos fueron invitados a comer melaza con cuajada y leche, y esto también fue debidamente informado. "¿Y cómo era la cuajada y la leche?" "Oh, como el eje de un arado." Entonces el maestro pensó: "Este joven tenía toda la razón al decir que una serpiente era como el eje de un arado, y tenía más o menos razón, aunque no era exacto, al decir un elefante y una caña de azúcar tenían la misma semejanza. Pero la leche y la cuajada (que siempre son de color blanco) toman la forma de cualquier recipiente en el que se coloquen; [449] así que aquí se no existe ninguna comparación en lo absoluto. Este zoquete nunca aprenderá." Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

En una aplicación universal, él
 Emplea un término de importancia limitada.
 El eje del arado y la cuajada para él son igualmente desconocidos,
 — Y el zoquete afirma que las dos cosas son lo mismo.

Su lección terminó, el Maestro identificó Los Renacimientos diciendo: "Lāḷudāyi era el tonto de aquellos días, y yo el profesor de renombre mundial".



"Trabaje arduamente, hermano mío". El Maestro contó esta historia mientras estaba en Jetavana, sobre un buen *brahmán* perteneciente a una familia noble de Sāvatti que entregó su corazón a la Verdad y, uniéndose a la Hermandad, se volvió constante en todos los deberes. Intachable en su asistencia a los maestros; escrupuloso en materia de comidas y bebidas; celoso en el desempeño de los deberes de la sala capitular, la casa de baños, etc.; perfectamente puntual en la observancia de las catorce disciplinas mayores y de las ochenta disciplinas menores; solía barrer el monasterio, las celdas, los claustros y el camino que conducía a su monasterio, y daba agua a la gente sedienta. Y debido a su gran bondad, la gente daba regularmente quinientas comidas por día a los Hermanos; y gran ganancia y honor se acumuló para el monasterio, prosperando muchos por las virtudes de una sola persona. Y un día, en el Salón de la Verdad, los Hermanos se pusieron a hablar de cómo la bondad de ese Hermano les había traído ganancias y honor, y había llenado de alegría muchas vidas. Entrando a la Sala, [450] el Maestro preguntó, y se le dijo, de qué trataba su charla. No es la primera vez, Hermanos, dijo el Maestro, que este Hermano

ha sido regular en el cumplimiento de sus deberes, En el pasado, quinientos ermitaños que salían a recoger frutos se sustentaron sobre los frutos que su bondad proveía. Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba e Benares, el *Bodhisatta* nació como un *brahmán* en el Norte del país y, al crecer, abandonó el mundo y habitó a la cabeza de quinientos ermitaños al pie de las montañas. En aquellos días vino una gran sequía sobre el país de los Himalayas, y por todas partes el agua se secó, y una dolorosa angustia cayó sobre todas las bestias. Al ver a las pobres criaturas sufriendo de sed, uno de los ermitaños cortó un árbol que ahuecó en un abrevadero; y este abrevadero lo llenó con toda el agua que pudo encontrar. Así dio de beber a los animales. Y vinieron en manadas y bebieron y bebieron hasta que al ermitaño no le quedó tiempo para ir a recoger frutos para sí mismo. Indiferente a su propia hambre, trabajó para saciar la sed de los animales. Ellos pensaron: "Este ermitaño está tan ocupado en satisfacer nuestras necesidades que no se da tiempo para ir en busca de frutas. Debe tener mucha hambre. Acordemos que todos los que hemos venido aquí a beber debemos traer tantos frutos como se pueda al ermitaño". Esto acordaron hacer, todo animal que viniera traería mangos o *jambus* o frutas de pan o similares, hasta que sus ofrendas hubieran llenado doscientos cincuenta carretas; y hubo comida para todos los quinientos ermitaños en abundancia y de sobra. Al ver esto, el *Bodhisatta* exclamó: "Así, la bondad de un solo ermitaño entre los principales ha sido un medio para suministrar alimentos a todos estos ermitaños. En verdad, siempre debemos ser firmes en obrar con el bien". Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

Trabajen arduamente, hermanos míos; aún en la esperanza manténganse firmes;
Ni dejen que su coraje decaiga y se agote;
No os olvidéis de aquel que por su doloroso ayuno¹
Cosechó frutos más allá del deseo de su corazón.

[451] Tal fue la enseñanza del Gran Ser a la congregación de ermitaños.

Terminada su lección, el Maestro identificó Los Renacimientos diciendo: "Este Hermano era el buen ermitaño de aquellos días, y yo el maestro de los ermitaños".



1. Cfr. vol. IV. 269 (texto), y supra página 133.

“Si él está entre extraños”. — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano fanfarrón. La historia introductoria sobre él es como lo que ya se ha relatado¹.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benarés, el *Bodhisatta* era un rico Tesorero y su esposa le dio un hijo. Y el mismo día una esclava en su casa dio a luz a otro niño, y los dos niños crecieron juntos. Y cuando al hijo del rico se le enseñó a escribir, el joven esclavo iba con las tablillas de su joven amo y así aprendió él mismo a escribir y al mismo tiempo. Luego aprendió dos o tres oficios, y creció hasta convertirse en un joven apuesto y de lenguaje justo; y su nombre era Kaṭāhaka. Siendo empleado como secretario privado, pensó: "No siempre seré retenido en este trabajo. La menor falta y seré golpeado, encarcelado, marcado y alimentado con comida de esclavos. En la frontera vive un comerciante, un amigo de mi amo, ¿por qué no ir a él con una carta que pretenda ser de mi amo y, haciéndome pasar por el hijo de mi amo, casarme con la hija del comerciante y vivir feliz para siempre?

Entonces escribió una carta, [452] diciendo: "El portador de esto es mi hijo. Es justo que nuestras casas se unan en matrimonio, y quiero que le dé su hija a este mi hijo y mantenga cerca a la joven pareja por el momento. Tan pronto como pueda hacerlo convenientemente, lo visitaré". Esta carta la selló con el sello privado de su amo, y llegó a la casa del mercader fronterizo con una bolsa bien llena, hermosos vestidos, perfumes y cosas por el estilo. Y con una reverencia se paró frente al mercader. "¿De dónde es?" dijo el comerciante. "De Benares". "¿Quién es su padre?" "El Tesorero de Benares". "¿Y qué lo trae por aquí?" "Esta carta se lo dirá", dijo Kaṭāhaka, entregándosela. El comerciante leyó la carta y exclamó: "Esto me da nueva vida". Y en su alegría le dio a su hija a Kaṭāhaka y estableció a la joven pareja, que vivió con gran estilo. Pero Kaṭāhaka se daba aires, y solía criticar las vituallas y la ropa que le traían, llamándolas "provincianas". "Estos provincianos descarriados", decía, "no tienen ni idea de cómo vestir.

1. No. 80, probablemente.

Y en cuanto al gusto en esencias y guirnaldas, no tienen ninguno".

Extrañando a su esclavo, el *Bodhisatta* dijo: "No veo a Kaṭāhaka. ¿Adónde habrá ido? Encuéntralo". Y partió la gente del *Bodhisatta* en su búsqueda, y buscaron por todas partes hasta que lo encontraron. Luego regresaron, sin que Kaṭāhaka los reconociera, y se lo contaron al *Bodhisatta*.

"Esto nunca funcionará", dijo el *Bodhisatta* al escuchar la noticia. "Iré y lo traeré de vuelta". Así que pidió permiso al Rey y partió con muchos seguidores. Y corrió la noticia por todas partes de que el Tesorero se dirigía a las fronteras. Al escuchar la noticia, Kaṭāhaka se puso a pensar en su curso de acción. Sabía que él era el único motivo de la llegada del Tesorero, y vio que huir ahora era destruir toda posibilidad de regresar. Así que decidió ir a encontrarse con el Tesorero y reconciliarse actuando como un esclavo hacia él como en los viejos tiempos. Actuando de acuerdo con este plan, se aseguró de proclamar en [453] público en todas las ocasiones su desaprobación por la lamentable decadencia del respeto hacia los padres que se manifestaba cuando los niños se sentaban a comer con sus padres, en lugar de atenderlos. "Cuando mis padres toman sus comidas", dijo Kaṭāhaka, "yo entrego los platos y utensilios, traigo la escupidera y les traigo sus abanicos. Ésa es mi invariable práctica ". Y explicó cuidadosamente el deber de un esclavo para con su amo, como traer el agua y ministrándole cuando se jubile. Y habiendo ya instruido a la gente en general, le dijo a su suegro poco antes de la llegada del *Bodhisatta*: "Escuché que mi padre viene a verlo. Será mejor que se prepare para entretenerlo, mientras yo iré a su encuentro en el camino con un presente". "Hágalo, mi querido muchacho", dijo su suegro.

Entonces Kaṭāhaka tomó un presente magnífico y salió con un gran séquito para encontrarse con el *Bodhisatta*, a quien le entregó el presente con una reverencia. El *Bodhisatta* tomó el presente de manera amable, y a la hora del desayuno acampó y se retiró a los propósitos de la naturaleza. Deteniendo su séquito, Kaṭāhaka tomó agua y se acercó al *Bodhisatta*. Entonces el joven cayó ante los pies del *Bodhisatta* y clamó: "Oh, señor, pagaré cualquier suma que pueda requerir, pero no me exponga".

"No tema exponerse bajo mis manos", dijo el *Bodhisatta*, complacido por su conducta obediente, y entró a la ciudad, donde fue agasajado con gran magnificencia. Y Kaṭāhaka todavía actuó como su esclavo.

Mientras el Tesorero se sentaba cómodamente, el mercader fronterizo dijo: "Mi señor, al recibir su carta, debidamente entregué a mi hija en matrimonio a su hijo". Y el Tesorero dio una respuesta adecuada sobre 'su hijo' de una manera tan amable que el comerciante se alegró en sobremanera. Pero a partir de ese momento, el *Bodhisatta* no pudo soportar la visión de Kaṭāhaka.

Un día, el Gran Ser envió a buscar a la hija del comerciante y le dijo: "Querida, por favor, mire mi cabeza". Ella lo hizo, y él le agradeció por

sus tan demandantes servicios, [454] añadiendo: "Y ahora dígame, querida, si mi hijo es un hombre razonable en las buenas y en las malas, y si se las arregla para llevarse bien con él".

"Mi esposo solo tiene un defecto. Encuentra defectos en su comida".

"Él siempre ha tenido sus defectos, querida; pero le diré cómo detener su lenguaje. Le diré un texto que debe aprender cuidadosamente y repetir a su esposo cuando vuelva a encontrar defectos en su comida". Y él le enseñó unas líneas y poco después partió para Benares. Kaṭāhaka lo acompañó parte del camino y se despidió después de ofrecer los presentes más valiosos al Tesorero. Desde la partida del *Bodhisatta*, Kaṭāhaka se enorgulleció aún más y más. Un día, su esposa ordenó una buena cena y comenzó a ayudarlo con una cuchara, pero al primer bocado, Kaṭāhaka comenzó a refunfuñar. Al respecto, la hija del mercader, recordando su lección, repitió la siguiente estrofa:

Si él está entre extraños y lejos de casa, habla en grande,
Hasta que vuelve su visitante para estropearlo todo.

—Venga, coma entonces su cena, Kaṭāhaka².

"Dios mío", pensó Kaṭāhaka, "el Tesorero debe haberle informado mi nombre y haberle contado toda la historia". Y a partir de ese día, en adelante, no se dio más aires, sino que comió humildemente lo que se le ponía delante, y a su muerte pasó a vivir de acuerdo con sus méritos.

[455] Terminada su lección, el Maestro identificó Los Renacimientos diciendo: "Este Hermano engreído era el Kaṭāhaka de aquellos días, y yo el Tesorero de Benares".



"Nuestros diversos destinos". Esta historia fue contada por el Maestro mientras residía en Jetavana, acerca de un *brahmán* retenido por el Rey de Kosala debido a su poder para decir si las espadas traían suerte o no. Se nos dice que cuando los herreros del Rey habían forjado una espada, este *brahmán* podía, simplemente

1. Cf. *Upham Mahav.* 3. 301.

2. El escoliasta explica que la esposa no entendió el significado del verso, sino que solo repitió las palabras tal como se las habían enseñado. Es decir, el *gāthā* no estaba en lengua vernácula, sino en una lengua culta inteligible sólo para el educado Kaṭāhaka, pero no para la mujer, quien simplemente lo repitió como un loro.

oliéndola, decir si era un afortunada o no. E hizo una regla solo para elogiar el trabajo de aquellos herreros que le dieran regalos, mientras que rechazaba el trabajo de aquellos que no lo sobornaran.

Ahora bien, cierto herrero hizo una espada y puso en la vaina un poco de pimienta finamente molida, y se la llevó en ese estado al Rey, quien de inmediato se la entregó al *brahmán* para que la probara. El *brahmán* desenvainó la hoja y la olió. La pimienta le subió por la nariz y lo hizo estornudar, y eso con tanta violencia que le cortó la nariz con el filo de la espada¹.

Este percance del *brahmán* llegó a oídos de los Hermanos, y un día que se encontraban conversando de ello en el Salón de la Verdad, entró el Maestro. Al enterarse del tema de su charla, dijo: "Ésta no es la primera vez, hermanos, que este *brahmán* se corta la nariz olfateando espadas. El mismo destino le sucedió en el pasado". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benarés, tenía a su servicio a un *brahmán* que decía presagiar si las espadas traían suerte o no, y todo sucedió como en la Historia introductoria. Así que el Rey llamó a unos cirujanos e hizo que le colocaran una punta falsa en la nariz, que estuvo hábilmente pintada para todo el

mundo como una nariz real; y luego el *brahmán* reanudó sus deberes sobre el Rey. Ahora bien, Brahmadatta no tenía ningún hijo, solo una hija y un sobrino, a quienes había criado bajo su propia supervisión. Y cuando estos dos crecieron, se enamoraron el uno del otro. Entonces el Rey mandó llamar a sus consejeros y les dijo: "Mi sobrino es heredero del trono. Si le doy a mi hija por esposa, será ungido Rey".

[456] Pero, pensándolo bien, decidió que, como en todo caso su sobrino era como un hijo, más le valía casarlo con una princesa extranjera, y dar su hija a un Príncipe de otra casa real. Porque, pensó, este plan le daría más nietos y otorgaría a su linaje los cetros de dos reinos diferentes. Y, después de consultar con sus consejeros, resolvió separar a los dos, y en consecuencia se les hizo vivir separados el uno del otro. Ahora bien, ellos tenían dieciséis años y estaban muy enamorados, y el joven Príncipe no pensaba en otra cosa que en cómo llevarse a la Princesa del palacio de su padre. Por fin se le ocurrió el plan de enviar a buscar a una mujer sabia, a quien le dio un bolslo lleno de dinero.

"¿Y para qué es esto?" dijo ella.

Luego le contó su pasión y le suplicó a la sabia mujer que se lo llevara a su querida princesa.

Y ella le prometió éxito, y dijo que le diría al Rey que su hija estaba bajo la influencia de una brujería, pero que, como el demonio la había poseído durante tanto tiempo mientras él estuvo desprevenido, ella tomaría

1. Cf. "*Parábolas de Buddhaghosha*" de Rogers, p. 119, donde se da esta Historia Introductoria.

a la Princesa un día en un carruaje al cementerio con una fuerte escolta bajo los brazos, y allí en un círculo mágico yacería la Princesa en una cama con un hombre muerto debajo, y con ciento ocho duchas de agua perfumada lavaría al demonio en ella "Y cuando con este pretexto lleve a la Princesa al cementerio", continuó la sabia, "cuidando de llegar al cementerio antes que nosotros en su carroza con una escolta armada, llevando consigo un poco de pimienta molida. Llegado al cementerio, dejará su carruaje en la entrada y enviará a sus hombres al bosque del cementerio, mientras su majestad mismo suba a la cima del montículo y se acueste como si estuviese muerto, se acostará a la Princesa, luego llegará el momento en que deberá oler la pimienta hasta estornudar dos o tres veces, y [457] cuando estornude levantaremos a la Princesa y nos pondremos en marcha, allí su majestad y la Princesa deben bañarse por todas partes, y debe llevársela a casa consigo". "Capital", dijo el Príncipe; "qué idea más excelente".

Así que la mujer sabia fue adonde el Rey, y él aceptó su idea, al igual que la Princesa cuando se la explicaron. Cuando llegó el día, la anciana le dijo a la Princesa su misión y dijo a los guardias en el camino para asustarlos: "Escuchen. Debajo de la cama que voy a preparar, habrá un hombre muerto; y ese hombre muerto estornudará. Fíjense bien que, en cuanto haya estornudado, saldrá debajo de la cama y se apoderará de la primera persona que encuentre. Así que estén preparados todos vosotros".

Ahora bien, el Príncipe ya había llegado al lugar y se metió debajo de la cama, tal como había sido arreglado.

A continuación, la anciana llevó a la Princesa y la colocó sobre la cama, susurrándole que no tuviera miedo. De inmediato, el Príncipe olió la pimienta y se puso a estornudar. Y apenas hubo empezado a estornudar cuando la sabia mujer levantó a la Princesa y con un fuerte grito se alejó, más rápido que aliado de ellos. Ni un solo hombre se mantuvo firme; todos y cada uno arrojaron sus armas y huyeron para salvar sus vidas. Acto seguido, el Príncipe salió y se llevó a la Princesa a su casa, tal como se había planificado antes. Y la anciana se dirigió al Rey y le contó lo que había sucedido.

"Bueno", pensó el Rey, "siempre la quise para él, y han crecido juntos como el *ghee* y las gachas de arroz". Así que no se apasionó, sino que con el tiempo hizo a su sobrino Rey del lugar, con su hija como Reina consorte.

Ahora bien, el nuevo Rey mantuvo a su servicio al *brahmán* que profesaba saber el temperamento de las espadas, y un día, mientras estaba de pie bajo el Sol, la punta falsa de la nariz del *brahmán* se soltó y se cayó. Y allí se quedó, bajando la cabeza por vergüenza. "No importa, no importa", se rio el Rey. "Estornudar es bueno para algunos, pero malo para otros. Por Un

estornudo perdió la nariz [458]; mientras que yo tengo que agradecerle a un estornudo tanto por mi trono como por mi Reina". Diciendo esto, pronunció esta estrofa: —

Nuestros diversos destinos esta moraleja muestra,
— Lo que me trajo bienestar, le trajo aflicción.

Así habló el Rey, y después de una vida dedicada a la generosidad y otras buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

De esta manera, enseñó el Maestro la lección de que el mundo estaba equivocado al pensar que las cosas eran definitivas y absolutamente, buenas o malas en todos los casos por igual. Por último, identificó Los Renacimientos diciendo: "El mismo hombre que ahora profesa entender si las espadas dan suerte o no, profesaba la misma habilidad en esos días; y yo mismo era el Príncipe que heredó el reino de su tío".



"*Tē jactas*."—Esta historia fue contada por el Maestro una vez en Jetavana, acerca de un Hermano jactancioso. (La historia introductoria y la historia del pasado en este caso son como las de Kaṭāhaka relatadas arriba¹.)

Kalaṇḍuka era en este caso el nombre del esclavo del Tesorero de Benares. Y cuando se escapó y se encontraba viviendo en el lujo con la hija del comerciante fronterizo, el Tesorero lo extrañó y no pudo averiguar su paradero. Así que envió a un joven loro mascota a buscar al fugitivo. Y el loro voló en busca de Kalaṇḍuka, y lo buscó por todas partes, hasta que finalmente el pájaro llegó a la ciudad donde éste habitaba. Y justo en ese mismo momento, Kalaṇḍuka se estaba divirtiendo en el río con su esposa en un bote bien provisto de manjares delicados, flores y perfumes. Ahora bien, los nobles de esa tierra en sus fiestas acuáticas se esforzaban por tomar leche con una droga picante para beber, y así evitar sufrir un resfriado después de su pasatiempo en el agua. [459] Pero cuando nuestro Kalaṇḍuka probó esta leche, carraspeó y la escupió; y al hacerlo escupió en la cabeza de la hija del mercader. En ese momento voló el loro y vio todo esto desde la rama de una higuera en la orilla. "Venir, venir, esclavo Kalaṇḍuka", gritó el

1. No. 125.

pájaro, "recuerda quién y qué eres, y no escupas en la cabeza de esta joven dama. Conozca su lugar, compañero." Dicho esto, pronunció la siguiente estrofa: —

Se jacta de su alta ascendencia, de su alto grado,
Con lengua mentirosa. Aunque solo un pájaro, lo sé

La verdad. Pronto lo atraparán, fugitivo.
Entonces, no desprecie la leche, esclavo Kalaṇḍuka.

Al reconocer al loro, Kalaṇḍuka tuvo miedo de quedar expuesto y exclamó: "¡Ah! buen maestro, ¿cuándo llegó?"

Entonces el loro pensó: "No es su amistad, sino el deseo de retorcerme el cuello, lo que provoca este amable interés". Así que respondió que no necesitaba los servicios de Kalaṇḍuka y voló de regreso a Benares, donde le contó al Señor Tesorero todo lo que había visto.

"¡Ese bribón!" gritó el tesorero, y ordenó que Kalaṇḍuka fuera llevado de vuelta a Benares, donde una vez más tuvo que soportar el costo de ser un esclavo.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano era Kalaṇḍuka en la historia, y yo el Tesorero de Benarés".



"Donde la santidad". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un hipócrita. Cuando se le informó de la hipocresía del Hermano, el Maestro dijo: "Ésta no es la primera vez que se muestra hipócrita; él fue así mismo en tiempos pasados". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como una rata, perfecto en sabiduría y tan grande como un joven jabalí.

Tenía su morada en el bosque y muchos cientos de otras ratas poseían su dominio.

Ahora bien, había un chacal errante que vio a esta manada de ratas y se puso a maquinar cómo seducirlas y comérselas. Y tomó su puesto cerca de su casa dando frente hacia el Sol, olfateando el viento y parándose sobre una pierna. Al ver esto, cuando estaba en su camino en busca de comida, el *Bodhisatta* concibió al chacal como un ser santo, y se acercó y le preguntó su nombre.

"'Divino' es mi nombre", dijo el chacal. "¿Por qué se para solo en una pierna?" "Porque si me paro sobre los cuatro a la vez, la tierra no podría soportar mi peso. Por eso me paro sobre una sola pierna". "¿Y por qué mantiene la boca abierta?" "Para tomar el aire. Vivo del aire; es mi único alimento". "¿Y por qué se pone frente al Sol?" "Para adorarlo". "¿Qué rectitud!" pensó el *Bodhisatta*, y desde entonces se propuso ir, acompañado por las otras ratas, a presentar sus respetos al santo chacal, mañana y tarde. Pero cuando las ratas se iban, el chacal agarraba y devoraba a la última de ellas, se limpiaba los labios y parecía como si nada hubiera pasado. Como consecuencia de esto, las ratas se redujeron cada vez más, hasta que notaron las brechas en sus filas y, preguntándose por qué era así, se lo consultaron al *Bodhisatta*. Él no pudo identificar la razón, pero sospechando del chacal, [461] resolvió ponerlo a prueba. Así que al día siguiente dejó que las otras ratas salieran primero y él mismo cerró la marcha. El chacal saltó sobre el *Bodhisatta* quien, al verlo venir, se dio la vuelta y gritó: "¡Así que ésta es su santidad, hipócrita y sinvergüenza!" Y repitió la siguiente estrofa:

Donde la santidad no es más que un manto,
bajo el cual se engaña a la gente inocente
y se protege la traición de un villano,
— Aquella naturaleza felina es la que vemos allí¹.

Diciendo esto, el Rey de las ratas saltó sobre la garganta del chacal y le partió la tráquea justo debajo de la mandíbula, de modo que murió. Las otras ratas retrocedieron y devoraron el cuerpo del chacal con los sonidos de cranch, cranch, cranch; — es decir, los primeros lo hicieron, porque dicen que no quedó nada para los últimos comensales. Y desde entonces las ratas vivieron felices en paz y en tranquilidad.

Su lección terminó, el Maestro hizo la conexión diciendo: "Este Hermano hipócrita era el chacal de aquellos días, y yo el Rey de las ratas".



1. Aunque la prosa anterior se relaciona con un chacal, la estrofa habla de un felino, al igual que el *Mahābhārata* en su versión de esta historia.

"Fue codicia...". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre otro hipócrita.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benarés, el *Bodhisatta* renació como un Rey de Ratas que moraba en el bosque. Ahora bien, se desató un incendio en el bosque, y un chacal que no podía huir apoyó la cabeza contra un árbol [462] y dejó que las llamas lo barrieran. El fuego chamuscó el cabello de su cuerpo por todas partes, y lo dejó completamente rapado, excepto por un mechón que quedó como un nudo en el cuero cabelludo¹, donde la coronilla de su cabeza estaba presionada contra el árbol. Bebiendo un día en un estanque rocoso, vio este moño reflejado en el agua. "Por fin tengo los medios para ir al mercado", pensó. Llegando en el curso de su errancia por el bosque a la cueva de unas ratas, se dijo a sí mismo: "Engañaré a esas ratas y las devoraré"; y con esta intención tomó su posición justo al lado, tal como en la historia anterior.

Al salir en busca de comida, el *Bodhisatta* observó al chacal y, atribuyéndole virtud y bondad a la bestia, se le acercó y le preguntó cuál era su nombre.

"Bhāradvāja², Devoto del Dios del Fuego".

"¿Por qué ha venido aquí?"

"Para protegerlo a usted y a los suyos".

"¿Qué hará para protegernos?"

"Sé contar con mis dedos, y contaré su número tanto por la mañana como por la tarde, para estar seguro de que tantos llegaron a casa por la noche como salieron por la mañana. Así es como los protegeré".

"Entonces quédese, tío, y cuídenos".

Y en consecuencia, así como las ratas comenzaba su mañana, se puso a contarlas "Uno, dos, tres"; y así otra vez cuando regresaban por la noche. Y cada vez que las contaba, tomaba y se comía a la última. Todo sucedió como en la historia anterior, excepto que aquí el Rey de las Ratas se volvió y le dijo al chacal: "No es la santidad, Bhāradvāja, Devoto del Dios del Fuego,

-
1. El 'Hermano' budista se afeita la coronilla, excepto por un mechón de cabello en la parte superior, que es el análogo de la tonsura de los sacerdotes católicos romanos.
 2. *Bhāradvāja* era el nombre de un clan de grandes *Rishis*, o maestros religiosos, a quienes se atribuye el sexto libro del *Rigveda*.

sino la glotonería la que ha adornado su corona con ese moño". Diciendo esto, pronunció esta estrofa: —

Fue codicia, no la virtud, lo que os proporcionó este escudo.
Nuestros números cada vez más reducidos no concuerdan correctamente;
Ya hemos tenido suficiente de usted, Devoto del fuego.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Este Hermano era el chacal de aquellos días, y yo el Rey de las Ratas".



[463] "*Puede enfermar o comer*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de una mujer de Sāvattthi. Se dice que era la esposa malvada de un *brahmán* bueno y virtuoso, quien era un hermano laico. Sus noches las pasaba dando vueltas; mientras que durante el día no hacía nada, sino que fingía estar enferma yaciendo en cama y gimiendo.

"¿Qué te pasa, querida?" decía su marido.

"El viento me molesta".

"¿Qué puedo traerte?"

"Dulces, salados, comida rica, gachas de arroz, arroz hervido, aceite, etc."

El marido obediente hacía lo que ella quería y trabajaba como un esclavo para ella. Mientras tanto, ella guardaba cama mientras su marido andaba en casa; pero tan pronto como veía que la puerta se cerraba tras él, ella se entregaba a los brazos de sus amantes.

"Mi pobre esposa no parece mejorar con el viento", pensó finalmente el *brahmán*, y se dirigió adonde el Maestro en Jetavana con ofrendas de perfumes, flores y cosas por el estilo. Terminada su reverencia, se paró ante el Bienaventurado, quien le preguntó por qué había estado ausente tanto tiempo.

"Señor", dijo el *brahmán*, "me han dicho que mi esposa tiene problemas de vientos, y yo trabajo duro para mantenerla abastecida con todos los manjares imaginables. Y ahora ella es robusta y su tez bastante clara, pero el viento es tan problemático como siempre. Es por ministrar a mi esposa que no he tenido tiempo de venir aquí, señor".

Entonces el Maestro dijo que conocía la maldad de la esposa: "¡Ah! *Brahmán*, los sabios y buenos de antaño le enseñaron cómo curar a una mujer que sufre como su esposa de una dolencia tan obstinada. Pero el renacimiento ha confundido su memoria de modo que lo ha olvidado". Dicho esto, contó la siguiente historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como un *brahmán* en una familia muy distinguida. Después de perfeccionar su

1. Véase también el No. 226.

educación en Takkasilā, se convirtió en un maestro de fama mundial en Benares. A él acudían como estudiantes los jóvenes nobles y *brahmanes* de todas las familias principescas y ricas. Ahora bien, un

brahmán rural, que había aprendido del *Bodhisatta* los tres Vedas y las dieciocho Ciencias, y que se detuvo en Benares para cuidar de su propiedad, venía dos o tres veces al día para escuchar las enseñanzas del *Bodhisatta*. [464] Y este *brahmán* tenía una esposa que era una mujer mala y perversa. Y todo sucedió como arriba. Cuando el *brahmán* explicó cómo era que no podía alejarse de casa para escuchar las enseñanzas de su maestro, el *Bodhisatta*, que sabía que la esposa del *brahmán* solo estaba fingiendo estar enferma, pensó: "Le diré qué medicina curará a esa criatura". Así que le dijo al *brahmán*: "No le dé más golosinas, hijo mío, sino recoja los establos de las vacas y sofría de ellos cinco tipos de frutas y demás, y déjelos encurtir en una olla de cobre nueva hasta que adquiera todo el sabor del metal. Entonces tome una sogá, una cuerda o un palo y acérquese a su esposa y dígale claramente que debe tragar la cura segura que le ha traído o trabajar para ganarse la vida. (y aquí se repetirá ciertas líneas que voy a pronunciar.) Si ella rehúsa el remedio, entonces amenázcala con dejarla probar la cuerda o el palo, y con arrastrarla por el cabello por un tiempo, mientras la golpee con los puños. Descubrirá que ante la mera amenaza, ella se levantará y se dedicará a su trabajo".

Así que el *brahmán* se fue y trajo a su esposa un plato preparado tal como el *Bodhisatta* se lo había indicado.

"¿Quién recetó esto?" dijo ella.

"El maestro", dijo su marido.

"Lléveselo, no lo consumiré".

"Así que no lo hará, ¿eh?" dijo el joven *brahmán*, tomando el extremo de la cuerda; "Bueno, entonces, o traga esta cura segura o trabajarás por un salario honesto". Diciendo esto pronunció esta estrofa:

Puede enfermarse o comer; qué hará
Porque no puede hacer ambas cosas, mi Kosiyā.

[465] Aterrorizada por esto, la mujer Kosiyā se dio cuenta desde el momento en que el maestro intervino cuán imposible era engañarlo, y, levantándose, se puso a trabajar. Y la consciencia de que el maestro conocía su maldad la hizo arrepentirse y volverse tan buena como antes de haberse convertido en una mujer mala.

(Así terminó la historia, y la esposa del *brahmán*, sintiendo que el *Buddha* Todo Iluminado sabía cómo ella era, se asombró tanto de él que no volvió a pecar).

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "El esposo y la esposa de hoy eran el esposo y la esposa de la historia, y yo era el maestro".



"Si un amigo". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú, acerca de Devadatta. Ya que en ese momento los Hermanos estaban discutiendo en el Salón de la Verdad la ingratitud de Devadatta y su incapacidad para reconocer la bondad del Maestro, cuando el Maestro mismo entró y al preguntar se le dijo el tema de su charla, dijo él "Hermanos, ésta no es la primera vez que Devadatta ha sido desagradecido; fue así de desagradecido en días pasados". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

[466] Una vez, cuando cierto Rey de Magadha reinaba Rājagaha, el *Bodhisatta* fue su Tesorero, con un posesión de ochenta *crores*, y conocido como el 'Millonario'. En Benares vivía un Tesorero también de ochenta *crores*, que se llamaba Piliya y era un gran amigo del Millonario. Por una u otra razón, Piliya de Benares se metió en dificultades, perdió todas sus propiedades y se vio reducido a la mendicidad. En su necesidad dejó Benares, y con su esposa viajó a pie hasta Rājagaha, para ver al Millonario, la última esperanza que le quedaba. Y el Millonario abrazó a su amigo y lo trató como a un invitado de honor, preguntándole, en su momento, el motivo de la visita. "Soy un hombre arruinado", respondió Piliya, "lo he perdido todo y he venido a pedirle que me ayude".

"¡Con todo mi corazón! No tema por eso", dijo el Millonario. Hizo abrir su recámara acorazada y le dio a Piliya cuarenta *crores*. También dividió en dos partes iguales la totalidad de su propiedad, ganado y todo, y otorgó a Piliya la mitad justa de toda su fortuna. Tomando su riqueza, Piliya regresó a Benares y vivió allí.

No mucho después, una calamidad similar se apoderó del Millonario, quien, a su vez, perdió hasta el último centavo que tenía. Dando vueltas a dónde acudir en la hora de la necesidad, pensó en cómo se había hecho amigo de Piliya con hasta la mitad de sus posesiones, y que podría acudir a él en busca de ayuda sin temor a ser negado. Así que partió de Rājagaha con su esposa y llegó a Benares. A la entrada de la ciudad le dijo: "Esposa, no le conviene caminar conmigo por las calles. Espere aquí un poco hasta que envíe un carruaje con un sirviente para llevarla a la ciudad en buen estado". Dicho esto, la dejó bajo techo y se fue solo a la ciudad, hasta que llegó a la casa de Piliya, donde se ordenó que sea anunciado que el Millonario de Rājagaha, había llegado a ver a su amigo.

"Bueno, háganlo pasar", dijo Piliya; pero al ver el estado del otro, ni se levantó a su encuentro, ni lo saludó con palabras de bienvenida, sino que sólo le preguntó qué lo traía por ahí.

"Para verlo", fue la respuesta.

[467] "¿Dónde se ha quedado?"

—En ninguna parte, todavía. Dejé a mi esposa bajo techo y vine directamente hacia su persona.

"Aquí no hay lugar para usted. Tome un poco de arroz, encuentre un lugar para cocinarlo y cómalo, y luego váyase y no vuelva a visitarme nunca más". Dicho esto, el rico envió a un sirviente con orden de dar a su desdichado amigo medio cuarto de mota para que se lo llevara atado en la esquina de su ropa; y esto, aunque ese mismo día había tenido mil carretas cargadas del mejor arroz trillado y almacenado en sus graneros rebosantes. ¡Sí, el granuja, que se había llevado tranquilamente cuarenta *crores*, repartía ahora medio cuarto de mota a su benefactor! En consecuencia, el sirviente midió el desmoche en una canasta y se lo llevó al *Bodhisatta*, quien discutió dentro de sí mismo si debía tomarlo o no. Y pensó: "Este ingrato rompe nuestra amistad porque soy un hombre arruinado. Ahora, si rechazo su insignificante presente, seré tan malo como él. Porque el innoble, que desprecia un modesto presente, ultraja la primera idea de la amistad. Sea, por lo tanto, mío cumplir la amistad en la medida en que me corresponde, tomando su regalo del trasmocho". Así que ató el moño en la esquina de su tela y se dirigió de regreso a donde había alojado a su esposa.

"¿Qué tiene, querido?" dijo ella.

"Nuestro amigo Piliya nos da este trasmocho y se lava las manos".

"Oh, ¿por qué lo tomó? ¿Es esta una devolución adecuada por los cuarenta *crores*?"

"No se lamente, querida esposa", dijo el *Bodhisatta*. "Lo tomé simplemente porque no quería violar el principio de la amistad. ¿Por qué esas lágrimas?" Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

Si un amigo hace el papel de mezquino,
Un simplón se corta en el corazón;
[468] Su ración de trasmocho tomaré,
Y no por eso nuestra amistad romperé.

Pero aun así la esposa siguió llorando.

Ahora bien, en ese momento pasaba un lacayo que el Millonario había entregado a Piliya y se acercó al oír el llanto de su antigua ama. Reconociendo a su amo y a su señora, se postró ante sus pies, y con lágrimas y sollozos preguntó el motivo de su venida. Y el *Bodhisatta* le contó su historia.

"Mantengan el ánimo", dijo el hombre alegremente; y llevándolos a su propia morada, allí preparó baños perfumados y comida para ellos. Luego les hizo saber a los otros esclavos que su viejo amo y su señora habían llegado, y después de unos días los llevó en un cuerpo al palacio del Rey, donde armaron una gran conmoción.

El Rey preguntó qué pasaba, y le contaron toda la historia. Así que Él mandó llamar inmediatamente por los dos y preguntó al Millonario si era cierto el informe de que le había dado cuarenta *crores* a Piliya.

"Señor", dijo él, "cuando en su necesidad algún amigo confió en mí y vino a buscar mi ayuda, le di la mitad, no solo de mi dinero, sino de mi ganado y de todo lo que poseía".

"¿Es esto así?" dijo el Rey a Piliya.

"Sí, señor", dijo él.

"Y cuando, a su vez, su benefactor confió en usted y lo buscó, ¿le mostró honor y hospitalidad?"

Aquí Piliya permaneció en silencio.

"¿Hizo entregarle medio cuarto de mota en la esquina de su ropa?"

[469] Aun así, Piliya permaneció en silencio.

Entonces el Rey consultó a sus ministros sobre lo que debía hacerse, y finalmente, como si fuera un juicio sobre Piliya, les ordenó que fueran a la casa de Piliya y le dieran toda la riqueza de Piliya al Millonario.

"No, señor", dijo el *Bodhisatta*; "No necesito lo que sea de otro. Que no se me dé nada más de lo que antes le di a él".

Entonces el Rey ordenó que el *Bodhisatta* volviera a disfrutar de lo suyo; y el *Bodhisatta*, con un gran séquito de sirvientes, regresó con su riqueza recuperada a Rājagaha, donde puso sus asuntos en orden, y después de una vida dedicada a la generosidad y otras buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era el Tesorero Piliya de aquellos días, y yo mismo el Millonario".



"Atención a los sabios consejos". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana sobre el *Sutta* relativo a la Tentación de las Hijas de Māra¹ en el árbol Banyan de los pastores de cabras. El Maestro citó el *Sutta*, comenzando con sus palabras de apertura: —

En toda su deslumbrante belleza vinieron,
— Deseo, Odio y Lujuria. Como copos de algodón
Ante el viento, el Maestro las hizo volar.

1. Véanse las páginas 78 y 79 del Volumen I del texto sobre la tentación. No he podido rastrear el *Palobhana Sutta* al que se hace referencia.

Después de haber recitado el *Sutta* hasta el final, los Hermanos se reunieron en el Salón de la Verdad y hablaron de cómo las Hijas de Māra se acercaron con toda su miríada de encantos pero no lograron seducir al Todo Iluminado. Porque ni siquiera abrió los ojos para mirarlas, ¡tan maravilloso fue! Al entrar al salón, el Maestro preguntó, y se le respondió sobre qué estaban discutiendo. "Hermanos", dijo él, "no es de extrañar que ni siquiera mirara a las Hijas de Māra en esta vida que ha sido aquella en la que me libré del pecado y obtuve la iluminación. En días anteriores, cuando estaba en busca de la Sabiduría, cuando el pecado aún moraba en mí, hallé fuerzas para no mirar ni siquiera la hermosura divina por medio de la lujuria en violación de la virtud; y por esa continencia gané un reino". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* era el más joven de cien hermanos, y sus aventuras se detallarán aquí, como arriba [470] en el *Takkasilā-Jātaka*¹. Cuando el reino había sido ofrecido al *Bodhisatta* por la gente, y cuando lo aceptó y fue ungido Rey, la gente decoró la ciudad como una ciudad de los dioses y el palacio real como el palacio de *Indra*. Al entrar a la ciudad, el *Bodhisatta* pasó al espacioso

salón del palacio y allí se sentó con toda su belleza divina sobre su trono enojado bajo el paraguas blanco de su Reinado. A su alrededor, en resplandeciente esplendor, estaban sus ministros, *brahmanes* y nobles, mientras que dieciséis mil muchachas náuticas, bellas como las ninfas del cielo, cantaban, bailaban y tocaban música, hasta que el palacio se llenó de sonidos como el océano cuando la tormenta estalla sus aguas con truenos². Mirando a su alrededor la pompa de su estado real, el *Bodhisatta* pensó cómo, si hubiera contemplado los encantos de las *ogresas*, habría perecido miserablemente, y nunca habría vivido para ver su actual magnificencia, que se debía a su cumplimiento de los consejos de los *Pacceka Buddhas*. Y mientras estos pensamientos llenaron su corazón, su emoción se desahogó en estos versos: —

Sabios y atentos consejos, firme en mi resolución,
Con un corazón intrépido y aun manteniendo mi curso,
Evité las moradas de las Sirenas y sus trampas,
Y hallé una gran salvación a mi necesidad.

[471] Así terminó la lección que enseñan estos versos. Y el Gran Ser gobernó su reino con rectitud, y abundó en generosidad y otras buenas acciones hasta que al final falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Yo era el Príncipe de aquellos días que fue a Takkasīlā y ganó un reino".



-
1. Aparentemente, la referencia es al No. 96. Para una confusión similar del título, véase la nota 1, pág. 112.
 2. ¿O es el significado 'como la bóveda del cielo llena de nubes de tormenta'? Cf. *aṇava* en el *Rigveda*.

"¡Mira! en tu fortaleza". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de cierto Hermano a quien el Maestro le dio un objeto de meditación, y, yendo a las fronteras, tomó su morada en el bosque, cerca de una aldea. Aquí esperaba pasar la temporada de lluvias, pero durante el primer mes su choza fue incendiada mientras estaba en el pueblo buscando ofrendas. Al sentir la pérdida de su techo protector, les contó a sus amigos laicos su desgracia, y ellos se comprometieron a construirle otra choza. Pero, a pesar de sus promesas, pasaron tres meses sin que se la reconstruyeran. Al no tener techo para cobijarse, el Hermano no tuvo éxito en su meditación. Ni siquiera se le había concedido el amanecer de la Luz cuando, al final de la estación de las lluvias, regresó a Jetavana y se presentó respetuosamente ante el Maestro. En el transcurso de la charla, el Maestro preguntó si la meditación del Hermano había tenido éxito. Entonces aquel Hermano relató desde el principio lo bueno y lo malo que le había sucedido. Entonces el Maestro dijo: "En días pasados, incluso las bestias brutas podían discernir entre lo que era bueno y lo que era malo para ellas y abandonaban antes de tiempo, antes de que resultaran peligrosas, las habitaciones que les habían dado cobijo en días más felices. Y si las bestias fueron

tan perspicaces, ¿cómo pudo estar tan lejos de ellos en sabiduría?" Dicho esto, a petición de ese Hermano, el Maestro contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba en Benares, el *Bodhisatta* nació como un pájaro. Cuando llegó a los años de discreción, le acompañó la buena fortuna y se convirtió en Rey de los pájaros, fijando su morada con sus súbditos en un árbol gigante que extendía sus frondosas ramas sobre las aguas de un lago. Y todas estas aves, [472] posadas en las ramas, arrojaron su estiércol hacia abajo sobre las aguas. Ahora bien, ese lago era la morada de Caṇḍa, un Rey *Nāga*, quien se enfureció por este ensuciamiento de sus aguas y resolvió vengarse de los pájaros y quemarlos. Así que una noche, cuando todos estaban posados en las ramas, se puso a trabajar, y primero hizo hervir las aguas del lago, luego hizo que saliera humo, y en tercer lugar hizo que las llamas se elevaran tan alto como una palmera.

Al ver las llamas que brotaban del agua, el *Bodhisatta* gritó a los pájaros: "El agua se usa para apagar el fuego; pero aquí está el agua misma ardiendo. Éste no es lugar para nosotros; busquemos un hogar en otro lugar".

Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

¡Miren! en su fortaleza está el enemigo,
y el fuego quema el agua;
Así que de su árbol apresúrense para partir,
Que la confianza se está desmoronando.

Y acto seguido, el *Bodhisatta* voló con los pájaros que siguieron su consejo; pero los pájaros desobedientes, que quedaron atrás, todos perecieron.

Su lección terminó, el Maestro predicó las Cuatro Nobles Verdades (al final de las cuales ese Hermano consumó el estado de *Arahant*) e identificó los Renacimientos diciendo: "Las aves leales y obedientes de aquellos días ahora se han convertido en mis discípulos, y yo mismo era entonces el Rey de las aves."



"Con consciencia". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre una interpretación de Sāriputta, Capitán de la Fe, en la puerta de la ciudad de Saṃkassa, sobre un problema planteado concisamente por el Maestro. Y la siguiente fue la historia del pasado que luego contó.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba en Benarés..., & c... el *Bodhisatta*, mientras expiraba en su bosque-hogar, exclamó: "Ni consciente ni inconsciente". Y los reclusos no entendieron la interpretación que el Discípulo Principal del *Bodhisatta* dio a las palabras del Maestro. el *Bodhisatta* vino entonces del Reino Radiante, y desde el aire recitó esta estrofa:

Con consciencia, o también con inconsciencia,
Se habita en la tristeza. Evitar cualquiera de los dos males.
Felicidad pura, libre de toda corrupción,
Surge sino del éxtasis de la Sabiduría.

Su lección terminó, el *Bodhisatta* elogió a su discípulo y regresó al Reino *Brahmā*. Entonces los demás reclusos cayeron ahora sí en el Discípulo Principal.

Enseñada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "En aquellos días, Sāriputta era el Discípulo Principal, y yo *Mahā-Brahmā*".



"*Quien medite sabiamente*". Esta historia también la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana sobre la interpretación de un problema por parte del Venerable Sāriputta en la puerta de Saṃkassa.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta*, al expirar en su hogar en el bosque, respondió a las preguntas de sus discípulos con las palabras: "Luz de la Luna y la luz del Sol". Con estas palabras murió y renació en el Reino Radiante.

Ahora bien, cuando el discípulo principal interpretó las palabras del Maestro, sus compañeros no le creyeron. Luego los visitó el *Bodhisatta* y desde el aire recitó esta estrofa:⁴

Quien medite sabiamente sobre el Sol y la Luna,
Consumará llegar (cuando la razón hasta el éxtasis
Dé lugar), después de morir, a su Plano Radiante.¹

Tal fue la enseñanza del *Bodhisatta* y, primero alabando a su discípulo, emprendió su camino de regreso al Reino *Brahmā*.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Sāriputta era el Discípulo Principal de aquellos días, y yo *Mahā-Brahmā*".



"*Conténtese.*" — Esta historia fue contada por el Maestro acerca de una Hermana llamada La Gorda Nandā.

Un hermano laico en Sāvatti había ofrecido a la Hermandad un suministro de ajo y también enviando a buscar a su alguacil; había dado la orden de que, si llegaban, cada Hermana recibiera dos o tres

1. Estas líneas técnicas implican que, al tomar el Sol y la Luna como su *kammaṭṭhāna*, o tema de meditación, un budista, al alcanzar un *Jhāna* (o Absorción) en el segundo grado (es decir, supra-racional), puede salvarse a sí mismo del renacimiento en una esfera inferior de la existencia del *Ābhassaraḷoka* o Reino Radiante del mundo corpóreo *Brahmā*.

puñados de ajo. Después de eso hicieron una práctica [475] de acudir a la casa o al campo del laico por ajo. Ahora bien, un día festivo se acabó el suministro de ajo en casa, y a la hermana, La Gorda Nandā, que llegaba con otras a la casa, se le dijo, cuando pidieron un poco de ajo, que no quedaba nada en casa, todo había sido agotado, y que ella debía ir al campo por él. Así que fue al campo y tomó una cantidad excesiva de ajo. El alguacil se enojó y comentó lo codiciosas que eran estas Hermanas. Esto molestó a las Hermanas más moderadas; y los Hermanos también se irritaron por la burla cuando las Hermanas se la contaron, y se lo contaron al Bienaventurado. Reprendiendo la codicia de La Gorda Nandā, el Maestro dijo: "Hermanos, una persona codiciosa es ruda y cruel incluso con la madre que la trajo a la vida; una persona codiciosa no puede convertir a los inconversos, o hacer que los convertidos crezcan en la gracia, o hacer que lleguen las ofrendas o aguardar por ellas cuando lleguen; mientras que la persona moderada puede hacer todas estas cosas". De esta manera el Maestro señaló la moraleja, terminando y diciendo: "Hermanos, así como La Gorda Nandā es codiciosa ahora, así de codiciosa lo fue en tiempos pasados". Y acto seguido contó la siguiente historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como un *brahmán*, y al crecer se casó con una novia de su mismo rango, que le dio tres hijas llamadas Nandā, Nanda-Vatī y Sundari-Nandā. Al morir el *Bodhisatta*, fueron acogidas por vecinos y amigos, mientras que él renació en el mundo como un ánade real dorado y dotado de la consciencia de sus existencias pasadas. Al crecer, el pájaro vio su magnífico y propio tamaño y su plumaje dorado, y recordó que anteriormente había sido un ser humano. Al descubrir que su esposa e hijas vivían de la caridad de los demás, el ánade real pensó en su plumaje de oro martillado y batido y en cómo a la vez al darles una pluma de oro podría permitir que su esposa e hijas vivieran con comodidad. Así que voló hacia donde ellas vivían y se posó en la parte superior de la viga central del techo. Al ver al *Bodhisatta*, [476] la esposa y las niñas le preguntaron de dónde había venido; y les dijo que él era su padre, que había muerto y nacido como un ánade real, y que había venido a visitarlas y poner fin a su miserable necesidad de trabajar bajo un sueldo. "Ustedes tendrán una de mis plumas", dijo él, "una por una, y se venderán por lo suficiente como para mantenerlas a todas cómodas y confortablemente". Dicho esto, les dio una de sus plumas y se marchó. Y de vez en cuando volvía para darles otra pluma, y con el producto de su venta, estas mujeres *brahmanes* se volvieron prósperas y bastante acomodadas. Pero un día la madre les dijo a sus hijas: "No hay animales que se fíen, hijas mías. ¿Quién va a decir que su padre no se irá un día de estos para no regresar nunca más? Usemos nuestro tiempo y sacudámoslo la próxima vez que venga, para asegurarnos todas sus plumas". Pensando que esto lo lastimaría, las hijas se negaron. La madre, en su codicia, llamó al ánade real dorado un día que llegó, y luego lo tomó con ambas manos y lo desplumó. Ahora bien, las plumas del *Bodhisatta* tenían esta propiedad de que si eran arrancadas en contra de su voluntad, dejarían de ser doradas y se convertirían como

si fueran plumas de grulla. Entonces el pobre pájaro, aunque extendiera sus alas, no pudo volar, y la mujer lo arrojó a un barril y allí le dio comida. A medida que pasó el tiempo, sus plumas volvieron a crecer (aunque entonces fueron completamente blancas), y voló a su propia morada para nunca más volver.

Al final de esta historia, el Maestro dijo: "Así que vean, hermanos, cómo La Gorda Nandā era tan codiciosa en el pasado como lo es ahora. Y su codicia entonces le hizo perder el oro de la misma manera que su codicia ahora le ha hecho perder el ajo". Observen, además, cómo su codicia ha privado a toda la Hermandad del suministro de ajo, y aprendan de ello a ser moderados en sus deseos y a contentarse con lo que se le dé, por pequeño que sea". Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

Habiten contentos, sin ansiar por más suministro.
Ellas se apoderaron del ánade, aunque ya no tuviese oro.

Dicho esto, el Maestro reprendió enérgicamente a la Hermana descarriada y estableció el precepto de que toda Hermana que comiera ajo tendría que hacer penitencia. Luego, [477] haciendo la conexión, dijo: "La Gorda Nandā de la historia era la esposa del *brahmán*, sus tres hermanas eran las tres hijas del *brahmán*, y yo mismo, el ánade real dorado".

[Nota. La historia ocurre en las págs. 258-9 del Vol. IV. del *Vinaya*. Cf. *La poule aux œufs d'or* en La Fontaine (v. 13) & c.]



"*Dad comida a un gato*". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, sobre el precepto respecto a la madre de Kāṇā. Ella era una hermana laica en Sāvattthi conocida solo como la madre de Kāṇā, que había entrado en los Senderos de la Salvación y era una de las Elegidas. Su hija, Kāṇā¹ estaba casada con un esposo de la misma casta en otra aldea, y algún recado la hizo ir a ver a su madre. Pasaron unos días y su esposo envió un mensajero para decirle que deseaba que regresara. La joven le preguntó a su madre si debía regresar, y la madre dijo que no podía volver con las manos vacías después de tanto tiempo de ausencia, y se puso a hacer un pastel. En ese momento llegó un Hermano que iba a pedir ofrendas y la madre lo invitó a comer el pastel que acababa de hornear. Él se marchó y le contó a otro Hermano

1. El nombre Kāṇā significa 'tuerto'.

al respecto, quien llegó justo a tiempo para buscar el segundo pastel que se horneaba para que la hija se lo llevara a casa. Éste se lo dijo a un tercero, y el tercero se lo dijo a un cuarto, y así cada nuevo pastel fue tomado por un recién llegado. El resultado de esto fue que la hija no emprendió el camino a casa, y el esposo envió un segundo y un tercer mensajero tras ella. Y el mensaje que envió por el tercero fue que si su esposa no regresaba, él iba a buscar otra esposa. Y cada mensaje tuvo exactamente el mismo resultado. Entonces el esposo tomó a otra esposa, y al oír la noticia, su exesposa se echó a llorar. Sabiendo todo esto, el Maestro se vistió temprano por la mañana y fue con su cuenco de ofrendas a la casa de la madre de Kāṇā y se sentó en el asiento que se le había preparado. Entonces preguntó por qué lloraba la hija y, al ser contestado, dirigió palabras de consuelo a la madre, y se levantó y volvió al Monasterio.

Ahora bien, los Hermanos llegaron a saber cómo Kāṇā había sido impedida tres veces de volver con su esposo debido a la acción de estos cuatro Hermanos; y un día se encontraron en el Salón de la Verdad y empezaron a hablar sobre el asunto. El Maestro entró al Salón [478] y preguntó de qué estaban discutiendo, y le respondieron la pregunta. "Hermanos", dijo él, "no penséis que ésta es la primera vez que esos cuatro hermanos causan dolor a la madre de Kāṇā al comer de su casa; ellos también hicieron lo mismo en el pasado". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació siendo un cortador de piedras, y al crecer se convirtió en un experto en trabajar las piedras. Ahora bien, en el país de Kāsi vivía un comerciante muy rico que había amasado cuarenta *crores* en oro. Y cuando su esposa murió, su amor por el dinero había sido tan fuerte que renació como una ratona que habitaba sobre el tesoro. Y así, uno por uno, murieron todos en la familia, incluido el propio comerciante. Asimismo, el pueblo quedó desierto y abandonado. En la ocasión de nuestra historia, el *Bodhisatta* se encontraba extrayendo y tallando piedras en este pueblo desierto; y la ratona solía verlo a menudo mientras iba en busca de comida. Finalmente, ella se enamoró de él; y, pensando en cómo moriría con ella el secreto de toda su vasta riqueza, concibió la idea de disfrutarlo con él. Así que un día se acercó al *Bodhisatta* con una moneda en la boca. Al ver esto, él le habló amablemente y le dijo: "Madre, ¿qué la ha traído por aquí con esa moneda?" "Le toca a su persona preparar algo para sí mismo, y comprar carne para mí también, hijo mío". Sin renuencia, tomó el dinero y gastó medio penique en carne que se la llevó a la ratona, quien se fue y comió hasta el contentamiento de su corazón. Y esto continuó, la ratona le daba al *Bodhisatta* una moneda todos los días, y él a cambio le suministraba carne. Pero un día sucedió que la ratona fue atrapada por un gato.

"No me mates", dijo la ratona.

"¿Por qué no?" dijo el gato. "Estoy tan hambriento como pudiera ser posible, y realmente debo matarte para aliviar estos dolores".

"Primero, dime si siempre tienes hambre o solo tienes hambre hoy".

"Oh, cada día me encuentro nuevamente con el hambre".

"Pues bien, si esto es así, siempre te proporcionaré un poco carne; [479] solamente déjame ir".

"Entonces parta", dijo el gato, y soltó a la ratona.

Como consecuencia de esto, la ratona tuvo que dividir los suministros de carne que recibía del *Bodhisatta* en dos porciones y le dio una mitad al gato, quedándose con la otra para ella.

Ahora bien, para mala suerte, la misma ratona fue atrapada otro día por un segundo gato y tuvo que comprar su liberación en los mismos términos. Así que ahora la comida diaria se dividió en tres porciones. Y cuando un tercer gato atrapó a la ratona y hubo que hacer un arreglo similar, el suministro se dividió en cuatro porciones. Y más tarde la atrapó un cuarto gato, y hubo que repartir la comida entre cinco, de modo que la ratona, reducida a tan pequeñas porciones, adelgazó tanto que no fue más que piel y huesos. Observando lo demacrada que se estaba poniendo su amiga, el *Bodhisatta* preguntó la razón. Entonces la ratona le contó todo lo que le había sucedido.

"¿Por qué no me contó antes todo esto?" dijo, el *Bodhisatta*. "Anímese, le ayudaré a salir de sus problemas".

Así que tomó un bloque del cristal más puro y le hizo una cavidad e hizo que la ratona entrara. "Ahora permanezca allí", dijo él, "y no deje que lo amenacen ferozmente e injurie a todos los que se le acerquen".

Así que la ratona se metió en la celda de cristal y esperó. Se acercó uno de los gatos y exigió su carne. "Fuera, vil gato", dijo la ratona; "¿Por qué debería proveerte de comida? ¡Vete a casa y cómete a tus gatitos!" Enfurecido por estas palabras, y sin sospechar que la ratona estaba dentro del cristal, el gato saltó sobre la ratona para comérsela; y tan furioso fue su impulso que rompió las paredes de su pecho y sus ojos salieron de su cabeza. Así que ese gato murió y su cadáver cayó fuera de vista. Y el mismo destino a su vez le ocurrió a los cuatro gatos. Y desde entonces, la ratona agradecida le trajo al *Bodhisatta* dos o tres monedas en lugar de una como antes, y gradualmente le dio así todo su tesoro. En amistad inquebrantable, los dos vivieron juntos, hasta que sus vidas terminaron y fallecieron para vivir de acuerdo con sus méritos.

Contada la historia, el Bienaventurado, como todo un *Buddha*, pronunció esta estrofa: — [480]

Dele comida a un gato y aparecerá a un segundo:

Un tercero y un cuarto aparecerán en fructífera línea;

—Testigos los cuatro que por el cristal murieron.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Estos cuatro Hermanos eran los cuatro gatos de aquellos días, la madre de Kāṇā era la ratona y yo el picapedrero".

[Nota. Véase *Vinaya* IV. 79 para la Historia introductoria.]



"Con el pelo enmarañado". Esta historia la contó el Bienaventurado mientras estaba en Jetavana, acerca de un hombre hipócrita. Los incidentes fueron como los mencionados anteriormente¹.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como un lagarto; y en una choza cerca de un pueblo en las fronteras vivía un rígido asceta que había alcanzado los Cinco Conocimientos, y era tratado con gran respeto por los aldeanos. En un hormiguero, al final del camino, donde el recluso caminaba de un lado a otro, habitaba el *Bodhisatta*, y dos o tres veces al día iba adonde el recluso y escuchaba palabras de edificación y santidad. Luego, con la debida reverencia al buen hombre, el *Bodhisatta* partía a su propio hogar. Después de cierto tiempo, el asceta se despidió de los aldeanos y se marchó. En su lugar vino otro asceta a morar en la ermita, un tipo sinvergüenza. Asumiendo la santidad del recién llegado, el *Bodhisatta* actuó con él como con el primer asceta. Un día, una tormenta inesperada en la estación seca hizo brotar las hormigas en sus colinas², y los lagartos, que venían a comerlas, fueron atrapados en gran número [481] por la gente del pueblo; y algunos las sirvieron con vinagre y azúcar para que los comiera el asceta. Complacido con un plato tan sabroso, preguntó qué era y supo que era un plato de lagarto. Entonces reflexionó que tenía un lagarto notablemente hermoso como vecino, y resolvió hacerse una cena con él. En consecuencia, preparó la olla para cocinar y la salsa para servir la lagartija, y se sentó a la puerta de su choza con un mazo escondido bajo su ropaje amarillo esperando la llegada del *Bodhisatta*, con un aire estudiado de perfecta paz. Al anochecer llegó el *Bodhisatta*, y cuando se acercó, notó que el ermitaño no parecía el mismo, y que tenía una mirada a su alrededor que no presagiaba nada bueno. Aspirando el viento que soplaba hacia él desde la celda del ermitaño, el *Bodhisatta* olió el olor de la carne de lagarto y de inmediato se dio cuenta de cómo el sabor del lagarto había hecho que el asceta quisiera matarlo con un mazo y comérselo. Así que se retiró a casa sin llamar al asceta. Al ver que el *Bodhisatta* no llegaba, el asceta juzgó que el lagarto debía haber adivinado su complot, pero se maravilló de cómo pudo haberlo descubierto. Decidido a que el lagarto no escapara, sacó el mazo y se

1. Aparentemente No. 128. Cf. No. 325.

2. Cf. pág. 303.

lo arrojó solo golpeando la punta de la cola. Rápido como el pensamiento, el *Bodhisatta* se precipitó a su fortaleza, y sacando la cabeza por un agujero diferente por el que había entrado, gritó: "Granuja hipócrita, su atuendo de piedad me llevó a confiar en usted, pero ahora conozco su vileza. ¿Qué tiene que ver un ladrón como usted con la ropa de un ermitaño?" Reprendiendo así al falso asceta, el *Bodhisatta* recitó esta estrofa: —

Con pelo enmarañado y atuendo de piel
¿Por qué imitar la piedad del asceta?
Un santo por fuera, pero su corazón por dentro
Está ahogado con impurezas asquerosas¹.

[482] De esta manera expuso el *Bodhisatta* al malvado asceta, después de lo cual se retiró a su hormiguero. Y el malvado asceta partió del lugar.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "El hombre hipócrita era el malvado asceta de aquellos días, Sāriputta el buen asceta que vivía en la ermita antes que él, y yo mismo el lagarto".



"Su ceguera y su paliza". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú, acerca de Devadatta. Oímos que los Hermanos, reunidos en el Salón de la Verdad, hablaron unos con otros, diciendo que incluso como la antorcha de una pira, chamuscada en ambos extremos y sumergida en el medio, no servía como leña ni en el bosque ni en el centro de una aldea, igualmente Devadatta, al renunciar al mundo para seguir esta fe salvadora, solo había logrado una doble deficiencia y fracaso, ya que se había perdido de las comodidades de una vida laica y, sin embargo, no había alcanzado su vocación como Hermano.

Al entrar en el Salón, el Maestro preguntó y se le respondió sobre qué estaban hablando los hermanos y le respondieron. "Sí, hermanos", dijo él, "y también en el pasado, Devadatta llegó a otro doble fracaso". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benarés, el *Bodhisatta* nació siendo el Hada del Árbol, y había un pueblo donde pescadores de anzuelos

¹298:1 *Dhammapada* v. 394.

habitaban en aquellos días. Y uno de estos pescadores, tomando su aparejo, se fue con su niño pequeño y arrojó su anzuelo en las aguas más probables conocidas por sus compañeros pescadores. Ahora bien, [483] un nudo enganchó su anzuelo y el pescador no pudo sacarlo. "¡Qué buen pescado!" pensó él. "Será mejor que envíe a mi hijo a casa con mi esposa y él le cuente sobre el pescado que he atrapado y que riña con los vecinos, para que nadie comparta mi premio". En consecuencia, le dijo al muchacho que se fuera corriendo a casa y le dijera a su madre el gran pez que había atrapado y cómo iba a atraer la atención de los vecinos. Entonces, temiendo que su línea pudiese romperse, se quitó el abrigo y se precipitó al agua para asegurar su premio. Pero mientras buscaba a tientas al pez, golpeó contra el enganche y se sacó ambos ojos. Además, un ladrón le robó la ropa de la madeja. En la agonía del dolor, con las manos apretadas contra sus ojos ciegos, salió temblando en cada miembro y trató de encontrar su ropa.

Mientras tanto, su esposa, para entretener a los vecinos con una riña intencional, se había arreglado con una hoja de palma detrás de una oreja y se había ennegrecido un ojo con el hollín de la cacerola. Así, amamantando a un perro, salió a visitar a sus vecinos. "Bendita sea, se ha vuelto loca", le dijo una mujer. "No estoy loca en absoluto", replicó la esposa del pescador; "Me insulta sin causa con su lengua calumniosa. Venga conmigo a la regencia y haré que la multen con ocho piezas¹ por calumnias".

Así que con palabras de enojo se fueron a la regencia. Pero cuando se profundizó en el asunto, fue la esposa del pescador la que fue multada; y fue atada y golpeada para que pagara la multa. Ahora, cuando el Hada del Árbol vio la desgracia que había caído tanto sobre la esposa en la aldea como sobre el esposo en el bosque, se paró en la horquilla de su árbol y exclamó: "¡Ah pescador, tanto en el agua como en la tierra su trabajo ha sido en vano, y doble su fracaso". Diciendo esto pronunció esta estrofa:

Su cegamiento y una paliza muestran claramente
Un doble fracaso y un doble infortunio².

[484] Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era el pescador de aquellos días, y yo el Hada del Árbol".



-
1. La palabra *Pāli* aquí, como en el No. 137, es *kaḥāpaṇa*. Pero allí se muestra, por el contexto, como una moneda de oro; mientras que aquí la pobreza de los pescadores soporta la opinión de que la moneda era de cobre, como comúnmente era. El hecho parece ser que la palabra *kaḥāpaṇa*, al igual que otros nombres de monedas indias, indica principalmente el peso de cualquier metal acuñado, ya sea en oro, plata o cobre.
 2. Cf. *Dhammapada*, página 147.

"En un temor incesante". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un consejero sagaz. Los incidentes se relatarán en el libro duodécimo en relación con el *Bhaddasāla-Jātaka*¹.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benarés, el *Bodhisatta* nació como un cuervo. Un día el Capellán del Rey de la ciudad salió en dirección hacia el río, allí se bañó, y habiéndose perfumado y engalanado, se vistió con su más valiente atavío y volvió a la ciudad. En el arco de la puerta de la ciudad estaban sentados dos cuervos; y uno de ellos le dijo a su compañero: "Quiero ensuciar la cabeza de este *brahmán*". "Oh, no haga tal cosa", dijo el otro; "porque este *brahmán* es un gran hombre, y es una cosa mala incurrir en el odio hacia los grandes. Si lo enoja, puede destruir a toda nuestra especie". "Realmente debo hacerlo", dijo el primero. "Muy bien, seguro que lo descubrirán", dijo el otro, y se alejó rápidamente. Justo cuando el *brahmán* estaba debajo de las almenas, cayó la inmundicia sobre él como si el cuervo estuviera dejando caer un festón. El *brahmán* enfurecido inmediatamente concibió odio contra todos los cuervos.

Ahora bien, en ese momento, sucedió que una esclava a cargo de un granero esparció el arroz para secarlo ante el Sol en la puerta del granero y se quedó sentada allí para vigilarlo, hasta cuando se quedó dormida. En ese momento apareció una cabra peluda y se puso a comer el arroz hasta que la joven se despertó y se llevó el arroz. Dos o tres veces volvió la cabra, tan pronto como se dormía, la cabra comenzaba a comerse el arroz. [485] Así que cuando hubo ahuyentado a la criatura por tercera vez, pensó que las visitas continuas de la cabra consumirían la mitad de su reserva de arroz y que se debían tomar medidas para asustar al animal y así salvarla de tan grande pérdida. Así que tomó una antorcha encendida y, sentándose, fingió quedarse dormida como de costumbre. Y cuando la cabra estuvo comiendo, de repente la joven saltó y golpeó su lomo peludo con su antorcha. Inmediatamente, la piel peluda de la cabra ardió por completo y, para aliviar su dolor, se precipitó a un cobertizo de heno cerca del establo del elefante y se revolcó en el heno. Entonces el cobertizo se incendió y las llamas se extendieron por los establos. Cuando estos establos se incendiaron, los elefantes comenzaron a sufrir, y muchos de ellos sufrieron quemaduras graves que los médicos de elefantes no pudieron curar. Cuando esto fue informado al Rey, éste le preguntó a su Capellán si sabía

1. No. 465.

cómo curar a los elefantes. "Ciertamente sí, señor", dijo el Capellán, y cuando lo presionaron para que explicara el asunto, dijo que su panacea era la grasa de cuervo. Entonces el Rey mandó matar a los cuervos para quitarles la grasa. Y de inmediato hubo una gran matanza de cuervos, pero nunca se encontraba grasa en ellos, y así siguieron matando hasta que los cuervos muertos yacieron en montones por todas partes. Y un gran temor se apoderó de todos los cuervos.

Ahora bien, en aquellos días el *Bodhisatta* tenía su morada en un gran cementerio, a la cabeza de ochenta mil cuervos. Uno de estos le trajo noticias del miedo que había caído sobre los cuervos. Y el *Bodhisatta*, sintiendo que no había nadie más que él que pudiera manejar la situación, resolvió liberar a sus parientes de su gran temor. Repasando las Diez Perfecciones, y seleccionando de ellas a la Bondad como su guía, voló sin detenerse hasta el palacio del Rey, y entró por la ventana abierta que se posaba debajo del trono del Rey. Inmediatamente un sirviente trató de atrapar al pájaro, pero el Rey se lo prohibió.

Recuperándose en un momento, el Gran Ser, recordando a la Bondad, salió de debajo del trono del Rey y le habló así: — "Señor, un Rey debe recordar la máxima de que los Reyes no deben caminar de acuerdo con la lujuria y otras malas pasiones al gobernar sus reinos. Antes de tomar acción, es necesario primero examinar y conocer todo el asunto, y solo luego, hacer lo que se haga sanamente. Si los Reyes hacen lo que no es saludable, llenan a miles de personas con un gran miedo, incluso con el miedo a la muerte. [486] Y al prescribir la grasa de los cuervos, su Capellán fue inducido a mentir por venganza, ya que los cuervos no tienen grasa".

Con estas palabras se ganó el corazón del Rey, y ordenó que el *Bodhisatta* fuera colocado en un trono de oro y allí, ungido debajo de las alas con los aceites más selectos y servido en vasijas de oro, se le alimentó con las propias comidas y bebidas del Rey. Luego, cuando el Gran Ser se llenó y se tranquilizó, el Rey dijo: "Sabio, dice que los cuervos no tienen grasa. ¿Cómo es que no la tienen?"

"De esta manera", respondió el *Bodhisatta*, con una voz que llenó todo el palacio, y proclamó la Verdad en esta estrofa: —

En un terror incesante, con toda la humanidad como enemigos,
Sus vidas trascurren; y por lo tanto los cuervos no tienen grasa.

Dada esta explicación, el Gran Ser instruyó al Rey, diciendo: "Señor, los Reyes nunca deben actuar sin examinar y conocer toda la situación". Muy complacido, el Rey puso su reino a los pies del *Bodhisatta*, pero el *Bodhisatta* se lo devolvió al Rey, a quien estableció en los Cinco Preceptos, suplicándole que protegiera a todas las criaturas vivientes de todo perjuicio. Y el Rey fue conmovido por estas palabras otorgando inmunidad a todos las

criaturas vivas, y en particular fue incesantemente generoso con los cuervos. Todos los días les cocinaba seis fanegas de arroz delicadamente aromatizado, y se lo ofrecía a los cuervos. Pero al Gran Ser se le dio comida como la que solo comía el Rey.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Ānanda era Rey de Benarés en aquellos días, y yo mismo, el Rey de los cuervos".



[487] "*Malas compañías*". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras residía en el Bosque de Bambú, acerca de un Hermano traidor. El incidente introductorio es el mismo que se cuenta en el *Mahilā-Mukha Jātaka*¹.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benarés, el *Bodhisatta* nació como una iguana. Cuando creció, vivía en una gran madriguera en la orilla de un río con muchos cientos de seguidores iguanas. Ahora bien, el *Bodhisatta* tenía un hijo, una iguana joven, que era muy amiga de un camaleón, al que solía adherirse y abrazar. Habiendo informado esta intimidad al Rey de las iguanas, envió llamar a su joven hijo y le dijo que tal amistad estaba fuera de lugar, porque los camaleones eran criaturas bajas, y que si persistía en esa intimidad, la calamidad caería sobre toda la tribu de iguanas. Y ordenó a su hijo que no tuviera más que ver con el camaleón. Pero el hijo continuó con esa amistad. Una y otra vez el *Bodhisatta* habló con su hijo, pero al ver que sus palabras eran inútiles y previendo el peligro para las iguanas del camaleón, hizo cortar una salida en un lado de su madriguera, para que pudiera haber un medio de escape en tiempo de necesidad.

Ahora bien, con el paso del tiempo, la joven iguana creció hasta alcanzar un gran tamaño, mientras que el camaleón nunca creció más. Y a medida que los enormes abrazos del joven gigante se volvían dolorosos, el

1. No. 26.

camaleón previó que serían la muerte para él si continuaban unos días más así, y resolvió conspirar con un cazador para destruir toda la tribu de las iguanas.

Un día de verano salieron las hormigas después de una tormenta¹, y [488] las iguanas se lanzaron de aquí para allá atrapándolas y comiéndolas. Ahora bien, llegó al bosque un cazador de iguanas con perros y palas para desenterrar iguanas; así que el camaleón pensó en el botín que pondría en el camino del trampero. Así que se acercó al hombre y, acostándose delante de él, le preguntó por qué estaba en el bosque. "Para atrapar iguanas", fue la respuesta. "Bueno, yo sé dónde hay una madriguera de cientos de ellas", dijo el camaleón; "Traiga fuego y maleza y sígame". Y llevó al trampero adonde habitaban las iguanas. "Ahora", dijo el camaleón, "eche su combustible allí y eche humo a las iguanas. Mientras tanto, que sus perros rodeen la guarida y tome un palo grande en su mano. Luego, cuando las iguanas salgan corriendo, golpéelas y forme una pira de iguanas muertas". Diciendo esto, el camaleón traicionero se retiró a un lugar cercano, donde se acostó con la cabeza erguida, diciéndose a sí mismo: "Hoy veré la derrota de mi enemigo".

El trampero se puso manos a la obra para ahuyentar a las iguanas; y el temor por sus vidas los expulsó atropelladamente de su madriguera. Cuando salieron, el trampero las golpeó en la cabeza y, si no los alcanzaba, caían presa de sus perros. Y así hubo una gran matanza de iguanas. Al darse cuenta de que esto era obra del camaleón, el *Bodhisatta* gritó: "Uno nunca debe hacerse amigo de los malvados, porque ellos traen dolor en su estela. Un solo camaleón malvado ha resultado ser la ruina de todas estas iguanas". Diciendo esto, escapó por la salida que había provisto, pronunciando esta estrofa: —

Las malas compañías nunca pueden terminar bien.
A través de la amistad con un único camaleón
La tribu de iguanas encontró su fin.

[489] Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era el camaleón de aquellos días; este Hermano traidor era la joven iguana desobediente, el hijo del *Bodhisatta*; y yo mismo era el Rey de las iguanas".



1. *Makkhikā* puede referirse a las alas que obtienen las hormigas en la India al comienzo de la temporada de lluvias; cf. pág. 297.

"Su agarre". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú, en relación al hecho de que Devadatta se encontraba a punto de intentar matarlo nuevamente. Al escuchar a los Hermanos hablando juntos sobre esto en el Salón de la Verdad, el Maestro dijo que, como Devadatta actuaba entonces, así mismo actuó en el pasado, pero fracasó, para su propio dolor y en su perverso propósito. Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como un chacal y moraba en un osario con una gran multitud de chacales de los cuales era Rey. Y en ese momento se llevó a cabo un festival en Rājagaha, y fue un festival con mucho alcohol, con todos bebiendo en grandes cantidades. Ahora bien, un grupo de pícaros se hizo de víveres y bebidas en abundancia, y poniéndose sus mejores ropas cantaron y se regocijaron con su comidsa. A medianoche, la carne se había acabado, aunque el licor aún se mantuvo presente. Luego, cuando uno pidió más carne y se le dijo que no quedaba nada, el tipo dijo: "Las vituallas nunca faltan mientras estoy por aquí. Iré al osario, mataré a un chacal que merodee comiendo cadáveres y lo traeré para que me den un poco de carne". Diciendo esto, tomó un garrote y salió de la ciudad por la cloaca hasta el lugar donde se recostó, garrote en mano, fingiendo estar muerto. En ese momento, seguido por otros chacales, el *Bodhisatta* se acercó y percibió el ficticio cadáver. Sospechando el fraude, decidió tamizar el asunto. Así que dio la vuelta al lado de sotavento y supo por el olor que el hombre no estaba realmente muerto. Decidido a hacer que el hombre pareciera tonto antes de dejarlo, el *Bodhisatta* se acercó sigilosamente y agarró el garrote con los dientes y tiró de él. El sinvergüenza no lo dejó ir: no percibiendo el acercamiento del *Bodhisatta*, él [490] tomó un agarre más fuerte. En ese momento, el *Bodhisatta* retrocedió uno o dos pasos y dijo: "Mi buen hombre, si hubiera estado muerto, no habría agarrado con más fuerza su garrote cuando yo estaba tirando de él, y así se ha traicionado". Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

El agarre sobre su garrote muestra
Su repugnante impostura: no es un cadáver, así parece.

Al darse cuenta de que había sido descubierto, el pícaro se puso de pie de un salto y arrojó su garrote al *Bodhisatta*, pero falló en su puntería. "Váyase, bruto", dijo él, "Lo he perdido esta vez". Dándose la vuelta, el *Bodhisatta*

dijo: "Es cierto que me ha perdido, pero tenga por seguro que no se perderá de los tormentos del Gran Infierno y los dieciséis Infiernos Menores".

Con las manos vacías, el pícaro salió del cementerio y, después de bañarse en una zanja, volvió a la ciudad por el camino por donde había llegado.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era el pícaro de aquellos tiempos, y yo el Rey de los chacales".



"Su cadáver destrozado". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en el Bosque de Bambú, sobre los esfuerzos de Devadatta para mostrarse como un *Buddha* en Gayāsīsa¹. Ya que cuando su Sabiduría espiritual lo abandonó y perdió el honor y la ganancia que una vez fueran suyos, en su perplejidad pidió al Maestro que le concediera Cinco Asuntos. Al ser rechazado, creó un cisma en la Hermandad y partió hacia Gayāsīsa con quinientos jóvenes Hermanos, pupilos de los dos Discípulos Principales del *Buddha*, pero aún sin versarse en la Ley y la Disciplina. Con este seguimiento realizó los actos de una Hermandad separada reunida dentro de los mismos recintos. Sabiendo bien el momento oportuno en que el conocimiento de estos jóvenes Hermanos debería madurar, el Maestro les envió a los dos Venerables. Al ver esto, [491] Devadatta, gozosamente, se puso a trabajar exponiendo hasta bien entrada la noche (tal como se jactaba de sí mismo) con el poder magistral de un *Buddha*. Luego, haciéndose pasar por un *Buddha*, dijo: "La asamblea, Venerable Sāriputta, todavía está alerta y sin dormir. ¿Sería tan amable de pensar en algún discurso religioso para dirigirlo a los Hermanos? Me duele la espalda por el trabajo realizado y debo descansar un rato". Diciendo esto se fue a recostarse. Entonces esos dos Discípulos Principales enseñaron a los Hermanos, iluminándolos en cuanto a los Frutos y los Senderos, hasta que al final los recuperaron a todos para finalmente regresar al Bosque de Bambú.

Al encontrar el Monasterio vacío de Hermanos, Kokālika fue adonde Devadatta y le contó cómo los dos discípulos habían separado a sus seguidores de él y habían dejado el Monasterio vacío; "Y sin embargo, aquí todavía usted duerme", dijo. Diciendo eso, le quitó la tela exterior a Devadatta y le dio una patada en el pecho con tan poco escrúpulo como si estuviera clavando una clavija en una pared de barro. La sangre salió a borbotones de la boca de Devadatta, y desde entonces sufrió los efectos del golpe².

305:1 Ver págs. 34 y 35 supra.

305: 2 El relato del *Vinaya* (*Cullavagga* vii. 4) omite la patada, simplemente afirmando que Kokālika "*despertó*" a Devadatta y que, ante la noticia de la desertión, "*sangre caliente brotó de la boca de Devadatta*". En otros relatos (Spence Hardy y Bigandet) se afirma que Devadatta murió en ese mismo momento.

El Maestro le dijo a Sāriputta: "¿Qué estaba haciendo Devadatta cuando llegó allí?" Y Sāriputta respondió que, aunque se hizo mostrar como un *Buddha*, el mal le había ocurrido. Entonces el Maestro dijo: "Igual que ahora, Sāriputta, así también en tiempos pasados Devadatta me ha imitado para su propio perjuicio". Luego, a pedido del Venerable, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* era un león crinado y habitaba en la Guarida de Oro de los Himalayas. Saltando un día de su guarida, miró al norte y al oeste, al sur y al este, y rugió en voz alta mientras fue en busca de presas. Matando a un gran búfalo, devoró la parte superior del cadáver, después de lo cual bajó a un estanque y, habiendo bebido hasta saciarse de agua cristalina, regresó para dirigirse a su guarida. Ahora bien, un chacal hambriento, de repente se encontró con el león, y al no poder escapar, se arrojó a sus pies. Cuando se le preguntó qué quería, el chacal respondió: "Señor, déjeme ser su siervo". "Muy bien", dijo el león; "Sírname y se alimentará de carne de primera". Dicho esto, se fue con el chacal quien lo siguió hacia la Guarida de Oro. A partir de entonces, los restos del león cayeron sobre el chacal, y éste engordó.

Recostado un día en su guarida, el león le dijo al chacal que inspeccionara los valles desde la cima de la montaña, para ver si había elefantes, caballos o búfalos alrededor, o cualquier otro animal [492] por el cual él, el chacal, fuese aficionado. Si alguno de ellos estuviera a la vista, el chacal debía informar y decir con la debida reverencia: "Brille con todo su poder, Señor". Entonces el león prometió matar y comer, dándole su parte al chacal. Así el chacal subió a las alturas, y cada vez que espiaba hacia abajo a las bestias de su gusto, se lo decía al león, y cayendo ante sus pies, decía: "Brille con todo su poder, Señor". En ese momento, el león saltaba ágilmente y mataba a las bestias, inclusive tratándose de un elefante en celo, y compartía la parte superior del cadáver con el chacal. Atiborrado de su comida, el chacal se retiraba a su guarida y dormía.

Ahora bien, a medida que pasó el tiempo, el chacal se hizo más y más grande hasta que se volvió altivo. ¿No tengo yo también cuatro patas? se preguntó a sí mismo. "¿Por qué soy un pensionista día tras día de la generosidad de los demás? De ahora en adelante mataré elefantes y otras bestias, para mi propia alimentación. El león, Rey de las bestias, solo las mata por la fórmula, 'Brille con todo su poder, Señor.' Haré que el león me llame: 'Brille con todo su poder, chacal', y luego mataré a un elefante para mí". En consecuencia, fue adonde el león, y señalando que había vivido mucho tiempo de lo que el león había matado, le contó su deseo de comerse un elefante mediante su propia habilidad, terminando con una petición al león para que le permitiera a él, como chacal, descansar sobre él, en el rincón del león en la Guarida de Oro mientras el león escalaría la montaña para buscar a un elefante. Encontrada la cantera, pidió que el león viniera a

él al foso y le dijera: 'Brille en todo su poder, chacal'. Le rogó al león que no le guardara tanto rencor. El león dijo: "Chacal, solo los leones pueden matar elefantes, y el mundo nunca ha visto a un chacal capaz de enfrentarse a ellos. Abandone esta fantasía y continúe alimentándose de lo que yo mate". Pero por más que se lo dijera el león, el chacal no cedió, y aun así insistió en su petición. Así que por fin el león cedió y, haciendo que el chacal se echara a la guarida, trepó al pico y desde allí divisó a un elefante en celo. Volviendo a la boca de la cueva, el león dijo: "Brille con todo su poder, chacal". Entonces, desde la Guarida de Oro, el chacal [493] saltó ágilmente, miró a su alrededor por los cuatro costados y, lanzando tres veces un aullido, saltó sobre el elefante, con la intención de sujetarlo por la cabeza. No obstante, al fallar su puntería, se posó ante los pies del elefante. El bruto enfurecido levantó su pie derecho y aplastó la cabeza del chacal, pisoteando los huesos hasta convertirlos en polvo. Luego, golpeando el cadáver hasta convertirlo en una masa, y devorándolo, el elefante se precipitó trompeteando hacia el bosque. Al ver todo esto, el *Bodhisatta* observó: "Ahora brille con su poder, chacal", y pronunció esta estrofa: —

Su cuerpo destrozado, Sus sesos machacados en la arcilla,
Demuestra hoy cómo ha brillado en su poder.

Así habló el *Bodhisatta*, y viviendo hasta una buena vejez, falleció en la plenitud del tiempo para vivir de acuerdo con sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Devadatta era el chacal de aquellos días, y yo el león".



"*Vile Jātaveda*". — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, en relación a la falsa austeridad de los Ājīvikas, o ascetas desnudos. La tradición nos dice que detrás de Jetavana se practicaban falsas austeridades¹. Algunos de los Hermanos los vieron allí penosamente en cuclillas sobre sus talones, balanceándose en el aire como murciélagos, recostados sobre espinas, abrasándose con cinco fuegos, etc. en sus diversas y falsas austeridades, — se sintieron impulsados a preguntar al Bienaventurado

1. Véase (p. ej.) *Majjhima Nikāya*, págs. 77-8, para un catálogo de austeridades ascéticas, a las que se opuso firmemente el budismo tradicional.

si de ello podría resultar algún bien. "Ninguno en lo absoluto", respondió el Maestro. "En el pasado, los sabios y buenos iban al bosque con su fuego de nacimiento, pensando sacar provecho de tales austeridades; pero, al no encontrar mejoras en todos sus sacrificios al Fuego y en toda práctica similar, inmediatamente apagaron el fuego de nacimiento con agua hasta que se consumiese. Mediante un acto de meditación desarrollaron los conocimientos y los logros y se obtuvo un título en el reino *Brahmā*". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

[494] Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benarés, el *Bodhisatta* nació siendo un *brahmán* en el país norte, y el día de su nacimiento sus padres encendieron un fuego de nacimiento.

A los dieciséis años se dirigieron a él así: "Hijo, el día de su nacimiento encendimos un fuego de nacimiento para su persob. Ahora, por lo tanto, elija. Si desea llevar una vida familiar, aprenda los Tres Vedas; pero si desea alcanzar el Reino *Brahmā*, lleve su fuego consigo al bosque y cuídalo allí, para ganar el favor de *Mahā-Brahmā* y, de ahora en adelante, entre en el Reino *Brahmā*".

Diciéndoles a sus padres que la vida familiar no tenía ningún encanto para él, se fue al bosque y se alojó en una ermita cuidando su fuego. Un día como pago de un servicio le dieron un buey en un pueblo fronterizo, y cuando lo hubo llevado a su ermita, se le ocurrió sacrificarlo en virtud del Señor del Fuego. Pero al ver que no tenía sal, y sintiendo que el Señor del Fuego no podía comer su ofrenda de carne sin ella, resolvió regresar y traer una provisión de sal de la aldea para tal propósito. Así que ató el buey y partió de nuevo hacia el pueblo.

Mientras no estuvo, una banda de cazadores se acercó y, al ver al buey, lo mataron y se prepararon una cena. Y lo que no comieron se lo llevaron, dejando sólo la cola, el cuero y las piernas. Al encontrar solo estos lamentables restos a su regreso, el *brahmán* exclamó: "¿Cómo este Señor del Fuego ni siquiera puede cuidar de los suyos, y entonces cómo podría cuidar de mí? Es una pérdida de tiempo servirlo, ya que no trae ni bien ni beneficio". Habiendo perdido así todo deseo de adorar al Fuego, dijo: "Mi Señor del Fuego, si no puede protegerse a sí mismo, ¿cómo podrá protegerme? Habiendo desaparecido la carne, deberá tomar una medida para comer estos despojos". Diciendo esto, arrojó al fuego la cola y el resto de los despojos de los ladrones y pronunció esta estrofa:

Vile jātaveda', aquí está la cola para usted;
 ¡Y considérese afortunado de conseguir tanto! [495]
 La carne de primera se ha ido; satisfágase con la cola por el día de hoy.

1. Ver No. 35, pág. 90.

Diciendo esto, el Gran Ser apagó el fuego con agua y partió para convertirse en un recluso. Y desarrolló los Conocimientos y Logros, y aseguró su renacimiento en el Reino *Brahmā*.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Yo fui el asceta que en aquellos días apagó el mencionado fuego".



"¿Cuántos más?" — Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de anhelar regresar con la esposa de la vida mundana que se dejó atrás. Los incidentes de la historia introductoria se relatarán en el *Indriya-Jātaka*¹.

El Maestro le habló así al Hermano: "Es imposible vigilar a una mujer; ningún guardia puede mantener a una mujer en el Sendero correcto. Usted mismo encontró en días pasados que todas sus salvaguardias eran inútiles; ¿cómo podría esperar ahora tener más éxito?"

Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como un loro. Cierta *brahmán* en el país de Kāsi fue como un padre para él y para su hermano menor, tratándolos como a sus propios hijos.

Poṭṭhapāda era el nombre del *Bodhisatta* y Rādhā el de su hermano.

Ahora bien, el *brahmán* tenía una mala y audaz esposa. Y cuando salía de casa por negocios, les decía a los dos hermanos loros: "Si su madre, mi esposa, tiene la intención de ser traviesa, deténganla". "Lo haremos, papá", dijo el *Bodhisatta*, "si podemos; [496] pero si no podemos, callaremos".

Habiendo confiado así a su esposa a cargo de los loros, el *brahmán* se puso en marcha hacia su negocio. A partir de entonces, todos los días su esposa se portó mal; la corriente de sus amantes entraba y salía de la casa sin cesar. Conmovida por esta visión, Rādhā le dijo al *Bodhisatta*: "Hermano, el mandato de despedida de nuestro padre fue detener cualquier mala conducta por parte de su esposa, y ahora ella no hace nada más portarse mal. Detengámosla".

1. No. 423.

"Hermano", dijo el *Bodhisatta*, "sus palabras son las palabras de la locura. Podría llevar a una mujer en sus brazos y, sin embargo, ella no estaría a salvo. Así que no intente lo imposible". Y diciendo esto pronunció esta estrofa:

¿Cuántos más traiga la medianoche? Su plan
Será más inactivo. Nada más que el amor de una esposa podría frenar
Su lujuria; y aquí falta bastante el amor de esposa.

Y por las razones planteadas así, el *Bodhisatta* no permitió que su hermano hablara con la esposa del *brahmán*, quien continuó dando vueltas a su gusto durante la ausencia de su esposo. A su regreso, el *brahmán* preguntó a Poṭṭhapāda sobre la conducta de su esposa, y el *Bodhisatta* le contó fielmente todo lo que había sucedido.

"¿Por qué, padre", dijo, "debería tener algo más que ver con una mujer tan malvada?" Y añadió estas palabras: "Padre mío, ahora que he denunciado la maldad de mi madre, ya no podremos vivir aquí". Diciendo esto, se inclinó ante los pies del *brahmán* y se fue volando con Rādhā al bosque.

Terminada su lección, el Maestro enseñó las Cuatro Nobles Verdades, al término de las cuales el Hermano que anhelaba a la esposa de su vida mundana se estableció en el fruto del primer Sendero.

"Este esposo y esposa", dijo el Maestro, "eran el *brahmán* y su esposa de aquellos días, Ānanda era Rādhā, y yo mismo Poṭṭhapāda".



"Nuestras gargantas están cansadas". Esta historia fue contada por el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un número de Venerables Hermanos. Mientras todavía eran mundanos, eran escuderos ricos y acaudalados en Sāvatti, todos amigos entre sí; y la tradición nos dice que mientras estaban ocupados en buenas acciones, oyeron predicar al Maestro. Inmediatamente clamaron: "Somos viejos; ¿qué significado pueden tener para nosotros la casa y el hogar? Unámonos a la Hermandad y, siguiendo la hermosa doctrina del *Buddha*, acabemos con el sufrimiento".

Así que repartieron todas sus pertenencias entre sus hijos y familias, y, dejando a sus familiares lamentándose, fueron a pedirle al Maestro que los recibiera en la Hermandad. Pero cuando llegaron a ser

admitidos, no vivieron la vida de los hermanos; y debido a su edad no lograron dominar la Verdad¹. Así como en su vida como cabezas de familia, también entonces, cuando fueron Hermanos, vivieron juntos, construyéndose un grupo de chozas vecinas en las faldas del Monasterio. Incluso cuando iban en busca de ofrendas, generalmente se dirigían a las casas de sus esposas e hijos y comían allí. En particular, todos estos ancianos se mantenían gracias a la generosidad de la esposa de uno de ellos, a cuya casa cada uno traía lo que había recibido y allí lo comía, con salsas y curry que ella proporcionaba. Una enfermedad se la llevó a esta mujer; los Venerables Hermanos volvieron al monasterio y, echándose unos a otros al cuello, caminaron lamentando la muerte de su benefactora, la donante de salsas. El ruido de su lamentación llevó a otros Hermanos al lugar para saber qué los aquejaba. Y los Venerables ancianos contaron cómo había muerto su bondadosa benefactora, y que lloraban porque la habían perdido y nunca más la volverían a ver. Sorprendidos por tal impropiedad, los Hermanos hablaron juntos en el Salón de la Verdad sobre la causa del dolor de los Venerables anciano, y también se lo contaron al Maestro, cuando Él entró al Salón y preguntó sobre qué estaban discutiendo. "Ah, hermanos", dijo él, "también en tiempos pasados, la muerte de esta misma mujer los hizo andar llorando y lamentándose; en aquellos días ella era un cuervo y se ahogó en el mar, y estos se afanaron para vaciar toda el agua del mar para sacarla, cuando en eso los sabios de aquellos días los salvaron".

Y diciendo esto contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como un Hada del mar. Ahora, un cuervo con su pareja bajó en busca de comida a la orilla del mar [498] donde, justo antes, ciertas personas habían estado ofreciendo a los *Nāgas* un sacrificio de leche, arroz, pescado, carne, bebidas fuertes y similares. Llegó el cuervo y con su compañero comió libremente de los elementos del sacrificio, y así bebieron una gran cantidad de alcohol. Así que ambos se emborracharon en demasía. Entonces quisieron divertirse en el mar, y estuvieron tratando de nadar sobre las olas, cuando una ola arrastró a la hembra mar adentro y vino un pez y la devoró.

"Oh, mi pobre esposa está muerta", gritó el cuervo, rompiendo en lágrimas y lamentos. Luego, una multitud de cuervos fue atraída al lugar por sus lamentos para saber qué le aquejaba. Y cuando les contó cómo había sido arrastrada su mujer por el mar, todos comenzaron a lamentarse a una sola voz. De repente, se les ocurrió pensar que eran más fuertes que el mar y que todo lo que tenían que hacer era simplemente vaciarlo y rescatar a su camarada. Así que se pusieron a trabajar con sus picos para vaciar el mar a bocados, yendo a tierra firme para descansar tan pronto como les dolía la garganta por el agua salada. Y así trabajaron duro hasta que sus bocas y mandíbulas estuvieron secas e inflamadas y sus ojos inyectados de sangre, y estuvieron a punto de caer por el cansancio. Entonces, desesperados, se miraron unos a otros y dijeron que en vano se esforzaban por vaciar el mar,

1. El budismo combinaba la reverencia por la vejez con un leve desprecio por los novicios mayores que, después de una vida mundana, dedicaban el resto de sus días y facultades a un credo sólo para ser dominados por el pensamiento arduo y un celo ardiente.

ya que tan pronto como se deshacían del agua en un lugar, fluía más, y había que hacer todo el trabajo de nuevo; nunca lograrían sacar el agua del mar. Y, diciendo esto, pronunciaron esta estrofa:

Nuestras gargantas están cansadas, nuestras bocas adoloridas;
El mar vuelve a llenarse incesantemente.

Entonces todos los cuervos se pusieron a alabar la hermosura de su pico, ojos, complexión, figura y dulce voz, diciendo que eran sus excelencias las que habían provocado que el mar se las robara. Pero [499] mientras decían estas tonterías, el Hada del mar hizo aparecer un espectro en el mar y así los puso a todos a volar. De esta manera se salvaron.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "La esposa del Venerable Hermano era el cuervo femenino de aquellos días, y su esposo el cuervo macho; los otros Venerables Hermanos eran el resto de cuervos, y yo el Hada del mar".



"No cuento como dolor ". Esta historia la contó el Maestro mientras estaba en Jetavana, acerca de un Hermano que estaba apasionado. Al ser interrogado por el Maestro, admitió su fragilidad, explicando que añoraba a su esposa de la vida mundana, "¡Ya que, ¡oh!, señor!" dijo él, "ella es una mujer tan dulce que no puedo vivir sin ella".

"Hermano", dijo el Maestro, "ella es perjudicial para usted. Ella en días antiguos fue el medio por el cual fue clavado en una estaca; y fue por lamentarse por su muerte que renació en el infierno. ¿Por qué, entonces, la desea ahora?" Y diciendo esto, contó la siguiente historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació como un Hada del Aire. Ahora bien, en Benares se llevó a cabo el festival nocturno de Kattikā; la ciudad estaba decorada como una ciudad de los dioses, y todo el pueblo hacía fiesta. Y un hombre pobre tenía sólo un par de telas toscas que había lavado y planchado hasta que le salieron cien, no, mil pliegues. Pero su esposa dijo: "Esposo mío, quiero una tela color cártamo

para usar afuera y otra para usar debajo, mientras ande por el festival colgada de tu cuello".

"¿Cómo es que la gente pobre como nosotros podría conseguir cártamos?" dijo el. "Ponte tu lindo atuendo limpio y ven conmigo".

"Si no puedo tenerlos teñidos con cártamo, no quiero ir en lo absoluto", dijo su esposa. "Consigue a otra mujer para que vaya al festival contigo".

"Ahora dime, ¿por qué me atormentas así? ¿Cómo vamos a conseguir cártamos?"

"Donde haya voluntad, habrá un camino", replicó la mujer. "¿No hay cártamo en los conservatorios del Rey acaso?" [500]

"Esposa", dijo, "los conservatorios del Rey son como un estanque embrujado por un ogro. No se puede entrar allí, con una guardia tan fuerte al acecho. Abandona esa fantasía y conténtate con lo que poseas".

"No obstante, cuando es de noche y está oscuro", dijo ella, "¿qué puede impedir que un hombre vaya donde le plazca?"

Como ella persistió en sus súplicas reiteradamente, su amor por ella finalmente lo hizo ceder y prometerle que cumpliría su deseo. A riesgo de su propia vida, de noche salió de la ciudad y entró en unos invernaderos derribando la cerca. El ruido que hizo al romper la cerca despertó al guardia, que salió a atrapar al ladrón. Pronto lo atraparon y con golpes y maldiciones le pusieron unos grilletes. Por la mañana fue llevado ante el Rey, quien inmediatamente ordenó que lo empalasen vivo. Lo sacaron a rastras, con las manos atadas a la espalda, y lo sacaron de la ciudad para ejecutarlo con el sonido del tambor de ejecución, y fue empalado vivo. Intensas fueron sus agonías; y, para colmo, los cuervos se posaron sobre su cabeza y le sacaron los ojos con sus picos como si fueran dagas. Sin embargo, sin hacer caso a su dolor y pensando sólo en su esposa, el hombre murmuró para sí mismo: "Ay, cómo extrañaré ir al festival contigo vestida con tu ropa color cártamo, con tus brazos alrededor de mi cuello". Diciendo esto, pronunció esta estrofa:

No cuento como dolor que, aquí clavado en una estaca y
Por los cuervos estoy desgarrado. Mi dolor de corazón es éste:
Que mi querida esposa no goce de las fiestas
Ataviada con vestiduras alegres de tinte rojizo.

Y mientras balbuceaba así acerca de su esposa, murió y renació en el infierno.

Su lección terminó, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Este esposo y esposa también fueron el esposo y la esposa de aquellos tiempos, y yo era el Hada del Aire que dio a conocer esta historia".



"Una vez mordido, dos veces tímido". Esta historia la contó el Maestro cuando estaba en Jetavana, acerca de someter a los deseos.

Se nos dice que unos quinientos amigos ricos, hijos de mercaderes de Sāvatti, fueron guiados para escuchar las enseñanzas del Maestro y entregar sus corazones a la Verdad, y que uniéndose a la Hermandad vivieron en Jetavana en el lugar que Anātha-piṇḍika pavimentó con monedas de oro colocadas una al lado de la otra¹.

Ahora bien, en medio de cierta noche se apoderaron de ellos pensamientos de lujuria, y, en su angustia, se dispusieron a echar mano de nuevo a las pasiones a las que habían renunciado. A esa hora el Maestro levantó la lámpara de su omnisciencia para descubrir qué tipo de pasión se había apoderado de los Hermanos en Jetavana, y, leyendo sus mentes, percibió que la lujuria y el deseo habían brotado dentro de ellos. Como una madre cuidando de su único hijo, o como un tuerto cuidando del ojo que le queda, así el Maestro veló por sus discípulos; a cualquier hora de la mañana o de la tarde, sus pasiones luchaban contra ellos y Él no dejaría que sus fieles sean vencidos, sino que a esa misma hora someterá las lujurias furiosas que los acosaban. Por lo tanto, le vino el pensamiento: "Esto es como en aquellos casos en que los ladrones irrumpen en la ciudad de un emperador; revelaré la Verdad inmediatamente a estos hermanos, con el fin de que, pueda elevarlos hasta el estado de *Arahat*, sometiendo a sus pasiones".

Así que salió de su recámara perfumada, y en tonos dulces llamó por el nombre del Venerable Ānanda, Tesorero de la Fe. Y el Venerable llegó y con la debida reverencia se paró ante el Maestro para conocer su voluntad. Entonces el Maestro le ordenó reunir en su recámara perfumada a todos los Hermanos que habitaban en Jetavana. La tradición dice que el pensamiento del Maestro fue que si convocaba sólo a esos quinientos Hermanos, concluirían que él era consciente de su estado de ánimo lujurioso, y su agitación les impediría recibir la Verdad; en consecuencia, convocó a todos los hermanos que vivían allí. Así que el Venerable Ānanda tomó una llave y fue de celda en celda llamando a los Hermanos hasta que todos estuvieron reunidos en la recámara perfumada. Luego preparó el asiento de *Buddha*. Con majestuosa dignidad como el Monte Sineru descansando sobre la tierra sólida, el Maestro se sentó en el asiento de *Buddha*, haciendo brillar a su alrededor una gloria de guirnaldas emparejadas sobre guirnaldas de luz de seis colores, que se dividían y diversificaban en masas del tamaño de una fuente, del tamaño de un dosel, y del tamaño de una torre, hasta que, como relámpagos, los rayos alcanzaron los cielos arriba. Fue incluso como la salida del Sol, agitando el océano hasta sus profundidades.

Con devoción reverente y corazones devotos, los Hermanos entraron y tomaron asiento a su alrededor, rodeándolo como si estuviera dentro de una cortina naranja. Luego, con una entonación como el de *Mahā-Brahmā*, el Maestro [502] dijo: "Hermanos, un hermano no debe albergar estos tres malos pensamientos: lujuria, odio y crueldad. Nunca imaginen que los malos deseos son un asunto trivial. Porque tales deseos son como un enemigo, y un enemigo no es un asunto trivial, sino que, dada la oportunidad, solo produce destrucción. Aun así, un deseo, aunque pequeño en su comienzo, solo tiene que esperar para crecer, a fin de producir una destrucción total. El deseo es como el veneno de una comida, como la picazón sobre la piel, como una víbora, como el rayo de *Indra*, siempre debe ser evitado, siempre debe ser temido;

1. O 'pavimentado con *crores*'. Véase *Vinaya, Cullav.* vi. 4. 9, traducido en SBE, Tomo XX., pág. 188. Cf. también *Jātaka* (texto) I. 92.

el deseo al encontrar un refugio momentáneo en el corazón, debe ser expulsado por el pensamiento y la reflexión, tal como una gota de lluvia que cae a través de las hojas de la flor de loto. Los sabios de antaño odiaban tanto incluso un deseo leve que lo aplastaban antes de que pudiera crecer." Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* renació como un chacal y habitó en un bosque junto a un río. Ahora bien, un viejo elefante murió a orillas del Ganges, y el chacal, al encontrar el cadáver, se felicitó por encontrar tal reserva de carne. Primero mordió el tronco, pero eso fue como morder el mango de un arado. "Aquí no se puede comer nada", dijo el chacal y le dio un mordisco a un colmillo. Pero eso fue como morder huesos. Luego probó una oreja, pero eso fue como masticar el borde de una cesta de aventar. Así que cayó sobre el estómago, pero lo encontró tan duro como una canasta de granos. Los pies no estuvieron mejores, porque eran como un mortero. Luego probó con la cola, pero eso fue como un mazo. "Eso tampoco servirá como comida", dijo el chacal; y habiendo fallado en otra parte para encontrar una parte sabrosa, probó la parte trasera y encontró que era como comer un pastel blando. "Por fin", dijo, "he encontrado el lugar correcto", y se abrió camino hasta el vientre, donde hizo una comida abundante con los riñones, el corazón y el resto, apagando su sed con la sangre. Y cuando llegó la noche, se recostó dentro. Mientras yacía allí, este pensamiento vino a la mente del chacal: "Este cadáver es a la vez comida y casa para mí, ¿por qué habría de abandonarlo?" Así que allí se detuvo y moró en las entrañas del elefante, devorándolo. El tiempo transcurrió hasta que el sol de verano y sus vientos secaron y encogieron la piel del elefante, [503] hasta que la entrada por la que había entrado el chacal se cerró y el interior quedó en completa oscuridad. Así, el chacal quedó, por así decirlo, aislado del mundo y confinado en el espacio intermedio entre dos mundos. Después de la piel, la carne se secó y la sangre se agotó. En un frenesí de desesperación, se apresuró de un lado a otro golpeando las paredes de su prisión en un intento infructuoso por escapar. Pero mientras subía y bajaba por dentro como una bola de arroz en una cacerola hirviendo, pronto se desató una tempestad y el aguacero humedeció el caparazón del cadáver y lo devolvió a su estado anterior, hasta que la luz brilló como una estrella a través del camino por el que el chacal había entrado. — "¡Salvado estoy! ¡Estoy salvado!" gritó el chacal, y, retrocediendo hacia la cabeza del elefante, se precipitó de cabeza hacia la salida. Consiguió pasar, es cierto, pero sólo desgarrándose todo el pelaje por el trayecto. Y primero corrió, luego se detuvo, y luego se sentó y contempló su cuerpo lampiño, ahora suave como el tallo de una palma. "¡Ah!" exclamó, "esta desgracia me ha sobrevenido por mi codicia y solo por mi codicia. De ahora en adelante no seré codicioso ni volveré a meterme en el cadáver de ningún elefante más."

Y su terror encontró expresión en esta estrofa: —

Una vez mordido dos veces tímido. ¡Ah, grande era mi miedo!
De ahora en adelante me mantendré alejado de las entrañas de los elefantes.

Y con estas palabras el chacal se marchó, y nunca más volvió a mirar ni a ese ni a ningún otro cadáver de elefante. Y desde entonces nunca más fue así de codicioso.

Terminada su lección, el Maestro dijo: "Hermanos, nunca dejen que los deseos echen raíces en vuestros corazones, sino arránquenlos dondequiera que broten". [504] Habiendo predicado las Cuatro Nobles Verdades (al final de las cuales esos quinientos Hermanos consumaron el estado de *Arahant* y el resto obtuvieron diversos grados menores de salvación), el Maestro identificó los Renacimientos de la siguiente manera: "Yo mismo era el chacal de aquellos días".



"*Si el veneno acecha.*" — Esta historia fue contada por el Maestro acerca de un Príncipe Licchavi Malvado de Vesālī que residía en una casa de dos aguas en el gran bosque cerca de Vesālī. En aquellos días, Vesālī disfrutaba de una maravillosa prosperidad. Una triple muralla rodeaba la ciudad, con cada muralla a una legua de distancia de la siguiente, y había tres puertas con torres de vigilancia. En aquella ciudad hubo siempre siete mil setecientos siete Reyes para gobernar el reino, e igual número de Virreyes, generales y tesoreros. Entre los hijos de los Reyes se encontraba uno conocido como el Príncipe Malvado Licchavi, un joven feroz, apasionado y cruel, siempre castigando a los demás, como una víbora enfurecida. Tal era su naturaleza apasionada que nadie podía decir más de dos o tres palabras en su presencia; y ni los padres, ni los parientes, ni los amigos pudieron ayudarlo. Así que finalmente sus padres decidieron llevar al joven ingobernable ante el Sabio *Buddha*, al darse cuenta de que nadie más que él podría domar el espíritu feroz de su hijo. Entonces lo llevaron ante el Maestro, a quien, con la debida reverencia, le suplicaron que le impartiera una charla al joven.

Entonces el Maestro se dirigió al Príncipe y dijo: "Príncipe, los seres humanos no deben ser apasionados ni crueles ni feroces. El hombre feroz es aquel que es duro y despiadado por igual con la madre que la dio la vida, con su padre y su hijo, con sus hermanos y hermanas, con su esposa, amigos y parientes; inspirando terror como una víbora que se lanza a morder a cualquiera, como un ladrón que salta sobre su víctima en el bosque, como un ogro que avanza para devorar a cualquiera, el hombre feroz renacerá inmediatamente después de esta vida en el infierno u otro lugar de castigo; e incluso en esta vida,

por muy adornado que esté, parecerá desagradable. Aunque su rostro sea hermoso como el orbe de la Luna llena, será repugnante como un loto chamuscado por las llamas, como un disco de oro desgastado por la suciedad. Es tal la rabia que impulsa a los hombres a matarse a espadas, a tomar veneno, a ahorcarse y a tirarse por los precipicios; y así sucede que, encontrando la muerte a causa de su propia ira, renacen en el tormento. Así también los que dañan a los demás, son odiados incluso en esta vida y por sus pecados transmigrarán a la muerte del cuerpo hacia el infierno y el castigo; y cuando vuelvan a renacer como hombres, [505] enfermedades y dolencias de ojos y oídos y de todo tipo siempre los acosarán, desde su nacimiento en adelante. Por lo tanto, que todos los hombres muestren bondad y sean practicantes del bien, y entonces ciertamente no tendrán miedo para entonces al infierno y al castigo".

Tal fue el poder de este sermón sobre el Príncipe que su orgullo se disipó de inmediato; su arrogancia y egoísmo desaparecieron en él, y su corazón se volvió bondadoso y el amoroso. Nunca más injurió ni golpeó, sino que se volvió manso como una serpiente con los colmillos rotos, como un cangrejo con las garras rotas, como un toro con los cuernos rotos.

Al marcar este cambio de actitud, los Hermanos hablaron juntos en el Salón de la Verdad sobre cómo el Príncipe Malvado Licchavi, a quien las incesantes exhortaciones de sus padres no pudieron frenar, había sido sometido y adiestrado con una sola exhortación del Sabio *Buddha*, y cómo esto equivalía a domar a seis elefantes en celo a la vez. Bien se ha dicho que, 'El domador de elefantes, hermanos, guía al elefante que está domando, haciéndolo ir hacia la derecha o hacia la izquierda, hacia atrás o hacia adelante, según su voluntad; del mismo modo el domador de caballos y el ex domador de caballos y bueyes; y así también el Bienaventurado, el *Buddha* Omnisapiente, guía al hombre al que quiere educar correctamente, lo guía a donde quiera a lo largo de cualquiera de las ocho direcciones, y hace que su discípulo discierna formas externas a él. Tal es el *Buddha* y sólo Él', y así sucesivamente, hasta las palabras: 'Aquel que es aclamado como el jefe de los adiestradores de hombres, supremo en someter a los hombres al yugo de la Verdad.' "Porque, señores", dijeron los Hermanos, "no hay entrenador de hombres como el *Buddha* Supremo".

Y aquí el Maestro entró al Salón y les preguntó sobre lo que estaban discutiendo. Entonces se lo contaron, y él dijo: "Hermanos, ésta no es la primera vez que una sola exhortación mía ha conquistado al Príncipe, esto también ha ocurrido antes".

Y diciendo esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadatta reinaba Benares, el *Bodhisatta* volvió a la vida como un *brahmán* en el país norte, y cuando creció, aprendió por primera vez los Tres Vedas y todo saber, en Takkasilā, y durante un tiempo vivió una vida mundana. Pero cuando sus padres murieron, se convirtió en un recluso, morando en los Himalayas, y alcanzó los Logros y Conocimientos místicos. Allí habitó mucho tiempo, hasta que la necesidad por sal y otras cosas necesarias para la vida lo llevaron de vuelta hacia los caminos de los hombres, y llegó a Benares, donde se instaló en un jardín real. Al día siguiente se vistió con esmero y esfuerzo, y con el mejor atuendo de un asceta fue en busca de ofrendas a la ciudad [506] y llegó a la puerta del Rey. El Rey se encontraba sentado y vio al *Bodhisatta* desde la ventana y se percató cómo era el ermitaño, sabio en alma y corazón, fijando su mirada inmediatamente delante de él, avanzando con majestuosidad de

317:1 La cita no ha sido rastreada en textos publicados.

león, como si en cada paso estuviese depositando una bolsa de mil monedas. "Si la bondad mora en alguna parte", pensó el Rey, "debe ser en el pecho de este hombre". Entonces, llamando a un cortesano, le pidió que trajera al ermitaño ante su presencia. Así que el cortesano se acercó al *Bodhisatta* y con la debida reverencia, tomó el cuenco de ofrendas de su mano. "¿Cómo ahora, se encuentra su excelencia?" dijo el *Bodhisatta*. "El Rey envía por su reverencia", respondió el cortesano. "Mi hogar", dijo el *Bodhisatta*, "está en los Himalayas, y no gozo del favor del Rey".

Entonces el cortesano regresó e informó al Rey al respecto. Pensando que él no poseía un consejero confidencial en ese momento, el Rey ordenó que trajeran al *Bodhisatta*, y el *Bodhisatta* consintió en ir.

El Rey lo saludó a su entrada con gran cortesía y le ordenó que se sentara en un trono de oro bajo una sombrilla real. Y el *Bodhisatta* fue alimentado con comida delicada que había sido preparada para que especialmente el Rey la comiera.

Entonces el Rey preguntó dónde vivía el asceta y supo que su hogar estaba en los Himalayas.

"¿Y adónde va ahora?"

"En busca, señor, de una habitación para la temporada de lluvias".

"¿Por qué no toma su residencia en mi jardín?" sugirió el Rey. Luego, habiendo obtenido el consentimiento del *Bodhisatta* y habiendo comido él mismo, fue con su invitado al jardín y allí hizo construir una ermita con una celda para el día y una celda para la noche. Esta vivienda estaba provista de los ocho requisitos de un asceta. Habiendo así instalado al *Bodhisatta*, el Rey lo puso a cargo del jardinero y regresó al palacio. Así ocurrió que el *Bodhisatta* habitó desde entonces en el jardín del Rey, y dos o tres veces al día el Rey llegaba a visitarlo.

Ahora bien, el Rey tenía un hijo feroz y apasionado que era conocido como el Príncipe Malvado, que estaba más allá del control de su padre y parientes. Consejeros, *brahmanes* y ciudadanos, todos le indicaban al joven el error de sus senderos, pero era en vano. No prestaba atención a sus consejos. Y el Rey sintió que la única esperanza de reclamar a su hijo estaba en el asceta virtuoso. Entonces, como última oportunidad [507] tomó al Príncipe y lo entregó al *Bodhisatta* para que se ocupara de él. Luego, el *Bodhisatta* caminó con el Príncipe por el jardín hasta que llegaron a donde crecía una plántula de árbol *Nimb*, en la que todavía crecían solo dos hojas, una en un lado y otra en el otro.

"Pruebe una hoja de este pequeño árbol, Príncipe", dijo el *Bodhisatta*, "y perciba cómo es su naturaleza".

Así lo hizo el joven; pero apenas había puesto la hoja en su boca, cuando entonces la escupió con una blasfemia, y carraspeó y escupió para quitarse el sabor de la boca, "¿Cuál es el problema, Príncipe?" preguntó el *Bodhisatta*.

"Señor, hoy este árbol solo sugiere veneno mortal; pero, si se dejase crecer, resultará en la muerte de muchas personas", dijo el Príncipe, y de inmediato arrancó y aplastó en sus manos al diminuto brote, recitando estas líneas: —

Si el veneno acecha en este pequeño árbol,
¿Qué resultará cuando haya crecido plenamente?

Entonces el *Bodhisatta* le dijo: "Príncipe, temiendo hasta qué punto podría crecer la plántula venenosa, la ha arrancado y partido en pedazos. Así como actuó con el árbol, así la gente de este reino, temiendo que un Príncipe tan feroz y apasionado pueda volverse cuando sea Rey, no lo colocarán en el trono, sino que lo arrancarán de raíz como a este árbol *Nimb* y lo conducirán al exilio. Por lo tanto, reciba la advertencia proveniente del árbol y de ahora en adelante muestre misericordia y abunde en amor bondadoso".

A partir de ese entonces la actitud del Príncipe cambió radicalmente. Creció humilde y manso, misericordioso y rebotante de bondad. Siguiendo el consejo del *Bodhisatta*, [508] a la muerte de su padre llegó a convertirse en Rey, abundó en generosidad y otras buenas acciones, y al final de su vida falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro dijo: "Entonces, hermanos, esta no es la primera vez que adiestro al Príncipe Malvado; hice lo mismo en eras pasadas". Luego identificó los Renacimientos diciendo: "El Príncipe Malvado Licchavi de hoy era el Príncipe Malvado de la historia, Ānanda el Rey, y yo el asceta que exhortó al Príncipe a la bondad".



"*Hágase amigo del villano*". Esta historia fue contada por el Maestro cuando estaba en el Bosque de Bambú, sobre la adhesión del Rey Ajātasattu a falsos maestros¹. Ya que él creía en ese rencoroso enemigo de los *Buddhas*, en el malvado e indigno Devadatta, y en su gusto hacia él, deseando honrarlo, gastó una gran suma de dinero en erigir un monasterio en Gayāsīsa. Y siguiendo los malvados consejos de

1. Véase *Vinaya, Cullav.* vii. 3. 4-- (traducido en S. B. E. XX. pp. 242 &c.). En el *Sāmaññaphala Sutta*, el *Dīgha Nikāya* relata los incidentes de esta historia introductoria y hace que el Rey confiese haber matado a su padre (Vol. I. p. 85).

Devadatta, este Rey asesinó al buen, virtuoso y Venerable Rey, su padre, quien había entrado en los Senderos, destruyendo así su propia oportunidad de desarrollar equivalente bondad y virtud, atrayendo gran aflicción sobre sí mismo.

Al enterarse de que la tierra se había tragado a Devadatta, temió un destino similar para él. Y tal era el frenesí de su terror que no emanaba el bienestar en su reino, no dormía en su cama, sino que andaba por ahí temblando en cada miembro, como un elefante joven en agonía del dolor. En su imaginación veía que la tierra se abría y las llamas del infierno se precipitaban sobre él; podía verse a sí mismo atado a una cama de metal ardiente con lanzas de hierro clavadas en su cuerpo. Como un gallo herido, ni por un instante encontraba paz. Entonces le llegó un deseo por ver al Sabio *Buddha*, reconciliarse con él y pedirle guía; pero debido a la magnitud de sus transgresiones, se rehusaba visitar al *Buddha* por cuenta propia. Cuando llegó el festival de Kattikā, y por la noche Rājagaha estaba iluminada y adornada como una ciudad de los dioses, el Rey, sentado en lo alto de un trono de oro, vio a Jivaka Komārabhacca sentado cerca. La idea pasó por su mente de ir con Jivaka a ver al *Buddha*, pero sintió que no podía decir abiertamente que iría solo y quiso que Jivaka lo sugiriese y llevase con él. No; lo mejor era que después de elogiar la belleza de la noche, [509] propusiera sentarse ante los pies de algún sabio o *brahmán*, y preguntase a los cortesanos qué maestro podría dar paz al corazón. Por supuesto, alabarían solidariamente a sus propios maestros; pero Jivaka se aseguraría de ensalzar al *Buddha* Todo Iluminado; y al *Buddha* iría Jivaka con su Rey. Así que prorrumpió en cinco alabanzas a la noche, diciendo: "¡Qué hermosa, señores, es esta noche clara y sin nubes! ¡Qué hermosa! ¡Qué encantadora! ¡Qué dichosa! ¡Qué bella! ¡A qué sabio o brahmán deberíamos buscar, para ver si pueda dar paz a nuestros corazones?"

Luego, un ministro recomendó visitar a Pūraṇa Kassapa, otro a Makkhali Gosāla y otros nuevamente a Ajita Kesakambala, Kakudha Kaccāyana, Sañjaya Belaṭṭhiputta o Nigaṇṭha Nātaputta. El Rey escuchó todos estos nombres en silencio, esperando que su primer ministro, Jivaka, hablara. Pero Jivaka, sospechando que el verdadero objetivo del Rey era hacerlo hablar, guardó silencio para asegurarse que era ello. Finalmente, el Rey dijo: "Bueno, mi buen Jivaka, ¿por qué no tiene nada que decir?" A la palabra Jivaka se levantó de su asiento, y con las manos juntas en adoración hacia el Bienaventurado, exclamó: "Señor, hacia allá se encuentran en mi pequeño bosque de mangos el *Buddha* Todo Iluminado con mil trescientos cincuenta Hermanos. Ésta es la gran fama que ha surgido respecto a él". Y aquí procedió a recitar los nueve títulos de honor que se le atribuían, comenzando con 'Venerable'.² Cuando hubo mostrado además cómo desde su nacimiento en adelante los poderes del *Buddha* habían superado todos los presagios y expectativas anteriores, Jivaka dijo: "Hacia él, hacia el Bienaventurado, que el Rey se dirija, para escuchar la verdad y hacerle preguntas al respecto".

Alcanzado así su objetivo, el Rey pidió a Jivaka que preparara los elefantes y se dirigió en estado real hacia el Bosque de Mangos de Jivaka, donde encontró en el pabellón perfumado al *Buddha* en medio de la Hermandad, tranquilo como el océano en perfecto reposo. Mirase a donde quiera, los ojos del Rey solo veían las interminables filas de Hermanos, excediendo en número a cualquier seguidor que jamás haya visto. Complacido con el comportamiento de los Hermanos, el Rey se inclinó profundamente y pronunció palabras de elogio. Luego, saludando al *Buddha*, se sentó y le hizo la pregunta: "¿Cuál es el fruto de la vida religiosa?" Y el Bienaventurado pronunció el *Sāmaññaphala Sutta* en dos secciones³. Contento de corazón, el Rey hizo las paces con el *Buddha* al final del *Sutta*, y levantándose partió con solemne reverencia. Poco después de que el Rey se hubiese ido, el Maestro se dirigió a los Hermanos y dijo: "Hermanos, este

1. Estas exclamaciones están mal impresas como verso en el texto *Pāli*. Es curioso que el orden se transponga un poco aquí, en comparación con las palabras iniciales del *Sāmaññaphala Sutta*.

2. Ver pág. 49 del vol. I. del *Dīgha Nikāya* para la lista.

3. En el *Dīgha Nikāya* no hay división del *Sutta* en dos *bhāṇavāras* o secciones.

Rey ha sido desarraigado; [510] si este Rey no hubiese matado en su ansia de dominio a ese gobernante justo, a su padre, habría consumado la visión clara sobre la Verdad del *Arahat*, antes de que se levantara de su asiento. Pero debido a su pecaminoso favorecimiento hacia Devadatta, se ha perdido del fruto del primer sendero".¹

Al día siguiente, los Hermanos hablaron sobre todo esto y dijeron que el crimen de parricidio de Ajātasattu, que se debía a ese malvado y transgresor Devadatta a quien había favorecido, le había hecho perder la salvación; y que Devadatta había sido la ruina del Rey. En este punto, el Maestro entró al Salón de la Verdad y preguntó el tema de su conversación. Cuando se le respondió, el Maestro dijo: "Ésta no es la primera vez, hermanos, que Ajātasattu ha sufrido por favorecer a un transgresor; una conducta similar en el pasado le costó la vida". Dicho esto, contó esta historia del pasado.

Una vez, cuando Brahmadata reinaba Benares, el *Bodhisatta* nació en la familia de un rico *brahmán*. Llegado a los años de discreción, fue a estudiar a Takkasilā, donde recibió una educación completa. En Benares, como maestro, disfrutó de una fama mundial y tuvo como discípulos a quinientos jóvenes *brahmanes*. Entre estos se encontraba uno llamado Sañjīva, a quien el *Bodhisatta* le enseñó el hechizo para resucitar a los muertos. Pero aunque al joven se le enseñara esto, no se le enseñó el contra hechizo. Orgulloso de su nuevo poder, fue con sus compañeros a la recolección de leña al bosque, y allí se encontró con un tigre muerto.

"Ahora miren, voy a devolverle la vida a este tigre", dijo.

"No puede", dijeron.

"Miren y me verán hacerlo".

"Bueno, si puede hacerlo, hágalo", dijeron y se subieron a un árbol inmediatamente.

Entonces Sañjīva repitió su encantamiento y golpeó al tigre muerto con un fragmento de cerámica. El tigre se levantó y rápido como un rayo saltó sobre Sañjīva y lo mordió en la garganta, matándolo por completo. Muerto cayó el tigre entonces y allí, muerto también Sañjīva y en el mismo lugar. Así que allí yacieron los dos muertos uno al lado del otro.

Los jóvenes *brahmanes* tomaron su madera y regresaron con su maestro a quien le contaron la historia. "Mis queridos discípulos", dijo él, "notad aquí cómo, a causa de mostrar favor hacia un transgresor y rendir honor donde no era debido, él ha traído toda esta calamidad sobre sí mismo". Y diciendo esto pronunció esta estrofa:

[511] Hágase amigo de un villano, ayúdalo en su necesidad,
 Y, como ese tigre que Sañjīva² revivió
 Para su dolor sin pausa lo devorará.

-
1. A diferencia de la oración anterior, esta última frase no aparece en el *Dīgha Nikāya*. La interpolación es interesante porque sugiere la licencia con la que los autores budistas pusieron las palabras en boca del Maestro.
 2. La glosa sugiere que *sañjīviko*, (=pertenciente o relativo a *Sañjīva*) es un juego de palabras mordaz con el significado de *Sañjīvo*, que significa 'vivo': el tigre ha sido devuelto a la vida por *Sañjīva*, a quien despojó de su vida a modo de recompensa.

Tal fue la lección del *Bodhisatta* a los jóvenes *brahmanes*, y después de una vida de ofrendas y otras buenas acciones, falleció para vivir de acuerdo con sus méritos.

Terminada su lección, el Maestro identificó los Renacimientos diciendo: "Ajātasattu era el joven *brahmán* de aquellos días que dio vida al tigre muerto, y yo, el maestro de fama mundial".



FIN DEL
PRIMER LIBRO.

